LA BELLEZA TIENE UN LÍMITE

ALGUNOS SECRETOS NUNCA DEBERÍAN SALIR A LA LUZ



JULES GOLEMANN

La belleza tiene un límite

Jules Golemann

© 2026 Jules Golemann

Todos los derechos reservados.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Primera edición: 2026

Publicado a través de Kindle Direct Publishing.

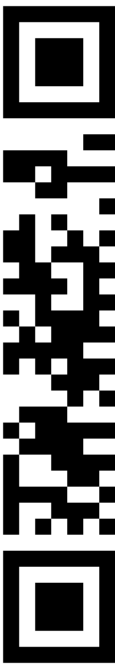
BANDA SONORA DE ESTA HISTORIA

La belleza tiene un límite

Algunas historias se leen.
Otras también se escuchan.
♫ Esta es su banda sonora. ♫

APPLE MUSIC







El cuadro titulado "Desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823", obra de José Aparicio Inglada, que tenía unas grandes dimensiones: 7,30 metros de largo por 4,62 metros de alto, fue rescatado del interior del Penal del Puerto de Santa María, pero vendido y luego sustraído y cortado en 4 trozos. En 2015 se recuperó parte de ellos.

Preámbulo.

"¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre las órdenes
angélicas? Y aun si de repente algún ángel
me apretara contra su corazón, me suprimiría
su existencia más fuerte. Pues la belleza no es nada
sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces
de soportar, lo que solo admiramos porque serenamente
desdeña destrozarnos. Todo ángel es terrible."

Primera elegía, Las elegías de Duino.

CAPÍTULO 1

Puerto Sherry. La primera muerte

A las siete y media ya era de día. En verano, los días se alargan, se estiran hasta parecer una condena. Aquel día, más que ninguno.

El teléfono, con su vibración tenaz, martilleó el silencio de la mesilla. Lo había dejado fuera de servicio, un pecado mortal en mi oficio, y ahora pagaba el precio. Me incorporé despacio, el cuerpo aún en la neblina del sueño, la cabeza espesa y ajena. Al otro lado, una voz hueca y sin vida, como la causa misma de mi despertar: —Tenemos un cuerpo.

Me vestí sin pensar, como un autómata. Camisa, pantalones, la placa en el bolsillo como un peso muerto. Café instantáneo. Un trago, dos, el regusto a herrumbre. El resto lo lancé con desprecio al fregadero. La luz rojiza del amanecer se colaba por las persianas, tiñendo la habitación de un calor metálico que era presagio y amenaza, la promesa de otro día largo.

Salí a la calle todavía medio dormido. El aire de la calle Valdés olía a humedad sucia del Guadalete, mezclada con ese frescor agrio del amanecer que antecede al calor. Subí al coche, giré la llave y el motor gimió con su quejido habitual. No bajé la visera: dejé que el sol me diera de lleno en la cara, un fastidio necesario para mantenerme despierto. La avenida, a esas horas, era un fantasma. Solo camiones de reparto y algún ciclista perdido compartían el asfalto. Puse la radio. Alsina hablaba de política, con esa voz melodiosa de café del bueno recién hecho. Me sostuvo hasta que la rutina de sus palabras me aburrió. Cambié de emisora y, por azar, comenzó a sonar Day One, de Interstellar, mi película preferida.

El piano primero, luego el crescendo de cuerdas. La música, grave y ascendente, fue llenando el coche mientras el puerto se abría frente a mí. Llegué poco después de las ocho. La escasa bruma que restaba de la noche se deshacía sobre el agua, dejando tras de sí una humedad que hidrataba la piel. Los mástiles se movían despacio

con el viento, y el tintineo de los cabos contra los cascos era lo único que rompía el silencio. Los destellos azules de la patrulla parpadeaban al fondo, en el pantalán B. Estacioné. Una brisa marina acarició mi rostro; traía el olor característico de un lugar turístico: la mezcla de mar, combustible y salitre, con un dejo de resaca.

Usé mi vieja tarjeta de socio del club para entrar en la zona del embarcadero. Llevaba años sin deslizarla, pero seguía funcionando. Como todo en esta ciudad: por inercia, por costumbre, por no hacer ruido. Aquí el tiempo no avanza; se arrastra, perezoso, temiendo romper algo que ya está roto. Dioni me esperaba junto al control de acceso, con el uniforme mal abrochado y las ojeras hundidas. Tenía el rostro de quien ha dormido poco. —Llamé yo a la torre —dijo nada más verme—. Estábamos de guardia Jacinto, Pepe y yo. Nos encontramos a la pobre mujer tirada junto a las escalerillas.

Asentí, sacando la libreta del bolsillo. —¿Y no tocasteis nada? —No, no… ni acercarnos. Yo avisé enseguida, como manda el protocolo. —Dioni, ¿conocías a la chica? ¿Te suena la cara?

Él tragó saliva. —Sí, hombre… me suena haberla visto, pero no sabría decirte dónde ni cuándo. —Bien. —Pasé una página—. —¿Por dónde la veías? —Pues… alrededor del Ícaris, casi siempre. —¿El del millonario? —pregunté sin levantar la vista. —Sí… bueno, creo que sí —balbuceó. —¿Estás seguro? Dioni dudó. Se rascó la nuca y miró al agua. —La verdad… igual me he confundido.

Anoté la respuesta sin darle más vueltas. Me acerqué un poco más. —Está bien. Te llamaremos para que prestes declaración formal. No te alejes mucho del puerto estos días. Con la mirada perdida en el pantalán, Dioni asintió apenas, incapaz de apartar la vista del agua. Su silencio apestaba a pánico. Sabía perfectamente lo que escondía aquel puerto, pero no estaba dispuesto a soltar una sola palabra.

Cerca, sobre una lona gris y aún empapada, yacía el cuerpo. Era una mujer joven. Hermosa. Tenía un moratón en la mejilla y el labio partido, pero conservaba algo difícil de explicar: una especie de serenidad, de dignidad incluso en la derrota. La postura era extraña. Demasiado simétrica. No cuadraba con lo que suele dejar el mar. No había restos de algas, ni señales de arrastre. Todo estaba colocado

con demasiado esmero. Alguien había intentado montar una escena trágica, pero le faltó talento para vendernos la mentira. Aquella quietud no tenía nada de natural; apestaba a decorado barato.

Me acerqué, esquivando los charcos, como sombras, que rodeaban la lona. La miré con esa mezcla de costumbre y asco que uno cree dominar hasta que vuelve a enfrentarse a lo mismo. No era mi primer cadáver. Llevaba poca ropa, mal puesta. Parecía que la hubieran echado encima deprisa, solo por cubrirla. Las bermudas, muy cortas, abiertas, nada debajo. El vello púbico brillaba con el rocío. Era una imagen cruda y triste. Sentí pena. Una herida en la belleza. Me incliné. En el antebrazo tenía un tatuaje: una serpiente enroscada en una daga. Me llamó la atención: por lo grande y porque parecía viejo, mal hecho, casi borrado por el agua o el tiempo.

Lo apunté en la libreta. Roldán, mi jefe, no era amigo de los detalles; suele decirnos que las historias demasiado enredadas solo traen problemas. Aun así, lo anoté, junto con todo lo que pude observar. Hay cosas que uno sabe que conviene guardar, aunque no sepa todavía por qué. En esas se acercaron la jueza y su secretario, moviéndose con el paso solemne de quien preferiría estar en otro sitio. Los vi avanzar por la deteriorada acera que lleva a los pantalanes, con las caras aún marcadas por el sueño y el paso presuroso y balanceante, torpe. Ella observó el cuerpo en silencio, los brazos cruzados, el gesto tenso, cansado. Me la imaginé una hora antes, sobresaltada por la llamada, dándole un codazo al marido para que le hiciera un café mientras buscaba el móvil de guardia. Contestando con voz ronca, irritada pero resignada, mientras el otro, medio dormido, preparaba un zumo de esos energéticos. Era ella, sin duda. La jueza Castaña Pilonga: temida en los juzgados, vulnerable en su casa, según decían. Maldiciendo la madrugada y el oficio. Al fin y al cabo, no todos los días amanece con un cadáver.

El furgón judicial se alejó con el ruido cansado de un autobús de línea. El eco del motor se perdió entre los mástiles, un lamento breve, el mismo de cualquier servicio público que se marcha tarde y sin ganas. Se hizo un gran vacío, muy silencioso. Miré a mi

alrededor. Este puerto, un espejismo de lujo desvaído. Mármol con grietas, que siempre me había parecido eso: un intento fallido de Marbella, levantado a golpe de crédito y abandono. Calles sin alma, hoteles a medio gas, una marina que quiso ser postal y acabó siendo decorado. Todo en orden y todo fuera de sitio. Volví en mí y pensé. No podía ser un accidente.

Regresé a la comisaría. Roldán me esperaba. Y una cara nueva: Marta Sánchez. —Juanjo, redacta el informe —dijo, sin levantar la vista. Su voz era un portazo—. Sánchez llevará el caso. No fue ninguna sorpresa. Ella era la estrella, la favorita de él, Marta. Yo no era más que un objeto decorativo, irrelevante. —De acuerdo —respondí—. Estará en su mesa antes de la tarde. —Y en la mía —añadió Roldán.

Me fui. En el fondo, sentí el alivio de una bala perdida que no te alcanza. Mientras escribía, una mano se posó en mi hombro. Justo. —¿Sabes quién ha vuelto? —preguntó, con la media sonrisa que desvela un secreto. —No —dije. —Víctor. Dicen que el caso va para él y para la nueva. Me quedé en silencio. —¿Víctor Ros? —Él mismo. Sonreí. —Nos quitan el muerto de encima, nunca mejor dicho. Justo soltó una carcajada. —Ya era hora. Ese cabrón siempre olía la pólvora antes que nadie. Asentí. —Nunca sigue el manual. Pero siempre encaja las piezas. Justo bajó la voz, susurrando. —Y cuando está contigo, no te suelta la mano. En el agua es igual. —Sí —dije. Ese tío siempre tenía un as guardado. Nos quedamos en silencio. Supe que aquel caso había nacido al revés, pero con Víctor de vuelta, tenía padrino.

Los comienzos no existen. Solo hay choques. Choques entre el pasado y el presente, fragmentos que insisten en volver. Y aquel día, sin saberlo, el pasado había vuelto a buscarle. Mientras tanto, lejos de allí, alguien estaba tomando una decisión que pondría en marcha una cadena imparable de sucesos.

CAPÍTULO 2

El insomnio del atópico

Tres noches después del hallazgo, mientras el informe de Juanjo vagaba entre correos sin leer o reposaba, ignorado, en alguna bandeja de entrada polvorienta, Víctor seguía despierto. No por falta de sueño, sino por ese agotamiento que no se resuelve durmiendo. El sueño, esquivo, le daba la espalda con la misma obstinación que el levante de su Cádiz natal se cuela por cada rendija. Allí era viento de mar, cargado de sal y recuerdos; aquí, en Madrid, solo era sequedad. Una ausencia que no refresca, sino que raspa por dentro, encogida.

Seguía girando en la cama, percibiendo con una precisión odiosa cada pliegue de las sábanas, cada mínima presión en la nuca. Su cuerpo, en lugar de rendirse, se aferraba al insomnio con dientes apretados: esa lata constante y silenciosa que no te deja dormir, cuando tienes la cabeza a mil y, a la vez, en blanco.

La ciudad, más allá de las ventanas de doble acristalamiento, también se resistía al sueño. Un coche rezagado rugía a lo lejos. Alguien reía en la calle. Madrid era así: una ciudad que no se apaga, que vive incluso cuando finge descansar. Las luces se filtraban en la oscuridad como un murmullo luminoso, dibujando un paisaje inquieto, una vigilia compartida. El calor tampoco ayudaba. Era ese calor de junio pegado a la piel como una segunda capa, que el aire acondicionado apenas lograba desplazar. Solo exhalaba ráfagas cansadas que morían antes de alcanzarle los pies. Víctor respiraba envuelto en una burbuja pesada, muerta. El aire se había estancado; el tiempo también. Probó con una serie. Le dio al play sin interés, solo para comprobar que las imágenes pasaban sin dejar rastro. Nada retenía su atención. Aquello que debía pensar, lo que le inquietaba, seguía agazapado. No era el momento de enfrentarlo, pero tampoco de ignorarlo. El silencio interior, más que calmar, zumbaba. Se levantó, por fin. Caminó sin hacer ruido hasta el salón y se dejó caer en el sillón, su refugio de tantas madrugadas

similares. Allí, en ese rincón casi ciego de la casa, donde apenas llegaban las luces de fuera, se encogió como una crisálida inquieta. Ni postura ni consuelo. El cuerpo buscaba descanso; la mente, sin más, no lo permitía.

Otra noche larga. Una más. Ni las horas en el gimnasio ni las manos del osteópata lograban devolverle la calma al cuerpo, que parecía haber olvidado el antiguo gesto de relajarse. Intentó recurrir a lo aprendido —las posturas, la respiración, esos rituales mínimos del bienestar moderno—, pero lo único que consiguió fue percibir con más nitidez la forma exacta de su dolor. Se recostó sin ceremonias, esperando engañar al insomnio con indiferencia, pero la cama respondió con un leve chasquido que sonó a ironía. Hacía semanas que había colocado unos alzadores en las patas para aliviar el reflujo nocturno. El único resultado había sido una sensación continua de estar a punto de deslizarse hacia algún borde invisible. Se puso los tapones de cera como el que activa un protocolo de emergencia. El silencio era su última frontera, pero no bastaba. No en ese momento. Aunque el barrio ofrecía ya una calma educada, persistían los sonidos tenues: el crujido de un mueble en otra vivienda, el eco sordo de un ascensor detenido, incluso un grifo que goteaba a lo lejos. No era ruido. Era persistencia.

Aceptó la derrota sin dramatismo. Caminó hasta la cocina con el paso de quien ha recorrido ese camino muchas veces y sacó el blíster de Orfidal del cajón reservado a las soluciones a medias. Se tragó la pastilla sin agua, volvió al dormitorio y se acomodó como pudo sobre las dos almohadas y el colchón, que parecía, solo parecía, saber demasiado. No esperaba milagros. Solo cierta tregua. Cuando el cuerpo, por fin, cedió, y la mente pareció aflojar esa compostura invisible con la que mordía el mundo, apenas si murmuró —más hacia dentro que hacia fuera— una frase que ya se había repetido a sí mismo demasiadas veces, con la convicción gastada de quien aún quiere creer: —Esta es la última noche.

Al despertar de ese sueño prestado —más por química que por cansancio real—, recordó que todo aquello era él. Que era a él a quien el sueño había vencido. Lo primero que le vino a la cabeza fue la solicitud de traslado. ¿La habrían aprobado? La duda le golpeó. Y

ahí estaba otra vez el runrún administrativo, la letanía oficial: "traslado por conciliación familiar, artículo 82 del Real Decreto 364/1995…". Frío, distante, la voz sin pulso del Estado que regulaba su propia miseria. Pero ese papel era más que un trámite: era su coartada. Quería convencerse de que era por su madre. Y era cierto. Pero, en el fondo, también era él quien necesitaba volver a Cádiz. Cuidar de su madre funcionaba como una tapadera para huir de sus propios fantasmas. Una fuga inútil que lo estrellaba de bruces contra el mismo lugar del que un día huyó. Se incorporó a trompicones y se golpeó con la mesilla. Soltó un gemido seco y una maldición. Un despertar muy suyo: torpe, doloroso y con cierto aire de "ya empezamos". Caminó hacia el baño medio dormido, arrastrando los pies. El insomnio le había dejado un peso extraño en los huesos, la resaca física de quien se ha pasado la noche entera corriendo sin moverse del sitio.

Frente al espejo, el rostro le era un mapa nuevo. Tenía la cara hinchada, los ojos apagados, la expresión anclada entre el cansancio y la resignación. Se preguntó, como cada mañana, por qué se levantaba ya con la sensación de ir tarde, aunque no tuviera prisa para nada. Bajó a la cocina buscando algo que le hiciera sentir vivo. No tanto hambre como necesidad de algo que le levantara el ánimo. Abrió el armario y encontró los trozos de chocolate negro, medio derretidos. Cogió dos, los dejó caer sobre un huevo frito que acababa de hacer casi sin querer, y añadió un poco de crema de almendras porque… ¿Por qué no? El resultado era algo entre el desayuno de un atleta despistado y el capricho raro de alguien que no tiene a quién rendirle cuentas. Se lo comió en silencio. Lo remató con cereales bajos en azúcar y una papilla de frutas que preparó ayer en un fugaz arranque de responsabilidad. Se persuadió de que aquello era una combinación ganadora: proteína, azúcar y una reconfortante ilusión de autocuidado. A veces se sentía como Sánchez Dragó, que entre licopenos y probióticos pretendió engañar a la muerte… hasta que la muerte, con paciencia de actriz principal, decidió que la función había terminado. No estaba seguro si aquella liturgia le mantenía en pie o solo postergaba su inevitable colapso. El café podía esperar. Prefería tomarlo en el bar, lento, a cucharadas.

Se dirigió a la ducha y, al quitarse la camiseta, cumplió con el ritual del espejo: inspeccionó su cuerpo en busca de los estragos del tiempo o señales de enfermedades invisibles. Al secarse, el cristal empañado le devolvió el veredicto: ojeras profundas, piel tirante y esa expresión cansada de quien lleva demasiadas noches perdiendo batallas.

Se embadurnó con esmero en crema hidratante, una barrera tan necesaria como insuficiente ante el desgaste diario. Ojalá Banderas le hubiera hecho una piel como la de la película: indestructible, feliz, inmune. Pero la suya era atópica, folclórica y frágil como "la Pantoja". Un sistema inmunitario hipersensible al que todo irritaba: agua, sol, tejidos, frío, e incluso su propia ansiedad.

Aquella maldita atopía era su versión doméstica del infierno, la intrahistoria que le acompañaba a todas partes. Se sentía atrapado en el día de la marmota, como Bill Murray, repitiendo en bucle el mismo malestar dentro de un traje que no podía quitarse. Porque su piel era un espejo distorsionado que absorbía las agresiones externas y revelaba sus luchas internas. Una guerra invisible que, desde niño, había marcado sus fronteras con lugares prohibidos y sábanas enemigas, siempre con un bote de crema como única defensa. A veces envidiaba la simplicidad de las chilabas árabes. Una sola capa de tela; qué suerte la suya. Al menos en eso.

CAPÍTULO 3

Mater amantísima

Antes de salir, el teléfono empezó a dar botes sobre la mesilla de noche, el único sitio donde jamás debió dejarlo. Su vibración era una orden directa, la exigencia implacable de que su paliza física se hiciera a un lado para dejar paso a lo urgente. No esperaba ninguna llamada tan temprano. El número en la pantalla era desconocido, pero respondió con esa mezcla habitual de curiosidad y desgana que sentía desde que la rutina dejó de sorprenderle. Al otro lado se identificó el Inspector Jefe de la Provincial de Cádiz, Romualdo Vega, al que no conocía. Su voz, algo acelerada, delataba una juventud mal disimulada. Imaginó que pertenecía a esa nueva generación de policías más habituada a las redes sociales que a la autoridad tradicional. Víctor se escoraba hacia la vieja escuela y no disimulaba su creencia de que el exceso de exposición pública erosionaba el prestigio del cuerpo, sintiendo ya, a sus 58 años, el peso acumulado del tiempo. —Víctor, encantado de conocerle —dijo con un suave acento sudamericano que intentaba disimular, igual que su atribuible juventud y rango—. Hemos tramitado ya su solicitud de traslado a Cádiz para el cuidado de su madre. Ya lo sabía. Se lo habían comunicado de forma extraoficial hacía un par de días, así que entendió que ese no era realmente el motivo principal de la llamada.

—Sabemos la importancia de su situación familiar y por eso hemos facilitado su traslado. Pero su experiencia y conocimiento del terreno nos hacen confiar en que puede echarnos una mano con un caso prioritario que acaba de surgir. Hizo una breve pausa, esperando quizás una resistencia de su parte, aunque ambos sabían que la decisión ya estaba tomada. Guardó silencio, asimilando la petición. —Vamos a enviarle un dossier por valija. Ya he solicitado autorización a su comisario, aunque quizás aún no le haya informado. Revíselo con atención. Es un asunto complicado y

necesitamos su ayuda. Añadió: —Por cierto, trabajará con Marta Sánchez, recién llegada. Muy capacitada: Asuntos Internos, Operaciones Especiales, criminóloga. Estoy seguro de que formarán un buen equipo. El apellido Sánchez activó una leve inquietud en su interior. Trató de ubicar ese nombre en sus recuerdos, pero el cansancio y el estrés bloqueaban cualquier respuesta. Quizá era solo casualidad. Quizá no.

—De acuerdo, gracias por la confianza —respondió finalmente. Colgó con una sensación extraña de satisfacción. El traslado por la fractura del maléolo izquierdo de su madre había sido su excusa perfecta para regresar. Un movimiento que parecía rutinario, pero que podría ser un regalo envenenado. Le daban lo que pedía, sí, pero con letra pequeña. Era un permiso limitado, de un mes. Pero el "encarguito" no le molestaba. Pensó: "¿Por qué no? Puedo encargarme de ambas cosas."

Bajó despacio las escaleras, sintiendo cómo el pliegue incómodo del calcetín derecho se iba acumulando bajo sus dedos. Podría haberse parado a arreglarlo, pero no tenía ánimo. No era solo el calcetín; era el día completo que ya había comenzado torcido. El clima madrileño no daba tregua y su dermatitis lo sabía muy bien. El verano tampoco era mejor: el calor seco agrietaba su piel. Al llegar a la portería, ahí estaba Curro, fregando las escaleras con la devoción de quien carga un cirio en la Madrugá. Rociero hasta la médula, de manos enormes que hacían que el mango de la fregona pareciera un palillo en la boca de King Kong. Patillas gruesas, pelo al uno y esa chulería andaluza que confunde el filo de la navaja del barbero con una extensión del alma.

—¡Hombre, don Víctor! —saludó Curro desde abajo—. ¿Otra vez bajando a pata? No me diga que está entrenando para la Semana Santa de Cádiz, que allí sois mu flojitos pa' cargar pasos.

Víctor esquivó la provocación futbolera con un gesto vago, sin ánimo para entrar en la eterna rivalidad regional. Curro dejó la fregona y le miró con curiosidad.

—¿Y esa cara, don Víctor? ¿Le pesa irse pa'l Puerto, eh?

—No es El Puerto lo que pesa, Curro. Es saber que allí me esperan cosas que no sé si tengo fuerzas para resolver. Mi madre me

necesita y ya sabes, madre no hay más que una, "miarma".

Curro le miró con una mezcla de guasa y comprensión de pura cepa sevillana. —Ya te digo yo que, si Dios hubiera hecho a las madres con botón de apagado, otro gallo nos cantaría.

Sonrió mientras se arreglaba el cuello de la camisa de hilo; al no llevar botones, se abría bajo la chaqueta y le daba un aire desaliñado. —Y si las hubiera hecho sordas, ni te cuento.

Le dio una palmada fuerte en el hombro. —Anda, tira ya, que si sigues filosofando voy a tener que sentarme y hoy no está el día para escaquearse.

La puerta del portal resonó con su clásico estruendo cuando salió. "Algún día esa puerta se tragará a alguien", pensó. "Si se traga a alguien, que sea un sevillista", pensaría Curro.

Sonrió brevemente al cruzar la calle, pero la sonrisa se borró rápido. Madrid volvía a imponer su ritmo: coches, prisas, ejecutivos en terrazas. El aire pesado se colaba en sus pulmones. En El Puerto tendría otros inconvenientes, pero el aire no sería uno más. Se detuvo en el quiosco de Rafa antes de llegar a comisaría. Saludó al arquitecto reconvertido, que colocaba las revistas con precisión milimétrica, compró el Muy Interesante y pagó con monedas sueltas, consciente de que casi seguro no lo leería. Antes de entrar en la comisaría, hizo un rápido Bizum a María, su limpiadora. Ella tenía paciencia limpiando, pero ninguna para esperar su dinero. Al verse reflejado en el cristal de la entrada, se recompuso por costumbre: chaqueta bien, pelo en su sitio, gesto serio. Se preguntó si era rutina o incapacidad de presentarse de otra forma. Aún no había llegado a El Puerto, pero en cierto modo ya se sentía cerca.

CAPÍTULO 4

El desembarco del rey… sin corona

Los viajes en tren siempre me recuerdan a Einstein. Se me hacen pesados, y en esos momentos intento distraerme con la idea (seguro malinterpretada) de su teoría de la relatividad especial: esa que dice que el tiempo es relativo, que depende del observador. Una teoría fascinante, sí, pero que en nada aliviaba mi inquietud. No podía dejar de levantarme, pasear u observar un paisaje que apenas cambiaba, haciendo que el tiempo se arrastrara. Pensando en su fugacidad, escuchaba a través de mis AirPods Pro «A Question of Time» de Depeche Mode. Martin Gore parecía haberla escrito ex profeso para este instante: «Time will teach you the meaning of pain».

Mientras tanto, a más de una hora todavía de Atocha, la mañana desplegaba ante mí la típica y temida calima castellana. Su luz atravesaba los ventanales como una lupa implacable, calentando la superficie de mi asiento hasta hacerlo insoportable. Ni el aire acondicionado lograba evitar sentirme cocido a fuego lento. Sentía un calor incómodo en mi pelvis y posaderas, por lo que terminé cambiando de asiento para aliviarme. Aquel malestar solo podía ser el vaticinio de lo inevitable: que mi desembarco en El Puerto viniera acompañado del bofetón del inmisericorde levante, esa criatura bella y voraz, depredadora de turistas, una bestia que impone más que su ley, su decretazo. Empuja a sus víctimas al abrigo del aire acondicionado y a la playa, a los ventiladores o la piscina. Al viento le da igual un robusto ciprés o una pelota de Nivea, un niño perdido o una suegra desamparada. Se lo lleva todo y no lo devuelve hasta que amaina por el Estrecho y reintegra sus enseres por las playas de Rota. Como navegante, lo conocía bien. Sabía que no me iba a defraudar ni a mí, ni a El Puerto, ni a la memoria de su internacional poeta. Me distraje viendo True Detective en HBO mientras llegaba y no llegaba, dejando que Matthew McConaughey me recordara que la gente es más peligrosa cuando cree tener razón. Entretanto,

esperaba, como agua de mayo, que el revisor me pidiera el billete que me irritaba en el bolsillo. El tren se acercó a Jerez, la frontera invisible que anunciaba la ansiada playa de los jerezanos. Era la última parada antes de mi destino, al que me enfrentaba con sentimientos encontrados. Volver a mi tierra y recordar tiempos no tan lejanos me sacaba de mi querida rutina en Madrid. Esa sensación agridulce se disipó un poco al recordar la relectura pendiente del informe preliminar que había recibido de la Jefatura del Puerto.

Abrí el portátil, todavía con el regusto amargo de una primera lectura que no me convencía, y me dispuse a revisar el informe con más atención. Venía, entre otras cosas, con Exceles adjuntos —cortesía de Juanjo Rodríguez, compañero meticuloso y windsurfista empedernido— que recogían los titulares de todas las embarcaciones del finger B y sus dos aledaños, a los que se había interrogado. La información de los titulares procedía sin filtros de la gerencia de Puerto Sherry. Según Romualdo, el informe tenía zonas oscuras, ambigüedades que podían ser casuales… o no. Lo escribió de puño y letra en una nota escaneada junto al informe. Usaba ese tono solemne que algunos se reservan para hacerse notar, y añadía lo que ya me había anunciado: que trabajaría con una tal Marta Sánchez. Una inspectora recién llegada con un currículum tan brillante que cegaba. Lo tenía todo. Claro. Si el informe era ambiguo, ¿qué mejor que una recién llegada con medallas para interpretar lo que, según él, yo no sería capaz de ver? Releí su nombre en la pantalla. Sánchez. Un apellido que me chirriaba como bisagra sin el tres en uno. Tal vez por algo. Tal vez por nada. Tuve la sensación de que aquello se me iba a indigestar como una lata de sardinas en aceite de girasol. Aquello no iba a ser un paseo placentero por la Alameda Apodaca.

El forense apuntaba a una parada cardíaca como causa probable, aunque también mencionaba contusiones generalizadas, compatibles con una caída tras perder el conocimiento. Había alcohol y bastantes drogas. Y fluidos ajenos: semen. En otro párrafo, casi de pasada, sugería que un golpe leve podía haberla hecho trastabillar hasta un final trágico. No lo decía con claridad, pero se intuía, decía Juanjo: la

chica pudo haber resbalado desde unos tres metros, justo desde la entrada al finger B, hasta los bloques de hormigón, o podía haber sido golpeada, cayendo de aquella extraña guisa. Esos bloques me resultaban muy familiares. Los trajeron de la sierra de Cádiz para contener el oleaje. Ahora sobresalían como dientes desordenados en una boca sumergida. Con la bajamar quedaban al aire, y entre ellos, el cuerpo, salpicado de espuma, grotesco en su quietud, brutal en su presencia. No parecía obra del mar. Parecía colocado allí a propósito. Eso decía Juanjo y yo pensaba lo mismo. El agua, convidada de piedra, serena, contenía la respiración. Las fotos desprendían una calma extraña. Aquella paz del entorno era el peor de los marcos: solo servía para acentuar con descaro la violencia del hallazgo. De las declaraciones de los propietarios y posibles testigos no se deducía ninguna evidencia de que se hubiera celebrado fiesta alguna en los buques del pantalán B, ni ningún tipo de incidente. Algún grito o alboroto aislado. Lo mismo declaró la vigilancia privada y la marinería del puerto.

Sí, coincidía con Romualdo: había demasiadas contradicciones. El occipital destrozado. Un brazo fracturado. Rasguños por todas partes. La chica parecía una muñeca rota sobre un altar. Desecha. Inerte. Su piel pálida y sus rasgos euroasiáticos contrastaban con el rojo intenso que salía de su cabeza. No fue un accidente. No lo parecía. Esbocé una sonrisa al imaginar la cara de Dioni y sus colegas, viejos conocidos, al encontrar el cuerpo. Nada que ver con la expresión que lucía en Semana Santa. Lo imaginé descompuesto: corriendo hacia la torre de control del faro a las seis de la mañana, justo al empezar el turno. Nadie lo vio. No había cámaras. Vi entonces en su última página una suerte de mención especial o anécdota del autor: Un extraño tatuaje. Me dispuse a repasar las fotos para buscarlo, pero justo en ese momento, un niño tropezó con mi tobillo que asomaba en medio del pasillo. Maldije por lo bajo. Noté la garganta seca, áspera; el calor del tren me estaba matando y necesitaba tragar algo antes de ponerme a escarbar en detalles minúsculos. Dejé el portátil abierto y me levanté.

Regresé de la cafetería esquivando codos, maletas y rodillas. El vagón restaurante era una trinchera: estaba abarrotado de pasajeros

devorando bocadillos envueltos en papel de aluminio, de esos que traen de casa para no pagar los precios de atraco de Renfe. El olor denso a chorizo y tortilla fría peleaba contra el aire acondicionado, ganando la batalla por goleada.

Me dejé caer en mi asiento y destapé la botella de agua con gas que había conseguido rescatar de la multitud. Justo en ese momento, el tren dio una sacudida brusca, quizás un cambio de agujas o una curva mal peraltada antes de entrar en los túneles de Despeñaperros. El botellín bailó sobre la mesa plegable y volcó.

—¡Mierda!

El líquido siseó al salir, creando un charco burbujeante que corrió veloz sobre el plástico gris, directo hacia el portátil abierto. Lo aparté de un manotazo, salvando el teclado por milímetros, y sequé el desastre con la manga de la chaqueta, maldiciendo mi suerte, la hidrodinámica y la estabilidad del AVE.

Con el pulso todavía acelerado por el susto estúpido —lo que me faltaba era cargarme el ordenador de la comisaría antes de llegar—, volví a fijar la vista en la pantalla. Pasé un par de fotos de la autopsia preliminar con el dedo, rápido, asegurándome de que el trackpad seguía respondiendo. Eran imágenes rutinarias: hematomas, livideces, la rigidez de la muerte en primer plano.

Me detuve, y no fue por el estrés del agua derramada, sino por algo minúsculo en la imagen. En la cara interna del antebrazo del cadáver, casi perdido sobre la extrema palidez de la piel, había un borrón de tinta oscura.

A simple vista, no era más que eso: un borrón. Un trabajo de aguja barato, medio devorado por una quemadura química o un intento chapucero de borrado. Cualquier otro lo habría pasado por alto, despachándolo en el informe como una cicatriz vieja o simple roña. Pero mi estúpido coco, que siempre está afanado en la búsqueda de la grieta en la pared, la que apenas se ve, quedó clavado ahí. No sentí ninguna conexión mística ni un eco de auxilio; fue, pura y llanamente, mi neurosis. Ese picor mental absurdo y obsesivo que se me dispara cuando una pieza no encaja.

Arrastré los dedos por el trackpad ampliando la imagen hasta reventar los píxeles. Un recuerdo de Blade Runner me cruzó la

cabeza: «Enhance to fifty-five». Y ahí seguía. Apenas un rastro de tinta deforme, pero mi cabeza ya no podía soltarlo. Me sentí arrastrado hacia ese garabato con la terquedad de un enfermo. No había lógica, solo una gravedad oscura, la certeza enfermiza de que, de todo aquel desastre de sangre y muerte, lo único que de verdad importaba estaba escondido en esa diminuta mancha.

Hice una captura de pantalla y abrí la aplicación de búsqueda visual en el móvil por pura inercia, pasándola por Google Lens, buscando una excusa racional para mi fijación. La cobertura iba y venía con los túneles, y el círculo de carga giró eternamente mientras yo daba otro trago al agua con gas, ya caliente.

Cuando la IA me escupió los resultados, me sacó de mi ensoñación: un símbolo alquímico, la portada de un disco de heavy metal, un esquema de un circuito eléctrico y un artículo perdido sobre iconografía carcelaria de las mafias rusas. Ruido visual. La tecnología no veía con claridad el misterio que mi cabeza se empeñaba en fabricar. Para el algoritmo, el tatuaje estaba tan chapuceado que escupía coincidencias al azar.

Apagué la pantalla del móvil meneando la cabeza. «Ya estás otra vez con tus absurdas rutinas, Víctor», me reproché en silencio. Siempre dejándome llevar por ese picor mental, forzando la máquina para agarrarme al resultado más rocambolesco y convertir un simple borrón de tinta en el centro de una conspiración internacional. Cerré el portátil con cuidado, obligándome a aceptar que, a veces, una mancha es solo una mancha.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos, pero la imagen seguía ahí, grabada en el interior de mis párpados. Un borrón negro. Una serpiente, una piedra o un abismo. No sabía qué era, pero mi instinto, ese que suele avisarme antes de que empiece a dolerme la piel, me gritaba que acababa de mirar a los ojos al verdadero problema.

Mi TDAH empezó a dar señales, exigiéndome movimiento. Diez minutos después ya me había rendido. Me levanté y fui otra vez al bar a comprar una segunda botella de agua, pagando el peaje absurdo a precio de oro que exige Renfe. Solo necesitaba la excusa para caminar y despejarme. En el trayecto de ida y vuelta, me

obligué a olvidar el detalle del tatuaje, autoconvenciéndome de que era otra de mis fantasías sin fundamento. De regreso, me senté de nuevo. Abrí el informe y seguí leyendo la parte que me había saltado.

Treinta y dos años, metro setenta y nueve, ojos azules, pelo rubio, complexión atlética. Como esas jugadoras de voleibol monumentales de Instagram. El nombre: Rosa María Rendueles García. Empadronada en Altea, Alicante. Poco o nada se sabía de ella. No estaba fichada, y estaban ya en la solicitud de datos a la Agencia Tributaria y al INE. Nada que sugiriera vínculos con la mafia rusa. «¿Mafia rusa?», pensé. Era mi cabeza otra vez, saltando a conclusiones por un simple tatuaje en cirílico o por esa apariencia que uno, con torpeza, llama eslava. Es una constante en mí: con solo ver elementos aislados, ya estoy construyendo un rompecabezas que quizá sea solo una invención. A veces uno necesita empezar por algún sitio, aunque sea inventándose el principio. Qué demonios, si Dios no tiene planes y escribe torcido, yo no voy a ser menos. Me mordí la lengua y traté de volver a lo obvio, antes de que mi manía de ver conspiraciones acabe borrando lo que de verdad importa. El tren dejó Jerez, y el cambio de marcha me indicó que estábamos ya en el tramo final. Fui al baño del Alvia. Ese habitáculo donde todos saben quién entra y quién sale. Me dispuse a deponer lo que no se puede posponer. Me topé con el rastro anónimo —y persistente— del anterior ocupante. Compañero de armas y penas. Piensas: «No voy a pagar por los pecados de otro. No voy a limpiar las mierdas de nadie». Pero luego, más tranquilo, entiendes que todas las mierdas se parecen. Como en los cargaderos de Roma, cumplen su cometido. El miedo a que alguien entrara tras de mí me hizo actuar. Porté la espada higienizadora. Limpié la escena. Mi moral. Y la del anónimo. Que, aunque desconocido, devino hermano por pura empatía. Por fin, el tren llegó a El Puerto, confirmando la previsión de Windguru. Allí me esperaba el viento del este, como un enemigo apostado. Me secó de un plumazo la piel, la boca y el carácter. Junto a él, un atardecer estival postrimero de finales de junio. El mismo sol que castigaba el antiguo penal del Puerto, hoy Monasterio de la Victoria. Me topé con ese

engendro. Sentí que ocultaba secretos, voces antiguas, voces que gritaban al paso de los viandantes.

Se decía que ese penal había oído más confesiones que cualquier iglesia. «Algo quiere hablar aquí», pensé. Pero dejé el pensamiento suspendido. Como un eco que no quería escuchar. Con la maleta a rastras, le di un euro —el único que tenía suelto— al guardacoches. No por generoso, sino porque me molestaba que esa moneda no desapareciera. Subí al segundo taxi. Tenía unas ganas tremendas de irme. Un asco visceral, irracional. Aquel lugar parecía siniestro y mi cuerpo solo pedía poner distancia. Saludé al taxista. Hablamos del viento. De su madre. Y de la que parió al poniente. Tararearé «Mediterráneo» de Serrat: «Tus atardeceres rojos se acostumbraron a mis ojos como el recodo al camino…». Al ver el Atlántico —más bello que el Mediterráneo— pensé en mi madre. Ella cantaba esa canción en su juventud. También vi esos atardeceres desde Estambul. Mientras el taxi avanzaba, no podía quitarme la sensación de que El Puerto —como tantos lugares en España— está lleno de historias enterradas. Voces que claman desde el tiempo. Historias unidas por un mismo hilo: sufrimiento, lucha, memoria.

Esa sensación me acompañó rumbo a mi apartamento. Pensé en cómo las viejas heridas se convierten en relatos. Se cuentan de generación en generación. Como susurros que se niegan a desaparecer.

CAPÍTULO 5

Centro Comercial: La dama trasnochada

Llevo toda la vida haciendo este trayecto. Antes era una pelea física contra la carretera vieja y el calor; hoy es un trámite climatizado. La modernidad nos llegó de golpe en el 92, barriendo el polvo de las cunetas para darnos aves veloces y una idea importada de progreso. Ahora viajo en el asiento trasero, cómodo, aislado, ajeno al paisaje que cruzo. Pero la velocidad es un espejismo: el camino se ha suavizado con los años, pero al buscar mi reflejo en la ventanilla del taxi, sé que yo me he vuelto más áspero.

El taxista conducía con la rutina anestesiada del oficio, pero bastó llegar a la rotonda de Vista Hermosa para que mi memoria descarrilara. Fue justo ahí, sobre ese mismo asfalto, donde el pasado me tendió una emboscada. Recordé el Ford Fiesta de Jesús y aquel volantazo suicida buscando un atajo hacia el centro comercial tras una noche demasiado larga. Veníamos cargados de risas y alcohol, creyéndonos inmortales, hasta que la imprudencia chocó de frente contra otro taxi que venía de Rota. Aún puedo sentir el estruendo de los cristales y el peso de la puerta hundiéndose sobre mí. El saldo de aquella noche fue una extraña hermandad de quirófano: Mirenchu y yo, unidos para siempre por una cadera rota y el fin de la inocencia.

Con veinte años, uno se recompone y sigue, creyéndose elástico. Pero aquel impacto me enseñó que el destino es solo una cuestión de puntería y mala suerte, una ecuación llena de variables que no controlamos. Hoy, a mis cincuenta y ocho, la contabilidad es distinta: cada golpe se convierte en una factura pendiente, un recordatorio silencioso de que el cuerpo tiene una memoria rencorosa y ya no perdona tan fácilmente.

Entrar en Vista Hermosa es cruzar una frontera invisible. El Puerto, la ciudad real, queda lejos, convertida en un rumor al otro lado de la carretera. Esto es un cubículo aparte, esa aldea de irreductibles que se resiste a mezclarse con el resto. Sé que tiendo a

perderme en divagaciones, a analizar el escenario hasta agotarlo. Pero es mi forma de aterrizar, de ordenar el caos. Y lo primero que noto es que aquí el aislamiento no es paz, es una forma de abandono. En invierno, este silencio no descansa; simplemente resuena en vacío.

El taxi dejó atrás la rotonda y, con ella, me olvidé de aquel recuerdo. A las 19:30 clavadas, frenamos con un leve chirrido ante las puertas de mi edificio. El conductor me miró por el retrovisor con curiosidad, como el que acaba de dejar a un fantasma sin equipaje, aunque mi maleta siguiera allí. Al bajar, una visión tan cruda como un bistec poco hecho: aquel centro comercial se alzaba ante mí como una matriarca decadente que me esperaba, paciente y dispuesta a hacerme trizas. Aquello no era más que un monstruo de ladrillo atrapado entre el lujo aparente y la decadencia: neones medio fundidos, vitrinas polvorientas y letreros sucios de inmobiliarias quebradas que insinuaban que cualquier tiempo pasado fue mejor. Una ley no escrita del ladrillo se cumplía aquí, como en tantos otros sitios, a rajatabla: a la euforia comercial le había seguido la resaca habitacional, dejando este óxido melancólico de los veranos caducos y yo, como otros, a su merced.

Subí las escaleras con la desgana de quien regresa a un lugar que ya no siente suyo. El pasillo, como no, olía a humedad y a un rastro leve de productos de limpieza baratos. Introduje la llave en la cerradura y empujé la puerta con fuerza, pero sin la calidez ni la juventud de antes. Dejé la maleta como el que deja una bolsa de la compra, me quité los zapatos Adidas Special y me dejé caer sobre la cama a lo kamikaze, de cabeza, abriendo los brazos como el cristo de Río de Janeiro. El cansancio me venció por completo. A la mañana siguiente, no sé cuánto tiempo estuve con la vista fija en el techo. Justo cuando empezaba a hundirme de nuevo en ese duermevela espeso, ese limbo en el que ya no sabes si estás despierto o dormido —pero que es el único que de verdad me repara y me apaga el ruido de la cabeza—, el teléfono sonó. Había cometido el estúpido error de no ponerlo en silencio. El timbre estalló como una bomba atómica en mi bolsillo, taladrándome la cadera. Me incorporé soltando un gruñido, de un humor de perros y

arrastrando una pesadez en el cuerpo idéntica a la peor de las resacas. Maldije en voz alta, soltando un quejido al techo. Un despertar muy mío: torpe, cabreado y sintiendo que me acababan de robar el único momento de paz del día.

Descolgué sin mirar la pantalla. Era Bego.

—Víctor, confirmamos entonces en el bar. En un rato nos vemos —dijo, con esa eficiencia tan suya.

—Allí estaré, "Angel" —gruñí, frotándome los ojos y maldiciendo la llamada—. Pero hazme un favor: no me llegues tarde. Ya sabes que la impuntualidad me pone de los nervios.

—Tranquilo, gruñón. Nos vemos.

Miré el reloj al colgar. Lo justo para una minicabezada, para luego quemar la espera deambulando por el centro comercial. Pero la realidad no estaba dispuesta a darme tregua. Apenas solté el móvil sobre la colcha, volvió a sonar. Esta vez, el nombre en la pantalla me quitó cualquier resto de somnolencia.

—Inspector Ros —la voz de Roldán, mi comisario, sonó a tortazo con la mano abierta al otro lado de la línea—. Espero que no esté deshaciendo las maletas con demasiada calma.

—Acabo de entrar por la puerta, jefe.

—Pues ya está tardando en salir —cortó, con su tono áspero habitual—. Te recuerdo que su incorporación es inmediata. No ha venido aquí a tomar el sol, Ros. ¿Ha leído ya el informe de Juan sobre el cadáver de Puerto Sherry?

—Lo revisé en el tren, sí. Demasiadas contradicciones.

—Pues deje de darle vueltas en la cabeza y plántese aquí. Le quiero al mando de esto antes de que los buitres de la prensa empiecen a hacer preguntas que no sabemos responder.

Colgó sin despedirse. Qué prisas. Me quedé sentado al borde de la cama, con el teléfono en la mano y el estómago vacío. Este verano, que podría haber sido extraordinario, amenazaba con parecerse demasiado a los últimos.

Con esa sensación de ajenidad persiguiéndome sin descanso, me levanté y salí del apartamento. Mientras bajaba las escaleras hacia el centro comercial, asumí que, con Roldán respirándome en la nuca y

el informe del cadáver golpeándome la mente, mis divagaciones tenían los minutos contados.

Aun así, decidí concederme un último acto de rebeldía antes de ver a Bego: un segundo desayuno. El primero, el nutritivo, ya lo había despachado recién despierto y con el cabreo de las llamadas aún en mi cabeza, que rezumaba cortisol. Un mero trámite biológico para el que había tirado de unas escasas provisiones de huevos que a saber si estaban caducados; por suerte, al estar en la nevera con el plástico puesto, no habían absorbido el agua que tanto hace saltar el aceite al freírlos. Este segundo sonaba a rock and roll; era mi peaje personal para retrasar, aunque solo fuera un instante, el choque definitivo contra la realidad.

Eché a caminar bajo la sombra de los pinos, siguiendo el rastro de sus raíces que, en una rebeldía muda, habían levantado el asfalto hasta impedir el aparcamiento. Ese suelo roto activó la memoria, llevándome al origen de mi error: la compra de aquel apartamento.

Recordé por qué mordí el anzuelo en su día. Buscaba un búnker, un espacio pequeño y blindado contra el ruidoso modelo latino de convivencia. —Está muy bien de precio —sentenció entonces mi hermano Bosco, el economista. Y aunque la cifra era atractiva, con los años aprendí que lo verdaderamente barato es lo que nunca compras. Mi soñado refugio resultó tener las paredes de papel. Lejos de ser una cápsula de aislamiento, guardaba miles de secretos: historias de turistas fugaces, aventuras discretas e indiscreciones de ciertos vecinos ilustres convencidos de que «nadie tiene por qué saber lo que hago». Pero yo, que miro donde otros apartan la vista, sé que esa privacidad es una farsa. Aquí no hay placer más compartido que ver al vecino caer en desgracia.

Esa misma soledad que un día abracé se había convertido en condena. Por eso, apenas unos minutos antes, al cerrar la puerta tras de mí, lo había murmurado como una promesa: —Esta es la última vez. Lo vendo y me voy con mi madre. El arrepentimiento se me había adelantado, pegándose a sus paredes como un cuadro mal colgado lleno de moho. Y es que este lugar funciona como un cruel reloj de arena. Aquí, el verano se llena de ferias y chiringuitos, pero su fin no anuncia más que la llegada de un invierno que trae una

pobreza que nunca se va del todo y que solo afloja cuando aparece de nuevo el calor. Puede parecer calma, sí, pero con el hastío de una decrepitud insaciable que termina por engullirte.

Una vez le dije a Antonio, «el profe», que El Puerto no es una ciudad, sino un agujero negro. Te absorbe tan despacio que, cuando quieres darte cuenta, la gravedad ya es insuperable. Él me lo reconoció tiempo después: aquí nadie se queda por obligación, pero tampoco nadie consigue irse del todo. En este universo se vive de extremos: o estalla el caos o no pasa absolutamente nada; no hay términos medios.

Avanzaba hacia el bar masticando esa certeza, cruzando una galería en la que te perdías como en un limbo estacional. Me movía confiado, como un soldado, creyendo que en este lugar solo quedaban anécdotas aisladas e ignorando por completo la desdicha que ya se estaba urdiendo en la sombra.

En ese trayecto, me di cuenta de lo arraigada que estaba mi costumbre de analizar lo evidente. Sé que es otro defecto en la lista, pero mientras observaba el ir y venir de la gente, me consolé pensando que en esas distracciones es donde suelo encontrar las verdades que otros nunca se molestarían en buscar.

De inmediato recuperé la inercia de la costumbre. Primera parada: la farmacia de Clemente, donde cumplo mi cuota de viejo cascarrabias discutiendo unos precios que triplican al súper. Era y es mi pequeña cruzada personal.

De ahí pasé al supermercado, ese gran delator donde la lógica de clases funciona al revés. Es la paradoja perfecta: los vecinos de Las Redes, con menos pedigrí, peregrinan al Mercadona rindiendo culto al Hacendado. En cambio, la aristocracia de Vista Hermosa se abastece en el Día. Aunque, para ser exactos, los señores jamás pisan este suelo. Para eso envían a su infantería doméstica: mujeres de piel cobriza y acento sudamericano que pasean el uniforme sobre unas piernas cortas pero recias, diseñadas para empujar carros raquíticos. Ellas cargan con la intendencia mientras sus jefes —esa mezcla de madrileños estivales y sevillanos de fin de semana— arreglan el mundo desde el Club, entre cañas de Cruzcampo, raciones de ensaladilla y el menú del día, ajenos a la

vulgaridad de la lista de la compra. No todos son así, pero estos cargan con la culpa de los demás.

Pero aquel sitio parecía ajeno a estas jerarquías, alzándose como lo que metafísicamente es: un «pegote» arquitectónico sin complejos. Es un híbrido extraño, una mezcla a medio camino entre una Ibiza decadente y un Marruecos de diseño. Una tierra de nadie que funciona por turnos: en invierno acoge a sus fieles acólitos y en verano explota a sus esclavos. Y flotando sobre todo ello, siempre se respira esa condescendencia del veraneante, esos alienígenas en bañador que nos regalan su mirada altiva, convencidos de que los nativos deberíamos darles las gracias simplemente por habernos elegido.

Aun así, el invento funciona: el estanco para soñar con ser rico, el bar para el alivio del jardinero y esas boutiques donde las señoras buscan el santo grial: algo «barato pero bonito».

Fue esa etiqueta la que me hizo, otra vez, derivar. Me quedé bobo mirando el escaparate, pensando en cómo vivimos esclavos del envoltorio. Al final, ¿qué nos importa el objeto? Solo nos importa el adjetivo. Un coche no es nada si no es rápido; un cuerpo no existe si no es deseable. Esa es mi condena: me paso la vida analizando la pintura del cuadro y me pierdo lo que hay detrás. Y eso se paga. Quizá, mientras yo perdía el tiempo filosofando sobre un cartel de rebajas, la tragedia ya me estaba esperando a la vuelta de la esquina.

Un estruendo me sacó de la tontería. Un Audi descapotable —una reliquia de la era Picapiedra, resucitada a base de masilla— pasó lamiendo la acera. Escupía reguetón a tal volumen que vibraban los cristales, mientras el conductor meneaba la gorra, encantado de conocerse. Perfecto: salvajismo urbano con banda sonora. —Tanto pensar para acabar atropellado por un imbécil —mascullé—. Si es que no tienes remedio.

El móvil me rescató del enfado. Antonio: Mensaje corto, plan largo. Navegada y luego al bar «El Pava». Qué cosas. No he puesto ni un pie en el suelo y el Puerto ya me arrastra a su rutina, como una marea de la que no se puede —o no se quiere— salir.

Quizá esa inercia es contagiosa, o quizá yo ya venía defectuoso de fábrica. Siempre he tenido tendencia a quedarme en tierra de nadie, atrapado entre lo que fue y lo que pudo ser. Cuando tocó decidir futuro, la familia esperaba al juez o al fiscal; la ruta noble. Yo, en cambio, opté por la placa.

No nos engañemos: me hice policía más por descarte que por vocación. Llámalo vagancia, miedo a encerrarme cinco años opositando a judicatura o una intuición de que los renglones torcidos son más divertidos que los rectos. Busqué el atajo y, como suele pasar, acabé en un laberinto. Aprobé con el número uno, sí, y durante un tiempo me permití la ilusión del triunfo. Pero la duda es un perro fiel que nunca te abandona: ¿apunté demasiado bajo? ¿Desperdicié la munición? Y así me he plantado aquí, rozando los sesenta, esa edad peligrosa donde uno deja de pelearse con el pasado y empieza a mirar el futuro con la calma chicha de quien sabe que la vida ya no es una carrera, sino una cuenta atrás.

Cojo y dolorido, crucé el umbral del bar que eufemísticamente se denominaba «El Centro» sin tener que empujar nada. La puerta estaba abierta de par en par, vencida por el calor o quizá por esa resistencia castiza al aire acondicionado que convierte el local en una sauna con olor a café. Era mi destino y, a la vez, la excusa perfecta para todas estas cavilaciones.

Apenas habían sido cincuenta metros de asfalto, pero se me antojaron una vida entera. Al final, vivir no es más que eso: ir de un punto a otro cargando con la misma mochila invisible que portamos desde niños. La única diferencia es que antes la llevábamos llena de libros de texto y futuro, y ahora la arrastramos cargada de piedras y recuerdos que nos doblan la espalda.

Me dejé caer en la silla, agotado por el peso de esa carga y por mi propia intensidad. Hacía apenas treinta minutos que había cumplido con mi «desayuno bueno», ese trámite proteico regado con aceite de oliva para engañar a la vejez. Fue inútil. En un arrebato de bipolaridad nutricional, el vicio le ganó el pulso a la conciencia. La ansiedad pedía el segundo asalto, y yo no estaba para llevarle la contraria

Me acomodé —es un decir— en la silla de siempre, un mueble de madera torcida y respaldo vengativo, a la espera de esa porquería reconfortante. Y al instante, mi mente arrancó con su liturgia habitual: ¿quién calentó este asiento hace diez minutos? ¿Traía las manos limpias o venía de hurgar en un motor? ¿Regresaba de una fiesta o de un entierro? ¿Sigue vivo o le dio un infarto al doblar la esquina? Soy una neurosis con patas, un tipo capaz de convertir la espera de una tostada en un tratado forense sobre la vida ajena y la paranoia propia.

Busqué trinchera al oeste, en la mesa más resguardada, lejos de la corriente y de los gérmenes de esos pelmazos que patrullan el bar buscando una oreja virgen. Desde mi atalaya, el local funciona como un televisor panorámico de la flora y fauna que flota en este acuario comercial.

Al frente, la imagen era desoladora. Una mujer de rostro triste languidecía ante una tostada de mantequilla y mermelada que parecía de atrezzo. Retorcía el cuello a babor y estribor, buscando desesperadamente una mirada cómplice, mendigando un poco de cariño ajeno. Iba bañada en rímel y en unos polvos que se había aplicado demasiado temprano y que, bajo esta luz cruda, resultaban trágicamente inútiles. Lo entendí al instante: ella era la encarnación humana de todo este complejo, apartamentos y galerías incluidos. Una dama retocada en exceso para ocultar las grietas, esperando visitas que ya no llegan. Ambos, mujer y hormigón, compartían la misma melancolía de lo que fue y ya no es.

Y entonces, rompiendo la grisura, apareció mi primo Ignacio.

Se movía por este exoplaneta cavernario levitando, ajeno a la gravedad general. Ignacio no es de este mundo; parece un superhéroe de incógnito o una portada del Men’s Health que brilla con luz propia en medio de este lodazal. Apenas me detectó, se lanzó a darme un efusivo abrazo.

—¡Hombre, el inspector de vuelta al redil! —exclamó, casi dislocándome el hombro—. ¿Qué pasa, primo? ¿Te han soltado de Madrid o vienes a que te pegue el aire?

Me reí, pero él, siempre desbordante, siguió con su ametralladora verbal: —Aquí todo sigue igual: mismo sol, mismas playas. Eso sí,

los veraneantes cada vez más tontos. He oído conversaciones en la barra con menos contenido que un mitin electoral. —¿Y tú? —disparó con su media sonrisa—. ¿Vienes a jubilarte o a levantar cadáveres?

—Más bien lo segundo —respondí, devolviéndole la palmada—. Me han endosado el muerto de Puerto Sherry.

Soltó una carcajada, quitándole hierro al asunto. —Tranquilo, primo, aquí hasta los cadáveres son de buena familia. Solo huelen un poquito peor en verano.

Se sentó un segundo, miró mi taza con desdén y chasqueó la lengua.

—Primo, dime la verdad: ¿has venido por lo de la que ha pegado la espantada, no? A mí me lo puedes contar, tronco.

Ignacio y yo compartimos interminables charlas y paseos sobre los temas más diversos, con la profundidad necesaria para aburrir a cualquier otro que no fuera uno de nosotros.

—¿De qué me hablas? —le dije sin ocultar mi sorpresa.

—Joder, primo, me lo ha bufado un colega de McKinsey… el que se ha metido conmigo en lo de las tokenizaciones, acuérdate, ¡aquello que me va a hacer rico de verdad!

Recordé entonces el proyecto en el que andaba metido: un sistema para financiar empresas al margen de los bancos a través de inversores particulares. La idea era convertir cada factura en un token digital; en el momento en que se liquidaba la deuda, el sistema generaba un pequeño interés para los que habían puesto el capital. Ingeniería financiera de vanguardia en manos de un tipo que alternaba las sentadillas con los logaritmos como la mantequilla y la mermelada.

—Quillo, ¿qué ha pasado? En serio…

Ignacio no bajó el tono de voz, ajeno a lo que los vecinos pudieran oír.

—La ricachona, hombre, que se ha dado el piro. No se sabe si con uno o con otro, por la fuerza o a gusto. —Ignacio soltó una amplia carcajada.

—Pues ni idea —confesé con cara de idiota.

Me picó la curiosidad, no voy a negarlo. Eso de "la ricachona" me dejó algo inquieto, pero no quise darle más vueltas. Serían movidas suyas, de esas que luego se quedan en nada. Ya me enteraría de qué iba la vaina al volver a comisaría, si es que había algo real detrás.

—Bueno, tío, supongo que ya te enterarás. Anda, vente luego conmigo al gimnasio, que te veo más flojo que este fistro de café. Y ahórrate las excusas de inspector, que aquí lo que sobra es tiempo.

Se levantó con esa energía inagotable suya.

—Te veo, primo. No te me oxides.

Y se despidió señalándome con el índice y una sonrisa Profidén, con ese gesto de estrella de Hollywood saludando a la grada en Cannes, antes de desaparecer entre la marabunta de bañistas con la elegancia de un delfín entre sardinas.

Tras la estela de mi primo, mis ojos se posaron en la medalla de plata del local: el «hombre del cafecito». Es un estajanovista de la mendicidad, pero con ese porte inconfundible de loco de buena familia venida a menos. El detalle clave es el polo: aquí, pedir limosna con polo en vez de camiseta marca la frontera entre la indigencia vulgar y la decadencia con pedigrí.

Y como buen aristócrata arruinado, tiene vicios caros. Lo recaudado lo reinvierte religiosamente en el quiosco de la ONCE y en el estanco, persiguiendo el mismo rayo que partió al «Lolo». O «el Negro», como le llaman algunos con esa xenofobia de baja intensidad… al menos hasta que se cruzan con él en la rotonda y lo ven domando un Lamborghini o un Ferrari a más de ochenta. Setenta millones de euros tienen la curiosa virtud de blanquear cualquier apodo y convertir el desprecio en envidia.

Le di el primer tiento al «complicado» —que en la jerga del bar significa un café flojo, casi homeopático—. El sabor me trajo un flashback inmediato del confinamiento en Madrid, cuando sorbíamos este mismo veneno con la mascarilla bajada a la papada, colgando como un ridículo braguero facial. Qué tiempos aquellos, y qué café este.

No sé estar quieto. Tras el segundo sorbo, el instinto me hizo cambiar de mesa, buscando la sombra como los perros viejos. Volví

a enfrentarme al «complicado», que al menos me dio una tregua térmica y dejó de abrasarme el paladar.

Desde mi nueva posición, seguí escaneando el desfile. Aquí jugamos a disfrazarnos de veraneantes despreocupados. Ellos lucen sus «trajes de baño» —maldita cursilada madrileña— de color pistacho o a rayas, caídos peligrosamente por debajo del ombligo. Es curioso cómo el verano transforma a gente respetable en exhibicionistas del michelin: se entregan a un destape impune de tejidos vaporosos, transparencias y elásticos que gritan a los cuatro vientos: «Me da igual que se me marquen las chichas».

En medio del bullicio pululan las Vespas, conducidas con esos cascos «quitamultas» de adorno. Y luego está el patriotismo adhesivo. Si me pusiera a contar las banderas de España pegadas en los guardabarros como stickers, sumaría más metros de rojigualda que en un cuartel de la Legión. Desde luego, hay muchas más aquí, en este código postal de élite, que ondeando en «la Tacita», mi ciudad natal, que nos mira de reojo desde el otro lado de la bahía.

Estaba yo entretenido en esa antropología playera, juzgando michelines y banderas, cuando la realidad me dio un toque. O mejor dicho, un zumbido.

La muerte hizo su aparición en forma de WhatsApp. Era sobre el padre de Antonio Respeto: infarto fulminante. La noticia tenía esa ironía macabra que tanto le gusta al destino: el tipo corría Iron Mans, estaba fuerte como una roca y se cuidaba como un monje. Y ahí lo tienes, tieso, mientras yo sigo aquí con mis arterias taponadas y mi mala leche intacta.

Últimamente está de moda morirse joven y sano, dejando como legado un muro de Facebook que permanece activo tras el funeral, recibiendo felicitaciones de cumpleaños póstumos de gente que no se ha enterado de nada. Supongo que esa es la única eternidad que nos promete la era digital: convertirnos en un algoritmo fantasma que sigue sonriendo en las fotos de perfil.

Traté de sacudirme la esquela mental pensando en trivialidades: necesitaba comprar camisetas anchas para dormir, porque las mías se quedaron en Madrid. Pero el cuerpo tiene su propia agenda y mi piel volvió a tensarse, exigiendo su tributo en forma de picor

nervioso. Me rasqué el cuello con disimulo, viendo cómo la mañana avanzaba sobre un escenario que, al igual que yo, parecía mantenerse en pie por pura inercia.

Eché un vistazo al rincón habitual y noté una ausencia: faltaba el «señor de la silla de ruedas». Dudé si preguntarle a Esteban si su cliente VIP had passed away —me sale el eufemismo británico porque en español la muerte suena demasiado definitiva—. Si se ha ido, Esteban lo notará en la caja: era fiel al anís mañanero y ocupaba media barra con su silla. Lo recuerdo como un antiguo «farero del amor» varado en tierra, con esa melena grasienta de viejo hippie y una cartera marroquí que guardaba como oro en paño. Últimamente ya no giraba el cuello cuando pasaba la chica guapa de la tienda; quizá por la rigidez de la edad o quizá porque un seductor retirado no malgasta energía en batallas que no puede ganar. Toda época tiene sus dioses y ninguno es eterno.

Al final no pregunté. Preferí el silencio, esa asepsia cobarde que confundimos con el respeto.

Estaba en esas cuando un monigote vestido con el uniforme oficial del baby boom —polo Lacoste rosa— pasó pegado a mí, vociferando al móvil. Iba tan ciego de importancia que tropezó con mi pie. Mi punta cedió, no por amabilidad, sino porque decidí perdonarle la vida a su tobillo. El tipo se rehízo con una pirueta y siguió andando sin pedir perdón. Por un segundo, viendo su arrogancia, me arrepentí de no haberle puesto la zancadilla y haberlo mandado al suelo.

Miré el reloj. Faltaban tres minutos para que llegara Bego, la culpable de que yo estuviera aquí filosofando. Apuré la taza y le hice un gesto a Esteban. Tenía mono de más cafeína y un segundo café «bebido» no iba a importunar a mi partenaire, que es de las que no toman nada.

La había citado el día anterior. Necesitaba un briefing urgente, un mapa de minas de los cotilleos antes de volver a pisar la comisaría.

El reloj marcó las 9:35. Cinco minutos tarde.

En ese instante me saltó el fusible. Llámalo manía, neurosis o rigidez, pero para mí la impuntualidad es la forma más refinada de la mala educación; es una falta de sensibilidad hacia el tiempo ajeno.

Detesto esa dictadura de los «diez minutos de cortesía». Una patente de corso que los tardones reclaman por derecho constitucional, el hándicap exacto que la sociedad les concede por haber nacido inútiles para el reloj.

Ya iban diez minutos de demora. Y mi paciencia, que juega con un hándicap muy bajo, estaba en números rojos. La irritación era doble porque Bego vive en Las Redes, a tiro de piedra de aquí. No había excusa: ni atascos, ni distancias, solo pura desidia.

Devorado por la impaciencia, le envié una foto de la fachada para anular cualquier excusa sobre la ubicación. A los doce minutos, con mis tripas tocando una sinfonía de protesta, recibí un audio suyo que se cortaba antes del final. No oí la justificación ni quise hacerlo. Porque en el minuto trece ella cruzó la puerta y mi enfado se evaporó.

Traía esa media sonrisa calmada, lánguida, que contrasta con unos ojos que nunca dejan de moverse. Como suelo hacer, me desconecté de lo que decía para centrarme en lo que quería decir.

—Una Coca-Cola Zero —le pedí directamente al camarero, lanzándole a ella una mirada cómplice.

Ella asintió, agradecida. En Comisaría la llamábamos «Angel» —pronunciado a la inglesa—, y yo aún recordaba sus vicios inconfesables: el refresco negro y las alitas de pollo de freiduría.

—¿Cómo estás? —preguntó con ese tono que mezcla cortesía y cercanía real. —Bien, si no profundizamos.

Solté la frase con una media sonrisa tímida, aunque por dentro me mordí la lengua. La uso demasiado últimamente; empieza a sonar vulgar, desgastada, como un escudo de cartón piedra.

Hacía veinte años que no la veía. El tiempo había hecho su trabajo, esculpiendo las arrugas lógicas de la edad, pero sobre todo secándola. Estaba más enjuta, seguramente víctima de esa dictadura del fitness y la dieta que se autoimponen muchas mujeres al cruzar la frontera de los cuarenta y cinco.

—Te echamos de menos en la comisaría —dijo con melancolía. —Yo también a vosotros, compañera.

Mentí, pero solo a medias. Bego es una policía de raza: cabal, seria, profesional. Y sin embargo, arrastra una voluntad de cristal

quebradizo. Es la paradoja del uniforme: capaz de imponer autoridad en la calle, pero incapaz de tomar las riendas de su propia vida. Nunca supo salir de aquel matrimonio tóxico, quizás porque en nuestra generación la alergia al compromiso eterno nos ha vuelto ciegos: creemos que el fracaso siempre es culpa de la elección de la pareja, y no de nuestra propia incapacidad para aguantar el temporal.

No había tenido hijos y la ventana de la maternidad ya se había cerrado. No necesité preguntar si estaba con alguien; a esta edad, la soledad se nota. Bego desprendía ese aroma a resignación cómoda, a una vida llena con amigos íntimos y un perro. Mantiene el contacto conmigo por WhatsApp con una constancia ritual; usa los mensajes como un ancla por miedo a perderme de vista. Y yo me dejo querer, navegando en esa frontera difusa que siempre me confunde. Al final, la amistad pura entre hombre y mujer es como la física cuántica: la teoría dice que existe, pero en la práctica es un misterio imposible de comprender.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó entonces con su acostumbrada franqueza, asesinando la rodaja de limón con la pajita.

—Mi madre se rompió el tobillo —dije, evitando el tecnicismo de «maléolo» para no sonar pedante—. Pedí un traslado temporal para cuidarla… aunque ya sabes que en esta empresa no hay nada gratis. Me han asignado un caso.

La expresión de Bego cambió. Su rostro se tensó, perdiendo esa languidez cómoda de la que hacía gala. —¿La chica de Puerto Sherry? —No fue una pregunta, fue una sentencia.

Asentí apenas. Ella soltó un suspiro largo, cargado de humo invisible. —Joder, Víctor. Menudo regalo de bienvenida.

Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz casi a un susurro. Barrió la terraza con la mirada, convencida de que hasta las malditas sombrillas tenían oídos—Ándate con ojo. Es un caso feo. Oficialmente fue un accidente, pero aquí dentro se rumorea que hay demasiadas piezas que no encajan. Se dice que el forense pasó por alto detalles evidentes, quizás con demasiada prisa por cerrar el

expediente. No hay testigos, salvo la marinería de guardia, y ya sabes que en el puerto la gente ve menos que los peces.

Hizo una pausa dramática antes de soltar la segunda bomba: —¿Y qué me dices de tu nueva compañera, Marta Sánchez? —Aún no la conozco. —Pues prepárate. Dicen que viene de Madrid, directa de Asuntos Internos, y con un currículum que asusta. Tiene fama de sabiondilla y de no casarse con nadie. —Me clavó la mirada—. Víctor, no la han puesto ahí por casualidad. Huele a que la han enviado para limpiar las cloacas o para vigilar que nadie levante las alfombras.

Marta Sánchez. Aquella desconocida que me habían endosado como a un escolar una mochila de piedras. Su sola mención ya me provocaba urticaria. Vi la oportunidad perfecta para cambiar de tercio y huir de ese campo de minas.

Sin previo aviso, desvié la conversación hacia el pasado, ese refugio seguro. Nos pusimos a recordar los viejos tiempos en la comisaría: las guardias interminables a base de tabaco y café quemado, las pequeñas traiciones de despacho y aquel jefe nuestro ludópata que se jugaba el sueldo en el casino. Nos reímos recordando la comida de jubilación de Anselmo, cuando hizo un striptease sobre la mesa de Los Portales y aterrizó, sudoroso y borracho, sobre la inmaculada sargento Esmeralda. También nos acordamos de Pepe, el «hombre más triste del mundo», el eterno burócrata de los DNI que nos salvó el cuello en un expediente disciplinario mintiendo como un bellaco a nuestro favor.

Estábamos enzarzados en esas nostalgias, mezclando risas con la amargura de lo mal pagado que está este oficio, cuando mi teléfono sonó. Número largo. Fijo. De oficina.

Descolgué por inercia. La voz masculina era inconfundible: funcionario puro y duro, con ese tono de autoridad judicial que no admite réplica. —¿Don Víctor Ros? —Al aparato —respondí, sorprendiéndome por mi propia marcialidad espontánea. —Le paso con el fiscal jefe. No cuelgue.

Tragué saliva. Hacía años que no lo veía, quizás desde el colegio, pero el estómago se me encogió igual. —Ros —sonó su voz seca al otro lado—. Sabrá usted el motivo de mi llamada. La juez de

instrucción le habrá puesto al tanto. —No —le dije, seco. —Bien. Le sorprenderá la premura, pero necesito que venga a mi despacho lo antes posible. Es un asunto de máxima urgencia. —Cuando usted diga, Señoría. Para eso estoy aquí.

Me avergoncé al instante de mi sumisión. Soné excesivamente formal, artificial, un pelota de manual. Pero el escalafón es el escalafón, y con los superiores hay que guardar las formas, como en la Semana Santa de Sevilla: si ellos ponen distancia, no eres nadie para acortarla.

—Venga a mi despacho mañana a las diez. Quiero hablar con usted sobre el caso que le han encomendado. —Allí estaré. —Esta vez me tragué el «Señoría»; ya me había agachado bastante. —De acuerdo. Aquí le espero.

Colgó sin despedirse. Apenas había aterrizado y ya sentía el peso del cañón en la nuca. Fiscalía, jefatura, la nueva compañera... Estaban perfectamente alineados. Se habían confabulado con una prisa sospechosa para que no tuviera tiempo ni de pensar

—Un momento, Bego —le dije—. Tengo que apuntar esto. Le ordené a Siri que marcara la cita con el fiscal para el martes 18 de junio a las diez.

Nos despedimos sin grandes ceremonias. Bego se marchó con esa media sonrisa suya y yo me quedé unos segundos mirando la espuma sucia de mi taza, buscando alguna revelación que no llegó. Me levanté, sacudiéndome las migajas de la camisa. Antes de enfrentarme al despacho del fiscal, me tocaría recorrer mañana los pasillos húmedos de la comisaría, volver a oler esa madera vieja y comprobar si aún recordaba los códigos no escritos de la tribu. Porque una cosa es que te asignen un caso, y otra muy distinta es que seas bienvenido en él.

Salí del bar dejando atrás a esa «dama trasnochada», la última conexión con la realidad decadente, para adentrarme en lo imposible: Vista Hermosa. Ese hábitat protegido donde la burguesía se atrinchera tras verjas y sonrisas educadas. Tal vez me pierda en detalles, sí. Tal vez divague más de la cuenta. Pero he aprendido que, en lugares como este, donde el silencio se compra caro, pensar

—y mirar bien— es la única forma de ver lo que de verdad importa. Porque si no entiendes el ruido, jamás vas a descifrar el silencio.

CAPÍTULO 6

Marta. Silencios compartidos

Nada más entrar, me asaltó ese esperado tufo a madera húmeda. Era el mismo olor a caoba de los viejos galeones, el que dormitaba en los techos derruidos de los palacios y que nunca terminaba de disiparse. Un olor persistente, casi embrionario, sin solución de continuidad. Era el aliento rancio de un edificio que se devoraba a sí mismo sin remedio. Ya no sabía si venía de algún mueble renovado o si era el sudor de un fantasma que no paga la renta. Un olor que, venga de donde venga, siempre se te pega: a la ropa, a la piel, como una historia vieja que nadie se molesta en borrar.

Ajusté la chaqueta. La llevaba con molestia y resignación, atrapado entre la incomodidad y esa manía absurda de mantener cierta elegancia incluso en los peores días. Subí por la rampa en lugar de los escalones; la lesión de menisco me lo agradecía. Me agarré a la barandilla, sintiendo el tirón sordo en la rodilla, y seguí adelante, dejando atrás el vestíbulo con su aire de funcionalidad justa y su luz escasa. Saludé al agente de guardia con un gesto automático y pregunté por mi antigua compañera, Rocío.

—¿Rocío? ¿Rocío Amuedo?

El chaval, un figurín de veintisiete años que parecía sacado de una academia de modelos, me miró con una compasión tierna como su edad. —Inspector… ¿No lo sabía? Murió la semana pasada.

El silencio cayó sobre nosotros como una losa. —¿Accidente? —pregunté, buscando una tragedia rápida, policial. —No. Cáncer. Fue fulminante.

Me quedé mudo. Rocío. Mi compañera durante un lustro. La recordaba tranquila, con esas mejillas sonrosadas y esa apariencia de «tonta lista» que engañaba a los delincuentes. Era de las buenas, de las que hilan fino donde otros solo ven nudos. Y ahora era solo un expediente cerrado.

—Gracias —murmuré, maldiciendo aquella teoría de que el cáncer se ceba solo con los buenos y no se atreve con los malos.

Aquella mala noticia —amarga como bienvenida— funcionó como un espejo cruel. El golpe de realidad me devolvió, sin anestesia, a mis propias grietas: llevaba dos años sin tomar la medicación y seguía esquivando a Álvaro, mi nuevo psicólogo.

El cambio de especialista no había sido casual, sino una huida visceral. Dejé a Pilar porque no soportaba su tono condescendiente. Arrastraba unos sesgos tan evidentes que, a menudo, sentía que era yo quien analizaba su vida y no al revés. Me trataba como a un expediente amortizado, cogiéndome con pinzas, recordándome en cada sesión que había algo en mí que nunca terminaría de arreglarse. Quizá no se lo pueda reprochar; los enfermos mentales rara vez reconocemos nuestra propia dolencia y, al principio, uno se mira en el espejo del especialista preguntándose qué demonios hace allí. Si el terapeuta es hábil, lo olvidas; si es como Pilar, te lo recuerda cada vez que respira.

Aunque me avergüence admitirlo, he llegado al último tercio de mi vida con la convicción de que el entendimiento entre hombres y mujeres es una quimera: imposible, aunque necesario. Tal vez por eso, buscando la sombra de una comprensión que confundí con ternura, acabé eligiendo a una psicóloga mujer, con la ingenua esperanza de encontrar ese consuelo maternal que uno cree haber perdido. Y al fallar, me fui al extremo opuesto.

Consulté el calendario del teléfono. La videollamada con Álvaro era mañana, no hoy. Menos mal. Hoy no tenía cuerpo para divanes, solo para burocracia.

Me guardé el móvil y las neuras en el bolsillo, y me dirigí al despacho del jefe. No estaba. —Aún no ha llegado —me dijo el sargento de guardia.

Pregunté entonces al cabo que le asistía en su mesa, justo fuera de su despacho, dónde podría estar el mío. El chaval, titubeando, me señaló uno que se vislumbraba al final del pasillo, con la puerta entreabierta. —Debe ser ese, inspector, han traído los muebles hace poco…

Le di las gracias y me dirigí a lo que podía ser mi nuevo lugar de trabajo.

Una mesa pequeña tiene, entre otras, la ventaja de ahorrarte papeleo. Su uso se limitaba a servir de apoyo a mi moribundo portátil casero o a un teclado de PC de esos negros, enormes, con bloqueo numérico, que tienen una enorme ranura para insertar una tarjeta de identificación para los atestados, que nunca se usa, o solo lo suficiente para pedir a la inteligencia artificial que te proporcione una respuesta, con esa elegante cadencia que recuerda a la de las películas antiguas de ciencia ficción cuyos monitores eran tan torpes como lenta la aparición del texto en ellos. Era extraño cómo aquel espacio austero me devolvía una cierta sensación de pertenencia a aquella tribu, aunque ya ni siquiera conociera al hechicero.

Dejé mi portátil encima de la mesa y tomé asiento en una de esas sillas ergonómicas que el personal de mantenimiento acababa de instalar. Y digo acababa por lo reciente que era, pues al girarla, estrangulé un trozo de plástico que probablemente recubría el tubo horizontal que sostiene la parte de la silla donde se asentaban mis posaderas.

Mantenía la vista clavada en el tablero austero de la mesa, girando los pulgares con desgana tras apartar a un lado el maldito teclado negro para hacerle hueco a mi portátil. Solo quería un momento de paz, pero una sombra se proyectó sobre mi escritorio.

—Víctor Ros.

No fue una pregunta. Sonó la sentencia judicial, pronunciada con una voz grave, de lija, de las que exigen atención y no admiten réplica.

—¿Como el detective de las novelas? —añadió, escrutándome de arriba abajo con descaro.

Dejé de girar los pulgares y levanté la cabeza, sin molestarme en disimular mi irritación por la intrusión y por la dichosa bromita de siempre.

—Sí —mascullé, sosteniéndole la mirada—, pero sin las patillas del siglo XIX ni el carruaje. Pura coincidencia y mala leche de mis padres.

Ella no esbozó ni el amago de una sonrisa. Al contrario, sus facciones se volvieron aún más de piedra, confirmándome desde el primer segundo que iba a ser un dolor de muelas.

—Soy Marta Sánchez. Tu nueva compañera.

El rechazo fue instantáneo. Odiaba los "paquetes" de la Jefatura. Odiaba que me impusieran un binomio sin pedirlo. Las heridas de mi último compañero todavía escocían y no tenía el cuerpo para aguantar a nadie respirándome en la nuca. Me puse en guardia, listo para despacharla con frialdad burocrática.

Pero entonces la vi de verdad. Y mi defensa se agrietó.

El impacto fue físico, brutal. A pesar de mi recelo, sentí ese vértigo absurdo, el golpe en el pecho de quien se asoma a un abismo. Marta no era simplemente guapa; poseía una arquitectura que desafiaba la vista, y mi mirada, traicionando mi sentido común, la recorrió con una voracidad que no pude frenar.

Tenía una estructura ósea tallada a golpe de cincel, con esa angulosidad helénica que uno espera ver en mármol frío. Su nariz, con carácter, era algo más grande de lo que dicta el aburrido canon actual, perfecta para sostener la fuerza de unos ojos verde grisáceo que me miraban con absoluta frialdad. Los labios eran carnosos, casi insolentes, perfilados con un contorno rosado que parecía dibujado a mano.

Bajé la vista, escaneándola, buscando un defecto que me permitiera despreciarla y recuperar mi postura de policía duro. No lo encontré. Hombros atléticos de nadadora, cuello elegante, cintura delgada y unas caderas estrechas pero de muslos potentes, donde se adivinaba una fuerza contenida. Era una estatua de uno setenta y cinco, justo a mi altura.

Mi cerebro, dañado desde el accidente por la prosopagnosia, entró en pánico intentando fijar aquel mapa antes de que se disolviera. La miré con una intensidad casi grosera, mezcla de fascinación estética y pura necesidad médica. Siempre he tenido la mala costumbre de bajar la guardia ante la perfección. Ella notó el escrutinio. Y no le gustó.

—¿Ya has visto lo que querías ver, inspector? —soltó. Su tono era cortante, agresivo—. ¿O necesitas que me dé la vuelta para completar el inventario?

El comentario fue doloroso como un latigazo. Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo callado, mirándola embobado mientras

ella me juzgaba.

—Disculpa —mentí, recomponiéndome y recuperando mi tono áspero—. Tengo problemas para fijar las caras. Solo intentaba saber con quién voy a tener que lidiar.

Ella dio un paso hacia dentro, invadiendo mi espacio, marcando territorio. —Vas a lidiar conmigo. Y te aviso: no soy de las que traen café ni de las que escriben los informes mientras tú piensas.

Sonreí con media boca, sin alegría. Una "añadida" con carácter. —Nadie te ha pedido que vengas, Sánchez. Trabajo mejor solo. —Pues acostúmbrate —zanjó ella, apoyando los nudillos en mi mesa—. Porque me vas a tener muy cerca.

La frase quedó flotando, ambigua. Me fijé en sus ojos. Llevaba unas ojeras profundas, oscuras, que le daban un aire trágico. Al ver esa fatiga pintada en su cara, tan parecida a la mía, me dio por imaginar que compartíamos algo más que el insomnio. Quizá ella también mataba las horas muertas con los Nocturnos de Chopin o la tristeza de Satie. Preferí ver en ella a un alma rota antes que a un policía de Asuntos Internos.

—¿Café? —ofrecí, más por tregua armada que por cortesía. —Solo, doble y sin azúcar —respondió ella, sosteniendo mi mirada—. Tenemos mucho trabajo pendiente.

Asentí, desconfiado por fuera pero cautivado por dentro. "Una diosa en el averno", pensé. "Lástima que probablemente venga a convertirme la vida en un infierno".

CAPÍTULO 7

Sombras en el pantalán

Recogí mi chaqueta del perchero y me la eché al brazo. Es una de esas cargas absurdas que uno termina heredando y aceptando: una molestia innecesaria con este calor, sí, pero envuelta en una elegancia que, hoy en día, casi nadie se molesta ya en mantener.

Marta me esperaba fuera, apoyada contra su pequeño KIA Picanto con la despreocupación de quien ha aprendido a esperar sin impacientarse.

Condujo a trompicones, desembragando con una dureza que hacía sufrir a la mecánica y a mis cervicales. Cada cambio de marcha me sacudía como Machín a sus maracas. En uno especialmente brusco, el café —mi único pilar contra el naufragio matinal— decidió rebelarse. Luché por contenerlo, pero la combinación de su conducción de rally y los nervios del estómago fue letal: tuve que bajar la ventanilla a toda prisa y dejar que la marea interna saliera, inaugurando nuestra primera mañana de trabajo de la forma menos glamurosa posible.

Marta ni se inmutó. Siguió conduciendo mientras yo me limpiaba la comisura de los labios, intentando recuperar una dignidad que se había quedado en el asfalto.

El puerto apareció ante nosotros envuelto en su caos habitual: mástiles oscilando, toldos batiéndose como velas desgarradas y el traqueteo incesante de los obenques golpeando los palos; ese repiqueteo metálico que a cualquiera le resultaría una tortura china, pero que para mí era casi un viejo amigo. El aire traía ese olor denso a salitre, gasoil y fibra de vidrio recién reparada que se te pega en el paladar.

Fue entonces cuando el viento decidió aliarse conmigo, o tal vez burlarse. El levante sopló con furia, desvelando y desmelenando a Marta. Aquel portento de la naturaleza se transformó: su cabello oscuro se convirtió en una hidra indomable, brillante y revuelta al

sol. Por un instante, pareció una criatura mitológica, una Medusa moderna; la única verdad tangible y peligrosa en aquel caos.

Ella se giró en ese instante y me pilló mirándola. Pero no apartó la vista. Me sostuvo la mirada con una fijeza incómoda, tensando su gesto. No me miraba como a un compañero nuevo. Su mirada destilaba una certeza fría, implacable. Ya me conocía de antes, o se había empollado un informe detallado de mis desastres. Me estaba tasando en silencio, confirmando punto por punto que la mercancía defectuosa cuadraba con el inventario.

Cualquier otro habría bajado la vista, intimidado. A mí, en cambio, aquella hostilidad contenida me despertó un interés oscuro, casi masoquista. Esa manera de tasarme como a un perro viejo, sin molestarse siquiera en abrir la boca… me gustaba. Joder, sí, me gustaba. Había algo en su frialdad, en la arrogancia de quien te perdona la vida con la mirada, que la hacía peligrosamente atractiva.

Sacudí la sensación, incómodo. No estábamos allí para cursilerías ni para líos de faldas. —¿Has navegado por aquí? —preguntó ella al fin, rompiendo la tensión y cubriéndose los ojos con una mano para otear los pantalanes.

—Toda mi vida —respondí, con la voz ronca aún por el incidente del coche—. Conozco este sitio al dedillo. Las mareas, las corrientes, los bajos… cada rincón de esta bahía.

—¿Y este sitio? ¿Cómo lo ves?

—Igual que siempre… y a la vez, peor. Puerto Sherry siempre ha sido un intento fallido de grandeza. La gente con dinero viene, pasea y presume, pero no gasta un duro. Todo está montado sobre una fachada que se cae a pedazos.

Marta asintió, con la vista fija en el agua. Era esa masa turbia y verdosa, inconfundible de los puertos deportivos, que lamía y acariciaba las rocas de la escollera bajo el pantalán con una suavidad aceitosa.

—Esto es como una ratonera —sentencié, señalando el verdín en las piedras—. Mira la corriente. Si te caes aquí, o te matas del golpe contra la escollera o te traga el agua y te mete debajo del hormigón.

—Y el mar limpia la escena antes de que llegue el juez —apostilló Marta, completando mi pensamiento—. Un lugar perfecto para un

accidente… o para que lo parezca.

Nos acercamos al borde del pantalán B. El viento nos azotaba la ropa, obligándonos a elevar la voz para entendernos. —Aquí es donde cayó —dijo Marta, señalando los bloques.

Me asomé. Las piedras eran enormes, bloques de escollera húmedos y resbaladizos. —Si cayó de espaldas —calculé—, el golpe en el occipital la mató al instante. —O alguien la empujó. —Eso mismo pensaba yo.

Saqué el móvil y busqué las fotos del informe forense que Juanjo había adjuntado. —Por cierto, hay algo más —murmuré. —¿Sí? —No sé si es relevante, pero al revisar las fotos del cadáver, noté algo en su piel. Y Juanjo también.

Noté cómo se le arrugaba la frente por encima de las gafas de sol. —¿El qué? —Tenía un tatuaje en el antebrazo derecho. Muy pequeño. Apenas se veía en las imágenes del levantamiento.

—¿Qué tipo de tatuaje?

—Indefinible. Un borrón de tinta oscura, el rastro evidente de un intento salvaje por quemarlo o borrarlo del mapa —respondí, ciñéndome a los hechos—. Un vistazo rápido te diría que es pura suciedad o una cicatriz vieja.

Me pasé la mano por los ojos, cansado.

—Pero cuanto más lo miro, más me moquea. Esa curvatura en los bordes y ese resto de trazo no engañan. Debajo de todo aquel destrozo había un símbolo.

—¿Símbolo? ¿Qué símbolo? —insistió Marta.

—Ni idea. A veces me parece ver un círculo roto, otras veces nada. Es como mirar las nubes; tu cerebro intenta buscar formas donde solo hay caos. Pero mi instinto me dice que eso no es una mancha accidental. Es una marca.

Marta permaneció inmóvil por un instante. —¿Y se mencionó en el informe? Voy a buscarlo. A ver si coincide con algo.

Suspiré y negué con la cabeza. —Ahórratelo. Ya lo intenté yo en el tren. —¿Y? —Basura. Me salieron portadas de discos de heavy metal, esquemas eléctricos y grietas en el asfalto. La tecnología no ve nada más de lo que yo pueda imaginar. Pero es un pálpito, insistí,

ya sabes. Esa mancha es lo único que me importa de todo el cadáver, y ni siquiera sé qué demonios es.

Marta alzó una ceja con la misma habilidad que Zapatero y soltó una risa incrédula que se llevó el viento. —Joder, Víctor, qué imaginación tienes. Hoy en día todo el mundo lleva tatuajes, a cada cual más raro. No significa nada.

Me callé. Tenía razón. Me quedé observando el agua batir despacio contra las rocas, densa y espesa. —¿Qué? —preguntó ella, al notar mi silencio.

No contesté. Marta volvió a su pantalla, ajena a mi deriva mental. No tenía sentido compartir la sensación con ella. Saqué la parte del informe que Justo había elaborado: la lista de propietarios de los barcos del pantalán B. Eran muchos. Algunos apellidos me sonaban. Eché un vistazo a lo largo del muelle, intentando encontrar algo que desentonara. Nada. Filas interminables de cruceros de distinto tamaño y pedigrí.

—¿No te parece que lo lógico es que este tipo de crímenes de alto standing ocurran en un yate de ricos? —le dije a Marta, que seguía agachada revisando la zona del impacto, buscando algo que el vendaval no se hubiera llevado ya.

Levantó la cabeza con desgana. —Sí, claro. Pero este pantalán no es de ricos.

Tenía razón. Ninguno de los megaveleros atracaba allí; la mayoría estaban en el pantalán M, el de honor. El B era terreno de embarcaciones pequeñas, de aficionados con más ilusión que presupuesto. Lo que solíamos llamar «barquitos de pesca» y algún crucero mediano de clase media aspiracional.

Pasé la hoja con el dedo, revisando nombres, hasta que uno me detuvo en seco. Samuel Benítez.

Un antiguo compañero de clase. Le había ido bien: empezó pronto en la empresa del padre y acabó dirigiéndola tras su muerte por infarto. Un tipo ambicioso, hecho a sí mismo, cuya mayor aspiración —decían las malas lenguas— siempre fue ser aceptado como socio de pleno derecho en Vista Hermosa.

No tenía por qué significar nada, pero su nombre se me quedó enganchado en la mente, igual que aquel tatuaje indefinido.

Al acabar su inspección, Marta se levantó, limpiándose las manos en los vaqueros. Me lanzó una mirada rápida, tanteando si debía preguntarme algo más sobre mi silencio o sobre mi estómago. No lo hizo. Yo tampoco dije nada. Los silencios, sobre todo entre hombres y mujeres que apenas se conocen, son tratados de paz armada.

Me guardé el móvil en el bolsillo. El viento seguía golpeándonos, tercamente, como una advertencia antigua. No era solo el mar quien susurraba aquella mañana. Eran las sombras que empezaban a alargarse sobre el pantalán.

CAPÍTULO 8

A vueltas con Dioni

—Vamos a ver a Dioni —le dije mientras me dirigía hacia el coche. —¿Quién es? —preguntó Marta, pisándome los talones. —El marinero de guardia que encontró el cadáver —le expliqué sin detenerme. —¿Crees que confiará en nosotros? —La había convencido de que la torre estaba a pocos minutos, así que avanzamos en esa dirección. —Depende —respondí, sin aminorar el paso—. Dioni es de los que prefieren no meterse en líos. Lo conozco de vista desde hace años; siempre ha trabajado en el puerto. Es un tipo tranquilo, de esos que ven, saben y, a veces, hablan demasiado. —O sea, que igual nos va a costar sacarle algo. —Exacto. —¿Exacto, «mejor no espero gran cosa»… o «exacto porque te huelo la jugada»? —soltó Marta, con una media sonrisa. —Lo segundo —dije —. Dioni es un parlanchín, pero hay que saber cómo hay que tocarle la tecla.

Nos dirigimos a la torre de control del puerto. La estructura se levantaba como una señora majestuosa que marcaba el camino a casa de los barcos. Su color marfil resaltaba sobre el gris del asfalto y el azul desvaído del cielo, marcando la línea entre el puerto guarecido y el embate del poniente. Desde allí se centralizaban todas las tareas administrativas y de gestión; nada entraba ni salía sin que pasara, al menos, por su vista. No era fea. Era funcional, sí, pero con una elegancia sobria, como la de ciertas mujeres mayores que ya no necesitan adornarse para imponerse.

Subimos por la escalera serpenteante, gastada por años de tránsito rutinario. Me vino a la mente el tatuaje de la chica: la misma forma sinuosa, la misma sospecha latente.

Un mostrador constreñido nos cortó el paso. Tras él, un tipo desconocido nos miró con recelo. Se ajustó el cuello de la camisa. Aquel uniforme le picaba. —¿Qué quieren? Saqué la placa con la

parsimonia habitual. —Inspector Víctor Ros. Queremos hablar con Dioni. El hombre se rascó la cabeza con gesto vago. —No está.

Antes de que pudiera replicar, de la parte trasera apareció Carlos, el encargado de toda la vida, alarmado por el tono de su compañero. Envejecido, pero aún reconocible, nos estrechamos la mano. Intercambiamos un par de recuerdos fugaces antes de ir al grano. —Ya sabemos que está de baja, Carlos. Queremos su dirección.

El viejo Carlos, que ya debería estar a punto de jubilarse, cambió de gesto. Se inclinó sobre el mostrador y ahogó la voz hasta convertirla en un susurro. Tenía auténtico pánico a que alguien nos estuviera escuchando. Le noté un ligero temblor en el dorso de la mano que se apoyaba en la madera. —Por cierto… —dijo, con una pausa cargada de intención—, hace un par de días, alguien pasó preguntando por él. Y no tenían pinta de ser policías.

Nos miramos, alerta. —¿Recuerda cómo eran? —pregunté. Carlos hizo una mueca, ordenando sus recuerdos a regañadientes. —Eran dos. Uno alto y fuerte, pelo muy corto, casi al rape. El otro, más bajo, pero igual de mala pinta. De esos que no necesitan abrir la boca para que pienses dos veces lo que vas a decir. Parecían extranjeros, sí, con un acento que no me sonaba de por aquí y una forma de vestir… peculiar para el calor que hacía.

Marta, rápida, tecleaba algo en su móvil mientras yo apoyaba las manos en el mostrador. —Carlos, haz memoria. Esa gente no viene andando hasta aquí. ¿En qué coche iban?

El encargado dudó un segundo, visualizando la escena. —Un todoterreno negro. Grande, de esos que parecen tanques de lujo. Un Mercedes, creo. Cristales tintados hasta los topes.

—¿Viste la matrícula? —insistí, sacando la libreta. —No entera… pero aparcaron en el vado de proveedores, los muy cabrones. Me fijé en el principio por si tenía que llamar a la grúa. —Carlos cerró los ojos un instante—. Era una matrícula nueva… MB, creo. O MC. Y los números empezaban por 4.

—¿Seguro? —Seguro. Un Mercedes GLE negro, matrícula moderna. No es un coche que pase desapercibido, Víctor.

Anoté el dato. No era mucho, pero era un hilo del que tirar. —¿De dónde crees que eran? —aventuré—. ¿Rusos? Carlos se encogió de hombros, sin querer mancharse más de lo necesario. Su mirada esquivó la mía. —No lo sé. Pero no venían a ofrecerle un contrato de trabajo, eso seguro. Y desde luego, no eran de Lepe.

—¿Dónde vive Dioni? —insistí, guardando la libreta. Carlos suspiró resignado y nos deslizó un papel con una dirección escrita a mano. —Pero si pasa algo, yo no les he dicho nada.

Asentí mientras lo guardaba, pero antes de girarme, señalé con la barbilla hacia el monitor que tenía a su espalda. —¿Y las cámaras? Si aparcaron en el vado, tenéis que tenerlos grabados en primer plano.

Carlos respiró profundamente, girándose hacia la pantalla con pocas esperanzas. —Vamos a ver… Pero ya te digo que el sistema está para el arrastre.

Tecleó un par de comandos y la imagen saltó al monitor. O lo que quedaba de ella. Vimos el Mercedes, sí, pero era una mancha negra y pixelada entrando y saliendo del encuadre. Las figuras que bajaban del coche eran espectros digitales, borrones grises sin rostro ni rasgos definidos. Podían ser rusos, sicarios o repartidores de pizza.

Hice una mueca de desagrado, torciendo el gesto ante la calidad lamentable de la imagen. —Joder, Carlos. Parecen peores que fotos hechas con un móvil chino de los baratos. —Ya te avisé —se defendió él, levantando las manos. —Tranquilo. Ya te enviaré la autorización judicial esta semana para llevarme el disco duro —dije, resignado—. A ver si los chicos de videografía pueden limpiar el ruido y sacar algo. Me giré para irme, pero Marta no se movió.

—No hay autorización esta semana. Nos lo llevamos ahora —dictaminó ella, sacando una bolsa para evidencias de su chaqueta con una naturalidad pasmosa.

Carlos me miró, asustado. Entregar material a las bravas sin un juez de por medio es buscarse un despido disciplinario fulminante.

—Eh, frena, Sánchez —intervine, poniéndome instintivamente entre ella y el mostrador para proteger a mi viejo conocido—. Sabes perfectamente que no podemos incautar el servidor sin orden del

juzgado. Es un recinto privado. Si te lo llevas así, cualquier abogado nos anulará la prueba y a él le costará el puesto.

Marta ni siquiera me miró. Deslizó un dedo por la pantalla de su móvil y me lo plantó en el pecho.

—Artículo 588 quater a de la Ley de Enjuiciamiento Criminal —recitó, con voz fría y exacta—. Urgencia por riesgo inminente de destrucción de pruebas.

Parpadeé, pillado a contrapié. Intenté buscar un hueco por el que colarme para no perder mi autoridad en mi propio territorio. —El juez de guardia tardará horas en validar eso. Y hasta entonces…

—Hasta entonces —me cortó ella, anticipando mi jugada y girando la pantalla hacia Carlos—, aquí tienes el acuse de recibo sellado digitalmente y la orden provisional de incautación visada por Asuntos Internos. El disco duro se viene en esta bolsa, Carlos, o te abro unas diligencias por obstrucción que no te va a salvar ni el gerente.

Carlos tragó saliva, palideció y empezó a desconectar los cables del servidor sin decir ni media palabra.

Me quedé clavado en el sitio. No había gritado, no había sacado la placa de malas formas, no había discutido. Había impuesto su jerarquía y su agenda en menos de un minuto, saltándose mi autoridad y haciéndolo con una limpieza procesal acojonante. «Agenda difusa», decían. Ya lo creo.

Me acerqué al marco de la puerta mientras Carlos metía el disco en la bolsa de Marta. Señalé la lente sucia de la cámara de la esquina, intentando recuperar un mínimo de dignidad frente a mi antiguo amigo. —Y haced el favor de llamar al técnico de una vez. ¡Quitadles las cataratas a las cámaras, hombre! Que así no hay quien trabaje.

Carlos asintió con una media sonrisa culpable mientras Marta y yo bajábamos de nuevo la escalera serpenteante, directos hacia el viento y hacia la dirección de Dioni.

CAPÍTULO 9

Una huida apresurada

La casa de Dioni estaba en uno de los muchos diseminados que se habían erigido durante los primeros años del 2000. En sus comienzos ilegales, ahora estaban en vías de legalización forzada por la realidad democrática. Aquel rincón semioculto del mapa para los obedientes pagadores de impuestos no era, ni de lejos, un conjunto de viviendas modestas; albergaba chalets de dudoso gusto, pero de una majestuosidad incuestionable. Fachadas con columnas de imitación romana, leones de piedra custodiando puertas automáticas y jardines exuberantes que intentaban emular las mansiones de Marbella. Un desfile de excesos arquitectónicos donde la opulencia se medía en metros cuadrados y piscinas preparadas para iluminarse con neón.

Condujimos por una carretera secundaria llena de baches, con la luz cruda de la tarde alumbrando de refilón las tapias encaladas y las entradas flanqueadas por cipreses, esos que, más que árboles, parecían guardianes silenciosos. El GPS nos indicaba que la casa de Dioni estaba al final de una calle sin salida, un pequeño laberinto de caminos de albero que probablemente no aparecía en ningún plano oficial.

Marta detuvo el coche frente al portal. Bajamos sin prisa, escudriñando los alrededores. —Algo no me gusta —murmuré.

Marta también lo notó. La puerta estaba entreabierta.

Entramos con cautela. El interior de la casa estaba revuelto. Cajones abiertos, papeles en el suelo, una silla volcada. Pero no había signos de violencia extrema. Parecía que alguien había buscado algo con prisa… o que Dioni se había marchado de forma apresurada.

Marta recogió un décimo de lotería del suelo y me lo entregó. —Sigue vendiendo lotería —dije.

Le di la vuelta al boleto. Tenía un sello de una hermandad rociera. —Rociero hasta la médula —murmuré.

Marta miró alrededor y torció el gesto. Miré la mesa, rústica y robusta. Había restos de comida a medio terminar. El dueño de la casa había salido huyendo a medio bocado.

—Esto no es un robo —concluí—. Se largó por su propio pie. —¿Pero por qué?

Otro décimo descansaba sobre la mesa, sujeto deliberadamente bajo un pimentero de madera para que no volara. Marta lo cogió con la punta de los dedos, con evidente asco. Le dio la vuelta de inmediato, convencida de que allí había algo más que un simple boleto sin valor—«Nos vemos en la ermita» —leyó en voz baja, con sus dedos sosteniendo sus labios.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando su móvil sonó. Lo sacó del bolsillo, echó un vistazo a la pantalla y me lanzó una mirada rápida. —Es de la comisaría.

Me crucé de brazos mientras ella respondía. —¿Sí? Dime. ¿Cómo?… ¿Dónde?

Colgó de inmediato, con el rostro aún más tenso. —Tenemos registrada una llamada desde un fijo a la comisaría hace veinte minutos. Era de Dioni.

Me incliné ligeramente hacia ella. —¿Y qué dijo? —Apenas llegó a dar su nombre antes de que la llamada se cortara inesperadamente.

Marta se acercó un paso más de lo necesario. En lugar de guardarse el décimo —ella iba en mangas de camisa—, me lo deslizó con cuidado en el bolsillo superior de mi chaqueta. Fue un gesto rápido, de una complicidad inesperada que me resultó extraña, casi íntima para dos personas que apenas se soportaban hace unas horas.

—Sea lo que sea —dijo, retrocediendo—, Dioni no nos lo está poniendo fácil.

—O alguien no quiere que nos lo ponga fácil —murmuré, sintiendo el peso ligero del papel en el pecho y ajustándome la ropa con un gesto nervioso.

Nos miramos un instante. Había que averiguar de qué ermita diablos hablaba Dioni en su intrigante nota.

CAPÍTULO 10

Silencio en los tribunales

Habíamos vuelto a la comisaría con más preguntas que respuestas. La ermita de Dioni reclamaba nuestra atención, pero la humedad, dueña de este ambiente portuense, se encargaba de silenciarnos.

Es la pereza propia de este agujero que todo lo absorbe, una desidia pegajosa que se te mete en los huesos y te quita hasta las ganas de trabajar. Nada fluía; el día, simplemente, se negaba a arrancar.

El iPhone me escupió el recordatorio: cita con el fiscal. Parecía tener más prisa que yo por encontrarnos, aunque no era un extraño. Compartimos pupitre hasta COU, pero la vida nos acabó separando por lo que dictan los uniformes: él eligió la toga y yo la placa.

Me disponía a salir y avisar a Marta de que tendríamos que posponer la búsqueda de la ermita perdida, cuando la pantalla del móvil se iluminó con un nuevo correo entrante.

De: Fiscalía Provincial

Asunto: Reunión aplazada

Por indicación del Fiscal Jefe, se le comunica que la reunión prevista para hoy queda cancelada hasta nueva orden. No se ha fijado nueva fecha. No se facilitará información adicional por el momento.

Moví mi labio hacia arriba, contrariado, y me quedé un momento con el móvil en la mano, como un idiota esperando que el mensaje cambiara por arte de magia. Lo leí dos veces. No había excusas, ni explicaciones, ni siquiera una frase de compromiso. Solo un texto seco, frío, burocrático. Mucho apremio, mucha urgencia… para terminar con un «cancelado hasta nueva orden».

Solté un suspiro irritado y guardé el teléfono en el bolsillo, con la sensación de que alguien había movido ficha sin avisarme.

—Pues parece que tenemos vía libre para seguir con la ermita —murmuré, mientras Marta volvía a sentarse con su Coca-Cola Zero

en la mano—. Me había centrado en esa pista y quizá estaba apuntando a la diana equivocada.

El iPhone vibró de nuevo antes de que pudiera asimilar lo del fiscal. Un correo del Inspector Jefe de la Provincial, Romualdo Vega, me esperaba en la bandeja de entrada.

De: Romualdo Vega

Asunto: Cese de asignación - Diligencias Homicidio R.M. Rendueles.

Por la presente se le comunica su relevo inmediato en la instrucción del atestado referente al homicidio de Rosa María Rendueles. A partir de este momento, queda apartado de cualquier actuación relacionada con el asunto. La resolución oficial de la Jefatura le será notificada por los cauces ordinarios.

Permanecí inmóvil, con la vista clavada en la pantalla. Mi cerebro se negaba a procesar el golpe; le estaba concediendo al mensaje unos segundos absurdos para que se retractara y desapareciera solo. Marta se inclinó un poco, ladeando la cabeza. —¿Qué pasa? —preguntó

Le tendí el móvil sin decir palabra. Lo leyó y arqueó una ceja, después las dos. —Vaya. Qué raro, ¿no?

—Puede —dije, encogiéndome de hombros.

Lo raro no era tanto el relevo como el modo: seco, impersonal, sin explicación alguna. Y, contra todo pronóstico, me dolió. No por el caso —los casos me han dolido menos que las personas—, sino por la forma. Me arañaba el ego, sí, pero también me hervía una pregunta que no sabía de dónde venía: ¿por qué? ¿Qué había debajo? Tanto interés mostrado hace apenas unos días, aquella llamada tempranera del fiscal pidiendo mi incorporación urgente… para terminar así.

—¿Vas a llamar antes de plantarte allí? —dijo Marta, con media sonrisa—. El caso del quita y pon… ni dos días y nos lo quitan.

Negué con la cabeza. —Me lo quitan a mí. A ti no te mencionan.

—Sí, mejor llamo ahora mismo —rectificó ella—. Quizás él nos aclare. Hasta puede ser un error. Es muy extraño, la verdad.

Marqué el número de Fiscalía. —Fiscalía Provincial de Cádiz, ¿dígame?

—Buenos días. Le habla el inspector Víctor Ros. Tenía una reunión programada con el fiscal jefe esta mañana y me gustaría saber el motivo de la cancelación. ¿Podría facilitarme alguna información al respecto?

El silencio al otro lado fue breve, pero lo bastante denso para que mi intuición oliera que algo raro había. —Lo siento, señor Ros. El fiscal jefe ha tenido que atender otros asuntos.

Respiré hondo, tragándome el mosqueo. —Entiendo. Solo dígale que he llamado para interesarme. —Por supuesto, inspector. Lo anotaré. —Gracias.

Colgué. Marta, desde su silla, se limitó a beber otro sorbo de su Coca-Cola antes de soltar con sequedad y sorna: —Huele peor que el guadalete con marea baja.

La miré. Cada minuto me sorprendía menos. Marta ya me confirmaba que, si le gustaba la música, debía ser más de Satie que de Chopin: minimalista, seca, directa. Cada palabra, como cada nota, justa y necesaria.

—Por cierto —añadió ella—, Romualdo Vega está en la Audiencia.

—¿Cómo lo sabes? —Lo mencionaron en una reunión sobre otro caso. Parece que tenía que hacer alguna gestión urgente en Fiscalía.

Me quedé unos segundos procesándolo. No podía ser casualidad. Primero la cancelación. Luego el relevo. Vega, aquel que me trajo aquí a toda prisa, merodeando por los despachos del fiscal. Excesivamente suspicaz, aquello podía no significar nada o todo, pero un pálpito me decía que tenía que presentarme allí. Sin invitación.

—Vámonos —dije, levantándome.

Estaba guardando mis cosas cuando Juanjo asomó la cabeza por la puerta, con ese gesto suyo de «sé que molesto, pero esto no puede esperar». —Víctor… ¿Tienes un minuto? —Pasa.

Entró con una carpeta bajo el brazo y el gesto serio. —Ya sé que nos han quitado del caso —dijo, bajando la voz—, pero… no sé… no quería quedarme con esto sin que lo supieras. Tú decides si tiene valor. Prefiero no saber cómo lo vais a manejar, honestamente… pero creo que os puede ayudar.

Me tendió una hoja marcada con boli azul. —Este es el parte de marinería que obtuve de la torre justo antes de que nos apartaran. Figura un movimiento no autorizado en el pantalán B, a las 2:37 de la madrugada. Una embarcación pequeña, de recreo. Vino desde el pantalán M, estuvo unos minutos y regresó.

Hizo una pausa y bajó aún más la voz: —Esto no es oficial. El parte ya no existe. Solo me queda esta copia sin firmar, que me dio un administrativo al que pillé despistado cuando fui a la torre. La empresa de vigilancia lo niega, el gerente dice no saber nada… Pero sé que mienten. Ya sabes, intuición de perro viejo…

—¿Y eso lo han eliminado del informe que hizo la empresa? —preguntó Marta, acercándose. —Exacto. En la versión oficial, ni rastro. Me dijeron que era un error sin importancia.

Nos miramos los tres en silencio. —Y la cámara del pantalán M… casualmente apagada esa noche. De 1:40 a 4:10. Fallo de sistema, dicen. Pero esas cámaras se reinician solas.

Suspiré otra vez. —Vaya… set perdido en el tie-break —murmuré.

Marta desvió la mirada hacia el suelo. Se sacudió la melena con brusquedad, intentando espantar el letargo a la fuerza. —Esto ya no es casualidad. Nos están tapando algo."

Juanjo se giró para marcharse, pero se detuvo en seco. Dio media vuelta con gesto rápido. Su cerebro acababa de escupir la única pieza que nos faltaba. —Ah, y una cosa más. Esta mañana, tomando café con uno de los del varadero —un gruista de la vieja guardia, de los que vinieron de astilleros, de esos que no se callan—, me soltó esto mientras hablábamos de Dioni.

Sacó del bolsillo un papel arrugado, una especie de chuleta, y lo desplegó con cuidado. —Me dijo: «Ya aparecerá… o se habrá largao pa siempre. El miedo hace que uno se meta donde cree que no lo va a encontrar ni su puta madre. No busquéis donde parece. Buscad donde de verdad tendría que estar». Juanjo se había molestado en anotarlo.

Me quedé mirándolo, admirado y tratando de digerirlo. —¿Dónde debería estar? —repetí en voz baja, escéptico.

—Eso mismo le pregunté yo —añadió Juanjo encogiéndose de hombros—. Pero echó el cerrojo de golpe, cambió de tema y se puso

a hablar del viento. Soltó la bomba y enterró la mano; fin de la conversación.

Marta carraspeó y soltó, casi de forma casual: —Por cierto, el inspector jefe Romualdo Vega estuvo ayer en el puerto.

La miré con suspicacia. —¿Lo sabes o lo intuyes?

—Lo sé. Lo dijo un maquinista de grúa. Vio a un tipo trajeado, sin corbata, con pinta de no mirar a nadie, rondando por los pantalanes. Salió de un BMW negro con cristales tintados. No preguntó por nadie. Solo estuvo allí un rato y se marchó.

—Romualdo Vega —dije..

Marta asintió. —Dicen por aquí que no es habitual verlo tan cerca del ruedo.

Marta no era de aquí, pero empezaba a pillar la idiosincrasia gaditana: desconfiar de quien habla demasiado, reírse de casi todo y decir las verdades solo en las letras del carnaval.

—Gracias, Juanjo. Buen trabajo, tío. Y, por cierto, no estamos tan fuera del caso como crees.

Juanjo sonrió de medio lado, incrédulo, empujó la puerta con los nudillos y se largó.

Me volví hacia Marta. —Ahora sí. No vamos a Cádiz.

Ella cogió su placa, con esa media sonrisa suya ya preparada antes de que yo abriera la boca. —Tardabas.

CAPÍTULO 11

Cruzar el puente

Salimos de la comisaría sin prisa. Al llegar al aparcamiento, me adelanté y me planté frente a la puerta del conductor de su pequeño KIA Picanto, bloqueándole el paso. Extendí la mano abierta hacia ella, sin dar lugar a discusión. —Las llaves.

Marta se detuvo en seco. Me clavó una mirada gélida, de esas que te recuerdan que no sois amigos, sino compañeros forzosos. —¿Perdona? —soltó, con un tono de barítono.

—Mi estómago no aguanta otro tramo de rally —dije serio, manteniendo la mano extendida—. Por el bien de la tapicería y de mi salud mental, conduzco yo.

No hubo gestos de complicidad ni ojos en blanco. Marta se mostró molesta por la imposición. Dejó caer las llaves sobre mi palma con un gesto brusco, casi agresivo, y rodeó el coche sin dirigirme la palabra. El portazo que dio al entrar resonó como una declaración de guerra silenciosa.

Arrancamos en un silencio denso. Íbamos rumbo a Cádiz, pero decidí parar antes en casa de mi madre para dejarle una fiambrera que había olvidado el día anterior; total, quedaba de paso.

Frené frente a su chalet. Al bajar del coche, procuré no pisar las líneas blancas del paso de cebra que estaba justo delante de su entrada. Metí la llave y abrí la puerta con la misma dificultad de siempre.

No tardé nada. Dejé el recipiente en la cocina y volví a salir. Al abrir la puerta y sentarme de nuevo frente al volante, me vino a la vista un detalle de algo que descuadraba. El teléfono móvil no estaba en el mismo lugar de la consola central donde recordaba haberlo dejado, y la pantalla aún parpadeaba con esa luz tenue, inconfundible, de cuando alguien ha tratado de desbloquearlo sin éxito.

Giré la cabeza y miré a Marta. Estaba rígida, con la vista clavada al frente. No pude evitar pensar que en ese momento su actuación era propia de una mala actriz de reparto, exagerada.

—¿Ha sonado el móvil? —le pregunté, simplemente.

Ella se volvió hacia mí con cara de despistada, forzando una ingenuidad que no le pegaba nada.

—No —dijo.

Agarré el teléfono despacio y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta sin añadir una sola palabra. Un breve silencio, incómodo y calculador, se instaló entre nosotros. Metí primera. Cruzamos la avenida Eduardo y Felipe Osborne, donde las palmeras, débiles y fatigadas por medio siglo de levantes, se inclinaban, pero no por el viento, sino por pura resignación. Entre ellas, unas bolsas del Carrefour, desgarradas y errantes, flotaban a ras de suelo antes de estamparse contra el asfalto. Hasta la puta basura buscaba desesperadamente una vía de escape. El tráfico era fluido y el viento seguía haciendo de las suyas, pero aquella forzada sensación de normalidad me resultaba ahora, molesta. Era una fachada pacífica que contrastaba con el silencio insoportable que latía dentro del coche: la sospecha de que mi propia compañera me estaba vigilando, y de que ambos íbamos a tener que seguir el trayecto fingiendo que allí no pasaba nada.

Con la bahía desplegándose al fondo, agradecí el cambio de sitio. Tener el control de la máquina siempre me había servido para ordenar un poco la cabeza. Pero el vaho pegajoso que traía aún de la comisaría —sumado a la hostilidad que emanaba del asiento del copiloto— parecía haberse pegado al aire; me empañaba las ideas igual que el parabrisas en las mañanas frías, y por más que respiraba hondo, no terminaba de despejarse.

Atravesamos el Puente de la Constitución de 1812, esa bestia de hierro y hormigón que se estira sobre la bahía como un desafío silencioso: aquí seguimos, señores. Desde lo alto, Cádiz vuelve a hacer honor a su viejo apodo de Tacita de Plata. El mar es una lámina deslumbrante, pulida a mano a base de sol y salitre; las barquillas se mecen con la parsimonia de quien conoce el tiempo y, al fondo, las grúas de los astilleros permanecen erguidas, centinelas

cansados pero firmes, recordando que aquí el pan siempre se ha ganado a golpe de sudor.

A su lado, perdiéndose en la lontananza, el Puente José León de Carranza: el verdadero veterano de la bahía. Ese sí que había visto historias. No solo coches y trenes, sino manifestaciones, barricadas y la furia obrera de los años de la reconversión industrial. Cuando Felipe González soltó el hachazo, el Carranza se convirtió en un campo de batalla entre antidisturbios y trabajadores que se negaban a dejar morir su pan. Más de una vez, camino del colegio Argantonio, una pelota de goma de los grises pasó tan cerca de mí que pude oírle cortar el aire.

El tráfico era fluido. El viento seguía haciendo de las suyas, sacudiendo los barquitos de recreo en ese improvisado club de Juan Carlos I, donde unos cuantos caminantes valientes desafiaban su azote. Mientras todo seguía su curso, ajeno a nuestra situación, esa forzada sensación de normalidad me resultaba profundamente molesta, como un chirrido insoportable.

No era solo que el fiscal jefe evitara verme; era la sospecha de que alguien le había sugerido que lo hiciera. Y cuando te quieren lejos de un caso, nunca es por cortesía. Quizá fuera soberbia —o simple orgullo profesional—, pero las puertas que se cierran sin explicación siempre esconden algo. Si habían decidido apartarnos, al menos que tuvieran la decencia de decírmelo a la cara.

Aparcamos cerca de la Audiencia Provincial para ver al esquivo fiscal, pero no llegamos a cruzar: el destino —o su humor— nos plantó en las narices a Romualdo Vega, andando a paso vivo y sudando bajo el traje con prisa o miedo.

—Mira tú por dónde —murmuró Marta, con una media sonrisa ladeada—. Ahí está tu amigo Romualdo saliendo de la Audiencia…

Noté un matiz en su voz, una sorpresa contenida, casi una alarma disimulada. Mi instinto no engañaba: ella sabía de Vega algo que yo no.

Romualdo Vega, Inspector Jefe de la Provincial en Cádiz. Era tal como lo imaginaba. Lo vimos avanzar con paso apresurado, esquivando miradas, con prisa por desaparecer. Su traje, aunque

impecable, delataba un gusto rígido y discutible. Caminaba con ese aire impostado de quien quiere parecer importante antes que serlo.

Cuando nos vio, su expresión cambió apenas un segundo. Nos reconoció al instante, con una seguridad que no me encajaba. Yo nunca me había cruzado con él en persona. Solo habíamos hablado por teléfono cuando me encomendó el caso. Entonces, ¿cómo podía identificarnos sin dudar?

Miré de reojo a Marta. De pronto entendí que había algo que no me había contado. ¿Cómo era posible que ella sí pareciera conocerlo?

Aparqué la pregunta en un rincón de mi cabeza y aceleré el paso. Como dos aves de presa, nos lanzamos hacia él antes de que pudiera alcanzar su BMW. Mi determinación lo obligó a frenar; vi cómo sus hombros se tensaban bajo la chaqueta al percibirnos tan cerca.

—Inspector Ros. Inspectora Sánchez —saludó, sin entusiasmo, sorprendido por el asalto—. ¿Qué les trae por aquí? —añadió con ese tono de control, casi de reproche, que usan los que quieren marcar territorio.

Vega entrecerró los ojos, analizándonos. Se detuvo con intensidad en Marta, buscando en su rostro algo que reconocía o algo que no terminaba de encajar. Marta sostuvo su mirada con la misma calma indolente con la que uno contempla una farola encendida en mitad del día.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó al fin, forzando una sonrisa.

—Veníamos a ver al fiscal jefe —dije, sin necesidad de excusarme —. Y, de paso, si no es inoportuno, saber por qué nos apartan del caso de la noche a la mañana.

—Pues mira qué casualidad —respondió, refrendando mi ironía con la suya—, acabo de estar con él. Según me ha dicho, se ha marchado a una reunión en Sevilla…

Hubo un leve titubeo en su postura, casi imperceptible, pero suficiente para que Marta y yo intercambiáramos una mirada fugaz.

—Ajá… —murmuré, sosteniéndole la mirada. "Pero déjeme que lo compruebe yo", pensé.

—Curioso, ¿eh? —añadí con falsa ligereza—. Se cancela una reunión sin previo aviso, y justo cuando venimos, resulta que el fiscal estaba aquí hace un momento. Qué cosas.

—Son cosas que suceden, Ros —contestó Vega. Su cordialidad era tan fingida que resultaba casi obvia—. Los cambios de planes son inevitables.

—Ya, qué inoportuno —murmuré—. ¿Y los cambios de inspector también los decide la agenda?

La consecuente pausa fue corta y tensa. Vega inclinó ligeramente la cabeza, dando por concluido el encuentro. Noté su incomodidad, pero también mi propio enfado subir como una corriente bajo la piel. Mantener la calma empezaba a costarme más de lo razonable.

—¿Necesitan algo más, inspectores?

Vega no esperó respuesta. Cerró la puerta de su coche y bajó la ventanilla. Nos miró con gesto serio antes de hablar:

—Mire, Ros, recibo órdenes directas del fiscal. No hay nada más que discutir.

Marta cruzó los brazos, ladeando apenas la cabeza.

—¿Y entonces por qué tanta prisa en hablar conmigo hace tres días?

Vega apretó los labios, consciente de que había dejado un cabo suelto.

—Quería asegurarme de que la transición de su traslado fuera ordenada —dijo, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia —. Había ciertos procedimientos administrativos que debía aclarar.

—¿Y esos "procedimientos administrativos" también incluyen apartarnos sin una comunicación formal? —intervine, quizá con demasiado ímpetu.

Vega se contuvo, miró alrededor y luego su reloj, asegurándose de que nadie escuchaba. Bajó la voz.

—Le estoy diciendo que hay decisiones que se toman más arriba, y que usted haría bien en aceptarlas.

—Claro —respondí, seco incluso para mí—. Siempre más arriba.

—No tengo nada más que decir. Buen día, inspectores.

Subió la ventanilla y arrancó sin mirarnos.

Marta y yo nos quedamos allí, viendo cómo el BMW se perdía en el tráfico de Cádiz.

—Qué tío más simpático —murmuró Marta, sin una gota de sorna.

Vimos desaparecer el coche entre las cuestas de las Calesas.

—Bueno, no le des más vueltas, Víctor —dijo ella, con esa media sonrisa suya tan indefinible, mezcla de burla y resignación—. Querías venir a aclararlo; pues aclarado: estás fuera. Estamos fuera. Del caso.

Hizo un gesto vago con la mano, al igual que el que espanta un mosquito.

—A otra cosa, mariposa.

Su tono me obligó a mirarla. Me fijé en el matiz exacto de su sonrisa, en cómo el viento le revolvía un mechón. Había algo hipnótico en la forma en que decía las cosas. A aquella mujer, sencillamente, no le afectaba nada.

Nos volvimos por donde vinimos, con la benevolencia del levante que empezaba a aflojar y con el rabo entre las piernas. Sin caso, sin respuestas y, como dicen en Cádiz, "con la cara partía".

A pocos metros de nosotros, ajena a Víctor Ros, acababa de lanzarse la orden que marcaría el rumbo de toda la investigación.

Romualdo Vega apenas había cruzado el primer semáforo cuando su móvil sonó en la guantera. No necesitó mirarlo: conocía de memoria ese tipo de mensajes. El contenido, aunque breve, siempre tenía el mismo tono de urgencia autoritaria:

"Muévete, coño. A por ellos, ya. No podemos permitir que los papeles se muevan. No hagas preguntas."

Aunque ya no podíamos ver su rostro, la manera en que el BMW aceleró de golpe, casi patinando, decía más que cualquier palabra. Aquella reacción desmedida, incluso a esa distancia, me hizo sospechar. No sabía qué la provocaba, pero algo estaba claro: Vega corría porque alguien lo empujaba.

CAPÍTULO 12

Dioni vuelve al puerto

Carlos, desde la torre de control, nos llamó para avisar: Dioni había reaparecido, tan campante, entrando a trabajar en su turno de la mañana. Carlos tenía mi número desde hacía años; seguía siendo socio del Club Puerto Sherry, más por inercia que por convicción, aunque en verano aún salía a navegar.

Íbamos directos al puerto, pero Marta, más fría, sugirió no precipitarnos y llamar antes. Desde la torre confirmaron que el recado ya estaba dado. Era absurdo abordarlo allí, bajo la mirada de medio puerto. Decidimos esperarle en la comisaría, donde el terreno era más neutro y quizás el miedo más educado.

Cuando finalmente apareció, lo escoltaba un agente joven, de esos que aún no saben si están de paso o si el uniforme va a serles de segunda piel. Caminaba junto a Dioni con desgana, sin dirigirle atención alguna. Dioni avanzaba por el pasillo con el paso torpe de un pato y con la expresión de quien preferiría estar en cualquier otro sitio.

Al llegar a nuestra altura, el policía se detuvo y, con esa torpeza de novato, miró a Marta antes de anunciar:

—Aquí lo tienen.

—Gracias —respondió ella sin levantar la vista de unos papeles que fingía revisar y tratando de disimular el celo del compañero que parecía traer un reo al cadalso.

Dioni, resignado y sin esperar invitación, se dejó caer en la silla frente a la mesa de Marta. Fue entonces cuando vi el cardenal en su pómulo izquierdo: reciente, violáceo, demasiado perfecto para ser un accidente doméstico. No dije nada. Pero sus ojos esquivos decían más que él: mucho silencio, pero todo cantado.

—Vaya, Dioni —comentó Marta, sin rodeos—, pareces salido de una pelea de bareto.

Él forzó una sonrisa.

—Nada, un resbalón en casa. Ya sabéis… las prisas nunca son buenas.

La silla protestó cuando se acomodó. El vaso de plástico tembló. Dioni intentó alisar un folio arrugado, pero se le escapó; al agacharse, el botón de la chaqueta crujió y su cuerpo —hecho trompo— chocó contra el canto del mostrador. Marta se tapó la boca con la lata para disimular la risa, pero algo se le escapó igual.

Aquel supuesto jinete del Rocío tenía hoy el gesto de un penitente.

—Y esas prisas —intervine— te hicieron desaparecer dos días enteros sin dar señales.

Dioni soltó aire por la nariz.

—Tuve que salir corriendo. Mi hermana se puso mala, vomitando. Me necesitaba.

Marta tecleó en el ordenador, transcribiendo sin prisa.

—¿Tu hermana? —preguntó—. ¿Qué le pasó?

—No lo sé… Se mareó, fatal. Es viuda, sin hijos… no tiene a nadie más.

—¿Y no podías haber avisado? —insistí.

—¿A quién? ¿A la torre? ¿A la Virgen del Carmen? —gritó—. Cuando la familia te necesita, no hay más que hablar. Dios aprieta, pero no ahoga, y mi hermana me necesitaba.

Marta no se dio por satisfecha. Abrió un cajón y sacó una bolsa de plástico transparente de evidencias. Dentro, un décimo de lotería.

—Pues parece que las prisas fueron muchas —dijo ella, deslizando la bolsa sobre la mesa—. Estuvimos en tu casa, Dioni. Fuimos a buscarte cuando no dabas señales de vida. Encontramos esto sobre la mesa. Hay una nota manuscrita detrás que pone «Ermita».

Dioni miró el décimo a través del plástico y asintió, reconociendo la derrota en ese pequeño detalle. —Es mi letra, sí. Es uno de los números que vendo para la Cofradía. Lo de la «Ermita»… es que tenía que ir a cambiarle las flores a la Virgen del Carmen. Sin más misterio.

—Parecía que habías salido de allí escopetado —insistió Marta, buscando la contradicción.

Dioni se enderezó en la silla, recuperando por un segundo algo de dignidad. —Oiga, inspectora. Seré un pobre marinero y no sabré de leyes, pero… ¿Han entrado en mi casa sin autorización de un juez?

Marta ni pestañeó. —Delito flagrante, Dioni. Estabas desaparecido en circunstancias sospechosas y la puerta estaba abierta. O mal cerrada.

Yo anoté el dato en mi libreta sin levantar la cabeza, pensando que tendríamos que arreglar ese desaguisado en el informe oficial. Aquello de la puerta «mal cerrada» era una excusa muy pobre, un error propio de principiantes que cualquier abogado decente destrozaría en un juicio.

Marta lo dejó unos segundos en silencio y cambió de rumbo:

—Dioni, ¿conocías a Rosa María Rendueles?

Él parpadeó un par de veces y negó.

—No me suena de nada.

—La chica que apareció muerta en Puerto Sherry —aclaró Marta —. ¿Ahora sí?

Dioni dio un respingo, una sorpresa de manual, demasiado teatral para ser creíble.

—¡Qué horror! No, yo no di el aviso. Fue un compañero. A mí me lo contaron después. Todavía se me revuelven las tripas. Yo, a esa hora, estaba moviendo un barco. No me la quito de la cabeza, pobre mujer… tan guapa… y morir así.

—¿Así? —Marta levantó la vista—. ¿No fue un accidente?

Dioni bajó la mirada, incómodo.

—No sé, señora inspectora… Yo no soy policía.

Y antes de que Marta preguntara, añadió:

—Ya le dije a su compañero lo poco que sé… que es más bien nada.

Marta tomó nota, tranquila.

—¿Poco? ¿Qué poco?

Dioni clavó la vista en la mesa; intentaba fundirse con las vetas de la madera para encontrar una salida. Tragó saliva con esfuerzo. Su voz sonaba más a «no puedo decir nada» que a otra cosa

Mientras Marta escribía, yo no dejaba de observarlo. El nerviosismo le goteaba por las manos. Las frotaba para así intentar

borrar algo invisible. No solo mentía: estaba asustado. Más que un testigo, parecía un novillero sin rodaje frente a un Miura.

—¿Sabes algo de un movimiento de madrugada ese día? —intervine—. De un barquito pequeño que pasó del pantalán M al B.

Marta hizo un aspaviento. Los pantalanes para ella eran como constelaciones.

Dioni abrió la boca, la cerró. Bajó la vista.

—Algo oí… —balbuceó—. Un vigilante que se había quedado dormido. Pero ya sabéis… uno oye campanas y no sabe dónde.

Marta remató, suave:

—¿Y oíste también algo sobre algún jefe de policía pasándose por allí esa noche? O quizá al día siguiente…

Dioni se removió. El roce de sus botas sonó como un quejido en el suelo recién fregado.

—¿El jefazo…? —se le escapó—. ¿Ese del cochazo negro… que va siempre limpito… y con zapatos que ni suenan?

Marta y yo intercambiamos una mirada. No hacía falta más.

Dioni acababa de confirmar lo que no quería decir. Y su voz, aunque intentó disfrazarlo, sonaba otra vez a lo mismo: no puedo decir nada.

CAPÍTULO 12+1

Visita inesperada

La puerta del domicilio de Dioni se abrió sin resistencia. No hubo golpes, ni ganzúas, ni el menor intento de forzarla. Sin más, dos hombres jóvenes entraron con el aire de quien atraviesa la entrada de su propia casa, con la seguridad de quien sabe que nadie va a impedirle el paso.

Dioni estaba en la cocina, con la televisión encendida y un vaso de leche en la mano cuando los vio aparecer. —¿Qué…?

No hubo amenazas, ni siquiera gritos. Uno de los hombres sacó una placa y la mostró con fingida formalidad. —Señor Roca, necesitamos que nos acompañe. Es urgente.

El marinero parpadeó, desconcertado. Tampoco estaba acostumbrado a que lo llamaran por su apellido. —¿Qué ha pasado?

—Es sobre su hermana. Ha sido amenazada y corre peligro. No podemos explicárselo aquí. Tenemos que irnos ya.

Los policías —o quienes decían serlo— hablaban con firmeza. Sin levantar la voz, sin vacilar. Pero había algo en su mirada que era peor que cualquier grito.

Dioni se levantó de inmediato, el miedo apretándole el pecho. —¿Dónde está ella? —Venga con nosotros y se lo explicaremos.

El que hablaba se apartó de la puerta, dejando el paso libre. El otro esperó a que Dioni avanzara antes de cerrarla tras ellos con la misma tranquilidad con la que habían entrado.

El trayecto fue breve. Lo llevaron en un utilitario sin distintivos, sin sirenas ni luces. Atravesaron la ciudad hasta el Naranjal, un barrio nuevo pegado al centro comercial El Paseo, donde está el Carrefour más grande de El Puerto de Santa María.

No hubo preguntas ni respuestas. Solo el sonido monótono del motor y los latidos acelerados de Dioni. En el asiento de atrás permanecía rígido; la mismísima Medusa lo había petrificado.

Cuando llegaron al piso, lo metieron sin ceremonia. El apartamento era impersonal, recién construido, con ese aroma a cemento fresco que aún no había sido invadido por la vida cotidiana.

Entonces, todo cambió. La farsa había terminado y aquellos sujetos pasaron a interpretar su verdadero papel. Sin esfuerzo, lo maniataron y lo sentaron en una silla. Sin previo aviso, una bofetada seca le cruzó la cara. —Escucha bien —dijo uno de los tipos, inclinándose sobre él—. Si abres la boca sobre lo que viste en el pantalán B, estás muerto.

Dioni sintió la llamada de uno de sus numerosos apretones. —No… no sé nada. —No nos tomes por idiotas. —Yo…

Otro golpe. Esta vez fue más fuerte. —Ni tú ni tu hermana saldréis de esta si hablas con los polis.

El miedo se convirtió en pánico. Y el pánico, en lo inevitable: se cagó encima.

Los dos tipos se apartaron de inmediato, maldiciendo en voz baja. —Joder, qué asco. —Vámonos.

No se molestaron en limpiarlo. Lo arrastraron de vuelta al coche y lo devolvieron a su casa.

Dioni no dijo una palabra. Cuando lo dejaron, cerró la puerta con los dedos temblorosos, se sentó en el suelo y respiró hondo.

No tenía dudas. Si hablaba, lo matarían.

CAPÍTULO 14

2011, el año que enterramos

Estamos enterrando 2011, o eso nos contamos. Fuera de aquí, el país hierve: el 15 de mayo las plazas se llenaron de indignados, el 20 de octubre ETA anunció que dejaba de matar y la crisis muerde fuerte. La prima de riesgo ha bajado de los gráficos económicos a las conversaciones de bar, los desahucios ya tienen nombre propio y todo apunta a un cambio de gobierno en noviembre.

Todo se mueve a la vez y, sin embargo, El Puerto permanece plano. Aquí el tiempo se niega a cambiar. El país entero está mudando de piel y, sencillamente, nadie se da por aludido. Desde Madrid, El Puerto se me queda en un verano automático.

Llegué a casa, mi maleta a medio hacer. Al abrir la puerta, me envolvió lo habitual: el aire viciado y esa luz cegadora que todo lo iguala, perturbando mi más reciente dolencia: una incipiente catarata. Apenas necesité sacar un polo y unos calzoncillos; con los vaqueros que traía puestos tenía bastante para sobrevivir a este lugar inmóvil. Cumplí con el ritual de la hidratación matutina, me afeité y salí hacia el Club.

Penetré en Vista Hermosa, un enclave que opera como una república costera autónoma: sus propias reglas, su propio pulso y un desdén silencioso por lo que queda fuera. Mi presencia allí era por un capricho del subdirector general, otro asiduo de esos veranos exclusivos. Este micromundo se consolidó como el refugio dorado, no solo de ciertas élites madrileñas, sino también de la burguesía gaditana que, tras cruzar el puente, huía de la reconversión industrial, el desempleo y la epidemia de heroína que estrangulaban a la capital. Aquí se vinieron a blindar. Junto a ellos, la gente bien de toda la vida: ministros de Franco, incluido el malogrado Carrero Blanco, y apellidos sevillanos de resonancia que llenan las esquelas del ABC los domingos.

En este peculiar lugar pasé la adolescencia inventando cosas contra el aburrimiento invernal. Este era —y sigue siendo— un sitio tan inexpugnable como la aldea de Astérix. Y allí me encontraba de nuevo, recorriendo sus caminos no como hijo o veraneante, sino de servicio.

Me identifiqué en la portería, enseñando la placa que tanto detesto llevar en verano: ocupa media nalga y convierte el pantalón en una sauna. Pregunté de forma directa al guardia de seguridad, de uniforme impecable, cómo llegar a la escena del crimen. Él se irguió marcialmente; seguro que soñaba con pertenecer al cuerpo. Su mirada lo delataba: de pronto, yo encarnaba ante él una autoridad moral suprema.

Me vino el eco marcial de Holst… o quizá era el de Zimmer, ese «préstamo» que retumba en la batalla inicial de Gladiator. Era una percusión seca, de ataque. El bosque de Germania estaba a punto de cerrarse sobre mí, igual que lo hizo sobre Russell Crowe. —Es allí, en aquella fuente, por el paso entre la Casa Grande y el campo de golf —indicó, casi en posición de firmes.

Y allí estaba. No envuelta en la bruma invernal, sino bajo una luz limpia y dorada. La Casa Grande, símbolo del Club, se alzaba majestuosa. Nadie, ni en sus delirios más oscuros, podría haber imaginado que ese jardín señorial acabaría siendo testigo de algo tan trágico. Sus nuevos propietarios —que se apresuraron a añadir el rimbombante título de «Real» al Club de Golf para darle lustre— jamás pensaron que su escenario de postal acabaría amenazado de profanación por una cinta policial.

Detrás de una pareja de golfistas distinguí la fuente: clásica, vetusta, inconfundible. Seguía rodeada por las cintas blancas, marcando el perímetro de esa profanación a medias. Saludé a los forenses, agachados en cuclillas. Sobre la piedra no quedaba rastro, solo la silueta trazada del cuerpo, como un eco mudo. El dibujo mostraba cómo la víctima parecía haber caído justo ahí, atravesando la base hasta su centro.

Dejé la fuente atrás; me sentía mejor en una de las mesas aledañas al Hoyo 19, orientado hacia el lado opuesto, para centrarme en el informe.

La víctima era Alicia Cantalapiedra, de 32 años. Me salté su currículum y fui directo a lo que importaba: su foto. Lucía curvas generosas —afortunadamente— y una sonrisa ajena a su futuro. Era camarera, con un atractivo natural que destacaba entre sus compañeras, la piel tostada y un par de centímetros más de altura que la media. La hora exacta, 7:05 de aquel sábado 16 de junio.

La autopsia dibujaba un mapa del dolor que nacía en los baños de la antigua y coqueta discoteca «La Escafandra», uno de los templos de mi lejana juventud. Según el informe, Alicia forcejeó allí con unas manos grandes, de alguien fuerte. Se golpeó contra el lavabo y huyó agónica.

Caminó como un moderno Pulgarcito, trazando un zigzag de sangre hasta la fuente, donde un infarto fulminante puso fin a su huida.

Al desplomarse, se desgarró el pantalón negro —que le quedaba prieto, quizá de una talla menor a la debida— al raspar contra la piedra y quedó con el cuello torcido bajo el chorro. El agua desparramó su maquillaje hasta dejarla con esa mueca de payaso triste que tanto gustó a la prensa amarilla, siempre feliz de ver manchada de sangre la postal perfecta de la burguesía.

El caso tenía todos los ingredientes para incendiar las sobremesas: un escenario de abolengo, una víctima humilde ("solo una limpiadora", decían algunos con desprecio) y un toque dantesco. Me quedé mirando el agua. Aquello no cuadraba como accidente; olía a pasional, a turbio. A lío de faldas entre clases sociales que se torció demasiado. Mi instinto no apuntaba a un cualquiera, sino hacia arriba, hacia alguien con más peso —y apellidos— del que conviene mencionar en voz alta.

Y yo, por primera vez, me sentía en tierra de nadie: atrapado entre mi placa de policía y mi carné de socio.

CAPÍTULO 15

Presente: Desaparece Dña. María del Junco. 2024

Trece años después de aquel verano de 2011, Vista Hermosa mantenía su inmovilidad calculada, ajena a la tragedia de Alicia Cantalapiedra. Yo, sin embargo, acusaba el golpe: seis kilos de más y el pelo más corto, lejos ya de aquel chaval que recorría estas mismas calles en vespino, sin casco y sin reglas, camino de la huerta de «Jafaé».

Al enfilar la recta final, experimenté una intensa sensación de déjà vu. La moto —la única que parecía inmune a la vejez— rugió al frenar ante la valla de seguridad. La escena era inquietante por lo familiar: la barrera levantándose y el ritual de identificación.

Pero en este 2024 el escenario había cambiado. Pasar ese límite ya no era un refugio. Me sentía atrapado entre la investigación abortada de Puerto Sherry y el absurdo de unos papeles perdidos que me importaban lo mismo que una mancha de ósmosis en un casco a punto de hundirse. La impotencia me roía, mezclada con la tensión de volver a ser policía en tierra de socios.

Era un chaval joven y simpático, nada que ver con la marcialidad del guardia de aquel entonces, aunque las dinámicas seguían intactas. De entrada no me reconoció por la visera oscura de mi casco Shark rojo, pero en cuanto me la subí, sonrió:

—¿Qué le trae por aquí, don Víctor? —preguntó el vigilante mientras accionaba el mando.

Bromeamos brevemente sobre mi número de socio, que nunca se aprendía, aunque ambos sabíamos que yo no estaba allí para jugar.

—¡Trabajo! —le grité, y atravesé la valla a toda velocidad.

Entré con tanta prisa que casi atropello al pobre don José María, que arrastraba sus ochenta y cinco años y su carro de golf por el arcén. Aparqué la moto donde siempre, sintiendo cómo el pasado y el presente colisionaban definitivamente.

El Club mantenía su fachada impecable, un escenario por el que no parece pasar el tiempo. Pero aquella calma era engañosa. La desaparición de María del Junco había provocado un terremoto en aquel lugar tan tranquilo, obligándome a volver como policía para enfrentarme a una nueva mancha en su historial. La segunda.

¿Por qué yo? A veces pensaba que no era cuestión de confianza, sino de descarte: habían tirado de lo que tenían a mano. El caso de la chica de Puerto Sherry ya era historia antigua para mis jefes; se había enterrado rápido, con una discreción medida al milímetro, y hasta la prensa local había hecho mutis por el foro, distraída con incendios más manejables. Pero las dudas seguían ahí, tercas como las escamas de un borriquete pegadas a la piel. Y yo, por vicio o desgracia, no sabía darme por vencido. Aun apartado del caso, me quedaba dentro un runrún molesto, como un motor fuera de punto; una terquedad mecánica que terminaba arrastrándome siempre al mismo fango.

En 2011, el marido fue sospechoso de la muerte de una camarera. Ahora, trece años después, su mujer se esfuma sin dejar ni una nota. El mismo tipo, la misma sombra, otra tragedia distinta pero con un inquietante aire de familia.

Dicen que no hay que creer en las casualidades, y en mi mundo, las casualidades suelen venir con una navaja escondida en la bota. Yo prefiero la navaja de Ockham: cuando los mismos nombres se repiten en historias diferentes, suele ser porque nunca dejaron de estar en la misma maldita historia. Y cuando las piezas encajan tan bien, rara vez es obra del azar.

Consulté el Apple Watch Ultra: faltaban dos minutos para la cita. El Rolex, por su parte, marcaba cinco menos; me lo había traído puesto solo por pánico a que me desvalijaran el piso en Madrid, ya que era lo único de valor que guardaba fuera del banco.

Me sometí al suplicio habitual: gafas fuera, casco fuera y gafas puestas de nuevo. Esa miopía, tan fiel como molesta, me devolvía siempre ese aire inconfundible de intelectual tonto.

Ya con la vista recuperada, entré en la «oficina deportiva» empujando la puerta como un camión sin frenos. Saludé a la chica de uniforme de la derecha —un rostro eterno en el club, la misma

que me renovaba el carné semanalmente— y fui directo hacia el despacho del gerente. Lo calé al instante por el porte y la indumentaria: tenía toda la pinta de ser un tipo de oficina, pero de los que trabajan de verdad y no pierden el tiempo dando barzones.

En la antesala, cual fiel escudera, una chica relativamente nueva, mona, a la que yo confundía con otra que se paseaba blandiendo su melena rubia que acariciaba su estrecha cintura, cuyo enorme culo redondo y algo bajo rompía la armonía del idílico paisaje.

—Buenas tardes, soy el inspector Ros —le dije al entrar sin llamar a la puerta, que estaba abierta. —Pase, pase —me dijo inútilmente, mientras yo ya estaba casi reclinado en una de las sillas. —Encantado, Álvaro Rubiales.

Quizá don Álvaro no me conociera por mi profesión o quizá sí, pero sabría que yo era socio. Los socios de aquí nos conocemos casi todos. No deja de ser una redundancia porque, en realidad, todo el mundo conoce a todo el mundo, aunque lo disimulemos para hacernos los importantes.

—Siéntese, siéntese —me invitó cuando yo ya había tomado asiento con descortesía.

No me sentí incómodo por el comentario; pensé: "Este tipo no tiene capacidad para la ironía". Deposité mi carpeta y mi agenda sobre su mesa, invadiendo su espacio con descaro. La carpeta, ajada y doblada por el viaje en moto, contrastaba con la pulcritud del escritorio. Dejé caer también el móvil junto a ella.

—Usted dirá —soltó con una voz atiplada y precaria, tan justa y anónima como seca y protocolaria.

Decidí ponerme a su altura y devolverle el saque.

—Álvaro, voy directo al grano. Hoy, como te imaginas, no vengo como tu socio —le sonreí, buscando complicidad, aunque en el fondo me estaba cachondeando un poco—, sino como policía. Estoy currando.

Había solicitado la cita solo con mi nombre, omitiendo el rango a propósito. A veces —solo a veces— disfruto restregando la placa en el último segundo; buscar ese golpe de efecto en las caras ajenas es la única forma de compensar la mierda de sueldo que cobramos.

Pero el gerente —Álvaro, ahora— ni parpadeó. No tuvo que recomponerse porque nunca perdió el equilibrio. No se dio por aludido porque había hecho los deberes: sabía perfectamente quién era yo y, lo peor, sabía exactamente a qué venía.

—Claro —dijo—. Imagino que, después de lo acontecido, no vienes a hablar sobre las mejoras del gimnasio.

El tuteo me pilló con la guardia baja.

—¡Claro, claro! —repliqué, encajando las dos banderillas que me acababa de clavar. De un plumazo, mi idea preconcebida sobre su supuesta ingenuidad se fue al traste. Decidí no recoger el guante y cortar por lo sano:

—Me han endosado este caso y me gustaría empezar contigo. Si no tienes inconveniente, claro.

—Aquí nos tienes para lo que necesites —contestó, inclinándose sobre la mesa. Cruzó las manos y adoptó un tono circunspecto—: Pero entiende una cosa, Víctor: los socios están aterrorizados y hemos salido en todos los medios. Hay un gran revuelo. Ya sabes, es el segundo episodio «raro» en menos de quince años. Y en un club como este, eso es una estadística inaceptable.

Álvaro no era gerente cuando investigué la muerte de Alicia y no tenía por qué saber los detalles, pero seguro que conocía la mancha en el expediente: un caso sin resolver, una chica muerta y una familia —madre, marido e hijo— que nunca supo si fue un asesinato o un accidente desgraciado.

Todo lo que quedó fueron unas pruebas de ADN sobre restos de piel ajenos a la víctima, pruebas que apuntaban a un socio y que, convenientemente, se perdieron en los archivos. El mundo se había olvidado de aquello, salvo los seniors, que de vez en cuando aún lo susurraban antes de empezar la partida de golf.

Pero quedaba un cabo suelto, más irritante que nuestra propia incompetencia y que jamás se hizo público. Volvió a mi mente el descubrimiento "pirata" de Simón: la llamada que Brosio hizo, justo antes de dar la alerta, a una sociedad instrumental vinculada a IMIB. La señal provenía del chalet de Ramón. Era la prueba que lo conectaba todo. Sin embargo, días después, cuando conseguí acceso legal al iPhone de Brosio, el registro estaba impoluto. Esas llamadas

concretas, y solo esas, habían desaparecido. Lo que Simón captó en la red ya no existía en el dispositivo. Fue uno de los mayores fracasos de mi carrera, una humillación que tuve que tragar en silencio. Alguien se había adelantado para borrar las huellas, y la rabia de sospechar que el enemigo pudiera llevar mi mismo uniforme aún me corroía.

Mientras Álvaro repetía la cantinela de que estaban para colaborar, yo ya había desplegado mi pequeña «agenda mágica» y sacado la vieja Waterman. Paso de las grabadoras del móvil; intimidan y distorsionan. Asentí por inercia a un guion que ya me sabía y fui a anotar, pero la pluma me traicionó secándose en el peor momento. La agité con rabia y le interrumpí para pedirle, casi en broma, un vaso con agua o, mejor aún, con alcohol para resucitarla.

Pasó el recado a su secretaria y, en menos de un minuto, tenía ante mí el vasito con el salvavidas etílico.

—Un segundo, Álvaro —le dije.

Introduje la pluma en el vaso y la agité con calma, como una cañita en un granizado medio escanciado. Álvaro se frotaba las manos, incapaz de disimular lo surrealista de la escena. Para rematar la faena, le pedí un papel para secar la punta y él me lo tendió resignado.

—Curioso —dije sacudiéndola—. Las herramientas fallan justo cuando más se las necesita.

Con la pluma operativa, lancé la primera pregunta:

—¿Sabes de algún incidente, discusión o rencilla relevante entre los socios?

Álvaro se rodeó el cuello de la camisa con el índice, en ese gesto revelador que no necesita traducción.

—Bueno… en un club con tantas familias conocidas siempre hay disputas… pero que tengan que ver con esto… se me hace difícil de relacionar.

—Bien… —murmuré, provocando un silencio incómodo—. ¿Y el personal de la Casa Grande? ¿Algún conflicto reciente?

—No en especial —dudó—. Salvo un camarero que despedimos hace un par de meses. Acabó amenazándonos de muerte en la cafetería, delante de los socios. Tuvimos que llamar a la Nacional.

—Vaya. —Sonreí mirando mi pluma, ya cargada—. Lástima que a él no pudierais arreglarlo con un poco de alcohol, como a esto. ¿Hubo denuncia?

—Sí, debe estar en los juzgados. Se le pagó lo que marcaba la ley y no recurrió. —Se cruzó de brazos como el que cierra una carpeta con los elásticos flojos.

Me quedé callado, buscando en la página en blanco, dejando que el silencio incomodara. Di un sorbo al café que me habían traído. Estaba helado. Otro detalle para recordarme que allí no debía sentirme cómodo.

—¿Y tú? —pregunté casual—. ¿Llevas mucho tiempo al mando o todavía no te pesa el cargo?

Sonrió incómodo; lo había pillado con la guardia baja. Aproveché para soltarle lo de las cámaras: no habíamos visto nada raro, salvo el Mercedes GLA blanco de la señora llegando a las 18:30 —tarde para el yoga— y quedándose inmóvil hasta que el marido fue a recogerlo.

—Necesito hablar con los empleados. Como policía —añadí—, aunque les resulte incómodo.

Me levanté y me despedí dándole la mano en plan Trump. Es un saludo que adopté hace tiempo: firme, invasivo, un poco agresivo. No busco aplastar a nadie, pero hay días en los que viene bien recordar quién lleva el timón. Y lo cierto es que funciona.

Tomé entonces el camino hacia el restaurante de la Casa Grande, el Hoyo 19. Con el permiso de Álvaro, iba a interrogar a sus trabajadores, los camareros.

Esa profesión, en peligro de extinción, ha sido desplazada por la fiebre de los gourmets de cinco estrellas, quienes han eclipsado la cocina tradicional con platos pretenciosos, químicamente artificiales, excesivamente costosos y tan vanidosos como sus creadores. Un buen camarero se caracteriza por saber lo que quiere su cliente, cuándo y cómo. Está a la espera, acechando. Acude con la humildad de aceptar el servicio, que no servilismo, pero siempre se coloca un peldaño más arriba que su cliente. Él lo otea, lo observa, comenta a sus compañeros quién es y con quién va, a qué se dedica, lo critica, lo alaba… Se oyen sus conversaciones para que los señores las oigan; se les respeta y se les teme.

Me llaman don, como a casi todos. Saludo a Antonio, el sénior del corral. Es el mediocentro: dirige la barra y critica en voz alta al señorito más borracho o envarado del corral sin ningún tipo de recato. Es intocable. Un «hola, don Pepito, hola, don José». Antonio secaba una copa de balón con gestos mecánicos. Aproveché que la barra estaba tranquila. Solo quedaba Juan Carlos en el otro extremo, recién duchado tras el gimnasio, perdido en las esquelas del ABC. Buscaba a algún conocido muerto para alegrarse el día.

Antonio estaba repasando la cafetera. Al verme, levantó la cabeza y se le iluminó la cara con esa sonrisa profesional que reserva a los antiguos. —¡Hombre, don Víctor! —soltó, dejando el trapo—. ¡Dichosos los ojos! ¿Qué pasa? ¿Ya está aquí el madrileño de vacaciones?

Le estreché la mano por encima de la barra. —Qué más quisiera yo, Antonio. De vacaciones, nada. Estoy aquí de curro. —Vaya, hombre… —Su sonrisa se atenuó un grado, intuyendo por dónde iban los tiros—. ¿Un café? —Venga. Pero pónmelo con miel, no con esas pastillas de sacarina que tomas tú, que te van a amargar el carácter. ¿Cómo llevas lo del azúcar?

Antonio se dio un par de golpecitos en la barriga, resignado, mientras cargaba el brazo de la cafetera. —Ahí vamos, don Víctor. Peleando con la insulina y con las tentaciones. La cafeína me la perdonan, pero el dulce… eso es otro cantar.

Me sirvió el café humeante y se apoyó en la barra frente a mí, bajando la voz y cambiando el registro. Hizo ese gesto cómplice, una mezcla de curiosidad y fatalismo, de quien se prepara para lo que se le viene encima. —Bueno, don Víctor… si está usted aquí trabajando, ya me imagino por qué es. Menudo lío tenemos montado.

Di un sorbo al café, quemándome un poco los labios, y le miré directo a los ojos. —Pues sí, Antonio. Tú lo ves todo desde esta atalaya. —Señalé el salón vacío—. Necesito que me cuentes qué viste tú. Sin adornos.

Antonio miró a un lado y a otro, asegurándose de que Juan Carlos seguía absorto en su lectura y de que las chicas no estaban cerca. Se encogió de hombros con la discreción de quien no quiere problemas, pero le gusta sentirse útil. —Don Víctor, ya sabe usted

cómo va esto. Yo veo, oigo y callo. —Pero conmigo puedes hablar. Empecemos por él. Por el marido.

Antonio torció el gesto, dubitativo. —Don Ramón… A ver, es un señor, eso que vaya por delante. Deja buenas propinas, es educado y siempre tiene una palabra amable para nosotros. Un caballero, vaya. Nunca nos ha dado ruido.

—Ya —le corté, sabiendo que la lealtad del camarero se mide en propinas—. ¿Y como pareja? ¿Cómo se llevaban?

Ahí Antonio dudó más. Pasó la bayeta por la barra, frotando una mancha invisible, ganando tiempo. —Doña María… —murmuró—. Esos dos tenían una relación extraña, si me permite. Apenas se les veía juntos por aquí, salvo cuando venían de jugar al golf. Y fíjese en un detalle: nunca estaban solos. —¿Cómo que nunca? —Siempre se sentaban con la misma pareja. Los Altollano. —¿Luis Altollano? —pregunté. —El mismo. Un primo lejano de don Ramón. Parecían más familia ellos tres que el matrimonio a solas. Hacían de… no sé, de colchón.

Asentí, tomando nota mental. El primo actuando de pegamento. —Vamos al día clave, Antonio. El día que ella desaparece. Tú estabas aquí. ¿Viste a Ramón?

—Sí. Estaba aquí. —Antonio bajó aún más la voz, inclinándose hacia mí—. Lo vi afectado, sí. Nervioso, pedía las cosas con prisa. Pero… no sé, don Víctor, había algo raro. —¿Raro cómo? Defínelo. —Frialdad. —Antonio buscó la palabra exacta en el aire—. La cosa, sencillamente, no iba con él. No sabría decirle… Actuaba con la misma preocupación del que no encuentra las llaves del coche, no a su mujer. Un témpano de hielo que no cuadraba en absoluto con el susto que debía tener encima.

—¿Y a ella? —insistí, clavándole la mirada—. ¿La viste ese día?

Antonio se irguió un poco y miró hacia la terraza, rebobinando la memoria con precisión. —Sí. La vi en la terraza un rato antes. —¿Con su marido? —No. —Antonio negó con la cabeza—. Estaba con don Gonzalo. —¿Gonzalo Falcón? —Sí. —Hizo una pausa dramática, sabiendo que soltaba una perla—. Y no estaban solos. Había una tercera persona. —¿Quién? —pregunté rápido. —Una señora. Viene de vez en cuando con él. Invitada, supongo, porque esa no es socia.

—¿Nombre? ¿Descripción? Antonio se encogió de hombros. —Ni idea. No me suena su cara de nada. Pelo castaño, gafas de sol… poco más le puedo decir. Pero estaban en cháchara los tres. Y doña María no tenía cara de estar pasándolo mal, precisamente.

Antonio se calló al ver entrar a un grupo de golfistas ruidosos. Me guiñó un ojo y se apartó, dando por cerrada la sesión, dejándome con el café a medio terminar y un puzle al que le acababan de salir piezas nuevas.

Me dirijo a las chicas. Las chicas son más reservadas, pero tienen y dan más información. Se fijan más en los detalles que a mí me importan.

Laura es la que está en primer término y es a la que me dirijo sin más, pidiéndole que me acompañe un segundo al vestíbulo. Deja la bandeja, algo asustada, y me sigue con pasos largos. Percibo, huelo el miedo y lo veo en la sombra de sus axilas. Dudo si me he equivocado al elegir. Le abro la puerta de cristal que da al vestíbulo y ella agradece mi gesto caballeroso, tan en desuso. Nos apartamos del centro, buscando privacidad cerca de las escaleras.

Ella apoya un pie —vestido con esos zapatos negros feos de trabajo con cordones— en el primer escalón y me mira nerviosa, esperando a hablar.

—Laura —Laurita, como la llaman algunos amigos del gran grupo de jubilados golfistas—, quiero hacerte algunas preguntas sobre lo que ha ocurrido, ya sabes… —Sí —me dijo, todavía más asustada—, pero no sé en qué puedo ayudarle —balbuceó. —No te preocupes —le dije, para tranquilizarla—. Es solo una rutina y, además, esto no es un interrogatorio; simple rutina, cosas de poli viejo —le dije, dibujando una sonrisa del Joker y bastante hipócrita.

La abordé al instante cuando sentía que ya había agotado la reserva de las consideraciones: —¿Tú conocías a la señora Rodríguez de Bastidas? Me refiero a si hablaba mucho con vosotras, si pasaba mucho por el bar…

—Sí, sí —me dijo Laurita, ya más tranquila—. Todos aquí la conocemos. Era muy guapa, para mí la chica, perdón, la señora más guapa del club. No hablaba demasiado y venía casi siempre con su marido a desayunar antes de jugar al golf y después para tomar el

aperitivo. Siempre pedían lo mismo: tostada con aceite, tomate y zumo de naranja. Ella además pedía un huevo pasado por agua que había que servir como ella quería, no demasiado pasado.

—Ajá —dije otra vez, haciendo una pausa—. ¿Y no tomaba nada con nadie más? —Bueno, sí —dijo Laura, intentando restarle importancia para pasar la pregunta por alto—. De vez en cuando se tomaba algo con don Gonzalo en la terraza.

—¿Gonzalo? —pregunté, quitándole el don.

Yo sabía que se refería a Gonzalo Falcón. Simpático, bien parecido como el que todos señalaban como su verdadero padre, dicen los que lo conocieron. Familia de adopción de rancio abolengo, bodeguera, de Jerez. Educado en colegios ingleses, aficionado a la música, el tenis y la pintura. Ahora tenía un puesto honorífico, una especie de relaciones públicas.

—Se les veía con frecuencia sentados en la terraza o hablando en el croquet —me dijo con segundas—. La señora era también muy aficionada al croquet y venía también a tomar algo con el grupo.

No encontré en ella ni en su declaración nada fuera de lo normal hasta que la chica (hasta los cuarenta son chicas para mí) hizo un aspaviento repentino. Acababa de recordar algo de golpe y buscaba desesperadamente mi atención.

—Bueno —dijo, haciendo una mueca mientras miraba al vacío… Una vez nos sorprendió a todos que, ya cerrando, en julio, sobre las diez y pico en el segundo turno… oímos unas voces y llantos… Precisamente fui yo la que me dirigí al lugar de donde provenían y me encontré de cara —quería ella decir "de bruces", pero las camareras no suelen ser catedráticas de Filología Hispánica— con la señora… Bajaba despavorida y con lágrimas en los ojos, como congestionada… casi se choca conmigo… Ni me vio. Me fui a mi puesto de trabajo. No la vi, pero oí un portazo en el baño de la barra. Al cabo de un minuto apareció don Gonzalo, también como congestionado, como alterado. Lo comentamos los compañeros y, al cabo del rato, salió ella más compuesta. —Ah, se me olvidaba un detalle. Ella bajaba las escaleras con la ropa mal puesta. Saltaba a la vista que se había vestido a tirones y a toda prisa.

—¿Solo la viste tú bajar, ¿no? —le pregunté al momento. —Sí —me dijo Laura—. Solo yo. A esa hora ya no estaban las limpiadoras y los porteros estaban recogiendo algo fuera. —Vale —le dije—. ¿Algo más, Laura? —Nada que yo recuerde —me dijo con gesto de satisfacción del deber cumplido.

Di por finalizada la conversación, justo cuando, maldita sea, me sorprendió un apretón de los míos. Una vez cumplida la emergencia convenientemente en el baño de los vestuarios, salí del club con la idea de que don Gonzalo debía ser el próximo de mi lista de sospechosos.

El apretón inoportuno me había dado tiempo para reflexionar y, mientras arrancaba la moto, las piezas empezaban a encajar de forma inquietante en mi cabeza. Mientras conducía de vuelta, repasaba mentalmente los hechos y, sobre todo, la aparición estelar de Gonzalo Falcón. Hay secretos que todo el mundo conoce, pero nadie menciona, como ese parentesco a voces con los Rodríguez de Bastidas.

Los clubes privados funcionan como teatros de barrio: todo el mundo conoce el reparto y su papel, y Gonzalo llevaba años interpretando el suyo a la perfección. Criado —aunque no nacido— en buena familia. Sonriente, correcto, con los valores bien marcados y las vergüenzas de sus padres cuidadosamente tapadas.

Pero hasta la mejor actuación tiene un límite. Bastaba con un par de gin-tonics o con una tertulia de cartas entre las señoras más veteranas del club —esas que lo han visto todo y que, con voz pausada y sonrisa intacta, lo sueltan todo— para que alguien dejara caer, medio en broma y medio en venganza, lo mucho que Gonzalo se parecía al viejo don Ramón. Y no era un rumor cualquiera. Lo verdaderamente curioso era quién había sostenido siempre el escudo protector: la propia esposa de don Ramón. Justo ella, la que menos tendría que hacerlo si las malas lenguas acertaban.

Lo que realmente me inquietaba, más allá de los parecidos superficiales y los viejos silencios, era un desajuste fundamental. Había una pieza que no terminaba de encajar. Todo flotaba en una atmósfera extraña, artificial. Aquello era, lisa y llanamente, una novela mal escrita, un sueño importante desvaneciéndose al

despertar. Era un enredo digno de Calderón, pero despojado de su poesía. Solo quedaba esa sensación molesta y pegajosa: algo está mal y nadie quiere explicar el porqué.

Llevaba un mes en El Puerto y ya tenía dos asuntos enredados como cabos al fondo del pantalán. Aunque parecían inconexos, mi instinto insistía en que compartían la misma raíz torcida. Aquí las apariencias no engañan

Abandoné la Casa Grande con esa certeza zumbando bajo el casco. De camino a comisaría, el sol de la tarde y el calor espeso convertían el trayecto en una extensión física de mi propio laberinto mental.

El móvil parecía luchar contra mi muslo. La lógica dictaba ignorarlo, mantener la vista en el asfalto, pero mi ansiedad crónica no atiende a razones; funciona con un mecanismo de urgencia perpetua. Ese cosquilleo eléctrico subió desde la pierna hasta la garganta, anulando mi instinto de supervivencia y obligándome a girar la muñeca casi por espasmo.

La pantalla del Apple Watch brilló con una nitidez cruel:

Solve et repete.

El latín se clavó en mi retina justo cuando una sombra inmensa bloqueó el sol.

Un todoterreno se había comido el Ceda el Paso con la arrogancia de quien se sabe blindado. Clavé los frenos a fondo. El chillido de los neumáticos y el latigazo de la rueda trasera me sacudieron los huesos mientras la moto culeaba peligrosamente, quedándose a un suspiro de la chapa inmaculada.

Al otro lado del cristal, la conductora —una señora con gafas de sol tamaño XXL y peinado de peluquería— ni siquiera giró la cabeza. Siguió adelante, imperturbable, ajena a que casi me manda al otro barrio por culpa de mi maldita ansiedad y su absoluta falta de respeto por las prioridades.

Respiré hondo, tragándome el corazón que se me salía por la boca, mientras el solve et repete seguía parpadeando en mi muñeca como una burla.

CAPÍTULO 16

A vueltas con el pasado: 2011

—¿Quién encontró el cuerpo? —le solté a Esteban, el gerente del club. Era una pregunta de manual, de las que lanzo por inercia, no porque me importe la respuesta, sino para calibrar los nervios de quien tengo delante.

—Según el expediente, fue una persona de la empresa de mantenimiento del campo —respondió Esteban—. Sí, en efecto. Sobre las siete y media de la mañana. Un empleado de la concesionaria. Estaba amaneciendo y, al acercarse al garito para coger las herramientas, se encontró con el desaguisado.

Esteban era, o al menos lo parecía, un guasón. De esos tipos simpáticos que caen bien aunque uno no sepa muy bien por qué. Su mayor mérito para estar donde estaba era el apellido y llevarse bien con la Junta Directiva. Mientras hablaba, no paraba de darle vueltas a un llavero de cuero. No era nerviosismo en la cara, era en las manos. A veces la inquietud se esconde ahí, en los dedos que no saben estarse quietos.

En ese momento, me llegó un SMS. El sonido no era el habitual, lo que ya me hizo torcer el gesto. Saqué el teléfono, un Sony Ericsson sin previsualización. El remitente: «Desconocido». Un número extranjero. El mensaje, breve: Solve et repete.

Pensé en correo basura, en una estafa, en un error. No le di importancia; alguien se habría equivocado de número. Mi latín de EGB me da justo para entenderlo: resuelve y repite. Suena a lema de academia o a broma privada. Me molesta más por inoportuno que por raro.

—Perdona, continúa. Asuntos del trabajo —dije, guardando el móvil con un gesto mecánico para enterrar el sobresalto que me acababa de dar.

—El empleado hizo una llamada… a su jefe… que no contestó… Fue a la oficina, que estaba cerrada… Finalmente, al cabo de

diecinueve minutos, llamamos a la Policía —tartamudeó Esteban, con frases sueltas. Articular cada idea le exigía un empujón físico.

—¿Y por qué tardó tanto en llamar? A esas horas uno ya sabe que la oficina está cerrada y que el vigilante apenas ha entrado. ¿Por qué no lo llamó a él?

Esteban se quedó pensando. Se le nubló la mirada por un segundo. —No lo sé. Esa información solo debe constar en el expediente policial o en el juzgado.

—Así es —respondí, sabiendo que estaba empujando los límites de su capacidad—. Tienes razón… Aun así, me resulta extraña esa actitud.

—Es mejor que le pregunte a él —dijo, quitándose el marrón de encima. —Sí, claro.

Le pedí el número personal del empleado. Al salir del club, lo llamé para citarlo al día siguiente en comisaría.

Ambrosio fue puntual. A las diez en punto.

Brosio, como lo conocían en el club, llegó vestido con la elegancia de los jerezanos que imitan a los apellidos de rancio abolengo. Aire campero, repeinado hacia atrás, patillas cuidadas, colonia fresca de Mercadona. Parecía recién salido de una boda, o a punto de entrar en una.

Brosio tenía buen porte, recio, y disimulaba muy bien sus cincuenta años. Las malas lenguas lo afiliaban ilegítimamente a un antiguo presidente del club, de apellido muy conocido, debido al gran parecido que tenía con él y al trato de favor que había recibido desde que entró, con apenas dieciséis años, para trabajar en todos los departamentos: desde la guardería de palos hasta la jardinería. En la empresa subcontratada, todos gozaban de mejores condiciones salariales que en el propio club. Era algo propio de los favores que se pedían a las empresas, una forma de recompensar a los empleados fieles.

Antes de arrancar con la pregunta de rigor, me fijé en el cinturón: uno de esos de tipo argentino, lleno de colores, el mismo estilo que yo usaba hace años. Clásico de pijo andaluz. También en cómo llevaba abotonada la camisa, con precisión casi quirúrgica. Nada de

nervios. Era un tipo que se había preparado. No tanto para la entrevista como para no parecer culpable de nada.

—Imagino, Brosio, que te llevarías un buen susto al ver a Alicia allí tirada, muerta.

Brosio me miró, con una sonrisa forzada. —Una desgracia.

Me quedé callado y lo dejé hablar. En ese ambiente —el suyo, el mío también, aunque me pese— nadie se quita la máscara; con el tiempo, se va agrietando sola. Solo hay que esperar a que empiece a caerse.

—Era un encanto de mujer. Se llevaba bien con todo el mundo, sabe usted. —Llámame Víctor, Brosio; no estamos en el club. —Gracias —me dijo, sin aplicárselo, porque siguió tratándome de usted—. Usted sabe… esa chica tuvo mala suerte.

—¿Mala suerte? —Mal fario —puntualizó.

Lo observé en silencio, recorriéndolo con la mirada. No sabía si hablaba con pena o con cálculo. A veces ambas cosas van de la mano.

—Verá… entró al club unos años después que yo. Muy guapa. Se casó muy joven, de «penalty», con un mal nacido: un pescador que le pegaba, que luego la dejó con una niña chica. Se fue con otra a Mallorca. Un prenda.

—Ya —dije, apuntando mentalmente cada dato—. Brosio, consta en el informe que pasaron más de diecinueve minutos antes de llamar a la Policía. ¿Por qué no llamaste tú directamente?

La sangre le abandonó los mofletes. Sus mejillas encendidas se apagaron como una luna tras las nubes. Bajó la mirada, luego la alzó con gesto ensayado. —Tuve miedo. No sabía qué hacer. La oficina estaba cerrada… Esperé a que llegara mi compañero y llamamos al administrador, que acababa de despertarse.

—¿Tienes su número personal? —Sí. Siempre nos dice que le llamemos si hay problemas.

Lo miré en silencio. Su relato estaba demasiado medido. Esquivo con la mirada; su cuerpo rígido lo delataba: traía el guion aprendido de casa. Había algo más que simple lealtad. Era devoción. Gratitud antigua. Tal vez miedo. No había más que sacarle.

Le pedí su número. Me lo dio sin dudar. Tomé nota de la hora de sus llamadas al gerente y de dos que había recibido minutos después. Me llamó la atención el móvil: un iPhone 4 recién salido. Demasiado nuevo para su ficha laboral.

Nada más despedirme, llamé al Colita, en comisaría, para que redactara un oficio de intervención telefónica. Quería verificar llamadas, entradas y salidas, todo. Pero eso lleva días. Y yo no tenía días, nunca los tengo.

—Tardaré unos días, Víctor —me dijo el Colita al rato—. Hay que tramitarlo todo bien si no queremos que se caiga en el juzgado. Ya sabes cómo va esto.

Colgué al Colita sabiendo que no podía esperar. Los plazos del juzgado son para los que tienen paciencia, y a mí se me había acabado hacía años.

Busqué el contacto de Simón. Simón era un pirata informático de los buenos, de los que entraron en la base de datos de Hacienda solo para ver si podían, pero no era un espía internacional. Era un chaval de El Puerto al que libré de antecedentes penales hacía dos años a cambio de que sentara la cabeza.

Me debía una. Y gorda.

—¿Qué pasa, Víctor? —contestó al segundo tono. Se oía el tecleo de fondo. Siempre estaba tecleando. —Necesito que mires un teléfono. Un prepago. Quiero saber qué hizo antes de que llegara la patrulla al club. —Eso es ilegal, Víctor. Acceder al histórico sin orden judicial es delito. Si me pillan, se me cae el pelo. —Ya. También era delito lo de las tarjetas de crédito del 2021 y el atestado se "perdió" por el camino, ¿te acuerdas?

Hubo un silencio al otro lado. El tecleo paró en seco. —Eso es golpe bajo. —Es la realidad. Necesito esto, Simón. Y lo necesito ya. Considéralo saldo de la deuda. Quedamos en paz.

Dejó escapar un suspiro largo, de esos de "qué remedio". —Pásame el número —claudicó Simón—. Pero que sepas que con esto estamos a cero.

Le colgué sin darle las gracias. Le mandé un pantallazo del cuadrante de llamadas del atestado y un par de fotos del informe de la primera inspección ocular. Era información reservada, de esa que

te cuesta la placa y un par de años de inhabilitación si alguien mira donde no debe, pero necesitaba que Simón viera el cuadro completo, no solo una lista de números.

Esa noche, mientras comía un sándwich de atún de pie en la cocina, el móvil vibró sobre la encimera.

—Lo tienes en el correo —dijo Simón sin saludar. Se le oía tenso —. Y Víctor, las fechas de ese informe no concuerdan con la realidad técnica, ¡ojo!

—¿A qué te refieres? —pregunté dejando el sándwich a medio masticar.

—A que tu jardinero miente. Según el informe de la patrulla, él dice que encuentra el cuerpo a las 7:35 y llama al encargado. Mentira. El registro de la antena dice que llama, sí, pero no hay respuesta. Cuelga y, acto seguido, marca otro número que no está en tu informe. Cuatro minutos de conversación, Víctor. Alguien le dio instrucciones antes de que diera la voz de alarma oficial.

Dejé el sándwich en la encimera. —¿Con quién? —Número de empresa. «Áridos y Transportes del Sur». Una cantera o algo así. Pero lo gordo no es la empresa, es dónde estaba el tío que descolgó el teléfono. La señal viene de una antena privada en Vista Hermosa. Calle Tiburón.

Calle Tiburón. Zona noble. Chalets con muros altos y seguridad privada. —¿Hay más? —pregunté. —Sí. Después de colgar con la gravera, tu jardinero se espera diez minutos de reloj. Sin hacer nada. Y luego ya llama a Esteban para dar la alarma oficial. —O sea, que pidió permiso —deduje—. Llamó al jefe de verdad, le dijeron qué hacer, se tomó un tiempo para calmarse y luego fingió el hallazgo. —Eso parece. Por cierto, he mirado su agenda. Ese número de la gravera lo tiene guardado solo con una letra: «R».

Me froté la cara, cansado. Un jardinero con línea directa con la calle Tiburón y un tal «R». —Gracias, Simón. —Estamos en paz, recuérdalo. Y borra esto. Yo no te he dado nada.

Colgó. Me quedé mirando el móvil. Tenía la información, sabía que Brosio mentía y sabía dónde apuntar, pero estaba igual de jodido que antes: eso no era una prueba. No podía ir al juez y decirle "mi amigo el hacker me ha dicho esto". Era información sucia.

Sabía la verdad; ahora me tocaba buscar la manera legal de demostrarla sin que me empuraran a mí por el camino.

CAPÍTULO 17

La traición (I): Los muros del penal

De pie, en el fondo, más a la izquierda de un habitáculo que bien pudiera ser el vestíbulo del mismísimo infierno, se erguía una figura de mediana estatura, ocupando el espacio con una presencia que no dejaba sitio para nadie más. Era de complexión fuerte —para aquella generación perdida— y vestía un traje marrón oscuro, aunque quizá no lo bastante oscuro para la ocasión.

(Suena King Arthur, Act 3: What Power Art Thou).

Apoyado en la pared, con una pierna flexionada, llevaba la mano izquierda a la boca para inhalar el humo del cigarrillo, cuyo olor era indistinguible del de la humedad imperante que lo empapaba todo, a todas horas y en todas las épocas del año, salvo en los días de viento del norte o en los del Sáhara, abrasadores en pleno verano.

En el centro, una mesa de madera recia, sin barnizar, gastada por los extremos y de patas gruesas y robustas. Llevaba allí incrustada desde siempre; le había ganado el pulso al tiempo. En uno de sus extremos se sentaba otro individuo, de camisa blanca y mangas remangadas, que apoyaba los brazos en un ángulo de cuarenta y cinco grados, las palmas hacia abajo, en actitud comunicativa hacia el hombre que tenía enfrente: un preso, esposado a la pata derecha de la mesa, cabizbajo, incapaz de sostener aquella mirada que lo fulminaba.

—Solo tienes que firmar. Firma por tu patria y por los tuyos —ordenó el hombre del traje oscuro, cuya figura se imponía con majestad sobre el recluso, un ser de extrema delgadez y camisa gris que, en aquella penumbra, parecía negra, tiñendo aún más la escena de un tono fúnebre.

El documento, encabezado por el Gobierno Civil de Cádiz, constaba de cuatro párrafos y terminaba con una orden de liberación del preso, además del otorgamiento de inmunidad frente a cualquier delito anterior.

Después de un silencio sonoro —provocado por quien estaba de pie— se oyó el canto de un pájaro, no demasiado lejos, con el eco propio de un patio interior. El preso dejó caer unas lágrimas sobre el papel. Alzó su mano libre y, con la estilográfica que su oponente le acercó, estampó su firma, entregando su libertad a cambio de la condena de otros.

El preso, «redimido», volvió a su celda. Tuvo que atravesar junto a sus celadores un pasillo estrecho, de una oscuridad tan densa que rivalizaba con cualquier agujero negro, tan interminable como el tiempo que se tardaba en recorrerlo, cargado de una humedad dotada de conciencia propia. Obedecía órdenes directas del mismo Lucifer: hacer sufrir a sus moradores como anticipo del purgatorio que se cernía sobre ellos.

Las candelarias, aventureras solitarias en aquella penumbra, acompañaban al preso, afanándose por iluminar de forma lúgubre su paso. Su luz dibujaba una sombra titubeante de la que era imposible escapar ni esquivar, porque tras ella el paso del carcelero —más ligero— se volvía tan inalcanzable como la ansiada libertad, esa que ya acudía a abrazarlo tras la infamia cometida: la traición cainita, su libertad por la de otro.

Sus pasos, cansinos y lentos, remolones —mitad fingidos, mitad justificados por el peso de su conciencia o la debilidad de su cuerpo — marcaban la cadencia de un baile fúnebre en su encierro.

Mientras el carcelero abría la puerta de su celda, Ramón Rodríguez de Bastidas y Alonso disipaba sus pocos remordimientos pensando que pronto podría ver a su querida Julia y alcanzar al fin el premio ansiado por su traición.

La puerta de hierro se cerró con ese sonido tan característico de las herrumbres, oxidadas una y mil veces por los vientos de poniente y los de levante, que, aunque más secos, traían consigo micropartículas salinas desde las marismas que les servían de cuna. Ramón, esperanzado, se sentó despacio en el camastro, un armazón cubierto por dos sábanas cosidas con paja en su interior, fabricadas en el propio penal.

Aquel camastro había sido protagonista silencioso de sus insomnios, su ansiedad, su incertidumbre sobre el éxito del plan

urdido: si Javier creería la pantomima de su ingreso en prisión; si Julia volvería a abrazarlo y confiar en él; si no se descubriría el ardid; si no se le caería el cielo encima; si Dios —en el que parecía no creer, como todos los que se proclaman ateos— no lo castigaría por cometer el mayor de los pecados: la traición, la deslealtad, la mentira, el apuñalamiento de César.

Lo que Ramón no podía imaginar es que su traición perseguiría a su familia durante generaciones, como una maldición silenciosa aguardando su momento, durmiendo entre las páginas amarillentas de unas cartas ocultas donde Javier dejaría escrito, a modo de testamento, su deseo de venganza.

La puerta de madera se cerró tras él con un golpe seco que resonó en el aire pesado del penal. El chirrido de las bisagras mal engrasadas se alargó unos segundos, como un lamento que parecía seguirlo incluso tras cruzar el umbral. Aquel sonido, tan cotidiano allí dentro, marcaba un cierre definitivo.

Caminó hacia la salida con paso lento, casi arrastrando los pies, mientras la penumbra de los pasillos quedaba atrás. Afuera, el calor del mediodía lo recibió con violencia y, por un instante, se detuvo, cegado por la luz.

Ramón sabía que había abandonado el penal, pero también que una parte de él se quedaría atrapada allí, entre los ecos de voces y golpes, en aquello que el pasado no le permitiría olvidar. Y aun cuando la puerta quedó bien cerrada tras él, pensó que su traición también quedaría sellada en aquellos muros. No podía imaginar que, con el tiempo, su sombra seguiría alargándose sobre los suyos, como una deuda pendiente que jamás se extinguiría.

CAPÍTULO 18

Ecos del pasado y sombras del presente

Agosto se iba como llegó, derramando calor y preguntas sin respuesta. Ese bochorno pegajoso, que aplasta las ideas antes de que nazcan, tenía la mala costumbre de espesar las dudas y ralentizar las certezas. Los casos se apilaban en mi escritorio igual que los días en el calendario, y yo, atrapado entre pistas sueltas y apuntes inconexos, apenas conseguía ver un hilo del que tirar.

Según el comisario, la orden de que me comiera el marrón de María del Junco venía de las alturas: del Comisario General, instigado a su vez por el DAO de Cooperación Internacional. Lo curioso era el timing: la orden aterrizaba justo cuando el caso del pantalán —el de la chica de Puerto Sherry— empezaba a molestar. Un cadáver lleno de signos que nadie quería leer y una tragedia que todos preferían enterrar mirando hacia otro lado.

Protesté, claro. No por rebeldía, sino por dejar constancia en el acta. Pero en el fondo, la jugada no me venía mal: aquel mandato me daba la coartada perfecta para volver a los fantasmas de mis pasados desvelos.

—Es una orden —fue todo lo que dijeron.

Así que obedecí, más por resignación táctica que por disciplina. Aunque, para ser sincero, también me movía una curiosidad malsana por reencontrarme con el marido.

No era un desconocido. Don Ramón Rodríguez de Bastidas e Irralburu era un viejo conocido por partida doble. Compartíamos el mismo césped sagrado de Vista Hermosa como socios y, lo que es peor, el mismo fango policial: él fue la sombra que se nos escurrió entre los dedos tras la tragedia de aquel horrible año.

Sus apellidos, por separado, no decían nada. Pero juntos, recitados de carrerilla, componían la banda sonora perfecta del señorito andaluz: una mezcla de rancio abolengo y prepotencia vacía. Esa clase de nombres que se usan como salvoconducto para

flotar por encima del bien y del mal, ocultando bajo la alfombra de la tradición una hipocresía que apestaba a kilómetros.

Y allí estaba yo, con la declaración de la desaparición de su «esposa reluciente» sobre la mesa. Esta vez, pensé, quizá tuviera la oportunidad de devolverle alguna de las que nos debíamos.

La declaración inicial la había tomado Juanjo. Reposaba ya en mi mesa resumiendo al personaje: cuarenta y cinco años, industrial, rico de cuna, presidente de IMIB… un currículum que pesaba más de lo que brillaba.

Marqué la extensión de Juanjo para que viniera a mi despacho. Nada. Me asomé a la pecera de cristal y vi su silla vacía. Miré el reloj: las once y cuarto.

—Mierda —mascullé.

Era su hora sagrada. Juanjo no estaba en ninguna misión secreta; estaba atrincherado en el baño de la segunda planta, cumpliendo con su ritual inamovible de media hora larga de evacuación y lectura de prensa deportiva.

Esperé hasta que por fin se dignó a aparecer con la cara relajada de quien se ha quitado un peso de encima. Cuando entró, sin darle tiempo a sentarse, le pregunté por el interrogatorio.

Me lo soltó casi con desgana: —Ten cuidado, Víctor. Tenía instrucciones precisas del mismísimo Romualdo de no darle mucho el coñazo al «pobre señor», después de lo que ha pasado…

Asentí en silencio y le hice un gesto para que se largara. Romualdo y sus protecciones. Miré la carpeta. Oficialmente, tenía que ir con pies de plomo; extraoficialmente, acababan de darme un motivo para que me mostrara el máximo interés.

El informe preliminar de Juanjo era un monumento a la irrelevancia. Se habían cumplido los trámites de rigor —batidas, cámaras, hospitales— para acabar llenando folios con las conjeturas de siempre: ¿escapada romántica?, ¿secuestro exprés?, ¿un cese temporal de la convivencia? Todo humo. Hipótesis de manual para tapar que, en realidad, la tierra se la había tragado.

Y luego estaba su declaración. La leí dos veces. Sobria, quirúrgica, blindada. Ramón no había declarado como un marido

angustiado, sino como un ajedrecista que sabe que va ganando. Ningún cabo suelto, ninguna emoción de más.

La perfección técnica me dio un asco terrible. Se me hizo un nudo en el estómago, una mezcla sucia de rabia porque se saliera con la suya y ese respeto con miedo que le tienes a un monstruo que ya te ha ganado. No era un sospechoso cualquiera; era la única persona que había logrado que me sintiera una basura.

Cerré los ojos y casi pude verlo: imperturbable, con esa elegancia insultante, repitiéndome la frase con la que me despachó hace trece años mientras se ajustaba el nudo de la corbata:

—La verdad no siempre es suficiente, inspector.

Tenía razón. Para gente como él, la verdad es solo arcilla barata con la que modelar su propia historia. Y yo me disponía a entrar en su taller de nuevo, rezando para no acabar otra vez como una estatua de sal.

En el expediente encontré una foto de María del Junco, entregada por el propio don Ramón. La escaneé con mi iPhone. Había algo en su rostro que no encajaba. Más allá de lo que decía el informe, más allá del maquillaje de la escena. En una de las imágenes, hecha por un profesional, su mirada se escapaba hacia otro lugar. Cargaba con una nostalgia real, un peso que, sencillamente, no pertenecía a la foto

Era bella, demasiado bella para pasar desapercibida. Y pensé, con cierto cinismo: los ricos siempre se casan con guapas. Pero en ella había algo más. Una máscara, un secreto insinuado en el gesto, en esa belleza que parecía esconder otra vida. Algo que me inquietaba y, al mismo tiempo, despertaba en mí un extraño impulso de protegerla.

Me llevé esa inquietud a casa. Horas más tarde, ya de noche, seguía dándole vueltas al asunto, pero esta vez desde mi trinchera: derrumbado en el sofá, recién duchado y con la ropa del día esparcida por el suelo del salón. El portátil me quemaba en las piernas y el mando de la tele descansaba a mi lado, inútil.

Bip bip. WhatsApp.

A veces, lo que más me ayuda a concentrarme es desconcentrarme; el aviso no me molestó: era Berta.

Berta encarnaba la esencia de lo femenino, aunque confieso que el concepto de «mujer» siempre me resultó esquivo. Pero ella era la excepción a mis dudas: lealtad, amor incondicional y poseedora de esa belleza interior que nosotros, los hombres, solemos pasar por alto. Su belleza era tal que el tiempo, al marchitarla, la devaluaba sin piedad, convirtiéndola en una simple mercancía en oferta.

Lideraba —hasta que Marta apareció— el pelotón de mujeres en esa carrera ciclista que llamamos vida. Todas ellas persiguen una meta inalcanzable, su propia felicidad, en un circuito sin fin donde me veía atrapado, como cualquier otro varón, desde los dieciocho años. En el podio, intocable, mi madre: observando eternamente desde arriba.

Berta era única y, por paradoja, igual a todas. Me buscaba en la noche, vigilante y amorosa, aunque yo jamás le juré fidelidad. La fidelidad, he aprendido, no se promete; se vive, se construye o se destruye en la fuga premeditada hacia la infidelidad. El límite entre ambas es difuso. Le hizo gracia verme cuando le solté aquella estupidez con aire de falsa sabiduría: que "me gustaban las mujeres de sexo femenino".

Ese tormento autoimpuesto, Berta lo soportaba con una calma estoica, en una suerte de masoquismo propio del amor. Nuestros diálogos nocturnos eran breves: ella indagaba sobre mi día, atenta a mi regreso, cuidando de no asfixiarme para evitar mi huida. Era la depositaria de mis secretos más profundos; al fin y al cabo, es más fácil confiarse a una amiga que a la mujer que te enferma de amor.

El amor, esa dolencia que nos esclaviza, nos obliga a medir cada acto. Con Berta, todo era distinto: pleno, auténtico, sedante como una benzodiacepina, pero también perturbador. El poder corrompe, y el dominio aún más. Ser el «Señor de Berta» me atormentaba: me alejaba de ella y me sumía en la culpa.

No, no estaba enamorado. Enamorado solo estuve de verdad de mi mujer y de otra cuyo nombre me resulta impronunciable en la conciencia. Berta era dulce pero decidida, joven y sin intención de formalizar una relación que condujera al matrimonio. Era médica y endocrina. Le preguntaba mil cosas sobre nutrición, y ella contestaba con desgana, aburrida por completo del tema, como

hacen todos los médicos fuera del hospital: o beben, o fuman, o ambas cosas.

Suena en mis auriculares The Great Gig in the Sky, versión remasterizada, justo cuando leo el mensaje de ella. Su voz, cálida y melodiosa, me viene a la cabeza como la de la canción: grita sin cesar, rabiosa y dulce a la vez.

—¿Qué haces? 😊

—Nada, reina, trabajar —le contesté.

A ella le gustaba que la llamara «reina», y es la única mujer con la que usé ese término. Ella, a su vez, me llamaba «rey», y no me disgustaba. La verdad, la única vez que me he sentido realmente rey fue viendo Alejandro Magno.

—Yo aquí, con calor, esperando para salir. He acabado la consulta y voy a la piscina a nadar.

Berta tenía su propio círculo de amistades y salía con ellos de vez en cuando. Yo suponía que no mantenía otras relaciones, al menos ninguna «seria». No las quería. Prefería mi madurez alocada, mis impropios cincuenta y ocho. Era la típica mujer a la que le gustan los hombres mayores. Viajábamos algo, cenábamos, comíamos juntos. Ella se quedaba en casa. Yo casi nunca iba a la suya: no usaba doble almohada y no me gustan los colchones blandos de viscoelástica.

—¿Cuándo acabas allí? —preguntó. —Pronto, espero. —¡Te echo de menos! ❤️

—Yo también —le dije, sin corazones.

Son esos momentos en los que la autoestima de un «madurito» se dispara: cuando una chica alta, de treinta y cuatro años, te escribe eso. De esos cabellos que no se mojan en la piscina. Como el que yo tenía con veinticinco años.

La lista de reproducción pasa a "Belfast", de Boney M. Aprovecho para despedirme. Nada de corazones ni emoticonos. Cierro la conversación, apago la pantalla y dejo que la música inunde la habitación. Respiro hondo, expulsando la distracción con el aire que exhalo, y vuelvo al caso.

Cojo el expediente de María del Junco, abro el portátil y tecleo su nombre en Google. Puro reflejo: cuando falta información, busco ruido que se pueda tocar. Mi ayudante ya había empezado a tirar del hilo, pero preferí hacerlo yo. El caso era mío; ni siquiera repasé lo que tenía: un DNI y migajas. Sin pasado aparente para alguien de su nivel.

Escribo su nombre: «María del Junco Rojas».

Y ahí está, la inevitable foto de perfil de Facebook. Lo mismo que encontraría mi compañero. Allí seguía, inalterable, mostrando una normalidad absoluta. Quizá la prueba evidente de que, en realidad, no le había pasado absolutamente nada. Es habitual: a veces, ni los vivos ni los muertos se molestan en borrar sus huellas digitales. Recuerdo una vez que me llegó un SMS de un conocido una hora después de muerto. Iba en tren y no había en ese momento cobertura, así que el macabro SMS entró a destiempo, como la muerte, que, aunque a veces avisa, nunca te la esperas.

En Facebook, fotos estúpidas con el marido. No tenía hijos, según el INE, ni hoja de empadronamiento. Sería de profesión «ama de su casa», claro, la de un megarrico, que no es lo mismo. Qué raro. Estar empadronada es técnicamente obligatorio. Ni siquiera una declaración de IRPF. Nada.

Sin saber por dónde empezar, marqué el número de Ramón que constaba en el archivo. Quería citarlo para que volviera a prestar declaración, esta vez frente a mí y con Marta como testigo.

«Pain, it is so close to pleasure», sonaba en mis auriculares la voz de Queen.

Puse la música en pausa y, mientras el tono de llamada resonaba en la habitación, algo me detuvo. Tenía su teléfono grabado en mi agenda, un pequeño detalle que no recordaba haber hecho. Colgué, impulsado por una mezcla de incomodidad y precaución.

De forma casi automática, empecé a hacer clic en la sección de fotos del buscador de Google. Fue entonces cuando apareció esa imagen: María del Junco Rojas, en una fotografía en apariencia

anodina, rodeada de otras chicas frente al Coliseo romano, como en un viaje escolar. Amplié la foto y ajusté el enfoque con cuidado, buscando algo que pudiera conectar los puntos dispersos en mi mente.

Pasé la imagen al programa de reconocimiento facial con pocas esperanzas, dejando que mi escepticismo me llevara al baño. Cuando volví, ahí estaba el resultado: un match. María, identificada en un registro asociado a un viaje que no explicaba su desaparición, pero que dejaba en el aire todavía más preguntas.

Pensé en él. Ni su número ni él habían cambiado. Seguía guardado en mi teléfono tal y como lo anoté hace años: Ramón de Bastidas. Sin abreviaturas, sin apodos. Imposible confundirlo.

Marqué otra vez. Esta vez no colgué. Dejé que el tono de llamada llenara la habitación, esperando que, por una vez, fuera él quien perdiera el control.

Era normal que no contestara. En mi torpeza, distraído pensando en Berta y dejando pasar el tiempo, no me había dado cuenta de que ya era demasiado tarde para llamar a nadie. Miré el reloj en la esquina del escritorio: casi las once.

Maldije en voz baja. Qué estupidez. Esa llamada nocturna era un error de novato, un arrebato de cansancio y de cabeza hecha polvo. Colgué antes de que saltara el último tono, convencido de que esa conversación tendría que esperar a mañana. A una hora decente, con la cabeza fría y las preguntas afiladas como Dios manda.

Por ahora, lo mejor que podía hacer era dejar el caso reposar unas horas y poner algo de orden en mis propios pensamientos.

Aquella noche, ya con la luz apagada y el silencio de la habitación envolviéndome, me enfrenté al eco de mi propia torpeza. Mi trato con Berta había sido áspero y mi despedida, brusca. La sensación de incomodidad seguía ahí, como una piedra en el zapato.

Apagué el televisor, dejando pendientes los últimos cinco minutos de The Old Man, y di por concluido el día. Me acosté con el regusto amargo de un adiós descortés que no debería haber pronunciado. Qué error es dormir con la conciencia intranquila; es la invitación perfecta al insomnio.

Mientras yacía en la oscuridad, reflexioné sobre la naturaleza de mi relación con Berta. ¿Era amor lo que sentía, o simplemente la comodidad de una amistad incondicional? La línea entre el afecto y la dependencia es tan fina como la que separa la fidelidad de la infidelidad.

El insomnio, ese fiel compañero de las noches de culpa, me llevó a recorrer mentalmente cada momento compartido con ella. Cada risa, cada confidencia, cada silencio cómplice. Me di cuenta de que, en mi afán por no comprometerme, quizás estaba perdiendo algo valioso. Algo que, irónicamente, buscaba en otras relaciones más volátiles y menos sinceras.

Sospeché que el insomnio no venía solo: que esa ansiedad mía por dejar las cosas a medias, por acumular cabos sueltos sin atarlos nunca, era la que me mantenía en vela, dándole vueltas a todo lo que no terminaba de cerrar.

Decidí que, al amanecer, me disculparía. No por obligación, sino porque realmente lo sentía. Porque ella, en su constancia y lealtad, merecía más de lo que le estaba dando. Y quizás, en ese acto de honestidad, encontraría la respuesta a mis propias dudas sobre el amor y la fidelidad.

Además, llamaría a Ramón. Esta vez con más cuidado, a una hora prudente, para citarlo y comenzar a ordenar este enmarañado caso que me estaba consumiendo.

CAPÍTULO 19

Frente a frente

La luz del día se colaba por la persiana con la misma desgana con la que yo me arrastraba al baño. Me metí en la ducha dejando que el agua templada me golpeara la nuca, buscando ese choque térmico para ver si conseguía espabilarme de una vez.

Para los que tenemos la piel así, la ducha es un campo de minas: nada de jabón, nada de frotar, solo el agua corriendo para intentar arrancar el letargo de la mala noche. Hay capas de suciedad que no se quitan con agua; se te quedan pegadas por dentro, bajo la piel seca, y terminan formando parte de ti.

Apoyado en los azulejos, bajo el chorro, las ideas se agolpaban sin orden ni concierto, golpeándose unas contra otras. No eran expedientes separados, eran nudos de la misma soga: el hueco inexplicable de María, el silencio sepulcral de Puerto Sherry y la sombra de Ramón, que volvía a oscurecerlo todo. Y entre las grietas de lo profesional se colaba Berta, como una culpa sorda que me taladraba más que las dudas policiales. Sentía que todo formaba parte de una misma estructura podrida, aunque todavía no era capaz de ver ni siquiera sus cimientos.

Desayuné lo de siempre: un café fuerte y un par de huevos fritos bañados en crema de almendras y chocolate. Y es que todo empezaba a saberme igual, a rutina. La imagen de María seguía mirándome desde la pantalla del móvil, reclamando mi atención o pidiendo ayuda.

«¿Qué es lo que me estoy perdiendo?», pensé.

Miré el reloj. Las ocho y media. Era una hora razonable para empezar con las llamadas. Primero marqué el número de Berta. Su voz cálida y algo somnolienta respondió al segundo tono.

—Hola, reina —dije, sintiéndome ridículo al pronunciar el apodo, pero sabiendo que a ella le gustaba. —Hola, rey. ¿Qué tal

amaneciste? —respondió con un tono que dejaba entrever una sonrisa.

Le expliqué lo brusco que había estado la noche anterior, cómo mi mente dispersa y el trabajo me habían consumido. Ella lo entendió. Berta tenía esa capacidad de hacer que mis culpas parecieran más livianas, incluso cuando sabía que yo no siempre correspondía como debía. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto, y su despedida fue tan suave que por un momento me olvidé del resto del caos que tenía en la cabeza.

Después, me preparé para la llamada importante. Tomé aire y marqué el número. Esta vez, cuando escuché su voz al otro lado de la línea, tenía las palabras exactas listas para iniciar la conversación. Ramón respondió con la misma serenidad que siempre había mostrado, pero la conversación fue breve y directa. Quedamos en vernos en el club esa misma mañana.

Un par de horas después, los periódicos matutinos cubrían el brillo del mármol, gris como ese día. Con el café, los hojeaba mientras desperdigaba el azúcar que habían dejado otros comensales, revoloteando las páginas. Saltaba de noticia en noticia según mi interés, deteniéndome en la lectura rápida de algún columnista entretenido, esperando la llegada de Ramón.

Y entonces apareció. No hizo falta que dijera nada; tenía esa aura de la gente que se hace notar sin proponérselo. Ramón, Raimond, el de aquí. No había cambiado mucho en trece años. Tenía un aire más desgarbado; el pelo, cenizo, parecía más oscuro, no sé si por la acción de algo de gomina, de la grasa o de la colonia 4711, que reconocí de inmediato. O quizás era agua de rosas, no sé; es la colonia que siempre ponen en los baños de los restaurantes que mueren de exceso de exclusividad porque siempre tienen la misma clientela: gente de siempre o gente de bien, como decía Feijóo.

Vestía informal, como de ir o venir de jugar al golf, pero sin haber jugado. De azul claro, pero no celeste, desafiante, porque ir de ese color en un club de golf, y más en este, no se estila tanto como ir de beige o de verde, el mismo del campo, que invita a colores cálidos, como los que se usan en las cacerías.

Se sentó a mi lado, tras un saludo más que cordial, a mi izquierda. No le di la mano, ni me la tendió. La gente bien, entre las que me incluyo, no lo hacemos; damos un abrazo en los sepelios y solo un beso a las señoras, aunque yo doy dos, porque el Rey, el único —es decir, el emérito— da, aún, dos.

Ramón seguía teniendo las piernas largas, más que yo. «Apuesto a que sus chinos son de Hackett», pensé, bien planchados, aunque ya gastados, como esos pantalones que uno se pone por costumbre, no por estilo.

Al cruzar las piernas, pidió un café y, en tono educado, me ofreció otro. Había visto que yo ya había tomado uno, pero soltó, como al descuido, que a lo mejor me pasaba como a él: sin dos o tres cafés al día no era nadie. Le dije que sí, que uno más no me haría daño, y le pregunté si no le provocaba gastritis, como a mí. Contestó que no, que comía de todo y estaba estupendo. Y ahí lo dejamos, porque la gente bien no habla ni de estómagos ni de sexo, y mucho menos en la mesa. Hay protocolos hasta para eso.

Aparté los periódicos casi de un manotazo, harto de tanto teatro. Quería entrar en materia de una vez. Saber qué sabía él que yo no; qué secretos de su mujer pensaba seguir custodiando bajo ese título de marido —y, en teoría, amante— que a mí me sonaba a hueco. Porque ser esposo, si se es de verdad, te da la llave de lo esencial. De eso que no se compra ni se presta.

O quizás no. Quizá María no fuera la presa, sino la cazadora. Quizá, Ramón, no seas lobo ni cazador. Quizá solo seas lo que pareces: un monigote caro, fácil de romper, pero muy caro de reponer.

Saqué del bolsillo derecho de la mochila una de mis pequeñas libretas y una pluma Waterman que traía ex profeso. Ramón se fijó enseguida y la alabó. —Era de mi padre —dije, casi con desgana.

«Faltaría más», pensaría él, mientras asentía con ese gesto displicente tan suyo. El bellaco había picado: uno a cero, gol en el primer minuto.

Entonces mi atención se desvió un instante. Una chica, sentada un par de mesas más allá, vestía ligera, discreta, joven, sin

maquillar, el pelo castaño recogido de cualquier manera. Se levantó y pidió unos churros, tal cual. Aún arrastraba la indolencia de llevar el camisón encima. No paraba de mirar el móvil. La raya del pelo en medio le quedaba bien; era joven —otra vez esa palabra—, combinaba el beige con el gris. Audaz y simple de ideas, pensé, pero con un pasado turbio. Llevaba anillo de casada, creo. Nunca recuerdo bien en qué dedo se lleva. Supuse que aún no era madre.

Al volver la vista a Ramón, me fijé en sus manos: dedos largos, huesudos, de notario recién llegado a su plaza. Y en el meñique de la mano derecha, un anacronismo que desentonaba con su estudiada informalidad: un sello de oro macizo, pesado, de esos que se heredan, no se compran. Tenía un grabado profundo, oscurecido por el tiempo, imposible de distinguir a esa distancia. Su aspecto era claramente antiguo, una reliquia brutal sacada directamente de la película Conan el Bárbaro. Pensé: «Tenga en cuenta, don Ramón, que yo me quité el anillo antes de salir de la iglesia…». Abro la libreta con disimulo, fingiendo una indiferencia absoluta para dejarle claro que la cosa no iba ni conmigo ni con él. Ese nombre que usan los íntimos —Raimond, dicen algunos, sobre todo en Madrid, tan dados a los diminutivos— yo nunca lo he pronunciado. No soy de su círculo. Igual que en Jerez llaman tío Tom o tío Ramón a cualquiera con apellidos largos y finca al sol, aunque no sean tíos de nadie. Maneras de fingir cercanía desde muy lejos. Lejos como una hipernova a cien años luz.

La chica seguía mordiéndose las uñas. Onicofagia, recordé que se llamaba. Un palabro feo que me sonaba a coprofagia. Maldita manía de encasillarlo todo, pensé.

—Siento hacerle perder el tiempo —le dije a Ramón, aunque no habían pasado ni cinco segundos.

En realidad, yo estaba encantado de estropearle el viernes por la mañana. Yo tenía trabajo; él, sin duda, había cancelado su partida de golf, inseguro de si la reunión duraría cinco minutos o toda la mañana. Al llamarlo para concertar la cita, se le ocurrió preguntarme

cuánto tiempo tomaría. Su pregunta me molestó tanto que le respondí que no tenía ni idea, que dependería del transcurso del interrogatorio… aunque luego corregí: una conversación.

La verdad es que no tenía muy claro qué más preguntarle, más allá de lo que ponía en el informe. Lo que quería era mirarle a la cara, ver si se le escapaba un gesto, una grieta, algo que me dijera más que todas sus frases ensayadas.

Así que jugueteé con el hielo del vaso, ejecutando mi propio guion, y le solté la primera pregunta casi sin aviso. —¿Qué fue lo primero que pensaste de ella, Ramón? —pregunté, forzando el tono relajado de una sobremesa trivial—. ¿Lo típico de «esta es para mí» o algo un poco más original? Ramón cruzó las manos, molesto. El simple hecho de tener que dar explicaciones ya le resultaba un insulto. Luego apoyó los codos en la mesa, apartó la taza de café despejando el escenario y carraspeó. Yo, a mi ritmo, abrí la pluma despacio, a propósito, para ponerlo nervioso. Dejé la libreta bien visible, para que viera si apuntaba algo… o no.

—Conocí a María en una fiesta en Marbella, allá por 2016, creo recordar… —dijo sin rastro de nostalgia, con la frialdad de quien se graba para un documental póstumo que nadie le pidió.

En la declaración escrita constaba 2015. Un año de diferencia. Poco, pero suficiente para que me sonara mal. La verdad, si tienes la cabeza despejada, no te sueles equivocar en lo esencial. Uno a uno.

Mientras le lanzaba un par de preguntas rutinarias —o con ese barniz—, Ramón no podía disimular la animadversión que me tenía. Yo tampoco ocultaba que buscaba pillarlo en alguna incongruencia o, al menos, irritarlo. A veces lo conseguía: un gesto torcido, una vacilación mínima. Satisfacciones pequeñas, sí, pero inútiles; nada de eso aportaba a la investigación. Y mientras me convencía de que saldría de allí con las manos vacías, recordaba que motivos no le faltaban para odiarme, igual que a mí me sobraban razones para devolvérsela.

Llevábamos más de una década arrastrando esa tensión, siempre con la cortesía distante de dos viejos enemigos cansados de pelear, pero incapaces de fingir tolerancia. Doce años no son tantos, pero en «porcentaje de batería restante» —mi manera de calcular la vida

que queda— equivalen a un veinte por ciento de la media española. Y eso ya es bastante.

De pronto, sonó en el móvil de la chica el "Let's Dance" de Bowie como tono de llamada. Ella, nerviosa, lo bajó a toda prisa, aunque ya era tarde: los comensales se habían girado, molestos por la irrupción. Ramón también se percató y aprovechó la coyuntura para romper el hielo, preguntándome si me gustaba la música. Vaya pregunta. Puso ojos vidriosos, convertido de pronto en el mismísimo Matthew McConaughey enviando señales; casi me lo creí.

—Sí —le dije—, me encanta, y Bowie más —contestó, sin disimular mi desconcierto.

Me miró de reojo, abandonando esa mirada triste para soltarme, satisfecho, que una vez fue a un concierto suyo en Londres. Lo contó con una precisión milimétrica, ensayada; había repetido aquella anécdota decenas de veces. Pero la fecha no cuadraba: coincidía con un viaje corporativo que él mismo había mencionado después, en esa misma conversación. Dos recuerdos ocupaban la misma silla. Uno sobraba.

Yo no le dije que mala suerte la mía: nunca fui a un concierto de Bowie y él sí; él era rico y yo no; él salió impune de una acusación por asesinato —u homicidio, según se mire— y yo, también. Qué no daría porque Bowie resucitara… a mí y a aquella camarera malograda, cuyo rastro se borró como por una ley de memoria histórica, y nos diera un concierto privado, como esos que montan los jeques por puro capricho.

Cruzo la mirada con la chica. Dicen que eso significa algo, aunque yo no me lo creo porque, puestos a creer, no creo en nada, aunque rece antes de dormir casi todas las noches, sobre todo porque es el momento del día en el que más miedo tengo. ¿Se pide un té o se trata de las infusiones de cúrcuma y jengibre que yo he pedido que pongan y que ya me ponen? Miro a Ramón. Me había distraído, así que le di mentalmente al *play* para sacarme a mí mismo de la pausa. Solo transcurrieron décimas de segundo

—Nos había invitado a una fiesta nuestro amigo el jeque Mansour, ya sabes, el que ahora es famoso por ser el dueño del Manchester City. Él era amigo de mi padre, hicieron negocios juntos, ya sabes…

Sí, ya sabía, claro. Sabía que su padre, decían, era amigo del emérito, del que Marías dice en su libro cuyo título no recuerdo «the one», el único, claro. Lo sabía porque era notorio; sabía que su padre era ya muy rico y que lo fue más con los negocios de importación de gas a España, porque los trajo él, porque los grandes negocios siempre tienen detrás a grandes hombres; porque un negocio no es dinero, es un hombre, un acuerdo entre hombres, un pelotazo.

—Ya sabes, mi padre hizo mucho por este país, como el rey, al que nos ha dado por azotarle hasta enterrarlo —se desvió Ramón.

Lo reconduje al momento, preguntándole cuándo y cómo había sido aquel evento. Fingí la curiosidad banal de quien solo desea saber si María era entonces tan joven y guapa como ahora. Igual que la chica de al lado, que seguía mordiéndose los dedos y a la que estuve a punto de acercarme para recriminárselo. Comenzaba a sentir aversión por aquella joven, que no lograba ocultar su defecto. Demonios, las taras hay que disimularlas para que realmente lo sean, ocultarlas y mantenerlas en secreto, ¿no, Ramón?

Con una precisión propia de Dostoievski, Ramón me la relató: cómo apareció María, presentada por el jeque; cómo quedó prendado de su belleza y de su cultura; y cómo, al final de aquella noche —cuando Julio Iglesias ya se había marchado con su coro—, se juraron amor eterno. Presumió de que, en aquellos tiempos, había sido un juerguista, al igual que el papuchi del artista invitado, al cual se jactó de haber conocido en otra de esas fiestas. Habló del «único», como solía llamarlo Ramón, o «Julito», como lo apodaba a veces, y recordó cómo habían compartido mariscos en el Puente Romano de Marbella y en Miami, durante uno de sus viajes de boda. Eran solo algunos de los muchos viajes que había hecho junto a María, pues a ambos les encantaba viajar y conocer gente. Finalmente, tras tantas andanzas, se habían establecido en El Puerto.

La historia del jeque me hizo imaginar el escenario con claridad: un carnaval marbellí de Las mil y una noches, pero todo en blanco. Un blanco calculado, pensado para halagar al universo del petrodólar: árabe, sí, pero solo al rico. Ese mismo rico que, aunque

pueda comprarlo todo y divertirse con nuestras extravagancias, nunca deja de vernos como infieles. Infieles, estúpidos y, eso sí, razonablemente entretenidos.

—Víctor, como sabes, para sentar cabeza, es fundamental tener en cuenta sus raíces familiares. Lástima que no pudiéramos tener niños; nada, ni por tratamientos que, decía ella, se puso, porque él nunca tuvo problemas de este tipo, porque se hicieron las pruebas en la clínica esa, Ibis, y «todo bien».

Anoté el nombre. Luego dudé: lo normal era IVI. Un lapsus mínimo, pero los que viven de la imagen suelen cuidarlos mejor. Tres a uno.

Le solté un par de preguntas rutinarias, de esas que se hacen por compromiso: cómo andaba de salud, si seguía con el golf, qué tal las aficiones. Nada serio, solo para llenar el silencio.

—¿Y cómo andas de salud, Ramón? —rematé, fingiendo un interés que en realidad me importaba un carajo.

Él sonrió con suficiencia, con la arrogancia intocable de quien jamás ha sufrido problemas de corazón —ni de ningún otro tipo—, salvo aquella novia que lo dejó y le partió el alma, o aquella depresión pasajera cuando falleció (que no murió) su perro Andrómeda, atropellado por un loco al volante de un Tesla nuevo, esa mierda de moda que él despreciaba porque jamás cambiaría su Aston Martin por nada del mundo. Ahora, en lugar de negocios, dedicaba sus energías al golf; había subido de hándicap, y lo mencionaba con esa resignación satisfecha de quien ya no necesita ganar dinero para creerse importante.

Yo ya me sabía su vida de memoria. Y me aburría. La de Ramón era la biografía típica de niño rico de papá: coleccionista de privilegios, víctima de tragedias menores elevadas a epopeya. Y yo, aunque no me considere un resentido —o tal vez sí—, acababa cargándome sin piedad con su especie, esa que presume de pertenecer a un club exclusivo, absolutamente convencida de que eso basta para situarnos en el mismo plano.

Él hablaba de Pineda, de La Moraleja, de Florida, de cuando jugó al golf con Rafa en Tampa, en el campo de Larry, el fundador de Oracle. Qué tiempos, Dios mío, cuando se podía jugar tranquilo.

Así que, como no me contaba lo que yo quería saber, decidí cortarlo y lanzarle un uppercut verbal, aunque envuelto en celofán de buena educación.

—Ramón, siempre me he preguntado cómo hacen ustedes para llevar ese ritmo. Me refiero… usted con sus viajes, sus negocios, su agenda llena; y María, tan volcada en la filantropía, en la fundación, en esos viajes a medio mundo. ¿Llevan vidas paralelas? ¿Cómo se organiza un matrimonio así? ¿No hay riesgo de que cada persona se quede en lo suyo?

Él torció el gesto, apenas, pero lo suficiente para que yo notara que había tocado carne. Se recompuso con un carraspeo y, en lugar de responder, me lanzó de vuelta su propia batería: —¿Y usted, inspector? ¿Cómo lo lleva? Tengo entendido que su mujer falleció… ¿Sigue solo? Dicen que a ciertas edades la soltería resulta hasta cómoda, ¿no? Más tiempo, más independencia.

Me limité a sostenerle la mirada, mientras él añadía, casi con una sonrisa de medio lado: —Y en lo profesional… aquí en el club se comenta de todo. Algún problema en Madrid, quizá.

Yo asentí, casi divertido: al fin había dejado ver una grieta en la máscara y se le notaba algo alterado.

Ramón también empezaba a mostrar más signos de molestia. A lo largo de nuestra charla, se esforzó en dejar claro que no había ni ambigüedades ni secretos en su relación con María, y me pidió, casi como un encargo formal, que despejara cualquier sospecha que pudiera relacionar su desaparición con sus negocios o con ciertas rencillas con lo que él llamaba «sus amigos».

Se mostraba completamente ajeno al suceso; el drama, sencillamente, no iba con él. Lo despachaba con la frialdad de quien afronta una enfermedad rara e inoportuna. Encontrar a su mujer era solo otro trámite más de los que resolvía desde su agenda de consejos de administración, algo que «ya hacía online.

Cerró la conversación con un: —Víctor, encuentre a mi mujer. Es lo más valioso que tengo.

Lo dijo sin una sola pregunta sobre el avance de la búsqueda, sin el mínimo interés por los pasos dados. Lo recitó sin emoción, como un empresario que encarga a su empleado recuperar una pieza de

maquinaria valiosa. No la buscaba con el corazón roto de un marido, sino con la frialdad de quien quiere de vuelta lo que le pertenece. ¿Lo más valioso? La forma en que lo dijo, sin un atisbo de preocupación real, me dejó la certeza de que María no era una persona para él, sino un activo más en su agenda de consejos de administración. Los que aman preguntan; él solo pedía resultados.

Cuatro a uno, pensé.

Se levantó. Esta vez me dio la mano sin darme tiempo a incorporarme. No fue solo un gesto: fue un «quieto ahí» mudo que me dejó pegado a la sill**a**. Demasiado frío tras ese rostro británico, demasiado calculada esa pose de falsa cercanía. Y entonces entendí: la goleada era ficticia, una ilusión de ventaja que solo existía en mi cabeza. Se había reservado para el encuentro de vuelta, y yo me marchaba con el rabo entre las piernas, frustrado y decepcionado. No era la primera vez que me ganaba; a veces era él, otras mi propio complejo frente a su mundo. Pero el resultado era el mismo: otra derrota.

Antes de que se marchara, estuve tentado de pedirle una foto reciente de María, pero desistí. Lo que de verdad me pedía el cuerpo era encontrarla y preguntarle por qué se había casado con un tipo tan jactancioso, perfecto, insufrible.

Le di mi tarjeta —otra vez—, aunque sabía que no me llamaría jamás: para eso estaban su secretaria, su vicepresidente o el abogado de la family office que llevaba veinte años gestionándole el patrimonio personal, no el empresarial. En ese lobby había recalado el traicionado Casado, tras todos sus apuñalamientos, pero bendecido al final por el pater familia: ese hombre del bigote que presume de hablar catalán en la intimidad e inglés en las conferencias, con el mismo descaro con que los poderosos evitan pagar cafés. Porque pagar, lo que se dice pagar, solo lo hacen cuando no queda más remedio. Y aquella vez no lo era.

Lo vi alejarse con la soltura de quienes nunca han tenido que correr por nada. Me quedé mirando cómo su figura se perdía entre el suelo marmóreo y el rumor apagado de las conversaciones. Giré la vista hacia el ventanal. En el hoyo 5, unos jugadores pateaban con

parsimonia, lentos y ceremoniosos, absolutamente convencidos de que su partida estaba pensada para durar toda la vida.

Mientras los observaba, repasaba lo que ya sabía de Ramón. Lo que muchos sabían. O, mejor dicho, lo que a él le interesaba que se supiera.

Conocía bien los datos oficiales de su biografía. Al menos, los que él se había encargado de grabar con esmero en la memoria colectiva. Pero en 2011, cuando nuestras trayectorias se cruzaron por primera vez, ya había escarbado un poco más. Nada delictivo, aunque sí revelador. Recuerdo, por ejemplo, su pertenencia a la Orden Constantiniana. Una de esas distinciones medio nobiliarias que sobreviven en ciertos círculos como una excentricidad. En su caso no era tanto el título como la pose: esa elegancia heredada que se pega a la piel desde la adolescencia y nunca se quita, ni siquiera con los años. Un detalle anecdótico, tal vez irrelevante. Pero con tipos como Ramón uno aprende a no descartar nada. Su padre la había recibido por recomendación directa del entonces rey Juan Carlos —cuando aún no era emérito—, en reconocimiento a sus servicios discretos pero valiosos a la Corona. Ramón la heredó al igual que una finca o una medalla al mérito: sin preguntas.

Lo que investigué entonces —y que seguía vigente— era que Ramón no gestionaba nada de manera directa. Delegaba. Su papel se parecía más al de un patrón que al de un ejecutivo. Vivía instalado en la filantropía, esa cara amable del poder: patronatos, exposiciones, entregas de premios, campañas de donación. Nunca en un despacho. O, al menos, no oficialmente.

El abuelo había levantado, a partir de una pequeña empresa familiar de vinos en El Puerto, una sólida compañía que operaba a nivel nacional. Con el tiempo, hizo incursiones en otros sectores más allá del vino: automoción, ferrocarriles, maquinaria, incluso alcantarillado. Durante los años cuarenta y cincuenta, el grupo creció gracias a contratos públicos y alianzas estratégicas, hasta convertirse en un conglomerado poderoso, un gigante invisible pero esencial en el engranaje económico del país.

Don Ramón padre fue constructor de imperios y mecenas con ambición: bibliotecas municipales que nadie frecuentaba, clubes de

tenis más viejos que sus socios y donaciones que iban desde restauraciones de iglesias hasta becas en universidades extranjeras. Obras que para él eran migajas, pero que a los demás podían parecer fortunas.

Ramón hijo, en cambio, había heredado más el estilo que el empuje. Un señorito andaluz de manual: sin urgencias, sin hambre, sin necesidad de justificar su lugar en el mundo. No era un tiburón de Wall Street; era un rico de verdad, de los que no trabajan, no por pereza, sino porque no lo necesitan. Esa era su leyenda.

Y aun con todo ese blindaje alrededor, no podía quitarme de la cabeza la idea del secuestro. No por dinero, claro. Algo más. Algo que no encajaba.

Su forma de comportarse tampoco ayudaba. No había preocupación en él, solo una profunda molestia. Tenía la absoluta certeza de que su mujer no había desaparecido a la fuerza. Sencillamente, había decidido marcharse.

—Ella ya desapareció tres o cuatro veces en los últimos años —me dijo antes de irse—. Tenía plena libertad para ir y venir y hacía numerosos viajes gestionando la fundación Arpegio, de la que yo soy presidente y ella apoderada. Le gustaba el arte, compraba y vendía muchas obras, financiaba a jóvenes talentos. La última vez que se fue estuvo tres días sin contactar conmigo. Se marchó a Nigeria para inaugurar una escuela y me llamó al cuarto día, desde un satélite, para decirme que estaba bien y que no me preocupara.

Ahí fue cuando me dio la risa amarga, por dentro. No hacía falta ser Sherlock Holmes para ver que aquello era un cuento mal contado. Ramón hablaba de Nigeria y de los viajes de María con la naturalidad del que comenta el parte meteorológico: con la misma pasión que se pone al decir «mañana llueve». Tres días sin dar señales y él tan pancho. ¿Eso es calma? No: eso es tener el guion bien aprendido.

Su versión era tan pulida que se le notaban las costuras. Como esas camisas caras que en la percha parecen impecables, pero que al primer movimiento dejan ver el hilván.

Miré esas notas después, con un gesto agrio, casi de desprecio. Eran más garabatos que apuntes, un intento torpe de poner orden

donde no lo había. En el fondo, no eran más que una excusa para justificar mi presencia allí, un disfraz de método para lo único que realmente importaba: saber si Ramón me decía la verdad o me estaba mintiendo otra vez. Y yo, cada vez que repasaba su voz y sus silencios, estaba más convencido de lo segundo.

CAPÍTULO 20

Penal, comienzos. Toma del Puerto, Guerra Civil 36/39

Las sospechas sobre lo inminente del golpe llevaron al alcalde del Puerto de Santa María, Manuel Fernández Moro, el dieciocho de julio, a dictar un bando en el que mandaba excarcelar a Manuel Villanueva de Miguel, detenido en abril de ese mismo año junto a varios compañeros de la federación de sociedades obreras y treinta y cinco presos más. Puño en alto entraron en la Cárcel de la Prevención y puño en alto salieron dando vítores al socialismo.

Junto a ellos salieron varios presos más, entre los que se encontraba Silverio García Castejón, condenado a muerte junto a Servando García Palanca por los asesinatos de los novicios en Turón. Su pena fue conmutada a cadena perpetua gracias a la intermediación de sus familiares religiosos que tenían contactos en el gobierno republicano. Silverio salió junto con los demás tres días antes del alzamiento y se alojó en la casa de Amelia Rojas, su tía abuela viuda que vivía en el Puerto.

El diecinueve de julio de 1936, el general Varela da orden al teniente Calvo y a José Mora Figueroa de tomar la alcaldía del Puerto. La barcaza en la que se dirigen cruza el Guadalete desde Cádiz en un día de levante moderado, lo que provoca que algunos soldados se mareen y vomiten por la borda. Aunque la travesía es breve, la barcaza avanza con lentitud, y debido a su escasa altura sobre la línea de flotación, las olas golpean constantemente el costado, empapando sin remedio a los soldados apostados en cubierta.

Al llegar a la bocana del Guadalete, protegidos por el espigón, el viento amaina y se acercan despacio al muelle por el lado de babor para atracar. Uno de los soldados maneja con torpeza el cabo de amarre y, al lanzarlo a tierra, golpea accidentalmente en la cara a un compañero, quien, enfadado, lo insulta llamándole botarate y

carajote. Al instante, Mora Figueroa interviene reprendiéndolo con firmeza y ayudando personalmente en las maniobras de atraque.

—En mis filas somos todos uno. Todos pagan por los errores y por los aciertos, somos hermanos de sangre y estamos para defender a la patria —proclama con firmeza.

La autoridad de José entre los soldados era aplastante y su liderazgo indiscutible.

Bajan en formación y oyen un disparo procedente de una de las casas de la ribera. Un fusil de corto alcance desde un balcón yerra el tiro y da justo en el bauprés de la barcaza. —¡Todos a tierra! —ordena Mora Figueroa, que impertérrito permanece de pie y grita—: ¡Gálvez, cúbrame!

Mora Figueroa pega un salto hacia delante y corre a grandes pasos, medio agachado, hacia la casa de donde proviene el disparo. Arrodillándose a unos treinta metros, dispara sobre la marquesina de la ventana. Al cabo de un minuto salen por la puerta, que chirría al abrirse por la humedad de sus goznes machacados por la sal, diez soldados de guardia municipales que deponen sus armas gritando: —¡No disparen, nos rendimos!

Toman prisioneros a los policías y se dirigen a paso ligero hacia el Ayuntamiento. No toman precauciones al entrar, lo hacen con impunidad. Entran en el patio rodeado de macetas, fresco para ser esa época del año y, entre un enjambre de moscas, suben las escaleras en busca del despacho del alcalde, que se encuentra solo en compañía de un capitán instructor de las milicias socialistas y treinta regulares.

La puerta del despacho estaba cerrada, así que el mismo jefe de la Falange la golpea con el mango de su pistola, que holla la madera maciza de roble traída de las Américas. Suena contundente el golpe, pero amortiguado por el grosor de la madera, que anima al falangista a golpear más fuerte y gritar: —¡Ríndanse y salgan con las manos en alto, depongan sus armas! ¡No queremos que haya heridos! ¡Están rodeados y las fuerzas de la policía se han rendido!

El alcalde, aunque asustado, mantiene la compostura y mira al capitán, dubitativo. Este le devuelve la mirada y le dice con rostro

cariacontecido: —No tenemos posibilidad, son muchos y bien armados. Mejor deponer las armas.

El aún regidor, lleno de ira y desesperación, se dirige a uno de los cajones de su mesa y saca, con cierta dificultad, un estuche de color granate y de felpa, algo polvoriento, de unos treinta centímetros de largo. Con pasos cortos y humillado, se dirige a la puerta, la abre, la empuja y dice: —Apártense. Nos entregamos.

Mora Figueroa no retira su pistola; apunta a la cabeza del alcalde, que a su vez lo mira fijamente. Su mirada no muestra miedo y el falangista lo interpreta como un acto de honor: baja su pistola y el alcalde le hace entrega del estuche. Lo abre y allí está la llave de la ciudad. Una rendición que suena a toma de Granada. El alcalde, que es detenido esa misma mañana, pide que se le traslade a su casa, le permitan vestirse adecuadamente y poder despedirse de sus hijos y mujer.

Nada más tomar la alcaldía, se fueron desplegando los soldados por el entorno de la ciudad, tomando los centros neurálgicos: Hospital, Comandancia de Marina, Casa del Pueblo… Poco más tarde llegan cinco barcazas más, con refuerzos. El veintidós de septiembre se erige un comité formado por Falange Española, requetés y milicias civiles que nombran un director provisional, el coronel Salgado, que toma la cárcel del puerto sin ninguna resistencia por los funcionarios, quienes reciben clamorosamente a los rebeldes que se dirigen al despacho del director.

La toma del penal no era un simple capricho de los golpistas. Los detenidos, incluido el alcalde, eran muchos —demasiados— y no cabían ni por asomo en el Hotel Los Cántaros, habilitado precipitadamente como prisión provisional. Los falangistas manejaban una larga lista de nombres que no hacía más que aumentar, saturando con rapidez las improvisadas dependencias del hotel. Gran parte de esas detenciones provenían de chivatazos de afines a los sublevados y de enemigos locales de la República que, aprovechando el caos reinante, delataban por motivos políticos, personales o simples rencillas a sus propios vecinos.

Entre ellos estaba la de Javier García Palacios, joven, soltero, empresario de la ciudad, hombre de corte liberal conservador que se

había puesto al frente del negocio familiar, una bodega próspera asentada en el mercado nacional con más de cuarenta empleados, cuya bonanza económica se había cimentado con el relevo obligado del hijo mayor de su fundador.

Javier, Javi para sus amigos y familiares, fue apresado en su domicilio el mismo día del alzamiento y toma de la ciudad, trasladándosele de inmediato al Penal del Puerto, bajo la acusación verbal de «alta traición a la nación». Lo acusaron de ser comunista y colaboracionista con el movimiento obrero, al que ayudaba y del que era simpatizante. Además, añadieron a la acusación la afición pública a «las lecturas de autores marxistas y progresistas, anticlericales, que promovían el comunismo y el ateísmo en nuestra nación».

Javier estaba en su bodega de la calle Albareda, en su despacho cerrando la contabilidad de ejercicio y revisando el estadillo de almacén, cuando lo interrumpieron los golpistas aporreando la puerta, clamando su nombre a toda voz. La bodega, heredada de su padre, ocupaba una posición privilegiada en aquella céntrica calle del Puerto, donde varias familias bodegueras habían establecido sus negocios a lo largo de los años.

Javier no era republicano. Su familia estaba muy unida al mundo cultural y empresarial, no solo por integrar el sector vinícola de la zona, sino porque su padre y abuelo, uno médico y otro arquitecto, habían sido miembros del Ateneo de la ciudad de Cádiz y precursores de muchas iniciativas para ayudar a los más necesitados, promoviendo viviendas junto con el gobierno, de precios subvencionados.

Javier y su familia no simpatizaban con algunas ideas de los falangistas y así lo hacían saber en cenáculos, reuniones y eventos, y a la vez abominaban del comunismo como régimen dictatorial que ponía fin a las libertades en las que tanto creían.

Sin más, Javier abrió la puerta alarmado y una pareja de milicianos de Falange irrumpió en la recepción de la bodega, pidiéndole que no se resistiera y que los acompañara. Javier, conocedor de lo delicado de la situación y su posible desenlace, pidió llamar por teléfono a su hermana Julia para que le ayudara a deshacer ese entuerto, o «equivocación», que fue la respuesta y

explicación que dio a sus aprehensores. Estos se negaron y, cogiéndolo por las muñecas, le empujaron a la calle.

Javier tenía tres hermanos, aunque uno de ellos ya no estaba con vida. Julia, la mayor, era una joven soltera de veintiséis años, enfermera en el Hospitalito de la ciudad, cuya belleza cautivadora competía con la firmeza de su carácter. Le seguía Félix, de veinticuatro, alférez del ejército regular destinado en la Capitanía de Navarra, cuya reciente promoción podría ser decisiva para interceder en favor de Javier. El más joven era Antonio, conocido ahora como el Padre Antonio, un hombre de profunda fe que había sido brutalmente asesinado en Turón dos años atrás, durante la Revolución de octubre de 1934. Aquella pérdida, sumada a la muerte de sus padres en un accidente de tráfico en 1935, había dejado a la familia desolada, profundamente marcada por el dolor, aunque fortalecida en sus lazos y en la firmeza de sus convicciones.

Pese a las adversidades, Javier no estaba completamente solo. Contaba con amistades influyentes, incluido el alcalde, que conocía bien a su familia y respetaba la labor que habían realizado en la comunidad. Algunos miembros del gobierno también recordaban sus contribuciones, pero esas relaciones no habían bastado para salvarlo del destino que ahora enfrentaba. Con apenas veinticinco años, Javier había asumido las riendas del negocio familiar tras la muerte de sus padres, y ahora, por una oscura denuncia instigada por alguien entre los golpistas, se encontraba enredado en una intriga peligrosa.

Ese «quién» que lo había traicionado permanecía oculto entre las sombras, protegido por el caos político, mientras Javier era arrastrado hacia un futuro incierto, víctima de acusaciones que nunca debieron haberse formulado.

Aquella mañana calurosa, muchos intentaron huir. Manuel lo hizo con un macuto de tres hogazas de pan y un pimpollo de gachas para dos días. Se despidió de su mujer y de sus dos hijos pequeños: María, de cinco años, y Antonio, de apenas tres, entre lágrimas y gritos que él acallaba con su mano. Los falangistas le buscaban. Se marchó a paso ligero hacia Fuentebravía, donde conocía la

existencia de un pajar en el que había hecho obras a una mujer sevillana que no lo habitaba.

Al cabo de unas horas llegaron a su casa los falangistas encabezados por Ramiro Blanco. Ramiro, que se había pasado al bando falangista, tomó presa a Teresa y a los niños, llevándolos a la sede de la Falange en la biblioteca municipal. Allí le hizo tomar aceite de ricino delante de sus hijos, pero ni a punta de pistola delató el lugar donde se escondía su marido. Teresa Pérez Gómez era una mujer enjuta pero fuerte que trabajaba limpiando las casas de los italianos que vivían en el puerto y por eso la apodaron «la italiana».

Manuel permaneció escondido dos años en el pajar de la vecina sevillana, en Fuentebravía. Ni siquiera cuando su pequeña María murió con siete años de meningitis se atrevió a salir de su escondite, aunque el dolor lo desgarraba por dentro. Solo se entregó cuando se enteró de que Teresa iba a dar a luz nuevamente. Quizás para reclamar ante todos la paternidad del niño que algunos ya murmuraban que sería de los italianos para los que la italiana trabajaba.

Hasta en las guerras más fratricidas, los vencedores se cuidan de encarcelar a sus hermanos, no tanto para castigarlos como para recordarles a los vencidos quién sigue mandando. No se trata solo de someter al adversario, sino de imponer una narrativa propia: decidir qué se recuerda y qué debe ser borrado del pasado. Por eso desaparecen documentos antiguos, ciertos nombres se desvanecen de los archivos y determinadas pruebas jamás salen a la luz.

La historia es un campo de batalla silencioso, y esos papeles perdidos no eran simples hojas olvidadas en archivadores polvorientos; eran la prueba tangible de que las victorias del pasado todavía necesitaban protegerse del presente.

Años después, uno de esos documentos extraviados, un legajo sin firma con membrete de la Comandancia Militar de Cádiz, reapareció en un archivo caótico del Ayuntamiento, mencionando la excarcelación irregular de un preso del Penal del Puerto en 1936. El nombre estaba tachado a mano, aunque la inicial «R.» aún se distinguía entre manchas de tinta difuminada por el tiempo. Aquel

papel, junto a otros informes dispersos, fue etiquetado de «irrelevante» y olvidado en una caja sin inventariar.

Lo que entonces nadie supo es que aquel preso liberado a cambio de una delación pertenecía a una familia destinada, décadas más tarde, a protagonizar otra investigación, nuevamente incómoda. Un apellido que avanzaba silencioso, como una sombra, por los pasillos de la historia reciente; pulcro en apariencia, pero sucio en sus raíces.

Quizás esos papeles no se extraviaron por accidente. Quizás alguien quiso evitar que ciertos nombres comprometidos enturbiaran herencias demasiado cuidadosamente preservadas. O quizás, en realidad, esos papeles acabaron en poder de quienes fueron víctimas, para revelarles la dolorosa verdad sobre la traición impune.

Papeles perdidos, papeles todavía ocultos. Documentos cuidadosamente escondidos, a la espera, enterrados en cajones polvorientos o en la memoria silenciosa de aquellos que aún recuerdan. No fueron destruidos, solo se mantuvieron ocultos, porque incluso quienes los escondieron intuían que tarde o temprano alguien querría sacarlos a la luz.

En esas palabras impresas sobre papel amarillento, impregnado de humedad y miedo, descansa la verdad incómoda que algunos preferirían mantener sepultada para siempre. El paso del tiempo no solo ha deteriorado esos papeles, también les ha otorgado el peso insoportable de los secretos, del miedo de quienes supieron demasiado y decidieron callar.

CAPÍTULO 21

A poniente: Días de polvo y traición

El destino, con esa ironía que me perseguía últimamente, me arrastraba siempre hacia las inmediaciones del penal del Puerto. No sabía por qué, pero aquella mole de muros castigados por el tiempo se me aparecía como un eco recurrente; era una imagen que se me pegaba a la retina cada vez que entraba o salía de la ciudad.

Pero, vamos, mi vida en ese momento era mucho más normalita.. Tomé en sentido contrario la rotonda de la estación de trenes; esta vez, en vez de entrar en ella, hice un giro a la derecha, como un escorzo que te lleva a un túnel que parece una puerta tridimensional de Star Trek hacia otra galaxia. Oía en ese momento Tristán e Isolda, en mi alocada lista de reproducción de Apple Music que mezcla a Led Zeppelin con Händel. Mi banda sonora era tan caótica como mi cabeza: un desorden necesario para no pensar en lo que me esperaba al final del trayecto.

Procuro no estamparme contra la curva cerrada del túnel —casi de noventa grados— mientras mi mente sigue a lo suyo. Salgo disparado como en una nave estelar, con el Fary resonando en la memoria, directo hacia el descampado inhóspito que rodea la estación de Renfe y el polígono industrial de poniente.

A mi derecha, como un barco fantasma de Piratas del Caribe —suena la pieza de Klaus Badelt— emerge la improbable silueta de Aponiente, el restaurante de las tres estrellas Michelin que se alza, desafiante y anacrónico, en medio de un paisaje desolador. Un viejo molino de mareas reconvertido en templo gastronómico, donde el óxido y la herrumbre son parte del decorado pretendidamente industrial.

La ironía no escapa a nadie: uno de los restaurantes más exclusivos del mundo se encuentra rodeado por un ecosistema de marginalidad. En frente de su herrumbre estudiada, una puerta que simula la entrada al mar (o eso pretende el arquitecto) recibe a

peregrinos gastronómicos que bajan de autobuses climatizados. Vienen de Londres, de Tokio, de Nueva York —o a lo mejor de Utrera —, dispuestos a pagar seiscientos euros por persona para probar plancton y especies que los pescadores locales, acuclillados a escasos metros con sus cañas oxidadas, descartan como capturas sin valor.

El contraste es brutal: mientras dentro se sirve caviar de esturión en platos diseñados por artistas contemporáneos, fuera, en las marismas que abrazan el edificio, sobreviven las prostitutas más veteranas del puerto, mujeres bien entradas en años que aparentan ser profesoras de instituto, paseando como modelos de pasarela entre jeringas usadas y latas de cerveza vacías, con ridículas faldas cortas, bolsos pequeños y ropa ceñida, cenicientas perpetuas esperando a su príncipe.

Pululando por la entrada, los recepcionistas uniformados, con sus auriculares de última generación y tabletas digitales, son auténticos extraterrestres en medio de este paisaje de derrota, apostados allí a la espera de los mandatarios mundiales para celebrar la cumbre de la OTAN. Custodian la frontera invisible entre dos mundos que coexisten sin mezclarse: el de la alta gastronomía y el del hambre real, el del lujo extremo y el de la necesidad más básica.

Pero mi interés no está en ese edificio donde la sal se sirve en escamas doradas a precio de oro, sino en el cobertizo que se pudre cien metros más allá, donde la sal marina corroe sin misericordia las chapas de uralita y los sueños rotos.

El murmullo de los clientes de Aponiente se desvanecía a medida que me alejaba del edificio. Allí fuera no había engaño posible: la opulencia y el refinamiento eran absolutamente incapaces de extenderse más allá de sus muros. El mundo se volvía más árido, más crudo. El eco de una carcajada ahogada en un brindis desapareció tras la puerta de hierro enmohecido, dejando solo el sonido de mis propios pasos sobre la grava húmeda.

Al llegar a la nave en ruinas, vi los coches patrulla aparcados de cualquier manera y las luces intermitentes tiñendo de azul las paredes corroídas. Me abrí paso entre el cordón policial y, apenas crucé la línea, un joven agente, que no reconocí, me hizo un gesto nervioso.

—Inspector Ros… —Su voz sonaba vacilante—. Le han llamado, ¿verdad?

Asentí. Me habían llamado «inspector». Claro, pensé, no estaba allí para deleitarme con el paisaje, por muy hermosas que fueran las marismas de los alrededores. En realidad, nunca entendí por qué Roldán me encajaba estos marrones con todo lo que ya tenía encima. También era evidente que el chico nunca había visto un cadáver, y menos en aquellas circunstancias. Estaba pálido, con el labio inferior tembloroso. No hacía falta que me dijera nada más.

—Vamos, dime qué tenemos —le apremié con voz firme, pero sin dureza.

Me acompañó hasta el interior. Mis queridos forenses trabajaban en silencio, sus movimientos medidos, profesionales. Un par de compañeros de la brigada permanecían apartados, hablando en voz baja, con las manos en los bolsillos. La jueza aún no había llegado para el levantamiento del cuerpo, pero la escena ya estaba siendo documentada.

El cadáver apareció en esa nave, semiderruida, abierta, con los muros a medio hacer, morada ocasional de fantasmas, de drogadictos, de refugiados, de condones petrificados, de agujas de heroinómanos y de cascotes de toda índole.

Sobre uno de ellos yacía inerme la cabeza de la chica, de cuyo parietal surgía un hilo seco de sangre, no muy grueso, al parecer insuficiente como para que muriera de un golpe contra la piedra. Se encontraba desnuda, arrodillada, con la cabeza en posición de humillación, con una genuflexión católica, orando tras comulgar.

Tenía el pelo recogido con una cola, el rostro lívido pero sereno, regordete. Los ojos ya cerrados, los labios pintados pero desdibujados, con el rastro macabro de haber sido besada antes de la muerte. Las manos atrás, atadas. Su desnudez, solo cubierta por un tanga rojo, del chino o de AliExpress, que se incrustaba en un

culo celulítico y regordete, aunque apretado, que, junto a los michelines de tres pliegues de distintos tamaños en orden piramidal, evidenciaban que la chica no pasaba hambre o, por lo menos, no tenía tendencia a adelgazar.

El asesino o asesinos, abusando quizá de la impunidad que el lugar le otorgaba, se habían tomado su tiempo en la colocación del cadáver antes de abandonar la escena. El entorno sugería que no fue un sitio elegido al azar. Podía ser un gesto simbólico, un mensaje brutal sobre la fragilidad humana o una muestra de absoluto desprecio por la vida ajena. Tal vez incluso un ritual personal, oscuro y privado, cuyo significado aún se nos escapaba.

No parecía un crimen sexual y, de forma preliminar, el forense comentó que la chica podía haber muerto de un golpe seco en la cabeza. Nada concluyente aún, todo a falta de la autopsia.

Los Cecilios hacían su trabajo habitual: flash tras flash, capturando cada centímetro de lo que quedaba de ella.. Yo miraba casi por inercia, hasta que el forense me hizo reaccionar.

—Venga, ayúdame con este saco de carbono —soltó, tirando del brazo con desidia. Está más rígido que un palo; no hay quien le saque el ángulo al hombro.

Me acerqué y puse la mano sobre la carne lívida para ayudarle a girarlo. Estaba helada.

—Ten cuidado, que aún es persona —le recriminé al forense..

—A estas alturas ya es solo química, chaval. Una masa orgánica que se resiste a la foto.

Movió el brazo con un esfuerzo seco y ahí estaba. Un sobaco a medio depilar, irritado. Ya no quedaba nada por cotillear hasta que lo vi de nuevo. Era ese trazo, esa misma espiral asimétrica que se me había quedado pegada al cerebro. El mismo que llevaba Rosa María Rendueles, la chica de Puerto Sherry.

—¿Qué? ¿Te ha gustado el dibujo? —el forense me miró con una media sonrisa cínica—. Si quieres, te busco el contacto del artista, aunque no parece que el cliente esté para dar muchas referencias.

No le contesté. Seguía mirando la marca, buscando la diferencia, pero no la encontraba. En ese instante, supe que aquello ya no era un caso aislado.

CAPÍTULO 22

Los papeles perdidos

Leía el periódico al revés. Vieja costumbre: la verdad suele esconderse al final, igual que en los expedientes. Cronología inversa: el desenlace explica el origen. Pero aquel día rompí la rutina y empecé por la portada. No son manías, son mis métodos de trabajo. En la comisaría me apodaban «el maniático» porque siempre exigía —siempre que fuera posible— el café en vaso de cristal, o por mi prohibición de usar clips en mis informes, que debían ir siempre grapados en la esquina superior izquierda. Donde otros ven meras excentricidades, yo distingo el único freno posible contra el caos. Las personas que se consideran ordenadas son las que cometen los crímenes más repugnantes, y por ello mi propia necesidad de un orden patológico es indispensable para poder limpiar sus desórdenes.

Por eso el caso me olió a podrido desde el principio. Rupérez, el titular, se lo había quitado de encima: le pidió al comisario, como un favor personal, que me lo endosara a mí. Llamé a mi jefe furioso. Protesté y de nada me sirvió. Era obvio que Rupérez me la había jugado y me preguntaba con qué propósito. Algo apestaba, venía de Ruperez.

De mal humor y a regañadientes, me puse en contacto con el centro de atención especial de la Junta de Andalucía para pedir una reunión con la directora. Necesitábamos su autorización, o la de los padres o médicos del menor, para poder interrogar a un niño con discapacidad.

Llegué en punto. Atravesé el pasillo paralelo a la piscina cubierta (en la que alguna vez había nadado) y crucé otro pasillo estrecho con dos despachos contiguos. En uno de ellos ponía «Directora». Me esperaba en su despacho, al que no tardé en llegar. Llamé a la puerta con indecisión, sin estar seguro de que me oirían al otro lado. Oí un débil «pase» y entré.

Ella estaba sentada detrás de una pequeña mesa medio de IKEA, barata, típica de las compras que se hacen tras los concursos en la administración. Encima tenía un montón de carpetas algo desordenadas y un PC obsoleto que, por lo nuevo que parecía a pesar de su edad, no usaba mucho.

—Buenos días —se adelantó ella. Enseguida noté su timidez, que ocultaba con impulsividad. —Buenos días —contesté con un tono más cercano.

—Usted dirá —dijo, remisa y aún marcando cierta distancia. Era comprensible: no debía ser algo habitual para ella recibir la visita de un inspector de policía.

—Se imaginará a lo que vengo —dije sin más preámbulos. —¿Se refiere usted a lo que vio nuestra chica, Amalia, no?

—Efectivamente —asentí con una leve sonrisa, buscando aquietar su defensa numantina.

Debió surtir efecto porque, al instante, se relajó, echando su menudo tronco hacia atrás y cruzando las manos. —Pregúnteme lo que quiera… Bueno, le agradezco su colaboración; dadas las circunstancias del testigo, es importante su asesoramiento.

Hubo una pausa que ella interrumpió, reaccionando de forma distinta a como se venía comportando hasta ahora. —¿Se refiere a que la niña es «atrasada»? —dijo realzando esa palabra, poniéndola deliberadamente en mi boca para obligarme a estar a la defensiva. —No lo sé, señora —le dije, acorralado—. Desconozco con exactitud la condición de los miembros del centro. Precisamente por eso necesitaba hablar con usted, para que me aclare la situación.

La directora perfiló una media sonrisa que transmitía más quietud. —Pues sí. Como sabrá, este centro se dedica a la formación integral de menores con ciertas discapacidades que les impiden adaptarse con cierta normalidad a la vida que los demás llevamos. Un trabajo, una familia… No todos son iguales, pero tienen en común la dificultad de poderse valer por ellos mismos. Necesitan, digamos, una atención especial. Por eso es un centro de atención

especial. Ellos son distintos, han nacido con muchas desventajas que les impiden competir con otros.

Asentí y, tratando de confraternizar, busqué un argumento más solidario. —Ellos son distintos, pero singulares —sentencié ampulosamente.

La directora volvió a esbozar su sonrisa, pero esta vez abriendo más los ojos y dilatando sus pupilas. —Exactamente. No son unos genios en matemáticas, pero poseen muchos de ellos una sensibilidad especial, algunos de ellos una hipersensibilidad desbocada. La mayoría son muy cariñosos y especialmente dotados para el afecto.

En ese momento pensé que ya habíamos roto el hielo, así que fui directo al grano. —Bien —dije con un tono pausado—. Prefiero escuchar los hechos de su propia boca. He leído el informe, pero, sinceramente, me ha parecido que deja bastantes cabos sueltos.

La directora no llevaba anillo de casada y tendría unos cuarenta y algo. Pelo teñido con mechas cenizas y rubias sobre pelo moreno, recogido, débil y fino sobre rasgos también finos, de tez blanquecina y un ojo algo vago. Divorciada, pensé. O, mejor dicho, la dejó el marido y no tiene descendencia. Ya tenía suficientes evidencias para considerar la más que posible inestabilidad de su temperamento y que podía pasar, como el coche de Fernando Alonso, en segundos del enojo a la más grande de las carcajadas.

—¿Qué es lo que no entiende? —me dijo en tono iracundo.

—No me refiero a su testimonio —le dije para tranquilizarla—. Me refiero a ciertos detalles que creo se omitieron o no estaban claros en el atestado.

En ese momento ella esperó en silencio, mordiéndose la lengua, expectante, usando la pausa para obligarme a continuar la conversación.

—La niña —dije— dice haber visto, a las veinte cuarenta y cinco, un individuo «gigante», con un sombrero del oeste, un cuchillo largo y un saco grande…

—Sí, eso fue lo que puse en el atestado. La chica es menor e incapaz, como muchos de los que están aquí. Yo tengo… quiero decir, el centro, la tutoría legal sobre muchos de ellos. Como ellos no

pueden hacer determinadas cosas, soy yo su interlocutora. Hablé con la chica y después hice la declaración a su compañero.

—Ajá —dije—. ¿Puede asegurarse de que literalmente dijo eso? ¿Cree usted que a esa hora la chica pudo ver otras cosas y se confundió? He consultado los horarios de recogida de basuras y precisamente el camión pasa sobre esa hora… ¿No pudo ver simplemente a un basurero?

—No lo sé, inspector, ella vio lo que vio. Fue a la salida de su jornada de piscina para su rehabilitación. Justo antes de las nueve, que es cuando empezamos a cerrar el centro.

—Perdone mi insistencia, pero ya sabe, tengo que hacer mi trabajo… ¿Podría describirme, si existe, la enfermedad que padece la chica?

La directora escuchó mi pregunta, pero fingió recordar algo de golpe para desviar la atención. Se inclinó un poco hacia delante y, bajando la voz con un tono deliberadamente conspirativo, dijo: —Mire, inspector, no quiero acusar a nadie, pero solo se me ocurre una persona que pase habitualmente por este lugar. Es ese chico tan alto que, según dicen, se dedica a pasear perros. Su tono era ambiguo, estudiado para no comprometerse, pero no podía ignorar la ligera carga de sospecha que contenían sus palabras. Había algo más en su mirada, el miedo evidente de quien acaba de soltar un cebo y teme haber hablado de más.

Volvió de pronto a mi pregunta. Era consciente de que al hacerla corría el riesgo de que me repeliera al mencionar la palabra enfermedad, dando la impresión de que pensaba lo que muchos, que aquel centro era para locos… Nada más lejos de mi intención. De inmediato me respondió sin poder disimular su enfado, con las carótidas visiblemente inflamadas y, seguramente, sus ovarios en el mismo estado.

—No son enfermos propiamente dichos; muchos tienen solo ciertas discapacidades de adaptación. No puedo revelarle datos de carácter personal a no ser que me lo diga un juez, pero sí que le puedo decir que esta chica no tiene diagnosticada ninguna patología severa que le altere lo que pueda ver u oír. Otra cosa es cómo lo interprete. Yo, hasta ahora, inspector, no soy mentalista.

Asentí. —Una última cosa, directora… ¿Tiene usted una relación de los archivos sustraídos? Según consta en el informe, eran todos algo antiguos y no estaban informatizados.

—No —me dijo—. Lo único que puedo decirle es que estaban en un archivador antiguo, en carpetas colgantes, en la antesala de este despacho, al que nadie accedía. Ni siquiera estaban por orden alfabético, aunque por suerte guardamos una relación. Se trataría de cotejar con los que quedan para saber cuáles se han llevado, pero por el volumen no creo que sean más de tres o cuatro. Pertenecen todos ellos a la primera época de existencia de esta institución, entonces privada.

Le pedí que me enviara esa relación a mi dirección de correo electrónico en cuanto la tuviera. Después de preguntarle si sospechaba de algún empleado que pudiera haber tenido interés o motivación para sustraer esos documentos, negó con la cabeza.

—No —dijo, tajante. Tras una breve pausa, añadió: —Olvidé mencionar algo a su compañero de atestados. Encontramos el suelo algo mojado justo delante del despacho donde se guardaban los archivos… Algo muy inusual.

—¿Hay acceso desde los vestuarios a ese despacho? —pregunté. —Sí —asintió la directora—. Solo hay unos metros de distancia.

—¿Y ninguna cámara dentro? —No, no. Ya saben, están prohibidas en estos centros.

—La hora de rehabilitación de la chica… ¿No es demasiado tarde? —No —respondió la directora—. Es el único horario en el que puede traerla su madre, que trabaja en el hospital.

Tras un par de preguntas intrascendentes que apenas disimulaban mi falta de interés en el asunto, me despedí de la directora con una sonrisa forzada. —Avíseme si nota algo raro —dije antes de marcharme.

Entré con cierta dificultad en el coche. Como casi todos los alemanes, era bajito y con menos cristalería, lo que restaba visibilidad en comparación con los franceses, pero tenía la ventaja de calentarse menos en verano. «Claro, porque en Alemania el sol es un problema diario», pensé con sarcasmo.

En ese instante sonó el teléfono y en el display la palabra «Foren». Y es que cuando me reseñan a alguien y no recuerdo cómo se llama y me hacen una llamada perdida para intercambiar el teléfono, doy al contacto un nombre figurado que me haga recordar claramente quién es el que me lo dio. En ese caso, el forense del Hospital Puerta del Mar de Cádiz.

Lo llamé hace dos días precisamente para que me adelantara el informe sobre la chica asesinada en los aledaños de Aponiente. Me llamó la atención que, en el borrador de informe, en la identificación hecha por una hermana, único familiar que tenía, declarara que «se dedicaba a limpiar casas» y que «antes fue camarera» y precisamente del restaurante.

Necesitaba el informe forense antes de pisarlo. Juanjo —dijo. —No, soy Víctor —respondí en tono amigable y sonriente.

—Ah, perdona, no me había quedado con su nombre… Le llamo para decirle que mi informe está listo para ir al juzgado junto con una copia a su comisaría, a su nombre…

—Pero, ¿a qué nombre?

—A mi correo electrónico personal —le dije, aunque al instante reaccionó ofreciéndome enviármelo por WhatsApp.

—Pues se va a sorprender. Creo que su víctima no murió del golpe, sino que la golpearon después de fallecer.

—¿Sí? —dije—. ¿Y de qué ha fallecido? —pregunté de inmediato.

Hubo un silencio.

—No se lo va a creer, pero le inyectaron en la carótida una cantidad importante de vino… vino vulgar de mesa, según me ha comentado el hematólogo. Hemos comprobado que en el hígado y riñones había sustancias propias de este tipo de vino. Jeje, un Don Simón, vamos. Evidentemente, murió de un coma etílico que le provocó un infarto… pero estuvo viva más de media hora y probablemente consciente. La administración del alcohol fue gradual y es posible que se administrara junto con dosis pequeñas para no aturdirla del todo. Digamos que la fueron emborrachando.

También hemos encontrado en la tráquea y laringe desflurano, que es un anestésico por inhalación, seguramente para anestesiar momentáneamente a la víctima con un paño, ya sabe, como en las

películas… Da la impresión de que el asesino se recreó en una especie de ritual antes y que el golpe en la cabeza simplemente fue causado por accidente, en la propia manipulación del cadáver.

Ah —continuó—. Las ataduras son post mortem y no se hicieron violentamente. Igual que las quemaduras en la palma de las manos. No son profundas y esas sí se hicieron mientras estaba anestesiada… pero no lo suficiente como para soportar el dolor. Imagino que la torturaron como un ritual tipo Hannibal Lecter… Eso sí, no hay signos de violencia sexual y tampoco hay otros signos de tortura física, salvo, como le digo, las marcas en las muñecas…

—No voy a extenderme en lo que ya dice el informe, Juanjo (insisto, Juanjo), pero, a mi juicio, a esta joven la sedaron durante media hora aproximadamente, apagándole la vida gradualmente con el barbitúrico idóneo… Ah, lo olvidaba: tiene una cicatriz de una incisión quirúrgica en el costado izquierdo. A esta mujer le extirparon un riñón… En mi opinión, se trata de una donación porque no está justificado ese corte para otra cosa, ni siquiera para quitarle un quiste o un tumor.

Se hizo un silencio, dándome a entender que había acabado. —En fin, le enviamos el informe con los detalles; espero haberle servido de ayuda, Juanjo.

Decidí no revelarle mi nombre. Simplemente le agradecí el adelanto del contenido del informe y colgué. Tampoco corregí el nombre equivocado que había puesto en mi agenda.

Anoté en mi cuadernillo el detalle de aquel «gigante», dándole a la niña la credibilidad que merecía. La directora se había referido a él vagamente como «el chico alto que pasea perros», pero la descripción de la pequeña —alguien con melena, «como un vaquero gigante»— era mucho más específica.

Al llegar a la comisaría, crucé esos datos con un par de agentes de barrio y llamé a dos jardineros municipales que mantenían los alrededores del centro; ellos son los que de verdad conocen las caras que se repiten en el paisaje. No tardaron en ponerle nombre al objetivo: Borja Santisteban.

Al revisar su ficha, el perfil encajaba. Era un tipo corpulento, de coleta larga y mirada esquiva, un habitual de la zona que solía

merodear a deshoras paseando a su perro. Lo curioso es que, según algunos testimonios, no siempre intentaba pasar desapercibido: a veces hacía uso de la piscina del centro Acoge, mostrando una presencia física imponente que, como diría un actor, «llenaba la pantalla». Por ahora no era un sospechoso formal, pero sí el cabo suelto más sólido que teníamos para empezar a tirar de la manta.

CAPÍTULO 23

Turón, 1934 o El pecado de Servando

—Verás —dijo el párroco a su sacerdote mientras limpiaba toda la plata en pleno verano, un sábado antes de misa en la parroquia de San Martín—. Ocurrió en octubre del 34 —olvidando que él tenía casi dos siglos— cuando se declaró por Lerroux el estado de guerra. En aquel entonces, el comité obrero socialista, al mando de Largo Caballero, se alzó en armas en España… pero gracias a Dios, las rebeliones fueron sofocadas por la misma república.

El sacerdote hizo una pausa lastimera. —Excepto en Asturias. Posi, la mismísima izquierda, la rimbombante Alianza Obrera, tan osada como necia, pretendía abolir nada menos que al mismísimo parlamento. ¡Imagínate! ¡El parlamento!

El anciano clérigo giró el cuello y levantó el mentón dirigiéndose al capellán. —¡No me mires con esa cara de bobo, Posi! Sí, en Asturias, dirigida por Valeriano Orobón, el mismo al que la CNT casi expulsa cuando se alió con la UGT-PSOE.

El cura hizo otra pausa, teatralizando aún más su detallado discurso. Ya no le hablaba al resignado Ángel Expósito —Posi para las monjas que la criaron—; se dirigía a toda su feligresía desde un púlpito imaginario. Miró a la bóveda de la capilla y exclamó: —La «Comuna Asturiana», Posi, ¡maldita sea su casta por los siglos de los siglos y que Dios me perdone! —dijo santiguándose.

El párroco de la Iglesia de San Martín, en Turón, conservaba, a pesar de su avanzada edad, una lucidez mental y un porte juvenil asombrosos. Gustaba, a sus noventa y nueve años, amenizar las misas con largas y reprobadoras charlas, y relataba a menudo a su joven sacerdote —al que degradaba en la práctica tratándolo aún de diácono— todo tipo de historias de su larga y azarosa vida. Era una figura directamente extraída del NO-DO más rancio, y narraba con exactitud milimétrica, emulando a Fidel en sus interminables discursos, con una narrativa entre lo novelesco y lo filosófico,

diversas epopeyas, entre ellas la que le ocupaba ese día: la matanza de Turón.

Vestía como un sevillano de toda la vida, lector del ABC, aficionado a leer primero las esquelas y después a hacer sus jeroglíficos. Calzaba sus castellanos corintos incluso en sus interminables paseos por las calles de su natal Turón. No había engordado ni un solo gramo desde los veinticinco años, porque, salvo durante la guerra, siempre comía lo mismo. Su complexión era impropia de un hombre de su edad y aún hacía gimnasia a diario con las pesas que había comprado de oferta en el Decathlon.

El sacerdote se atusó la túnica, blanca inmaculada. Era escrupuloso, ordenado, maníacamente metódico. Se afeitaba en la única barbería que quedaba en el valle, a navaja. Conservaba su pelo blanco, cortado al dos, que le daba ese aspecto peculiar de militar de la Navy, de lord inglés fajado en las dos grandes guerras.

Carraspeó y continuó: —Hacía mucho frío ese día en el valle, que, como casi siempre, estaba cubierto de densas nubes —dijo con tono nostálgico.

Tomó aliento y siguió su relato, con su voz cadente y profunda, mientras observaba el rostro de su joven sacerdote, que permanecía inmóvil para no perderse ni una palabra. Posi lo oía por obligación, como capellán y como hijo putativo, aunque se sabía el pasaje de memoria.

—Los de la CNT estaban convencidos de que tomarían Oviedo en un par de días para instaurar un gobierno socialista —continuó el cura, solemne y algo ridículo, como un payaso fracasado—. Fue entonces, Posi, cuando dieron la orden de detener a todos los sacerdotes y religiosos.

Siguió: —En medio del tumulto que se formó en las calles, nos refugiamos, Luis Peltalter y yo, en el colegio La Salle, con los novicios. Luis, tu tocayo, Posi, era mi amigo del alma —suspiró con melancolía—. Siempre jugando juntos al balón y haciendo pellas…

Esbozó una pícara sonrisa. —Nos cogió en plena calle y no sabíamos qué hacer. Estábamos lejos del orfanato, y al encontrarnos con ellos jugando al balompié, nos invitaron a refugiarnos en el colegio, creyendo que allí estaríamos a salvo.

El anciano sacerdote cogió del brazo a Posi. Sus grandes manos se hundían como tenazas en su tríceps. Apretó mientras decía: —Uno de ellos, Antonio, el más fuerte, cerró las puertas a cal y canto y nos dijo que no temiéramos, que Dios estaba con nosotros.

¡No me mires así, Posi! No teníamos miedo a morir —reprendió—, teníamos miedo al sufrimiento.

Hizo una teatral pausa, suspiró y prosiguió: —Después de un rato oímos las voces de la muchedumbre que nos gritaba, conminándonos a salir del colegio.

El cura gesticuló con sus largos brazos, dibujando un cuadrado imaginario. —Nos hacinamos en el claustro de profesores, desde donde podíamos oír cómo se abalanzaban sobre las puertas, forzándolas para derribarlas. Luego supe que no fue así —añadió—. Las abrió uno de los novicios bajo la amenaza de los insurrectos, que habían retenido fuera a dos religiosos.

»Sí, fue el padre Coloma quien los vio desde su ventana: maniatados, con las sotanas rotas y los rostros magullados, arrodillados en la arena que rodeaba el colegio.

El viejo clérigo continuó abrillantando el cáliz con el paño áspero y prosiguió: —Después de soportar estoicamente la bronca de la horda, propinando insultos a Dios y al clero, unos cuarenta miembros de la comuna entraron en tropel y apresaron a todos los hermanos. A mí y a Luis nos sacaron junto a ellos, a empujones, sin reparar en nuestra edad… Nos reunieron en el patio.

El sacerdote bebió un sorbo del vino de mesa con el que limpiaba el cáliz, lo abrillantó otra vez y se lo entregó al capellán. —Asustados, todos de rodillas, rezando. Nos levantaron a la fuerza entre golpes e insultos y maniatados fuimos llevados a la casa del pueblo, donde permanecimos encerrados en una habitación pequeña. Asustados, muy asustados, con tan solo el consuelo de la oración de los novicios.

Hizo una pausa, tragó saliva emocionado y rechazó el pañuelo que Luis le ofrecía. Guardó el cáliz, cerró el sagrario con una de las llaves que colgaban de su cadena de oro y continuó: —Algunos lloraban, y otros consolaban a los que lo hacían, con palabras de fe.

Afuera se oían los gritos de los insurrectos insultándolos y diciéndoles que rezaran, porque su final estaba cerca.

El párroco se dio la vuelta y, alejándose del sagrario, seguido por Posi cual perro fiel, alzó un poco más la voz: —No fue hasta algunos años más tarde, Posi, cuando supe que algunos hermanos y otros religiosos fueron encerrados en garitos improvisados como cárceles, y otros se escondieron en casas de amigos socialistas que los encubrieron.

Horas después, mientras atardecía, oímos cómo se formaba un jolgorio delante de la casa. Discutían varios de la CNT con socialistas… —añadió, gesticulando entre las luces que atravesaban las vidrieras.

El anciano se sentó entonces en el tercer banco del templo, colocando su sotana bajo sus posaderas con la habilidad de Manolete. Posi se acercó y se sentó a su lado, dispuesto a seguir oyéndolo.

—Imagínate, Posi, unos decían que había que someter a juicio a los curas y otros que no, que el juicio era aquel y que el pueblo ya había decidido. ¡Que paguen justos por pecadores! —exclamó.

El sacerdote había aderezado sus memorias con lecturas posteriores, creando un relato que superaba la comprensión de un niño. —No todos estaban de acuerdo con lo que hacían, Posi… —susurró el cura, con la complicidad de un confidente—. Más tarde supe que uno de los cenetistas advirtió al resto de las consecuencias de matar a inocentes, pero lo arrojaron del tumulto a pedradas e insultos.

El párroco se levantó de un respingo, como despertando de un letargo. —Vamos, Posi, se hace tarde y tengo que preparar la comida.

Atravesó una puerta lateral del altar, agachando su metro noventa y cinco, hasta salir a un pasillo en cruz. Pisaba de tres en tres las baldosas, que crujían, y al llegar a la sala donde se desvestía, se santiguó tres veces. Posi le ayudó a quitarse la enorme sotana, con dificultad.

—A muchos los conocíamos —continuó el anciano mientras se quitaba el alzacuellos—. Algunos de ellos eran mineros que habían

colaborado en la detención de los ingenieros de la mina. Muchos, amigos. Los que fueron apresados estaban en un cuarto junto al nuestro. Estaban también asustados, pero aún más sorprendidos porque algunos capataces y mineros con los que guardaban una estrecha relación habían participado en persona en sus detenciones…

Cruzó las manos haciendo una plegaria. —Entre sus lamentos y conversaciones, oímos cómo el director de la mina les pedía calma, porque había recibido noticias de que pronto intervendría la Guardia Civil.

El viejo sacerdote bajó la cabeza. —Llevábamos ya casi dos días sin agua ni comida. En el cuarto olía a sudor frío, miedo, orines y heces. Algunos hermanos habían podido despojarse de la sotana, otros no. Oímos cómo abrían las cerraduras bruscamente y nos sacaban a tropel, como a animales…

Silencio. El párroco se levantó para tomar un respiro. Llevaba al frente de la parroquia desde 1950, cuando la reconstruyeron tras la guerra. Se lo debía a la memoria de sus amigos muertos y a la suya, por haber sobrevivido. Angel —Posi— llevaba dos de sus veintisiete años con él. El cura era como su padre, aunque no biológico. Lo había adoptado tras una vida marcada por la desgracia, y el joven se preparaba ahora para ser su sucesor.

El anciano se sentó en el confesionario, cruzó las manos y prosiguió: —Los primeros en salir fueron subiendo a un camión de piedras de la mina. Unos dieciocho. Subieron entre insultos y blasfemias. Cuando estuvieron todos, uno del comité revolucionario gritó: «¡Vamos al cementerio, que tenemos trabajo del bueno!». Yo me quedé en tierra, tenía nueve años, pero ya sabes, Posi, ¡tengo memoria fotográfica! Nos bajaron a los más pequeños. A mi amigo Pelayo lo subieron. Antes de irse, me dio este reloj. Era lo único que tenía de valor. Sabía que no volvería a verle.

El sacerdote acarició la esfera. —No puedo olvidar su última mirada mientras se alejaba en ese camión —murmuró, sollozando. Se secó las lágrimas con uno de sus diez pañuelos perfectamente doblados en una cómoda isabelina—. Fue una tarde de octubre de

1934, hace ya noventa años, Posi… Mis amigos fueron fusilados. Un piquete los esperaba. Los bajaron del camión y los frieron a tiros.

Posi abrió la boca: —¿Un piquete? —preguntó.

El viejo cura asintió. —Sí, reclutado por el ladino de Casín, que tuvo que hacerlo fuera del pueblo, en Mieres y Santullano, porque no encontró nadie en Turón capaz de asesinar a sus propios hermanos.

Aún se le erizaba la piel cada vez que recordaba los tiros, los lamentos, los cadáveres amontonados.

—A todos esos canallas, Posi, se les sometió a juicio —continuó el párroco—. Silverio Castañón reconoció los hechos, junto a Servando García Palanca y otros diez llegados de Mieres. Robaron las setenta mil pesetas de la caja de la mina y ejecutaron a los frailes. Amador Fernández y Servando García confirmaron su participación. Este último dijo haberse quedado con un reloj y un lápiz del ingeniero Rafael del Riego, pero mentía. El reloj era de mi querido Pelayo.

El relato se acercaba a su fin. —Poco tiempo después, el juez dictó siete penas de doce años; treinta y seis hombres fueron condenados a reclusión perpetua, y Fermín López, Silverio Castañón, Servando García y Amador Fernández Llaneza a muerte. Los otros dieciocho fueron absueltos.

El cura suspiró. —Poco duraron en prisión, Posi, que Dios me perdone —dijo, santiguándose—. Las penas capitales nunca llegaron a ejecutarse, y todos salieron tras la victoria del Frente Popular en febrero del 36, entre ellos Servando García Palanca, liberado del penal del Puerto de Santa María.

—Vamos a preparar la comida ya, Posi, tanta charla me ha abierto el apetito —bromeó el párroco.

Mientras caminaban a la cocina, el anciano posó sus enormes manos sobre el mantel gastado, en un gesto que mezclaba afecto y peso histórico. Miró al Cristo que presidía la mesa: —La gente no sabe, Posi, ni quiere saber… porque algunos se empeñan en que no se sepa que en nuestra guerra murieron más de seis mil quinientos clérigos, la mayor matanza a la Iglesia en la historia de la humanidad. Más aún que en las persecuciones del Imperio romano.

Posi sabía lo que vendría: —El ochenta y cinco por ciento de los templos se destruyeron, y la iglesia de San Martín fue una de las que sufrió esa abominación.

Carraspeó. Cuando terminaron, caminaron juntos por el claustro. El eco de sus pasos resonaba con los del pasado, un pasado que el párroco se esforzaba por mantener vivo en la memoria de las nuevas generaciones. Pero las heridas de la historia nunca se cierran del todo. A veces basta con remover un papel olvidado, un documento polvoriento, para que los fantasmas se agiten de nuevo.

Servando García Palanca fue excarcelado, pero el eco de sus acciones aún resonaba en los muros del penal. Como las sombras de aquellos fusilamientos en Turón, ciertas verdades enterradas esperan su momento para emerger, y a veces lo hacen con más violencia de la que podemos prever.

CAPÍTULO 24

Rupérez

Garabateé las notas sobre la directora de Acoge antes de que los detalles se volvieran borrosos. La burocracia va despacio, pero ojo, como dejes de prestarle atención, te la lía. Le pasé el muerto del papeleo a Justo. Al tipo le sale urticaria solo con ver un formulario, pero por algo le llaman «el Apañao»: te monta un Excel tan limpio que da miedo tocarlo.

Mientras él se peleaba con el cursor, yo me encerré en mi ritual: cintas de colores, etiquetas a escuadra y esa doble revisión que ya es una patología. Es mi muro de contención. En un descuido, Justo estiró la mano para mover una de mis carpetas con la excusa de «hacer sitio». Le eché una mirada láser de las que atraviesan y le solté que, si le sobraba energía para organizar, probase con el desastre de su nevera. Apartó los dedos de golpe, sacudido por un calambre invisible. A estas alturas, nadie en el turno necesita que le expliquen de dónde viene mi mote.

Lo que no sospechan es que todo este orden es un decorado que se aguanta por los pelos. El otro día hice el experimento de dejar carpetas huérfanas y expedientes fuera de su sitio, solo para ver qué sentía. El resultado fue un asco. Me di cuenta de que no soy un hombre meticuloso, sino un desastre que suda tinta para no desmoronarse. Todo voluntad. Mi disciplina no es virtud; es la desesperación del que escribe una novela a golpes y reza para que no sea un Frankenstein. Por fuera parezco el dueño del barco, por dentro un grumete achicando agua. Sin embargo, a veces, esa maldita neurosis paga dividendos.

Había alineado la carpeta azul del cadáver de Puerto Sherry, rozando milimétricamente la amarilla de la desaparición en Vista

Hermosa. Las cuadré con la vista y, al hacerlo, mis ojos captaron una anomalía en las portadas. Ambos casos, aunque denunciados con días de diferencia y por delitos que en teoría no tenían nada que ver, compartían el mismo cuño de asignación directa. Habían sorteado el turno de reparto informático habitual del decanato. No sé. Podía ser una carambola administrativa, de esas que no significan nada, pero me dejó un tufo raro a marioneta. Esa sensación de que alguien, sin hacer ruido, había movido los hilos para que toda la mierda fuera a parar a la misma boca: la de la jueza «Castaña Pilonga».

Cerré los expedientes, intentando convencerme de que solo era el cansancio jugándome una mala pasada, y salí de la comisaría con ese runrún en la nuca de quien ya no sabe si está encontrando pistas o si, simplemente, se está volviendo loco.

Aparqué el coche en el apartamento y saqué la moto. Aquí, en el Puerto, es lo único que tiene sentido para moverse; en Madrid ni me lo planteo, entre el tráfico y que parece que la mala suerte te persigue en cada semáforo, la pobre se pasa el invierno criando polvo en el garaje.

La dejé en el sitio reservado para nosotros, metí el casco en el cofre y, justo cuando cerraba la tapa, noté que tenía a alguien a la espalda.

—¿Qué pasa, tío? —la voz retumbó como un trueno.

Ese timbre inconfundible, entre cazallero y tabacoso, me teletransportó a noches de vigilancia y operativos conjuntos. Me volví sorprendido, con ese medio giro de cuello de cincuenta y seis años para cincuenta y siete que indica que las cervicales están a medio gas.

—¡Coño! ¡Rupérez!

—El puto Víctor… ¿Qué hace un capullo de la UDEV por estos lares? —Rupérez siempre usaba ese lenguaje cuartelero, mezcla de jerga policial y tacos de la vieja escuela—. ¿Te han degradado o qué? ¿Ya no investigas gilipolleces de guante blanco en Madriz?

Nos dimos un abrazo, aunque me costó porque el tipo mide un metro noventa y cinco y no hizo ademán de agacharse para saludar a otro como yo, de un metro setenta y cinco. Soy de estructura

ancha, con buenas espaldas, pero al lado de Rupérez me sentía como un ratoncito en las manos de Kareem Abdul-Jabbar.

Rupérez tenía el rostro duro, de un indio sioux, inspector en Utah, en un pueblo de mormones. De piel cetrina, tenía un pelo oscuro y fino, con la raya que caía naturalmente en medio y que él se afanaba en disimular. Vestía ropa holgada y pesaba unos ciento veinte kilos, aunque parecía delgado. Llevaba siempre un paquete de Ducados en un chaquetón de verano imitando al lino, y un anillo con un sello ilegible. De su muñeca derecha colgaba un Rolex de oro que sacudió cuando, después de abrazarme, me dio la mano.

—Pues nada —le contesté—. He vuelto al nido… —Al tajo de siempre —sonrió socarronamente—. ¿Algún caso caliente o te han mandado a mover papeles?

Se hizo un silencio entre nosotros. En la jerga policial, preguntar por casos «calientes» era como meter un dedo en el ojo, especialmente viniendo de alguien como Rupérez.

—Venga, Rupérez, no te hagas el tonto. Sabes de sobra por qué he vuelto.

—¿Te acuerdas del marrón del Polígono? —soltó de repente, cambiando de tema—. Aquella intervención que casi nos cuesta el tipo… —La operación antidroga —asentí, notando cómo se tensaba. Los veteranos nunca decíamos «redada», era palabra de novato.

Soltó una carcajada que se oyó dentro del ambulatorio que estaba enfrente de la comisaría y, dándome otra palmada en la espalda que casi me tira al suelo, me dijo: —¡Vamos a tomar algo para celebrarlo, coño!

Eran las once y cuarto de la mañana. Tenía un informe por redactar, una colada por tender, había quedado a la una con la chica de la limpieza para darle la llave, tenía que hacer copias de otras, comprar bombillas para la cocina, ir al súper… Miré mi reloj, luego a Rupérez y finalmente a la comisaría. Claudiqué.

El bar estaba casi vacío. Pedí una casera. A veces cambiaba por un Nestea, una Coca-Cola sin cafeína o un agua con gas. El alcohol nunca fue lo mío, y menos desde que empecé a cuidarme. Mal socio para los ansiolíticos, que aún me echaban una mano cuando el sueño se empeñaba en huir. «Te puedes pegar un colocón de la

hostia si mezclas», me advirtieron una vez. Y con el metotrexato tampoco hacía migas, así que lo dejé sin aspavientos. A estas alturas ni lo echo de menos.

—Joder, Víctor, sigues siendo el mismo capullo de siempre con tus mariconadas de beber Casera —gruñó Rupérez mientras pedía su tercera cerveza—. En la casa las cosas han cambiado mucho desde que te fuiste a jugar a «policía» fino en Madrid.

—Ya veo que algunas cosas nunca cambian —respondí, observando cómo su mano temblaba apenas al levantar el botellín. El viejo Rupérez seguía siendo un libro abierto para quien supiera leerlo.

—¿Te acuerdas del caso de los contenedores del 98? —preguntó de repente, bajando la voz—. Joder, qué noche aquella… El soplo era bueno, pero casi la cagamos. Si no llegas a dar el aviso cuando viste al vigía…

Dejó la frase en el aire, apartando el humo de su Ducados. —Los mayores estaban dentro, con toda la mercancía, y nosotros a punto de entrar por la puerta equivocada.

Silencio atronador. Los dos estábamos pensando en lo mismo: en que esa noche Martínez se quedó en el sitio.

—En el papel pusimos que todo fue como la seda, según el protocolo —soltó después de ese silencio interminable—. Pero la verdad es que fue un puto desastre… Como casi todo en esta santa casa. Veinte tíos allí metidos y solo enganchamos a tres.

Hizo una mueca. Los tres que no tenían un duro para pagar el peaje de siempre, pensé yo. Pero eso no lo dijimos; mejor no remover la mierda.

Rupérez se inclinó sobre la mesa, acercándose más de lo necesario con su aliento mezcla de cerveza y nicotina: —¿Sabes? Nunca entendí por qué te fuiste realmente. Lo de Madrid fue una excusa de mierda y lo sabes.

La cerveza, o quizá un par de desayunos anteriores (siendo Rupérez), le soltaba la lengua, in vino veritas.

—¿Te has enterado de lo del expediente de Morales? —soltó de repente, mirando alrededor—. Dicen que encontraron papeles calentitos en su taquilla después del accidente.

Lo de «accidente» sonó a mentira. No mordí el anzuelo. En este trabajo, uno aprende enseguida que fingir no oír evita muchas molestias, pero esa palabra en particular me jodió sobremanera. Fue como notar el aliento de esos fantasmas que crees haber enterrado y que, sin embargo, siempre encuentran una grieta por la que volver a joderte la noche.

—Acabo de llegar, Rupérez… —le dije, con la esperanza de que eso cerrara el tema.

Pero hizo caso omiso. Me miró con ese brillo apagado y burlón en los ojos, el que siempre aparecía cuando él tenía una información que yo no. Se tomó su tiempo para dar otra calada al Ducados. Quería saborear la conversación antes de soltar la bomba.

—A propósito de papeles —dijo, cambiando de tono—, me han dicho que andas metido en no sé qué movida de un centro de esos de discapacitados… ¿Ahora te dedicas a buscar archivos perdidos? Joder, Víctor, cómo has bajado el listón.

Me tensé apenas, o al menos eso intenté. ¿Cómo sabía lo del centro? El caso apenas llevaba unos días abierto y, según tenía entendido, él mismo había solicitado no involucrarse en la investigación.

—Es un caso como cualquier otro —respondí con estudiada indiferencia—. Ya sabes cómo va esto, Rupérez. Papeles muertos, nada importante.

—Ya, ya… Como aquella vez del 2002, ¿no? También eran papeles muertos hasta que encontramos al contable en el maletero de su propio coche.

Cansado ya de recibir perdigonazos de saliva y de indirectas cada vez menos sutiles, decidí cortar por lo sano. —Tengo que volver al tajo —dije levantándome.

—Claro, claro… el deber me llama —respondió con una sonrisa torcida. Y añadió, casi como un apunte: —Por cierto, si ves a Justo, dile que tenemos una conversación pendiente.

Justo era mi ayudante en el caso, un novato con apenas seis meses en el cuerpo. ¿Qué demonios pintaba Rupérez en todo esto? Deseché su comentario. Nos despedimos con otro apretón de manos que me dejó tres falanges y dos metatarsos hechos añicos.

Aunque era tarde, la responsabilidad me obligó a entrar en comisaría para informar al jefe sobre el progreso del caso.

De vuelta a la moto, pensaba en cómo un caso menor se estaba complicando, destapando más de lo esperado. Algo no cuadraba: archivos perdidos, la mención de Justo, los papeles de Morales… Esto empezaba a apestar.

Regresó a la comisaría arrastrando los pies. Voy directo al despacho del jefe cuando, a mitad del pasillo, veo a Justo esperándome. Está plantado junto a la puerta, como un guardajurado que acaba de perder la placa. Pálido, con la misma cara que se le quedaba al Dioni cuando se equivocaba de medicación. Parece que tiene una bomba entre las manos.

—Jefe —susurró—. Es sobre el expediente de Morales. Y los papeles de su taquilla…

Intenté avanzar, pero Justo dio un paso para bloquearme el acceso. Se me pegó al pecho, invadiendo mi espacio personal con la urgencia del que teme ser escuchado. —Es un asunto feo, inspector… —añadió, bajando aún más la voz y echándome todos sus virus encima.

El pasillo estaba más vacío que una guardia en agosto.

—¿Qué pasa exactamente? —pregunté.

—A Morales lo está investigando la UDEF por blanqueo con criptomonedas. Le han tomado declaración y está suspendido. Pero eso no es lo peor… Se rumorea algo más gordo. Que el comisario jefe de Cádiz y su segundo podrían estar metidos hasta el cuello.

Estábamos literalmente a dos pasos del despacho del jefe, así que empujé la puerta para comprobar si seguía dentro. Vacío. Ni rastro. Joder: en toda la comisaría solo había dos en atestados y dos administrativos escribiendo el Ulises de Joyce, pero siempre en la misma página.

Se me puso cara de pocos amigos. —¿Romualdo?

Justo asintió, tenso, cuando de pronto Marta apareció por detrás como un perro de caza que huele conversación prohibida. —¿Romualdo? —repitió, con un brillo incómodo en los ojos.

Le hice un gesto a Justo para que siguiera.

—Son solo rumores —dijo él—. Pero, al parecer, Morales tiene más propiedades de las que debería tener un simple sargento. Y dicen que también están investigando a Romualdo… Ya saben cómo es esto: igual tiene las espaldas bien cubiertas.

—Se rumorea… —añadió, dejando la frase flotando, aterrorizado ante la certeza de que allí hasta las paredes podían escucharlo.

Marta y yo nos miramos.

CAPÍTULO 25

Las cartas del penal o de la pena

En otros tiempos y entre las paredes frías de un penal, las palabras se convertían en el único refugio y unas cartas, en el único puente entre lo que fue y lo que aún podía ser, entre el pasado y el futuro que se hacía esperar, pero que llegaría de forma inexorable.

Javier encendió con el último cerillo el pitillo que le quedaba de aquellos que Julia le entregaba en el vis a vis que improvisaban los sábados. Estas visitas apenas duraban una hora, en las que a trompicones se ponían al día de sus miserias: uno, de sus desgracias; otro, de la guerra interminable, de los amigos caídos (unos en el frente y otros asesinados), víctimas del despecho, de las venganzas o las viejas rencillas, de las heridas que nunca se cerraron, de los desaparecidos y de la ruina en la que estaban a pesar de la gestión que Ramón estaba haciendo desde que fue excarcelado.

Julia contaba a Javier que, aunque no departía con él los asuntos de la bodega, le parecía que Ramón ponía mucho empeño y dedicación, a pesar de que el vino en la posguerra solo se vendía a granel y de eso, poco tenían ya. Los cultivos estaban casi abandonados y, a pesar de que en el Puerto no hubo una guerra propiamente dicha, la pobreza asolaba toda la provincia de Cádiz sin excepción alguna. El campo estaba sin explotar por falta de dinero y jornaleros, la mayoría reclutados por uno o por los otros.

Como cada día, cuando se lo podía permitir, Javier abría aquella maltrecha libreta (para iluminarla con sus pensamientos, como solía decir) que, aunque de tapas robustas, empezaba a acusar la debilidad impuesta por la humedad reinante. Tan contundente era el efecto, que las primeras palabras de las páginas iniciales se ahogaban en el papel, difuminándose, condenadas al olvido, al igual que los pensamientos de Javier.

Javier detallaba en su diario con minuciosidad los aconteceres del penal, los motivos que lo habían llevado allí, el día a día de la prisión, sus horarios, sus costumbres, personas… un diario completo y detallado en el que anotaba lo que ocurría en aquel pequeño universo de dolor y sufrimiento. Su relato comenzaba con su incomprensible apresamiento, la pérdida de todo lo que tenía: su empresa, su familia, su hogar. De su familia solo tenía contacto con Julia, con la que convivía antes de ser apresado en su casa familiar de la calle Palacios.

De sus hermanos supo que Félix se alistó como alférez con los golpistas y su hermano, el pequeño, el nuncio, murió asesinado en Turón por los de la CNT recientemente. Su vida, como la de sus hermanos, no había sido fácil. Sus padres murieron atropellados por un carro que llevaba material de construcción que, al derrapar, los aplastó, sin que pudieran hacer nada por su vida los médicos del hospitalito. Ellos eran tan pequeños que Javier solo recordaba de aquella desgracia a su tía cuando fue a recogerlos al colegio de las carmelitas. Sin derramar ni una lágrima, les dijo allí mismo en la puerta que sus padres habían muerto en un accidente y que a partir de ese momento ella sería su madre. Y así fue porque desde ese día, su tía Genoveva, también viuda a los 35 años, se encargó de su manutención y crianza, así como de la gestión del negocio familiar de su hermano Julio. Al morir Genoveva de tifus, Javier, con 18 años, asume como primogénito la gestión de la bodega.

Ese sábado, Javier, agnóstico y a la vez cristiano practicante, entrelazaba sus plegarias con un ruego más terrenal: que Julia no olvidara traerle más tinta y una nueva pluma. Escribir para él era seguir vivo y esperanzado en la idea de que la libertad existía fuera de los muros, pero también dentro, en uno mismo. Escribir daba sentido a la inmerecida condena. A excepción de Servando, todos los presos que se denominaban comunes, es decir, no represaliados, estaban convencidos de lo mismo: que los crímenes cometidos, todos de sangre, no merecían tal castigo. En la misa de los domingos rezaban en la capilla, entre sus miserias, dándose golpes de pecho e implorando a la Virgen del Carmen, patrona de los marineros, su perdón.

Javier presentía que del penal no saldría y que su vida no habría servido para nada, ni para dejar descendencia ni recuerdos, que son lo único que él creía que quedaba de las personas cuando se iban. Pensaba que sus cuadernillos dejarían alguna huella de su existencia y, por eso, con el ánimo de que alguna vez fueran leídos, los escondía con celo detrás de una losa de su celda, lugar solo conocido por su amigo Servando, confidente y compañero de camastro.

A Servando lo trajeron al penal en el 34, antes del alzamiento. Quienes lo conocieron al ingresar decían que nunca reveló el motivo de su encarcelamiento, pero cuando se le preguntaba, siempre respondía: «Me lo tengo bien merecido y debería morir 20 veces para redimir mi pecado».

El delito que al parecer lo había llevado allí, irónicamente, lo condujo a una oportunidad de expiación de una forma que ni siquiera Dios hubiera planeado mejor. El destino, en su irónica forma, había unido a Javier con un hombre cuyo pasado estaba entrelazado con el suyo de una manera que él aún desconocía. Mientras Servando de buen grado se eximía de su pasado, Javier se retorcía en la incomprensión de la injusticia por estar allí. Servando lo seguía, casi perseguía, allá donde fuera, y convirtió su cuidado en su purgatorio. Javier no sabía aún muy bien por qué lo hacía, pero en más de una ocasión su ángel de la guarda, como él le llamaba, le salvó el pellejo, como aquella en la que evitó que le rajaran el cuello, que, en el penal, junto con la puñalada trapera, eran los métodos más rápidos y sutiles para quitarse a algún enemigo, del presente o del pasado, de en medio.

Javier, como otros tantos, sufría el acoso constante de otros presos comunes o de algún funcionario corrupto que le pedía alguna mordida por sus servicios o por hacer la vista gorda cuando escribía, bajo amenaza de servirle menos rancho. Sin amigos fuertes o influyentes no se sobrevivía en el penal, y Servando era fuerte como un toro y respetado por todos. Sabían algo de él y de su pasado que causaba temor, mientras que Javier, a los ojos de todos, no era más que un represaliado político. Nadie sabía muy bien qué hacía allí. Los que lo conocían sabían que nunca fue ni republicano, ni comunista,

ni nada. Servando, en cambio, fue condenado a cadena perpetua, pero no por el régimen golpista, sino por el republicano. Aunque Javier le preguntaba una y otra vez, él siempre salía por peteneras, evitando aludir a su pasado y a los acontecimientos que le habían llevado allí.

Un sábado frío de enero, como todos los primeros sábados del mes, Julia visitaba a su hermano en el penal. Ese día, un 16 de enero de 1938, Servando ayudó a Julia a pasar alimentos y algunas medicinas para Javier, sobornando a su carcelero por siempre por un par de cajetillas de tabaco importado de los Estados Unidos que entraba por contrabando desde Marruecos en el Penal por Genaro, el oficial mayor de los funcionarios carceleros. Javier nunca gozó de buena salud; era asmático y padecía un picor insoportable en su escamosa y enrojecida piel que solo mejoraba con el calor estival y con largas exposiciones en el patio al sol.

Servando hizo ese día el vis-à-vis con Julia, a quien conocía de oídas, de Javier. Le estaba tan agradecida que entre llantos le suplicó a Servando que cuidara de su hermano. Servando vio en esos ojos al amor de su vida y quedó prendado de su clásica belleza, de sus ojos color miel, de su pelo castaño tan fino y ligero que parecía hilo de seda y de sus manos, cuyos largos dedos acariciaban esas manos callosas de minero asturiano, inundadas de lágrimas.

Allí, en ese encuentro cargado de emociones, comenzó a gestarse desde la amistad un amor profundo y sincero, dispuesto a enfrentarse a todas las adversidades y a aquellos que se convertirían en sus más fieros enemigos.

Pero la vida no se detiene en los momentos de ternura. Los días seguían avanzando, arrastrando consigo los dramas del penal y las historias de los que intentaban sobrevivir fuera de ellos.

CAPÍTULO 26

Paseador de perros

Efectivamente, allí estaba. Tenía un aire desgarbado, pero con ese empaque que te obliga a mirarlo dos veces; una planta al estilo James Stewart, de los que daban dolores de cabeza a los cámaras porque se salían del encuadre. La melena, inusual y salvaje, pegaba un bofetón al entorno conservador de la zona. Parecía un explorador o un jugador de baloncesto metido a genio de los bitcoins.

Su rostro me resultó familiar enseguida. Se había dejado ver un par de tardes merodeando por la calle, con una parsimonia que desesperaba. Lo más impresionante era la escolta: una ristra de perros tras sus pasos que lo convertía en un auténtico flautista de Hamelín. Guiaba al grupo con la calma de un domador de circo retirado. Todos sumisos, de todas las razas y tamaños, sin un solo gruñido; parecía que el tipo les hubiera obligado a firmar una tregua eterna. O era un Jedi con los chuchos o un modelo de anuncio de champú con un magnetismo de esos que no se explican, se sufren.

Se sentó en mi mesa con las piernas abiertas para no estar demasiado separado. Cruzó los brazos, agarrándolos por sus extremos opuestos, y esperó a que yo lo llamara por su nombre.

—¿Borja Santisteban? —pregunté con dudas, ya que ese día llevaba lentillas y no veía bien de cerca la ficha que me habían preparado. —Sí, soy yo —confirmó.

—Gracias por venir, Sr. Santisteban. ¿Puedo tutearte? —Claro —respondió.

Algo que me parecía totalmente lógico, considerando su edad, su aspecto atlético y, por supuesto, el mío.

—Te hemos citado aquí para hacerte una serie de preguntas. Estamos investigando la desaparición de unos archivos confidenciales del colegio de El Águila, Acoge.

Borja mantuvo la mirada baja, y ahora su mano derecha tocaba el mentón, como el pensador de Rodin. —Sí, algo he oído. Paseo mucho a los perros por esa zona…

—En efecto —le dije—, por eso te he citado. Queríamos saber si habías visto algo sospechoso. —¿A qué se refiere? —inquirió, algo colérico.

Mi pregunta fue estúpida, y me lo hizo saber, así que entré al trapo y fui al grano. —La directora del colegio nos ha declarado que una de las niñas vio a un individuo merodear varias veces el colegio. Según la niña, era un tipo alto, corpulento y con el pelo largo —expuse.

Borja recompuso su enorme coleta, que le llegaba casi a la cintura. Un pelo de ensueño. —Vaya —me dijo, sonriendo—. ¿Se refiere a mí?

Sonreí yo también. —No lo sé, pudiera ser, pero para tu tranquilidad no te estoy entrevistando como sospechoso. Esto es una declaración informal, nada más… Nos interesa saber si has visto, estos últimos diez días, a alguien o algo que te haga sospechar, por ejemplo, un vehículo poco común. Dado que paseas a tus perros por la zona y a todas horas, debes conocerla bien —dije, intentando tranquilizarlo.

—Sí, la conozco muy bien. También conozco, al menos de vista, a la mayoría de la gente que pasea por allí, aunque en agosto, con los veraneantes, veo muchas caras nuevas que no sabría identificar. Suelo ir a las casas de mis clientes, recoger los perros y dejarlos de nuevo en sus casas.

—Ah, supongo que aún te gustan mucho, ¿no? —Sí —me dijo—. Los animales me entusiasman, y en particular los perros.

Pues sí, pensé. Lo ficharon hace seis años por dar un puñetazo a un chaval de dieciocho años que escupió a un perro cuando pasó a su lado y vio que se había cagado en su bicicleta. Los padres presentaron denuncia por lesiones, pero se archivó. Iba con unos

amigos que lo separaron porque, aunque el chaval era muy grande, Borja estaba encolerizado, y tuvieron que sujetarlo entre varios.

—Pertenezco a una asociación que protege a los animales del maltrato de los humanos —me dijo, excluyéndose a sí mismo de nuestra especie con absoluta convicción.

Me pareció inapropiado comentarle que yo era de la otra liga, la de los que detestan a los animales, desde una hormiga hasta un perro, salvando la belleza de un delfín o de un caballo, pero este a distancia. Yo creía que los que no son amigos de los animales no son buena gente, tienen algo de ruines en su comportamiento, así que no le hice el más mínimo comentario.

Borja se levantó cuando le dije que habíamos acabado, pero antes de que se fuera, ya de pie, le pedí el móvil, «por si tenemos que comentarle algo». Antes de que se marchara, le pregunté, casi por casualidad, si solía nadar en el centro. Con su altura, imaginé que no le costaría mucho emular a Michael Phelps.

—Sí —respondió con una sonrisa—. Voy un par de veces por semana, cuando no me toca pasear a los perros.

Se alejó como un ciprés movido por el poniente, su figura alta y delgada perdiéndose en la distancia.

Un gigante con un saco. Si Borja usaba la piscina del centro, ¿podría ser él?

Me volvía a la cabeza, una y otra vez, ese recuerdo del suelo raro, mojado, al lado de los archivos, y eso me estaba empezando a mosquear.

CAPÍTULO 27

Krasny Bor: La batalla que no acaba

En febrero de 1943, el general soviético Mijaíl Semiónovich Jozin se enfrentaba a una decisión crucial: ejecutar el plan «Estrella Polar» para defender Leningrado. La ciudad estaba prácticamente aislada, con un único suministro a través del lago Ladoga. El plan, inspirado en Stalingrado, buscaba rodear y destruir al Grupo de Ejércitos Norte alemán, concentrándose en Krasny Bor, donde estaba apostada la División Azul española. Era un objetivo estratégico claro: romper el frente donde se unían tropas españolas y alemanas para controlar las vías entre Moscú y Leningrado. La posición de la División Azul era especialmente vulnerable, con el ferrocarril y la carretera principal pasando por su sector.

Félix llevaba ya seis meses de campaña, con escasas rotaciones. Era uno más entre los españoles alistados en la División Azul, cada uno con sus propias motivaciones: redención, cruzada anticomunista o simple aventura.

La ceremonia de juramento permanecía grabada en su memoria: —¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe de las Fuerzas Armadas alemanas, Adolf Hitler, en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento?

—Sí, juro —había respondido el alférez ante el comandante Juan Ollero Morente y el oficial SS-Obergruppenführer Josef Dietrich.

El alférez ejecutó un marcial taconazo como saludo. El joven español permaneció firme. Félix era el último de los soldados que aquel día juraron fidelidad a las fuerzas del Eje en la lucha contra el régimen bolchevique, al que consideraban una amenaza para la libertad de los pueblos libres y católicos.

Las provisiones eran escasas. El viento gélido de la estepa golpeaba de frente, dificultando la visibilidad. Por delante de la

brigada de Teodoro, los zapadores abrían camino, desactivando minas, y con frecuencia se cruzaban con carros y mulas que transportaban los cuerpos de los caídos. El terreno era un infierno boscoso, lleno de pantanos.

Como en un relámpago, pasaron por la mente de Félix los acontecimientos de los meses anteriores. Se vio a sí mismo, extrañamente seco en su tienda, recibiendo la noticia de la gesta del batallón Román en «Posselok nº 5». En su cuaderno había anotado las devastadoras cifras de sus batallones, diezmados tras semanas de combates, un balance estremecedor de bajas, heridos, desaparecidos y congelados.

«Más compañeros caídos en acto de servicio», escribió, «con honor, por la patria y por la lucha contra los bolcheviques».

Cerró entonces su diario y terminó de escribir la última carta a su mujer. En ella relataba, una vez más, la gesta y la heroicidad de sus soldados, tan lejos de su patria, en su lucha contra los comunistas. Trataba de justificar de alguna manera su denodado ímpetu por la acción y su amor a la patria que su mujer no llegaba a comprender.

«Al desánimo no le permitíamos su presencia», escribió, «ni en las trincheras, ni fuera de ellas, ni en el batallón, ni en nuestros hogares, ni en la vida ni en la muerte, a la que gustosamente abrazaría si Dios lo dispusiera. Todos los que fuimos voluntarios de la División Azul juramos lealtad al ejército germano y combatiremos hasta morir. Ningún español se rendirá. Estamos convencidos de nuestra victoria y algún día tomaremos Leningrado.»

Sus palabras, más que una carta, componían una arenga heroica, un estímulo a su propio ánimo y una justificación de su sufrimiento. Era un alarde de optimismo que contrastaba con la realidad: los informes de la inteligencia de las SS hacían pensar al alto mando alemán que los bolcheviques preparaban una ofensiva a gran escala, con más de cincuenta mil efectivos y numerosa artillería.

Félix dio por finalizada su glosa y apagó el candil, no sin antes intentar, en vano, dar algo de calor a sus frías y agrietadas manos. De sus guantes aún húmedos asomaban sus dedos entumecidos, llenos de llagas y cortes, ennegrecidos por el frío. Se introdujo en el petate y, después de rezar, soñó que estaba en España, disfrutando

junto a su esposa del cálido sol de primavera que acariciaba su rostro.

Al alba les dieron orden de dirigirse a las inmediaciones del río Voljov: contener la ofensiva bolchevique que pretendía retomar Leningrado. Félix sabía por su superior que la ofensiva era inminente; los rusos, con descaro, colocaban líneas de teléfono muy avanzadas en su frente y desactivaban minas para permitir el avance de sus tropas.

«Avanzamos apenas treinta kilómetros al día con un esfuerzo sobrehumano. Infinitamente más duro que cuando tuvimos que caminar mil kilómetros desde Polonia para acercarnos al ferrocarril Leningrado-Moscú», anotó Félix en su diario durante un descanso. Le costaba sujetar el mermado lápiz con los dedos envueltos en el guante de lana mojado. El pasamontañas le cubría tanto el rostro que apenas distinguía lo que escribía. Su diario era su soporte anímico; le ayudaba a reflexionar, pensar y mantener su moral bien alta.

Tras anotar sus pensamientos, lo guardó en el bolsillo de su chamarra junto con el lápiz, cogió su fusil y se incorporó para cargar de nuevo la mochila y continuar la caminata entre la nieve que bordeaba el río.

Los escuchas de la primera línea española oían columnas de vehículos acercándose. El suelo vibraba. Los soviéticos habían retirado las alambradas y volado los campos de minas. Tendían líneas telefónicas sin ocultarse. Su artillería disparaba esporádicamente, comprobando alcances. Todo aquello presagiaba un ataque inminente, aunque se aferraban a la idea de que la ofensiva sería finalmente abortada.

La línea de defensa española era delgada, una simple línea de vigilancia. Su mayor baza residía en la distancia de las líneas enemigas en algunos puntos, permitiendo el tiro rasante de sus ametralladoras. Pero era una ilusión: sabían que no podrían mantener las posiciones ante un ataque con carros o un bombardeo masivo. Y así fue.

Tras una noche en vela, llegó una madrugada de fuego y acero. A las 06:40 horas del 10 de febrero de 1943, más de setecientas

piezas de artillería pesada soviética cayeron sobre las cabezas de los divisionarios en cinco kilómetros. Durante más de ciento veinte minutos, el infierno fue constante. Decenas de miles de obuses llovían para destruir a la División Azul. Cuando la artillería cesara, le tocaría el turno a la aviación soviética.

Félix se sacudió el fango de su cuerpo. Despejó la mugre de su cara y sus oídos, en vano, para recuperar el oído. Seguía sordo. En su cabeza retumbaban los truenos del castigo caído del cielo. Hincó su rodilla derecha en el fango para intentar alzar su vista por encima de la trinchera. Solo tres segundos. Bastaron para contemplar un mosaico de cráteres, agujeros de más de dos metros de diámetro. El ataque había cubierto la totalidad de las líneas defensivas de su batallón.

Al instante, Félix volvió a sentarse. A su izquierda, la mitad del cuerpo de su amigo Justino Revuelta, arrancado con precisión quirúrgica por la explosión. Sus vísceras, desperdigadas a los pies de Félix, formaban un revoltijo anaranjado con el barro. Las apartó sin titubear, después de tapar sus ojos abiertos. El pobre Justino no sabía que todos estábamos muertos y solo esperábamos el certificado de defunción.

Miró entonces a su derecha. Le miraba Juan Belmonte, asustado, perplejo, inmóvil, sordo, estupefacto pero entero.

—¡Juan! —le gritó Félix—. ¡Juan!

Juan no reaccionó y Félix le blandió un manotazo, destapándole los oídos. Juan reaccionó y, como un resorte, se dispuso a levantarse, impidiéndoselo Félix, agarrándolo de la hombrera y empujándolo hacia él.

—Escúchame Juan, te vas a quedar quietecito hasta que yo examine la situación y hable con el mando, ¿de acuerdo? —le dijo mirándolo, buscando su mirada perdida.

Juan asintió, con la cabeza y con el alma, ya más tranquilo y seguro al oír la orden de su superior. Félix era uno de los héroes de la división y había salvado a muchos de sus compañeros en todas las batallas.

—No te preocupes, Juan, yo cuidaré de ti.

No pasó un segundo desde que pronunció la última sílaba hasta que una bala perdida le impactó a Juan en la cabeza. Juan quedó impávido y ni siquiera se movió. Murió al instante contemplando tranquilo y seguro a Félix. Félix se recompuso rápido de la muerte de su amigo y lo apartó cerrando sus ojos a la vez que imploraba por su alma.

En ese momento oyó la recia voz de su mando, el coronel Cienfuegos, pidiendo recuento de bajas. Había que prepararse: los soviéticos, convencidos de que el brutal bombardeo artillero había destruido cualquier posición o intento de resistencia, avanzarían de frente sobre el sector defendido por los voluntarios españoles.

Rápidamente se produjo el reagrupamiento en su trinchera del diezmado batallón. Un camillero y el médico se encargaban de amontonar los heridos y muertos en el lado derecho, sobre el que se había construido un pequeño refugio a modo de cobertizo, más resistente a los cañonazos de los rusos.

El ataque masivo se produjo una hora después de la ofensiva aérea. Los soviéticos los superaban diez veces en número y aumentaban sus fuerzas. A la línea iban llegando batallones de soldados españoles que respondían con sus ametralladoras, tomando posiciones en los cráteres.

A media mañana los soviéticos habían roto el frente por tres sitios. A pesar de ello, los voluntarios españoles seguían resistiendo a duras penas, esperando en vano que la 4.ª División SS pudiera auxiliarles. Lucharon hasta el final, sufriendo los estragos de los francotiradores soviéticos que se cobraron la vida de más de ciento veintiún hombres. Con el objetivo de evitar el envolvimiento de la División, se establecieron posiciones defensivas y se cruzó el río, logrando ocupar Staraya Myza, aunque fue recuperada tras un fuerte ataque.

El Batallón III/262 español, manteniendo su posición, tuvo que aguantar otro ataque a gran escala. A pesar de los contraataques alemanes, el frente no se movió y la contraofensiva se canceló. Mantener la orilla occidental del Ishora costó unas treinta bajas diarias, y la actividad fue disminuyendo hasta quedar reducida a escaramuzas.

Después del fracasado asalto soviético, el frente solo retrocedió tres kilómetros en algún sector, pero el cerco sobre Leningrado no se rompió. El mando soviético pasó a la defensiva y el frente quedó estabilizado por un año, fracasando la Operación Estrella Polar.

El balance fue devastador: 2.253 bajas españolas en un solo día, y otras mil en días posteriores. Se logró detener el avance, haciendo fracasar la ofensiva soviética y produciendo unas diez mil bajas al Ejército Rojo. Cerca de trescientos españoles cayeron prisioneros, entre ellos Félix. Acorralado en una trinchera, se quedó sin munición junto a seis compañeros. Cuchillo en mano, esperaron a los rusos. Félix recibió un golpe en la cabeza que lo dejó semiinconsciente. Minutos antes había arengado a los suyos a no rendirse, pero el infortunio les apartó de su ansiado destino e hizo que fueran apresados. Félix se despertó en un camión lleno de prisioneros malheridos y amontonados como sacos, camino de Siberia.

La batalla de Krasny Bor pasaría a la historia como uno de los episodios más sangrientos y heroicos de la División Azul. Aunque la victoria táctica fue soviética, la resistencia española logró frustrar los objetivos estratégicos del enemigo, manteniendo el cerco de Leningrado y estabilizando el frente por un año más.

Las batallas, por gloriosas o terribles que sean, terminan convirtiéndose en páginas amarillentas de un archivo. Lo que fue sangre, barro y acero, tarde o temprano, se reduce a tinta y papel. Y en el Penal del Puerto, la historia no era una excepción: aguardaba, dispersa en cajas y legajos, a quien quisiera desempolvarla y darle un nuevo aliento.

CAPÍTULO 28

El Maltrato

Cuatro marrones en apenas dos meses: una chica muerta en Puerto Sherry, la desaparición de María del Junco en el club de golf, un asesinato junto a ese restaurante tan moderno como insoportable y, para rematar el cuadro, el robo de archivos en el centro infantil. Demasiadas piezas para que no encajen, y demasiado peso para mi espalda.

Tenía la piel de los brazos convertida en lija. Me clavaba las uñas casi por inercia, dejando unos surcos rojos que eran el mapa de mi propio agotamiento. El estrés ya no era un estado mental, era algo físico que se me pegaba al cuerpo como una sábana sucia, recordándome a cada minuto que no era capaz de cerrar ni una sola de esas carpetas. Estaba seco, bloqueado, harto de mi propia impotencia.

Entonces sonó el teléfono. Era Marta. La primera vez que le daba por llamarme en lugar de despacharme con un WhatsApp. Marta… ese bálsamo de Fierabrás que, con solo asomar, era ya capaz de que me deje de picar hasta el alma.

—Hola, Víctor —dijo con ese tono formal, tan habitual en ella—. ¿Te apetece comer hoy conmigo o tienes algún compromiso?

Una mujer nunca llama porque sí; siempre hay un motivo oculto tras la acción más simple.

—Claro, no tengo ningún plan —mentí a medias—. Mañana como con mi madre, pero hoy lo único que me espera en casa son unas lentejas que, por cierto, he olvidado descongelar.

Esbozó una leve sonrisa al otro lado de la línea. —Vale, ¿vamos al Narigoni?

—Ok. ¿A qué hora?

—Sobre las dos, ¿te parece bien?

—Sí —respondí, aunque pensé que era un poco temprano. Casi la hora del rancho de los militares estadounidenses de la base de Rota,

que también suelen frecuentar el Faisán Dorado a las doce.

Colgué pensando que a esta mujer le pegaba "Eyes Without a Face" de Billy Idol, por ese coro etéreo y la ensoñación que produce. Iba tarde. Me cambié el polo por uno de Unit —cutre pero cómodo —, me puse crema en las zonas irritadas y opté por unas bermudas acordes con el clima y el lugar.

Marta llegó antes que yo, y eso que fui puntual. La vi de espaldas, junto a una palmera que decoraba la esquina. Había elegido una mesa apartada del ruido monumental típico de esos sitios. Su largo pelo ondulado, moreno pero castigado por el sol, jugueteaba entre sus hombros anchos y una camiseta ajustada. She's Like the Wind, pensé, aunque yo me sentía más alto que Patrick Swayze, pero con mucho menos mérito.

Le di un beso. Bueno, dos. Al saludar, las mujeres procuran que los hombres no perciban conscientemente sus feromonas; sin embargo, ese instinto nos traiciona cuando, buscando la cercanía, apoyamos nuestra mano en su cintura. Yo me encontraba allí, al borde de lo inapropiado.

Marta tenía una sonrisa forzada y unas ojeras inusuales. —Vaya —le dije—. ¿Mala noche?

—Sí. —He estado cuidando a mi madre en el hospital. No te había contado nada, pero tiene cáncer de colon y no pinta bien. Nos turnamos mi tío y yo cuando la enfermera no puede quedarse. No queremos dejarla sola.

Cuando conocí a Marta, me dijo que era hija de un compañero caído en servicio. Me pregunté si esa familiaridad que sentía al tenerla cerca se debía a eso, pero sabía que no era solo eso. Había algo más: una profunda y antigua huella de dolor que se reflejaba en su mirada. Sentía que esta conexión no era algo nuevo.

Además, su conflicto con su madre era un eco de mi propia experiencia. El destino había orquestado nuestras desgracias, sincronizando la necesidad de ambos en el mismo exacto momento.

—Es raro —murmuré— cómo en ciertos lugares el tiempo parece ir a otro ritmo.

Marta asintió sin parecer entenderlo. Lo cierto es que yo tampoco me entendí. De golpe, vi reflejado en ella el final de mi padre:

aquella impotencia, las horas muertas y esa sensación pegajosa de que, hiciera lo que hiciera, no era suficiente. Con él llegué tarde a muchas cosas, o quizás simplemente no supe estar. Esa culpa es el motor que me mueve ahora. Si con mi madre me he vuelto un perro de presa, si vigilo su salud con un celo casi patológico, no es solo por amor; es por penitencia. Me he prometido que esta vez no habrá "te quieros" atascados en la garganta ni decisiones tibias. No pienso cometer el mismo error dos veces.

Retiré de inmediato esas imágenes dolorosas para no intoxicar la cita. Una de las pocas lecciones valiosas de la vida es esta: tus fantasmas son enteramente tuyos. Asume la responsabilidad por ellos y "bancátelas" tú mismo, como dicen los argentinos.

Pasó la camarera, una mujer de mediana edad con cara de pocos amigos, probablemente contratada por recomendación y con nula vocación. —¿Han pensado ya qué tomarán? —preguntó, sin disimular su molestia por nuestra indecisión.

—Tráiganos la carta —pedí.

—Ya la tengo yo en el móvil —intervino Marta, escaneando el código QR.

La camarera siguió esperando, machacando el bolígrafo contra la comanda. La verdad, que me saliera con esas prisas justo cuando hablábamos de cáncer y de morirse, me puso de los nervios. No es que me sintiera desbordado, sino que me entró una mala hostia repentina y sorda. Tenía ganas de gritarle que su puñetera prisa me daba igual, que se dignara a mostrar un poco de respeto. Pero bueno, me aguanté para no montar un numerito, me tragué el cabreo y miré hacia Marta.

—Pide tú por mí. Algo con huevos. —. Y una Coca-Cola cero.

Pidió dos platos contundentes, con huevos y una ensalada. Ella, agua sin más. Marta hablaba entre bocado y bocado de la oficina, de su compañero y de lo involucrada que estaba con «nuestros dos casos», pero yo intuía que no estaba siendo sincera. De vez en cuando descuidaba la masticación. No era perfecta, tenía un empaste en el molar inferior. Fue entonces cuando me percaté: el maquillaje que le cubría el pómulo escondía un moratón. Me di cuenta tarde, distraído como estaba con el movimiento de sus largas

manos y ese anillo que probablemente era herencia anticipada de su madre.

En medio del acto, cuando el enorme cubo de hielo de mi vaso —ese iceberg que le quita el sabor y el gas a la Coca-Cola— estaba ya derritiéndose, a Marta se le escapó una lágrima. No cayó en la arena. Se quedó estancada justo en la comisura de la ojera, frenada por el golpe.

—Verás, Víctor.

Acercó su mano izquierda a mi brazo. Apenas me rozó con la yema de los dedos, pero una corriente eléctrica de 220 voltios me recorrió el cuerpo.

—Es Sergio. Mi ex. Últimamente discutimos mucho. Demasiado. El otro día apareció tarde, a las cuatro de la mañana. Yo dormía. Venía muy bebido… Quería tema, pero yo no estaba en condiciones, y él menos. Apestaba a alcohol y a perfume barato de mujer. Le dije que se fuera a dormir la mona al sofá.

Pausa. Otra lágrima. No sé por qué esta chica lloraba de un solo ojo a la vez. Menos mal que no usa rímel por las mañanas, pensé.

—Forcejeamos —continuó—, me empujó… Bueno, ya sabes que sé defenderme y le paré los pies. Pero en una de esas me soltó un puñetazo. Caí en la cama como un saco lleno de papas. Me hizo daño.

Mientras hablaba, analicé el moratón bajo el maquillaje. La forma y el lugar del golpe me chirriaban. La marca estaba demasiado alta para ser producto de una caída contra la cama tras un empujón, como ella describía. Parecía un impacto directo. No dije nada.

Había algo más que no encajaba. Su voz temblorosa y sus gestos pausados no coincidían con su habitual contundencia. Esta vez parecía… estudiada. Un guion que no terminaba de creerse. ¿Culpa? ¿Miedo? ¿O estaba protegiendo algo más?

Rompí el silencio. —¿Por qué no lo denunciaste?

—¡Vamos, Víctor! —exclamó—. Ya sabes cómo va esto. Le caería una buena… y yo aún le quiero, no quiero que le pase nada malo.

Resultaba irónico. Una brillante inspectora de policía cayendo en la misma trampa emocional que las víctimas a las que ella misma protegía. ¿A cuántas mujeres habría animado ella a denunciar? —

Marta —dije serio—, no necesito decirte lo importante que es no dejar pasar esto. Échalo de tu casa, al menos un tiempo. ¿Dónde está él ahora?

Marta levantó la cabeza. Sus lágrimas se habían secado y me miró como una leona defendiendo a sus cachorros. —¿Echarlo? ¿Y a dónde iría? No tiene trabajo ni ingresos… ¿Cómo voy a hacer eso? —respondió, casi ofendida.

Era el síndrome de manual. Ese secuestro emocional que va más allá del amor o el odio; pura irracionalidad. Me vi incapaz de razonar con ella en ese estado. —¿Por qué me lo cuentas, entonces?

Agachó la cabeza. La camarera trajo la cuenta sin que la hubiéramos pedido; necesitaban la mesa. —No sé… Eres mi compañero. Si algo me pasara, quiero que alguien lo sepa. No tengo más familia que mi madre moribunda, un tío y un hermano que vive en Estados Unidos y que solo viene en Navidad.

Era el momento de ponerme digno, pero opté por la honestidad bruta. —Mira, Marta —dije con tono paternalista—, lo correcto es denunciar. Entiendo que no quieras hacerlo ahora, y asumo que es solo un moratón. Pero escúchame bien: si te pone la mano encima una vez más, soy yo el que te lleva a rastras a comisaría. —Me incliné hacia ella, sacando el gallito de corral que llevo dentro—. Y si no quieres, la denuncia la pongo yo.

Pareció reconfortada, aunque inquieta por mi ímpetu. Estaba claro que buscaba el abrigo del macho, pero sin que llegáramos a matarnos por ella. Parecía increíble: ella, tan independiente, tan defensora de los derechos, conviviendo con su maltratador.

Pagué la cuenta. Noté que los huevos fritos con váyase a saber qué aceite empezaban a negociar con mi reflujo y me desabroché disimuladamente el botón del pantalón.

Miré a Marta una última vez. Me pregunté si algún día encontraríamos la manera de cortar de raíz esos ciclos de abuso o si, como mi reflujo y mi dermatitis, seguirían siendo una enfermedad crónica que nos pica a todos bajo la piel.

CAPÍTULO 29

El penal del Puerto

José María abrió su agenda del día. En medio, como una intrusa, reposaba una estilográfica recién cargada que había manchado ligeramente sus bordes. Compaginaba sus anotaciones con las charlas a Onésimo Simeón, su ayudante. A José María le gustaba la historia y estaba recopilando datos del archivo del penal. La protagonizaba y a la vez la contaba, como un relato tedioso repleto de datos y nombres entrelazados. Usaba esa hora de sobremesa en monólogos interminables que tanto aburrían a su ayudante.

—El Penal del Puerto fue antaño prisión, aunque peculiar como ninguna —dijo José María con un gesto de orgullo, mientras retiraba una pila de informes médicos pendientes de firma que le molestaban al escribir y apartaba a su izquierda las facturas de los proveedores del penal por pagar.

A Don José María —todos lo llamaban así— le amargaba la incomprensión del descontento que producía la presencia del penal en la población. A este malestar se sumaba el de los comerciantes locales por la competencia desleal, ya que las empresas radicadas en el penal quedaban exentas de pagar impuestos. Tampoco daba importancia —quizás porque no se atribuía tal demérito— a que desde sus inicios el Penal fuera un foco de enfermedades infecciosas. La tuberculosis, en particular, se cobraba vidas a diario. José María, aunque no lo aceptaba, era consciente de todo ello. Motivos no les faltaban a los portuenses para su rechazo. Desde el asesinato de su administrador por un preso en 1898, el penal siempre había sido una espina clavada en la ciudad.

«Se convirtió en penitenciaría de mujeres en 1902, a la que solo llegaron veinte, todas ellas parricidas y asesinas de maridos», transcribió en su libreta, que gracias a su ayudante mantenía actualizada con los nombres de los que llegaban y salían, por cualquier causa que anotaba minuciosamente.

Él la llamaba la «lista de la muerte» y la mantenía cuadrada, como la contabilidad de un ordenado empresario, con lo que denominaba «ingresos» y «gastos» que no eran precisamente mercaderías. Tenía transcrita toda la información acontecida desde 1914, cuando ya daba cobijo a seiscientos penados, hasta la fecha de la última actualización, 15 de agosto de 1933, cuando ya contaba con mil quinientos. José María se vanagloriaba de tener encerrados a algunos nombres ilustres como Francisco Machado Ruiz, hermano de Antonio Machado, que vivía en la calle Cielo 76, o Javier Rubiales, independentista catalán.

Alzó la vista al techo y, con su voz de pito, continuó su discurso mientras seguía con sus anotaciones: —Recuerdo de aquella época los acordes de la banda municipal… todo lo tengo documentado, Juan José, todo, y algún día lo publicaré si es que me dejan… Maldita censura… ¿Sabes, Onésimo, que en 1898 un preso mató al administrador de la cárcel?

—No, don José María, no lo sabía hasta ahora —musitó Onésimo con la cabeza gacha, mientras oía con paciencia la retahíla de datos de su jefe.

—Se organizó una fuga... el preso tenía la confianza de los guardias, Onésimo —hizo una pausa significativa—. Hay que tener cuidado con las confianzas con los presos. Las justas y necesarias para mantener la paz y el orden entre los muros. Ni una más ni una menos.

El director del penal se levantó con brusquedad. Era alto, desgarbado y delgado, y vestía un traje gris marengo, el mismo desde hacía quince años, de una alpaca rancia que igual servía para paliar los calurosos veranos que los húmedos inviernos del Puerto de Santa María. Sus largos brazos hacían que las mangas parecieran cortas y se movían como aspas de molino, que agitaba al hablar.

—Ahora con los presos catalanes hay que ser, si cabe, más cautelosos. No me gusta el trato de favor que se les da a esos insurrectos —dijo con seriedad.

—Don José María, tienen privilegios especiales —dijo Onésimo con menos timidez de lo habitual.

—Lo sé, lo sé, instrucciones de Madrid —respondió José María—. Yo me llevo bien con Companys, a pesar de la distancia que hay entre nosotros. Es un hombre culto y me gusta conversar con él, aunque sea a escondidas. No quiero que lo vean entrando en mi despacho; no deja de ser un recluso más —hizo una pausa—. Sí, comen mejor, duermen mejor, y eso ha levantado suspicacias entre los otros presos.

Mientras don José María relataba y relataba, en su penal seguían sucediendo cosas. Juan Millonga Gallardo, a pasos muy largos, sin correr, se alejaba de las marismas aledañas al penal. Atrás dejaba sus gélidos muros y a la muerte, a la que había burlado gracias a sus dos colegas, hermanos de sangre y pillaje, Julio «El Canales» y su socio «Romero el Navajas», que le auxiliaron para descolgarse del muro principal en el cambio de guardia.

Juan era un hombre tosco, rudo, fuerte y sagaz. Había escapado de la Guardia Civil tres veces después de ser detenido. Era un mago de las fugas, escurridizo, y aprovechaba cualquier despiste de sus guardianes para escabullirse.

Al día siguiente de su fuga, cuando ya casi alcanzaba la sierra gaditana, el indulto del ministro Eloy Vaquero Cantillo llegó a las manos de José María. A los pocos meses, en la sierra de Burgos seguía haciendo de las suyas, asaltando casas de labriegos y carromatos con provisiones en los pasos y caminos. El Navajas le mandó un mensaje a través del Ortiguilla, allá en la cabaña donde se refugiaba en verano cuando volvía a la sierra de Cádiz.

Cuando Juan se enteró de lo de su indulto, no se lo creyó, o quizás le daba igual. Un día de calor de julio de 1934 se enfrentó a un señorito de Aracena, en Málaga. Le dio un navajazo que lo partió en dos y, con la frialdad que le caracterizaba, le sacó las tripas dejándolas en medio de la plaza del pueblo. Al día siguiente la Guardia Civil le dio caza y lo mató a tiros. Veintiocho, para ser exactos.

Cuando José María recibió la noticia, dijo con admiración: —Con él murió el bandolerismo andaluz, un hombre libre indultado, de los últimos que lo serán.

Don José María tenía un oficio del ministerio encima de la mesa, el segundo que ordenaba la reforma del penal, junto a un plano del edificio que detallaba minuciosamente sus dependencias: un patio inicial, tres oficinas —una de ellas la suya—, un comedor, otro patio central, un lavadero, los talleres de espartería y zapatería, una cocina, una enfermería, el nuevo dormitorio de cuarenta camas y el economato. Mientras miraba ambos documentos, continuó con sus monólogos:

—Yo no sé qué va a hacer la ministra, Onésimo. Dicen que quieren tirar el monasterio. Yo he solicitado que se celebren conciertos y conferencias para los reclusos —dijo elocuentemente mientras revolvía en su desordenada mesa varios documentos.

Buscaba, hasta que encontró, un recorte de la revista El Puerto, un artículo firmado el 20 de noviembre de 1935 por Tomás García Figueras. En él se mencionaban las reformas impuestas por la ministra, entre ellas la celebración de conferencias y conciertos a solicitud del director de cada prisión, así como la supresión de ciento quince cárceles inmundas. La revista anunciaba, «a golpe de piqueta», el derribo del monasterio.

Junto al recorte se encontraba un legajo que comprendía el inventario de los enseres del penal, incluidos los que fueron del monasterio: reliquias, orfebrería y varios cuadros con motivos religiosos que no habían sido catalogados por el ministerio del patrimonio desde 1931. No tenían una descripción clara, solo se hacía referencia a ellos como «cuadros religiosos» o «históricos» y, como tales, habían sido relegados al almacén del penal.

Entre ellos, había uno que, incluso después del alzamiento, seguía aún colgado en la esquina más septentrional del almacén, donde Javier hacía las labores de trabajo encomendadas desde que ingresó en prisión. Javier se esmeraba diariamente en su cuidado: lo despojaba del polvo y la humedad, hidratándolo con betún incoloro en las partes que se humedecían, para protegerlas.

Javier adoraba ese cuadro. Era su refugio, su talismán de la suerte y su mayor pasatiempo junto con su diario. Representaba la espiritualidad y lo situaba en el lugar más cercano a la libertad que aquel maldito lugar podía ofrecer y, sobre todo, lo más alejado de

los trabajos forzados a los que el resto del día era sometido, cuando no estaba en la enfermería.

Javier, consciente del riesgo que corría y decidido a preservar la verdad, había tomado medidas extremas para proteger los documentos que demostraban su injusta desposesión. Durante su cautiverio guardó con meticulosa cautela un fragmento clave que permitía localizar el protocolo notarial original donde se acreditaba inequívocamente su legítima propiedad sobre aquel negocio arrebatado con vileza.

Pero su verdadera astucia se manifestó en la forma en que decidió ocultar estos documentos comprometedores. Consiguió la confianza y el beneplácito en ciertas tareas por parte de don Mario Conesa, el nuevo director del penal, nombrado por el régimen franquista. Consciente de que don Mario planeaba "vender ese majestuoso cuadro" titulado El desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823, obra del pintor José Aparicio Inglada, Javier aprovechó la oportunidad.

El lienzo, imponente con sus más de siete metros de largo y cuatro de alto, ofrecía un escondite perfecto. Pacientemente, Javier introdujo los documentos vitales en los gruesos bastidores del lienzo, cuidadosamente reforzados por él mismo para asegurar su secreto. Cuatro manuscritos, uno por cada esquina, perfectamente escondidos, como su cuerpo, que no su alma, a la que él quería liberar con la verdad —su verdad revelada al resto del mundo— con la esperanza de que se hiciera justicia con Dios y con los hombres cuando se supiera.

Junto a las cartas, introdujo también el fragmento que permitía rastrear el protocolo notarial original y un comprometedor legajo obtenido discretamente gracias a la amistad trabada con un administrativo del penal. Contar lo que allí ocurría y revelar por qué estaba injustamente encarcelado eran los únicos motivos que le mantenían aún vivo. Solo de esa enrevesada forma, porque sabía que hacerlo abiertamente supondría enfrentarse inútilmente a aquellos que le encerraron. No se le ocurrió otra manera de expresarlo: como un mensaje en la botella de un náufrago desesperado que espera su rescate.

Para Javier, estos documentos eran algo más que simples papeles: constituían la esperanza tangible de que algún día su historia de injusticia fuera conocida, devolviendo así no solo su dignidad perdida, sino también su legítima propiedad. Escondidos en aquel cuadro monumental, aguardaban pacientemente la oportunidad de desvelar al mundo la verdad.

Guardaba la esperanza de que, algún día, esos documentos desvelaran la infamia de la traición que lo había conducido hasta aquella cárcel. Aquella escritura, testimonio tangible de su despojo, se convertía en la pieza clave de su historia de injusticia, su único asidero a la posibilidad de redención.

El penal era un hervidero de actividad constante, donde cada día traía su propia carga de historias. Los reclusos, cada uno con su particular drama vital, se movían en un escenario de rutinas y sorpresas, donde el orden y el caos coexistían en precario equilibrio. Guardias y presos interpretaban una coreografía compleja de normas y transgresiones, un baile eterno entre la disciplina y la rebeldía, entre la esperanza y la desesperación.

Pero fuera de los muros del penal, donde la vida parecía correr a un ritmo menos encorsetado, otros lugares conservaban también las huellas del tiempo. El pasado no solo se alojaba en los registros polvorientos de un archivo; persistía también en espacios que, lejos de la dureza del presidio, se esforzaban por disfrazar su historia bajo una fachada más luminosa.

Poco antes de cerrar el legajo, uno de los administrativos dejó sobre la mesa de don Mario un sobre sin remite, hallado entre papeles antiguos en la enfermería del penal. Decía que lo había encontrado tras mover un armario empotrado durante una revisión de humedades.

Mario, molesto por la interrupción, lo abrió sin interés, hasta que su mirada se fijó en el membrete amarillento con tinta azul apenas legible: “Testimonio de injusticia. Pertenencias de J. G. C.”. Adentro, una hoja manuscrita y un pequeño fragmento de pergamino numerado. Le sonaban vagamente aquellas iniciales. Releyó la nota: “Si alguien encuentra esto, que sepa que aquí dentro hay verdad. No dejen que se pierda”.

Guardó el sobre con discreción en uno de sus archivadores personales, sin compartirlo con Onésimo. «Hay cosas que es mejor revisar en silencio», murmuró, mientras cerraba con llave su despacho.

Aún no lo sabía, pero acababa de abrir otra puerta al pasado, una que llevaba cerrada demasiado tiempo.

CAPÍTULO 30

Bea, la amiga de Cris

—¡Víctor! —oigo a diez metros de mí, desde un pasillo que nunca había transitado. Sigo la voz anónima que me lleva por otro desconocido, a la parte de atrás de la comisaría, a una entrada que yo tampoco conocía y que debía ser reciente, de alguna reforma. Un compañero, en la puerta, me señaló y le dijo a una chica: —Es él. Ella me miró, buscando intimidad, se alejó de mi compañero y trató de llevarme, con la mirada, a la calle, fuera de la oficina. La seguí. Pasaban coches continuamente, y la calle y su acera eran estrechas, así que intenté situarme lo mejor posible y acomodarla a ella mediante un "usted dirá".

—Soy Beatriz, Bea, amiga de Cristina —me dijo asustada, moviendo la cabeza de un lado a otro, convencida de que alguien la vigilaba. —Cristina —dije. Guardé un silencio intencionado, exigiéndole una confirmación silenciosa de lo que los dos sabíamos. Ella no contestó, pero di por sentado que lo había entendido. —Agente, ¿podemos ir a otro sitio a hablar? —dijo Bea. —Claro —le dije—. La invito a un café.

La invité a caminar, ejerciendo mi acostumbrada cortesía de ceder la acera, aunque en realidad evitaba la proximidad ajena. Siempre he creído que no hay más que virus en las respiraciones extrañas; solo me interesan las de aquellos con quienes intimo.

Nos acercamos al bar al que ella quería ir, uno nuevo, pequeño, que estaba a dos calles de la comisaría. Entramos y saludamos al dueño. Era su hermano —me dijo, aferrándose a la necesidad de estar en un lugar familiar y seguro para ella. Había cuatro mesas pequeñas, de madera maciza y robustas, rescatadas de un bar antiguo por el uso y el tiempo. La mesa cojeaba, de forma ostentosa, debido a su peso. «Un clásico, siempre me toca a mí». Cogí una servilleta, dos, y las calcé en la pata coja.

—¿Qué quieres? —le dije—. «(…) sin él, por favor».

La chica miraba a todos lados, menos a mí.

—Bea, cuéntame —le pedí, mirándola a los ojos. Bea tenía el pelo recogido, era regordeta y vestía camisa blanca ajustada, pelo rubio teñido, brazos fuertes y manos relativamente cuidadas, aunque, seguramente, trabajaba con ellas. El vaquero le quedaba apretado, y los zapatos eran de esparto, sin mucha alza. Llevaba un anillo, aunque no de casada, y un colgante de una especie de cuerno de marfil con cuero alrededor del cuello. No iba maquillada.

—Verá, agente…

—Inspector Ros —le corregí con una sonrisa.

—Inspector, perdone… Es que me ha dicho mi primo, que arregla los aires acondicionados en su oficina, que usted era policía.

Bea provocó un silencio, buscando mi interés. «Era una obviedad», pensé. Le di una oportunidad para que, después de la introducción, se explayara, y tanto que lo hizo…

—Mire, vivo sola con mi madre de ochenta años… —me dijo, preocupada. —¿Qué le ocurre a su madre? —respondí rápido, haciéndome el longui. —A mi madre, nada nuevo, gracias a Dios, pero si a mí me pasa algo, ella no lo soportaría. Tengo miedo. Y no sé si hago bien estando aquí con usted.

—Puede confiar en mí —le dije—. Pero si cree que puede tener problemas, mejor no me cuente nada. «La psicología negativa, a veces, da resultado», pensé.

Bea frunció el ceño y me miró contrariada.

—Mire, me da pena lo de Cris. No duermo desde que pasó.

Cristina Simancas Renedo. Se había decretado el secreto del sumario, y se suponía que solo los del cuerpo y el juzgado conocían detalles.

—¿Cómo sabe eso? —la inquirí entonces.

—Yo la conocía bien, era amiga mía. Lo sé porque llevaba tres días sin aparecer por el bar, y ella siempre venía a tomarse una cervecita y una tapa por las tardes antes de, ya sabe, trabajar…

Se hizo un silencio sepulcral, ella tomó asiento y tragó saliva.

—Le pregunté a mi señora, Mónica. Ella trabaja en el juzgado. Es muy buena gente. Me dijo que no lo contara. Verá, no quiero problemas para nadie y menos para ella, que me da de comer.

—No se preocupe, no le voy a tomar declaración… lo que usted me cuente ahora no es oficial. (Obviamente, lo era).

—Mire. —Esta vez, se acercó más a mí—. Yo era muy amiga de Cris… Estaba metida en muchos líos… Yo le decía que lo dejara, pero la muy cabrona, que en paz descanse, no le gustaba trabajar, y sí le gustaba el dinero fácil, ya me comprende…

Tomé un sorbo del café y esperé a que continuara. Ella, con los treinta grados y el aire apagado, no sé cómo no le quemaba las entrañas; de su vaso salía el humo del Titanic.

—Mire, agente…

—Inspector —volví a corregirla.

—Eso, perdone, inspector… Cris andaba con un novio que no me gustaba nada. Yo le dije que le iba a traer disgustos, pero no me hizo caso. Era un chulo, la maltrataba, pero ella estaba enamorada.

—¿La denunció? —le dije.

—Qué va. Una vez le dio un bofetón y le rompió la paleta; la pobre tuvo que ponerse un implante y le costó un dineral… bueno, al novio más bien. El «Retrovisor» ese, o como se llame, es un prenda.

Saqué una de mis patéticas libretas provisionales de notas, una del todo a cien, pequeña, de bolsillo, a la antigua usanza, de esas cuadriculadas que se hojean de abajo arriba, igual que un calendario. No encontraba el bolígrafo; solía dejarlo en la mochila.

—¿No tendrás un bolígrafo, verdad? —pregunté a Bea.

La chica me dijo que esperara un momento y rebuscó en su mariconera, al cinto, que se apoyaba por encima de su michelín, aplastado por la camiseta.

—¿Le importa que anote?

—No —me dice resignada.

—¿Cómo es ese tal…? ¿Retrovisov? —le pregunté mientras anotaba el nombre, que en su boca sonaba a pieza de desguace, con esa deformación fonética que olía a apellido del este masticado por el acento de la zona.

—Pues un bicho, inspector. Alto y rapado, con más músculo que el «Zuatzeneguer» ese. Casi dos metros, con una barba corta y cara de pocos amigos —Bea soltó un suspiro, estremecida al revivir aquella auténtica pesadilla. Tiene una pandilla que va siempre con él

por la zona de El Ancla. Viven por allí, cerca de la playa, en unos casoplones. Van con unos BMW de esos caros que meten un ruido que levanta a un muerto.

Se detuvo un momento, haciendo memoria.

—Y entre ellos hablan en ruso, por eso no hay quien los entienda. Al Retrovisor ese, los amigos le llaman Stoff, o algo así. Se tiran el día en los bares de Puerto Sherry, hablando de sus peleas y de no sé qué guerras donde estuvieron con otro pieza, un tal Justinov.

Bea se inclinó, disminuyendo la voz a un susurro de aliento matutino, con la intención de compartir un gran secreto.

—¿Y sabe a dónde van? A los sitios nuevos, al Phiphi ese. Allí hay mucha puta de lujo y por eso les gusta. Tienen sus propias mesas reservadas; Cris me lo dijo una vez. Se repanchingan en el bar garito y les sirven como a un rey. Incluso a una amiga de la Cris se la llevaron a uno de esos yates grandes que atracan en Puerto Sherry… Montaron una fiesta de esas de volverse loco, ya sabe.

—¿En un yate? —repetí, imaginando el escenario. --Sí, allí mismo. Y tienen unos tatuajes muy raros, inspector. Una espada clavada en un cristo o una serpiente… Cuando se emborrachan, se suben las mangas para enseñarlas. Se ponen como locos, sacan el cuchillo y hacen gestos de cortarle el pescuezo a cualquiera. Ya sabe, esas cosas que hacen ellos… Gente rara: trabajan de noche, duermen de día y no se juntan con nadie del Puerto.

Entendí que no debía seguir preguntando; lo que me contó era novedoso y, antes de interrogarla, quería verificar su veracidad.

—Bueno, Bea, si sabes algo más, ¿te pondrás en contacto conmigo?

Bea parecía que quería decirme ese algo más, pero no se atrevía del todo, y tampoco se daba por satisfecha de que yo clausurara tan rápidamente el encuentro.

—Sí, claro —me dijo resignada.

Arranqué una hoja de la libreta, ya con las tapas de cartón algo vencidas, escribí mi teléfono y se la di. Ella dobló el papel y lo guardó en la mariconera en un solo gesto.

—Verá… —dijo entonces, mirándome a los ojos—, yo estoy segura de que a Cris la mataron esos tíos. Me dan muy mala espina.

Yo creo que se dedican a la droga… y que Cris sabía algo y se lo estaba contando a alguien… a un policía. Por eso se la cargaron.

—¿Un policía? —pregunté, atónito, volviendo a abrir la libreta.

Ella titubeó unos segundos. —Lo he visto con Cris dos veces… en este bar. ¿Sabe quién es? —preguntó, con demasiado interés para mi gusto.

—No —mentí—. ¿Cómo es?

—Un tío alto, que se pone chaqueta clara en verano, con barba de dos días y el pelo mojado, delgado y con los ojos muy rojos, como de beber, fumar y no dormir. Llevaba un reloj de oro, de esos caros, un Rolex de esos.

Tragué saliva y me quedé quieto. No podía ser otro. La nuez me subió de golpe, como empujada por un resorte.

—De acuerdo, Beatriz… —Bea —me interrumpió—. Soy Bea.

—Pues bien, Bea, si te enteras de algo más, me llamas, por favor, a cualquier hora. Y no te preocupes, no creo que corras peligro. Déjame tu teléfono por si necesito algo más, si no te importa.

Esta vez lo apunté directamente en mi iPhone, después de darle al stop a la grabación de 13 minutos y 32 segundos. Fui a pagar la cuenta, pero tuvo que pagarla ella: no tenían tarjeta y menos contactless. Le puse la mano en el hombro y me despedí cortésmente.

Cuando se alejaba y yo iniciaba el camino de vuelta a la comisaría, me pregunté qué pintaba Rupérez en todo esto.

Se me hacía algo tarde para ir a comer a casa y tampoco tenía un gran plan. No recordaba si había descongelado el potaje de garbanzos (mi comida preferida) y, probablemente, ya no quedaban croquetas en la fiambrera. Una tragedia, porque la croqueta es la única gema comestible capaz de contener la física, el amor y la memoria en un bocado perfecto.

Resignado a la comida callejera, me fui a Sotavento, el bar que cierra el paseo de Puerto Sherry por el este. No esperaba ver a nadie conocido; los del windsurf solemos caer por allí más tarde, sobre todo en invierno, cuando el sol se hunde desvalido en el horizonte de Rota, empujado por las nubes, y los rojos se mezclan con ese gris de tormenta que arrastra el poniente. Desde allí, los jueves como

hoy, se ve entrar a los pesqueros cansados de faenar tras semanas fuera, escoltados por nubes de gaviotas hambrientas que se cuelgan de las redes. Es el sitio donde solemos contar nuestras batallas los que ya pasamos de los cincuenta, terminando siempre agotados, pero con una sonrisa de satisfacción. Me pedí una hamburguesa y una cero cero.

Mientras devoraba la hamburguesa, los hechos se me agolpaban en la cabeza como las gaviotas sobre los barcos: un cadáver en Puerto Sherry, archivos robados, una desaparecida en el club de golf y una red de rusos en yates que apestaba a dinero sucio. Con Rupérez metido hasta el cuello, aquello parecía un montón de novelas distintas mezcladas por error en la misma caja.

¿Qué pintaba un veterano como yo cruzándose con la amiga de una víctima, una mujer que saltaba de limpiar portales a juergas de lujo y prostitución? ¿Y qué tenían que ver unos informes de un centro de discapacitados con este entramado de yates y tipos rapados?

Me froté los ojos, intentando frenar una imaginación que ya empezaba a sonar a conspiración paranoica. Eran demasiados cabos sueltos y ninguna respuesta lógica. Quizá el rompecabezas me venía grande o, simplemente, alguien se había equivocado conmigo al ponerme al frente.

Apuré el último trago de la cero cero. Me estaba asando entre tanto pensamiento y con el regusto de la hamburguesa recordé que Cris no siempre había sido una «diablesa»; hubo un tiempo en que intentó llevar una vida normal. Y eso pasaba por la cocina más famosa del Puerto.

CAPÍTULO 31

Varaderos y nombres impronunciables

Escapé de Sotavento. Me subí a la moto y, antes de arrancar, llamé a Iñaki. Iñaki era de esos tipos que viven para comer; heredó una empresa de pinturas, la vendió y ahora su oficina era cualquier restaurante con más de dos soles Repsol.

—Iñaki, necesito entrar en la cocina de Aponiente. De parte tuya. —Hecho, artista. Habla con Méndez. Es el gerente, el cocinero, la mano derecha de Ángel León; allí es el que mueve los hilos de todo. Ve para allá, te recibirá.

Llegué al molino de mareas. Me recibió Méndez en la misma cocina, un entorno de acero quirúrgico y bullicio ordenado. Era un tipo pasado de kilos, con entradas disimuladas por un trasplante capilar reciente y un uniforme negro con manchas de salsa. Se estaba lavando las manos, con la mirada puesta en diez sitios a la vez, supervisando cada detalle del servicio.

—Usted dirá, inspector. Iñaki me ha dicho que le trate como él mismo. —Busco información sobre Cristina Simancas. Fue camarera aquí. —Sí, la Cris. Estuvo un año con nosotros. La despedimos hace seis meses porque traía una clientela que no nos gustaba. Unos tipos fuertes como el vinagre y con pinta de rumanos o rusos, ruidosos. Uno de ellos era su novio. —¿Algún nombre? —Creo que al jefe lo llamaban Stoff o Retrovisor. Y había otro, un tal Justov. Pero espere, Recio, el chaval que servía con ella, quizá sepa algo más.

Recio vino presuroso, secándose el sudor. —Yo le oía decirle «el Retri», Inspector. Solo sé eso.

Salí de allí con los nombres reanotados en mi libreta. Caminé hacia el coche mientras el sol de la tarde empezaba a apretar de verdad. En mi cabeza, el eco de esos apodos impronunciables chocó con la pista que me había dado Bea: «una fiesta en un yate de esos grandes». Repasé mentalmente el mapa de Puerto Sherry. Lo conozco; sé qué barcos navegan y cuáles solo sirven de picadero

flotante. Una silueta se me cruzó por la mente: el Tsar. Un yate pretencioso, siempre con las persianas bajadas, fondeado con esa quietud sospechosa de los barcos que ya no huelen a mar, sino a escondite. Era un tiro al aire, un presentimiento, pero a estas alturas no tenía balas mejores. Marqué el número de la torre de control de Puerto Sherry.

—Carlos, por favor —dije en cuanto atendieron.

Sonaron tres pitidos y enseguida contestó.

—Hombre, Víctor. ¿Ya echas de menos las vistas desde aquí arriba?

—Hola, Carlos, aquí estamos en la lucha diaria… oye… necesito que me refresques la memoria con el Tsar. Aquel barco tan coqueto… —Está muerto, Víctor. Lo decomisó la AEAT hace meses porque apareció abandonado en aguas de la bahía. Ahora mismo está en el varadero, acumulando salitre y facturas de estancia. — Pásame el registro de los últimos dueños por email. Y otra cosa… ¿Te suenan los nombres «Retrovisor» o «Justinov»? ¿Podrían ser los mismos que preguntaron por Dioni?

Carlos guardó un breve silencio al otro lado de la línea. —Quizás, Víctor, pero no oí nombres. Y el vehículo, como ya os dije cuando vinisteis a la torre, no era un BMW. ¡Cuídate! Y colgó, dejándome con cara de idiota.

Regresé a la comisaría. El correo llegó minutos después, justo cuando aparcaba. El Tsar pertenecía a una sociedad limitada ubicada en Alicante. Consulté el registro mercantil en el mismo móvil; la nota fue tan simple como rápida: Sociedad disuelta hace tres años. Sin administradores actuales, sin activos, una cáscara vacía.

Entré en el edificio cojeando y, antes siquiera de llegar a mi mesa, llamé a Justo a gritos. Vino asustado, creyendo que me había pasado algo grave. Sin decir palabra, le puse mis notas de la libreta delante.

Justo las vio con los ojos como platos, procesando la información a toda velocidad mientras intentaba descifrar mi letra de médico en tensión.

—Ajá… —. Entiendo.

—Pues ya sabes —le solté—. Un tal «Retrovisor», un «Justov o Justinov» y una sociedad en Alicante que ya no existe pero que fue dueña de ese barco. Sigue el hilo de Alicante y mírame esa sociedad. Quiero saber quién firmó la disolución de la sociedad, su administrador… todo.

CAPÍTULO 32

El último héroe: Crónica desde el Gulag

Las piezas no encajaban, como en tantas historias que quedan incompletas, ocultas bajo capas de tiempo, intereses y silencio. No era la primera vez en mi carrera que me encontraba en un laberinto de secretos, y sabía que a veces las respuestas se escondían no en lo evidente, sino en los sacrificios del pasado. Porque el presente es solo una consecuencia de lo que ocurrió antes. Y, en el caso de aquella familia rota —la de Javier, el preso del penal, y sus hermanos —, el pasado aún tenía cuentas pendientes con el futuro.

En otro frente, a miles de kilómetros de allí y a unos pocos años de la barbarie fratricida, un hombre de su misma sangre combatía en un conflicto que lo devoraba todo. Félix, el hermano de Javier, atrapado en la inmensidad blanca del invierno ruso, enfrentaba no solo al enemigo, sino también la certeza de que, en cualquier momento, su nombre podría convertirse en una línea más en un informe de bajas.

Lo que en el penal se escribía con tinta, en el hielo de Krasny Bor se sellaba con sangre.

A la compañía no le quedaba apenas munición. Teodoro y los suyos habían agotado la de las automáticas, la de las pistolas, las granadas de mano, la de los morteros… Solo les quedaba la bayoneta y el cuchillo para el cuerpo a cuerpo. Como un aguijón de abeja o una bala perdida, le vino a Félix a la memoria la resistencia numantina y la de Blas de Lezo e imaginó, fugaz, que podía ser otro de los héroes de la historia de España. Félix creía con firmeza que había nacido para ello y que debía morir allí y que entonces, solo entonces, sería recordado para siempre, como Aquiles o Alejandro Magno.

En ese propósito se encontraban unas trescientas almas que se apiñaban en la última zanja que quedaba sin agujerear por los obuses soviéticos. Estaban exhaustos, sedientos, hambrientos, pero

con la moral alta. Sabían que habían detenido el ataque y que fue gracias a ellos, a los españoles de la División Azul. Félix miró como pudo a su lado a su compañero de armas, que le devolvió una mirada gris, vacía, que clamaba, gritando en noble silencio, piedad y descanso.

Teodoro miró a Félix, miró hacia atrás y vio un puñado de españoles aguerridos dispuestos a morir por su patria y por él. Cuando estaban a punto de salir de la zanja y dar su última batalla al grito de «¡adelante!» de su capitán, los rusos sacaron una bandera blanca. Estaban a unos cien metros. Podrían aniquilarlos en unos minutos, pero les costaría el doble de víctimas que a los españoles. Félix se figuró que tendrían que estar cansados, muy cansados, tanto o más que ellos, porque ese día cayeron de los suyos más del triple que de los nuestros, que aún yacían amontonados a pocos metros de nuestra zanja. Por eso pedían parlamentar.

Teodoro agitó de inmediato un pañuelo blanco, teñido de rojo, que sacó de su pecho y lo ató en la bayoneta como pudo, alzándola. Fue entonces cuando notó el calor producido por el agujero de bala que atravesaba la parte inferior de su hombro. Sangraba, pero no lo suficiente. No le habría tocado el pulmón, pensó.

En ese momento, un oficial ruso ajeno al disparo furtivo les habló en español. Un intérprete. Sabía que eran españoles y no alemanes. —Ríndanse. No tienen escapatoria. Ríndanse y serán bien tratados. No les haremos daño.

Hubo un silencio y unos murmullos que sonaron como gritos. —No nos rendiremos —dijo el sargento Rojas—. ¡No dejaremos que esos mierdas de comunistas nos esclavicen y nos hagan unos proletarios de mierda!

El silencio se interrumpió con algunas voces que al final del grupo lo alentaban, mientras otros murmuraban quién sabe qué. Teodoro se abrochó la gabardina y se atusó el cuello. Salió a pecho descubierto con el fusil en alto. —¡Nos rendimos! —gritó todo lo fuerte que su garganta pudo.

Miró hacia atrás y vio muchas caras mirándole, algunas desilusionadas y otras agradecidas de que hubiera puesto fin a ese

infierno.

«Íbamos en grupos de quince en los camiones de transporte de soldados rusos. Hacíamos una fila que no levantaba polvareda a pesar de ser un camino tan angosto. El frío no dejaba que la nieve se descongelara y esta atrapaba el polvo del camino, formando una espesa capa de mugre en el asfalto. Conforme avanzábamos, la nieve iba derritiéndose en el camino a Cherepovets, el campo de trabajos forzados más cercano de donde fuimos capturados.»

Durante el camino hicieron paradas para beber agua. Les daban algo de comer, una especie de potaje blancuzco que sería pan mojado con algo de carne. Los obligaban a hacer sus necesidades cada cinco horas de camino a solo unos diez metros de los camiones y todos juntos, a punta de fusil. Los rusos los trataron bien, les dieron ropa y alimentos que, aunque escasos, fueron suficientes para sostener su moral alta.

No sabían lo que les esperaba allí, pero sí sabían que los campos se crearon antes de nuestra guerra civil y eran conocidos por lo duro del trabajo al que los prisioneros, sobre todo políticos, eran sometidos. En cada parada hablaban entre los pelotones, organizando un sistema de comunicación para informarse de cómo y dónde los llevaban. Dividieron los grupos en tres porque tres eran los compatriotas que comprendían y hablaban el ruso y se encargaban de entablar toda la amistad que era posible en esas circunstancias, intentando empatizar con los captores para intentar averiguar lo que sabían.

Desde que se rindieron, habían transcurrido catorce días. De los trescientos tres apresados sobrevivieron doscientos noventa y seis. «Los rusos nos respetan y nos dieron lo justo por el camino hasta el Gulag para no morir de hambre, de sed y de frío», anotó Félix en su cuaderno que, como él, había sobrevivido a la masacre, con tantas heridas como páginas rotas.

Llegó el momento. Cruzaron la valla del campamento. Atrás dejaron un pasado, la batalla para ellos ganada y para los españoles también. Delante, un futuro incierto. Al parar el camión, les

conminaron a bajar, ejecutando con fría exactitud el protocolo de internamiento en el campo, del que solo vieron alambradas desde la parte trasera del vehículo. Los alinearon y al instante se hizo un recuento. Un sargento lo dio por bueno.

Una vez formados, un coronel paseó a lo largo de los españoles que formaban de dos, separadas por una zancada. Se paseaba muy cerca de ellos, rozando su aliento y de vez en cuando se paraba para mirar fijamente a los maltrechos rostros de los soldados con un aire entre altivo y despreciativo, dejando claro quién mandaba allí.

Teodoro supo entonces que estaba buscando el rango más alto. Le buscó sabiendo de su superioridad y en un español afrancesado le preguntó: —¿Es usted el teniente Teodoro Palacios?

—Sí, Capitán Teodoro Palacios —le dijo, cuadrándose y sacando todo el pecho y orgullo que pudo, hasta el punto de que parecía descoyuntarse.

El coronel, bien enfundado en un abrigo impropio del uniforme bolchevique, le dijo: —He oído hablar de usted. Dicen que es un héroe. Me alegro de que lo hayamos capturado. Si los alemanes fueran tan bravos como los españoles, ya hubiéramos perdido esta guerra.

Se dio la vuelta y los dejó allí. Volvió al barracón donde ondeaba la bandera bolchevique que, luciendo la hoz y el martillo, revoloteaba gracias al viento de verano siberiano. El sargento les dijo que rompieran filas en ruso. Al ver que no lo hacían y al entender que no le habían comprendido, miró a Teodoro para que transmitiera la orden; a su vez, miró a Félix, de igual manera, para que reorganizara los tres grupos, y siguieron en perfecto orden al sargento.

«Llevábamos tres meses en Cherepovets», escribía el teniente Félix García Palacios, que junto con su capitán era el único que glosaba sus desventuras desde Krasny Bor.

«Por tercera vez dirigimos una instancia al coronel para protestar del trato dado a uno de mis soldados. Había consumido una ración más de agua que sus compañeros gracias a la amistad trabada con

uno de sus carceleros, con el que hablaba a ratos a la hora del rancho que servía. Lo llevaron por segunda vez al calabozo húmedo después de ser aporreado, con las manos atadas. El calabozo era un agujero de piedra maciza con un portón de hierro enmohecido, con tanta humedad que sus paredes chorreaban agua, y en el que permaneció dos días, sin agua ni alimentos, con el agravio de no poderse recostar por el frío del suelo desnudo. Cuando lo sacaron, parecía un cadáver momificado.»

Nuestro médico, Fuster, ya estuvo en el gulag de Lubianka y, como casi todos, sufrió torturas. Les contaba a sus pacientes que durante meses, por la noche, lo mantenían despierto para hacerle preguntas y, por el día, al estar prohibido, no podía dormir. Ni el más valiente se salvaba de una confesión. Los rusos buscaban que dijeras quién eras y cómo habías combatido contra ellos.

En el campamento de Cherepovets también había mujeres y niños. Y republicanos. Al llegar al campo un alférez, José del Castillo, al poco de llegar al gulag junto a sus compañeros, reconoció al grupo de españoles en el campo, un grupo que integra mujeres y niños con mal aspecto, desnutridos y sucios.

—¡Viva España! —gritó el alférez al reconocerlos.

Un viva que no fue correspondido por los republicanos que fueron exiliados de la Guerra Civil, que, tras la caída de Francia en la Segunda Guerra Mundial, fueron trasladados a Berlín. Supieron aprovechar el asedio soviético a la capital alemana para huir y asaltar la abandonada embajada española, donde izaron la tricolor. Todos ellos fueron detenidos por los rusos creyendo que eran los embajadores de la España de Franco y no fueron capaces de cambiar de idea a los soldados comunistas. Fueron enviados a Moscú y, finalmente, aquella larga andadura que comenzó cruzando la frontera de Francia culminó en las cárceles rusas junto a los divisionarios que habían combatido contra ellos.

Teodoro se hizo eco de dicha historia e inmediatamente tomó cartas en el asunto poniéndose en comunicación con ellos. No fue fácil acercarse. Dio la orden a Félix, que hizo varios intentos hasta que un grupo de republicanos, todavía recelosos, se les acercó.

—Dejemos las diferencias políticas. Todos somos españoles. Y eso basta —le dijo Félix a Josep, soldado republicano capturado en la embajada de París.

—Podríamos estar prisioneros mucho tiempo y es conveniente que nos ayudemos y hagamos causa común para sobrevivir —le comentó Félix a Josep, con el que a la postre le uniría una gran amistad.

Josep comentó a Félix en esos días que él era el cabecilla del grupo de españoles que no eran prisioneros de guerra, que, salvo él, no eran soldados, sino internados y que, por lo tanto, entre otras cosas, tenían derecho a negarse a hacer los trabajos forzados del campo. Teodoro se hizo eco de esa reivindicación y de otras y dirigió un escrito a Moscú exigiendo que se cumplieran sus reivindicaciones o, en caso contrario, se pondrían en huelga de hambre, la compañera, junto a la muerte, inseparable del Gulag.

A pesar de que los rusos comían sus propios cadáveres, el canibalismo no cundió entre los españoles; de eso se cuidaba mucho Teodoro, de alentar a los suyos para no caer en esas deshumanizadas prácticas. A pesar de ello, morían en el campamento de treinta a cuarenta hombres de hambre a diario. Félix comentaba a los suyos que la carne humana congelada no era tal; tenía un aspecto ennegrecido o morado que producía náuseas, no siendo más que pasto para las alimañas. Al descongelarse, se cubría con sal para facilitar el derretido del hielo y la ingesta. Los trozos de carne provenían del despiece de los cuerpos que yacían acumulados en la fosa común, en la que podían permanecer meses enteros sin descomponerse.

Félix sugirió a Teodoro que ordenara a sus soldados que renunciaran a una parte de sus escasas raciones para repartirlas entre los niños republicanos, que eran a la postre los que más sufrían la escasez de alimentos. Comunistas, republicanos y franquistas se convirtieron en españoles en la convivencia común de la desgracia, hasta que finalmente los españoles republicanos fueron enviados a un campo filial a pocos kilómetros. Josep se quedó en el campo y lamentó su partida al tiempo que decían que qué sería de ellos sin la protección del Capitán Teodoro.

Félix comentó en su diario que él, por medio de un teniente rumano, envió una carta a sus antiguos compañeros de aquel campamento, sugiriendo la idea de que hicieran una colecta de azúcar, leche y pan para los niños y las mujeres. Dicha petición fue rechazada por los mismos republicanos en favor de los divisionarios como contraprestación a los favores recibidos por ellos.

Las enfermeras, Mercedes Milá, María Luisa y Marilú, se afanaron en cuidarlos y atenderlos con las pocas medicinas de que disponía la enfermería del gulag. Mercedes era su jefa. A diario atendían a los soldados afectados de tuberculosis, neumonía, gangrena, disentería y otras enfermedades que surgen por la pésima alimentación y las condiciones de vida.

Pero no solo las enfermedades amenazaban a los presos de Lubianka. Las torturas eran continuas. A la del calabozo húmedo se sumaba la del «calabozo ardiente», un habitáculo que los rusos se afanaron en sellar para que contuviera el calor producido por troncos incandescentes que, con agua, producían un insoportable calor que deshidrataba al torturado durante los dos días que estaba el soldado en él. El carcelero ofrecía por la mirilla un cuenco de agua al prisionero para luego arrojarlo al suelo.

Más allá, al otro lado del barracón, se encontraba el «calabozo frío», que con un ventilador conectado al generador introducía por un tubo el aire gélido del exterior que acelera el del exterior, convirtiéndolo en un témpano que producía un frío irresistible. Los rusos los elegían al azar. Aquellos que tuvieron la mala suerte de ser torturados en su mayoría no habían hecho nada para merecer tal castigo. Habitualmente utilizaban en la sala de interrogatorios una mesa de doble tapa para aplastar los dedos y toallas mojadas en agua y sal para propinar palizas. Les preguntaban de dónde eran, su rango y qué posiciones tenían en la división antes de la batalla de Krasny Bor, cómo y si echaban de menos a sus novias, mujeres o familia, a las que decían violarían y matarían cuando conquistaran Alemania.

Josep Rubens Carreras se despidió de Teodoro y sus divisionarios y, en especial, de su amigo Félix, al que llamaba «hermano». Todos fueron trasladados al campo de Járkov sin saber aún que recorrerían

hasta su repatriación los gulags de Moscú, Suzdal, Oranque, Potma, Járkov, Borovichi, Rewda, Chebacof y Vorochilogrado. Ninguno volvería a saber del otro hasta que, a su vuelta a España, después de once años, en 1954, cuando Teodoro pidió al ministro de la Guerra español la repatriación de los sesenta y nueve españoles que seguían sufriendo en los campos soviéticos.

Los repatriados fueron pasando en fila, nombrados por un soldado ruso. Hacía un año que Stalin había muerto, pero ellos no recordaban el día ni la fecha. Les comunicaron la repatriación a través de uno de los enlaces de los que, desde que los encarcelaron, se comunicaban con nuestros traductores. Los montaron en tres camiones, atravesando Rusia durante dos semanas. Viajaban hacinados y les daban agua, pan y trozos de carne magra.

Cuando llegaron a Odesa, pudieron vislumbrar al alba, al final de la estación, la bandera de la Cruz Roja, la bandera de la libertad. «Todos lloramos por dentro, de alegría y esperanza. A través de dos rusos que iban pronunciando nuestros nombres, fuimos pasando uno a uno y alcanzando la pasarela que unía la cárcel infinita con la nave de la libertad», contó Josep a su vuelta a España.

«Junto al buque, que marchaba hacia el sur desde el Mar Negro, se alejaba Rusia. Me asomé a la borda del Semíramis, el buque que nos llevaba a España. Tenía la sensación de que estaba cruzando el mar de Anubis. Como Hades, llevaba las almas de mis compañeros de vuelta a casa; veníamos de la muerte e íbamos hacia la vida. Como compañeros de viaje, muchos de ellos compartiendo camarote, todos los republicanos, pilotos, soldados comunistas… Españoles que compartieron penas en el Gulag. Hicimos escala en Estambul, donde fuimos recibidos por el embajador español, que nos dio un abrazo a los doscientos ochenta y seis españoles que pisamos tierra», escribió Félix en su diario.

El embajador no podía entenderlos cuando les dio la bienvenida porque, según él, «hablaban muy bajito, como con miedo» y que «apenas movían los labios al hablar». El embajador no sabía ni por asomo las adversidades que habían soportado y que habían influido no solo en sus gesticulaciones, sino en el propio carácter de los presos.

«El 2 de abril, esta vez sí sabía la fecha, arribamos a Barcelona, donde fuimos recibidos por una multitud. Nada volvió a ser igual. Todos los prisioneros con los que mantuve contacto trataron de rehacer sus vidas. Muchos de mis amigos de la División Azul lo hicieron, unos con honores, otros con agravios… Me carteé durante años con muchos de los comunistas, siguiendo sus vidas y ellos las mías y viendo cómo poco a poco las iban rehaciendo sin que el régimen les hiciera el menor daño. Me carteaba no solo con mis compañeros de armas y amigos, sino con mis enemigos, algunos de los comunistas que diez años atrás matábamos, que se convirtieron en el infortunio, en hermanos de sangre. Especialmente mantuve una gran amistad con Josep, soldado republicano que combatió en la guerra civil como yo. Él y todos los demás comprendieron, porque lo sufrieron, la verdadera cara del comunismo».

«En más de una ocasión yo mismo intercedí para que dejaran de acosarlos y recordarles su pasado y me consta que todos los miembros de la División Azul repatriados hicieron lo mismo: defender a los españoles».

Félix mencionaba en las postrimerías de su diario cómo llamó a su capitán Teodoro para que intercediera por su amigo Josep, el soldado republicano acusado por los soviéticos de espionaje que huyó a Rusia desde la embajada española en París cuando la ocupación nazi. Gracias a su intercesión, fue excarcelado en España y se conmutó su pena.

Durante aquellos años en el Gulag, Josep solía hablar con Félix sobre el hijo que había dejado en España, apenas un bebé cuando lo detuvieron. En las largas noches siberianas, mientras Marilú cuidaba de los pacientes en la enfermería, ambos hombres compartían sus miedos y esperanzas.

—Si salgo de aquí —le decía Josep a Félix—, quiero que mi hijo aprenda que la justicia está por encima de las ideologías.

Félix asentía, pensando en cómo el Gulag había borrado las fronteras entre vencedores y vencidos, entre azules y rojos, dejando solo españoles que se cuidaban unos a otros.

Años después, cuando Sebastián creció entre los silencios de su padre y las miradas cómplices entre los antiguos prisioneros que

frecuentaban su casa, fue absorbiendo sin saberlo aquella lección del Gulag. Cada domingo, en la sobremesa familiar, observaba cómo su padre y sus «tíos» —antiguos divisionarios, republicanos, hombres de bandos opuestos— compartían pan y memoria, construyendo puentes sobre las grietas de la guerra.

Josep nunca olvidaría a Teodoro ni a Félix, el más valiente y aguerrido soldado que, a pesar de pertenecer al otro bando, lo daba todo por todos sin mirar las consecuencias. Lo escribiría años más tarde en sus memorias, aquellas que su hijo Sebastián encontraría un día en el desván familiar, junto con las cartas que su padre intercambió durante años con aquellos antiguos enemigos convertidos en hermanos por el Gulag.

La toga de juez le llegaría a Sebastián como una segunda piel, quizás porque llevaba la justicia grabada en el ADN, no la justicia de los vencedores o los vencidos, sino aquella que había nacido en los barracones helados de Cherepovets. Allí donde los hombres aprendieron que la verdadera batalla no era entre izquierdas y derechas, sino entre la dignidad y la barbarie.

A sus treinta y seis años, cuando alcanzó el Tribunal Supremo en 1972, nadie podía imaginar que aquellas viejas deudas de honor contraídas en los campos de Siberia acabarían tejiendo una red invisible que conectaría el pasado con el presente, la guerra con la paz, la venganza con el perdón.

CAPÍTULO 33

El Epítome

Las primeras lluvias de abril limpiaban el polvo del sur, convirtiendo la tierra en un barro denso y rojizo. Desde el aire, las parcelas de la bahía parecían un tablero mal armado: manchones verdes de cultivo, extensiones de salina muerta y, cortando el paisaje, una cicatriz de asfalto recién abierta.

La finca de San Pedro no era solo una propiedad de recreo; era el corazón de un organismo mucho más complejo. No eran los suelos fértiles lo que justificaba los trece millones de euros, sino su salida al mar: discreta, controlada y ciega a las preguntas incómodas. Una operación inmaculada en la superficie —sociedades pantalla, testaferros locales y notarios de pueblo con la firma floja— que servía de dique de contención para el dinero sucio.

Al otro lado del océano, en Washington, los analistas de la DEA observaban el movimiento en silencio. Y en medio de esa maraña estaba «El Doro». Un peón con movimientos que no cuadraban. Para la Guardia Civil, era la hebra de la que tirar. Cuentas opacas, cafés en gasolineras de madrugada, entradas y salidas en muelles donde las cámaras siempre fallaban. El sacrificio necesario.

La operación final se desplegó al amanecer. Pero cuando los agentes reventaron las puertas blindadas, la finca devolvió un silencio hueco. Los señores de la droga se habían esfumado. Solo quedaba el eco de una fiesta interrumpida: unas copas de cristal de Bohemia rotas sobre el césped, botellas de Dom Pérignon y un extraño olor acre a cloro. Y allí, en medio del escenario desierto, estaba El Doro. Solo y esperando, como un regalo envuelto para la fiscalía.

Desde una colina cercana, protegido por unos prismáticos de largo alcance, un hombre observaba la escena. Vio cómo esposaban al peón mientras los verdaderos reyes del tablero ya estaban lejos.

No era la primera vez que veía caer una finca. Cádiz era solo el principio.

Sacó un teléfono satelital y marcó un número seguro del CNI. Soltó una sola frase, seca: —Pichón en la jaula.

El interlocutor cortó la comunicación. Segundos después, sonó otro teléfono. Esta vez contestó Romualdo Vega. —De acuerdo —fue todo lo que dijo Vega.

Antes de colgar, añadió en voz baja, con la solemnidad de un contrato sellado: —Nosotros ya hemos cumplido. Ahora, que ellos cumplan con su parte.

CAPÍTULO 34

Ruido

La casa estaba caliente y revuelta. Me quité la chaqueta y la dejé caer sobre el sillón con hartazgo. La tarde era sofocante, el aire del salón, inmóvil. El calor se negaba a ceder y mi dermatitis, implacable, me recordaba que el estrés nunca olvida.

No pasaron cinco minutos cuando sonó el timbre.

Era Marta. Una belleza que no pide permiso y que, bajo la luz del pasillo, resultaba casi insultante. Llevaba el pelo recogido, acentuando la arquitectura de su rostro.

—¿Interrumpo? —preguntó, aunque ya estaba dando un paso hacia el interior. —Nunca. Sírvete lo que quieras; la cocina está al fondo.

Marta asintió y pasó directamente. Oí el traqueteo de la nevera y, poco después, el chasquido seco y metálico de dos latas de Coca-Cola. Regresó al salón y me tendió una, sentándose en el extremo del sofá con sus carpetas. Mantuvo una distancia de seguridad que ambos respetábamos como un pacto de no agresión.

Me senté en el escritorio de Ikea. Al abrir mi portátil para volcar los datos que me había dado Carlos, vi una notificación en una cuenta de correo secundaria que apenas usaba. El asunto era una sola palabra, en mayúsculas: ALICANTE.

Qué extraño. Hacía menos de una hora que le había soltado a Justo la pista de la sociedad disuelta del barco Tsar. Abrí el mensaje. Era un archivo de texto plano, sin formato:

«La SL de Alicante no murió hace tres años, Ros. Solo cambió de piel. El dinero que salió de ese varadero no fue a parar a un fondo perdido; fue el pago inicial para la logística en Algeciras. IMIB. Sigue el rastro de la 'Operación San Pedro' y verás que el Cuervo no estaba cazando narcos, estaba escoltando el capital de los rusos. No dejes que Vega te cierre la carpeta ahora que has tocado el nervio.»

—¿Víctor? Tienes la cara de quien acaba de ver su propio entierro.

Marta dejó su lata sobre la mesa. Sus ojos verde grisáceo se entrecerraron, analizando mi rigidez. Bajé la tapa del portátil de un golpe seco. —Basura —mentí, intentando que mi voz sonara indiferente—. Un confidente que cree que la SL de Alicante tiene que ver con un caso de contrabando. Nada serio.

Marta me sostuvo la mirada un segundo más. No dijo nada, pero ella sabía que mentía, y yo sabía que ella lo sabía.

Alguien me había ofrecido una pista y la verdad es que el anonimato del mensaje, tan poético como enigmático, me inquietaba tanto como el hecho de que fuera anónimo. Lo cierto es que era una pista, y no dudé en seguirla: la brújula apuntaba directamente al corazón de la Provincial. El "nido del cuervo" no era una oficina; era el rastro del dinero que conectaba dos lugares que se cruzaban en mi vida de forma tan repentina como inesperada.

CAPÍTULO 35

La humedad del sur

El aire acondicionado seguía encendido desde la tarde anterior. Me lo había dejado puesto. Otra vez. Dentro, el ambiente, con un frío cortante en la garganta, aún conservaba la humedad. Los hongos persistían en los muros como lapas, resistiendo el calor de agosto y la pesadez omnipresente.

Oigo el portazo. Marta se fue sin hablar. Sabía que le ocultaba algo grave. Mi actitud esquiva y mi mirada en la nada confirmaban el problema. Se marchó para evitar otra mentira. Casi lo agradecí.

Busqué aire fresco abriendo el ventanal. Me senté de nuevo en el sofá, con el móvil en la mano, dándole vueltas al contenido de LIMPIEZA.pdf, un archivo cuyo nombre ya resultaba enigmático.

El email del remitente, encriptado, era un muro seguro infranqueable, pero el texto hablaba por sí solo. Esa forma de conectar el varadero de Alicante con la logística de Algeciras y señalar directamente a IMIB no era fruto de la imaginación de un aficionado; apestaba a información privilegiada, a alguien que mastica el rencor desde un rincón de la Provincial. ¿Por qué tanto interés en que me meta en este barrizal? Ya tengo bastantes frentes abiertos. Aunque igual todo es parte de lo mismo: la chica del pantalán, la rica y los rusos. Nada encaja.

Una idea vino a mí sacándome de aquellos pensamientos: Andrés Luis. Al fin. Como jefe de Vigilancia Aduanera, Andrés es un híbrido útil: mitad burócrata de Hacienda, mitad policía frustrado. Y mi compañero de windsurf, claro. Si el rastro de Algeciras era real, nadie mejor que él para confirmarlo. Los de Aduanas suelen oler esa mierda antes que nosotros.

Marqué el número. Me dio las buenas tardes con su acento vallisoletano, tan correcto y tan para adentro. Siempre hablaba igual: amortiguado, acolchado. Un tono que me exasperaba particularmente. Tras los saludos de rigor, me soltó que estaba de

vacaciones en Francia con su mujer. Volverían a finales de agosto. Perfecto, pensé con sarcasmo. Todo el mundo de vacaciones mientras yo me hundía en este lodazal.

Tiré de tópico, conteniendo mi cabreo y midiendo mucho mis palabras. No podía decirle: «Oye, tengo un correo que dice que el Comisario Provincial está a sueldo de los narcos». Tenía que ser sutil.

—Te llamé porque tenía una duda de trabajo… —Empecé. —Dime —respondió, seco. Su laconicismo me crispaba los nervios. —Tenemos un caso que podría ser un asesinato por venganza de narco local… pero me ha llegado un rumor. Una fuente que no tengo contrastada me habla de gente del Este. Rusos. Inversiones en la zona. Yo pensaba que por aquí esa gente no estaba operativa… ¿Lleváis algo de esto?

Hubo un silencio al otro lado. —Verás… sí y no. Joder. En vez de vallisoletano parecía gallego. Noté cómo se me encendía la sangre. —Estamos informados de que se ha establecido en Marbella y Cádiz un clan nuevo —continuó, bajando un poco la guardia—, relacionado con tráfico de drogas y blanqueo. Pero estamos empezando a abrir esa línea. No tenemos informantes fiables con los rusos. Para nosotros es terreno nuevo.

—Ya… terreno nuevo —repetí, haciéndome el tonto—. Por cierto, cambiando de tema… ¿Sabes algo del lío de Morales? Últimamente su nombre suena demasiado en los pasillos… y se le relaciona con gente de arriba. ¿Y de Alicante?

Era otro tiro al aire. Morales era un nombre; "Cuervo" era el alias del correo. Necesitaba ver si saltaba la liebre. Hubo una pausa más larga esta vez. —Morales… Algo he oído. Lo que sí puedo decirte es que la UDECO ha pedido información patrimonial a la AEAT sobre él. Y sobre Romualdo Vega.

—¿Romualdo?

—Sí. Discrepancias fiscales. Pero ya sabes cómo va esto. Cuando empiezan a tirar del hilo, nunca es solo por eso.

Ahí estaba. El anónimo decía dinero sucio. "Discrepancias fiscales", decía Andrés. Demasiados cuchicheos sobre Romualdo. Recordé su BMW, que no era barato. Se comentaba que estaba

ganando dinero con criptomonedas y sus visitas a esa sala de masajes en Jerez. Demasiada ostentación para su sueldo. Y ahora esto. Si el "Cuervo" del correo era un comisario provincial, Romualdo era su mano derecha, o quizás… quizás Romualdo era el nexo.

Colgué con rabia. Andrés Luis le daba veracidad al anónimo, y eso me ponía los pelos de punta. El rastro digital indetectable, así que me sentía como una marioneta a la que empujan contra el Comisario.

Daba igual. El plano no servía de nada si no me atrevía a pisar el terreno. No iba a encontrar al culpable tecleando. Tendría que hurgar, a husmear: a Algeciras. Aceptar el envite. Para saber quién paga la cena, hay que tener el valor de sentarse a la mesa.

CAPÍTULO 36

La traición (II): Pactos en la sombra

Las deudas del pasado rara vez desaparecen por completo. Persisten como cicatrices: invisibles para algunos, imposibles de ignorar para quienes las cargan. En el penal, donde los pactos se tejían al filo del miedo y de la necesidad, esas cicatrices adquirían formas más brutales. Allí la traición no era solo una posibilidad: era una moneda de cambio.

Los fantasmas que despertaban a Ramón en sus pocas horas de sueño fueron disipándose tras su confesión. «No seré el primero ni el último», se repetía, desnudándose de remordimientos como quien se quita una camisa húmeda. Delatar a un compañero, a un amigo, incluso a un familiar, era la única salida para muchos. Y él no iba a ser menos. Aun así, tuvo dudas sobre la ejecución de su macabro pacto. Sobre todo porque su estancia en el penal se estaba prolongando más de lo pactado.

Habían pasado más de cuatro meses del alzamiento y la toma del Puerto, y tres días desde aquel 13 de julio en el que Ramón acordara —dentro de la propia prisión— con Manuel Almendros López, cartero de profesión y preso por malversación, las condiciones de la declaración que sellaría su destino. El pacto, decía Manuel, había sido refrendado «por el mismo Domingo», jefe local de la Falange y hermano de Fernando, liberado tras el golpe y nombrado jefe de la primera escuadra falangista portuense.

Ramón ya había sido condenado por la República dos años antes por estafa y apropiación indebida. Fue en esa misma prisión del Puerto de Santa María donde trabó amistad con Domingo, que manejaba información privilegiada sobre la inminencia del golpe. Como muchos, Ramón comprendió que, tras el alzamiento, la etiqueta de indultado por el alcalde republicano le colocaría en una situación incómoda ante los golpistas. Así que jugó su carta:

protegerse y, de paso, consumar una traición que le reportaría dinero, influencia y estatus.

El pacto era sencillo. En el patio del penal, entre Ramón y Domingo, un apretón de manos selló el acuerdo: tras el levantamiento, a Ramón se le acusaría de colaboracionista por haber sido excarcelado días antes (aunque fuera por un delito apolítico), y volvería a prisión. Allí compartiría encierro con Javier García Palacios —que sería detenido como traidor y afín a la República— para construir la coartada perfecta. Pasados unos días, quizá semanas, el tiempo suficiente para que Javier no sospechara, Ramón se sometería a un interrogatorio ante un funcionario del penal y confesaría la supuesta complicidad de ambos, asegurando que Javier lo había empujado a oponerse al alzamiento.

A cambio, se le conmutarían sus condenas y se quedaría con la bodega familiar de Javier. El secreto del plan estaba garantizado con los implicados: Domingo Zamacola, falangista, y el director del penal, José María Cervelló. Ambos recibirían un pellizco de los beneficios durante cinco años de lo que sería la empresa de Julia, hermana de Javier, más un anticipo de ese mismo año.

La espera, aunque más larga de lo previsto, valió la pena. Cuatro meses bastaron para que Ramón se ganara no solo la complicidad de Javier, sino también su confianza. Javier, enfermo y hundido en una depresión profunda, aguardaba una sentencia favorable que limpiara su nombre, que borrara la calumnia, la ignominia de un delito inexistente. Sufría también la duda: la culpa de no haber sido realmente afín a los golpistas, de haber sido liberal, la culpa de no estar del lado de «ese Dios» que ellos enarbolaban como bandera, como excusa, como sentencia.

Eso le susurraba Javier a Ramón cada día en el penal, como un disco rayado, atrapado en un primer día de prisión que era siempre ayer, o quizá hoy. Allí el tiempo ya no tenía veinticuatro horas. En las noches —eternas, sin consuelo— no amanecía: solo entraba luz, pero el día seguía siendo el mismo, una repetición sin esperanza.

Durante esa convivencia de miseria, Ramón repetía su discurso, tan preparado como perverso. Lo decía convencido de que Javier se estaba quebrando. La locura ajena siempre tranquiliza la propia.

«Esto no es para ti, tú no deberías estar aquí», le susurraba, tejiendo un hilo de confianza falsa. «Cuando yo salga, te sacaré a ti».

Hablaban en voz baja porque los funcionarios apenas permitían conversaciones, a pesar del hacinamiento. En el comedor —donde más de cuatrocientos presos se apretaban— se hablaba como en una ola: un murmullo que avanzaba sin permiso. Javier comía cada vez menos y su desnutrición era evidente. Ramón insistió en que lo viera el médico, pero ni con su buena relación con el doctor Botello lo consiguió.

Servando, siempre cerca, lo vigilaba. Se movía como una sombra firme, acompañándolo a donde Javier no podía seguir solo, ayudándolo en tareas sencillas que su cuerpo ya no soportaba. Ramón sabía que Servando lo observaba con desconfianza. Ese era el verdadero problema. No, Javier. Servando García Palanca había ingresado en prisión antes que Javier y, aunque fue liberado días antes del alzamiento, fue de los primeros en ser devueltos al penal. Los golpistas necesitaban llenar el patio.

Conforme se acercaba el momento de ejecutar la fase final de su plan, Ramón sintió una mezcla de ansiedad y anticipación. Sabía que pronto tendría que enfrentarse al interrogatorio en el que delataría a Javier y sellaría su destino. La presencia constante de Servando añadía un riesgo evidente. Y Ramón se preguntaba si tendría que incluirlo también en su denuncia para asegurarse de que no interfiriera.

El penal del Puerto de Santa María era entonces un microcosmos de la España en guerra: un lugar donde la lealtad, la supervivencia y la moral se entrelazaban en un tapiz oscuro de miedo, favores, amenazas y silencios. Allí, cada palabra podía costar la vida. Y cada pacto, el alma.

CAPÍTULO 37

El fatal destino de Ivanna Dachuchenko y el ADN fantasma

El correo anónimo y la tensa charla con Andrés Luis me habían dejado una palabra repicando en la cabeza: Alicante. Si la maquinaria rusa de blanqueo había empezado en los varaderos del Levante antes de saltar a Algeciras o viceversa, necesitaba saber si nuestra muerta del pantalán venía de esa misma mierda. Hasta entonces solo teníamos un nombre: Rosa María Rendueles. Figuraba en su DNI, pero aquello parecía un callejón sin salida. El informe de Juanjo se había quedado en preliminar, como tantos otros que mueren antes de nacer, y lo poco que se sabía dormía en una carpeta sin dueño. Nadie quería saber más. Nadie, salvo yo.

Por eso llamé a José Luis, el de Estadística. De la base de datos oficial no iba a sacar nada más, pero del padrón histórico, tal vez sí.

—Lo que me pides es delicado, Víctor. El INE no suelta prendas así como así —refunfuñó. —No quiero datos actuales. Quiero el histórico del padrón. Quiero saber de dónde salió esta mujer antes de tener ese DNI —le corté.

Teclado. Pausa. Más teclas. —Aquí lo tienes. Alta en 2008 en Torrevieja: Ivanna Dachuchenko. NIE con Y. En 2010 cambia de nombre por nacionalidad española: Rosa María Rendueles. En 2011 ya figura con DNI. Nacionalidad original: Federación de Rusia.

Ivanna. Sonaba tan eslavo como la serpiente enroscada en la espada de aquel tatuaje que me perseguía desde el primer informe.

—¿Torrevieja? —pensé en voz alta—. Eso está por Alicante, ¿no? —le dije a Marta. —Sí. Costa Blanca, zona de jubilados y urbanizaciones fantasmas —respondió, sin despeinarse, mientras mojaba el churro en el café.

Alicante. El anónimo no iba desencaminado, y yo tampoco. Para más inri, y lo que más me ponía, era que ambas mujeres compartían la misma marca o tatuaje: en Ivanna —o Rosa María, según la

documentación— y en Cris. El trazo era similar, el diseño parecido. ¿Y si no fuera solo un adorno, sino un nexo? ¿Una firma con el mismo origen y el mismo propósito?

Por fin algo más sólido que la gelatina, pero demasiado líquido para los de arriba. Tan resbaladizo que, si lo tocaban, se les escurría entre los dedos. Yo mismo dudé un instante: seguir tirando del hilo o dejar de meter las narices donde nadie me había llamado. Pero ya era tarde para mí y para un cazador cuando huele a sangre. Mientras Marta masticaba otro churro con la indiferencia de Saturno devorando a su hijo, yo ya sabía que el caso no estaba muerto. Solo dormido. Y para despertarlo, necesitaba vincular a esos rusos y a su misterioso barco, el Tsar, con la chica de alguna forma tangible. Las identidades falsas y los tatuajes eran mensajes para iniciados, pero en un juzgado no son más que humo. Mientras Marta daba cuenta de sus churros con absoluta indiferencia, saqué mi teléfono y busqué en el informe forense uno de aquellos cabos sueltos que llevaba semanas picándome en la cabeza. No sabía si los de arriba habían intentado borrar esa prueba a propósito o si solo era una suposición mía, fruto de mi eterna paranoia, pero era lo único biológico a lo que podía aferrarme para atarlos a las rocas del muelle

Se encontró semen en el cuerpo de Rosa María Rendueles. La muestra fue remitida al IVI, donde trabaja mi primo Ale, director del laboratorio. Lógicamente, nadie puede identificar con certeza a un "propietario" de ese semen sin cotejos directos, pero algo me olía raro. Lo llamé, con la misma tensión de aquellos años pasados que seguían muy presentes en mi memoria, cuando la desaparición de María del Junco había vuelto a remover el lodazal del caso de 2011, el de Alica Cantalapiedra.

—Ale, necesito saber si ya tienes resultados de la muestra de Rendueles —le dije. —Sí. Se analizó hace unos días —respondió, bajando el tono—. Y hay algo que no debería decirte, pero dadas las circunstancias… —Dímelo igual. —Hay un match con un perfil antiguo, del 2011.

—¿Lo de Vista Hermosa? —pregunté, ansioso. —Exacto. El caso de la camarera muerta.

—Mira, Víctor, quiero que una cosa te quede clara —finalizó tras una pausa, con un tono que denotaba una mezcla de orgullo herido y cierta confidencia—. Yo realicé mi labor con aquel sumario. Analicé la muestra y remití el resultado, por mucho que se alegara que si no había pruebas, que si el informe nunca apareció… Desconozco qué hicieron con él en comisaría, pero como soy previsor, conservé una copia de seguridad de los datos brutos en mi archivo personal. Por si acaso.

Hizo una pausa antes de continuar: —Como te dije hace años… yo hice mi trabajo. Otra cosa es que se coteje siempre con nuestra base de datos, sobre todo con esa copia de seguridad que hice después de que tú me dijeras que no llegó mi informe. Y ahí estaba, Víctor. El perfil genético sigue ahí. Sin nombre, sin identificación oficial, pero es el mismo.

El silencio se sintió superpesado entre los dos. Aquel «error» —que ahora se confirmaba como sabotaje— había tumbado mi caso hace trece años. La teoría de que Ramón fue el último en ver a Alicia Cantalapiedra con vida se evaporó sin ese ADN que la sostuviera. Todo quedó en nada porque alguien interceptó el trabajo de Ale.

Colgué y me quedé mirando el móvil. Era imposible certificar un «padre» o un «propietario» del semen ante un tribunal usando una copia de seguridad privada, pero la coincidencia era inequívoca: el perfil genético era el mismo. El de Alicia, en 2011. El de Rosa María Rendueles, ahora.

La conclusión era clara, aunque inservible ante el juez: la misma persona estuvo con ambas mujeres antes de morir. Y esa persona, aunque el sistema hubiera borrado su rastro oficial, yo sabía quién era. Don Ramón.

Pero no podía tocarlo. La prueba era real, pero procesalmente nula. Poner a Ramón bajo el foco ahora sería imposible sin exponer a mi primo y sin admitir que mis jefes llevaban una década encubriendo un asesinato.

Marta, que había escuchado parte de la peligrosa conversación, seguía confiando en ella. Sin embargo, Ramón, yo y el secreto custodiado por el silencio del laboratorio, conocíamos la verdad: Ivanna Dachuchenko (o Rosa María Rendueles) había estado con

Ramón la noche en que su cuerpo apareció sin vida en las rocas de Puerto Sherry. Una vez más, y como había ocurrido trece años atrás, las pruebas habían sido sofocadas antes de que pudieran salir a la luz.

Bajé el volumen de Chopin. Dos cadáveres con la misma marca. Un perfil genético que sobrevivió en la sombra. Un nombre que dejaba de ser máscara. Todo se movía lento, como una corriente a punto de desbordar.

CAPÍTULO 38

La traición (III): El negocio del silencio

Decretada su excarcelación, se pondría en marcha la maquinaria administrativa propia de los tiempos de guerra, para operar el traspaso de la propiedad de un «traidor», Javier García Palacios, a manos de un «leal», Ramón Rodríguez de Bastidas. Un movimiento silencioso, sin estridencias. Documentos «secretos» que nadie conocería salvo los implicados, el notario encargado de custodiar el protocolo y los legajos del Ayuntamiento que, por seguridad, habían sido trasladados al penal.

El 30 de agosto de 1936, el boletín oficial, el diario oficial de la República, publicó la excedencia voluntaria del notario de Yecla, don Cándido Santos Esteban. Se marchaba por prosperidad familiar, según decía el anuncio. En su lugar, mediante decreto gubernativo, ocupó la plaza don Bernardo Rodríguez Salmerón, notario de Sanlúcar de Barrameda y afín sin disimulo a los golpistas. La jugada era perfecta: con un solo movimiento se aseguraban un fedatario dócil, capaz de dar cobertura legal a un traspaso que, por su propia naturaleza, no debía dejar huellas.

Una de las exigencias de Ramón a los falangistas era clara: Julia no debía sospechar nada. La trama requería que todos, especialmente ella, creyeran en la realidad que los autores del plan estaban fabricando. Tras la condena de Javier y su inhabilitación para ejercer actividad empresarial, él había perdido todo derecho sobre sus negocios. La titularidad pasó por defecto a su hermana Julia, ya por entonces prometida con Ramón.

¿Quién mejor para encargarse del negocio que el propio Ramón, novio de Julia y amigo —supuestamente íntimo— de Javier? Hombre de confianza, hábil en los números y con la experiencia suficiente para «proteger» aquello que Javier había levantado. Era, en apariencia, la solución lógica en tiempos turbulentos: un administrador temporal hasta que Javier fuese liberado, o hasta que

la guerra, por fin, terminara. Ramón encajaba en todas las casillas: conocía la bodega, contaba con la aceptación familiar y, como futuro miembro de la casa, tenía un interés personal en mantenerla a flote. La fachada perfecta.

Ese fue el argumento que, con frialdad profesional, presentaron dos falangistas uniformados cuando llamaron a la puerta del domicilio familiar, en calle Cielo número 23. Entregaron a Julia una notificación del gobierno militar y un documento del Registro Mercantil: la titularidad del negocio pasaba a su nombre, pero la administración quedaba legalmente en manos de Ramón.

Julia no se sorprendió. Incluso sintió cierto alivio. Creía, como tantos, que la detención de Javier sería pasajera. No sabía —nadie se lo dijo— que habían transcurrido cuatro meses desde su arresto… y un mes exacto desde la liberación de Ramón, ya purgado de toda culpa tras cumplir su parte del pacto.

La sentencia contra Javier llegó rápido: veinte años de cárcel por alta traición, dictados en un solo día por un juez militar auditor de la Base Naval de Cádiz, en julio de 1937. El tribunal lo encuadró como bolchevique, comunista, liberal, contrario al orden moral, mal empresario y peor cristiano. La fórmula habitual. Bastó con testimonios fabricados y declaraciones de desconocidos para justificar la expropiación de su bodega.

Como mujer, Julia no podía administrar bienes propios ni actuar en el tráfico mercantil. No había opción: debía designar un administrador. Y ese administrador —por designio del tribunal y por «prudencia familiar»— no podía ser otro que Ramón Rodríguez de Bastidas.

Así, la trama urdida por Ramón y sus cómplices se cerraba como un círculo perfecto: la coartada estaba construida, la apariencia de legalidad asegurada, el negocio familiar de Javier apropiado sin ruido y bajo la apariencia de una necesidad impuesta por la guerra.

La traición más eficaz es siempre la que no parece tal.

CAPÍTULO 39

El Apartamento

Fuimos al domicilio de Cris con la esperanza de encontrar lo que los forenses hubieran pasado por alto. El precinto seguía en la puerta, amarillento por el sol y acartonado por el calor, colgando triste como una bandera de rendición. Marta lo miró de reojo, escéptica.

—¿Seguro que merece la pena? —preguntó ella. —Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará —contesté, rompiendo el papel engomado y metiendo la llave que nos había facilitado el juzgado.

El silencio envolvió el interior del apartamento en el momento en que entramos, pero no era un silencio cualquiera; se sentía como un vacío. El piso, ubicado en un bloque de nueva construcción, era uno de esos de doscientos cincuenta mil euros inalcanzables para salarios de limpiadoras o camareras.

—Esto no es una casa, Víctor —murmuró Marta—. Aquí no vivía nadie de verdad.

Cruzamos un pequeño e inútil hall, de esos que los arquitectos modernos ponen para justificar metros cuadrados, y nos dimos de bruces con el salón. Aquello era un almacén de despropósitos, un depósito de pertenencias artificiales que chirriaban entre sí.

En el centro, destacaba un sofá de dos plazas de un verde rabioso, inconfundiblemente de Ikea y sospechosamente nuevo. Sobre él, se amontonaba ropa barata de mercadillo mezclada con prendas de Gucci o Hermès. Auténticas o falsas, imposible saberlo sin exhumar al propio Gucci, que debe estar ya tan tieso como Lagerfeld. —Dádivas —dije, tocando una seda que valía más que mi sueldo de un mes—. Todo esto son regalos. Pagos. Caprichos de quién sabe quién y por qué.

Frente al sofá verde, un mueble bajo esperaba una televisión que no existía. En su lugar, reinaba un jarrón de barro muy tosco, de esos que venden como souvenir a los que visitan Toledo, coronando

una alfombra sintética que parecía comprada en el chino de la esquina. La visión era chocante: la seda de Gucci junto a la alfombra de plástico era un verdadero agravio estético.

Antes de ir al dormitorio, echamos un vistazo rápido a la cocina. Era evidente que nunca se había usado. Muebles blancos, funcionales, puro Ikea otra vez. No había olor a comida, ni restos de grasa, ni un triste paquete de arroz. El único electrodoméstico visible era una Nespresso solitaria junto a un lavavajillas que aún conservaba los plásticos azules de fábrica.

Me acerqué a la cafetera y levanté la palanca. Cayó una cápsula seca. El depósito de agua tenía esa capa de cal de quien no lo ha fregado en meses. —Hacía mucho que nadie se tomaba un café aquí —murmuré—. O quizás el único que se lo tomaba era el visitante fantasma. Nada encajaba con la difunta.

Pasamos al dormitorio. La científica había vaciado los cajones, pero habían ignorado el altillo del armario, lleno de trastos viejos. Allí, entre unas mantas apolilladas, quedaba una vieja caja de puros, de esa madera chapucera que se astilla con mirarla. La abrí. A primera vista, solo contenía botones y carretes de hilo enredados. Basura. Pero pesaba demasiado para ser solo plástico y tela. Volqué el contenido sobre la cama. El doble fondo cayó con un golpe seco. Ahí estaban: cincuenta mil euros en billetes usados y el papel arrugado con el número: 632 456 345. Caligrafía torpe. Inconfundible. Me guardé el papel, que quemaba en el bolsillo.

La cama era otro decorado: colchón viscoelástico de gama alta, carísimo, pero vestido solo con una mediasábana raída, sin olor a suavizante. Una cama de lujo usada como un catre de urgencia.

—Los forenses han sido claros en el preliminar —comentó Marta, leyendo el informe con una mueca de disgusto. —¿Huellas? —pregunté. —Solo las de ella —respondió, tirando el informe sobre el colchón—. Hay restos parciales de un segundo sujeto, pero no hay match. No está fichado. Será un cliente, vete tú a saber. Un ciudadano "ejemplar" de los que nunca pisan comisaría... —Me miró y soltó una risita llena de sorna—. Aunque, conociéndote, seguro que tú ya estás pensando que es un pez gordo intocable, ¿a que sí?

Se cruzó de brazos, mirando alrededor con impaciencia. —Vámonos de aquí, Víctor. Este sitio me carga. Apesta a mentira.

—Espera —la detuve—. Echa un vistazo rápido al baño, por favor. Yo termino aquí.

Marta torció el gesto en una clara mueca de desaprobación, pero obedeció a regañadientes y entró al baño. Yo me quedé un instante en el dormitorio. No era miedo, era esa sensación pegajosa de estar violando la intimidad de un fantasma en un escenario de cartón piedra.

Desde el baño, su voz sonó diferente. —Víctor, ven a ver esto.

Entré y, ¡vaya sorpresa!, me encontré con un panorama propio de una película de Almodóvar: un cepillo de dientes casi nuevo en un vaso de plástico barato, sobre una repisa de cristal instalada con prisas. La ventana daba al exterior y entraba una luz cruda. No sé por qué, en mi cabeza encajó por algún motivo La luna llena de Muchachito Bombo Infierno, tal vez por el caos rumbero del sitio, así que improvisé un pasecito de baile ridículo frente al espejo. Marta me pilló in fraganti, me miró sorprendida y esbozó una sonrisa mínima. Un lujo en ella.

—Mira la cortina —dijo, volviendo a la seriedad—. Está rasgada. Y hay arena en el suelo. Alguien se duchó aquí con prisa. Sin jabón. Entrar, quitarse la sal y salir corriendo.

Volvimos al salón. Me fijé entonces en las paredes. Dos lienzos abstractos que desentonaban brutalmente con el jarrón de Toledo y la alfombra del chino. Les hice un par de fotos y se las envié a Antonio, mi contacto de confianza en el mundo del arte, un tipo que distingue un trazo maestro de una mancha de humedad a un kilómetro. A los dos minutos me llamó.

—Quillo, ¿de dónde has sacado eso? —Dímelo tú. —Son dos Salinas. Última época. Valen cuarenta mil pavos cada uno. Y no pueden ser falsos.

Descolgué uno con cuidado y miré el reverso. Estaba inmaculado. Ni sello de galería, ni etiqueta de subasta, ni certificado. —Limpio —pensé—. Quien compró esto pagó en efectivo, al contado y sin pedir factura.

Colgué y miré a Marta, abarcando con la vista el sofá verde, el jarrón tosco y los cuadros millonarios. —Dos Salinas auténticos, cincuenta mil euros en efectivo, ropa de alta costura… y una limpiadora viviendo aquí. Esta no era su casa, Marta. Era su jaula de oro. O su almacén. Un sitio de paso, provisional, el refugio temporal de quien acaba de ganar la lotería o está a punto de fugarse con alguien.

—Vámonos ya, por favor —insistió ella, empujándome suavemente hacia la salida.

—Un segundo.

Salí a la terraza. El aire caliente me golpeó la cara como un bofetón. Me asomé a la barandilla y miré hacia abajo, y de inmediato tuve que agarrarme al metal. Maldito vértigo. El mundo osciló un segundo, recordándome por qué nunca subí al último piso de la Torre Eiffel mientras los demás hacían turismo. Respiré hondo para estabilizarme y clavé la vista en la acera, allá abajo, pensando en el destino de esa mujer.

Las cámaras de seguridad del portal la habían grabado saliendo justo ahí, a esa misma baldosa, a media tarde. Horas antes de que los forenses certificaran su muerte. Cris no tenía vehículo. No se había registrado ninguna llamada a un taxi, ni a Uber, ni a Cabify. Ningún taxista de la zona recordaba haberla recogido. Desde esa altura mareante, la calle parecía un tablero. Ella simplemente salió, pisó esa acera y desapareció. Se evaporó durante horas, sin dejar rastro, hasta que apareció el cadáver.

Cerré la ventana de la terraza. Dejamos los fajos de dinero donde estaban. Que el juzgado enviara a la comitiva judicial a recogerlos y a rellenar formularios. A mí el efectivo me daba igual; yo ya me llevaba el botín real. Pegamos el precinto y bajamos en el ascensor. Era pequeño; nuestros hombros se rozaban. Olía a rosas —o eso quería pensar yo, aunque probablemente fuera ambientador Hacendado—, pero mi cabeza seguía arriba, intentando procesar aquel caos.

El ding del ascensor me sacó del trance. El número arrugado volvió a mi mente: 632 456 345. Una caligrafía torpe, infantil, pero mucho más sólida que cualquiera de las pistas de aquel museo de

contrastes, esa mezcla absurda entre un todo a cien de barrio y el Palacio del Pardo. Era mi única pista real. Lo único auténtico entre tanta falsedad y desapariciones imposibles.

Antes de salir, llamé a Marina. —Méteme este número en el cruce rutinario. —Mañana te digo algo —respondió seca.

Colgué. Sabía que la llamaría yo antes. Ese número pesaba en mi bolsillo como la única verdad en medio de tanta mentira.

CAPÍTULO 40

La traición (IV): Camino de la redención

La supervivencia en el penal era una lotería cruel, reservada únicamente a los más fuertes. Javier, con una lucidez dolorosa, era consciente de que sus fuerzas se agotaban día a día. Como tantos otros reclusos, presentía que probablemente moriría allí, víctima de la temida peste del piojo verde o de cualquiera de las otras inmundicias que acechaban en cada rincón de aquel infierno terrenal.

Novecientos treinta y siete días. Novecientos treinta y siete interminables jornadas de suplicio habían transcurrido. Cada una de ellas marcada por el llanto silencioso, el hambre que roía las entrañas, el frío que calaba los huesos y, sobre todo, una soledad abrumadora que pesaba más que las cadenas físicas. Era una soledad injusta y cruel, impuesta por un vil acto cuyo autor permanecía oculto en las sombras de la conspiración.

Ni sus denodados esfuerzos por descubrir la verdad desde el interior de aquellos gélidos muros, ni los de su hermana Julia en el exterior, habían dado fruto alguno. Después de todos estos años, la ignorancia seguía siendo su compañera más fiel. Javier continuaba desconociendo tanto el motivo de su encarcelamiento como la identidad de su verdugo.

Su único consuelo, una luz tenue en la oscuridad de su celda, residía en saber que su amigo Ramón había sido liberado hacía más de tres años. Con gratitud, pensaba en cómo Ramón se había hecho cargo del negocio familiar, cuidando a la vez de su hermana Julia. No tenía más familia que ellos, y sus escasas visitas durante el primer año, cuando aún se permitían, habían sido su único vínculo con el mundo exterior, un mundo que cada día parecía más lejano y ajeno.

En medio de este infierno cotidiano, solo la amistad incondicional de Servando García Palanca le permitía soportar su particular cadalso. Era Servando quien, con su presencia constante y su apoyo

silencioso, le daba fuerzas para enfrentar un día más en aquel lugar donde el tiempo parecía haberse detenido y la esperanza era un lujo que pocos podían permitirse.

Cada mañana, al despertar en su catre duro y frío, Javier se preguntaba si ese sería el día en que su cuerpo o su mente finalmente se quebrarían. Pero cada mañana, también, encontraba en los ojos de Servando la fuerza para seguir adelante, para resistir un día más, para no rendirse ante la injusticia que lo había llevado allí.

En sus momentos de mayor lucidez, Javier se aferraba a la idea de que algún día la verdad saldría a la luz. Soñaba con el momento en que podría caminar libre de nuevo, abrazar a su hermana, agradecer a Ramón por su lealtad y, quizás, solo quizás, confrontar a aquellos que lo habían condenado a este infierno.

Mientras tanto, cada día era una batalla, cada hora una prueba de resistencia. Y en ese camino hacia una redención que parecía inalcanzable, Javier encontraba pequeños momentos de paz en los recuerdos de tiempos mejores y en la esperanza, por débil que fuera, de un futuro más justo.

CAPÍTULO 41

Rupérez: Pan, relojes y silencios

Me negué a llevar mis sospechas sobre Rupérez a Asuntos Internos. La declaración de Bea lo pedía a gritos, sí, pero sin pruebas sólidas sería darles un festín a esos depredadores que conozco demasiado bien. Prefería manejarlo a mi manera: callar del todo era desleal, pero ponerlo sobre aviso sin munición solo serviría para que se blindara. Aun así, me seguía pareciendo raro toparme con él otra vez tan pronto; hacía nada lo había visto en la comisaría, después de años sin cruzarnos.

Lo llamé desde el coche con la excusa más tonta que se me ocurrió: devolverle un libro que, en realidad, me había prestado su compañero Eduardo. Con el libro ya colonizado por el moho, me encaminé al bar del centro donde habíamos quedado: la Cabaña de Manolo. Un sitio pequeño, coqueto, no muy concurrido y libre de miradas indiscretas, pero lo bastante público como para dejar claro que aquello no era un encuentro furtivo.

Manolo sacó una bandeja de panes. Yo los rechacé; a Rupérez se le hacía la boca agua. Eligió lo más parecido a un Nimitz en tostada: reventón de aceite y aguacate, que terminó desbordando las comisuras de sus labios mientras hablaba con la boca llena. Menos mal que el zumo de naranja hacía de tregua.

Yo entré en la conversación por la puerta lateral: fútbol (de lo que sé lo justo) y motos (de lo que sé todavía menos). Lo mío es el tenis y la vela, pero con Rupérez eso solo servía para hablar de lesiones de Nadal.

Le devolví el libro, al que no dio la menor importancia, y llegó el momento de meter el tema espinoso, mi abrelatas de su relación con Cris: cómo había salido de la acusación por violación a una menor.

Entre bocado y bocado, y con el azúcar subiéndole al cerebro, terminó soltando que «tuvo suerte y la ayuda de buenos amigos…».

—¿Sí? —le dije, con curiosidad fingida. —Sí. Algunos me deben algún favor, tú ya sabes, a más de uno le hemos hecho la vista gorda…

—¿Tuviste que soltar mucha pasta? —pregunté. —Bueno —contestó—, tuve que pedir un préstamo. La muy zorra de la niña le había dicho al juez que yo le metí mano en el coche. Fíjate, qué tontería, yo solo estaba hablando con ella de un asunto de drogas menor en el que está metida con el novio…

Cuando repitió lo de «zorra», arrastró la palabra con una rabia viscosa, destilando todo su veneno. Era su comodín, el cajón de sastre donde metía cualquier cosa que su cabeza no diera para entender. Al fin y al cabo, su vocabulario emocional cabía en dos adjetivos mal reciclados.

—¿Pero no fue al hospital para un parte de lesiones y te denunció? —le insistí.

—Sí, la muy zorra se lo contó al novio después de bajarse del coche. Como la amenacé con llevarla al trullo si no me daba el chivatazo, fue corriendo donde el notas ese que tiene por novio, que le calzó una hostia, y la muy puta me denunció. Le soltó al juez que el que la había toqueteado era yo... Vaya tela."

Otra vez la zorra. Otra vez la misma saliva.

—Encima me tocó una jueza de esas jovencitas feministas con cara de querer empapelarte solo por tener polla… Me iban a imputar por lesiones e intento de violación porque la niña decía que le metí la mano entre las piernas y que me bajé la bragueta… ¡Imagínate!

—Menos mal que al final llegaste a un acuerdo con el fiscal, el que está ahora en la Audiencia… Es raro que estuviera tan complaciente —le dije, sabiendo perfectamente de qué hablaba.

—Bueno —replicó, hinchando el pecho—, el abogado mío era muy bueno, Ruiz del Barro, el hijo del que fue magistrado. —Ah, sí, lo conozco de la infancia —respondí.

—Sí, llegó a un acuerdo con el abogado de la otra parte, un catedrático famoso que salía en la radio, un tal Cortesano… un chufla, pero agresivo, tela… Total, que solté la pasta que aún estoy pagando. Imagínate, tuve que hipotecar la casa y todo…

—Pues sí que estiras el sueldo, amigo… Tres niños, dos mujeres… Eres un mago de las finanzas…

Mientras lo decía, Rupérez se pasaba por media cara la enorme servilleta que Manolo le había dado. Las manchas de aceite se mezclaban con los cercos de sudor del sobaco, dibujando medias lunas en la chaqueta a pesar del aire del local. Me quedaba poco tiempo para sonsacarle algo útil y aún no tenía claro cómo. Entonces vi brillar el Rolex.

—Oye, ¿y por qué no empeñaste el Rolex ese que llevas? Debe ser carísimo, ¿no? ¿O es de los chinos? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

Rupérez cambió de gesto: de relajado a tenso, casi agresivo. —No —resonó entre las paredes del bar—. El Rolex es un recuerdo de mi padre. A él le gustaban los relojes e invertía en ellos. Esta era la joya de la corona y me la dio a mí, en vez de a mis hermanos, justo antes de morir en Frontela.

—Ah, claro —concedí—. Normal, normal.

El Rolex le quedaba algo grande, colgando de su muñeca ancha pero floja, sin que hubiera reparado en ajustarlo. —Tu padre tenía buena muñeca, ¿eh? —le solté.

No le gustó. Yo conocí a su padre en una barbacoa en su casa: un hombre menudo, obrero de la construcción, muerto de una neumonía, probablemente por la mierda amarilla que ponían en las obras. Su padre llevó un Casio de resina negra de diez euros hasta el día en que lo metieron en el nicho. Ese Rolex no era de herencia, se lo había ganado: Había visto Submariner en Wallapop que no bajaban de 18.000 euros.

Otra pista sin pruebas. Muchas sospechas, pocas pruebas.

—Rupérez, el otro día vino a verme Bea, la amiga de la chica que han asesinado al lado de Aponiente.

Él apuró el vaso de agua que le había puesto Manolo. Quedaba un dedo tibio. Ese trago era su pausa para pensar. —Bea… —repitió —. No te sigo, Víctor, no caigo… ¿Quién es?

Le conté, en versión abreviada, mi conversación con ella. Me detuve justo en la parte en la que Bea decía haber visto a un policía que coincidía con su descripción. —¿La conoces? —pregunté.

—Bea, Bea… Ah, ¿puede ser Bea, la hermana del Juancho, la del bar ese cerca de la comisaría?

—Sí, puede ser —respondí.

Rupérez pareció relajarse. Había encajado el puzzle a su manera y creyó tener el control de la conversación.

En ese momento sonó mi iPhone. Lo miré por debajo de la mesa mientras Rupérez pedía más servilletas. Mensaje de Marina: «El número está a nombre de Beatriz Jiménez Cuenca, DNI 31253467. Domicilio: calle Calipso, 12. Todo legal, registrado desde hace tres años.»

Era el mismo número que habíamos encontrado arrugado en el armario del piso de Cris, el que yo le había pasado a Marina para que lo cruzara en la base de datos. —Gracias, Marina. Te debo una —tecleé rápido.

Beatriz Jiménez Cuenca. Calle Calipso. No me decía nada hasta que lo enlacé con lo evidente: Bea, la amiga de Cris, la hermana de Juancho. Aquella chica que me había citado en el bar de su hermano para advertirme de que Cris andaba con malas influencias. Lo importante ahora no era solo confirmar esa relación —ya estaba clara—, sino ver cómo y cuándo se habían comunicado. Como no teníamos autorización para pinchar el teléfono de Bea, hice lo que podíamos hacer sin saltarnos la ley: pedí a Justo, por correo, que solicitara los listados de llamadas del número de Bea y del de Cris, acotando las horas alrededor del crimen. Que cruzara fechas, duración y antenas, y que me avisara si veía algo raro. Era la forma «oficial» de tirar del hilo sin poner la pica en Flandes.

Volví a centrarme en Rupérez. —Sí, hombre, claro… —siguió—. Tuve que hablar con ella en calidad de testigo un par de veces por una denuncia que le pusieron los dueños de una casa en Vista Hermosa donde trabajaba… La de esa que ha desaparecido, la mujer del ricachón…

—María del Junco —dije.

—Eso. Pobre chica, parecía buena persona… Me refiero a la Cris…

—Joder, Rupérez, ¿y no has dicho nada de eso en la comisaría? ¿La conocías también? ¿Tú sabes que llevo yo ahora ese caso? —No pude evitar cabrearme. Pero… ¿Te refieres a Bea o a Cris?

—Víctor —dijo, tratándome como a un loco—. Me refiero a esa tal Bea… No creo que tenga nada que ver con lo que le pasó… Además, los denunciantes quitaron la denuncia. Por lo visto, aparecieron las joyas que decían que había robado… la pobre. Y dime, ¿cómo apareció?

Ahí entendí que hablaba de Cris. No sabía si quería confundirme o si solo estaba midiendo. —No sé, Rupérez. La dejaron colocada en una postura de arrepentimiento. Parecía que se había chivado y el asesino —o los asesinos— quisieron que aquello pareciera un ajuste de cuentas… —Me di cuenta de que le estaba dejando ver más de la escena de lo que convenía.

—¿Un ajuste de cuentas? —repitió, fingiendo sorpresa—. Pero si esa chica era limpiadora… ¿No será algún chulo? Si quieres, me entero, Víctor. Tengo algunos contactos por la zona del polígono, ya sabes, los trapicheos…

—Bueno —cedí—, si me puedes echar una mano, bienvenida sea. —Ok —dijo.

—¿Cómo sabes que era limpiadora? —pregunté.

—Me lo dijo Bea, creo —respondió.

En ese momento dio un manotazo involuntario al vaso, mandando el hielo por la mesa y parte a su pantalón. —¡Me cago en la leche! —gritó, mirando la mancha—. Verás tú la factura del tinte, con lo que cobran ahora los ladrones esos.

Aproveché para disculparme, romper el ritmo y dar por cerrada la charla. Se levantó a por servilletas. Sacó la cartera con el gesto clásico del que amaga pagar, pero no paga. Un billete de cincuenta apareció y desapareció en su mano. Pagué yo, cómo no. Rupérez era un rácano empedernido y, por lo que decían, bastante desafortunado en el juego. Y en amores. Tres divorcios, dos hijas y un Rolex de dieciocho mil en la muñeca: jugada curiosa.

Acercando mi iPhone al datáfono, lo escuché quejarse del coste de las pensiones y del precio de la vida. Yo pensé en la mía. Tuve más suerte: mi mujer y yo no nos dejamos; nos separó un cáncer de

páncreas en seis meses. Recuerdos de ella o recuerdos de los recuerdos con ella. A veces ya no sé. Vaya con Rupérez.

Nada más despedirme, y después de secarme con disimulo la mano sudada tras el apretón, marqué el número de marras: el mismo que vimos en el papel del armario y que Marina acababa de confirmar como el móvil de Bea.

Tres tonos. —¿Bea? —me arriesgué. —Sí, soy yo. ¿Don Víctor?

«Inspector», pensé. —Sí, soy yo.

Me quedé un par de segundos callado. Bea había guardado mi número después de aquel café en el bar de su hermano. —Hola, Bea. Solo quería preguntarte si sabes si Cris hizo algún trabajo de limpieza en una casa de Vista Hermosa, concretamente en la de don Ramón Rodríguez de Bastidas.

Silencio. Podía oír cómo tragaba. —No sé… no me suena. Sí que trabajó en varias casas; yo misma la recomendé en alguna, hasta que tuve el problema ese…

No pregunté. Ya conocía «el problema ese». —Vale, gracias, Bea —y colgué.

No pasaron dos minutos de caminar hacia el aparcamiento de motos en la calle Larga cuando me entró un audio suyo. Me pegué el teléfono a la oreja para aislarme del ruido del tráfico. La voz, temblorosa, iba recordando a trompicones: Cris la había llamado meses atrás para preguntarle si sabía de alguien que necesitara ayuda en una casa; quería limpiar y ganar dinero rápido. «Fue cuando me dijo que le había salido algo en una casa de ricos, una tal María del Junco». Y añadió que, efectivamente, le había pasado un número.

Era la segunda vez en quince minutos que centrifugaba saliva en mi cavidad bucal. Y esta vez no tenía nada que ver con mi alergia.

CAPÍTULO 42

Los vientos del Penal

El tiempo para Javier había transcurrido con una lentitud abrumadora desde su detención. No podía precisar cuánto, pero calculaba unos dos años, quizás tres a lo sumo. Lo intuía por la dureza de los dos veranos tan calurosos que habían arrasado el Puerto, con el riguroso levante como principal protagonista.

Javier había aprendido a medir el paso del tiempo por su alternancia: levante una semana, poniente dos semanas. Repetía en sus soliloquios algo que aprendió de su abuela, hija de pescadores: «En Cádiz hay dos madres, la que parió al poniente y la que parió al levante».

Dos vientos, dos años, una traición, pensaba Javier, intentando dar sentido a su situación.

Durante ese tiempo, mal contados, sus dos compañeros de celda habían sucumbido al piojo verde en sus camastros. El último, Juan de Zúñiga, fue sacado amortajado en volandas en una sábana tan mugrienta como la piel de los presos, la misma que utilizaban los carceleros para sacar los cadáveres al exterior. Los presos despedían por igual a amigos y enemigos, unidos en el infortunio de compartir la antesala de ese corto viaje hasta la fosa situada cerca de las salinas, entre el río San Pedro y la misma ciudad del Puerto.

Un carro de mulas, apodado «la carroza», se encargaba de hacer el macabro recorrido. Los relatos anónimos en el patio del penal hablaban de cadáveres que a veces se caían del carromato al campo. Para evitarlo, los soldados ataban una cuerda a la sábana rodeando el cuello del muerto y la sujetaban a un palo del carromato. Se contaba que una vez, uno de los cuerpos cayó decapitado debido a su avanzado estado de putrefacción, incapaz de soportar el envite de la soga y los socavones del camino.

El soldado encargado llevaba un documento con la lista de los fallecidos, encabezado por la frase «caídos en combate bando

enemigo republicano» y firmado por el director militar del penal. Debía tachar cada nombre y comprobar que correspondía con el cadáver antes de lanzarlo a la fosa, aunque por lo general se limitaba a verificar que el número de cuerpos coincidiera con el listado, desalentado por el hedor nauseabundo.

Javier escribía sin descanso en su diario, según se lo permitían sus menguantes fuerzas: «En el patio, al formarnos cada mañana al alba para el recuento, deslizábamos entre susurros los nombres de los caídos la noche anterior. Manuel de Lorca, Antonio Rábago Salmerón, José Manuel Pineda… Muchos desconocidos, la mayoría provenientes de Cataluña, Madrid, Valencia… Algunos comentaban a la hora del rancho que ni siquiera sabían de qué se les acusaba y que jamás habían alzado las armas contra nadie… Otros (o los mismos) eran presos comunes, acusados de asesinato, robo…»

A las seis de la mañana, Javier despertaba con los empujones de Servando, quien a su vez era despertado por el rocío del alba que se colaba entre los muros y el ventanuco sobre sus cabezas. Cada día, el gramófono del Capitán hacía sonar el Réquiem de Mozart durante dos minutos exactos, inundando todo el penal a través de cinco altavoces estratégicamente colocados. Para Servando, aquella horrenda funeraria le parecía una tortura más, pero a Javier, aficionado a la música clásica, le producía una sensación placentera que le hacía sentirse humano, recordándole que aún tenía alma y espíritu, y avivando su deseo de libertad.

Ese mismo día, a Juan Antonio, su antiguo compañero de celda de castigo, le propinaron tal paliza por no llevar el paso en la formación del patio que le partieron las costillas y varios dientes. En una de aquellas largas noches de vigilia, abrazados para combatir el frío, la soledad o el miedo, Servando le confesó a Javier que estaba allí porque se lo merecía.

—La única forma de vivir en paz es pagar por los pecados y arrepentirse de ellos —le decía, como anunciando una revelación que haría cuando su alma estuviera preparada para descansar.

«Ni siquiera en este penal me he redimido de mis demonios», continuó Servando años más tarde. «Aunque fui condenado por la República a pena de muerte, gracias a la intercesión de mi mujer,

pude conmutar mi condena a cadena perpetua. Cuando llegó el bando del alcalde del Puerto ordenando nuestro excarcelamiento, antes del golpe, todos sabíamos que en poco tiempo los falangistas vendrían por nosotros a pedirnos otra vez cuentas por nuestros pecados y, a algunos, por nuestras ideas. Era lógico. Nosotros estuvimos allí; digo nosotros porque yo formé parte de esa barbarie. Destruimos sus sueños, derrumbamos sus iglesias y matamos a los suyos sin más razón que la venganza por una represión histórica. Yo era joven e inexperto, más que ahora, porque la humedad de estas paredes, el hambre y la enfermedad me han hecho más inteligente, más paciente, más honrado y lleno de vida que nunca».

Javier escuchaba estas confesiones sin llegar a saber ni de lejos a quién se refería Servando en sus atrocidades, ignorando lo cerca que él mismo estaba de ellas hasta momentos antes de su muerte.

CAPÍTULO 43

El Notario

Me despertó el móvil. Eran las 8:36. Había dormido plácidamente, de forma ininterrumpida y con algún que otro sueño extraño de los que solo te queda la anécdota, pero ni te acuerdas de lo que iba. La glutamina trae eso: sueños dulces y despertares agradables. Era Márquez: —Víctor, el Comisario quiere que te incorpores de inmediato. Vente para acá cagando leches.

Me vestí como pude, desoyendo el refrán de «vísteme despacio que tengo prisa», atribuido falsamente a Napoleón. No creo que Napoleón tuviera nunca prisa: los tiempos los marcaba él, hasta que Waterloo le paró el reloj. Me puse unos vaqueros elásticos —aunque no apretados, cómodos y flexibles— y otro de los polos de Unit, de Hipercor, de los de a quince euros. Son los únicos que mi piel tolera sin protestar, y hoy no estaba el día para experimentos. El Apple Watch me soltó el mensajito de que empiezo bien el día, aunque salgo sin desayunar. Raro en mí, pero las circunstancias mandan. Un poco de minoxidil, barba de dos días y a correr.

Cuando llegué a comisaría, estaban esperándome tres coches con las luces encendidas y sus correspondientes dotaciones. —¿Dónde vamos? —pregunté a uno de los compañeros. —Tenemos orden de hacer una detención —me contestó una agente de las nuevas, que parecía más bien una modelo de Christian Dior. —¿De quién? —dije. —De un notario —respondió, tan sorprendida como yo y agradecida, se le notaba, por lo amarillento del asunto—. Vamos, inspector, súbase, nos esperan allí.

Me subí sin saber muy bien adónde iba, pensando: un notario… No me dio tiempo ni a colocarme las gafas de sol graduadas cuando el coche pegó un acelerón de mil pares que me provocó las náuseas de rigor que padezco siempre que voy atrás en un coche patrulla. Subimos por Bajamar para salir a la avenida de la Libertad y tirar hacia Puerto Sherry, pero desviándonos hacia Vista Hermosa.

El compañero que conducía se hizo un pequeño lío con el GPS. —¿Dónde quieres ir? —Calle Clipper, Inspector. —Pues tira a la derecha —le indiqué, justo antes de que pegara un volantazo que me lanzó contra la ventanilla, a la que besé con mi pómulo derecho y parte de mis carnosos labios.

Finalmente llegamos a Clipper y frenamos en seco, provocando que los cuatro coches se amontonaran con torpeza, casi uno encima del otro. En un caos sincronizado, todos los ocupantes salimos a toda prisa.

Fue justo ahí, en el barullo de portazos y sirenas apagándose, cuando vi a un agente de la UDEF. Estaba de pie junto a un coche camuflado, cargando un portátil y varios archivadores, comentando algo con otro compañero antes de sumarse al asalto. —Han pedido también revisar el archivo de legajos antiguos —le oí decir al pasar por su lado—. Donde guarda los de la posguerra.

Me detuve un segundo en medio de la carrera. Eso no era habitual en una causa de blanqueo. No tenía lógica ni lo pedía la orden tipo de esos delitos. Se me encendió la luz roja. Guardé el dato para luego.

—¡Vamos, vamos, rodeando la casa! —gritó un sargento al que no había visto en mi vida.

Todos empezaron a correr en plan Hombres de Harrelson, sin orden ni concierto, así que me dirigí al sargento, me identifiqué y me dijo que fuera con él hacia la puerta, pero que antes cogiera el chaleco antibalas del coche que me señaló. No me dio tiempo a ponérmelo cuando ya él, aguerrido, iba camino de la puerta principal, blandiendo el arma de asalto y agazapado, preparado para recibir una descarga del mismísimo Rambo. Me pegué a sus talones como pude, siguiendo mi instinto… o quizá divirtiéndome, por qué no.

Al llegar, pegó dos porrazos en la puerta y dijo: —¡Ábranme, Policía!

Ya estaban apostados el resto de compañeros alrededor de la casa, apuntando con sus armas hacia el perímetro y, en la práctica, hacia el propio sargento. Pasan unos segundos y abre una chica de baja estatura y tez oscura, de aspecto sudamericano, perfectamente

uniformada. Asustada, repite: —El señor no está, el señor no está… —Se lleva la mano a la boca y grita—: ¡Señora, señora, la policía!

A ese gesto, el sargento responde: —Apártese, señora, tenemos orden de registro, apártese.

La chica se apartó y entró con el sargento. Yo entré detrás, de invitado, sin saber muy bien por qué, pero entré. Nos encontramos en un vestíbulo bastante grande, decorado con un espejo tipo isabelino como el que mi madre tiene en su casa y, al parecer, como el que tiene todo el mundo por esta zona. No sabíamos dónde ir.

Miré al sargento y decidí tomar las riendas. —Sargento, tranquilo. Dígame qué hacemos aquí.

Se relajó, bajó el arma y me dijo que tenía orden de detener de inmediato a Estanislao de la Calle Cifuentes, notario de la ciudad, y llevarlo al juzgado a declarar. —Podía haber empezado por ahí, sargento —le dije en tono calmado. —Lo siento, inspector. Hemos recibido la orden a las ocho de la mañana y en ella nos decía que usted debía venir. No sabemos más.

En ese momento aparece la señora de la casa, muy tranquila, con un pareo, un sombrero y un bolso de playa. —¿Perdonen, señores? ¿Me pueden decir a qué se debe esta desagradable visita? —preguntó.

Dejó el bolso colgado en una silla, que casi se cae por el peso, pero aquello, de caoba maciza, aguantó el envite. El sargento sacó entonces un papel: la orden de detención y registro. —Venimos a detener a don Estanislao de la Calle y Cifuentes —dijo el inexperto sargento, tropezando con el "y"—. ¿Es su marido, señora?

Yo la conocía. Y ella, creo, me reconoció. De unos sesenta años, era la mujer de toda la vida de uno de los notarios del Puerto, muy conocido. Jugaban al golf casi a diario. Persona respetada, con buena reputación. Ella, algo seca y distante, nunca perdía la compostura. Y en efecto no la perdió. Agarró la orden, la leyó con detalle y nos dijo: —Mi marido no está. En cuanto al registro, hagan lo que tengan que hacer. Yo voy a llamar a mi abogado.

Como la cosa no iba con ella, cogió el bolso y sacó el móvil. El sargento, temeroso de perder el control de la situación, le indicó que le dijera inmediatamente dónde se encontraba su marido.

No hizo falta respuesta. —¡Sargento, sargento, aquí! —el grito de otro compañero rompió la tensión desde el exterior.

Tres policías se abalanzaron sobre don Estanislao justo cuando entraba por la puerta del jardín tras dejar el coche fuera. Seguramente venía a recoger a su mujer para ir a la playa. Uno de los compañeros ya lo había identificado y solo pude ver cómo lo esposaban y cómo su cara se ponía blanca, de cal pura del pueblo más blanco de la serranía gaditana. El sargento y dos compañeros más iniciaron el registro. Al cabo de unos minutos salieron con varios documentos en la mano que no pude identificar bien, pero tenían pinta de legajos, y algunos muy antiguos. Sin querer, recordé lo que había oído al de la UDEF. Legajos de la posguerra. No cuadraba con un simple blanqueo.

Yo tenía el estómago por los suelos. Todo este ajetreo y sin desayunar. Así que, nada más pisar la comisaría, me fui directo al despacho del comisario para acabar la faena e irme al bar. Como era habitual, la puerta del despacho estaba cerrada. Todos los comisarios con los que había trabajado compartían esa costumbre. Al llamar, Roldán abrió la puerta en persona. Se le iluminó la cara con una sonrisa suave, pero auténtica. —Víctor —me saludó con un tono mezcla de familiaridad y respeto—. Me alegro de verte otra vez por aquí. No me sorprendió. Roldán ya me había visto al menos media docena de veces en el último mes. —Ah —añadió de pronto —, me han pedido también desde la fiscalía que estés presente en el interrogatorio. Es a las diez. —De acuerdo, jefe. Allí estaré.

Me levanté y me fui por fin a La Ponderosa a comer unos churros con café. Qué demonios, me los merecía. Un churro sin azúcar y sin mojar en café no es un churro bien tomado: es un churro, nunca mejor dicho, en sí mismo, más allá de lo comestible. Un mamarracho, como decía mi abuelo. Comer churros es el mindfulness popular: la concentración más llana y perfecta para las mentes vulgares como la mía.

En el segundo en que engullía el último churro, me asaltó la duda: ¿qué sentido tenía este rompecabezas? Solo una cosa era segura: el asesinato de Cris estaba conectado con la desaparición de María del Junco. Todo lo demás me nublaba más que aclaraba.

Tampoco entendía bien por qué el fiscal quería que yo estuviera presente. Me sentía como secundario, amigo de Orson Wells.

Entré en la sala de interrogatorios. La luz era tenue, de bombilla de bajo consumo medio fundida. Al entrar se encendió una luz roja, como de puticlub antiguo. Allí estaba sentado el Señor Notario, ya sin esposas, vistiendo un polo Lacoste algo gastado, bermudas del Hipercor y unos náuticos. Pelo sin muchas canas, bien peinado y afeitado. Rostro tranquilo y sereno.

Enfrente, mi amigo Andrés Luis. Vaya coincidencia. Me miró sin hacerse el sorprendido. Me senté y la silla chirrió. Lo miré fijamente. Hacía solo unos días le había llamado preguntándole si sabía algo de mafias rusas operando por la zona. Me dijo que no tenía ni idea, el muy cabrón. Ahora lo entendía: secreto de sumario. Se lo tenía bien callado.

—Don Estanislao de la Calle y Cifuentes —dijo Andrés Luis, impostando una voz grave—. Como sabe, ha sido detenido por presunta implicación en un delito de blanqueo de capitales... operación de dos millones trescientos mil euros en efectivo...

El notario lo miraba en silencio. Andrés Luis, creciéndose en su papel de sabueso de la Agencia Tributaria, cometió el error del burócrata soberbio. —Mire, Estanislao —dijo, inclinándose—. Déjese de tonterías. Sabemos lo de las cuentas. Si no colabora ahora y nos da los nombres de los rusos, le voy a levantar un acta que le va a dejar temblando. Le vamos a embargar hasta los palos de golf. Empiece a hablar.

Me llevé la mano a la frente. Tierra, trágame. Andrés Luis estaba tratando un interrogatorio policial, igual que una inspección de Hacienda. La deformación profesional le estaba jugando una mala pasada delante de un jurista.

El notario, que sabía más leyes dormido que Andrés Luis despierto, sonrió levemente. —Oiga, joven —dijo con voz tenue pero firme—. Usted sabrá mucho de impuestos, pero de derecho procesal anda muy justo. ¿Me está interrogando o me está haciendo una paralela? Porque si estoy detenido, tengo derechos. Y el primero es no decir ni mu hasta que venga mi abogado. Así que ahórrese las amenazas administrativas y déjeme hacer mi llamada.

Andrés Luis se puso rojo como un tomate. Me miró buscando ayuda. Yo le devolví una mirada de "tío, la has cagado". Esto es penal, no una complementaria. —Eh... De acuerdo —dijo, desinflado —. Voy a avisar al oficial. Discúlpeme.

Se levantó y se fue, dejándome a solas con él. Lo miré con complicidad. Fue el notario de mis padres. Sus ojos me decían que estaba en un lío, pero que no iba a dejarse intimidar por un funcionario de Hacienda disfrazado de policía.

Cuando se lo llevaron al calabozo, agarré a Andrés Luis del brazo. —Andrés Luis, joder. Eres un jefe de servicio de la AEAT, no el comisario de Gotham. ¿Quién te manda hacer este ridículo? Y encima me mientes cuando te pregunto por los rusos. Colega, qué mal has cogido esta ola. —Víctor, lo sé, perdona —confesó, deshinchado—. No podía decirte nada, estaba bajo secreto del Juzgado 1. Del juez Ranchera. Y empujado por el fiscal jefe. Yo solo sigo órdenes, tío. —Déjame ver la carpeta.

Efectivamente. Juez Ranchera. El mismo.

Salí y llamé al juez. —Inspector Ros, qué sorpresa —dijo Ranchera con ese tono tan suyo, cercano y bromista—. ¿Me llama para criticar mi revés en el último torneo del club? —Señoría, no me atrevería. Aunque su saque necesita trabajo —le seguí el juego—. Estoy con lo del notario. No entiendo el origen de todo esto ni qué pinto yo aquí.

Ranchera soltó una risita, pero enseguida cambió el tono. Se puso técnico, profesional, aunque seguimos siendo cercanos, como cuando compartíamos vestuario en el club.

—Ah, Víctor. Tu padre, qué gran hombre… Mire, Ros, seré breve. Esto trasciende el blanqueo. Tengo evidencias de mafias del Este. Operando por estos lares… Sí, tan al sur. El notario es el eslabón de una cadena de blanqueo de capitales que vienen de la maldita droga. —¿Considera usted que su actuación fue coaccionada? —dije —. Es la hipótesis principal. Nuestro querido amigo es un delincuente, Ros, es una víctima necesaria. Me resisto a la idea de que Estani sea un delincuente, aunque hoy en día no se puede poner la mano en el fuego por nadie…

En fin, Víctor, me alegro de que el fiscal le haya colocado aquí. Colgó a lo Raúl del Pozo, fiel a su estilo.

Ranchera era simpático, pero cuando se ponía la toga, no se le escapaba una.

Volví a la calle Clipper en moto, lo más rápido que pude. El registro seguía, pero había menos caos. Varios agentes de paisano cargaban cajas en una furgoneta sin rotular. Me fijé en uno de ellos. Llevaba un chaleco de la Policía Judicial, pero los zapatos eran brillantes y el corte de pelo demasiado caro para un sueldo base. Estaba revisando un inventario en la acera. Me acerqué. El tipo levantó la vista. Era Fernando Soriano. Viejo amigo, ex contraespionaje del CNI. Me quedé de piedra. —¿Fernando? —pregunté en voz baja—. ¿Desde cuándo la judicial gasta mocasines de quinientos euros?

Soriano ni se inmutó. Menuda respuesta. Continuó tomando notas en su carpeta, camuflado a la perfección entre los agentes, como un miembro más del operativo.

—Víctor —soltó sin alzar la mirada, mientras pasaba una página —. No me observes tanto. Soy el contacto de la documentación.

—No sabía que te atrajera el tema de los documentos notariales.

—Y no me atraen. Me acerqué un paso más, invadiendo su espacio. —¿Qué buscáis, Fernando? Levantó la vista un segundo. Sus ojos se clavaron en los míos. —Un legajo del 39, Víctor. Papeles que pueden tumbar apellidos muy ilustres en este país y lo que es peor, a nuestra seguridad. Cerró la carpeta y se dio la vuelta, gritando a un agente: —¡Esa caja a la furgoneta dos!

Se marchó sin decir adiós. Entendí que el blanqueo de capitales era solo un pretexto, una tapadera para encubrir algo mucho más peligroso.

CAPÍTULO 44

El penal, entre la fiebre y el silencio

El soldado de la garita, aburrido y sudoroso bajo el sol de plomo de agosto, tarareaba unos fandanguillos para engañar al tedio. Sobre la entrada del penal, los miradores —engalanados con geranios que parecían resistir al calor igual que resisten los viejos al infortunio— ofrecían un toque de color a aquel edificio que olía a siglos. Azulejos árabes, de ese azul andaluz que brilla incluso cuando está sucio, remataban la portada, cercados por un mortero gris que parecía mezclado con la resignación.

Cuatro guardias civiles avanzaron hacia la puerta escoltando a tres presos. Iban erguidos, demasiado limpios, demasiado enteros para confundirse con la masa anónima y derrotada que solía llenar aquellas galerías: no eran reos, eran otra cosa. El cabo sacó un papel de su faltriquera —lo desplegó con el gesto solemne del que sabe que trae malas noticias— y lo entregó al guardia, que se incorporó como un resorte.

—Venimos a entregar a estos presos. Nos están esperando.

El guardia, hombre de mediana edad y vista cansada, acercó el papel hasta casi tocarlo con la nariz. Asintió con un respeto un tanto torpe. —Sí, mi cabo. Llamaré a un compañero para que los lleve al locutorio de abogados.

Gritó un nombre desaparecido ya en los legajos del tiempo: Onésimo Herrero, que tardó tres minutos eternos en aparecer. Uniforme gris, bigote triste, sudor a mares. Los veranos en El Puerto tienen esa particularidad: no matan, pero desecan el alma.

Onésimo saludó, se cuadró y los acompañó hacia el locutorio, un rectángulo encalado, miserable, cuya única ventana daba a un patio donde la vida se formaba cada mañana como un ejército derrotado. En la sala contigua —la de comunicaciones con abogados—, un 7 de mayo de 1939, Lluís Companys había tenido su primer y único

locutorio. La historia, a veces, pasa rozando los muros sin que estos la comprendan.

Aquel día la humedad era otro presidario más. La humedad de primavera en el penal no refrescaba: corrompía. Se pegaba a la piel y entraba por los huesos, mezclándose con el olor de los cuerpos hacinados, con los excrementos, con la sangre seca de los interrogatorios nocturnos. Era un aire vivo, viscoso, que parecía observarlo todo desde los muros.

A primera hora, tras tocar diana, Expósito Delgado —veinticinco años, anarquista de Morón, detenido por sublevación— se asomó a la ventana de su celda en busca de un soplo de aire que no existía. El centinela lo advirtió. Una vez. Dos. La tercera fue una bala. Le reventó la sien como a una fruta madura. Cayó descolgado, grotesco, y los guardias, expertos ya en la rutina del espanto, retiraron el cadáver con la parsimonia burocrática del que archiva un expediente más. El doctor Botello le haría un examen rápido, formal, casi un trámite. En el patio, unos gritos; luego, silencio. El penal tenía el don de tragar cualquier ruido, igual que un pantano traga piedras.

Las murallas —piedra vieja, ladrillo humilde y cal que ya no protegía de nada— requerían una manutención constante. Para eso estaban los vascos: llegaban por oleadas. Alguien había decidido trasladar media Euskadi al fin del mundo. Algunos eran delincuentes comunes; la mayoría, militantes del PNV. Entre ellos Ramón Rubial, condenado a muerte en Bilbao, conmutado por treinta años y luego castigado con catorce más por encabezar una lista de afines. Aquello no era una condena: era un laberinto sin salida.

En su celda «de privilegio», Ramón Rodríguez de Bastidas despertó sobresaltado. Privilegio era un decir: dormía solo, sí, pero el colchón era el mismo saco de paja inmunda que compartían los demás. La mayoría dormía de dos en dos, frente con frente, respirando el mismo aire podrido y los mismos miedos, sin poder huir del hedor a humanidad derrotada. Los colchones jamás se lavaban. Las ropas, tampoco. Y la fauna habitual —piojos, chinches, pulgas y alguna que otra esperanza muerta— completaba el inventario.

La tuberculosis, la sarna y la gripe invernal hacían su trabajo con eficiencia industrial. Cada día más de veinte cuerpos salían rumbo al cementerio, sin ceremonia ni despedida, en un carromato que parecía el barquero del Hades circulando por la puerta principal. Libertad por la vía más rápida.

En un miércoles de noviembre, frío como un latigazo del norte, el viento entraba por cada hueco del penal y lo partía en dos, igual que partía la piel de los hombres. El único refugio estaba en la esquina sur del patio, donde se apiñaban los presos de mayor rango: los que imponían un orden tácito para que los talleres funcionaran, para que las mercancías salieran sin merma, para que el trato con los funcionarios siguiera en equilibrio. Una estructura económica dentro de otra estructura penal. Un país dentro de un país.

Javier se mantenía al margen, aunque trabajaba en el taller de tejidos, el más rentable. La guerra pedía uniformes y ropa; los presos eran mano de obra barata, disciplinada a golpes y a hambre. Javier se dejaba llevar, más por necesidad que por convicción. Cada cierto tiempo se escabullía para atender «su cuadro» —ese altar íntimo que llevaba en la mente— y escribir cartas donde relataba, con la precisión moral de un contador, cada miseria del penal.

Escribía que solo había dos cuartos de duchas frías para miles de hombres. Que existían cincuenta y siete llaves en el penal, todas en manos del director. Que las mantas nunca se lavaban y las chinches hacían estragos. Que los enfermos de tuberculosis languidecían en una sala que no era una enfermería: era un purgatorio.

La tos comenzó a destrozarlo. Aquel miércoles, empujado por Servando, acudió al médico. Servando, su sombra y su guardián, dormía siempre a su lado desde que los anteriores compañeros de camastro murieron uno tras otro. La sangre de los esputos salpicaba inevitablemente al hombre que lo vigilaba. Miedo, pero también lealtad. En el penal, la fidelidad era siempre una forma torcida del instinto de supervivencia.

Cuando lo llamaron para internarlo en la sala de tuberculosos, Javier supo que aquella era la sentencia definitiva. Nadie salía vivo de allí. El médico masculló la carencia de alcohol; el jefe médico —un déspota de bata blanca— prohibía medicamentos que

consideraba lujos innecesarios para hombres destinados a morir. Los cirujanos operaban con calcetines blancos en lugar de guantes. La miseria, en ocasiones, adquiere una dignidad terrible.

Al menos recibiría la dieta especial: una faneca, un litro de leche, media ración de sopa de fideos y otra de garbanzos o lentejas. No había tocino. No había carne. Sí, mijo, ese cereal que sabe a derrota. Una ración que parecía misericordia, pero era el preludio de la desaparición.

Convertido al catolicismo por necesidad, Javier rezaba como el náufrago que se aferra a un tablón en mitad del océano. La llegada de los vascos trajo más curas y una misa dominical en una capilla improvisada. Nada de redención por el trabajo para él: demasiado enfermo, demasiado gastado.

«El penal», escribía en su diario, «tiene la disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento».

Era el lema del director, José María Cervelló, un hombre que repetía aquella frase cada mañana mientras sorbía un café tan aguado como su compasión.

CAPÍTULO 45

El Perdón

Es difícil reconocer un rostro en la oscuridad. Por eso bastaba la luz temblorosa de un candil enmohecido —de los años veinte, amarillento, cansado— para iluminar aquel habitáculo pequeño y frío, tan húmedo que solo olía a humedad. Ni siquiera el sudor del miedo destacaba allí: quedaba eclipsado por ese olor denso, antiguo, que lo invadía todo.

Las pulgas viajaban en el aire como náufragos expertos, surfeando entre los cuerpos de los presos, alimentándose del poniente y secándose con los latigazos del levante. Invencibles, férreas, inmortales: huéspedes permanentes de aquella arquitectura humana. Vivían en los hombres y morían en ellos, para saltar luego a otro cuerpo y repetir el ciclo hasta la fosa común, donde ellas —a diferencia de sus anfitriones— nunca dejaban de existir. La vida, incluso en forma de parásito, siempre encuentra un modo de continuar.

A Javier lo alojaron en uno de los calabozos destinados a los moribundos. A Servando le costó un año entero de ahorros conseguir que los dejaran compartir celda. Lo hacía por cuidarlo, por amortiguar el final, por acompañarlo. Para aliviar el picor de aquella piel ensangrentada y cubierta de costras, usaba unas gasas que lavaba en el cubo de agua diario, agua que también había que pagar. Solo se separaba de Javier para cumplir con los turnos del taller.

Aquella noche, el blanco de los ojos de Javier parecía gris, apagado. Ya no se quejaba de las picaduras del piojo verde ni del calor de la fiebre. De hecho, la fiebre había desaparecido de un modo inquietante, como lo hacen a veces las señales que anuncian el final. Servando le sostenía la mano, iluminada por los últimos rayos que entraban a duras penas por la ventana enrejada. Javier esbozó una sonrisa leve, dulcísima.

—Yo te perdono —dijo con una voz casi infantil.

Servando le apretó la mano. En ese instante, Javier exhaló un aire mínimo, un hilo, un suspiro. Sus ojos se cerraron y su boca quedó entreabierta, mirando al techo. Servando lloró sobre él, mojándole el rostro con sus lágrimas, rozando su piel con la desesperación de quien pierde al único amigo que le quedaba en el mundo.

Fue él quien dio la noticia a Julia. Lo hizo dos días después, en la visita del sábado 15 de diciembre de 1943. En ese vis-à-vis se atrevió a coger sus manos —para entonces ya los unía algo más que la amistad—. Entre ambos se había tejido una intimidad suave, inexplicable, que ninguno se atrevía a nombrar, pero que ambos reconocían. Servando soñaba con salir y abrazarla sin miedo, compartir una vida con ella, no para redimir su culpa, sino porque la amaba, y porque intuía —o quería creer— que ese amor era correspondido.

Pero entre ellos se interponía Ramón Rodríguez de Bastidas. Su compromiso eterno con Julia, cada vez más insoportable para ella, seguía sin concretarse. Ramón había pedido la mano de Julia varias veces desde su excarcelación; ella lo había rechazado siempre. No estaba enamorada de él; se lo confesó a Servando con la serenidad de quien ya no puede fingir. Pero también le explicó la verdad: su matrimonio con Ramón era, quizá, la menos mala de las soluciones posibles. La familia estaba rota, Javier muerto, y su hermano Félix aún más lejos, en el frente ruso, perdido en algún punto después de la batalla. Se sabía que combatía allí, poco más. Las noticias llegaban tarde, mal y nunca; oficialmente, estaba vivo. Extraoficialmente, todos temían lo contrario.

Aquel día, Julia no lloró. La muerte de su hermano le trajo una paz triste. Pensó que Javier, a pesar de la injusticia, había escapado por fin del cadalso. Y como buena creyente, imaginaba que por fin descansaba en el cielo. Su consuelo venía también del amor silencioso que crecía entre ella y Servando, tan intenso como la aversión que le provocaba ya Ramón. Quería rechazarlo para siempre, pero temía sus represalias, sobre todo hacia Servando, cuya excarcelación se acercaba.

Ramón supo por el director del penal que Julia visitaba a Servando. Y decidió actuar. Utilizó sus contactos en la Falange para poner fin a lo que él llamaba «ese escándalo moral y político», ese «verse con un traidor a la patria». Recriminaba a Julia convencido de que era su absoluta propiedad, prohibiéndole verse con Servando y adelantándole las «consecuencias sociales» de su conducta.

Julia no obedeció. Buscó ayuda en su hermano Félix, héroe de guerra, oficial de la División Azul, condecorado y admirado en los círculos del régimen. Desde algún lugar del este —sin que nadie supiera exactamente dónde—, Félix movió los hilos que pudo: sus misivas, su rango y su amistad con Teodoro Palacios permitieron que finalmente Servando obtuviera el régimen de arresto domiciliario. A cambio debía someterse a un programa de «rehabilitación política»: renunciar por escrito a su ideología y colaborar con instituciones del régimen.

Servando aceptó sin pestañear. Su único objetivo era salir, respirar un aire distinto y abrazar a Julia. Lo consiguió un diciembre frío de 1944. Julia y Servando se casaron en la iglesia de los Milagros. De su matrimonio nació Ricardo.

CAPÍTULO 46

Auctor machinarum

Elian Macintosh aterriza en Barajas. Ha sido un vuelo largo desde Tel Aviv. Hacía cuarenta y ocho horas que recibió una llamada de un individuo que se identificaba como «ingeniero jefe de la empresa Mecánicas Industriales Ibéricas», dicho con un acento estadounidense pronunciado por un español de mediana edad.

El ejecutivo le comenta que necesita un servicio urgente consistente en un análisis in situ de la idoneidad de un proceso de producción. Elian, que se quedó atónito, pidió detalles por correo electrónico para poder evaluar la propuesta. Cuando el interlocutor le dijo la cifra y le pidió la cuenta corriente para hacer el pago de los honorarios, miró el calendario y dijo que lo estudiaría y que le contestaría en un par de días. El individuo, ignorando por completo a Elian, le dijo que le enviaba por email los billetes y que consultara su banca online. Una transferencia inmediata tipo SWIFT acababa de entrar.

Elian abrió el mail en el que aparecían los billetes de ida y vuelta y tarjetas de embarque. Sin dar crédito a lo que estaba pasando, abrió la aplicación de su banco en su teléfono, que arrojaba un saldo a su favor de 35 mil dólares. El sueldo de un año.

Junto con los billetes destacaban unas instrucciones relativas a la persona que le esperaría cuando aterrizara. Elian pensó que un equipaje de mano sería suficiente. Después de todo, no estaba seguro de quedarse a pasar la noche; su vuelo de regreso estaba programado para esa misma jornada. Sin embargo, la incertidumbre lo inquietaba: ¿y si las circunstancias lo obligaban a prolongar su estancia? Por un momento dudó, pero decidió confiar en su plan inicial. Viajar ligero siempre había sido su estilo.

Una vez pasado el control de pasaportes, salió por la terminal internacional. Miró a un lado y al otro a la fila de pasajeros que se agolpaban para entrar en los taxis que esperaban. No pasaron dos

minutos cuando apareció un tipo alto con chaqueta y pantalón chino de pinza oscuro. —¿Sr. Macintosh? —dijo en inglés. —Sí —le contestó en la misma lengua y con tan buen inglés como el que un israelí pueda tener formado en el MIT. —Acompáñeme, por favor —le dijo abriéndole la puerta derecha de atrás.

El Mercedes tenía el aire acondicionado bajo. Macintosh dejó la carpeta a su lado, se puso el cinturón y el conductor puso música de Tannhäuser, de Wagner. Melómano como era, agradeció la música después de tantas horas de vuelo. No tenía hambre; viajar en primera clase solo tenía una desventaja: el precio, aunque en este caso, ni siquiera lo había pagado él. Ya había recibido el dinero, así que hiciera lo que hiciera, estaría bien hecho. Tampoco le esperaba nadie en casa; era soltero y esos dos días eran festivos en Tel Aviv por la conmemoración de Tisha B'Av.

En una hora llegaron a un polígono a las afueras de Madrid, envuelto en un cielo plomizo, cargado de una electricidad estática que amenazaba tormenta y teñía de gris los edificios industriales. Elian no tenía claro si aquello era consecuencia de la polución o simplemente de las nubes de verano. Probablemente lo segundo, pensó, teniendo en cuenta el calor asfixiante de agosto que hacía. De esos días de bochorno en que los termómetros, como el de María de Molina, marcaban implacables 39 grados y la sensación térmica en el asfalto era aún peor. Macintosh, sentado a su lado, ajustó su corbata con un tirón seco al notar que el coche empezaba a desacelerar.

Llegaron a lo que parecía la entrada de un recinto industrial. Había una alambrada inmensa, alta, con todo tipo de medidas de seguridad, que advertían que era una zona privada. A los laterales, dos letreros de hierro oxidado con el anagrama de la empresa. A unos ciento cincuenta metros se vislumbraba una gran nave, alargada, como un hangar de aviones jumbo.

El Mercedes se detuvo en la entrada, en el control de seguridad, donde un guardia uniformado verificó la matrícula y les permitió el paso. A los cincuenta metros, en una explanada de cemento que parecía desprender un enorme calor, les esperaba un hombre de unos 48 años, de complexión fuerte pero no muy atlético, calvo,

vestido con una camisa blanca de mangas cortas, pantalón vaquero oscuro, de corte recto y rígido, de un azul índigo profundo casi industrial, zapatos ergonómicos poco apropiados para esa temperatura. Tenía las manos cruzadas hacia adelante en posición de espera.

El vehículo se detuvo justo delante de él. El conductor abrió la puerta a Macintosh y este se apeó, aunque fue advertido de que se había dejado la carpeta en el coche y él se la entregó. La carpeta estaba vacía. El anfitrión se dirigió a él y le dijo: —Welcome, Mr. Macintosh, please follow me —en un inglés un poco macarrónico.

Macintosh lo siguió sin más, no a su lado, sino detrás, como un autómata y sin tiempo para poder mirar a los lados. Estaba algo asustado. Se dirigieron a la nave en la que tres personas estaban en idéntica posición de firmes. No parecían simples operarios, sino fornidos miembros de seguridad. El anfitrión abrió una puerta pequeña aledaña que se confundía con la pared exterior. Sonó un clic largo y se abrió automáticamente.

—Come in, please —le dijo a Macintosh y acto seguido entraron en un cubículo poco más grande que un ascensor de un edificio de oficinas, que parecía un búnker o un refugio antinuclear.

De inmediato se abrió otra puerta con el mismo sonido e idéntico sistema y accedieron al interior del hangar. Estaba también refrigerado. El cambio de temperatura fue brutal; se le puso la piel de gallina bajo la camisa. Lo único que se oía en ese espacio enorme era el zumbido de los ventiladores. En medio, una serie de máquinas compactadoras. Siete en total.

El anfitrión le pasó a Macintosh un enorme iPad con el plano de las máquinas que, obviamente, Macintosh interpretó con un simple vistazo. Le dio un minuto y acto seguido le dijo: —We need several more, but underground. No noise outside. Nobody knows what we do inside.

Inmediatamente, Macintosh pensó que aquello era imposible. Es decir, posible, pero con una ingente cantidad de dinero. Tampoco vio el porqué de ese secretismo y de la renuncia a la construcción de instalaciones exteriores. Se quedó pensativo. No quiso hacer preguntas y se limitó a verbalizar someramente dicha reflexión.

—But is it possible? —le inquirió el misterioso personaje. —Yes, theoretically it is—respondió Macintosh... «Theoretically, it is,» cediendo a su antes vehemente respuesta.

—Ok. You have one hour to make a feasibility sketch and a rough estimate. If you are interested in the job, you can be included as man in charge under my supervision. We will pay you 10 times your salary plus a pro bonus of 50% at the end of it. You have an office there to do the draft. We start in one week, so you have plenty of time to make any arrangements in Tel Aviv. You have no family, so it will be easier—concluyó el misterioso personaje.

Macintosh no dijo nada. Sabían todo de él. Fue a la pequeña oficina donde se encontraba un panel de mandos de aquellas máquinas que, aunque llevaban al menos seis meses sin funcionar, estaban impolutas, sin una mota de polvo. Se sentó en una silla de plástico robusta, y en su mesa, también de metacrilato, se posaban un taco de folios y un bolígrafo de tinta. Puso el cronómetro en su teléfono en una hora y empezó a escribir.

CAPÍTULO 47

Liberación

Ramón se descompuso al conocer la liberación de Servando gracias a las gestiones de Félix y de su capitán, Teodoro Palacios. Fue una humillación para él, un golpe directo a su orgullo y a la autoridad que creía incuestionable. Lleno de ira, de poder y de dinero —esa triple combinación tan española del primer franquismo —, inició una cruzada personal contra los tres.

Su posición privilegiada en el nuevo régimen le permitía ejercer la venganza con precisión burocrática, casi quirúrgica. Desde su despacho, instalado en el edificio más alto de la ciudad —un símbolo de poder recién construido con hormigón gris y ventanas rectangulares—, contemplaba con satisfacción cómo sus órdenes se traducían en la asfixia económica y social de Servando y Julia.

Ningún comercio se atrevía a contratarlos, ningún banco les concedía un crédito, ninguna empresa les abría una puerta. La pareja sobrevivía gracias a trabajos ocasionales y a la ayuda discreta de algunos vecinos que todavía se atrevían a desafiar el veto de Ramón. Sus contactos en la Falange y en el gobierno local se aseguraban de que cualquier iniciativa empresarial de la pareja terminase estrangulada por una inspección sorpresa, un expediente sancionador o un informe «desfavorable». La venganza de Ramón se expresaba igual en un despacho que en un mostrador del mercado.

Despechado, contrajo matrimonio con la condesa del Tardeo, Casilda, hermana del general Varela. Un matrimonio de conveniencia social que lo consolidó en los círculos altos de la provincia y, más tarde, en Madrid. Para él, la boda fue un ascenso. Para ella, una alianza estratégica. Para ambos, una transacción impecable.

Desde entonces, los Rodríguez de Bastidas —nombre que empezaron a utilizar con mayor orgullo que discreción— se convirtieron en una familia de referencia en los salones de Cádiz, Sevilla y Madrid.

Desde los años cincuenta, la empresa de Ramón dominó el sector de las grandes obras del país: carreteras, edificios administrativos, cuarteles, centros provinciales del Movimiento. El desarrollismo franquista necesitaba constructores dóciles y eficaces, y Ramón era ambos. Los contratos estatales se sucedieron uno tras otro, impulsando un crecimiento tan rápido como opaco.

Ramón tuvo un hijo, también llamado Ramón, que heredó no solo el nombre, sino el carácter y, con su muerte en los años setenta, el imperio. Fue entonces cuando la historia cambió de rumbo.

Mientras el régimen agonizaba, las grandes familias empresariales ya habían comenzado su propia transición, adelantándose a la política. Los Rodríguez de Bastidas convirtieron su constructora nacional en un holding internacional. El dinero no entendía de ideologías.

Para 1982, cuando Felipe González ganó las elecciones, IMIB —Industrias Metalúrgicas Ibéricas— ya era una multinacional con sede en Madrid y oficinas en medio mundo. Las viejas fotografías de Franco y Varela desaparecieron del despacho principal, sustituidas por cuadros abstractos. Los sofás de cuero oscuro dejaron paso a mobiliario escandinavo. El poder, que siempre sobrevive, había aprendido a cambiar de piel.

Durante los ochenta, IMIB se convirtió en el paradigma de la reconversión industrial española. De construir cuarteles pasó a levantar universidades, hospitales, centros comerciales y grandes proyectos de infraestructura. Las conexiones con el poder militar mutaron en relaciones fluidas con los nuevos partidos emergentes. La empresa, que había prosperado al calor del franquismo, encontró en la democracia nuevos aliados y nuevas oportunidades.

A comienzos del nuevo milenio, IMIB ya no era solo un referente nacional: era una de las multinacionales más influyentes de Europa. Diversificó su actividad hacia la energía, las telecomunicaciones y la tecnología. Sobrevivió a crisis económicas, cambios políticos y escándalos apagados con discreción. Siempre en la cúspide. Siempre intocable.

El joven Ramón —educado en Estados Unidos, políglota y con una visión más moderna que la de su padre— entendió antes que nadie

que el futuro estaba en la internacionalización y en la transparencia corporativa. Transformó la empresa familiar en una sociedad anónima cotizada en bolsa y extendió sus operaciones por Latinoamérica, Europa del Este y Oriente Medio.

Lo que había empezado como una venganza personal en la posguerra se había convertido, décadas después, en un imperio global. Y la sombra de los Rodríguez de Bastidas seguía proyectándose sobre todos los que, directa o indirectamente, habían sufrido sus decisiones.

CAPÍTULO48

El cirujano de la distracción

A las 9 a.m. del día siguiente crucé el pórtico de la Audiencia Provincial de Cádiz para reunirme con el fiscal jefe. No era en absoluto normal que un fiscal citara a un inspector para hablar de un caso; lo habitual era recibir un oficio o una instrucción por los cauces reglados. Esta vez había sido él quien me llamó de forma directa —y también él quien canceló la primera cita, sin darme explicaciones—, lo que ya de por sí resultaba inusual. Y quién sabe si no estaba ya alertado de mi improvisada visita, esa misma de la que Romualdo intentó disuadirme.

Habíamos compartido el polvo de tiza de aquellas aulas interminables, pero de aquella camaradería no quedaba nada en su forma de tratarme. Y tampoco yo era el mismo: mi carácter impulsivo me llevó a aceptar la reunión sin hacer demasiadas preguntas, sabiendo que aquello no era lo habitual. Esta vez no anuló la cita, tan tempranera y recién llegado yo al Puerto. Tenía que darme muchas explicaciones sobre la detención del señor notario y sobre mi papel en todo aquel asunto.

Fui, enseñé mi placa en la entrada y, tras confirmar que tenía cita, tiré por el pasillo central. Vi a unos auxiliares que estaban esperando para tomar un café y les pregunté por el despacho del fiscal. Me fui acercando mientras me mentalizaba un poco para lo que venía. Sabía que iba a ser duro. El fiscal jefe es famoso por ser superestricto, un tipo que no se sale del guion profesional por nada. Dicen que es imposible ablandarlo o que muestre algo de humanidad.

Pero la experiencia me enseñó que hasta los más duros tienen debilidades. Tal vez no se abriría del todo, pero me bastaba un resquicio para obtener respuestas.. Además, dado su interés, hasta ahora desconocido, en mi participación en ciertos casos, quizá

debería aclararme mi posición. No quiero seguir sintiéndome manipulado.

En un par de minutos llegué a una suntuosa antesala, previa a la de mi cita. Me senté en uno de aquellos imponentes sillones para tres personas, muy parecidos a los que había en el hall de la casa de mi abuela materna, propio de las casas que tenían hall, claro. Estaban retapizados con mal gusto, con un plástico corinto imitando al cuero que se resquebrajaba al sentarse, no dejaba transpirar la piel y hacía un ruido horrible.

Pasaba media hora de las nueve y, conforme mi paciencia se agotaba, se abrió la puerta del despacho, del que salió vestido de fiscal moderno y con gafas de cerca. Se dirigió a mí bajando la mirada para ver por encima de las gafas y me dijo: —Pase, inspector, pase.

Lo seguí hasta su enorme mesa, situada al fondo de la sala que presidía con majestad y que se asemejaba a la de los ministros de los de antes, tipo «López Rodó», imagino… El suelo de madera crujía a mi paso, acentuando el ambiente siniestro de estos lugares que tanto acongojan a los particulares, destinatarios de la justicia. —Tome asiento —me dijo.

Se me quitó la absurda idea de una conversación informal en cuanto le vi la cara. Parecía más un juez aburrido que alguien con quien pudieras charlar. Su tono era seco, sin rastro de cortesía más allá de lo estrictamente formal. Me costó, por su peso, separar la silla para hacerme espacio y sentarme. Al hundirme en ella, me sentí casi diminuto, pues mis rodillas quedaron ligeramente más altas que mi cadera, un viejo truco de poder para que te sientas inferior.

Miré hacia adelante y apenas distinguí a Aguilar entre sus papeles. Él, en cambio, parecía dominar la escena desde su trono improvisado, a contraluz, con la ventana a su espalda, convirtiéndolo en una silueta oscura, seguramente con un cojín o algún truco que le otorgaba esa altura extra y ese aire mayestático que tanto les gustaba, el mismo con el que se engalanaban en los actos oficiales.

—Bien —dijo, ajustándose las gafas de lectura y atusando a su vez su imperturbable y eterno tupé—. No es casualidad que lo hayamos incluido en esta investigación, Víctor. Todos dicen que es

usted el más idóneo para este tipo de casos. En Madrid lo tienen en alta estima y, como se sabe, lo que es bueno en Madrid es excelente aquí. Su forma de hablar no era la que familiarmente se esperaría de un compañero de colegio. No me pareció bien, pero me resigné.

—Víctor, creemos que el notario Estanislao de la Calle, en cuya detención has participado, está realizando operaciones de blanqueo de dinero procedente del tráfico de drogas relacionados con los clanes rusos. En concreto, de un clan ubicado en la línea con conexiones en Sanlúcar, el Puerto y Algeciras. Creemos que operan con bandas de etnia gitana que pueden ser los cerebros de la operación, por llamarlos de alguna forma... —Carraspeó con desdén —. ... Por el modus operandi, que es distinto al que estamos acostumbrados, aunque, entre tú y yo, bastante chapucero.

»Le voy a dar acceso al expediente inicial que debió ver antes de que se le citara para la detención. El notario saldrá en libertad con cargos. Ya la juez Segurado ha decretado el secreto del sumario; piénselo, un notario de tanto prestigio detenido… se puede imaginar… un escándalo. La prensa hasta ahora ha sido prudente; ya hemos hablado con el grupo Joly y otros medios nacionales para que publiquen lo mínimo, en aras del interés público.

»En fin, le resumo el contenido del informe: creemos que se ha abierto un canal de distribución que viene de Marruecos hacia Algeciras, pero su origen es nada más y nada menos que un grupo controlado por la mafia rusa. Hemos sido informados por la Interpol de operaciones de blanqueo en Marbella llevadas a cabo por este grupo. Ya sabe, los rusos no tienen el más mínimo pudor en exhibir sus coches, sus mansiones… y con sus tatuajes y su mal gusto no pasan desapercibidos.

»Lo que hace particular a este asunto y en parte motiva su participación es la sutileza con la que realizan las operaciones del blanqueo. Creemos que tienen una cobertura financiera muy potente, con entramados societarios complejos, paraísos fiscales y demás… Por desgracia, esta información procede sobre todo de algunos confidentes y no tenemos pruebas sólidas ni siquiera nombres. Solo especulaciones, pero… Por ahora están involucrados los de la Agencia Tributaria y la Guardia Civil.

Después de soltar todo el rollo sin parar, se tocó la barbilla, disfrutando de lo que había dicho. Dio un giro de casi 360 grados sobre sus brillantes zapatos recién estrenados en su nombramiento como fiscal jefe, sobre los que caían impecables unos pantalones de grandes almacenes, estrechos, que no creo que fueran de Dustin, aunque su corte era bastante bueno.

—Como te decía —no me miraba a mí, ni hablaba conmigo, hablaba para la galería—, hemos descubierto que las dos operaciones de compraventa hechas en la notaría del susodicho fueron hechas en metálico y que el dinero se contó en el mismo despacho. Como usted sabe, contraviene la Ley de blanqueo de capitales que obliga al notario a informar, cosa que omitió. ¿Cómo lo hemos detectado? —se preguntó a sí mismo en su monólogo.

»Seguimos la pista de uno de los compradores, un tal «Rancapinos», un gitano de tres al cuarto que se dedicaba al menudeo y que había prosperado montando una pequeña banda que opera entre Marruecos y Algeciras. Método tradicional de blanqueo en joyas y coches hasta que, junto con su compadre, compran dos casas en Vista Hermosa que a su vez a los dos días venden a una SL con dos socios rusos que la Guardia Civil tenía vigilados. Como por arte de magia, la inscriben en el Registro de la Propiedad y la declaran al catastro… y ¡voilà! La AEAT, que ya estaba sobre aviso, detecta la alteración patrimonial no justificada y nos lo comunica. Un tipo que no ha hecho IRPF en su vida se compra un chalet de lujo de 2 millones de euros. Y el notario no declara la operación. A la luz de la información de la AEAT, decidimos detener al notario. Aquí es donde intervienes tú.

El fiscal me miró y, con toda seguridad, se dio cuenta de la cara de gilipollas que puse. Me sorprendió que el caso hubiera pasado del juez Ranchera a la jueza Segurado. Quise preguntarle directo qué quería de mí, pero no encontraba el momento adecuado. También deseaba saber si este turbulento caso del notario no era una cortina de humo, una justificación para apartarme del caso de la chica de Puerto Sherry.

El fiscal hojeaba sus papeles, pero entonces levantó la vista, solo por un segundo, y algo en su gesto —una pausa mínima, un leve

apretón de labios— me dio pie. Sin pensarlo demasiado, solté la pregunta que llevaba días rumiando: —¿Por qué yo y no otro?

La frase quedó en el aire y el silencio se impuso. No era una queja, ni un reproche. Solo necesitaba entender qué papel jugaba en todo esto, si es que tenía alguno más allá del de figurante.

—He leído su informe, Víctor, y me he permitido la licencia de hacer algunas pesquisas… —dijo el fiscal, pero no se sabía si estaba siendo amable o si te estaba dando un aviso. No especificó a cuáles se refería, ni parecía importarle si yo lo sabía o no. Siguió revisando sus papeles con calma, reduciendo la charla a un simple trámite más. —Y bien —continuó, sin levantar la vista—, hay algunos puntos que me llaman la atención.

Yo también tenía preguntas, muchas, pero su tono y su actitud me hicieron entender que no estaba allí para dar respuestas, sino para escuchar. Así que me mordí la lengua y esperé. —¿No le parece mucha casualidad que uno de los amigos de la chica fallecida en Puerto Sherry fuera íntimo amigo de uno de los rusos que intervinieron en la compraventa?

Un error de cálculo. El fiscal poseía datos que no estaban en mis informes, lo que implicaba una investigación paralela y que alguien me llevaba la delantera.

—No sabía que se había investigado sobre la chica ni que se conocían sus relaciones personales hasta ese punto —le dije.

—Ha sido pura casualidad —me dijo—. Un chivatazo. —Sonrió, como disculpándose y a la vez mofándose de mí. Me tuteó, por fin.

—¿Qué pasa con el caso de la chica en Puerto Sherry? —pregunté, tal vez con más vehemencia de la que debía—. Me sorprenden las prisas por meterme... y las mismas por sacarme. No sé si fui demasiado directo. Es solo que... ya no interesa, ¿o qué? ¿Qué pasa con ella, con la chica? ¿Es que a nadie le importa por qué la mataron? Me arrepentí justo después de decirlo, pero el silencio me resultaba más incómodo que no saber.

El fiscal miró a Víctor con hastío o desinterés. —Víctor, no seamos sentimentales. Aquí gestionamos expedientes, no venganzas.

Otra vez pareció no oírme, pero al menos tuvo la cortesía de aclararme su punto. —Claro, claro. Ya no nos interesa qué fue o

quién pudo hacer lo que hicieran, si es que hicieron algo. Lo que importa ahora es hacia dónde nos llevan esos hechos y cómo encajan en la trama de los clanes rusos.

Su tono lo dejó claro: el caso había cambiado. Además, Aguilar no sabe poner cara de póker. Noté cómo intentó hacerse el loco y cómo se le subieron los colores en cuanto mencioné 'Puerto Sherry'. Aunque intentó disimular, la cara le delató. Esconde algo y se le nota un montón.

—Ponte a trabajar, Víctor, y mantenme al día de las pesquisas directamente. —Cerró la carpeta con un golpe. Tienes mucho trabajo con esos dos casos… pero también mucha ayuda con tu compañera. Alzó la mirada solo un instante. Luego volvió a su papel, si mas.

—¿Sin informar a Roldán? —le repliqué con cautela. —A ambos, pero directamente a mí, Víctor. De lo demás me encargo yo.

—De acuerdo, señor fiscal.

Se acomodó en la silla, se puso las gafas de cerca y, sin más ceremonias, dio por terminada la charla con un lacónico y distante: —Buenos días.

No pensaba quedarme con la duda. Aquella operación de blanqueo era una farsa: la excusa perfecta para reventar el despacho y que la UCO y el CNI accedieran a los documentos viejos.

—¿Y esas escrituras antiguas? —solté, imprudente.

—No sé de qué me hablas, Víctor —mintió el Fiscal sin inmutarse, antes de rematar con media sonrisa—: Muy propio de Ranchera y sus rarezas.

Me quedé mirándolo en silencio, pero dejándole claro que no me tragaba la trola. Le solté que ya había hablado con el juez Ranchera y que él había negado cualquier implicación en todo aquello. En cuanto lo dije, supe que había metido la pata.

Recogía mis cosas con desgana, dejando que la mirada se me perdiera entre los papeles que el fiscal aún hojeaba con gesto distraído. Fue entonces cuando lo vi: una fotografía suelta, en blanco y negro, asomaba del lateral de uno de los expedientes, mal cerrado. Me incorporé despacio, fingiendo acomodar la silla, y me acerqué descaradamente sin apuro.

Era una imagen del Penal del Puerto, cuando aún funcionaba como cárcel durante y después de la Guerra Civil. No pude evitar comentarlo. —Interesante documento… ¿Le interesa el tema, quizá?

Aguilar hizo un gesto rápido, incómodo y torpe, lamentando haber dejado el papel a la vista. El expediente, me di cuenta entonces, pertenecía a la carpeta de la detención del notario. La imagen mostraba una sala del penal. Al fondo, varios funcionarios posaban de forma rígida, casi ceremonial. Pero uno de ellos me resultó inquietante y familiar. Creía reconocer a Domingo Zamacola. Lo reconocí al instante. No por haberlo visto en persona, obviamente, sino porque su rostro salía en la portada de un libro sobre la represión en Cádiz que mi abuelo guardaba como oro en paño. Aquella cicatriz y la mirada de hielo eran inconfundibles.

—¿Ese tipo de documentos también los revisan ustedes? —pregunté en tono neutro, como una observación sin demasiadas intenciones.

El fiscal no respondió enseguida. Sin alzar la vista, deslizó la fotografía hacia un lado y la tapó con otro folio. —Material antiguo, sin relevancia. Parte del archivo que han incorporado al sumario por rutina —dijo, con una naturalidad tan medida que sonó casi ensayada.

El movimiento fue demasiado rápido, confirmando mi sospecha: esos documentos eran más importantes que el blanqueo de capitales. No dije nada más. Salí del despacho con la incómoda certeza de que el fiscal no era exactamente lo que parecía. Tal vez no era un aliado. O tal vez lo era… de otro bando.

Mientras Victor se alejaba, al cerrarse la puerta, Aguilar se quedó inmóvil unos segundos, como asegurándose de estar solo. Entonces abrió uno de los cuatro cajones de su mesa. Sacó dos carpetas de cartón verde. La primera tenía escrito en la portada el nombre completo de Víctor, seguido de su destino actual. La segunda, el de Marta Sánchez.

Sin cambiar el gesto, buscó una llave en su llavero, del que colgaba un AirTag, abrió otro cajón más pequeño y extrajo un expediente de tapas negras y gastadas. Sin mirarlos una vez más,

metió las dos carpetas dentro. En la portada, en letras marcadas a máquina, se leía: "Operación Gusano".

Cerró el cajón de un golpe seco y giró la llave con fuerza, como sellando algo que no debía salir a la luz.

CAPÍTULO 49

El fiscal y la sombra de la Orden

Aguilar lo citó en un reservado discreto de un restaurante en Madrid, a dos calles del Congreso. Un sitio de esos de lujo, con manteles de tela y paredes de madera buena, donde se cocinan más decisiones legislativas y judiciales de las que se toman en el parlamento. No había camareros a la vista; la mesa ya estaba puesta, con agua y pan, garantizando la privacidad absoluta.

Ramón llegó puntual, con ese gesto severo de quien entra en territorio enemigo pero se sabe armado. El fiscal lo recibió sin levantarse y sin sonrisas. Sobre el mantel blanco, un único objeto rompía la armonía: un sobre manila doblado y marcado con un sello rojo.

—Esto no deberías verlo —dijo Aguilar en voz baja, arrastrando las palabras—. Ni yo debería tenerlo.

Ramón se sentó, ignoró el agua y abrió el sobre con calma. Dentro había tres páginas mecanografiadas, encabezadas con un membrete críptico: CLASSIFIED/INT–FRAG / EYES ONLY. No eran informes oficiales completos, sino fragmentos interceptados. Retales de una conversación que nunca debió ser transcrita.

Leyó en silencio:

T–45: "La quinta transición hegemónica es inevitable. Puede hacerse sin guerra, pero hay que dirigirla. Enemigo común: CH."

E–7: "He invertido todo en la máquina. Quiero un resarcimiento: 245 %. El otro ciclo mundial lo recuperó sin contar con las reservas de RU. Esta vez, con o sin Moscú, quiero garantías."

R–B: "R–B: "La Orden no busca mística, busca oscuridad. Lo digital deja huella; el blockchain es un chivato. Queremos volver al origen: papel, oro y mano a mano. Cosas que se pueden quemar o enterrar sin que quede un registro en la nube. Crear un paraíso fiscal analógico donde la tecnología no pueda mirar. Si apagamos la luz digital, nosotros somos los únicos con linternas.."

Ramón repasó cada línea despacio, hasta que sus ojos se detuvieron en las siglas R–B. Sus propias iniciales. Y a continuación, sus propias palabras, transcritas con la misma frialdad burocrática que las de un presidente o un magnate del petróleo. No cabía duda: el documento hablaba de él.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó Ramón con voz seca, levantando la vista.

Aguilar se inclinó, intimando. —No me lo han dicho, pero lo sé. Tenemos un topo en el CNI. Y ese topo trabaja, a su vez, para la CIA. Está controlando la parte local… España y todo lo que tenemos formado con los rusos. Saben lo de la Orden, Ramón. Lo saben todo.

Ramón lo miró en silencio, calculando el daño. —¿Y ese policía? —inquirió, refiriéndose a Víctor.

—Sí —prosiguió Aguilar, dejando asomar una media sonrisa torcida, mezcla de desdén y suficiencia—. Ese mosquito torpe e insistente que no deja de rondar… Tranquilo, nos encargaremos de él. En su momento me pareció un acierto colocarlo ahí, matar dos pájaros de un tiro: usar su reputación para dar apariencia de investigación seria mientras nosotros controlábamos los tiempos. Pero ahora sé cómo detenerlo. Ya tengo planes para eso. Víctor Ros no será un problema.

Ramón apretó los labios, tragándose el nombre del inspector. Odiaba depender de tipos como Aguilar, funcionarios con ínfulas. —¿Y tú de qué lado estás?

El fiscal sostuvo su mirada sin pestañear. —Del tuyo, mientras juegues con inteligencia. Pero quiero que entiendas esto: estos documentos no son una simple advertencia. El día que nos sean útiles, se filtrarán. Y cuando eso suceda, ni en Cádiz, ni en Madrid, nadie podrá ofrecerte protección. Ni tu fortuna ni tu Orden podrán salvarte. Hoy en día, nada escapa a las redes; cualquiera puede ser periodista o lanzar un bulo... o una verdad. Y a ninguno de los dos nos conviene que eso pase. Aguilar soltó una carcajada como la de Joe Pesci en Uno de los nuestros al mofarse de Ray Liotta. Una risa que dice que todo es una broma, pero que en realidad sirve para recordar quién tiene el arma en la mano.

A Ramón no le hizo gracia, pero despreció el gesto y, sin más, guardó las hojas en el bolsillo interior de su chaqueta con movimientos lentos, desmesuradamente lentos.

La cena no se alargó. De hecho, ni siquiera pidieron. Se despidieron con un apretón de manos breve, frío, sin palabras de cortesía.

Ramón salió a la calle Zorrilla, respirando el aire seco y cargado de la noche madrileña. Caminó hacia la Carrera de San Jerónimo, bajo la mirada imperturbable de los leones de piedra del Congreso, que parecían vigilar la acera desde su pedestal. La zona estaba tomada por ese silencio tenso del poder, roto solo por el ronroneo al ralentí de los furgones blindados de la Policía Nacional que custodiaban las esquinas.

Se alejó de la zona de seguridad, buscando la sombra de los edificios señoriales, antes de sacar el móvil. Marcó un número de memoria.

—Ricardo, soy yo —dijo sin preámbulos, mientras un taxi libre pasaba de largo—. Tenemos que hablar. Esto se está moviendo demasiado rápido y ya saben más de la cuenta: el propio gobierno, la CIA… todos. Acelera el papeleo y prepáralo todo. Cuando digo todo, es todo. No quiero dejar ni un cabo suelto. Estoy harto de fingir.

Colgó sin esperar respuesta. El ruido de sus pasos en las calles de Madrid le pareció, de pronto, más agobiante que cualquier conspiración secreta, y tan molesto como ese fiscal tan pelota y creído.

CAPÍTULO 50

Me siguen

Camino del aparcamiento de Renfe, bajando la Cuesta de las Calesas, vi ondear la bandera LGTBI en las Puertas de Tierra. La habían colocado en tiempos de Kichi y, para sorpresa de algunos, el alcalde del PP aún no se había atrevido a quitarla. Política de gestos que sobrevive a los políticos.

En ese instante me topé de bruces con Samuel. No lo había visto en persona desde que su nombre apareció en la lista del pantalán hacía unos días. Aunque habíamos mantenido el contacto, nuestras vidas se habían distanciado, tomando caminos completamente diferentes, y este era nuestro primer encuentro cara a cara en mucho tiempo. Él se volcó en la abogacía tras dejar el pequeño negocio de su padre. Yo, en cambio, me acomodé en una vida de burgués a mi pesar, a medio camino entre las multinacionales y el funcionariado rancio. Lo suyo era la disciplina de la clase media aspiracional; lo mío, para él —aunque nunca lo dijera a la cara—, una especie de «rebeldía de pijo». Aunque no me entendía, me comprendía. Él soñaba con un perro de caza, un Volvo familiar y domingos de barbacoa. Yo, con no tenerlos nunca. Le iba bien en el trabajo y se había comprado una casa costosa cerca de la Casa Grande, pero su divorcio reciente había echado por tierra su anhelo de una familia burguesa y su coche familiar.

Samuel había pasado un infarto serio años atrás. Desde entonces se mantenía delgado, fibroso y con el aspecto propio del que lo ha pasado canutas. Tras los saludos de rigor, me vino algo a la cabeza: su nombre figuraba en la lista del pantalán B que Justo había elaborado. Y, curiosamente, no aparecía en la lista de los que habían declarado. Decidí tantearlo, suave, como el que no quiere la cosa.

—Por cierto —le solté, mirando con disimulo hacia la nada—, creo que vi tu nombre en un informe del puerto. —¿En serio? —sonrió con la serenidad de quien es consciente de su inocencia, o tal vez,

de su brillantez como abogado. Ya me veo en el banquillo. —Nada grave. Una lista rutinaria de propietarios del pantalán donde apareció la chica. —Ah, sí… lo del cadáver —bajó la voz. —. Vaya historia. —¿No estabas por allí esa noche, verdad? —No, qué va. Aunque creo haberla visto alguna vez. Salía de uno de los barcos pequeños, cerca del mío. Pero no la conocía.

Lo dijo con naturalidad. Demasiada naturalidad. Nos emplazamos para tomar algo un día que nunca llegaría. Nos despedimos. Al girarme para seguir bajando la cuesta, me percaté de él. El tipo. El otro.

Estaba apoyado en la entrada de la Audiencia, fumando, fingiendo mirar el móvil. Ya lo había visto de reojo durante el paseo con Samuel. Tuve el presentimiento de que me seguía desde hacía rato. Noté que, al detenerme yo a hablar, él también se había frenado en seco, apoyándose en una valla de obra con demasiado disimulo. Intentaba escuchar. Y, en cuanto reanudé la marcha, volvió a caminar tras de mí.

Caminé. Él también. A unos quince metros. Ropa demasiado oscura para el calor de Cádiz. Camisa de manga larga empapada en sudor bajo las axilas. Antebrazos descubiertos al remangarse, manos grandes y curtidas en trabajos duros —no eran manos de tenista ni de oficinista—. Zapatillas de correr auténticas, técnicas, no de postureo. Vaqueros oscuros y sucios. Barba de mediodía, pelo castaño algo grasiento. Nada en él chirriaba para un ojo inexperto y, justo por eso, para mí destacaba como una baliza.

Me metí en el coche y, antes de arrancar, grabé una nota de voz con su descripción detallada. Lo vi por el retrovisor dirigirse a la máquina de pago del parking. Esperé. Lo observé subir a un 4x4 negro, de los que contaminan y ocupan el triple, ideal para intimidar.

Me vio. O sospechó que lo había visto. Salió del aparcamiento quemando rueda. Fui tras él. No era lo más inteligente seguir a alguien que me estaba siguiendo, pero qué demonios: había que arriesgar. Quizá no sabía qué coche llevaba yo, o quizá sabía demasiado: que venía de ver al fiscal.

Semáforo en rojo antes del Corte Inglés. Él delante. Un Nissan blanco y una señora mayor con el pelo recién cardado de peluquería

se interponen entre nosotros. Desde mi posición era imposible saber si me estaba observando por el retrovisor.

Semáforo verde. El 4x4 arranca hacia el puente nuevo con una potencia brutal. Es automático y corre más de lo que debería. Yo también. Acelera. Acelero. Se me va. Me ha visto y quiere darme el esquinazo. Allí es difícil ocultarse; solo le podría salvar meterse en el laberinto del polígono industrial.

Sirenas. Maldita sea. Miro atrás: un furgón de la Policía Local me conmina a parar con las luces. No paro. Sigo al 4x4. El furgón se me pone al lado, agresivo, y me hace señales imperativas. Cuatro agentes dentro. Estaban detrás de mí y me han visto correr. Busco la placa y la pego a la ventanilla. Ignoran la placa y se cruzan delante, cortándome el paso. Me obligan a clavar frenos. A lo lejos, el 4x4 negro se esfuma hacia el puente. Lo he perdido.

Un policía joven, altísimo, con una melenita que vulneraba cualquier reglamento de uniformidad, se acerca caminando despacio, como un sheriff de pueblo. —Buenos días, deme su documentación. No lo miro. Le plantó la placa en la cara. —La documentación del coche y su carnet —repite, impasible.

Intento salir. Me ordena que no salga poniendo la mano en su funda. —Agente —le digo, masticando la rabia—, soy inspector del Cuerpo Nacional de Policía y estaba persiguiendo a un vehículo sospechoso en una investigación criminal. Me suelta un discurso aprendido de memoria sobre exceso de velocidad, puntos, temeridad y ordenanzas municipales. Me acerco. Muy cerca. —Mire, no sé quién es usted, ni me importa su melena, pero si no me deja salir ya mismo, le va a caer un paquete de su superior por obstruir una investigación policial que le va a costar el puesto. ¿Se entera?

—Continúe —dice sin inmutarse, con la arrogancia de la ignorancia. Me hace una foto a la matrícula y tramita la multa en la PDA con una lentitud exasperante. Cuando por fin me devuelve los papeles, subo al coche y salgo disparado. Ni rastro del 4x4. Le doy un puñetazo al volante que casi me parte los nudillos. «Antes no era así...»

Llamo a Fulgencio Ferrer, Intendente Mayor de la Local, amigo de toda la vida. Le cuento lo ocurrido, omitiendo los insultos que se me

pasan por la cabeza. —No te preocupes, Víctor. —Evítame el papeleo, Fulgencio. Y hazme un favor: que le caiga una buena al diligente policía de la melenita. Me ha jodido una detención. —Déjalo en mis manos —responde.

Le doy la matrícula del furgón. Le digo que irá en el informe porque estaba en plena persecución.

Conduzco hacia comisaría, respetando ahora cada señal. Lástima no llevar coche oficial camuflado con sirena: habría disfrutado enseñándole las luces azules al larguirucho.

Nada más entrar, Justo viene directo hacia mí. —Jefe, no hay rastro del 4x4 —dice acelerado—. Dos vehículos nuestros y dos de la Guardia Civil lo han buscado. Pedimos helicóptero y el jefe lo denegó.

No esperaba nada distinto. Estamos solos. Justo levanta un papel con una sonrisa triunfal. —Ahora lo bueno. Tiré por la vía rápida… Mi colega de la Local me sacó la titularidad con la matrícula que me pasaste. —¿Qué buenas noticias puedes tener después de este desastre? —dije, demasiado brusco. —El coche está a nombre de una empresa: Industrias Tecnológicas del Atlántico. Y no es leasing. Es propiedad.

Le felicité con una palmada en el hombro. Me fui a mi mesa, encendí el ordenador y abrí el archivo sobre IMIB. Pasé páginas, buscando cualquier detalle que pudiera haber pasado por alto. Tecleé el nombre de la empresa en Google. Nada. Ni web, ni dirección, ni teléfono. Una empresa fantasma.

La lentitud de provincias agota. Sin la Plataforma de Datos, dependo de que Madrid se digne a contestar. Echo de menos mi etapa en Delitos Económicos, no por romanticismo, sino por la agilidad de rastrear sociedades en un suspiro. Perdí aquel mundo al tocar a un intocable de KPMG que lavaba beneficios de alcohol y coca; puse la verdad tan cerca que prefirieron cegarme a mí. Ahora, la situación con este escurridizo 4x4 y un fiscal evasivo sigue igual: aunque reconozco el punto vulnerable, me encuentro desarmado e incapaz de actuar.

CAPÍTULO 51

El Leviatán español

Volver al IMIB se sintió como caminar descalzo sobre cristales rotos, un castigo.. Confirmé que Industrias Tecnológicas del Atlántico solo era la fachada del monstruo que ya destripé en 2011, tras la muerte de Alicia Cantalapiedra. Aquel caso se cerró en falso, pero esta vez el tablero es distinto: hay rusos, legajos antiguos y yo ya no llevo la placa de la UDEF. Siento que estoy empujando una puerta que una fuerza muy poderosa mantiene cerrada desde el otro lado.

Empecé a darle caña al portátil.. En la pantalla, el Leviatán español. Las cifras mareaban: cotización en medio continente, 50.000 empleados. Un 1 % del Estado —la golden share de rigor—, un 15 % noruego y un 30 % ruso oculto tras fondos opacos. Al mando, los Rodríguez de Bastidas. Una empresa de posguerra cebada con contratos públicos, ahora expandida a Asia vía Moscú. Gas, acero, armas. La infraestructura perfecta para mover dinero sin dejar rastro.

El organigrama. De vicepresidente, Sir Alistair Thorne: un fósil ex-BP, un busto romano colocado ahí para calmar a accionistas ingenuos. Pero quien realmente me llamó la atención fue el CEO: Vladímir Raeskulenco. San Petersburgo. Tres carreras y un máster en Harvard. En la foto de LinkedIn sonreía como un bibliotecario inofensivo, pero sus ojos calculaban costes. Un tipo que aprendió a romper huesos antes que a redactar cláusulas.

Un beep beep molesto me sacó del trance. Me froté los párpados instintivamente; tenía los ojos secos y la maldita blefaritis empezaba a escocer. Era un mensaje de mi contacto en Grandes Contribuyentes de la AEAT: «La planta de Algeciras ha cuadruplicado producción en dos años. Misma plantilla».

Buuu, me dije. Blanco y en botella. Algeciras, más que una fábrica, era un vertedero de cemento y pasta… Marqué el número de la central.

—Oficina del Director General. —Inspector Víctor Ros. Necesito ver al gerente. —Lo siento, inspector, la agenda está completa hasta el mes que… —Escúcheme —la corté—. Llamo por un 4x4 a nombre de su filial, Industrias Tecnológicas, que se ha dado a la fuga esta mañana en una operación policial. O me recibe mañana a las once, o me presento con una orden judicial y le precinto el garaje. Usted verá.

Silencio. Teclas rápidas al otro lado. —El director le espera mañana a las once.

El miedo es una llave maestra.

Cerré el portátil y me asomé a la ventana. El coche oscuro que creía que me vigilaba ya no estaba. Confirmo, me estoy volviendo aún más paranoico, porque aunque la calle estaba vacía, yo seguía viendo su silueta fantasma aparcada en la esquina. Lo que me faltaba, espejismos. Bajé a echar diésel para despejarme con una ocupación odiosa. Usaba tan poco el coche que fueron 2 veces las que me equivoqué poniendo gasolina.. Odio ese ritual; ese olor se te agarra a la garganta y los guantes de plástico se sienten como una segunda piel enferma. Fui al baño y me froté las manos con jabón tres veces, hasta dejarlas rojas. No soporto la mugre de otros.

Llamé a Marta. Mientras conducía, las piezas rechinaban en mi cabeza: una multinacional dopada, un CEO con pasado soviético y la desaparición de María, que ya no parecía un crimen pasional, sino un daño colateral de algo inmenso. Todo resonaba como un jazz roto, disonante. Y yo, un simple inspector de provincias, me estaba metiendo directo en la boca del lobo.

CAPÍTULO 52

El Anodino

De vuelta al portátil. Seguía ahí, mirándome. Echaba de menos el asfalto y el ruido real, no este silencio de oficina. Iba a dejarlo por hoy, pero tuve una corazonada. Algeciras. Algeciras se repetía en mi cabeza como un martillo pilón. Dentro del caos de IMIB, era lo más cercano. Mensaje de Justo: enlace a El Confidencial. El exjefe de la UDEF, Sánchez Gal, pillado con 20 millones en bitcoins. Le decíamos «El Anodino». Un tipo gris que ha resultado ser de oro. Según el artículo, facilitaba la entrada de droga por Algeciras.

Algeciras. El mismo patio de recreo que IMIB.

Fui a los papeles. Necesitaba otro vínculo. Crucé proveedores con mi base de datos de la UDEF y ahí estaba: Marfield Trading LTD, con sede en Gibraltar. Facturaba a IMIB por «asesoría» y desviaba la pasta a Et Fintech, la misma lavadora digital que usaba el comisario corrupto.

El rastro era endeble como un pelo alopecico, pero existía. Anoté el hallazgo en otra de mis libretas. De momento, silencio de radio con Roldán. Si le voy con conjeturas, me cierra el grifo. ¿Me estaba desviando? Totalmente. Si el caso oficial era la desaparición de María, yo estaba aprovechando la placa para cazar a mi propia Moby Dick, secuestrando una investigación para alimentar mi vendetta personal.

Llegó otro mensaje de Justo: "Otro cruce: Marfield también aparece en una gestoría de Alicante. Mismo patrón. Servicios fiscales a importadoras fantasma. Y agárrate: esa gestoría es la que lleva los papeles de la SL de los rusos del notario.

Me quedé mirando el móvil. El círculo se cerraba. Los rusos del notario, la planta de IMIB y ahora el jefe corrupto de la UDEF. Marqué a Marta. Contestó al segundo tono. —Me voy a Algeciras. —¿Y eso? ¿Con orden judicial o por libre? —Primero, a cara descubierta. Luego ya veremos si salimos con la cara intacta.

—Pues ponte cremita para no quemarte —respondió ella con esa voz tan cínica que odiaba. Colgué. Cerré todo. No sabía si estaba siguiendo un espejismo o rozando el centro de la diana. Y esa noche, no estaba seguro de querer descubrirlo.

CAPÍTULO 53

En la Battersea Power Station de IMIB

A veces, las piezas encajan demasiado pronto, y eso las hace sospechosas. Fui a Algeciras con la esperanza de confirmar algo o, quizás, solo para no quedarme quieto. Volví con la sensación de haber paseado por un decorado bien montado, pero sin guion. Una patada al balón. Una excusa. El gerente resultó insulso; no sabía —o no quiso— decir nada sobre el 4x4. Nos despedimos con un leve apretón de manos, más por inercia que por cortesía.

De vuelta al Puerto, café en mano, no dejaba de quejarme sobre lo inútil del viaje. Marta, más lúcida, me cortó en seco:

—Mira hacia arriba, Víctor. Deja de hablar con mandos intermedios. El centro está en la capital.

Me pregunté: ¿por qué no?

—Tengo que hacerme un chequeo en la Clínica de Navarra —murmuré, casi convenciéndome a mí mismo—. Pagaré el viaje de mi bolsillo.

A veces uno tiene que inventarse excusas para seguir una pista en la que nadie más cree. Es como jugar a la lotería. Ni me molesté en pedir permiso; sabía que Roldán me pondría de vuelta y media. Primero el viaje, después el papeleo.

Llegué a Madrid de noche, en el último Alvia. Cuatro horas de trayecto casi vacío. No había propósito, solo la necesidad de moverme. Dormí en mi apartamento, mal y poco.

A la mañana siguiente cumplí con la revisión anual en la clínica. El lugar seguía igual: luz blanca, pasillos interminables y olor a desinfectante caro. Pasé por cinco especialistas en menos de tres horas. Analítica, ecografía, dermatología, función pulmonar, digestivo. Todo correcto, todo limpio. Dejas de ser aprensivo cuando tienes algo más que la salud moliéndote la cabeza. Según los médicos, mis valores eran buenos y los aparatos no mostraban

ningún tumor. Sonreí sin ganas, pagué la cuenta y escuché el habitual "hasta el año que viene".

Al salir, pedí un Uber hacia una dirección que no figuraba en el informe médico. Iba a la planta de IMIB en Tres Cantos, sin orden ni acompañamiento.

A tres minutos del destino, vislumbré la fábrica. La chimenea escupía un humo ceniciento, pesado; solo faltaba el cerdo de Pink Floyd sobrevolando la estructura para completar la distopía. Parecía una central atómica abandonada en medio de la nada.

—Ha llegado a su destino —anunció el navegador.

Nos detuvimos junto a la garita. El vigilante me esperaba. Al identificarme con mi placa, no puso cara de sorpresa; asintió levemente, parecía que me esperaba. Hizo una llamada corta. Treinta segundos después me dio un pase para colgarme al cuello con un tono imperativo. Al extender el brazo, creí ver el tatuaje: una daga y una serpiente. Me quedé de piedra. ¿Era esa marca... o mi imaginación me jugaba una mala pasada? Quizá fuera otra daga rodeada de cualquier cosa, un simple adorno macarra. Pero la duda quedó ahí, latiendo. Fuera real o no, mi cabeza ya había disparado antes de preguntar.

Miré su placa: PROSEGURIDAD ÉLITE. Me sonó a una conexión vaga con el Anodino, algo relacionado con escoltas y adjudicaciones turbias.

A cien metros se veía una nave color arena del desierto. Sin puertas visibles ni operarios. Solo camiones grandes aparcados. Demasiado silencio para una fábrica. Allí me esperaba un hombre calvo, de unos sesenta años, con manos cruzadas al frente en posición de espera militar. Llevaba una chamarra técnica inapropiada para el calor. El Uber se alejó, dejando el mismo polvo que trajo.

—Inspector Ros. Le acompaño a las oficinas —dijo. Sabía mi nombre.

Entramos por una puerta semicamuflada. Atravesamos un pasillo reluciente hasta llegar a un hangar enorme. La altura era considerable.

—Impresionante —dije. No reaccionó.

Me invitó a un despacho de cristales opacos. Mesa pequeña, sin papeles. A la derecha, un panel de control con luces que no entendía.

—Usted dirá a qué se debe su visita…

—Verá, señor Méndez —leí su acreditación—, perdone la irrupción. Buscamos a un 4x4 negro a nombre de esta empresa que se dio a la fuga en Cádiz. Casi atropella a un agente.

Méndez me observó sin pestañear. Sus ojos eran de un gris vidrioso. —¿Ha venido desde Cádiz solo por eso? ¿Es usted de Tráfico? —inquirió con ironía.

—Usted sabrá la importancia que tiene. El modelo no encaja con la actividad de esta empresa.

—No tengo acceso ahora mismo a la flota. Si me da la matrícula, le llamaré. ¿Tiene papel?

Miré el panel de control a su derecha. —Tiene tecnología para lanzar un cohete, ¿pero no puede mirar un Excel?

Méndez no se inmutó. Tomó la hoja que le arranqué de mi libreta. —Podría haberse ahorrado el viaje, inspector. ¿Algo más?

—Me gusta tocar las cosas para creerlas. No soy de Jerez, pero me aplico el cuento.

—No es molestia —añadió él con una mueca—. Yo también fui policía hace años. Dejé el cuerpo cuando mi mujer enfermó. Pasé a la privada.

Me dio la mano con tal fuerza que me dejó los huesos doloridos. Salimos de la oficina. Lancé la pregunta al paso: —¿Qué tipo de maquinaria usan aquí? —Empaquetadoras —dijo, sin dudar. —No veo mucha actividad. —Cambio de turno —respondió rápido.

Miré al centro de la nave: ocho máquinas enormes, blindadas. Rieles, zonas valladas y una grúa que recordaba a las de perforación de túneles. Méndez aceleró el paso, interponiéndose en mi línea de visión.

El Uber me dejó en el caos de Atocha y, antes de enfilar hacia la entrada, sonó el móvil. Era Berta. Tuve que respirar hondo e impostar la voz, fingiendo una sorpresa agradable —casi añoranza— cuando lo único que me pedía el cuerpo era silencio y volver a casa.

—Estoy cerca del Retiro. ¿Te pasas? —propuso.

Me quedé tieso como un palo. Yo no le había dicho que venía.

—Es una visita relámpago, justo iba a coger el tren —improvisé, ocultando la clínica y el verdadero motivo del viaje—. Pero tengo un hueco.

Su tono fue suave, nada que ver con una orden, y sin embargo se me clavó en la nuca. Me extrañó esa puntería, esa inmediatez, intuyendo que estaba allí mismo, a punto de huir. ¿Acaso sospechaba algo?

Me arrastré hasta el taxi a regañadientes, con la mosca detrás de la oreja. Al llegar, la encontré frente a una taza vacía, agotada tras una guardia de veinticuatro horas. Yo llevaba mi propio cansancio: el de la mentira.

—¿Todo bien? —preguntó, escrutándome. —Sí, lo normal — mentí.

Removió el café con desgana y, sin previo aviso, me clavó la mirada. Esa mirada de quien conoce tus trucos.

—¿Seguro que estás bien? —insistió—. Te noto… no sé. Raro. Frío. —Es el viaje, Berta. Llevo demasiadas horas despierto —me defendí, parapetándome tras la taza.

Sueño… —No es sueño, Víctor. Siempre estás soñoliento; es tu refugio de costumbre. —Me sujetó la barbilla, obligándome a mirarla a los ojos—. A ver cómo engañas a una médico endocrina con esas excusas. Sé distinguir el cortisol del cansancio. Algo te pasa… o nos pasa.

Sentí su análisis como un cerco. Me estaba acorralando con esa mezcla letal de cariño y ciencia, y yo no tenía escapatoria. Intenté zafarme, levantar el muro de siempre con la torpeza de un niño pillado en falta.

—Es el curro, de verdad. El nuevo comisario, la presión… estoy saturado —solté, sabiendo que mi voz sonaba a mentira incluso antes de terminar la frase.

Ella no retiró la mano, pero su gesto cambió. Una decepción suave. El diagnóstico estaba hecho y no era favorable. No veía estrés laboral; veía un abismo abriéndose entre los dos y sabía que yo estaba en el otro lado, cavando.

—Ya sabes que puedes contar conmigo.

Asentí y le di las gracias. Mentí. Mentí como un cobarde. No tenía los cojones de mirarla a la cara y decirle que el "lío" tenía nombre y apellido, que Marta se había colado en mi cabeza desplazándola a ella del lugar intocable que ostentaba hasta hacía dos días. Que mi lealtad había cambiado de bando sin previo aviso.

—Lo sé —acerté a decir.

Nos despedimos con un beso breve, seco, de los que apenas rozan la piel y saben a despedida.

Subí al Alvia de las 18:36. Me acomodé junto a la ventana y dejé que la ciudad se apagara. No escribí a Marta, aunque las manos me ardieran. La revisión médica había sido la excusa; la fábrica, el propósito. Y todo lo demás… ruido.

Bajé del tren. Sentí de nuevo el tirón del penal al pasar por sus muros. Otra vez esa punzada física, un eco sordo.. Tenía hambre. Cogí un taxi y pasé por casa de mi madre. Recogí un poco de ensaladilla sobrante. Un manjar.

CAPÍTULO 54

Mercedes Granados

La llamada de Mercedes Granados saltó en mi móvil. Hacía un montón que no hablábamos, pero su número me llevó de cabeza a una época más tranquila... Periodista de tribunales del Diario de Cádiz. Según ella, yo era su confidente favorito; según yo, ella era mi periodista preferida, aunque —por pura higiene profesional— nunca lo dijimos en voz alta.

—Hola, Víctor. —Mercedes, ¿qué tal? —De vuelta en la batalla, ¿eh? —comentó con su característica voz áspera—. Seguro que ya extrañas el sol y el pescaíto frito.

Reí. Mercedes no da puntada sin hilo. Sabía perfectamente por qué llamaba: la desaparición de María del Junco tenía a la ciudad revuelta y ella se habría topado con un muro en el juzgado. Quería picar piedra conmigo. Nos ahorramos el baile de máscaras y quedamos para el día siguiente.

La cita fue en el Narigoni, cómo no. Tónica para ella, Coca-Cola Zero para mí. El bar, inusualmente apacible, ofrecía el ambiente ideal, con ese zumbido de fondo que invitaba a las confidencias. Mercedes no escribió en su Moleskine negra; fue directa al asunto.

—Tengo al jefe de redacción respirándome en el cogote. Necesito una exclusiva, Víctor. ¿Qué tenéis? ¿Es un secuestro? ¿Fuga voluntaria? —Igual que a ti: humo —mentí, de manual—. Ya sabes que no puedo comentar investigaciones en curso.

—No me vengas con esas. Si tú no me das nada, te lo daré yo a ti. A ver si así te animas.

Me eché hacia atrás, cruzando los brazos. —Sorpréndeme.

—He estado revisando las bases de datos del SAS. Manías de periodista: buscaba antecedentes de depresión, intentos de suicidio… algo que justificara que una mujer rica se evapore sin dejar rastro. —Sonrió como el Joker, sabiendo que tenía mi atención —. Y encontré un fantasma. —¿Un fantasma? —Un rastro de

expediente manipulado. Hay un ingreso de urgencias antiguo que alguien intentó borrar a conciencia, pero dejaron un cabo suelto. La paciente no figura como María del Junco, sino como María de Rojas.

Se calló, esperando el efecto. María de Rojas. Me tragué la reacción y mantuve el tipo, mordiéndome la lengua para no soltar todo lo que me pasaba por la cabeza. No anoté nada, ni falta que hacía. Los dos sabíamos a qué habíamos venido y ella acababa de poner su ficha en el tablero. Me tocaba mover.

—Vale, tú ganas —concedí, bajando la voz—. Ahora te pregunto yo: ¿Qué sabes realmente del pasado del marido? De don Ramón y sus inicios…

—¿Te refieres a las bodegas?

—Me refiero al Penal —disparé—. ¿Crees que pudo tener algo que ver con lo que pasaba allí dentro?

Mercedes frunció los labios. En su cara vi una cautela instintiva, la misma tensión de quien acaba de ver cómo le ponen una pistola cargada sobre la mesa. —¿En qué estás metido realmente, Víctor? —preguntó, en una mezcla de interés periodístico y advertencia—. Eso es terreno pantanoso.

No parecía dispuesta a regalarme esa información gratis. —Te buscaré algo —zanjó, guardando el cuaderno—. Pero poco a poco. Ya sabes cómo va esto. Quid pro quo.

Asentí. Ella se levantó y desapareció entre las mesas, dejándome con la cuenta y la duda.

CAPÍTULO 55

Tania Rostropovich

María de Rojas me daba vueltas, pero aparté lo médico. Me acordé de lo poco que traje de Madrid: esa sospechosa empresa de vigilancia. Si no podía desentrañar el SAS, al menos me pelearía con algo que pudiera tocar: un coche, una empresa, un registro.

Busqué la foto en el móvil. Esperaba encontrar un gigante tipo Prosegur, algo que justificara tanto misterio. La realidad fue más cutre: «Proseguridad Elite». Un nombre pretencioso para una S.L. de barrio con vigilantes mal pagados. Nada de grandes conspiraciones.

Qué idiota. Otra vez viendo fantasmas donde no los hay. Solté una risa floja. Qué remedio. Al final, me pagan por perseguir corazonadas que suelen acabar en nada. El error va en la nómina; la duda, no.

Al menos, la presión que ejercí sobre el gerente durante la visita no había caído en saco roto. Méndez me envió por correo, casi de inmediato, la localización y titularidad del vehículo por el que le pregunté —aquel 4x4 negro—, que efectivamente se registraba en Cádiz.

Se la reenvié a Justo para que cotejara si coincidía con mi ruta. Enseguida me dijo que no. Me preguntó si quería que mandara el registro a Informática para comprobar si el GPS estaba manipulado, pero no le di importancia. Ya intuía que sí, y dado que el vehículo estaba registrado, si la cosa se ponía fea, ya lo remitiríamos.

Pasé página y enfoqué mi atención en María.

Lo que teníamos en nuestras bases de datos sobre ella era, en esencia, lo mismo que cualquiera podía encontrar husmeando en sus redes sociales. Es decir, nada útil. Facebook e Instagram me dieron lo justo: su edad, su estado civil —casada, cómo no— y un puñado de fotos familiares con su marido, en eventos filantrópicos, siempre impecables y con sonrisas perfectamente ensayadas. También había imágenes más sofisticadas, dignas del papel couché, en las que

aparecía como presidenta de una fundación benéfica de arte, en cenas de gala y exposiciones, rodeada de gente con apellidos compuestos y copas de champagne.

Rastree cada rincón del sistema. Agua. No había nada. Decidí saltar la valla y probar con la base de la Interpol. Gracias al síndrome de Diógenes digital de mi cuenta, rescaté unas claves viejas que todavía abrían puertas.

Y voilà: coincidencia del 98 %. Mucha Interpol, sí, pero parece que renovar claves de acceso no está entre sus prioridades. Por primera vez en días, tenía algo sólido entre manos. Ahora solo quedaba averiguar qué demonios significaba.

Tania Pavlov. Nacida en Vizinga, República de Komi, Rusia. «¿Dónde demonios está eso?», pensé. En el confín del mundo.

La foto de perfil, a la derecha del monitor, mostraba a una mujer de pelo castaño y algo desaliñado, ojos oscuros, hombros de nadadora y una camiseta vulgar y corriente. Era ella sin duda alguna, aunque la imagen había sido tomada al menos diez años antes, durante una detención en el aeropuerto de Ámsterdam por presunto tráfico de drogas. Drogas. Intentaba colar un alijo de cocaína, una cantidad algo superior a la permitida en Holanda para consumo propio.

Nada más. Nada… salvo que en el apartado de observaciones se indicaba que la información estaba vetada al nivel de consulta básico. Solo alguien con autorización de nivel 4, es decir, a nivel de autoridad gubernamental o militar, podía acceder al siguiente nivel.

Me quedé mirando la pantalla, frustrado. Me hacía falta esa autorización ya. Podía acudir al fiscal o al juez de instrucción, pero eso significaba burocracia y semanas de espera. Necesitaba un atajo. Un amiguete con galones que me lo solucionara sin levantar demasiado polvo.

Le envié un WhatsApp a Marta: «Ven a mi despacho».

En cinco minutos Marta estaba mirando atónita mi monitor mientras dejaba caer, no sé si voluntariamente o por azar, su cabello sobre mi brazo. —Sí, es ella sin duda, coincide con las fotos recientes —confirmó.

Marta se retiró, colocándose la melena hacia atrás con ese gesto ensimismado que usaba para pensar. Me quedé solo, golpeando los dedos sobre la mesa. Solo conocía a una persona con acceso a información de nivel 4 y que me debiera un favor lo bastante grande: Arturo Reina.

Acerqué la mano al teléfono para buscar su contacto, pero antes de que pudiera tocarlo, la pantalla se iluminó. El móvil rompió el silencio.

Miré el identificador y sentí extrañeza. Arturo Reina.

Me quedé un segundo paralizado, procesando la sincronía. Hacía meses que no hablábamos y justo ahora, en el preciso instante en que lo necesitaba, él me llamaba. ¿Telepatía? ¿Casualidad? Descolgué, intentando que mi voz sonara natural.

—Hombre, Arturo. Qué sorpresa. —Víctor, ¿qué tal? —Su voz era tranquila—. Mira, perdona el asalto. Estoy aparcando justo ahora cerca de tu comisaría. He venido a firmar unos papeles de un vehículo del consulado en el Ayuntamiento y he visto tu moto en la puerta. —¿Estás aquí abajo? —Sí. Me he acordado de que te debía un café —rio suavemente—. Y qué demonios, me apetecía saludarte. ¿Tienes diez minutos o estás muy liado salvando el mundo?

La coincidencia era tan perfecta que resultaba insultante. Cómo demonios sabía que era mi moto. Pero en ese momento me pareció un regalo del cielo.

—De hecho, Arturo, parece que tengas un radar —acepté, y a ver qué pasaba—. Estaba a punto de llamarte a ti. —¿Ah, sí? Pues baja y me lo cuentas. Invito yo.

Colgué. Agarré la carpeta y encaré las escaleras. La ilusión del golpe de suerte me duró un rellano. Los tipos con acceso de nivel cuatro no se materializan en tu puerta justo en el segundo en que vas a marcar su número. En la liga de Arturo no se cree en el azar; se fabrica. No necesitaba saber qué siglas pagaban su nómina para entender la jugada. No pasaba por allí a saludar.

Llegó puntual a la heladería Piccola, un minuto después que yo. Nos saludamos y me hizo una broma acerca de mi patín eléctrico —mi «nave espacial»—, comprado recientemente en Decathlon y que tuve que apartar para que pudiera sentarse a mi lado.

Yo llevaba la carpeta con las fotos y la información que tenía de la señora de Rodríguez de Bastidas o de quien yo creía que realmente era. Tania Pavlov. Le expuse de forma somera el caso y le entregué la carpeta. La abrió. Arturo podría ser un hombre con una dilatadísima experiencia y una brillante carrera, pero ni con esas habilidades pudo disimular un gesto de sorpresa al ver las fotos de la desaparecida.

—Déjame que les eche un vistazo en la oficina —me dijo—. Supongo que tienes urgencia. La pregunta era retórica. —Cuanto antes, Arturo. Tengo al jefe y al fiscal encima y quién sabe qué tendrán ellos. No tenemos ninguna pista. Solo algunas cosas que parecen guardar cierta relación, pero sin pruebas ni confirmación. Andamos locos.

Arturo se despidió con un abrazo y, obviamente, dejó la cuenta para que yo la pagara. Cogí mi patinete y me fui otra vez a la oficina, no sin antes llamar a Marta para que nos viéramos allí.

El día se fue en cosas de la oficina. No pasaron más de tres horas desde que llegué a casa cuando recibí la llamada de Arturo. Detuve el cepillo eléctrico y la espuma de la pasta de dientes salió de mi boca de golpe; al levantar la cabeza, me llenó el cuello y la camiseta de dormir. Ni siquiera me limpié: no quería hacer esperar a Arturo ni un segundo.

—La mujer de Ramón… no es María del Junco, Víctor —dijo Arturo, sin preámbulos; su voz sonó grave—. Su verdadero nombre es Tania Rostropovich, no Pavlov, y es agente del GRU, la inteligencia militar rusa.

Me quedé ahí parado, de piedra. El espejo me devolvía la imagen de un absoluto imbécil con restos de pasta de dientes en la boca y cara de no enterarse de nada. Me sentí ridículo. No pegaba nada tener esa pinta de pringado mientras intentaba procesar lo que acababa de oír.

¿Agente? ¿Rusa? Lo de la Interpol, Pavlov y el tráfico de drogas era una cosa, pero esto ya era otro nivel, algo de Grand Slam. ¿Una espía casada con Ramón? De repente las piezas empezaron a encajar, pero hacia el peor sitio posible.

Y ahí fue cuando me entró la mala espina. Arturo me lo había soltado todo demasiado masticado, demasiado nítido, poniéndomelo en bandeja para que no tuviera que esforzarme en pensar. Me dio desconfianza. Era todo tan perfecto, tan claro, que más que una confesión, parecía un montaje diseñado específicamente para que yo cayera de boca en la trampa. Aquello olía a chamusquina.

—Fue reclutada en Moscú —continuó Arturo, ajeno a mi confusión —. Sus calificaciones eran sobresalientes. La CIA la vincula, aunque sin demasiados detalles, con diversas operaciones de espionaje industrial en Europa, especialmente en Alemania, Italia y España.

Fiel a mi estilo, empecé a generar teorías. ¿Espionaje industrial? ¿O algo más?

—Es posible que también trabajara para ellos —añadió Arturo, refiriéndose a la CIA— y que los rusos, o se hacían los locos, o jugaban al doble espía. —Y vosotros también, ¿no? —solté, con un toque de ironía entre esputo y esputo de colgate.

Arturo, con esa sonrisa de "sé algo que tú también sabes", me cortó en seco, aunque ni mencionó lo de que yo estaba al tanto de su curro en aquella central. Luego, me soltó que a Tania la habían mandado a la embajada española en 2020, dándole una nueva identidad española con DNI, pasaporte y padrón municipal. Aunque me chocó un poco cómo se había hecho con esos papeles, no me cabía ninguna duda. La info que me dio Arturo era superficial, pura fachada burocrática para justificar el favor. Seguro que él sabía mucho más.

—He enviado un mensajero a tu comisaría con un sobre —añadió Arturo antes de colgar, bajando la voz—. Contiene un pendrive con toda la documentación. Recógelo tú mismo en la garita de entrada mañana temprano. Nada de correos electrónicos para esto.

Respiré al despedirme de Arturo, aunque más que un respiro fue una exhalación. En cinco minutos saldó su deuda, nos despedimos con afecto y nos emplazamos con el consabido «a ver si nos tomamos otro café, un abrazo» y un "ya me contarás" al que no le encontré sentido.

Al llegar a comisaría a la mañana siguiente, el ambiente distaba mucho de ser tranquilo. En la entrada, dos compañeros trataban de

reducir a un tipo en chándal —un habitual de la zona— que se desgañitaba contra el mostrador: —¡Que yo no la he tocao, agentes! ¡Por mis muertos que yo no he sío! ¡Preguntadle a la Paqui!

Mientras tanto, tres familiares jaleaban desde la puerta. Pasé de largo, sintiéndome como un payaso embutido en una chaqueta que ya empezaba a estorbarme, una prenda ridícula para el calor y para el circo que tenía alrededor. Recogí el sobre que me guardaba el agente de seguridad, firmé el recibí y subí a mi mesa.

Me quité la americana, me senté y metí el pen de Arturo en el portátil. Venía limpio, sin rastros personales. Carpeta principal con nombre genérico: documentación_M.R.B. Contenía PDFs escaneados, algunos sellos consulares, registros cruzados, incluso una copia de la partida de nacimiento. Todo cuadraba con lo que me había contado. Oficial, bien ordenado, útil.

Algo me frenó. En el fondo de la carpeta había un archivo suelto, oculto a simple vista, con una fecha imposible: 1 de enero de 1970.

No era un PDF. Era un ejecutable de apenas 512 bytes. El nombre no era un código raro, eran tres palabras unidas por guiones bajos que conocía demasiado bien:

solve_et_repete.sys

La leche. Otra vez. ¿Pero qué cachondeo es este?

Disuelve y repite, decía mi atascadísimo latín de bachillerato.

Mi memoria se activó. 2011, 2024… Parecía un repaso irónico a la historia de la tecnología: del SMS en el viejo Nokia a la vibración en el Apple Watch, hasta llegar a este archivo extraño metido en un pendrive de la inteligencia americana.

Arturo. Tenía que ser él. Esa era su firma. ¿A qué coño jugaba? ¿Tanto le costaba mirarme a la cara y decirme por qué hacía esto conmigo? No, prefería avisarme así, escondido, dejándome miguitas digitales mientras yo me jugaba el cuello fuera de la pantalla.

El dedo fue más rápido que el cerebro. Hice doble clic por puro impulso y, al instante, el icono parpadeó. Desapareció de la pantalla sin dejar rastro de su existencia. El antivirus ni tosió.

Maldije en voz baja. Joder, Víctor, de primero de academia.

Eché mano al teléfono, pasando de largo los contactos de la brigada tecnológica; aquello les venía grande. Busqué un número

que no guardaba con nombre, solo con una inicial: R.

Roberto Correlini. Un consultor externo que cobraba en cripto, no hacía preguntas y jugaba en una liga donde las leyes son sugerencias.

—Víctor —respondió al segundo tono. Voz seca. Sin saludos. —Roberto, tengo un problema. Un archivo .sys, 512 bytes, fecha 1970. Se ejecuta y se esfuma. El antivirus no lo huele. —¿Nombre? —Solve et repete. —Interesante —hubo un silencio al otro lado, solo roto por el clic ametrallador de un teclado mecánico—. Dime que no lo has abierto conectado a la red de la policía. —No, estoy en mi portátil personal, con un pincho 4G. Fuera de la intranet. ¿Qué coño es? ¿Un virus? —No. Quinientos doce bytes es un tamaño minúsculo; no hay espacio de almacenamiento para un código destructivo o un troyano complejo, solo cabe una instrucción de red básica. Si a eso le sumas que usa la fecha 'Unix Epoch zero' de 1970 para burlar los escaneos temporales del sistema, y que se autoelimina al ejecutarse... Víctor, eso es un beacon. Una baliza. —¿Una baliza? —Un chivato silencioso de grado militar. Y el nombre lo confirma. El cibercrimen ordinario camufla sus archivos llamándolos update.sys o system32 para pasar desapercibidos. Solo los servicios de inteligencia tienen la arrogancia de dejarte un mensaje en latín. Con ese peso y esa firma... eso es código propietario. NSA, Mossad o GRU, elige tú. Quien te haya dado ese pen no te ha pasado información; te ha puesto una chincheta en el mapa. Sabe exactamente que lo has abierto y dónde estás.

—Has dado de lleno en la diana, Roberto. Me lo acaba de dar un tipo de Inteligencia.

—Pues dale las gracias de mi parte —sentenció él con sorna—. Y ahora despídete de ese portátil. Apágalo, quítale el pincho 4G o lo que tengas conectado y no lo vuelvas a meter a la red si no quieres tenerlos respirándote en la nuca toda la semana.

Colgué. Me froté la cara con las manos, arrastrando el cansancio. Arturo. El muy cabrón. Cerré el portátil despacio, sintiendo el sabor del aluminio en las yemas de los dedos.

¿Y si no fuera una trampa, sino una advertencia? De ser así, ¿a qué se debe tanta sutileza?

Solve et repete.

Arturo no estaba jugando; estaba intentando comunicarse de forma discreta, una alerta "por debajo de la mesa". ¿Me estaba diciendo que la ruta oficial no era segura? ¿Que esa "chincheta" era la única manera de avisarme: "Ojo, Víctor, nos están espiando"? La cosa se ponía turbia. No sabía si me había sacado de un lío o si nos había metido en uno a los dos.

El teléfono seguía en mi mano. El instinto me pedía a gritos llamar a alguien. Soltar lastre. Busqué a Marta en la agenda y mi dedo se detuvo sobre su nombre, temblando ligeramente.

La tentación fue brutal. Llamarla, que viniera, enseñarle el pastel. Decirle: «Mira, no estamos locos, es una espía y los americanos están metidos hasta el cuello». Compartir el miedo para que pesara menos.

Pero bloqueé la pantalla.

No.

Esto ya no era un simple homicidio; era un campo de minas. Si le soltaba la información sobre el troyano y la jugada de Arturo, la arrastraría conmigo al fango. Y ahí entraba mi absurda contradicción: sentía la necesidad irracional de protegerla. Era ridículo, lo sé. Hablamos de una inspectora curtida que venía de Asuntos Internos, alguien que seguramente sabía defenderse en las cloacas mucho mejor que yo. ¿Era mi viejo y rancio instinto masculino saltando como un resorte para salvar a la damisela? ¿O era que, en el fondo de mi neurosis, mi instinto de policía viejo me suplicaba que aún no me fiara de ella al cien por cien?

Fuera paternalismo o pura paranoia, la decisión estaba tomada. Si mañana el CNI o su propia gente venían pidiendo cabezas de turco, ella tenía que poder mirarlos a los ojos y negarlo todo sin que le temblara el pulso. Ocultarle la verdad no era una traición; era la única forma de asegurarme de que se quedara completamente al margen y con las manos limpias.

Dejé el móvil sobre la mesa, lejos, convertido en un objeto radiactivo. Nunca me había sentido tan solo como en ese momento.

Tenía la verdad, sí, pero era una verdad que no podía compartir sin destruir a quien la escuchara. Fui a la cocina a por agua, evitando mirarme en el espejo del pasillo. Llené el vaso con mano

temblorosa y me lo llevé a la boca. El agua se me atragantó, bajando a trompicones por una garganta cerrada por la ansiedad, y la bebí con angustia, casi ahogándome, intentando tragar junto con el líquido la realidad de lo que era: un ciego que cree correr libre campo a través, cuando solo está dando vueltas en el corral que otro le ha construido.

CAPÍTULO 56

La máscara y el mármol

Con lo que tenía encima, dormir fue una utopía. Pasé la noche vigilando el portátil y llegué a comisaría con arena en los ojos y la certeza de que el troyano seguía ahí, invisible. Intenté enfocarme en lo único tangible: Tania y su posible destino, fuera el que fuera.

Marta llegó justo en ese momento. —¿Has averiguado algo más? —me dijo al empezar la jornada, mientras se inclinaba sobre mi mesa para mirar el monitor, provocando, otra vez, que su melena cayera parcialmente sobre mi cabeza. Al instante la recogió en una majestuosa cola. Se volvió a agachar, con indiscreción.

—Confirmado —le dije, abriendo de nuevo la ficha de la Interpol que Arturo me había pasado, cuidándome de no desplegar la carpeta de inteligencia militar rusa—. Tania Pavlov. Detenida en Ámsterdam hace diez años por tráfico. Nada de María de Rojas. —Vaya, parece que ya tenemos algo sólido por donde empezar —dijo. Noté cierta duda en su tono y un olor desagradable en su aliento. Se acababa de tomar un café con el estómago vacío—. Es ella, sin duda. —Sí —le dije, cerrando el portátil con un golpe algo excesivo para zanjar el tema y ocultar mi nerviosismo—. Vamos a tomar algo. Necesito salir de aquí.

Coca-Cola Zero para mí y tónica para ella, otra vez, en el Narigoni. Si repetíamos escenario, no era por falta de imaginación, sino porque aquel sitio ejercía sobre mí un efecto necesario: su estética, lejana del estilo rústico y marinero habitual del Puerto, respiraba un aire cosmopolita que me hacía sentir, aunque fuera por un rato, que estaba de vuelta en el anonimato de una gran ciudad.

Marta vestía vaqueros muy ceñidos y sin cinturón, una camiseta sencilla que marcaba sus hombros anchos y esculpidos. Zapatos de deporte sin calcetines; rectifico: calcetines muy cortos, casi imperceptibles. La placa asomaba en el bolsillo de atrás; el arma

reglamentaria, no. Un detalle menor, pero que siempre decía más de ella que cualquier frase.

Cuando trajeron las bebidas, le pregunté si finalmente había ido al juzgado. Marta levantó la vista, esbozó una sonrisa breve —demasiado rápida para ser sincera— y respondió con un gesto displicente. —No, no fui —dijo, como quien intenta quitarse una brizna de polvo del jersey—. Me llamaron para preguntarme si se había repetido lo que pasó, pero nada más. —Andaba por allí esa noche, ¿verdad? —insistí, evitando sonar más duro de lo que pretendía. No contestó de inmediato. Bajó la mirada hacia su vaso y movió el hielo en círculos, buscando una explicación dentro del cristal. Una pausa demasiado larga. —Víctor… ya sabes cómo son estas cosas —dijo al fin—. No tiene sentido. No quiero meterme en líos, no quiero hacerle daño…

No fue una respuesta, fue una excusa de mierda. Marta medía las palabras con cuentagotas, acojonada por si la cagaba. Y eso me dolió. Llevamos cuatro días, vale, y me tiene loco, pero me dio en la nariz que aquello no era nuevo. Esa tía no improvisaba; traía el papel aprendido de casa y la mochila cargada de secretos desde mucho antes de conocerme.

No insistí. A pesar de que las secuelas físicas del golpe habían desaparecido, su aparente calma no era más que un engaño. La tensión le salía por los dedos: en cómo torturaba la cucharilla o recolocaba la servilleta para no mirarme a los ojos. Fugas de una máscara que solo ve un policía, o un enamorado.

La conversación derivó hacia temas banales, como suele ocurrir cuando uno evita el centro del problema. Ella hablaba, sí, pero no estaba ahí. O no del todo. Sus respuestas llegaban un poco tarde. Ella se quedó un momento mirándome en silencio. Quería decir algo importante. Algo definitivo. Pero no dijo nada. Apretó los labios, se acomodó el pelo detrás de la oreja y desvió la mirada hacia la calle, rompiendo el contacto.

Me quedé encasquillado, observándola más de la cuenta. Un haz de luz se colaba por el amplio ventanal, iluminando las motas de polvo que flotaban entre nosotros y recortando su perfil con una nitidez casi dolorosa. Me fijé en cómo el sol le aclaraba el iris,

volviéndolo de un tono miel que juraría no haber visto un minuto antes.

Debía de tener una cara de imbécil de campeonato. Y lo peor es que lo sabía. Estaba jodido, cayendo en picado. Pero ahí estaba también mi vieja condena: aparté la vista un segundo y su imagen se me escurrió. Mi cerebro tiene esa tara: no retiene, reinventa. Rellena los huecos de la memoria exagerando la perfección. Con Marta me pasaba habitualmente: la pierdo en cuanto parpadeo y, al volver a mirarla, me parece nueva, mejorada. Quizá por eso me tiene tan enganchado: porque persigo una belleza que, probablemente, solo sea tan brutal dentro de mi cabeza.

Aparté esos rollos a la fuerza y me centré en lo que estaba haciendo. Me dispuse a pagar y, sin esperar la cuenta, me levanté hacia la barra. Al pasar el Apple Watch por el lector, sentí un toque en el hombro, suave e inquietante. Al girarme, me di de bruces con Paco Mendoza.

—¡Paco, qué alegría verte! —le dije, dándole un abrazo, encorvándome un poco. Era bastante más bajo que yo, apenas metro cincuenta y ocho. El pelo canoso, a lo Dustin Hoffman, con el que guardaba un parecido sorprendente, y aquella nariz aguileña que lo hacía aún más reconocible. Conservaba intacto su aire de poli en la sombra: discreto, eficaz. Había sido mi jefe en la brigada antivicio, después de la UDECO. Ahora estaba allí, con su café en la mano.

Mientras nos saludábamos, noté cómo lanzaba una mirada hacia Marta, que seguía en la ventana. Yo hice un gesto mínimo y él no sonrió. La observó con atención contenida, casi clínica. —Ten cuidado con las guapas —me dijo, bajando la voz—. Y más si son compañeras… ya sabes lo de la olla.

Lo dijo sin ironía, con una gravedad extraña. La advertencia sonó más a aviso que a refrán, y algo en su tono me hizo desconfiar. Sabía demasiado. —¿Y de lo tuyo, Víctor? Se refería a mi suspensión tras el accidente con Jorge. Me pilló a contrapié y reforzó esa sensación de que Paco Mendoza, alias "Paco el León", sabía más de lo que aparentaba. Me dio dos palmaditas en el brazo y se marchó, dejándome con la mosca detrás de la oreja.

Nos despedimos con la ceremonia habitual. Regresé a Marta, que seguía en la ventana con la barbilla apoyada en la mano. —Vámonos —le dije, ajustándome la chaqueta—. Tocaba verlo en su terreno, en el centro de su universo.

Atravesamos la cola del centro comercial y la avenida Juan Melgarejo con sus badenes eternos hasta llegar al domicilio del marido de la desaparecida. Era el momento de que Marta lo conociera en persona. Pensé que plantarnos en su casa sin avisar nos daría ventaja. Veremos si su paciencia es tan larga como la ristra de sus apellidos.

Llamamos a la puerta del chalé; un enorme muro blanco de unos dos metros nos separaba de la visión de la casa. Al cabo de dos minutos se encendió el videoportero y de él surgió una voz femenina con acento asiático. —¿Quién es? —Soy policía, inspector Víctor Ros —dije, obviando a Marta. —Un momento, por favor… pasen.

Empujamos el portón blanco de metal. Al fondo, un jardín de al menos cuatro mil metros cuadrados. El casoplón, estilo ibicenco-andaluz-francés, obra de algún excéntrico. Nos dirigimos a la entrada a través de un camino empedrado, dejando a los lados naranjos, limoneros, granados y cipreses. Un jardín del Edén babilónico.

No había guardias de seguridad a la vista, pero sí más cámaras que en un plató de televisión. Cada ángulo estaba cubierto por un ojo electrónico. Aquel despliegue de seguridad sin presencia humana me resultaba inquietante, una sensación de control invisible. En aquel inmenso vergel trabajaban tres técnicos con trajes de fumigación que parecían salidos de la NASA. Sonaba Haendel en mi cabeza..

A la derecha se alzaba una casa de invitados y dos piscinas: una cubierta y otra olímpica en forma de L. A su lado, dos pistas de tenis de tierra batida. Nada de pádel; el dueño era tenista de la vieja escuela.

Llegamos por fin a la puerta principal. Nos abrió la mujer de la voz, tailandesa tal vez, perfectamente uniformada. Nos guio al interior. El hall, decorado con un espejo isabelino y un arcón de caoba, tenía un retrato enorme de una virgen del siglo XVIII. En un

lateral, cuernos de caza; en el otro, un cuadro abstracto que identifiqué como un Miró.

Pasamos a un enorme salón presidido por una imponente chimenea. Las paredes estaban decoradas con piezas que parecían de Van Gogh y Modigliani. Ante semejante despliegue de poder, mi cabeza le puso banda sonora al momento: los violines de Succession parecían rebotar en las paredes, envolviéndolo todo con atmos y despreciando al ya vulgar 5.1. Cámaras en todos los rincones.

En ese momento apareció (nunca se fue) Ramón: delgado, alto, en sus 50 años, impecable. Se levantó de un sillón orejero en su biblioteca con lentitud estudiada. —No los esperaba tan pronto —nos dijo con frialdad.

Ramón llevaba un libro en la mano. Parecía más recompuesto y distante que en nuestra primera entrevista. Dejó el libro en la mesa junto a una cristalera que dominaba la piscina. Mi vista cruzó hacia un piano de cola Yamaha, custodiado por el retrato de una mujer de belleza serena. Seguramente, su madre. Marta, en cambio, clavó la mirada en el libro de la mesa auxiliar: Sapiens.

—Bien, ¿qué les trae por aquí? —preguntó sin invitarnos a sentar.

—Antes de nada, Ramón, disculpa. Ni siquiera te hemos avisado formalmente —dije, inclinándome hacia delante sin llegar a acomodarme en el sillón. Su rostro permaneció impasible. Se tomó una pausa antes de responder, mirándonos con altivez. —La cortesía no parece ser una prioridad hoy en día. Sí, hace ya diez días que desapareció. He cancelado todo. El club, las reuniones. La soledad de esta casa empieza a ser… ruidosa. ¿Han descubierto algo? El comisario me comentó que me avisaría.

No supe qué decir.

Don Ramón, voy a hacerle algunas preguntas incómodas, imprescindibles para esclarecer la desaparición. Esta vez mi compañera estará presente.

—Ramón, Inspector, me basta con Ramón, por favor, ya nos conocemos —añadió sarcásticamente al notar mi tono oficial.

—Ah, bien —le dije, ignorando su ironía—. Marta asintió y preparó el bolígrafo.

—¿Puede decirnos cuándo fue la última vez que la vio? Ramón hizo un gesto mínimo de fastidio, casi imperceptible. —Esa mañana jugamos nueve hoyos. Desayunamos aquí, jugamos con los Solano, almorzamos en casa. Yo me retiré al despacho y a las cinco y media me di un baño; María ya no estaba. Es habitual; ella tiene sus planes de yoga y actividades benéficas. Esa tarde no la llamé, tuve la visita de un amigo a las siete. A las nueve no apareció para cenar, y ella siempre es muy puntual. Marta garabateó algo rápido al oír lo de la visita de las siete. —¿Notó algo raro en ella esos días? —No. La noche anterior hablamos de golf y de Nadal. María es una apasionada del tenis. Juega muy bien. Es un espectáculo verla —dijo señalando las fotos con McEnroe y Borg sobre su mesa de caoba negra. Su voz sonó neutra, describiendo un trofeo más que a una esposa.

—¿Dónde la conoció? —pregunté, a sabiendas de que ya conocía la historia. —En una fiesta en Marbella, hace casi cinco años. Era el cumpleaños de Dimitri Chaskano. Realmente la conocí en su yate en Saint-Tropez. Quedé prendado. Dimitri fletó un vuelo desde Barcelona para traerla a la fiesta. No se volvió a separar de mí. —¿Conoció a su familia? —No, solo en fotos. Nos casamos en la intimidad en Maldivas, sin invitados. —¿Sin nadie? —insistió Marta. Ramón la miró con condescendencia. —En mi posición, inspectora, la privacidad es el único lujo verdadero. No necesitamos testigos para validar nuestras decisiones.

La respuesta marcó una larga pausa.

—Habiendo vivido tanto tiempo en Barcelona, ¿conservaba algún acento? —apunté. Ramón se tensó apenas un milímetro. —Hablaba un castellano neutro, inspector. Perfecto. Si insinúa algo sobre su origen, sea claro. —Nada, curiosidad. ¿Gozaba de buena salud? ¿Visitó algún médico recientemente? —Nunca —respondió rápido y tajante—. María tiene una salud de hierro. Jamás pisa un hospital. Aborrece a los médicos.

Bingo. El registro borrado del SAS decía lo contrario.

—¿Falta algo en la casa? ¿Ropa, joyas… pasaporte? —No. Todo lo necesario para una huida voluntaria sigue en los cajones. Pasaporte, joyas, tarjetas… —Hizo una pausa dramática, mirándome con dureza

—. Lo único que falta es el móvil. Se lo llevaron ellos. Y esa es la única pista real que tienen, aunque por lo visto son incapaces de triangular la señal. Por eso sé que no se fue; se la llevaron.

—Ramón… ¿Tiene… algún enemigo? —Un hombre de mi apellido no tiene enemigos, inspector —dijo con frialdad—. Tiene rivales. O deudores. Pero nadie tan estúpido como para tocar a mi mujer. —Me refería a amenazas recientes… —No —cortó categórico. Su paciencia se había agotado. Comprendí la torpeza de mi pregunta.

—Inspectores —dijo dirigiéndose a Marta—. Ya hice una declaración detallada en comisaría, en el club… Estoy cansado. Si tienen más preguntas, contacten con mi abogado. Se levantó y me entregó una tarjeta, invitándonos a salir con la mirada. Le di la mano, un apretón seco. Marta guardó su libreta y se dirigió a la puerta sin despedirse.

Al salir, le pregunté a Marta qué le había parecido. —No dice la verdad. Esconde algo. —¿Tú crees? —Nadie se muestra así cuando desaparece un ser querido —añadió ella ya en el coche, con rabia—. O es un témpano o lo disimula muy bien. Nos está engañando a la cara, Víctor.

—Haces tú el informe —le dije—. Y te invito a una cerveza esta noche… Ella sonrió mientras se atusaba el pelo, relajándose un poco. —Sí, carota… —¿Te recojo a las nueve? —Ok —contestó.

Nos dirigimos a la comisaría. Nos bajamos y la pantalla del móvil se iluminó de nuevo. Marta entró en el edificio mientras yo me quedaba un paso atrás para atender la llamada, sintiendo otra vez el peso de la correa.

CAPÍTULO 57

A vueltas con el hoyo 19

Oficialmente estaba de vacaciones; en la práctica, seguía atrapado en el chalé de Ramón. El calor apretaba, espeso como los cabos sueltos, así que busqué refugio en el Hoyo 19. No esperaba que un té frío resolviera el puzle, pero a veces la frivolidad es el único lugar donde las verdades se atreven a asomar.

Cielo plomizo otra vez. Viento parado. Día pegajoso. A las once el termómetro ya marcaba treinta y cinco grados y subiendo. Ahora lo llaman cambio climático; yo he pasado aquí suficientes olas de calor sin aire acondicionado como para no rasgarme las vestiduras. Como tantos andaluces durante siglos. Así que sobraban los quejidos. De niños, los veranos tórridos se sobrellevaban a remojo: metidos en la piscina del Club Náutico de Cádiz o en la de mis primos en Chiclana. No hablo de un chapuzón: hablo de horas. Te aburrías, al agua; te volvías a aburrir, otra vez al agua; te cansabas, a leer tebeos; pasabas calor en el coche, ventanilla abajo… hasta que mi padre compró aquel coche con aire acondicionado y lector de casetes que parecían ladrillos o tabletas de chocolate XXL.

Fue una infancia y juventud sin brackets y, sobre todo, sin crema de protección. Quizá por eso, y por mi afición a la vela, ya me habían extirpado unos cuantos carcinomas. Todos con cirugía, todos dejando marca. Aquella mañana, sin embargo, sí me había embadurnado de Nivea 50, dispuesto a empezar mis vacaciones sin disfrutarlas del todo, con las pocas horas libres repartidas entre el club, la casa grande y lo que —o quien— surgiera.

Me refugié en el interior, dejando el exterior a los jóvenes matrimonios con niños en edad de dar clases de pádel e hípica. Esa fauna que solo discute en verano, casi siempre por la logística de quién recoge o quién lleva a los niños, mientras el servicio doméstico hace el resto.

Solté la mochila negra, por fin una decente en lugar de las de propaganda que me regalaba Sara. Aparté la ropa del gimnasio, saqué el Chromebook y cargué el expediente 403234567-VHCG. Vista Hermosa Club de Golf. Al menos el código era transparente

Nada más empezar, me quité los AirPods Pro. Me aislaban del murmullo, sí, pero mi deformación profesional pudo más: no me interesaba lo que decían, pero necesitaba sentir el ambiente. Pedí un té helado y me moví a la parte más alejada del ventanal. Aunque la refrigeración funcionaba a toda potencia, la puerta central dejaba entrar lenguas de fuego con las idas y venidas de los desayunandi, latinajo mío para los profesionales del desayuno social.

Unos llegaban arrastrando los palos tras nueve hoyos; otros venían de sudar la camiseta en el pádel. En la mesa contigua, el ritual de apareamiento de la clase media-alta estaba en pleno apogeo: dos tipos intentaban impresionar a un grupo de mujeres usando el acento madrileño como cebo.

Ellas eran una legión de morenas tonificadas, de las que combinan el Rolex con la falda de deporte y arrastran las «eses» con elegancia letal. Eran educadas, sí, pero bajo el sudor del partido se intuía un carácter capaz de merendarse a sus blandengues maridos. El del hándicap —gafitas y acento impostado— intentó pagar, pero una mano femenina lo detuvo en seco. El otro, un supuesto vividor con barba de tres días, se limitaba a esconder la papada y a asentir, sabiendo que en esa mesa él era, como mucho, un actor secundario.

Yo intentaba centrarme en los informes, pero la sociología del lugar me distraía. En la mesa más al norte, dos hombres de la misma edad pero de apariencia opuesta representaban las dos caras de la moneda. Uno, vestido de blanco impoluto, hacía crucigramas en el ABC con sus Ray-Ban de dandi jubilado y las gafas de cerca colgando del cuello; repeinado, con ese aire de galán que sigue piropeando a las de cincuenta y que seguramente, en su día, conquistó a una heredera. El otro, gordo, con camiseta oscura y gafas de sol que no se quitaba ni en interiores, hablaba a gritos con todo el que pasaba: el ex empleado que consiguió hacerse socio a base de codazos. La excepción estadounidense del self-made man, versión local.

Al fondo, en la otra esquina, estaba ella. Siempre sola. Delgada y fibrosa, una vida a caballo entre el gimnasio y el hoyo 19. Cuello largo y elegante, nariz aguileña, pelo garçon con volumen, mandíbula marcada. Atractiva, sin duda. Cuando tomaba algo en la barra, tenía la mirada perdida, buscando a alguien que ya no estaba, o que nunca llegó. Me recordó, sin remedio, a Marta: esa mirada lejana pero cercana, esa barrera invisible de «mírame, pero no me toques», siempre sin compromiso.

En la mesa central derecha, la pareja reinventada. Divorciados y rejuntados. Según las malas lenguas, ella dejó al marido porque era un pusilánime y muy amigo de salir con su «amigo». Él, según sus propias confesiones públicas —y algo etílicas—, proponía intercambio de parejas. Ella, luciendo dos globos nuevos en el pecho, había conocido a un notario alto, elegante, canoso y filántropo. Él llevaba pantalones —más bien bañador— exageradamente cortos, para acentuar unas piernas que quería seguir exhibiendo como trofeo de guerra. Se sentaban juntos, pero sin hablar, chateando con los hijos de sus respectivos ex. El amor en los tiempos del Wi-Fi.

La vejiga me pidió tregua tras el tercer Nestea. De camino al servicio, le di vueltas a esas casualidades que encajan demasiado bien. Al regresar, me aislé. Cascos, Mozart a todo volumen y a ignorar el gallinero del club. Tenía trabajo.

CAPÍTULO 58

Jorge y el archivo 72K-CV

El día amaneció calcado al anterior, como en aquella película de Bill Murray, el Esteso de los americanos, atrapado en el tiempo. Pantalón largo en pleno agosto y yo sintiéndome un extraño entre tanto bañador, bermudas y morenos de rayos UVA. No llevo cartera ni tarjetas; apenas mi libretilla azul gastada para las notas. Las tareas las confío a los recordatorios del iPhone, y el primero que parpadeaba en la pantalla me devolvió de un guantazo a la realidad más prosaica: «Pedir cita ITV moto».

Abrí otra vez el portátil en la misma mesa del Hoyo 19 que, si está libre, ocupo siempre como mi oficina improvisada. Al sentarme, advertí una cara nueva. En la esquina de la barra, una chica: vaqueros amplios, pelo rubio recogido, cuello largo y esbelto. Llevaba un jersey marrón muy grueso sobre una camiseta de tirantes, un contraste extraño para el calor que hacía fuera. Miraba su móvil y estaba sola. Con esa luz lateral, parecía sacada de un cuadro de Vermeer.

Bajé la cabeza y recurrí al historial de Safari para volver a la foto de María del Junco o como quiera que se llamara, que encontré en Facebook. En otra pestaña, abrí el enlace de la Interpol para situarme en la misma página que cerré en la oficina, actividad que tuve que interrumpir para ir a administración y quejarme, una vez más, sobre el mal funcionamiento del wifi. Al parecer, los lunes toca reinicio de rúteres y paciencia.

De vuelta a la mesa, completé mis notas de la entrevista con Ramón e introduje una clave en el archivo, una sugerencia automática de iCloud. Entonces, casi por inercia, abrí otra pestaña y, después de muchos años, volví a entrar en la base de datos de personas desaparecidas utilizando las credenciales que aún conservaba desde mis días en la UDE. Sorprendentemente, no me las habían reseteado.

La lentitud exasperante de la página al cargar me metió en un túnel de recuerdos. La barra de progreso desapareció y, de repente, un montón de cosas se me vinieron a la cabeza, volviéndome a llevar a ese momento clave que lo cambió todo.

No fui yo quien dejó el servicio; me suspendieron. Los psicólogos concluyeron que no había superado el trauma. Y tenían razón: no lo había superado. La escena de la tragedia seguía persiguiéndome, repitiéndose en bucle mientras tomaba té, mientras comía, mientras intentaba dormir. No podía borrar la imagen de mi compañero, con la cara deshecha y sus sueños esparcidos sobre el capó del KIA.

Fue un viernes gris en Somosaguas, lluvioso y ventoso. Hoy, al recordarlo, siento la escena desde la distancia, como un espectador que observa a un actor inmóvil bajo la lluvia, incapaz de intervenir.

Todo sucedió tras una persecución frenética en el metro de Aluche. Habíamos empujado a transeúntes, saltado tornos y acorralado al sospechoso hacia los bajos del cruce entre Valmojado y Ocaña, donde Jorge, mi compañero, lo esperaba con el coche cruzado. Aunque no era joven ni atlético, el fugitivo tenía una resistencia física asombrosa. Improvisamos la captura sobre la marcha: En realidad, no deberíamos haber estado allí. Jorge solo tenía que formalizar la matrícula de su hija, que iba a empezar Derecho en el CEU, pero el destino quiso que fuéramos los únicos efectivos en la zona cuando saltó la alerta.

Tenía una orden de detención por tres violaciones. Como supe después, era un tipo aparentemente normal, un vecino más. Nos habían pasado sus fotos quince minutos antes y Jorge, con ese ojo clínico que tenía, lo reconoció mientras esperábamos apoyados en el coche a que él terminara una llamada con su mujer. El sujeto pasó por nuestro lado tras comprar el periódico. Jorge guardó el teléfono, me miró y asintió: «Es él».

El tipo lo notó. Salió corriendo, cruzando la calle entre el tráfico, zigzagueando entre los coches. Corrí tras él y Jorge maniobró para cortarle el paso. Lo acorralamos debajo de aquel puente. Extrañamente, después de esa furiosa fuga, se rindió. Se dejó caer de rodillas, exhausto.

Jorge le leyó sus derechos y yo lo esposé, ayudándole a entrar en el coche patrulla, empujándole la cabeza con la mano para que no se golpeara. Jorge inició la marcha hacia la comisaría de Salamanca. La tensión se disipó rápido y, al cabo de un rato, acabamos riendo a carcajadas. El muy cabrón se había tirado un pedo tan pestilente que tuvimos que parar en mitad de María de Molina, abrir las ventanillas y comernos el atasco mientras nos partíamos de risa por lo absurdo de la situación.

Entonces empezó a llover a cántaros. Jorge decidió salir del atasco usando la sirena. No teníamos prisa real, y el violador de Somosaguas podía esperar atrás, esposado con las manos hacia delante porque, en la premura, no se las habíamos puesto a la espalda. Le dije a Jorge que parara en la paralela de la Castellana, en un rellano amplio cerca de los autobuses. Necesitaba aire. Salí del coche mientras Jorge reía, negando con la cabeza. Prefería mojarme a seguir respirando aquel aire viciado.

Fue entonces cuando la realidad se rompió en dos.

Esa sabandija se revolvió con una velocidad imposible. No lo registré al detenerlo y fue culpa mía. Solo mía. Aunque tenía las manos esposadas, se las apañó para sacar una pistola pequeña que llevaba en la cinturilla. Vi el brillo del metal. Vi cómo giraba el cañón hacia Jorge. Y mi mano, sin que mi cerebro le diera la orden, voló hacia mi propia funda.

No hubo una secuencia lógica. No hubo un "primero él, luego yo". Hubo un estruendo único, ensordecedor, dentro del habitáculo cerrado. Un trueno simultáneo que pareció reventar los cristales. Vi dos fogonazos cruzarse en el aire. La cabeza de Jorge se sacudió violentamente contra el reposacabezas en una nube roja. Y al mismo tiempo, el cuerpo del detenido se desplomó hacia atrás, con la boca destrozada y el cráneo abierto.

El silencio posterior fue peor que el ruido. El humo de la pólvora quemada llenó el coche, asfixiante. Me quedé paralizado unos segundos eternos, con el zumbido en los oídos, mirando los dos cuerpos inmóviles sin procesar quién había matado a quién.

Corrí hacia lo que quedaba de Jorge. Lo saqué del coche y lo arrastré al asfalto mojado con la vana e ingenua intención de

reanimarlo. Cuando llegaron los compañeros, me encontraron de rodillas bajo la lluvia, abrazado a un cadáver. Y entonces lo vieron. Yo tenía mi pistola en la mano, con la corredera abierta. Estaba caliente. Había disparado.

Balística dijo después que la bala que mató a Jorge coincidía con el arma del suicida. Cerraron el caso: el detenido mató al agente y luego se quitó la vida. Dijeron que mi disparo debió perderse en el techo o en el asiento, fruto del pánico. Pero yo no recuerdo haber apuntado al techo. Mi memoria muscular recuerda haber apuntado al bulto que se movía. Y la duda es un ácido que no deja de gotear: ¿El informe dice la verdad, o lo arreglaron para que el superviviente no cargara con la muerte de su compañero?

Todo era confuso. Mi cabeza recreaba los detalles, pero siempre faltaba algo: un ángulo, una fracción de segundo. Eso me torturó más que cualquier investigación de Asuntos Internos. Al menos desde entonces los rostros nunca han sido nítidos para mí, siempre han sido piezas de un rompecabezas que mi mente recompone mal, y en ese momento, mi defecto fue mi condena.

Un año de investigación, pesadillas, baja médica y suspensión. No me culparon oficialmente, pero sé que ni su mujer, Maruja, ni sus hijos me perdonaron. Intenté acercarme, ser un apoyo, pero ella levantó un muro de hormigón. Se llevó a los niños fuera de Madrid, lejos de la «mancha» de mi presencia. La última vez que vi a su hija fue aquel verano de 2014; tenía veinticinco años y acababa de licenciarse en Derecho, pero conservaba una mirada de terror en el funeral. Después, solo voces frías al teléfono hasta que me pidieron que dejara de llamar.

Nunca supe en qué mujer se convirtió aquella niña. Mi memoria defectuosa se quedó congelada en una foto vieja del salón de Jorge. Desde entonces, mis sueños son ligeros, pero el despertar siempre trae la misma pregunta: ¿por qué no lo registré?

Aquella tarde, más que nunca, todo parecía una distorsión. El violador estaba muerto. Jorge estaba muerto. Y yo sostenía la pistola, aún caliente, que había disparado una bala idéntica a la del tipo que usó el asesino.

Mi respiración se aceleró. Sentí que el aire refrigerado del Hoyo 19 se volvía denso como la culpa. Necesitaba salir de esa espiral o iba a reventar allí mismo. No era día de consulta, pero me daba igual. Me temblaban los dedos cuando saqué el móvil y escribí un mensaje que era un asalto directo: «Entra en Teams. Ahora. Por favor.»

Apenas un minuto después, el pitido de la aplicación me sacó del trance.

Me levanté de golpe, recogí el equipo atropelladamente y fui hacia uno de los salones vacíos de la Casa Grande. Buscaba silencio, un confesionario laico. El salón estaba decorado con fotos antiguas en blanco y negro y una barra que parecía salida de Casablanca.

Acepté la videollamada. Álvaro apareció al otro lado. No llevaba su habitual bata ni estaba en su despacho; parecía haber interrumpido su propia comida para atenderme, con el gesto torcido de preocupación. —Te noto al límite, Víctor —dijo sin preámbulos, saltándose cualquier saludo protocolario—. Tu mensaje me ha puesto sobre aviso. ¿Ha pasado algo? ¿Otra vez la pesadilla? —No sé si lo hice… o si fue un accidente… o si no pasó como pienso —murmuré, bajando la voz y agarrándome al borde de la mesa—. Ha sido al ver los archivos. Me mata no saberlo, Álvaro. —Escúchame bien. No lo hiciste. Ni siquiera fue un accidente provocado por ti. Lo que tienes es una idea fija, un recuerdo torcido que el estrés te devuelve. —Pero lo siento real. Llevo toda la vida con la pistola caliente en la mano. —Porque eso haces: cargar con culpas que no te pertenecen. Es un ancla, Víctor. Y tienes que izarla, aunque duela. —¿Entonces todo está en mi cabeza? —pregunté, sintiéndome estúpido, vulnerable. —Sí. Y puedes dejar de vivir ahí. Pero tienes que dejar de buscar castigos donde solo hubo desgracias. —Dime la verdad, Álvaro… —¿Crees que lo mío tiene arreglo? —No estoy aquí para creer, sino para escucharte. Incluso fuera de hora. —Escuchar es fácil. Escuchar hasta a un loco resulta entretenido. —¿Y qué crees que eres tú? —Un farsante que viene a demostrar que hasta un psicólogo puede perderse conmigo.

Álvaro se quedó en silencio, mirándome fijamente, evaluando mi estado. Sostuve la mirada hasta que él carraspeó y movió el ratón,

quizás para anotar algo o para finalizar la sesión de emergencia. Fui más rápido: cerré la ventana con un clic violento. No quería su compasión.

Me quedé un instante respirando el aire viciado del salón vacío, tratando de bajar las pulsaciones. Luego, regresé al ruido de la cafetería, buscando refugio en la banalidad.

Al sentarme de nuevo y abrir la tapa del portátil, el cursor se movía solo.

Fue apenas un segundo, pero suficiente para ver cómo una ventana de transferencia local se cerraba y un icono nuevo se materializaba en el escritorio. 72K-CV.

Se abrió sola la ventana de conexión local y Bluetooth. Intenté cerrar la ventana e interrumpir la conexión… Nada. Levanté la vista buscando a la responsable: la chica del jersey, la supuesta Vermeer. Se había esfumado. Su taburete estaba vacío y el vaso, lleno de hielo. ¿Alguien acababa de sentarse a diez metros de mí, me habría visto derrumbarme en la llamada con Álvaro y había aprovechado mi debilidad para colarme su basura digital?

Ea, resignado, le di al play. Se abrió una imagen borrosa: la muñeca izquierda de una mujer. Tania. María. Ahí estaba la cicatriz vertical de su viejo intento de suicidio, y justo encima, el tatuaje de la daga y la serpiente.

En la parte de abajo, en letras verdes, una frase: «El pedigrí no lava la sangre de una traición»

Y puf. El archivo desapareció.

Por puro instinto de supervivencia, ya tenía el móvil en la mano y había sacado una foto a la pantalla un segundo antes de que se borrara.

Miré el taburete vacío de la chica rubia, sintiendo cómo mi vieja paranoia empezaba a engranar las piezas. ¿De verdad alguien intentaba ayudarme a resolver el caso, o simplemente me estaban puteando? Aquella cicatriz y el mensajito sobre el «poder» parecían un dardo envenenado apuntando demasiado alto, directamente a la cabeza de Ramón.

¿En serio pensaban usar mi placa, mi mala cabeza y mi ansia por conocer la verdad para reventar todo el negocio de los Rodríguez de

Bastidas?

Conjeturas, castillos en el aire de un policía que duerme mal y piensa demasiado. Estaban jugando conmigo. Y lo peor de todo era que, para descubrir si mi cabeza me engañaba o no, iba a tener que seguirles el juego.

CAPÍTULO 59

La prueba de la zurda

Salí de Vista Hermosa mirando por el retrovisor. Ese portátil ya no me servía; si lo encendía, estaba vendido. Necesitaba un equipo limpio, así que tiré directo para la brigada.

Al entrar, lo de siempre: humedad, sudor rancio y el tufo al bocadillo de chorizo de Juanfri. Apagué la luz de un manotazo. Prefería no ver el panorama.

Marta llegó poco después. Se sentó en una de esas sillas viejas de confidente, trayendo un olor a limpio que no pegaba nada con la oficina.

—¿Qué tienes? —preguntó al verme pegado al ordenador fijo.

—Un regalo. —Señalé la pantalla—. Olvida lo del ataque informático. Alguien nos ha puesto la foto ahí para que la veamos. Nos están dando las migajas para que sigamos el camino.

—¿Quién?

—Ni idea. Pero mira.

En la pantalla tenía las dos fotos. A la izquierda, la captura borrosa del hackeo con el tatuaje. A la derecha, una foto de Facebook: Tania en Ámsterdam, cerveza en mano.

Marta se inclinó sobre la mesa.

—Es el mismo —dijo—. Pero fíjate en la muñeca. Parecía que Tania podía llevar tres. —¿Tres qué? —Tres dagas. O tres marcas. Es una suposición; la imagen es borrosa, pero juraría que hay tres líneas ahí. —Sí, eso ya lo he mirado. Google dice muchas cosas sobre dagas y serpientes, pero nada de tres marcas. Eso se nos escapa.

Me recosté en la silla. Lo que me chirriaba no era el dibujo, era la postura.

—Marta, olvida el tatuaje un segundo. Mira la foto de Ámsterdam. ¿Con qué mano sujeta la cerveza? —Con la izquierda. —Bien. Ahora

mira esta otra, firmando en el club. Boli en la izquierda. —Era zurda —concluyó ella. —Zurda cerrada.

Abrí la carpeta de fotos oficiales que nos pasó Ramón. Busqué la de la entrega de premios. Tania levantando un copón de plata.

—¿Y aquí? —pregunté. —La levanta con la derecha. —Exacto. ¿Por qué una zurda va a levantar un trofeo pesado con la mano mala? No tiene sentido. Pierdes fuerza.

Marta lo pilló al vuelo.

—Para esconder la muñeca izquierda —dijo—. Si levanta el brazo bueno, se le baja la manga y se le ve todo.

—Tenía que ser eso.

No era coquetería. Era una forma de vivir. Tania llevaba años forzando la postura para mantener ese brazo cubierto.

Sentí una descarga de esa mala leche que te entra cuando ves las piezas encajar. Ya sabía la verdad, pero necesitaba algo más. Necesitaba saber cuánto sabía él. Saqué el móvil. No iba a llamar para preguntar; iba a llamar para verle sudar.

—¿Don Ramón? Soy Víctor Ros. —Dígame, inspector. —Una pregunta rápida. ¿Su mujer era zurda o diestra?

Hubo un silencio. Ese par de segundos de quien está calculando no la verdad, sino la conveniencia.

—Pues… zurda, inspector. Aunque… alguna vez la veía usar la derecha. Era muy habilidosa. —Ya. —Dejé caer la pausa, pesada—. ¿Y tenía algún tatuaje? En el brazo izquierdo. Una serpiente.

Esta vez el silencio fue más largo. Podía imaginarme a Ramón al otro lado, sopesando si yo ya lo sabía o si estaba tirando la caña.

—El tatuaje… Sí. Creo recordar que tenía algo de joven, pero se lo estaba borrando con láser. Casi no se veía. No me suelo fijar en esas cosas.

Colgué.

—Miente como un bellaco —le dije a Marta—. «No me suelo fijar», dice. Sabe perfectamente que su mujer ocultaba ese brazo y me está vendiendo la moto. Es cómplice, por acción o por omisión.

Marta ya no miraba la pantalla. Estaba con el móvil, escribiendo a toda velocidad.

—Lo del marido está claro, Víctor, pero el tatuaje es lo que nos va a decir a quién servía ella realmente. Y esas tres dagas no salen en internet. Eso es lo que me preocupa. —¿Y qué hacemos?

Ella dudó un segundo, mordiéndose el labio inferior.

—Tengo un contacto. Lozano. Un tío de inteligencia que lleva el crimen organizado del Este. Si alguien ha visto esas dagas antes, es él. —¿Lozano? —No me sonaba de nada—. ¿Del CNI? —Digamos que se mueve en esos círculos. Déjame hacer una llamada.

Se fue al pasillo buscando cobertura. La vi gesticular, tensa. Habló poco y escuchó mucho. Yo me quedé pensando en la agenda de mi compañera. ¿A quién llamaba con esa confianza un lunes de agosto? Y lo más importante: ¿por qué volvió pálida?

Cuando entró de nuevo, traía una dirección en el móvil y cara de haber escuchado una mala noticia.

—Tenemos que irnos. —¿A dónde? —A León.

—¿A León? —la miré como a una loca—. —¿Ahora? —¿A cruzar media España por una corazonada? —A León —insistió, y esta vez su voz no admitía réplica—. Lozano se ha asustado, Víctor. Dice que el diseño de las tres dagas es un código «fantasma». No está digitalizado, no existe en los manuales modernos. Es vieja escuela soviética, algo reservado para operaciones muy concretas. —¿Y qué se nos ha perdido en León? —El traductor. Un tal Portela. Vive en un convento, el de San Pelayo —explicó Marta, bajando la voz—. Lozano ha sido muy claro, Víctor: es un paranoico de la vieja escuela, vive totalmente desconectado. Si le mandamos esta foto por cualquier canal digital, cualquier inteligencia, la rusa, la que sea, lo sabrá antes que él, y el viejo desaparecerá en cuestión de horas. Hay que enseñarle la foto en papel. En persona y en absoluto silencio.

—Joder, qué pereza —bufé, aunque la mención de «código fantasma» me había picado la curiosidad—. ¿Pero nos fiamos de este tal Lozano?

Marta me sostuvo la mirada.

—No es un viaje de placer, Víctor. Lozano me ha dicho literalmente: «Si lleva tres dagas, no toquéis nada y buscad a

Portela». Si un tipo de inteligencia te dice que no toques nada, tú haces caso.

Hablaba con demasiada seguridad. Por un momento pensé que me estaba llevando a un terreno que ella ya tenía preparado. Pero el miedo en sus ojos parecía real. Si esas dagas asustaban al CNI, a mí no me quedaba otra que mover el culo.

—Está bien —dije, cogiendo la chaqueta—. Vámonos a León.

En el fondo, pensaba que íbamos a hacer kilómetros para nada. Lo de los códigos secretos y los monjes expertos me sonaba a película de serie B. Pero miré a Marta, tensa y decidida, y me dio igual. La perspectiva de encerrarme en un coche con ella durante ocho horas, lejos de este despacho y de la peste a chorizo, me apetecía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si era una pérdida de tiempo, al menos sería en buena compañía.

—Antes de que a Ramón se le ocurra borrar algo más que la memoria de su mujer.

CAPÍTULO 60

Kilómetro Cero

Hice el equipaje con la desgana del que huye hacia delante. Lo justo: una muda, dos camisas que aguantarán el trote, la linterna táctica y el neceser. Lo más importante iba ahí dentro: pastillas para dormir y el bote de protección solar cincuenta. Para mí, la crema no es cosmética, es blindaje.

—¿Pasas a buscarme? —preguntó Marta por teléfono mientras yo cerraba la cremallera—. Mi coche tiene el depósito lleno, aunque me da miedo meterle ochocientos kilómetros del tirón. —Ni se te ocurra. Tu Picanto no sube el puerto de Pajares ni empujando. Vamos en el mío. —¿El tuyo? —dudó—. Pensé que habías bajado en el Alvia.. —Y bajé en el Alvia. Pero el Mercedes lo tengo aquí, guardado en el garaje de mi madre. En Madrid, sin la etiqueta ecológica, es un pisapapeles caro; cada vez que lo saco, me crujen a multas. Pero para tragarse la carretera es un tanque alemán. —Adjudicado. Paso a recogerte y vamos al garaje.

León. Un convento. Un tal Portela. Todo sonaba a novela de espías de las que venden en los quioscos de estación. Pero la alternativa era quedarnos quietos esperando el siguiente movimiento de Tania, y la ignorancia me aterraba más que la carretera.

Salimos a mediodía. La Ruta de la Plata se abrió ante nosotros como una cicatriz de asfalto partiendo el mapa en dos. Es una carretera traicionera, larga y monótona, que te obliga a ver cómo el país se seca kilómetro a kilómetro. Dejamos atrás la luz blanca del sur para meternos en las dehesas de Extremadura y, después, en la meseta castellana, plana y amarilla, un horizonte vacío donde no hay nada que frene al viento ni al sol.

Marta quiso conducir el primer tramo. Lo hizo con su calma habitual, una mano en el volante y la otra en la palanca, sin inmutarse. Pero noté que no solo conducía; ponía a prueba el coche. Daba pequeños frenazos, calculaba el peso del chasis en las curvas

de la dehesa extremeña y miraba por los retrovisores con una fijeza casi matemática. En su momento pensé que era simple deformación profesional de Asuntos Internos.

Yo iba de copiloto, una posición que detesto, peleándome con mi propia piel.

El viaje se convirtió en una tortura física a fuego lento. Los asientos de cuero del Mercedes, que en su día fueron un lujo, ahora eran un horno. El sol de la tarde entraba de plano por mi ventanilla, buscando el hueco entre el parasol y el marco de la puerta para darme justo en el brazo derecho.

Con mi historial, el sol es un enemigo personal. Después de tres carcinomas extirpados y una dermatitis que se reactiva con el estrés, sentía la piel tirante, picando bajo la camisa, recordándome que ya no tengo treinta años ni defensas para estas palizas. Me pasé medio viaje cambiando de postura, untándome crema con una insistencia casi neurótica y maldiciendo cada rayo que se colaba en el habitáculo.

—¿De verdad crees que este Portela va a soltar algo útil? —pregunté cuando llevábamos cuatro horas de hastío, con el culo cuadrado y cruzando los secarrales de Salamanca. —Sí. —contestó ella, sin apartar la vista del asfalto—. Si no, Lozano no nos habría enviado. Ese tío no da puntada sin hilo. —Ya. —Me froté el brazo, irritado—. Y explícame una cosa: ¿cómo es que tu amigo del CNI sabe tanto de tatuajes talegueros? ¿Es un hobby o es que en Inteligencia tienen un catálogo de moda carcelaria rusa? Porque si no, no lo pillo.

Marta me lanzó una mirada rápida, con un brillo extraño. —No es tan raro, Víctor. Si supieras la mitad de lo que se mueve en el subsuelo, no dormirías ni con pastillas.

Me detuve a mirarla de perfil. El sol le marcaba las facciones, duras y cansadas. En el fondo, Marta y yo éramos dos animales de la misma especie: acostumbrados a escarbar en la basura ajena, pero guardándonos siempre una parcela propia bajo llave. Ella tenía sus hilos invisibles con Madrid y yo mis cicatrices y mis fantasmas. Quizá por eso nunca acabábamos de fiarnos del todo y, paradójicamente,

por eso mismo seguíamos allí, encerrados en un coche viejo, encajando como dos piezas defectuosas.

—Sí, claro. —Me eché hacia atrás en el asiento, buscando la sombrita. Archivos secretos, conventos, tatuajes de serpientes… Esto es muy James Bond, pero en versión cañí. Solo nos faltan las palomitas.

No respondió. Siguió devorando kilómetros en silencio.

Horas después, el paisaje cambió. La llanura seca dio paso a los perfiles montañosos del norte, más verdes, más oscuros. El sol, por fin, nos dio una tregua y se escondió tras las cumbres, llevándose consigo el ardor de mi brazo.

Paramos en una gasolinera cerca de Benavente, de esas tristes donde los camioneros paran a dormir la mona. Marta bajó a estirar las piernas. Yo salí fingiendo revisar la presión de las ruedas, pero en realidad solo quería sentir el aire frío en la cara y despegarme la camisa de la espalda.

—Igual todo esto es un circo —murmuré, pateando el neumático delantero—, y alguien nos está haciendo bailar para tenernos lejos de El Puerto. Marta se apoyó en el techo del coche, al otro lado, mirándome por encima del metal. —Lo que sea que haya ahí, Víctor —dijo, muy seria—, no es un circo. Y por si te lo preguntas, no es Lozano quien manda. Él también recibe órdenes.

Aquello me cortó el rollo de golpe. Genial. Si hasta el contacto de Marta era un mandado, nosotros éramos los últimos monos de la fila. Mejor no pensar en quién movía los hilos arriba del todo.

Volvimos a la autovía sin decir nada más. La noche se nos echó encima, cerrada, hasta que los faros del Mercedes iluminaron el cartel verde: LEÓN.

Por fin. Aparqué la paranoia y el cansancio en un rincón de mi cabeza. Lo hecho, hecho está. Mañana a primera hora iríamos a ver al tal Portela. Solo esperaba que el viaje mereciera la pena y nos diera algo sólido, porque mi brazo no estaba para bromas y mi paciencia tampoco.

CAPÍTULO 61

El Archivo 6

El GPS anunció «ha llegado a su destino» con su habitual voz metálica sonando frente a un muro de piedra comido por la hiedra. No había luces, ni timbre, solo un portón de madera que parecía llevar cerrado desde la Guerra Civil.

Marta apagó el motor. El silencio del monte se nos echó encima de golpe, denso y mortecino. Al abrir la puerta, el frío leonés me mordió la cara, un cambio brutal respecto al horno en el que habíamos viajado.

—Joder, qué frío —mascullé.

Busqué a tientas la chaqueta en el asiento de atrás y me la puse de mala gana. La tela me rozó el brazo quemado por el sol y solté un gruñido. Pasar de treinta grados a doce en un segundo no le sentaba bien a mi piel, que ya me tiraba bajo la camisa.

—Es aquí —dijo Marta. —Pues parece la casa de los horrores. Espero que tu amigo Lozano sepa lo que hace.

Tocamos con la aldaba de hierro. El golpe retumbó como un disparo seco. Tardaron en abrir. Cuando la hoja de madera crujió, apareció un hombre que no encajaba ni con la arquitectura ni con la seriedad del momento.

Portela.

Si esperaba a un monje o a un académico riguroso, me llevé un chasco. El tipo parecía disfrazado para una función escolar de fin de curso, y el presupuesto era bajo. Llevaba unos pantalones de pana dos tallas grandes sujetos con tirantes, una camisa de franela con lamparones de grasa en la pechera y, lo mejor de todo, unas zapatillas de andar por casa de cuadros escoceses.

Tenía el pelo revuelto, grasiento, y unas gafas de culo de vaso que le agrandaban los ojos hasta hacerlos parecer de pez.

—Llegan tarde —dijo con voz aflautada, sin saludar. —Venimos desde Cádiz —se disculpó Marta—. La carretera… —El tiempo es oro

y ustedes me están robando el cobre. Pasen.

Nos condujo por un pasillo en penumbra. Olía a cerrado, a polvo de siglos y a sopa de repollo recalentada. Un tufo denso que se me agarró a la garganta. De repente, el frío de fuera desapareció para dar paso a un calor estático, asfixiante. Tenía la calefacción a todo trapo en pleno agosto.

Empecé a sudar al instante. La chaqueta me sobraba, la camisa se me pegaba a las quemaduras del brazo y sentí el picor de la dermatitis despertarse con violencia. Me aflojé la ropa, agobiado.

Nos metió en su despacho, una madriguera sepultada bajo montañas de libros y legajos amarillentos. Portela se dejó caer en un sillón de cuero reventado y nos señaló dos sillas de madera.

—Lozano dice que traen un jeroglífico —soltó, hurgándose una uña negra—. A ver.

Marta puso las fotos sobre la mesa. Portela se ajustó las gafas, inclinándose sobre ellas con teatralidad, dispuesto a leer el futuro en los posos del café.

Yo miré alrededor, desconfiado. El calor allí dentro era insoportable, pero no era solo la temperatura. Era el escenario. Todo aquello —el disfraz de Portela, el desorden estudiado, la urgencia— me parecía un decorado de cartón piedra. En otro momento me habría levantado y me habría largado. Pero el cansancio me había pasado por encima. Estaba a ochocientos kilómetros de casa, asfixiado de calor y con la piel ardiendo. No me quedaban fuerzas para ser escéptico. Me dejé caer en la silla, sin ganas ni de protestar. Si nos estaban tomando el pelo, que lo hicieran rápido.

—Curioso —masculló Portela—. Muy curioso. —¿Sabe qué es? —pregunté, rascándome el brazo por encima de la manga. —Sé lo que no es. No es un tatuaje taleguero. No es una de esas serpientes que se hacen los ladrones en Vladivostok. Esto es… institucional.

Se levantó, arrastrando las zapatillas, y cogió un libro viejo. Lo abrió sin mirar el índice. —Orden de San Jorge. Siglo XVIII. Pero olviden la historia. Lo que importa es la gramática visual. Señaló la foto borrosa de la muñeca con un dedo manchado de tinta. —La serpiente es el Estado. O la organización. La daga es la fuerza ejecutora. Una daga atravesando la serpiente significa «muerte a los

traidores». Es común. Pero aquí… —golpeó la foto—. Aquí hay tres marcas en la empuñadura. Tres dagas.

—¿Rangos? —aventuró Marta. —Niveles de autonomía —corrigió él, bajando la voz hasta un susurro conspirativo que me dio vergüenza ajena—. Una daga: soldado. Dos dagas: oficial de enlace. Tres dagas…

Se calló, mirándonos por encima de las gafas con esos ojos de pez, esperando el efecto dramático.

—Tres dagas significa «licencia para limpiar». Esa persona no necesita pedir permiso para matar. Es un silenciador con patas. Alguien que borra los errores del sistema antes de que nadie se entere.

Marta mostró cierta sorpresa. Yo sentí una extraña irritación. El calor me abotargaba el cerebro. —¿Nos está diciendo que eso pertenece a una sicaria de élite? —pregunté con la boca seca. —Les estoy diciendo que si esa mujer lleva tres dagas, ustedes son cadáveres caminando por haber visto la foto —sentenció quedándose tan pancho.

Portela se recostó, cruzando las manos sobre la barriga, satisfecho con su monólogo. —Esta gente no juega. Son restos de los servicios secretos soviéticos privatizados. No roban carteras. Desestabilizan gobiernos. Mi consejo: quemen estas fotos, vuelvan al sur y recen para que ellos no se hayan dado cuenta.

Hubo un silencio espeso. El olor a repollo y polvo se me hizo insoportable. Me levanté de golpe, mareado por el calor. —Vámonos. Tengo que respirar.

Salimos de allí casi sin despedirnos, dejando al académico esperpéntico en su cueva. El aire frío de la noche me alivió el calor de mi piel ardiendo.

Me detuve un segundo junto al coche para ajustarme el cuello del polo. Tengo esa manía estúpida: no soporto que una punta quede levantada y la otra no, como un jilguero cojo de ala. Necesitaba ese pequeño gesto de orden después del caos de ahí dentro.

Cuando terminé de colocarme la ropa, me apoyé en el capó del Mercedes, dejando que el motor al ralentí me vibrara en las piernas. —¿Tú te lo crees? —preguntó Marta, encendiendo un cigarro con

manos temblorosas. —Lo de las dagas… encaja —admití, cerrando los ojos—. Explica de dónde puede venir María, por increíble que parezca. —¿Y él? —Marta señaló el portón cerrado con la cabeza.

Miré hacia el muro del convento. —Parecía un disfraz de carnaval malo, malo —murmuré—. Ha soltado el discurso demasiado rápido. Sin dudar, lo había aprendido de memoria cinco minutos antes de que llegáramos. —¿Crees que mentía? —No. Creo que nos estaba esperando. Y que alguien le ha dicho exactamente qué tenía que contarnos.

Me metí en el coche. El ronquido del diésel al ralentí era lo único real en kilómetros a la redonda. —Arranca, Marta.

Mientras el Mercedes enfilaba la bajada hacia la oscuridad, me dejé llevar. Ya daba igual quién llevara el volante. Tenía la certeza absoluta de que estábamos en caída libre, deslizándonos hacia un sitio feo, sucio y sin salida. Y lo peor es que yo estaba demasiado cansado para intentar frenar.

CAPÍTULO 62

Regreso con sombra

Marta tomó el volante al salir de nuevo. No pidió ni dio explicaciones. Agradecí el copiloto para no manejar mis nervios ni el embrague, tal vez recordando la última vez que vomité por la tensión. Marta a veces parecía eficiente, al menos para evitarme las náuseas.

Durante la primera hora apenas hablamos. Me quedé mirando cómo la montaña se aplanaba, intentando digerir lo de las dagas. Lo de la «Orden» y los linajes rusos me sonaba a cuento para asustar novatos. Mi cabeza buscaba un responsable de aquí, alguien con su apellido y sus contactos. Ramón era moderno, rico y demasiado astuto para dejar huellas; sabía que en el Puerto el poder no necesita misticismo, le basta con una charla en el reservado del club o una llamada precisa. Él era el engranaje perfecto, el tipo capaz de darle un barniz de lujo a un negocio que, en el fondo, olía a lo de siempre. La estructura de toda la vida gestionada con la frialdad de quien nunca pierde los papeles. Estaba empeñado en demostrar que él era el capataz de aquel invento, por mucho que Portela quisiera venderme una de espías.

Me costaba convencerme; el cansancio me superaba. Observaba a Marta de perfil. Durante el viaje me sentí relajado a ratos. Pero al acercarnos al sur, esa calidez se esfumó. Marta se volvió fría, recuperando una distancia profesional cortante.

Fue pasando Astorga cuando la vi por el espejo.

Una furgoneta negra. Una Mercedes Vito con los cristales tintados, tan oscura que parecía chupar toda la luz de la llanura. Al principio fue solo un detalle, pero pasaron treinta kilómetros y seguía ahí. No adelantaba. Mantenía una distancia constante, casi matemática, clavada a cincuenta metros de nuestro parachoques. Midiendo cada movimiento como un depredador.

—¿Puedes parar en la próxima venta? —dije, intentando que la voz sonara casual mientras me rascaba el brazo irritado. —¿Quieres café? —preguntó ella sin mirarme. —No. Solo estirar las piernas.

Marta se desvió hacia una vía de servicio en Benavente. Me giré disimuladamente, fingiendo buscar algo en el asiento de atrás. La vito negra no nos siguió. Continuó recta por la autovía, sin dudar, como un bloque de granito negro deslizándose hacia el sur.

—¿Y bien? —preguntó ella al ver que no entraba en el baño y me quedaba de pie en la grava. Tenía un gesto raro que no me gustó. ¿A qué estamos jugando, Víctor? —Falsa alarma. Se me han pasado las ganas —solté. —Podías haberlo dicho antes —respondió ella, seca, volviendo a arrancar.

No le conté lo de la furgoneta. Me subí y la miré mientras aceleraba. Sus manos agarraban el volante con una firmeza que empezó a darme estertores. Aquella visita a Portela me parecía puro teatro. Un viaje de veinticuatro horas planeado para sacarnos de Cádiz mientras lo importante ocurría en El Puerto.

Llegamos a casa al atardecer. Al entrar en la ciudad, entre el resplandor de la luz tardecina, en la rotonda de El Centro Inglés, la vi de nuevo.

Allí estaba. La misma vito negra. Circulaban dos coches por delante de nosotros, solemnes, hacia Vistahermosa. No era una coincidencia. La furgoneta había estado siguiéndonos todo el trayecto; una escolta que no se molestaba en esconderse.

Marta aparcó frente a su apartamento. El motor se apagó. —No te desaparezcas —murmuró sin mirarme. Se bajó y subió a su portal sin esperar respuesta. Sin un «hasta mañana». Un portazo seco que cerró la breve burbuja de intimidad del viaje.

«No te desaparezcas». Una advertencia. No intentes esconderte, porque sabemos dónde estás.

Arranqué el Mercedes para llevarlo al garaje de mi madre. Conducía despacio, dejando que el diésel al ralentí roncara en el silencio de la calle. Ese sonido era la metáfora perfecta del Puerto: un runrún monótono, cansino, el pulso de este agujero de Andrómeda donde el tiempo se estanca y las mismas familias manejan los mismos hilos desde hace siglos.

Me quedé un momento dentro, respirando el rastro de su perfume que aún flotaba en la tapicería. Era una trampa sensorial, un resto de calor en un regreso que se había vuelto gélido. Porque la verdadera emboscada no era la Vito negra ni las dagas rusas de Portela. La verdadera amenaza estaba sentada a mi lado en el coche, y yo había sido tan imbécil de dejar que me llevara de la mano, convencido de que compartíamos algo, directo hacia el matadero.

CAPÍTULO 63

Memoria de hospital

Regresar a la rutina del Puerto después de León fue como intentar encajar una pieza hinchada por la humedad en un puzle que ya no reconocía. Marta se había despedido con aquel «no te desaparezcas» que todavía me vibraba en los oídos; una frase que caminaba por la cuerda floja entre el deseo y la advertencia.

No fui a la comisaría de inmediato. Dejé la moto en el parking del hospital. Necesitaba comprobar lo que Mercedes me había soplado sobre el borrado del registro 72K-CV. En la red central del SAS no quedaba ni el rastro de una gasa a nombre de María del Junco, pero el papel es más difícil de matar si sabes a quién preguntar.

Busqué a Carmen. Es una de esas enfermeras que ya no se fabrican. Me conocía desde que yo era un moco y entraba de su mano en el hospital de Cádiz, aquel centro donde mi padre empezó su carrera mucho antes de dirigir este. Para Carmen, yo no era un inspector cínico; era el hijo del «jefe», el niño que creció correteando por pasillos que olían a ese éter que tanto detestaba.

La encontré en el control de enfermería. Al verme, sus ojos se entornaron con una mezcla de alegría y esa intuición de vieja guardia que te lee la cara en un segundo. —Víctor, hijo, qué alegría. Pero traes la misma cara de perro que se le ponía a tu padre cuando las cosas no se hacían exactamente como él quería —me soltó sin preámbulos.

Tras los saludos de rigor, fuimos al cuarto de lencería, el único rincón donde las cámaras no graban y el silencio es real. Le enseñé la foto de María. —Carmen, hace dos años. Ingresó por urgencias, un intento de suicidio. Cortes profundos. Luego subió aquí, a planta. No busques en el ordenador, sé que lo han limpiado.

Carmen miró la foto y apretó los labios. —Yo la traté, Víctor. Estuvo aquí. Tenía los ojos muertos. Le vi las marcas en las

muñecas; yo misma terminé de ayudarla a vestirse el día que se fue. Estaba muy débil aún, muy pachucha, había perdido mucha sangre y apenas se mantenía en pie. —¿Vino Ramón a recogerla? —pregunté. —No —dijo ella con seguridad—. Yo le pregunté quién venía a por ella, si era su marido. Y ella me dijo que no. Yo sé quién es Ramón, lo he visto mil veces en la tele y en las fotos de las bodegas, y te aseguro que ese no era. Además, ella le llamó Damián. —¿Damián? —El nombre me rebotó en el pecho—. ¿Y el apellido? —Ni idea, Víctor. Solo Damián. Él la agarró del brazo con una delicadeza extrema y se la llevó.. Yo creí que era su padre por la forma en que ella se apoyaba en él.

Subí al despacho del gerente. El tipo era nuevo. El despacho era mucho más grande que el que ocupaba mi padre, pero era todo funcional, aséptico. Sobre la mesa, varias fotos de sus hijos pequeños, pero ni una sola de su mujer. Otro divorciado. Me presenté y mi apellido aún abrió la brecha, pero el tipo se cubrió con evasivas de manual. —No recuerdo ese caso, inspector. Yo no estaba aquí. Son habladurías del personal, ya sabe cómo es la gente de planta…

De camino a la comisaría, el nombre me iba golpeando el casco. Damián. Me sonaba de lejos, de alguna historia oída a medias, pero no lograba ubicarlo. El sol de mediodía me daba de lleno mientras conducía la moto, filtrando el ruido de la ciudad entre el zumbido de mi propia duda.

Entré en la comisaría con prisas, de esas que parecen acelerar el procesador del ordenador moviendo el ratón inútilmente sobre la alfombrilla. Fui directo al archivo de pruebas del caso de María, a las fotos que hicieron de los objetos encontrados en su bolso después de que apareciera en el club de golf.

Allí estaba. Una de las imágenes mostraba el contenido volcado sobre una mesa de metal: llaves, pintalabios, clínex, varias tarjetas de crédito y unos tapones para los oídos. Y mezclada entre ellas,

una tarjeta de visita con una tipografía sobria que me detuvo el pulso.

Damián Valdés. Psiquiatra. Dirección en Jerez de la Frontera. Un número de teléfono fijo. El hombre que se la llevó del brazo no era su padre, era su psiquiatra.

Al salir, la vi de nuevo. Aparcada en la esquina, negra, impasible. La Mercedes Vito. Me quedé mirándola un segundo de más, esperando que el cristal tintado bajara y me devolviera una respuesta, pero la furgoneta arrancó sin prisa, perdiéndose en el tráfico antes de que pudiera ver su matrícula. La próxima vez me dejo de tonterías y le doy el alto, pensé.

CAPÍTULO 64

El Confesor de Jerez

A la mañana siguiente, cambié el coche, que se quedó descansando en el garaje, por la moto. Necesitaba sentir el viento en la cara para quitarme el cansancio del viaje a León. No era día para cueros; el calor de la campiña jerezana se pegaba a la piel como una señal de alarma. Me detuve frente a una hilera de unifamiliares coquetos, de esos que han brotado frente al Leroy Merlin; una zona de fachadas limpias y silencio de clase media alta.

No me bajé de la moto ni me quité el casco. Sin guantes, con los dedos todavía vibrando por el manillar, saqué el móvil y marqué el número de la tarjeta de Jerez. No buscaba una secretaria. Quería el factor sorpresa.

—Dígame —respondió una voz masculina, profunda y con una cadencia que transmitía una calma casi artificial.

Me identifiqué. Al otro lado se hizo un silencio de dos segundos, denso. —¿Inspector Ros? Me sorprende su llamada —dijo al fin, con una cadencia calculada. —¿Ah, sí? No debería; su paciente lleva más de una semana desaparecida. —Me sorprende precisamente por eso, inspector. Esperaba tener a la policía sentada en mi sala de espera desde el primer día. —Pues asómese a la ventana. Estoy en Jerez, prácticamente frente a su puerta. ¿Tiene diez minutos? —Le ha fallado la suerte a uno de mis pacientes, inspector. Casualmente, tengo un hueco. Entre.

Aparqué la moto para culminar lo más parecido al día D. La consulta de Damián Valdés no parecía el lugar donde uno va a purgar sus demonios, sino un refugio minimalista. Decoración zen y una pequeña cascada en la entrada que soltaba un murmullo constante.

Damián me recibió en el umbral. Imponía. Era un hombre alto, con una presencia física que llenaba el pasillo y una voz que parecía

envolverte. Me hizo sentar en un sillón de diseño y se colocó frente a mí.

—Hablemos de María del Junco, doctor —solté sin preámbulos—. La esposa de don Ramón Rodríguez de Bastidas. Desaparecida. Supongo que la conoce.

Damián se sentó cruzando las piernas con elegancia. Sus ojos mostraron un brillo de pesadumbre. —Por supuesto. Es paciente mía. Estoy muy afectado por la pérdida, inspector. ¿Saben algo nuevo?

—Estamos en ello —dije, observando su reacción—. ¿Qué clase de paciente es María?

Damián dibujó una sonrisa profesional, una especie de barrera protectora. —Comprenderá, inspector, que existe el secreto profesional. No puedo revelarle el contenido de nuestras sesiones.

—Comprendo perfectamente —ataqué—, soy hijo de médico. Pero me consta que usted la recogió en el hospital hace dos años, tras aquel incidente. Y me consta que hay circunstancias muy extrañas en torno a sus registros hospitalarios. Han volado, doctor. ¿Sabe usted algo de eso?

Damián no pestañeó. Se puso firme en el asiento, perdiendo parte de esa calidez zen. —Me llamó ella. Al parecer tuvo un desmayo o algo parecido, estaba confundida. Soy su médico de confianza, Ros. Es natural que acudiera a mí para que la sacara de allí. De lo que ocurriera con los archivos de administración, no tengo la menor idea.

—¿Natural? —indagué con esa desconfianza tan propia de los policías cuando algo no cuadra.. ¿Tan natural como para que la recogiera usted en persona y no su marido? ¿Es usted algo más que su médico, Damián?

El psiquiatra mantuvo el tipo. —Insisto: secreto profesional. Mi labor es proteger a mis pacientes.

Me levanté, sintiendo que estaba golpeando contra un muro de hormigón forrado de seda. —Está bien, doctor. Pero manténgase localizable. Es muy probable que volvamos a hablar.

Damián, recuperando su calma aristocrática, me acompañó a la salida. El sonido de la cascada me pareció de repente el ruido de

algo que se escapa entre los dedos. Salí a la calle, me puse el casco y arranqué la moto, convencido de que aquel hombre guardaba mucho más de lo que su ética médica permitía confesar.

Una vez que el eco de la moto de Víctor se disipó en la avenida, Damián Valdés cerró la puerta de la consulta con doble vuelta. Caminó con paso rápido hacia el fondo, cruzando la sala hasta llegar a un pequeño trastero. Allí, entre estanterías asépticas, se acercó a un armario de madera oscura.

Damián presionó una moldura lateral y el fondo del armario cedió con un chasquido seco. Era un doble fondo. Metió la mano y palpó un sobre de color crema. Miró el contenido un segundo —unos documentos amarillentos y una fotografía antigua— y volvió a cerrar el compartimento, asegurándose de que el panel encajaba a la perfección.

El galeno exhaló un suspiro largo. Estaba satisfecho, pero sus ojos reflejaban una inquietud nueva. Ocultaba algo importante, y estaba claro que no lo hacía solo por él. Alguien estaba moviendo los hilos de aquel silencio.

CAPÍTULO 65

La Juez

Volver fue una bazofia: luces cuando aún no ha salido el sol, repiqueteo de teclas y el olor a café malo de máquina. Justo me estaba esperando en su mesa. Después del buen trabajo que había hecho rastreando las sociedades del pantalán y el lío del yate Tsar, el chaval se había convertido en mi salvavidas burocrático indiscutible.

—Inspector —dijo, levantándose a medias y soltando el bolígrafo de cuatro colores con el que siempre jugueteaba.

Me detuve frente a él. Agradecí mentalmente el exceso de gomina que le brillaba bajo aquellas molestas luces; con mi maldita tara para recordar rostros, ese destello capilar se había convertido en la baliza perfecta para localizar a mi propio compañero en el caos de la comisaría. Ya no era un novato anónimo; era mi radar.

—Dime —solté, tratando de ocultar que estaba esperando a que él hablara para confirmar que no me equivocaba de escritorio.

—Le he sacado la lista de los archivos de ACOGE. He cruzado los datos de los niños que faltaban.

Me acerqué a su escritorio, procurando no mirarle a los ojos para no despistarme más.

—¿Nada raro por aquí, verdad?

—Todo en regla, inspector. Son cinco chicos y dos chicas. Tres adoptados y dos en acogida… aunque el parentesco de un par no está muy claro. Uno se murió y el otro desapareció del registro en 2012. Le dejé la copia en papel sobre su mesa.

—Buen trabajo —dije, aunque ya estaba pensando en otra cosa.

Me llevé el taco de folios a mi escritorio y lo solté en la zona de procrastinación. Lo de los niños me parecía un ruido de fondo comparado con el zumbido que me había dejado la visita a Portela. Necesitaba pinchar el teléfono de Ramón. Ya. Sin informes de tres páginas ni esperar a que la burocracia se despertara de la siesta.

Me fui a los juzgados del polígono. Unas naves industriales reconvertidas que tienen de palacio de justicia lo que yo de modelo de pasarela. Allí, entre talleres de chapa y olor a neumático quemado, es donde se supone que reside la ley.

Rosa, la administrativa de la juez, me vio llegar y puso cara de entierro. Es vieja amiga; me conoce por la forma de caminar y por esa expresión de perro apaleado que se me queda cuando voy a meter la pata. —Está de un humor de perros, Víctor. No entres —me susurró. —Solo son cinco minutos, Rosa.

Entré sin esperar. La juez estaba sepultada bajo una montaña de legajos, bajo un retrato del rey que parecía juzgarla a ella también. «Castaña Pilonga», la llamaban los veteranos. Seca, dura y con la paciencia de un cable de alta tensión a punto de romperse. Llevaba el caso de Ivanna y ahora el de Tania, y me consta que mi cara —aunque a ella no se le olvidara la mía— le producía urticaria.

—Inspector Ros —dijo sin levantar la vista—. No recuerdo haberle dado hora.

—Señoría, necesito un mandamiento para intervenir el móvil de Ramón Rodríguez de Bastidas.

Dejó el bolígrafo. Me miró de frente, cruzando las manos sobre el expediente.

—¿Y el oficio policial? ¿Dónde están los indicios racionales? Supongo que no tendrá la osadía de venir a pedirme un pinchazo basándose en que el marido no le gusta o le cae mal.

—El marido miente. Su mujer tiene una identidad fabricada y un historial que la vincula directamente con la mafia del Este. O él sabe perfectamente quién es ella, o no tiene ni idea. Y no sé qué escenario es peor.

—Inspector —dijo con calma—, esto es una instrucción por desaparición, no una película de infiltrados. No voy a vulnerar la intimidad de un señor con ese apellido por una simple corazonada. Traiga pruebas de que está implicado y firmaré. Mientras tanto, deje de saltarse el procedimiento. Me está haciendo perder el tiempo.

—¿Pruebas? —Di un paso al frente y apoyé las manos sobre su mesa, invadiendo su espacio—. La chica de Puerto Sherry, Ivanna.

Otra impostora con la misma marca. Me quitaron el caso de las manos antes de que pudiera atarlo todo.

Ella no se echó hacia atrás. Sostuvo mi mirada sin inmutarse.

—A usted se le apartó porque no es forense. Aquello fue un accidente. La chica iba drogada y se ahogó. No hay caso, inspector, y voy a archivarlo.

Me enderecé despacio.

—No fue un accidente. Y alguien está limpiando la mierda de este puerto mientras miramos a otro lado. Archívelo si quiere, señoría. Pero estoy tan seguro de lo que digo que no voy a soltar este hueso. Aunque tenga que demostrarlo en mi tiempo libre.

El silencio que se produjo anticipaba algo como un expediente disciplinario o, pero aún, una bronca. La juez se puso de pie, muy despacio. No era alta, pero en ese momento pareció llenar el despacho. —Salga de aquí. Ahora mismo. Y si vuelve a entrar en este juzgado sin un informe firmado por su comisario, me encargaré personalmente de que acabe patrullando el depósito municipal.

Salí del juzgado echando chispas. El sol del polígono me pegó en la cara. Sabía que la había cagado, que mi impulsividad solo servía para que la juez me pusiera una cruz definitiva, pero no podía evitarlo.

Sentí la vibración del teléfono contra el muslo, insistente, justo cuando buscaba las llaves del Mercedes. Miré la pantalla: Marta.

—Víctor —su voz sonaba tensa, o quizás era yo, que ya le sacaba puntas a cualquier silencio—. Vigilancia Aduanera acaba de trincar una semirrígida en la bocana de Puerto Sherry. Tres tipos. Un ruso, un marroquí y un español. —¿Y qué tiene que ver con nosotros? —pregunté, rascándome el brazo irritado—. Esos caen a diario.

—Aduanas me ha dado un toque porque el ruso llevaba encima un fajo de billetes sospechoso. Le he visto el brazo mientras le tomaban las huellas.

Me detuve en seco junto a la puerta del coche. —Una daga.

—Y la serpiente —respondió ella, seca.

Colgué sin dar más explicaciones. En lugar de un subidón, sentí un mal rollo, una especie de punzada. Y ahí estaba Marta de nuevo,

siempre en el lugar exacto, siempre con la información servida en el momento justo.

CAPÍTULO 66

Rasputín y el Muelle

Marta colgó y aquel «serpiente» me sonó ya a mío. Quizá solo era una coincidencia, una pandilla de tarados compartiendo mal gusto y yo montándome una película, pero a esas alturas me daba igual. Pista o casualidad, el símbolo empezaba a pringarlo todo y, como de costumbre, la marea me arrastraba al mismo punto.

El barco, una semirrígida de unos ocho metros, venía del muelle de Cádiz. Lo habían cargado desde otro buque mayor, un carguero, el Prudential Lines. Mientras desatracaba y maniobraba para mantenerse en posición, le habían vaciado una parte oculta de la inmensa bodega donde escondían la cocaína. El práctico del muelle, al que conocía por compartir afición a la vela y copas en el club, se percató de la maniobra extraña y decidió llamar a la Policía, que derivó el caso a Aduanas.

La operación de incautación la había dirigido mi amigo Andrés Luis, el vallisoletano. Habían montado un operativo espectacular, a pesar de que una de sus lanchas estaba en varadero y la otra renqueaba. Tuvieron que pedir auxilio a la Guardia Civil, que llegó tarde porque su buque más cercano estaba en Barbate, peleando contra las narcolanchas del Estrecho.

La suerte les vino de cara cuando la zodiac de los narcos, al salir con el alijo directo a Sanlúcar, enganchó un trasmallo ilegal que flotaba cerca del faro de Las Puercas. La red los sentenció: detuvo de golpe la lancha, rompió el eje del motor y los dejó vendidos en la bahía. Sus perseguidores los rescataron justo antes de que se ahogaran, ya que ninguno sabía nadar, salvo el marroquí. A bordo solo quedaban ocho kilos; el resto —casi doscientos— se había ido al agua y los buzos de los GEAS estaban intentando recuperarlos.

—Voy para allá —le dije a Marta, y colgué el teléfono.

Cuando llegué a la comisaría de El Puerto, fui directo a la sala de interrogatorios. Allí dentro estaban Marta, Julio —un compañero de

Aduanas al que saludé con un gesto seco— y el detenido. Estaba reclinado en la silla, con una calma que no encajaba con la situación. Corpulento, pelo casi rapado al cero, brazos fornidos y una camiseta de mangas tan cortas que el tatuaje quedaba expuesto con un descaro absoluto.

Podía ser casualidad, claro. Pero ya me cansaba aquel puto dibujo que reaparecía una y otra vez. Le tomé una foto con mi móvil desde el cristal espía. Al ampliarla me pareció que era el mismo dibujo que llevaba Tania. Me acordé otra vez de la voz de Portela: «Cuantas más dagas, más cerca del núcleo. Tres dagas es licencia para matar».

Conté las empuñaduras en la pantalla del móvil. Una, dos, tres. Aquel tipo no era un simple transportista de fardos que había tenido mala suerte con la marea. Tenía galones de verdugo.

Entré en el cuarto. No había más sillas libres, así que permanecí de pie junto a la puerta, cruzado de brazos, viendo por dónde salía el bicho. El ruso miraba fijamente a Marta. A Julio lo ignoraba como a un bulto en la pared.

Tras cuatro preguntas burocráticas, el detenido interrumpió a Julio con su acento masticado y, clavando los ojos en Marta, soltó: —Tú eres bella policía. Demasiado guapa para este sitio de mierda…

Marta ignoró el piropo con un gesto de hielo. —¿De dónde has sacado doscientos kilos de cocaína pura? —No sé de qué me habla la reina… —dijo él con chulería, reclinándose aún más.

Julio le recitó la lista de cargos. El ruso soltó una carcajada corta. —Quiero llamar a abogado.

Marta dio un carpetazo y salimos al pasillo. Un momento después, volvió con un papel de la centralita. —Míralo —dijo, tendiéndome la nota. En el papel venía el nombre solicitado: Samuel Benítez.

Me quedé mirando el nombre. Joder. Tenía que ser él. Samuel no era un abogado de oficio para pringados; era el niño bien de El Puerto, el de las minutas de cinco cifras y los trajes a medida. Que un tipo como él, que solo se mueve por moqueta, viniera a defender a tres muertos de hambre, solo confirmaba que detrás de esa lancha había alguien con la cartera muy llena.

—Que llame —dije, masticando la resignación—. Que venga. A ver qué milonga nos cuenta hoy mi amigo.

Marta ordenó el traslado. Sacaron al ruso esposado. Medía un metro noventa y era pura piedra. Cuando pasaba por mi lado, le cogí del antebrazo sano. Lo hice con fuerza, clavándole los dedos justo sobre la tinta.

—Un momento, Rasputín. Se detuvo, sorprendido. —¿Qué quiere, madero? —Me gusta tu tatuaje de maricona —le solté, con un tono despreocupado, sabiendo que estaba pinchando a un animal.

El ruso levantó la cabeza despacio. Me miró fijamente con sus ojos, oscuros y vacíos. Me lo hice donde los tipos como tú no duran ni un asalto —respondió. Dio un paso hacia mí, a pesar de las esposas—. Pero si quieres, madero, puedo enseñarte de cerca cómo se gana un tatuaje así.

Sentí miedo. Marta me miró inquieta. Él repitió con voz grave: —Suéltame. Se movió y se soltó de mi agarre con un tirón seco, de una facilidad insultante. La amenaza ya no era mía. Era suya.

En ese momento apareció Samuel Benítez. Iba impecable, con un traje de lino color arena que hacía que la comisaría pareciera un vertedero. Ni una arruga, ni una gota de sudor. —Hombre… Víctor —dijo, deteniéndose a una distancia prudencial, temiendo mancharse los zapatos. —Samuel. No sabía que te dedicabas a sacar a narcos del agua. Él sonrió, como en un anuncio de Profiden. —Te equivocas. No represento a estos señores —dijo, señalando al ruso con un gesto vago, como el que espanta una mosca—. Yo represento a la empresa consignataria del buque nodriza. Mis clientes están muy preocupados por el uso indebido que la tripulación haya podido hacer de sus instalaciones. Vengo a colaborar con la justicia y a asegurar que la reputación de la naviera quede intacta. —Qué noble por tu parte —solté con sarcasmo. —Siempre, Víctor. El Puerto está muy revuelto y los negocios requieren… estabilidad.

Hizo un gesto con la cabeza, ignoró al ruso completamente y entró en el despacho del instructor con la seguridad de quien pisa su propia casa. Me quedé mirando la puerta cerrada.

Fui a la mesa de Marta y eché un ojo a su PC mientras ella gestionaba el papeleo. Necesitaba ver el historial completo del ruso.

Ella dejaba la ficha abierta: confianza de compañera… o trampa perfecta, pensé por un segundo, recordando la furgoneta negra. La foto de la ficha lo desmerecía, parecía un delincuente común. Su historial, no. Tráfico de estupefacientes, tráfico de armas, condena en Carabanchel: cuatro años por agresión sexual. Soltero, llevaba afincado en España diez años, empadronado en Alcobendas. Y lo más importante: afiliado a la Seguridad Social con contrato en vigor. La empresa pagadora: Industrias del Sur. La empresa propietaria de la planta de IMIB en Algeciras. La misma que se cruzaba una y otra vez en el camino de Tania. Las piezas empezaban a encajar solas.

Al día siguiente, me fui al muelle. No pegué ojo esa noche. El día amaneció limpio, con ese azul que solo Cádiz conoce. Crucé el puente y dejé el coche en Canalejas. Caminé hasta la entrada del muelle, volviendo a mis recuerdos de crío.

Me identifiqué ante el guardia y me reuní con Ramírez y Sagunto de Aduanas. —Te invito a un café —dijo Ramírez—. A ti no te pasan los años, picha. Fuimos al grano. El Prudential Lines, el carguero nodriza, estaba atracado en el muelle de Levante. Subimos a bordo. Ramírez retiró el precinto del primer camarote. Vacío. Fuimos al segundo, el del ruso del tatuaje. —¿El ADN? —pregunté. —¿Pa qué? —dijo Ramírez—. Ya estuvieron los perros. La droga estaba aquí. Ocho kilos.

La habitación olía a naftalina y fibra húmeda. Pasé la mano por las estanterías: polvo. Me agaché para mirar debajo del armario, donde la luz del pasillo ya no llegaba. Saqué la linterna del móvil. Nada. Pero en la esquina inferior derecha algo brilló.

Me estiré y tiré con los nudillos. Era una caja de cartón pequeña, aplastada y húmeda. Dentro, un bolígrafo Bic mordido, un anillo de plata gastado y un mechero Zippo. Y en el fondo, un número escrito a lápiz sobre el cartón mojado. Le hice una foto.

Cogí el mechero con cuidado, usando un pañuelo. Lo giré bajo la luz de la linterna. En un lateral, grabado a mano sobre el metal cromado, el dibujo era inconfundible. Una daga rodeada por una serpiente. Cómo no, el talismán de mis desvelos.

Guardé el mechero en una bolsa de evidencias, por guardarlo y a sabiendas de que no iba a servir para nada.. Salí del muelle hacia

Canalejas y, a mitad de camino, tomé la decisión. Tenía que apretar a Samuel. Su actitud de "colaborador desinteresado" en comisaría me había olido a chamusquina. Necesitaba ver cómo reaccionaba si iba a buscarle a su guarida, lejos de las miradas oficiales.

CAPÍTULO 67

Samuel

Su despacho en la calle Cánovas olía a madera nueva encerada, libros de leyes con el lomo impecable y ese aire acondicionado que te quita el sudor de la calle y te manda al hospital con una neumonía. Pasé después de que su pasante me indicara el camino. Me recibió con su sonrisa de siempre. Saludo corto. Lo primero que grabé fueron sus manos: jugueteaba con un pendrive plateado que llevaba un candado de combinación cutre, de los chinos. En cuanto me vio, hizo un movimiento instintivo, un espasmo, y lo ocultó bajo una carpeta verde. El gesto fue breve, pero a un policía no se le escapa ese tipo de miedo físico.

—Hombre, Víctor, tú por aquí —dijo. Se levantó lo justo, sin soltar la mesa.

—Vengo del muelle. El registro del barco ha dado para mucho.

Samuel supo encajar el golpe. Un tic que arrastraba desde el colegio cuando le pillaban en una falta.

—Me imagino. Mis clientes no salen de su asombro. Unos desgraciados que no saben navegar, manchando el nombre de una naviera seria —se recolocó los gemelos con calma impostada—. Me han dicho que ha sido un desastre. Mucho ruido para ocho kilos de nada, ¿no, Víctor?

Lo observé sin decir nada. Sobre la mesa, los expedientes estaban alineados con una pulcritud que denotaba que aquello era un decorado falso.

—El otro día, cuando nos cruzamos bajando las Calesas, me dijiste que la viste salir de un barco cerca del tuyo —solté de golpe. Samuel ni parpadeó, pero tardó un segundo de más en responder. —¿A quién? —A Ivanna. La del pantalán. Mi caso —Ah… —Dudó. Estaba recalculando la ruta como Google—. Sí, te lo dije. La vi aquella tarde. Poco más. Un cruce de miradas. —Curioso. Lo que no cuadra es que tu nombre no aparezca en las declaraciones del

informe oficial de esa noche. —Hice un silencio que sonaba a pregunta. —Nadie vino a preguntarme —se excusó a la defensiva—. La policía estaba demasiado ocupada acordonando el sitio, haciendo preguntas a diestro y siniestro… y yo soy abogado, no fiscal. Pero, bueno, ya que estamos, te digo que no lo oculté; se lo comenté a tu compañero Juanjo tiempo después. Samuel me miró de arriba abajo, midiendo mi ropa, mi cansancio y hasta dónde pensaba llegar.

—Pero… —Bajó la voz hasta que casi no se oía—. ¿No te habían apartado, Víctor? Tengo entendido que la jueza, la Castaña Pilonga, te mandó a paseo ayer mismo.

Me dio donde dolía. Mi cara debió de ser un poema. —Veo que tienes oídos en todos sitios.. —murmuré.

—Tenemos torneo de pádel con los del juzgado y me llevo muy bien con todos y magníficamente con ella.. —soltó. Sé cómo respira ese juzgado, Víctor. Deberías andar con pies de plomo. Mi profesión me ha enseñado que no es bueno enfrentarse a los tipos con manguitos blancos. Samuel pareció de pronto ponerse de mi lado.

Me acompañó hasta la puerta con una cortesía falsa que me daba asco. —Ya nos tomaremos ese vino, Víctor. Cuando esto se enfríe.

Asentí por compromiso. Salí del despacho y bajé la Cuesta de las Calesas. Caminaba rápido, lo suficiente como para recordar aquel juego de manos con el pendrive. Samuel lo acariciaba con una insistencia extraña, convirtiendo aquel plástico en un amuleto al que agarrarse.

Pagué el ticket y arranqué. El móvil se conectó solo y empezó a sonar Tchaikovsky. El primer acorde del Concierto para violín llenó el habitáculo, pesado y cortante. Salí del parking con una sola idea fija: Samuel no estaba defendiendo a la naviera. Se estaba defendiendo a sí mismo, y medio juzgado le estaba cubriendo las espaldas.

CAPÍTULO 68

Persecución

El Concierto para violín de Tchaikovsky sonaba con la intensidad propia de los altavoces Harman. El violín parecía desgarrar el aire del coche, cortando la tarde en dos. Me gusta conducir con música así, dramática, casi excesiva; da la sensación de que todo importa un poco más de lo que en realidad importa.

Pero había algo más. Algo que no cuadraba desde hacía días. ¿Por qué enviar a Ramírez —tan poco sutil como un martillo— a una incautación tan grande? ¿Y desde cuándo la Fiscalía mete la nariz hasta el fondo en un alijo de narcos torpes? Olía raro.

Mi mirada saltaba del retrovisor lateral al central. No es paranoia. Otra, o la misma Mercedes Vito negra de siempre, llevaba siguiéndome desde el muelle. Misma dirección, mismos frenazos. Mismo ritmo. Cuando tomé la curva hacia el Puente Nuevo, ella la tomó también. No era imaginación. Juraría que era la misma furgoneta de León.

Sonó el teléfono, atronador, sincronizado con los altavoces. Se descolgó solo. Marta.

—Víctor —dijo, con la voz cortada—. Es Rupérez.

Silencio.

—Lo han encontrado en su domicilio. Se ha suicidado. —¿Cómo? —pregunté, tragando saliva. —Ahorcado. Están esperando a la jueza. —Voy para allá. —Ok. —Y colgó.

La música saltó sola a El Mesías de Händel. Un coro monumental, trágico. Vino al dedo, una advertencia directa del propio coche.. Respiré hondo. Volví al retrovisor. La vito negra seguía ahí. No se acercaba. No se alejaba. Simplemente esperaba.

Apreté el acelerador rumbo a la casa de Rupérez. El violín se volvió áspero. El coro denso, casi sagrado. Las farolas pasaban rápidas, como cuchilladas de luz. Tres noches antes, en la Alameda Apodaca, alguien ya había puesto un cuchillo sobre la mesa. Ahora

el cuchillo no estaba en la mesa. Estaba detrás de mí, conduciendo una furgoneta negra.

CAPÍTULO 69

Un as en la manga

Cuando entré en la casa de Rupérez, los forenses ya llevaban un buen rato dentro. El flash de sus cámaras convertía el interior en una discoteca macabra. Era un adosado en Las Redes, una zona residencial de El Puerto, tranquila y privilegiada. La casa estaba en una calle interior, de esas comunitarias con setos altos que parecen diseñadas para guardar secretos.

Tuve que golpear la puerta con los nudillos porque el timbre no funcionaba. Me abrió Marta. Llevaba puestos los patucos azules y el gesto descompuesto. Me saludó con una calidez que me descolocó, quizás pensando que me unía una gran amistad con él. No era así. Nos tolerábamos, que en este gremio ya es mucho, pero como no esperaba aquel desenlace, tampoco tuve que fingir la afectación. La sorpresa era real.

—Gracias por venir tan rápido —le dije en voz baja.

No hacía ni quince horas que nos habíamos despedido con aquella tensión en el coche. Allí estaba ahora, operativa y fría, habiendo borrado por completo la noche anterior.

—¿Cómo te has enterado tú antes que yo? —le pregunté mientras cruzaba el umbral, notando el olor a alcohol y cerrado de la casa.

—Como no contestabas, me llamaron a mí desde la sala —respondió con la precisión automática de quien recita un parte oficial.

Miré el teléfono disimuladamente. Ni una sola llamada perdida de comisaría. ¿Por qué saltarse la cadena de mando? Algo no cuadraba; faltaba un número en el sudoku. Y yo era el único al que no le habían dado lápiz. Pero no era el momento de obsesionarme con la burocracia. Ya habría tiempo para las paranoias.

Pasamos entre los «monos blancos», cuyos rostros, despojados ya de la sorpresa inicial, mostraban la satisfacción técnica del trabajo hecho. Y allí estaba él.

Rupérez.

Colgaba de una viga vista en el salón, cuan largo era, con un cinturón de cuero marrón barato por collar —un detalle poco cool para alguien tan presumido—. Tenía el rostro agachado, como un nazareno de Semana Santa, ya fuera por la fractura de las cervicales o porque los compañeros, por un resto de decencia, le habían bajado la barbilla para no verle la lengua.

Estaba enchaquetado, con el traje de los domingos, vestido expresamente para la ocasión o sorprendido justo antes de salir. Nunca te acostumbras a ver a un compañero colgado. De manera macabra, me vino a la cabeza la canción de Siniestro Total: «Todos los ahorcados mueren de la misma forma». Rupérez hacía honor a la letra. Su figura combinaba el drama con el esperpento: una pequeña mancha oscura en la bragueta del pantalón delataba la relajación de esfínteres final. O la simple desidia de quien ya no tiene que preocuparse por las manchas.

Sus efectos personales ya estaban en la bolsa de evidencias número 3.

Uno de los fantasmas de chubasquero blanco me informó, libreta en mano, de que no habían encontrado señales de violencia previas, salvo el surco en el cuello. En el suelo, una silla volcada del comedor. Ya habían analizado la huella de la pisada en el asiento (un 47, pie grande para un hombre grande).

Me acerqué a la mesa del salón. Con permiso del inspector forense, examiné la bolsa número 4. A través del plástico se vislumbraban dos blísteres de pastillas: uno vacío y otro a la mitad. Lorazepam. El genérico del Orfidal. Junto a ellos, una botella de Chivas Regal abierta y un vaso de whisky de cristal verde, bastante hortera, con restos de líquido ambarino.

Vaya con Rupérez. Se había montado una buena fiesta de despedida.

—Se lo ha tomado con calma —murmuró el forense—. Hay un hueco marcado en el sillón. Estuvo ahí sentado bebiendo y

empastillándose hasta coger valor.

Hice un cálculo rápido. Orfidal con alcohol. Una bomba. Pero Rupérez pesaba ciento veinte kilos. Necesitaría una dosis de caballo para tumbar a semejante animal antes de subirse a la silla.

Por lo general, estos suicidios ocurren por despecho, ruina o depresión, y suelen dejar una carta. Un último «jódete» al mundo. Rupérez era un bocazas; me extrañaba que se fuera en silencio.

—¿Nota? —pregunté.

—Nada. Hemos peinado la casa. Ni un post-it.

En la bolsa número 5 encontré la sorpresa. Un fajo de billetes considerable, sujeto con una goma elástica. A ojo, unos cincuenta mil euros. Todos morados. Billetes de quinientos. Caramba con los ahorros del funcionario. Cash fresco.

Uno de los «ángeles blancos» subió jadeando desde el sótano. Se notaba que le sobraban unos kilos y le faltaba aire. —Inspector, baje un momento. Hemos encontrado algo interesante.

Bajé con el inspector Suárez, de Homicidios de Sevilla, que había llegado a toda prisa para hacerse cargo. Me calcé los patucos y el mono, que me quedaba grande y ridículo, y descendimos a las catacumbas de Rupérez.

El sótano era un búnker de cemento sin pintar, húmedo y frío. Al fondo, una caja fuerte empotrada.

Estaba abierta.

—Estaba así cuando llegamos —aclaró el agente—. Con la llave puesta en la cerradura.

Nos miramos. Una caja fuerte abierta en un escenario de suicidio. Un insulto a la inteligencia.

En la primera balda, un joyero abierto. El agente iluminó el interior: cuatro Rolex Submariner, anillos de oro, cadenas… Un buen plan de pensiones. El fotógrafo disparó diez veces el flash, cegándonos momentáneamente.

En la segunda balda, catálogos de subastas de arte y una carpeta azul que no tocamos. Lo gordo estaba en la tercera.

El inspector Suárez hundió sus guantes en una bolsa transparente de plástico grueso llena de polvo blanco. —Parece coca —dijo, sopesándola—. Unos dos kilos.

La sostuvo a contraluz de la linterna. —Aunque tiene un color raro. Ligeramente más oscuro. Como sucia.

Pero aquello no parecía cocaína sucia. Era otra cosa. O era la misma mierda que habíamos visto en el muelle, la que venía en el barco del ruso.

—Justo lo que nos faltaba —dijo Suárez, negando con la cabeza —. Policorrupto, depresión, drogas y pasta. Caso cerrado.

—Exacto —dije yo, con un tono áspero. Suárez no se percató de mi cabreo, pero yo estaba hirviendo por dentro. Todo aquello era un montaje de serie B. Rupérez no era un suicida, era un vividor de los que se aferran a la botella hasta la última gota. Las cajas fuertes no se dejan con la llave puesta para que la policía encuentre el botín y cierre el caso rápido. Y yo detesto que me tomen por imbécil.

¿Y si todo aquello no era más que una puesta en escena? Me asaltó la duda. Parecía una performance diseñada al milímetro por profesionales para limpiar la casa. Demasiado limpio para un pringado como Rupérez. Demasiado ordenado.

«León. El maldito viaje a León», pensé de golpe. Ochocientos kilómetros conduciendo por la meseta, persiguiendo tatuajes rusos, justo en el momento exacto en que alguien necesitaba limpiar esta casa. Veinticuatro horas con el campo libre y sin mis narices en la comisaría: el tiempo perfecto para colgar a Rupérez y montar este falso suicidio».

Miré la llave en la cerradura de la caja fuerte, tan brillante, tan oportuna. Quienquiera que hubiese matado a Rupérez sabía perfectamente que estábamos fuera de la ciudad. Alguien controlaba nuestra agenda.

Me giré hacia Marta. Estaba allí de pie, impasible, observando el escenario con frialdad profesional. Bajo la luz cruda del sótano, aún se intuía el rastro amarillento del moratón en su pómulo. Pensé en lo afortunados que éramos dentro de aquella desgracia: al menos los dos teníamos una coartada de hierro. Habíamos estado juntos, a un día de viaje, muy lejos de este teatro macabro.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba aire limpio. Y necesitaba averiguar quién coño desde dentro de la comisaría había filtrado a los asesinos que el terreno estaba despejado.

CAPÍTULO 70

Entre sombras y nata

La pena se aguanta porque tiene nombre y cara, pero la soledad de esa noche era una presión asfixiante. Necesitaba romper el silencio. El gesto de Samuel escondiendo el pendrive me carcomía la cabeza como una bomba a punto de estallar. A eso se sumaba el mechero del ruso: aunque estaba bajo llave en el archivo, me pesaba en el bolsillo como una advertencia indescifrable. Samuel y la jueza compartiendo mesa a salvo mientras yo me hundía. Estaban todos en el mismo barco, y yo de náufrago.

No se me ocurrió otra cosa para alegrar el final del día que invitar a cenar a Marta, después de una tardía sesión de pesas en el gimnasio de la casa grande, siempre igual de desordenado e inapropiado. No suelo salir entre semana, pero el tiempo acompañaba. Eran días seguidos de poniente largo y habían bajado las temperaturas, así que —diablos— me animé a invitarla al Plato al Centro. Lo elegí porque los sitios ruidosos son perfectos para las citas: cuesta hablar, hay que regar el gaznate con alcohol, así se desata la lengua y el ambiente se vuelve más íntimo.

Después de ducharme, me hice una foto que borré al instante al verme tan ridículo. Cumplí rápido con la tiranía de mi piel y elegí una camisa de lino holgada, los chinos beige —ni de vestir ni casual— y los mocasines de verano, gastadillos. Los zapatos, como los coches, tienen sus ocasiones: buenos y solo limpios en las bodas. Colonia Loewe, no Gotas de Oro: hay ocasiones que merecen un perfume menos doméstico.

La recogí en moto. No la avisé; quería ver cómo reaccionaba al casco sobre su meticuloso peinado. No se inmutó. Llegó puntual. Con un gesto de anuncio de champú, echó la melena hacia atrás y se caló el quitamultas sin pestañear.

Subió a la grupa de mi Kymco con gracia, sin apoyarse apenas. Vaqueros ajustados, camisa blanca de estilo masculino, cuello

levantado, maquillaje sutil. No se agarró: tenía experiencia. Aceleré más de lo prudente para ver si pedía aire. No lo hizo.

Aparcamos. Solté un par de frases sobre el tráfico mientras le abría la puerta. Jorge, el maître, me saludó por mi nombre. Nos sentamos en la esquina: mi lado de control. Marta se acomodó con naturalidad. Pedimos rápido. Cerveza fría para ella y mi mezcla de Coca-Cola Zero con cerveza para mí. A la segunda ronda, sus pupilas verdes brillaban con una inteligencia peligrosa.

—Eres una persona misteriosa. A saber qué escondes —dijo entre sonrisas. Gestos medidos. Puro teatro.

De pronto, su mirada se detuvo. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz. El ruido del local pasó a un segundo plano.

—He oído rumores, Víctor. De Madrid. Lo de Somosaguas.

Me quedé quieto, con el vaso a medio camino. Ella no apartó los ojos.

—Tu compañero… Jorge —pronunció el nombre con una lentitud clínica—. Debe ser jodido. Que una bala decida quién se queda y quién se va. Ser tú el que sobrevive.

Hizo una pausa, buscando mi mirada.

—¿Eso se llega a olvidar alguna vez? ¿O el caso sigue ahí, esperando a que alguien lo empuje?

Me mantuve firme. No era curiosidad de compañera. Me estaba interrogando. Pensé: alguien había decidido desempolvar el archivo y ella era el paño. La cabra tira al monte. Esa era su escuela: hurgar en la herida no para curarla, sino para ver cuánto tejido queda por cortar. Antes de que pudiera responder, ella parpadeó y la tensión se esfumó. Me fijé en su cara: ni rastro de los moretones de Rupérez. Estaba impecable.

—Seguro que tienes un pasado oscuro —añadió, recuperando esa sonrisa a lo Homelander, cínica, mientras volvía a garabatear en el mantel con la uña. El sonido era constante, irritante.

—Nada de eso. Soy un tipo vulgar —respondí. Si venía a reabrir el caso, no iba a encontrarme con la guardia baja.

—Ya sé que no estás casado. ¿Divorcio?

—Mara, mi mujer, murió hace seis años.

Su gesto se torció un milímetro.

—Lo siento —murmuró, sin apartar la vista.

Giré la conversación. Necesitaba que dejara de disparar.

—¿Andas buscando algo, Marta? ¿O venías a hablar de la fidelidad con tu novio?

—Somos una pareja abierta —dijo, con ese aire de suficiencia aprendido.

—Ah, como La Roca y su escritor, ¿no? —le espeté.

No le hizo gracia. O fingió no hacerla. En cualquier caso, sonaba a mentira.

Sin remedio, mis conversaciones con mujeres acaban igual: controversia y complicidad. Me fabrico un guion a medida para la oponente —sí, oponente—, alternando la crítica con el guiño, la pulla con la caricia. Les digo que las mujeres son esencialmente machistas, o que lo parecen porque yo no lo soy. El que da primero, da dos veces. Con Marta no había manual. Juega en otra liga.

Tenía la sensación de que Marta elegía cada palabra, tejiendo una historia en la que yo, sin saberlo, era un personaje necesario. Y aunque sabía que las denuncias falsas abundan más de lo que deberían, esta vez no era eso. Había en ella una cautela protectora, una mentira a medias: proteger a alguien o protegerse. ¿A su novio? ¿O algo más? Su juego conmigo, esa pseudo-infidelidad entre deseo y culpa, me confundía. Quizá el infiel era yo. Al final me soltó su versión. Me la tragué. No porque la creyera, sino porque estaba demasiado bien contada. A veces una mentira elegante duele menos que una verdad torpe.

Quise sentir con Marta lo que se siente antes de los cuarenta: el vértigo del enamoramiento mezclado con la fantasía del protector. Ella me evocaba emociones de Mara, restos de un amor viejo que aún ardía bajo la ceniza.

—Los hombres os creéis los salvadores del mundo —dijo, ya animada, entre bocado y trago—. Venís a salvarnos de la mediocridad, de nuestro espurio destino de la maternidad.

Reí. —Si fuera por vosotras, todavía estaríamos en las cavernas.

—Vosotros y vuestros juguetes diabólicos sois los culpables del mal en la Tierra —replicó, con una furia casi teatral.

Entre dimes y diretes, risas y pavoneos, la noche fue bajando el tono. Pedimos el postre. Un coulant con nata para compartir. Siempre he pensado que las mujeres que disfrutan la nata lo hacen con un aire sensual; quería comprobarlo.

Lo hizo porque no la probó.

Me lo comí yo solo: mil calorías exactas, garantizadas contra el reflujo.

Dos limoncellos después, se me ocurrió la clásica gilipollez del treintañero con alma de adolescente.

—Te propongo un acertijo —le dije, impostando gravedad.

—¿Otro de tus juegos raros?

—Te haré una pregunta que no puedes responder. Solo puedes contestar con otra. La pregunta debe, en teoría, responder la mía. ¿Capicci?

—Capicci —dijo, con media sonrisa, inclinándose un poco hacia mí.

—Si tuvieras que quedarte en una isla desierta cinco años, sin familia ni pareja… ¿A quién te llevarías?

Miró las luces del techo, siguió el juego y respondió sin pestañear:

—¿Me puedo llevar un móvil?

Demasiado rápido. La idea era que me devolviera la misma pregunta, como guiño tácito, pero no lo hizo. Pensé, con torpeza, que no quería llevarme ni a mí ni a nadie. Me quedé ofuscado, con el ego varonil revolviéndose en el fondo del vaso. Don Juan patético, de tres al cuarto. Sonaba una bossa nova moderna, quizá The Girl from Ipanema. Hasta ahí llegué: al vidrio de sus ojos.

Pedí la cuenta. Ella no insistió en pagar a medias. Me parece una horterada que una mujer pague, y a ellas, en el fondo, también. Acerqué el Apple Watch, redondeé la propina; el camarero ni se inmutó —me habían dicho ya que con la Visa no ven ni un euro—. No sé si Marta esperaba algo más. Sabía disimular, y pese a su juventud tenía oficio. Yo también. La dejé en su casa. Un beso en la mejilla. Hasta mañana. Mejor así.

Al llegar a casa, el bajón. El alcohol, maldito depresor. Desde que murió Mara no atino con la soledad. Marta me hacía sentir débil o

poderoso, según su humor. Era un esclavo de su voluntad, y feliz de serlo. En su manera de mirar había una fuerza que ignoraba su propio poder, y eso era lo más peligroso. Me pesaba su ausencia: culpa tonta al meter la llave en cualquier puerta. Al abrirla, entro en un mundo dispuesto para mi penitencia: todo lo que no le dije, lo que no hice, lo que dejé pasar. Nadie me condenó salvo yo. Su ausencia estaba en cada rincón: casa, hotel, cafetería. Seis años desde que decidí poner fin a su agonía en aquel hospital gélido. Su último gesto vuelve cada noche, obstinado.

Marta me la recordaba lo justo para engañar a la culpa. Por un momento creí que podría ayudarme a olvidar, a cerrar el purgatorio. La cena fue un respiro. Pero al dejarla, la realidad volvió con la precisión de una ola: la soledad se coló en el casco vacío de la moto y me acompañó hasta casa, en cada curva, en cada semáforo. Nada había cambiado realmente.

Me puse la camiseta de dormir, aún húmeda de crema. Me tumbé, cabeza embotada de cerveza y pensamientos. Doblé las almohadas contra el reflujo, pero sabía que el sueño no vendría. La mente se quedó suspendida entre dos mundos: uno donde Mara aún vivía, otro donde Marta podía hacerlo. En medio, un vacío sin orillas. Me levanté y tomé un Orfidal, último recurso de náufrago que ve la costa sin alcanzarla.

Volví a tumbarme, buscando el destello de paz en un océano de recuerdos. Pero la calma seguía esquiva. Las noches eran el juicio final de mis días. Y mientras el sueño no llegaba, dos objetos se cruzaron como cuchillos: el pendrive de Samuel y la daga del mechero. Tal vez ambos. Tal vez ninguno. Tal vez solo yo, buscando un refugio que no existe.

CAPÍTULO 71

El teléfono equivocado

La noche cayó a plomo sobre mí. No solo sentía el agotamiento físico habitual, sino que mi insomnio crónico se había agravado debido a la cena con Marta y a haberme excedido en el gimnasio a una hora inapropiada. Tenía los nervios a flor de piel y las sábanas me molestaban, convertidas en puro esparto. Me revolvía, encendía la luz, la apagaba. En ese duermevela, me volvió a la cabeza el mensaje de días atrás: "Solve et repete".

Era el mismo latinajo de 2011. En ese momento lo tomé como una broma pesada, pero ahora me resultaba difícil dejar de pensar en él. No podía evitar la idea de que un mismo protagonista en la sombra conectaba ambos casos.

Me sentía el único idiota sin guion dentro de un Truman Show ajeno. Pisaba un suelo de cartón piedra a punto de resquebrajarse, con la sospecha constante de que el mundo entero no era más que un decorado diseñado para que yo fuera el último en darme cuenta del truco.

Pasada la medianoche, de forma repentina, una llamada de un número oculto iluminó el techo de la habitación como una feria. Respondí por puro instinto, impidiendo que el teléfono llegase a sonar. —¿Diga?

Nadie habló. Solo se oía una respiración pesada, plana, que llegaba a través de algún tipo de filtro.

—¿Quién es? —pregunté, con la voz tomada por el sueño pero tensa.

Hubo un silencio breve. Luego, una voz masculina y distorsionada soltó: —Lo del barco es solo el transporte. La verdad no flota, la verdad se fabrica. Busca en los hangares de Algeciras. Ve a por ello y ellos irán a por ti.

—¿Algeciras? —Me incorporé de golpe—. ¿Qué hangares?

La línea murió con un clic metálico.

Bajé el móvil despacio y me quedé mirando la pantalla negra. Miré la hora: las tres de la mañana. Amagué con llamar a Marta, pero dejé el teléfono sobre la mesita. No tenía sentido meterla en algo que ni yo mismo entendía todavía. «Ellos». ¿Quiénes eran ellos?

Algeciras. La planta de IMIB. La misiva había sido tan clara como misteriosa y más aún increíble. Me dejé caer en la almohada, desanimado y perdido, con los ojos abiertos en la oscuridad del techo. El caso me estaba desbordando y las pistas me seguían llegando sin contexto alguno, pero si alguien se molestaba en amenazarme a esas horas de la madrugada para que girara la vista hacia el Estrecho, es que allí abajo se estaba cocinando algo grande o quería simplemente putearme.

CAPÍTULO 72

La telaraña de Altea

La puta manía de fichar. Tratar a un inspector de homicidios como a un operario de cadena es una gilipollez administrativa. Por eso me declaré en huelga a la japonesa: ficho a las horas más absurdas solo para joder a los de Personal. Entro a las seis, salgo a las nueve, vuelvo a las dos de la mañana. Que se apañen ellos con el Excel. Lo bueno es que siempre acumulo horas extra que luego canjeo por días libres, listos para gastarlos cuando y donde quiero.

Hice como muchos: tras picar, me fui a la Ponderosa. Me tomé el café con churros ese martes, uno de esos días en los que me permito el lujo de meterle al cuerpo sustancias inflamatorias. No aspiro a llegar a los noventa, pero supongo que los potingues que tomo sirven de algo, al menos como placebo mental: magnesio, taurina, creatina, coenzima Q10… una ristra interminable de botes en la cocina. El caso es que me mantengo, y dicen que no aparento los años que tengo a pesar de las arrugas que ya asoman.

El café de la Ponderosa, aunque poderoso, me había resucitado a medias, así que, agotado mi tiempo de escaqueo, me tomé otro de la máquina de vending. Lo necesitaba. Mi ciclo circadiano es inverso al de la gente normal: por las mañanas soy un zombi y por la tarde mi cerebro empieza a dar señales de vida, para llegar a la plena potencia por la noche, justo cuando debería aparecer la melatonina. El café me acelera el ritmo, me empuja artificialmente hacia el atardecer y me provoca un efecto laxante casi inmediato. Es en el baño donde se me ocurren las pocas ideas brillantes que tengo; por eso siempre me llevo el móvil: para anotarlas antes de que termine el proceso.

Esa vez la idea llegó después, al volver a mi mesa y encontrar el informe del «suicidio de Rupérez» en la bandeja de entrada.

Entre las pruebas que se amontonaban en el PDF, me llamó la atención una foto del sobre que estaba en la caja fuerte, uno de

esos de mensajería urgente. Tenía dos números de teléfono anotados con rotulador negro, casi ilegibles, seguramente porque el plástico de burbujas del interior impidió escribir con firmeza. Los números pertenecían a un móvil y la letra, aunque era de Rupérez, parecía la de alguien que tiene prisa o está perdiendo el pulso.

El descubrimiento se produjo en el cajón de una cómoda hortera que desafiaba cualquier atisbo de elegancia en aquel salón. Apareció a última hora, de esa forma sospechosa y casual que tienen las cosas en esta profesión, un supuesto «olvido» de los de la limpieza dejado allí a propósito para que lo encontráramos: un disco duro con su contabilidad personal.

Resultó que Rupérez guardaba ahí sus facturas telefónicas escaneadas con una precisión enfermiza, lo que les dejó el trabajo masticado a los de Delitos Tecnológicos. Todavía no teníamos claros los nombres de todos los titulares a los que había llamado, pero lo que me clavó en la silla fueron las horas: se agolpaban entre las siete y las nueve de la noche, exactamente el mismo día en que desapareció María del Junco. Aquello no podía ser una coincidencia.

Anoté el primer número y lo pasé por la base de datos, esperando el habitual «sin resultados». Se lo envié a Justo y a Marta por correo interno. Para mi sorpresa, la pantalla saltó en rojo. No era un número cualquiera. Figuraba en los registros porque un agente de la UDEF lo había marcado tiempo atrás como «contacto de interés» en una investigación por blanqueo. Aparecía también en un par de investigaciones en la comisaría de Alicante.

Al hacer clic, me llevó a un informe de la Operación Beautiful, una de las piezas del escándalo que salpicó al comisario Augusto Rodríguez años atrás. Según el informe, el número estaba vinculado a una empresa llamada Altea Phones, con sede en la Costa Blanca. Se dedicaban a ofrecer líneas temporales a turistas e inmigrantes: un servicio legal en apariencia, pero diseñado para encubrir negocios sucios.

Cliqué en los expedientes referenciados. La empresa suministraba líneas que los investigados usaban para blindar su anonimato. La titularidad pertenecía a una compañía pantalla en Turquía. De esa forma, se creaba un entramado que impedía intervenir las

comunicaciones con una autorización judicial estándar en España. El número al que llamó Rupérez estaba desviado a su vez a otra línea que funcionaba con terminales satelitales. Cobertura ilimitada.

El dueño de Altea Phones era un murciano de apellido común, Liáñez, que antes plantaba limones hasta que decidió acabar con su viudedad. El informe mencionaba que se casó con una rusa de Volgograd que adoptó el nombre de Auxiliadora María Rendueles, pero conservó su apellido original, un trabalenguas impronunciable.

Auxiliadora Rendueles. Hermana de la mujer que apareció muerta en Puerto Sherry.

Que el informe destacara ese dato no era casualidad. El negocio de telefonía había llegado de su mano desde Siberia y se levantó con su propio capital, tras vender su huerto a una constructora por una millonada. Aquello cantaba más que un cantaor en la Feria.

Auxiliadora también aterrizó en España con lo puesto, traída por una agencia matrimonial. «El Tridente del Amor S.A.», con sede también en Altea. La nota del Registro Mercantil le atribuía la propiedad a ella en un 49 % y a «Soporte y Ayuda a la Construcción S.A.» en el 51 % restante. Seguí el diagrama de flujo que el compañero de la UDEF había diseñado con precisión quirúrgica y, tras pasar tres niveles de sociedades pantalla, terminó en la punta del iceberg: «Manutención Fabril S.L.», una sociedad vasca propiedad de una tal Izaskun Medialdea y de IMIB S.A. Todo volvía a Ramón. Todo volvía al acero y al cemento.

Uno de los números apuntaba directo a la red hispano-rusa, pero el segundo, el 632 456 345, lo reconocí al instante. Cualquier otro habría necesitado pasarlo por la base de datos, pero yo me lo sabía de memoria. Era el maldito número del papel arrugado que encontramos en el altillo de Cris. Marina ya le había puesto nombre: Beatriz Jiménez Cuenca. Bea. La amiga que denunció su desaparición. La colega de la novia del ruso. Que Rupérez la llamara precisamente a ella la noche de autos cerraba el puzle de la forma más retorcida posible.

Y ahora ese mismo número figuraba en las llamadas de Rupérez la noche en que todo saltó por los aires. ¿Por qué llamaría Rupérez a Bea? Seguramente para llegar a Cris, y a través de ella, a los rusos.

Rupérez necesitaba contactar con los ejecutores, y Bea era el puente. Ya no era solo un número escrito con mala letra en un sobre. Era el punto donde encajaban las piezas.

Decidí pedir ayuda externa para desbrozar la parte financiera. Llamé a mi primo Ignacio, que tiene ese talento para desentrañar argumentos y, cómo no, balances, con una frialdad que asustaba. Tras los saludos de rigor, me pasó un resumen por correo mientras hablábamos.

—IMIB es un monstruo, Víctor. Empezó aquí, pero ha crecido de forma brutal. Cotizan en todas partes, pero ojo —bajó el tono—, hace meses que la acción anda lateral. Hay rumores de problemas de liquidez y una posible venta a un conglomerado indio. Se dice que están moviendo todo el negocio de materias primas a Asia.

Ignacio me dio otro dato clave: la venta del 51 % de Hypo Real Estate a Gazprom. Una operación bendecida desde Estrasburgo que dejó a IMIB nadando en billetes y abrió a Rusia una vía directa al mercado energético europeo. Un escándalo político tapado con donaciones millonarias.

El resto del accionariado era un laberinto de cuarenta sociedades, pero el 54 % seguía en poder de un fideicomiso en Gibraltar. Global Waves & Wind Investment. El consejo de administración incluía a un nombre que ya me sonaba: Vladímir Raeskulenco, el CEO que aterrizó tras la venta a Gazprom.

Tantos datos me estaban saturando. Llevaba desde las cuatro de la tarde y ya eran las nueve de la noche. Tenía que elegir un solo hilo del que tirar. Y elegí ese: Vladímir Raeskulenco. Cerré el portátil, metí mis cosas en la mochila y salí por fin de aquella comisaría casi desierta. El trayecto hasta casa lo hice en piloto automático. Al cruzar la puerta de mi apartamento, tiré las llaves, me fui a la cocina a prepararme un bol de cereales y me senté a ver *First Dates* para desconectar un poco, asegurándome de que tenía el teléfono de la oficina de Raeskulenco en Madrid. El día siguiente se esfumó entre una llamada tensa con su secretaria para forzar el encuentro, el trayecto en coche hasta Sevilla y unas cuantas horas de AVE mirando la meseta por la ventanilla. Necesitaba hacer noche en mi

piso de la capital para tener la cabeza fría. A la mañana siguiente madrugaría de verdad. Tenía una cita con un tiburón.

CAPÍTULO 73

El despacho de cristal

A las nueve de la mañana estaba en el recibidor de una de las torres KIO, en la Plaza de Castilla. Salvo aquella visita relámpago para el chequeo médico y la incursión en Alcorcón, hacía treinta y siete días que no pisaba mi casa de Madrid, y la noche anterior me había tocado soportar ese calor seco de agosto acumulado entre paredes cerradas. Pero ya estaba en la calle, listo para la cita. Había salido del piso sin decir ni mu; nadie en la oficina central sabía que estaba en la ciudad.

En el control de seguridad, acusé el haber dormido con el aire acondicionado puesto. Tenía la nariz taponada y no llevaba pañuelo, así que la secretaria que bajó a buscarme se llevó parte de mi catarro —metafóricamente— cuando me saludó con frialdad.

La chica parecía una empleada de Gucci: trajeada, caderas estrechas, más alta que una modelo y con el pelo recogido en un moño tirante. Tenía cara de Rachael en Blade Runner. La seguí hasta el ascensor, que compartimos en un silencio cortante. Aunque no lo mostró, supe que se sorprendió al ver a un policía tan bien vestido. Quizás su jefe le había advertido que yo no era un patrullero cualquiera.

El despacho estaba en la penúltima planta. La secretaria me precedió por el pasillo, caminando con ese contoneo imposible de los tacones de aguja sobre mármol. Su mesa, al fondo del hall, estaba limpia como una patena: solo un móvil con carcasa rosa y un teléfono inalámbrico. —Un momento, por favor —me dijo con un marcado acento eslavo—. El señor Raeskulenco le espera. Entró en el despacho y salió al instante. —Pase, por favor.

La mesa de Raeskulenco estaba al final de la inmensa sala, casi pegada a la gran cristalera que ofrecía una vista vertiginosa de medio Madrid. Decoración minimalista, de alquiler caro. Cuadros

abstractos sin alma, sin estanterías con libros. Tan solo una escultura en hierro de un cuerpo femenino sin cabeza sobre una peana.

Vladímir Raeskulenco se levantó cuando llegué a su mesa. Se inclinó para darme la mano, salvando la enorme anchura del escritorio. Traje impecable de hilo azul, corbata de Hermès, gemelos de oro discretos. Zapatos ingleses que crujieron sobre el suelo técnico. —Usted dirá, inspector. —¿A qué debo tan honorable visita? —dijo con tono relajado, volviendo a sentarse en un sillón de cuero antiguo que lo hundía levemente, dándole un aire de padrino cansado.

Apoyó el codo en el brazo del sillón y se tocó la barbilla, mirándome con unos ojos azules que parecían de hielo picado. Hice la presentación de rigor, tratando de evitar el tono de interrogatorio, aunque me sentía algo oxidado e intimidado por el escenario. —Sé que es un hombre muy ocupado, así que seré breve. En el marco de una investigación sobre tráfico de estupefacientes, hemos identificado un vínculo con Manutención Fabril S.L., una filial vasca de IMIB en la que su empresa posee el 51 %.

Hice una pausa para calibrar su reacción. Ni un parpadeo. —El material incautado, empaquetado con su anagrama comercial, contenía cocaína sin depurar. Imagino que estos detalles aún no han llegado a su dirección general, ni sus abogados han recibido la citación. Le sostuve la mirada. Esperaba al empresario indignado o al diplomático. Me encontré con una pared.

—Sinceramente, señor Raeskulenco, este asunto de la droga no despierta en mí el más mínimo interés —solté de golpe, cambiando la estrategia. Él no se inmutó. —Se preguntará entonces qué hace aquí —añadí. Tampoco intervino. Un jugador de póker nato.

—Mi interés se centra en «mi caso» —enfatice las comillas—. La desaparición de la mujer de don Ramón Rodríguez de Bastidas. Verá, señor Raeskulenco, permítame ir al grano. Tengo evidencias, y le hablo a título personal, de que la desaparición de María pudiera estar relacionada con un asesinato. O quizás dos.

Vladímir siguió en silencio un minuto eterno. Luego miró la nota que le había pasado la secretaria y suspiró. —Mire… Inspector Ros. Le agradezco que sea breve, tiene razón, no me gusta perder el

tiempo. Siento mucho que haya tenido que desplazarse desde Cádiz simplemente para oír lo que le voy a decir.

Se recostó en el sillón, que crujió quejándose bajo su peso. —No tengo la menor idea de lo que me está contando. Si le soy sincero, inspector, no tengo tiempo para las fantasías de un funcionario de provincias que busca una medalla en la prensa. Claro que estoy al tanto de la desaparición de la mujer de Ramón; hablo con él a diario. La familia es lo más importante. Pero en cuanto a esa otra basura que menciona, no sé nada. Mi agenda cuesta mucho dinero. Así que, si no trae una orden firmada por un juez, ya sabe dónde está el ascensor.

Se levantó y me mostró, amenazante, su metro noventa de estatura. Tendió su mano, enorme como la de un gorila con manicura, dejando ver los gemelos de oro. Me levanté, dejé mi tarjeta sobre la mesa de corintio y me despedí sin estrecharle la mano. —Para su secretaria. Por si quiere que la invite a cenar.

Me di la vuelta y salí, cruzándome con la diosa eslava en la puerta. Le dediqué un «hasta luego, baby» del que me arrepentí al instante, y bajé los veinte pisos en silencio para pillar un Uber.

En el despacho, Vladímir esperó a que la puerta se cerrara. Marcó un número en su línea privada. —Aguilar. La voz al otro lado sonó áspera, conocida. —Dime. —Ha estado aquí tu polluelo. Mejor mételo en su gallinero, no vaya a ser que empiece a picotear donde no debe. Ya sabes cómo son estos inspectores… Un paso en falso y descubre más de lo que tú quieres que sepa. Hubo un silencio pesado al otro lado de la línea. El fiscal jefe se aclaró la garganta. —Lo tengo controlado. —Más te vale, Aguilar —remató Vladímir y colgó sin despedirse.

Sobre la mesa, el anagrama de IMIB brillaba en la carpeta que yo había mirado segundos antes, mudo testigo de que la partida se jugaba muy por encima de mi cabeza.

CAPÍTULO 74

La herencia envenenada de Rupérez

Estaba en una modorra que intentaba vencer, provocada por la ensaladilla y el gazpacho de mi madre. Eran las tres y media y, aunque quisiera, no podía dormir. En los auriculares sonaba el Nocturno n.º 2 de Chopin, en una versión demasiado rápida para mi gusto, como yo cuando como. La Gymnopédie de Satie tomó el relevo. No sé por qué, su melodía me hizo pensar en Rupérez, en su desgracia; quizá por lo disonante de su vida, igual de errática que esa música que nunca sabes bien si es melancólica o simple indiferencia al mundo.

Dejé caer el brazo junto con el informe del aparente suicidio de Rupérez, recién llegado de mis contactos de Asuntos Internos. No me sorprendió.

Según el informe preliminar de Moncho, las finanzas de Rupérez sugerían que había estado recibiendo sobornos desde hacía unos siete años. Sus cuentas presentaban movimientos sospechosos que desentonaban con su sueldo oficial: ingresos y gastos que se repetían con una precisión metronómica cada tres meses, siempre en efectivo. Me detuve en uno atípico de 36.000 euros. El divorcio, tres años después, y me vino a la idea que sale más caro que niño tonto.

Mi estúpida broma me sirvió para no ponerme a fisgonear los nombres en los extractos. Y criptomonedas: el difunto acumulaba más de 50.000 euros en tokens. A eso se sumaban diversas obras de arte catalogadas, piezas valiosas en el mercado internacional, con una procedencia tan nebulosa como el resto de su patrimonio. Lo tenía todo superbién documentado.

Cincuenta mil en billetes morados, cuatro Rolex y una caja fuerte con la llave puesta: aquello no era una escena, era un insulto. Los dos kilos de coca, oscura y sospechosamente ordenada, terminaban

de armar el decorado. Un escenario de cartón piedra para que cualquier soplapollas con prisa se tragara la versión oficial.

Con un sueldo de cincuenta mil, las cuentas no salían ni a golpes. El tipo guardaba un imperio: un millón trescientos en el banco, medio millón en pensiones y ladrillo del bueno en El Puerto, Recoletos y Altea Hills. Suma un par de garajes en Alicante y una caja fuerte con veinte mil dólares nuevos, joyas y Rolex, y tienes el retrato de alguien que no ahorraba, sino que recaudaba.

Rupérez estaba ahorrando para su jubilación, que sin duda pretendía pasar en Santo Domingo; al menos eso cabría pensar por el cargo en su cuenta de un billete de ida cuya salida estaba prevista en un mes. Veía a Rupérez debajo de cualquier cocotero, con camisa hawaiana y bermudas largas, con un permanente daiquiri en los labios y un puro en vez de los Ducados que fumaba.

Aparte de la info que ya tenía de sus llamadas, en el informe venían unas notas a mano que se encontraron en una carpeta azul. Las miré con cuidado. No eran las típicas ideas de un delincuente, sino más bien apuntes rápidos: la contabilidad extraoficial.

Primero, lo reciente: el resguardo original de la subasta de Christie's. Lote 42. Precio de adjudicación: 120.000 euros. Adjudicado a: Julián Rupérez. Grapado detrás, un comprobante de transferencia bancaria a su favor procedente de una sociedad instrumental, Inversiones Irralburu, y una anotación garabateada a bolígrafo en una esquina, casi ilegible: «C: Pagado. Iván: Ofrece x2 por ubicación. Retener entrega. Esperar.»

Me quedé mirando el papel. ¿Quién coño era «C»? Ni idea. ¿Y quién era «Iván»? ¿Un marchante rival, un seudónimo, o tal vez una conexión directa con esos rusos que asomaban la pata? ¿Qué narices era el Lote 42? ¿Qué tenía un simple cuadro para que alguien estuviera dispuesto a pagar el doble solo por saber dónde estaba escondido?

Pero había más. Debajo de los papeles de la subasta apareció un post-it amarillento, con el pegamento ya seco y una mancha de café en el borde. La fecha, subrayada dos veces, me saltó a los ojos: 25/09/11. Debajo, tres conceptos escuetos: «R.B. — Limpieza Centro. Archivo fuera. 1.700 €.

Me detuve. 2011. El año maldito. Mi cabeza irremediablemente se fue, buscando la conexión lógica con esas iniciales: R.B. ¿Ramón Bastidas? Pero la nota decía "Centro". ¿Qué centro? ¿El club? ¿Un lugar de reunión? ¿El centro de la ciudad?

Por muy buen tipo que fuera Moncho, aquello no gustaría a sus jefes ni al ministro. No saldría a la luz. Esa mierda no la quería ver nadie; si hacía falta, alguien se encargaría de que no saliera. Cansado de esperar respuestas que no llegaban, decidí ir directamente a la Comisaría de Jerez, ubicada en la Avenida de la Universidad. Las dependencias eran relativamente nuevas, tanto que tuve que poner el GPS para llegar. Allí, esperándome fuera, estaba Moncho, como un "siseñor". Raimundo, compañero de la Academia, misma promoción. Me recibió con un abrazo, una palmada en la espalda. Moncho, como le llamábamos todos, siempre había sido un investigador espabilado, pero su trayectoria en Asuntos Internos no le había granjeado precisamente amigos en el cuerpo. Era un tipo cabal, un purista, de los que no se desvían ni un milímetro de la línea recta. Su trabajo consistía en destapar los entuertos en la cocina, aunque de lavar la ropa sucia en casa ya se encargaban los jefes, con los políticos de turno haciendo de lavanderos.

Me hizo pasar a su despacho y, tras otro saludo sincero, se sentó. Abrió sin rodeos el documento: el futuro "informe definitivo". Como no me apetecía leer directo lo que Moncho tenía en pantalla, le pedí que se detuviera y me hiciera un resumen. No necesitaba detalles superfluos, solo lo esencial: de dónde provenía el dinero. Saqué la foto del número fotografiado en el carguero en el muelle de Cádiz y le dije que lo cotejara con el listado Excel que me dio. Las llamadas estaban geolocalizadas, la mayoría, en Alicante, en concreto en Altea. El titular de la línea era "Altea Phones", otra vez la empresa del romántico murciano.

—Las líneas son propiedad de la empresa y pueden ser utilizadas por cualquiera —comentó Moncho, encogiéndose de hombros—. Habría que ver quién las paga, pero para eso te va a hacer falta una orden judicial. —Ya… —respondí, restándole importancia. Su comentario flotaba en el aire con burbujitas de bocadillo de tebeo incluidas. Moncho continuó: —Todos los datos coinciden con los del

informe de Augusto, el de la operación Beautiful. Imagino que te habrás enterado de su detención, ¿no? —Sí, por desgracia —dije, sin ocultar mi fastidio.

Le di las gracias a Moncho y, ya en el coche, llamé a Pedro, mi amigo de la AEAT. Pedro y yo nos pasábamos información confidencial a veces simulando que era para nuestro trabajo, y otras sin disimular. «Sí, Pedro, te paso por WhatsApp el titular a ver si me puedes dar las cuentas corrientes que usa en las domiciliaciones». «Vale, vale, gracias», le dije en un audio de voz.

A los quince minutos aparecieron tres códigos IBAN en mi móvil. Como conducía, no me molesté en leerlos ni en visualizarlos en la pantalla del coche, así que me volví carretera al Puerto por el camino más largo, pero más habitual para mí.

Al llegar a la oficina, desplegué los documentos que me dio Moncho sobre mi escritorio. No me senté: fui directo a aliviar la vejiga que se quejaba por mis 50 cc de próstata, no sin lavarme las manos antes y no después de, tal y como aprendí de un excelso marino del puerto en el baño de su club náutico. Quité de la silla la almohadilla de serie que tenía el anterior propietario, sentándome en ella con fuerza, como castigándola. Los colchones los prefiero duros y los asientos, más.

Me quité las gafas de miope para ver de cerca el WhatsApp de Pedro y copiar los IBAN mediante WhatsWeb a una aplicación que da el origen de la cuenta por países. De las tres, una era de un banco turco, el Ziraat Bank; otra del Bank of America; y la tercera de Caja de Madrid. Los titulares de dichas cuentas venían en otro mensaje y deduje que eran correlativos a ellas: Mustafa Eymen, Thomas Dirksen y Ronaldo Piedraitra (NIF 31258966Q).

De los anteriores, Pedro no me podía dar el NIE. Decidí, barriendo para casa, empezar por el español. Facebook. Cinco coincidencias con ese nombre. Un chaval de 16 años loco por las motos y el Madrid, un aficionado a las maquetas de buques de guerra, un árbitro de fútbol, un empleado del mes de Carrefour y el último sin fotos ni referencias, solo el nombre y con siete amigos. Este. Lo coloco en LinkedIn. Voilà. Foto y cargo: Jefe de Administración de "IMIB". Otra vez la empresa de marras.

Guardé la búsqueda e imprimí el resultado, cargándome otra vez un trozo de corteza del Amazonas. Después de llorar amargamente, la metí en mi carpeta de plástico imitación cuero, en la que voy acumulando papeles sin orden ni concierto aparente, que luego cuelgo en un corcho. Lo aprendí de pequeño en las películas americanas: queda bien y da perspectiva visual con buenos resultados.

Sonó el móvil: era Moncho. —Vic —(así me llamaba)—, he olvidado comentarte algo. El cash de Rupérez es más falso que Judas. Una buena falsificación, sin duda. Envié un billete escaneado a Madrid y me lo acaban de confirmar. He mandado por valija interna algunos para que analicen el papel y la tinta; ellos te pueden dar más pistas.

Le di las gracias. Al colgar, pensé, al mismo tiempo, que a Rupérez se la habían colado en una de sus operaciones o que quizás él sabía, no solo que eran falsos, sino que nunca lo pillarían gastándolos en Santo Domingo. Iba a llamar a Moncho para que me tuviera al tanto del informe sobre los billetes, pero en vez de eso le puse un mensaje para parecer menos inoportuno. Recordé también que en el informe relativo a la detención del notario se mencionaba «las posibles actividades fraudulentas en los medios de pago en las transacciones realizadas en la notaría…».

Abrí el correo de Moncho en mi Gmail privado. Un PDF con las fichas catastrales de los inmuebles de Rupérez. Había pedido notas simples al Registro de la Propiedad. La de su casa del Puerto no me interesaba. Tampoco la de Lugo: en una ocasión me comentó que la heredó de sus padres. Sí, la de Alicante. Un apartamento en la calle Carrer 9 d'Octubre. Caramba, zona de lujo y turismo extranjero. Estaba disponible para alquilar solo en julio y agosto, según Idealista.

Cuando iba a cerrar el expediente, me di cuenta de algo: entre las llamadas de Rupérez había un número que ya había visto antes. No podía ser una coincidencia. Lo había llamado don Ramón dos semanas antes de la desaparición de María.

Bingo: conexión Don Ramón–Rupérez. Tan improbable como ver a un cura y a un trilero compartiendo vino de mesa consagrado,

intentando comulgar con la misma hostia. Pero ahí estaba. Y yo en medio, decidiendo si echarme otro café o pedirle explicaciones a Dios.

Me quedé mirando la pantalla y sus números, preguntándome por qué demonios habían enviado el caso Rupérez a Jerez. A simple vista no tenía sentido. Pero luego me cuadró, o más bien me descuadró, como me pasa siempre: los prebostes de Asuntos Internos no querían dejar nada suelto. Sacar el muerto de nuestra jurisdicción y meterlo en Jerez era una forma sutil de quitarlo de mi patio, alejarlo del cotilleo de pasillo y controlar la fuga de información. Era mucho más fácil silenciar las filtraciones dándoselo a la brigada de allí, cerrada como un cajón fuerte, y manteniéndolo bien lejos de mis narices y de los rastreos de Justo.

Pensé que, en el fondo, tenía lógica. Si algo se me daba bien, era oler maniobras de despacho. Y aquella olía a eso: a control, a tapón, a poner un candado a un cadáver que, por lo que empezaba a intuir, podía estar más vivo que yo. Respiré hondo. Si quería avanzar, tenía que cambiar de terreno. Los papeles ya me habían dicho bastante, pero desde esta silla no iba a resolver nada. Mañana a primera hora tocaría mirar imágenes. En el propio club.

CAPÍTULO 75

Estrellas en el firmamento

Lo siguiente fue meterle mano al ático de Alicante. El valor catastral rondaba los 180.000 euros, pero en el mercado se disparaba a los 400.000. Demasiado ladrillo para el sueldo de un policía, por muchos trienios que arrastrara. A menos, claro, que la vida privada de Rupérez hubiese sido infinitamente más rentable de lo que decían sus nóminas oficiales.

Volví al Excel de las llamadas. Los titulares aparecían ordenados alfabéticamente, fríos. En las recibidas destacaba un número europeo repetido varias veces, siempre sin respuesta. Se lo pasé a Justo para que lo rastreara; ese hilo apestaba a cuenta en el extranjero o a servidor seguro. El resto era el elenco habitual: compañías de luz, gestorías y tres nombres femeninos que sí figuraban como titulares tras la solicitud a la operadora.

Uno de esos nombres me llamó más la atención: Nuria Roque y Cienfuegos. La conocía, o al menos conocía al personaje. Juez de lo mercantil en Alicante, titular de uno de los juzgados con más concursos de acreedores de todo el Levante. Una "juez estrella" de manual: conferenciante, tertuliana y enemiga declarada de Jueces para la Democracia. Soltera, guapa, rondando los cuarenta; se había quedado fuera de la presidencia del TSJ valenciano por sus simpatías hacia Vox y su aversión al «feminismo desbocado», como solía soltar ante los micros.

Busqué sus fotos. Pelo rizado, tez morena, una belleza mediterránea que se imponía sola a través de la pantalla. Me dejé una nota en Siri para llamarla y preguntarle qué hacía hablando con Rupérez. Me atraen esos riesgos —quizá más de la cuenta—, meter el dedo en el ojo del huracán aunque pueda costarme un expediente.

Estuve a punto de marcar, con el dedo sobre el icono verde, pero otro nombre en la lista me frenó: Soluciones Técnicas del Noroeste

S.L. A primera vista, una empresa genérica que podría vender desde tornillos hasta aire acondicionado sin levantar sospechas. No había nada sobre ella en mi base de datos. Cambié el ángulo y tiré del Registro Mercantil.

Ahí empezó el baile de San Vito. Administradores que rotaban cada seis meses, apoderados que olían a testaferro desde lejos, fusiones discretas y direcciones sociales que solo servían para recibir notificaciones. Fui pelando capas hasta que apareció lo inevitable.

No figuraba como IMIB en ninguna parte, pero tras un par de horas cruzando CIF y datos cruzados, la trampa quedó a la vista: era una filial camuflada, diseñada específicamente para no llamar la atención. Otra vez la maldita empresa orbitando alrededor de Rupérez. Y ese tipo de órbitas siempre acaban dejando víctimas.

Había pasado buena parte del día anterior sepultado entre papeles y el Excel interminable del ático de Alicante. El capítulo financiero de Rupérez estaba encarrilado: demasiadas propiedades, demasiados movimientos que apuntaban a manos invisibles y conexiones que nunca debieron existir.

Pero había llegado al límite de lo que los números podían contarme. Las cifras te dicen quién paga y dónde estaba el móvil, pero no te dicen quién corría o quién esperaba. Las cifras no tienen cara.

Necesitaba movimiento. Si Rupérez hablaba con Ramón y tenía línea directa con IMIB, tal vez Rupérez estuvo allí la noche del secuestro. Por eso, al amanecer, dejé atrás el despacho y los IBAN imposibles, y me presenté en el club. Tenía una cita con el gerente y un objetivo claro: volver a ver las grabaciones de la noche en que desapareció María. Pero esta vez no iba a ciegas. Buscaba la cara de Rupérez o una furgoneta de Soluciones Técnicas aparcada donde no debía.

Era la única forma de saber si la conexión Rupérez–Ramón tocaba también el mundo de María del Junco… o si todo aquello era solo otro espejismo de los míos. El día terminó de abrirse mientras aparcaba junto a la Casa Grande, con la esperanza de que las imágenes fueran más honestas que los hombres.

CAPÍTULO 76

La figura en el túnel

A esa hora el club todavía aguantaba ese silencio tenso de finales de agosto. Los primeros socios cruzaban la terraza sin decir palabra y la luz plana de la mañana caía sobre el campo, de esa forma en que el sol parece que no quiere alumbrar, sino denunciar lo que hay debajo. Una bruma baja tapaba la bahía, de esas que te avisan de que el día va a ser un horno antes de que el levante asome por el Estrecho. Ese viento se para un momento, evaluando el terreno antes de rendirse al poniente térmico, que es lo único que salva a los veraneantes que se amontonan en la arena.

Había quedado con el gerente a las nueve y media, pero como aún faltaba un cuarto de hora, decidí echar un vistazo a la prensa. Toda estaba acaparada, excepto El País que, por razones obvias en este feudo conservador, era el menos leído. Tuve que apartarlo para que la camarera me sirviera el café y, al hacerlo, me fijé en una mujer de unos cuarenta y tantos sentada en la barra.

Miraba el móvil, pero cuando levantó la vista le vi la línea del cuello, esbelto y firme, sosteniendo una mirada que se perdía en el gris del horizonte. Parecía una mujer que ya se había pegado todos los lutos con su destino, ajena a los del croquet que empezaban a arremolinarse para el aperitivo. Se la veía sola, con ese aire de quien descansa por fin de una maternidad que le habría pasado por encima. Tenía una forma de callarse las cosas muy suya, muy pesada, y me hizo partícipe de su naufragio sin saberlo cuando me clavó los ojos un segundo antes de volver a la nada.

Sonaba el Concierto para piano n.º 2 de Chopin. Al mirarla, no pude evitar preguntarme cuántas mujeres como Tania estarían ahora mismo escondidas detrás de una cara así, de esas que no dicen nada pero lo cuentan todo. Pero mi historia no tenía música de fondo; yo seguía metido en un pasillo oscuro, sin una salida clara a la vista. Aparté la vista de la barra y me obligué a concentrarme en

el portátil. Había venido a por respuestas, no a buscarle explicaciones a la vida de los demás.

No estaba allí por el croquet ni por el café: había ido a por imágenes. Mi objetivo era el vídeo de las cámaras de seguridad que controlaban el único acceso a la zona de prácticas. Tenía que confirmar si la desaparición de María del Junco tuvo algo que ver con su paso por el club.

Me entregaron el pendrive en el mostrador y volví a mi mesa. El café ya estaba frío. Bebí el vaso de agua de un trago —sabor a cal pura— y conecté el pen.

De inmediato apareció en pantalla el pasillo que lleva hacia el tee de prácticas. Es un túnel lúgubre que mi mente bautizó hace tiempo como el Eurotúnel: ese cordón umbilical por el que la isla deja constancia de que, aunque no sea europea, quiere serlo sin serlo del todo; como el País Vasco o Cataluña: independencia sí, pero no. Es una estructura que desentona en un sitio tan idílico, un pasadizo que parece guardar un secreto a voces. Al caminar por su suelo de goma —preparado para los carros de golf—, tienes la sensación de andar sobre arena de playa medio húmeda, y al fondo parece que siempre te espera un ángel para decidir si te toca cielo o infierno.

El club ya había revisado las cámaras y, según ellos, todo era normal. Rutina pura. Ningún forcejeo, ningún desvío. Y, sin embargo, la mujer se esfumó. El túnel era una frontera invisible que te sacaba del mapa de los vivos.

Rebobino. Pululan madres treintañeras sudorosas tras el pádel que van a recoger a sus hijos de las clases de golf que imparten el «colorao» o el «manchego». La mayoría prefiere al colorao, que es más guapo; una minoría, al manchego, que es más simpático.

Pausa. Una figura cruza corriendo el túnel. Va demasiado rápido. Necesito pasarlo a cámara lenta y editar el archivo; un proceso tedioso para iMovie, pero que suele dar frutos. Miro a los lados para asegurarme de que nadie curiosea. Son las 11:51 y el Hoyo 19 está casi vacío.

Intento exprimir el vídeo con herramientas caseras, buscando lo que en comisaría no vieron. Un reflejo, un gesto. A la espera de que en Madrid procesen los archivos con su parsimonia habitual, me

aferro a encontrar algo por mi cuenta. Allí creen que el tiempo se mide en expedientes, no en segundos capaces de decidir una vida.

Entre fotogramas aparece una mujer, atlética, con polo rosa palo y pantalón corto blanco. Lleva el pelo en una coleta alta que se balancea con la zancada, y en la muñeca derecha brilla la pulsera metálica que mencionaron los testigos. Corre hacia el otro lado, y no para recoger a hijos que no tiene.

Es Tania Rostropovich. Lo sé en cuanto la veo. La postura, la forma de correr: no necesito más. Eran las 21:34 del día de su desaparición. Amplío el fotograma. El polo está empapado de sudor, con marcas en las axilas. Lleva algo en la mano, como un pliego o un testigo de carrera de relevos. Desaparece del encuadre.

Sigo mirando los minutos posteriores. Otra sombra. Es de noche y la cámara solo capta una silueta sucia. Es un hombre alto, decidido. Al otro lado del túnel están el tee de prácticas y las pistas de tenis, una zona cerrada donde los adolescentes saltan la valla por un escondite secreto. Me centro en la franja de las 22:07.

Me acerqué a la pantalla. La corpulencia. La altura. ¿Rupérez? No, Rupérez estaba gordo. Este hombre se movía con agilidad. ¿El ruso del tatuaje? ¿Retrovisor? La silueta era compatible. Un depredador siguiendo a su presa.

Llevaba dos horas revisando fotogramas y me dolía el codo. Comparto el vídeo con la Unidad Central de Identificación en Madrid. Les ruego que expriman los fotogramas para levantar un retrato robot. Adjunto mis notas: marcas de tiempo, puntos ciegos y la hipótesis sobre el «invitado». Incluyo metadatos y cadena de custodia para evitar pegas.

Sé lo que tardan allí en mover un archivo, pero confío en sacar una silueta limpia del invitado.

Quiero desconectar y abro Facebook por inercia. Todavía aparecen mensajes de personas fallecidas. Las redes guardan pistas que los muertos no pueden borrar y los herederos están demasiado ocupados repartiéndose el botín. Muerto al hoyo y vivo al bollo. Hasta Rupérez seguía en Facebook.

Cerré el portátil despacio. No sabía si había avanzado un paso o retrocedido dos. La imagen de Tania huyendo y el eco de los

muertos en la red me dejaron un regusto amargo. Quizá no buscábamos culpables, sino fantasmas.

Dejé las monedas del cambio —algo que detesto— y salí al exterior. El aire espeso ya trepaba por las paredes del club. Tenía otro compromiso: despedirme de Rupérez. A veces los muertos hablan más que los vivos… solo hay que saber dónde escuchar.

CAPÍTULO 77

El último secreto de Rupérez

Morirse no arregla las cosas; a veces, solo las embarra más. A Julián Rupérez lo enterraban aquella mañana abrasadora. Yo no iba solo a despedirme: iba a buscar respuestas. De los muertos no esperas mucho, salvo que te dejen mensajes. O secretos.

Fue sencillo llegar, aunque aparecí tarde. Ya estaban metiendo el féretro en el nicho, pero todavía alcancé a ver un trozo de la caja, de un color inusualmente claro, quizá por el sol que caía a plomo en ese cementerio de Chiclana donde el levante siempre pega más fuerte que en el Puerto.

Los cementerios conservan a los muertos y, con ellos, sus recuerdos. Por muy muertos que estén, están. Se les coloca en su sitio, pero están. Y lo sabes: los visualizas, los recuerdas. Veía a Rupérez como una figura grotescamente quijotesca, con el cuello roto y cabreado porque nadie le prestaba atención; porque lo habían asesinado con desprecio y nadie sospechaba aún —salvo yo— de eso.

Si alguna vez me mataran impune, lo único que pediría sería que mi verdugo me mirase a los ojos. Al menos quedaría la remota esperanza de que, ya muerto, su conciencia le pinchase de vez en cuando la vileza, y viviera con esa molestia toda su vida, protagonizando sus propias pesadillas. Por eso tampoco comprendo la sumisión ante la muerte. Demonios, corre, tírate encima del verdugo, por lo menos intenta fastidiarle. No es nobleza, es pasividad. A Rupérez seguro que también le jodió, aunque quizá ni fue consciente: se quedaría dormido con las pastillas y ya no se enteraría de nada. Para mí estaba claro: Rupérez no murió en silencio; murió mordiendo.

Y mientras el albañil terminaba de sellar el hueco, aún tuve la chifladura profesional de intentar sonsacarle a su alma —ya en trámites con el purgatorio— algún secreto olvidado. En vano: la grúa

ya se retiraba y los operarios se repartían tareas como en una mudanza. Al cabo de unos días ya no quedaría cuerpo que resecar ni autopsia que hurgase más: lo que habría sería una caja de cenizas colocada en un nicho mecánico, con una placa apresurada y la misma rutina burocrática de siempre —hay prisa para cobrar y calma eterna para todo lo demás—. Rupérez no respondió a mis plegarias; solo quedó el polvo y, con él, una ironía amarga: hasta en la muerte seguía siendo capaz de deshacerse en pequeñas cuotas.

Me acerqué a la lápida abriéndome paso entre el pequeño grupo que la custodiaba, en leve luto. Tenía su nombre, la fecha de defunción y un gris oscuro que contrastaba con el resto. Mientras el albañil, muy profesional, recogía el cemento caído al suelo, en medio del silencio y los golpes del enfoscado, oí un gemido femenino entre las apenas siete personas que nos habíamos congregado.

Hurgué en el ala derecha de aquella pequeña falange y, al estilo Brad Pitt, hice una incursión visual en el entorno, guiado por mi olfato arácnido. Me acerqué.. Tendría unos cuarenta y tantos años, alta, con tacones, vestida con un traje de chaqueta caro —si no de firma, del Corte Inglés de gama alta—.

El albañil terminó por fin de recoger el cemento sobrante y los cuatro gatos que quedaban allí de invitados de piedra salieron huyendo entre los murmullos de algunos compañeros. Nos quedamos prácticamente solos y me presenté. Noté que se reconfortaba al oír mi nombre. Encontró algo familiar, porque nada más presentarme me prestó atención, con la clara intención de saber —o querer decirme— algo. Caminamos hacia la salida entre lápidas. Me habría parado a hacer una foto: menuda perspectiva. Metí la mano en el bolsillo y le di mi pañuelo blanco, planchado por mi asistenta, inmaculado. Una mujer sorbiendo mocos es muy antiestética. Me miró y me dio las gracias.

—¿Eres su hermana o su hija? —pregunté. Obviamente no lo era, pero el piropo ayudaba a romper el hielo. —No —respondió con una

leve sonrisa. Me devolvió el pañuelo, medio doblado, agradecida—. Su hermana, Rosa. Lo añadió titubeando, improvisando el nombre sobre la marcha. Me desconcertó. Yo habría jurado haber oído «Rosaura». Tal vez fuera otra hija, pensé, una de esas que se mantienen en la periferia emocional. Pronunció Rosa con una debilidad casi pudorosa, delatando que aquel nombre no le pertenecía en absoluto. —¿Estuviste mucho tiempo con Julián de compañero? —preguntó, ansiosa por cambiar de terreno. —Un par de años, en Cádiz —contesté. Rosa bajó la mirada al suelo, esperando que continuara. —Nos llevábamos bien. Compartimos penas y glorias, y trabajar con él era fácil. Me reía con sus chistes y sus bromas. Tenía una manera muy particular de entender su trabajo. Ella me escuchaba, pero sin apartar del todo la vista de los coches que ya abandonaban el cementerio, buscando con temor a algo o a alguien. Me pareció curioso que al hablar de Rupérez lo llamara Julián con cierta rigidez, dejando claro que el nombre le resultaba prestado. Cuando mencioné algo sobre sus padres, desvió la mirada y cambió con sutileza de tema. Evitaba los detalles familiares; sus referencias eran siempre recientes, la prueba evidente de que su relación con él era mucho más corta de lo que afirmaba.

Había algo en su elegancia que me resultaba familiar: su perfume, la forma de moverse, de escoger las palabras. Era la elegancia estudiada de los grandes despachos de abogados. Más ejecutiva que hermana desconsolada. Y cuando se acercó a dar el pésame a Rosaura, la hija, hubo un titubeo, un gesto mínimo. No tenía ni idea de cómo comportarse con una supuesta sobrina.

—¿Quieres tomar algo? —le propuse—. Hay una venta aquí al lado donde ponen la cerveza muy fría. —Vale —respondió—, me vendrá bien. Dame un segundo, quiero despedirme de alguien. Rosa retrocedió y se acercó a una chica joven, alta, de facciones parecidas a las de Rupérez. Esa sí debía de ser Rosaura, la hija mencionada, fruto de aquel matrimonio fallido. Rosa regresó a los dos minutos. No hice preguntas. La acompañé hasta su coche: un Mercedes Clase A rojo AMG, último modelo, como el mío pero con diez años menos. —Sígueme —le dije.

Llegamos enseguida a la venta El Nene. Allí me conocían y sabían que a esa hora yo pedía una Mahou bien fría en botella. Curiosamente, a ella también le gustaba el botellín. —Verás —dijo, ya sentados a mi mesa coja habitual—, no sé a quién contarle esto. Giré la cabeza sin solemnidad, aunque el interés me trepaba por dentro. Rosa miró a la barra, donde un camionero se zampaba un pedazo de tortilla con una cerveza que prometía aumentar la panza que ya casi le rozaba el mostrador.

—Recibí un sobre en mi casa dos días antes de que Julián… —hizo una pausa— falleciera. Mi hermano, Víctor —me llamó por mi nombre con familiaridad—, nunca se suicidaría. Tú y yo sabemos que no era de esos. Era un vividor, un mujeriego, pero no un cobarde. Nunca tuvo depresiones, más allá de las que pudiera provocarle su adicción al alcohol y la coca. Tendría amistades de todo tipo, como tú: cosas de vuestra profesión. Bueno, a lo que iba…

Abrió su bolso de piel de cocodrilo negro, con dos borlas que me recordaron a los de mi abuela. Sacó un sobre color cartón —de esos con burbujas dentro—, de cuyo interior extrajo otro, más pequeño. Luego un papel blanco, recortado a mano, con una nota manuscrita que me entregó al instante: «Querida R: Te envío este sobre para que lo custodies. Si me pasara algo, lo que fuera, y dejara este mundo, dáselo a Víctor Ros. Mil besos. Te quiere, Julián.»

La tinta estaba ligeramente corrida, como escrita con prisa o con la cabeza hecha un lío. Al ver las primeras palabras, alcé la ceja como Zapatero cuando no entiende una pregunta. No era un mensaje cualquiera: era otra cosa. No reconocía en esa letra la torpe escritura de Rupérez, la misma que dejaba en las notas mugrientas sobre mi mesa.

Rosa esperaba mi reacción. Ahora entendía su sorpresa cuando me presenté en el cementerio. Espanté una mosca que llevaba torturándome desde que entramos y ella continuó: —Esto ha sido la maldita providencia, Víctor. Quise localizarte. No sabía de tu existencia hasta que recibí el sobre. Cuando escuché tu nombre, se me abrió el cielo. No me he atrevido a abrirlo. Yo me dedico a otros asuntos y estas cosas me dan repelús. Nunca entendí por qué Julián se hizo policía ni cómo ganó tanto dinero. Acudí a una abogada para

que me ayudara con el papeleo. Resulta que no hizo testamento, o no consta. Solo estamos las hermanas… Y parece que no le fue mal en la vida. La abogada me dijo que tenía varias casas, con precios de compra imposibles para un policía. Nunca le pregunté por eso, y ahora me siento responsable.

Yo tampoco quise preguntar por su supuesta hija. Con Rupérez, lo mejor era no saber. —Has hecho bien —dije. Rosa notó que las lágrimas habían arruinado su rímel. —¿Me dejas otra vez el pañuelo? —Claro. ¿Quieres ir al baño? Me miró sorprendida. Maticé: —Por el maquillaje… y eso. —Sí, más vale —dijo, con otra sonrisa breve.

Su presencia allí era la de Afrodita en una pocilga: alta, atlética, con un pelo magnífico, hombros fuertes y piernas largas. Se levantó hacia el baño mientras el camionero, el camarero y todo bicho viviente la seguían con la mirada. Al volver, no nos entretuvimos más. Antes de despedirse, me entregó el sobre principal con brusquedad. Aquel paquete le quemaba en las manos; temía de verdad lo que ocultaba. Nos dimos dos besos; le pedí el teléfono y le prometí llamarla pronto para repetir la cerveza con aceitunas y contarle lo que averiguase.

Sus lágrimas ya se habían secado, pero seguían en mi piel como la sal del mar. O Rupérez me mintió como un bellaco o Rosa era candidata al Óscar. Seguía con dudas incluso después de conocerla: no sabía si Rupérez había tenido realmente una hija ni recordaba demasiado acerca de sus supuestas hermanas. Aún no entendía lo trascendente que podría llegar a ser todo aquello.

En cualquier caso, antes de atar esas incongruencias, sentía la tentación de abrir el sobre con la misma ansiedad con la que abro una bolsa de patatas en el súper y me la como en el coche. Me contuve —estoicismo barato del siglo XXI—. Lo correcto habría sido llevar el sobre a comisaría: huellas, fibras, protocolos… pero aquello podía tardar un lustro. Y quizá no sirviera para nada. Qué demonios: lo abriría en cuanto llegara a casa.

Conduje por la autovía tan rápido que casi atropello a un chaval con patinete en el ceda de la rotonda del Colegio Centro Inglés. Entré al garaje tan a lo bestia que rayé el lateral del coche. No me importó: lleva diez años a todo riesgo. Tenía prisa por ver mi trofeo, mi tesoro. Subí las escaleras de dos en dos. Como las galletas Príncipe en el Cola Cao.

En el salón coloqué el sobre sobre la mesa, milimétricamente paralelo al borde, frente a mí. Era un miura y yo, José Tomás. Subí la persiana, cogí un cúter algo oxidado del despacho. No iba a operar a nadie. El sobre era liviano, mal cerrado, hecho con saliva, nuevo pero con suciedad. Separé la solapa con cuidado, pero la impaciencia ganó y terminé la incisión con brusquedad. Miré dentro antes de meter la mano. Una única hoja doblada. La saqué por las esquinas. Vaya chasco. ¿Otro acertijo como el del carguero de Cádiz?

CAPÍTULO 78

Taquilla 34

En medio de la hoja, justo en el pliegue, un número de veinte cifras. Sé que eran veinte porque ya estamos vacunados con la longitud de las cuentas bancarias, y el "ES" del principio era inconfundible. A la derecha del IBAN, de puño y letra de Rupérez —esa sí la conocía bien—, una sola palabra: «comprobar». Después del punto, que casi atravesaba el papel: «taquilla 34 club».

Nada más. Joder. Ahora sí que, en teoría, debía llevar el sobre a comisaría. Mi gozo en un pozo.

O no. Mi cabeza empezó a dar vueltas sola, mientras ya imaginaba el viacrucis para conseguir la orden judicial que me permitiera tirar del hilo de la cuenta.

La taquilla… de un club… ¿De cuál y para qué? Que yo supiera, Rupérez no pertenecía a ninguno, salvo que en Altea Hills se hubiera apuntado a algún club para millonarios tipo Hermanos Marx, de esos en los que Groucho no entraría si lo admitieran.

Guardé la hoja de nuevo en el sobre y este en una carpeta azul de las antiguas, de las de goma elástica vencida. No quería demorar demasiado el depósito de la "prueba oficial"; ya me apañaría luego para justificar su apertura. Antes de salir, hice una fotocopia fiel del "papiro" de Rupérez. Una para el sistema, otra para mi conciencia y otra para el corcho de mi salón..

Por lo general, lo que parece ser es lo que es. Lo primero que se te viene a la cabeza no es magia: es el resultado de un proceso psicológico complejo que nuestro cerebro reptiliano resume en una intuición para reaccionar rápido ante una posible amenaza. El mío, sin pensarlo mucho, asoció la taquilla al club El Buzo. Tal vez porque es el que mejor conozco, ya que he pasado allí media vida, y los últimos días merodeando en busca de respuestas. Llamé a Marta. Estaba en el juzgado con una detención por violencia de género. Me contó que habían pillado al maromo dándole patadas a un sillón y

que se había roto el pie, así que tuvieron que pasar por el hospital. De allí salieron con el fulano enyesado y, como fueron en el furgón, quedé en recogerla a la salida del juzgado. De paso intentaría hablar antes con la juez, a ver si la pillaba en un receso.

Y así fue. Me llevé a Marta y nos presentamos directamente en su despacho. Entre montañas de papel, volvió a asomar su cabecita para recordarme, "amablemente", que tenía mucho trabajo y que fuera breve.

Sin sentarme, con Marta a mi lado —a quien la juez no conocía y miraba con cierto recelo, o tal vez con cierta envidia—, le planteé si admitiría una petición mía para investigar la cuenta corriente mencionada en el sobre de Rupérez. Yo esperaba una negativa tajante; sin embargo, me dijo que la cursara, que ya vería. Tratándose de Rupérez, opté por la vía oficial y darle curso sin llamar a mis amigos de la AEAT para pedirles favores extraoficiales.

Cuando le di las gracias y me despedí, añadió: —Ah, Víctor, redacte bien la petición. No me gustan las chapuzas. —Claro, Señoría —respondí, casi con una reverencia.

Cerré la puerta con un gesto de triunfo que a Marta no se le escapó. —¿Y esa cara? —me soltó, arqueando una ceja. —Te tengo que poner al día. Vamos a tomar algo —le dije.

Cruzamos a la cafetería de enfrente. Me situé en la barra lo más cerca posible del secretario y de un oficial, para que me vieran con Marta y empezaran a cuchichear. Marta pidió Coca-Cola Zero y yo también. Nunca está de más cuidar el personaje.

La puse al día del encuentro con Rosa, del sobre, de mi sospecha cada vez más firme de que a Rupérez lo habían matado por lo que tenía y por lo que sabía. Ella ya había leído el informe sobre sus bienes, las pesquisas y los billetes falsos encontrados en su casa.

Sonó el teléfono. Prefijo de Madrid. —¿Víctor Ros? —preguntó una voz ronca. —Servidor. —Soy el inspector Segismundo Latorre, de Delitos Monetarios. Pero llámame Segis, por favor —añadió, rompiendo el hielo con esa familiaridad rápida que da la placa—. Te llamo por los fajos que sacasteis del domicilio de Rupérez.

Pronunció «Rupérez» bajando un poco el tono, a la manera de quien nombra a un viejo compañero al que todavía se le guarda

cierto respeto, a pesar de todo.

—Dime, Segis. —Es papel mojado, Víctor. Falso.

Hubo un silencio. Me sorprendió, aunque no debería. Entre la charla con Moncho y el teatro que montaron en el sótano, ya podía habérmelo olido.

—Es una falsificación cojonuda, eso sí —añadió, animándose, colgándose las medallas que le correspondían a su unidad—. Casi perfecta. El tacto engañaría a cualquiera y la calcografía es de primera división.

—Ajá —respondí, dejando que se recreara un segundo. Eso ya me lo había avanzado Moncho, pero todo el mundo tiene derecho a su minuto de gloria.

—Te mando el informe al correo corporativo y el original te llegará por valija. Échale un ojo, porque hemos sacado la trazabilidad de las tintas y hay pistas de dónde ha podido salir esta tirada. Un saludo, Víctor.

Y colgó sin más ceremonias. Le conté la llamada a Marta. Ella, con su lógica sin florituras, preguntó: —¿Y qué hacía Rupérez con dinero falso?

—Gastarlo, claro —respondí—. O moverlo para otros. —¿Y él lo sabría? —insistió. —No lo sé, Marta. Cada vez hay más incógnitas.

Apuré un sorbo de Coca-Cola y rematé: —Vamos ahora a ver al gerente del club, a ver si nos toca la bonoloto y encontramos esa taquilla.

El gerente no nos hizo esperar. Marta ya conocía el club, y el guardia de seguridad de la entrada también a ella. Más de uno pensaría que era mi pareja, o mi novia, como se dice aquí. Fuimos directos a su despacho. La puerta estaba abierta. No teníamos cita. Pasé ese detalle por alto, porque me niego a creer que un gerente pueda tener cosas más importantes que recibir a un par de policías cuando el prestigio del club está en entredicho.

La desaparición de María "la de Raymond" había salido en todos los telediarios, sobre todo en La Sexta, y el cotilleo diario en comidas, cenas y partidas giraba en torno a ella. La gente tenía miedo, mezclado con el morbo por saber qué demonios había pasado. En el ambiente se respiraba un aire enrarecido, de

desconfianza. Algo se estaba pudriendo detrás de aquella fachada inmaculada. Álvaro no pudo ocultar su sorpresa al ver a Marta, ni su asombro ante su belleza animal. Esta vez dejé que fuera ella quien tomara la iniciativa. Áspera, seca, directa, sacó del bolsillo la orden judicial para abrir la taquilla 34. Álvaro la extendió sobre la mesa, la "planchó" un poco con la mano y la leyó de arriba abajo. Asintió, con un gesto nervioso en la comisura de los labios. Nos dijo, mientras salíamos del despacho, que solo había taquillas en los vestuarios, concretamente en la zona de duchas y sauna. Yo no recordaba esa distribución; probablemente habrían hecho obras desde la última vez que pasé por allí con calma.

El gerente vino con un empleado uniformado: el Segovia, irreconocible de lo delgado que estaba. El Segovia acumulaba miles de años de experiencia en el club. Conocía a todos y a todas. Mientras abría la taquilla, le di conversación: —¿Y tú cómo es que te has quedado tan delgado? —pregunté.

El chasquido de la cerradura al ceder le interrumpió la respuesta. Costó forzarla un poco. —No se habría utilizado recientemente —apostilló—. Seguramente porque el último que la usó no devolvió la llave.

En ese momento entró uno de los socios, que se retiró con discreción en cuanto cruzó la mirada con Marta, que podría disolver una manifestación a distancia.

Me incliné para ver lo que no había. Esperaba papeles, un objeto extraño, algo. Nada. Encendí la linterna del móvil y enfoqué al interior. En una esquina, a la derecha, un bulto mínimo. Lo arranqué: estaba pegado a la pared metálica con un esparadrapo de los antiguos, de esos que con los años se convierten en una plasta pegajosa que lo contamina todo.

Era un pendrive de mala calidad, de apenas 4 gigas, de marca china desconocida. Mi cerebro será un puto colador para los rostros por culpa de la prosopagnosia, así que, por pura supervivencia, tiende a registrar los detalles inanimados. No es que tenga una memoria brillante, es una simple tara compensada. Y aquella tara acababa de encender una luz roja: el cacharro era exactamente

idéntico, en modelo y desgaste, al pendrive que Samuel escondió a toda prisa bajo una carpeta en su despacho.

¿Misma basura informática en manos del abogado y en la taquilla secreta de Rupérez? Demasiada casualidad. Pero decidí aparcar las conclusiones sobre esa coincidencia para más tarde. No estaba el horno para atar cabos en caliente y mi prioridad ahora era legalizar el hallazgo.

Mi vieja manía de buscar pruebas donde otros no miran —o donde juran que no hay nada—, por una vez, estaba justificada. Me aseguré de que Marta viera con claridad cómo lo extraía de la taquilla. Ella no perdió detalle: sería quien redactara el informe y la diligencia de intervención. Asintió con la mirada, dando por bueno el teatro

Álvaro comentó entonces que las taquillas cerradas no se limpiaban y que las llaves se daban indistintamente a los socios, con un pequeño registro de uso, ya que solo las empleaban unos pocos. Los de siempre: los jubilados madrugadores que jugaban al golf, se duchaban allí y luego bromeaban con el partenaire con aquello de que "así se ahorraban una pasta en el recibo de la luz".

—¿Podemos ver esa lista? —le pregunté a Álvaro, que aún estaba rumiando el hallazgo. —Por supuesto. Ahora mismo, en oficinas.

Volvimos a su zona de mando. Álvaro entró primero, con prisas, y le pidió a la chica de administración que buscara el archivo de las taquillas y le imprimiera el nombre del último socio que había utilizado la 34. Fue prudente: no dijo el número en voz alta, solo un gesto y un post-it. Nos invitó a sentarnos en su despacho; decliné. Prefería mantenerme de pie.

Al cabo de un minuto, la chica trajo un DIN A4 con un solo nombre en la parte alta. El gerente me lo entregó. Lo miré, se lo enseñé a Marta y luego devolví el folio a Álvaro, pidiéndole que lo destruyera, advirtiéndole que el contenido quedaría recogido en el atestado.

En la cúspide de la página, nuestro viejo conocido: don Ramón. La fecha de consignación se remontaba a trece meses atrás. La llave no había sido devuelta ni requerida. Otra vez Ramón. Otra vez aquí. ¿Qué demonios tenía que ver esta vez con Rupérez?

Quise llevar a Marta al Buzo al salir de la Casa Grande, pero no íbamos vestidos para el papel. Íbamos como lo que éramos: dos polis en jornada laboral. El problema es que el club exige disfraces: cada escenario tiene su uniforme, y aquel pedía chanclas, camisa ligera y cierta despreocupación impostada. Siguiendo la máxima de «donde fueres, haz lo que vieres», la dejé primero en su casa para que se cambiara y le sugerí que eligiera algo playero.

Aunque se sorprendió al principio, no puso pegas. Raro en ella, que se dejó arrastrar por mi osadía, bastante habitual en mí cuando algo me motiva.

Aparqué el coche prudentemente frente a su portal, en medio de la calle Rafael Alberti. A los siete minutos apareció, justo cuando Pink Floyd terminaba el Nothing Part 14. Demonios, nunca encuentro el botón de la puerta del conductor cuando estoy nervioso. La cerradura se atascó; Marta la sacudió con impaciencia mientras yo tanteaba a ciegas el maldito pulsador. Al fin cedió.

Se abrió la puerta y entró Afrodita. Sus movimientos más simples eran para mí un visionado en cámara lenta. Llevaba una camisa blanca de lino, amplia y algo transparente, que acariciaba su torso; unas bermudas vaqueras deshilachadas; chanclas de colores y el pelo suelto, brillante, peinado en tres segundos, como las crines de una yegua alimentada con avena.

—Vámonos —dijo, con una sonrisa que se correspondió con la mía.

Entramos en el club en horario laboral, arriesgándome a que me viera algún envidiosillo y empezara la romería de comentarios. Pagué la invitación durante el trayecto, por teléfono, para evitar pasar por la garita y dar explicaciones a los porteros.

Llegamos a la zona de hamacas. Marta intentaba disimular su sorpresa —y su asombro— al encontrarse en un sitio como aquel, pegado a la playa, antaño casi privada, en un club que había sido sede ministerial, patio de veraneo de señoras de ministros, y que aún mantenía el nombre de Carrero Blanco en una de sus calles, desafiando la ley de memoria histórica a golpe de nostalgia clasista.

Marta era, sin duda, lo que aquí llaman "sociata". De vez en cuando rezumaba sus ideales progresistas con pellizcos de cultureta

licenciada que no vivió la Transición con intensidad, pero que se la sabía de memoria.

Yo, que me sentía un poco padre, un poco sugar daddy, tuve la precaución de quitarme la camiseta antes que ella y de colocarme en una hamaca algo apartada, sobre el jardín. La escena era perfecta: el mar de fondo, el murmullo de los socios y, en medio, Marta y yo, sentados sobre la pista de baile donde, sin saberlo, acabábamos de pisar la sombra de la taquilla 34.

CAPÍTULO 79

En la piscina del Club

Eran las 12:30 y el lugar todavía no estaba lleno. Dicen que las mujeres se clasifican a sí mismas por la forma en que se quitan la ropa. Marta no lo hacía con coquetería, sino con una eficacia casi marcial. Le faltaba ese estilo estudiado, esa feminidad impostada; su forma de hacerlo era pura función, sin artificios. Y, paradójicamente, esa falta de minucias la hacía para mí aún más atractiva. Descubrí lo que ya intuía: un cuerpo perfecto, atlético, como el de una futbolista de Instagram; un trasero esculpido a la perfección y una figura que superaba la belleza clásica griega, tan poco dada a celebrar el cuerpo real de la mujer.

Bikini pequeño, pero no excesivo; sencillo, suficiente o insuficiente según el gusto del vidente, aunque su cuerpo lo decía todo por sí mismo sin necesidad de aspavientos o adornos. Ella notaba mi admiración. Yo intentaba disimularla en vano, apartando la mirada de aquello que, sin remedio, se imponía. Las mujeres tienen un radar específico para saber cuándo son objeto de deseo, pero en el caso de Marta no hacía falta ningún sistema de vigilancia: ella sabía de sobra que siempre lo sería, y que yo no iba a ser una excepción a esa regla general.

Decidí apartar la mirada y concentrarme en la piscina, en la gente que iba y venía, para no parecer un viejo verde. Mis ojos se detuvieron en un hombre mayor, sentado al fondo en una hamaca. Vestía con discreción, pero había algo en él que no encajaba. El Rolex en su muñeca y sus zapatos de diseño rompían con el perfil habitual del club. Hojeaba un periódico económico y miraba su móvil de vez en cuando. Parecía que esperaba una señal.

Fue entonces cuando lo vi. O creí verlo. En la solapa de su camisa estaba bordado el logotipo de "IMIB". Ese pequeño detalle fue suficiente para activar todas las alarmas en mi cabeza. No era solo un logo, era una conexión, un resorte que ataba un nuevo hilo a la

maraña que me rodeaba. —Ese logo… es de IMIB —le susurré a Marta, inclinándome hacia ella. Ella levantó la vista, siguiendo la dirección de mi mirada, entrecerró los ojos y luego dejó escapar una carcajada ligera, casi imperceptible. —Eres un paranoico, Víctor. ¿De verdad vas a conectar todo lo que ves con esa empresa? ¿Qué será lo próximo? ¿Una sombrilla con su logo?

Sonreí, tenso, pero no aparté la mirada del hombre. —Llámalo paranoia si quieres, pero ya no creo en coincidencias. Marta dejó caer su ironía al ver mi expresión. Por un momento se quedó en silencio, sus ojos también fijos en el hombre que ahora recogía sus cosas para marcharse. De pronto, Marta se levantó sin decir nada. Caminó con decisión hacia el hombre del Rolex, se agachó un poco fingiendo buscar algo y le dijo unas palabras. Él respondió con cortesía y volvió a su periódico. Marta regresó con una media sonrisa, secándose las manos con su pareo. —Una paranoia menos —me dijo al sentarse—. Ni es el logo de tu querida empresa, ni lleva tatuajes raros, ni tiene aura de asesino a sueldo. Es una marca de polos italiana. Solo lee Expansión y lleva colonia cara. ¿Contento?

Sonreí, derrotado. Había desmontado mi sospecha con la misma facilidad con la que se sacude una toalla llena de arena. Sucumbí a su tono burlón, una forma delicada de insinuar que empezaba a perder el norte. Necesitaba anclarme a algo simple. La invité a la playa. Como un rey que, consciente de sus delirios, invita a su reina a pasear por el único territorio que aún considera real: la orilla. La playa era mi jardín palaciego y Marta, sin saberlo, mi salvación por un momento.

La arena nos quemaba los pies, así que nos dimos prisa —yo corriendo como un niño— en llegar a la orilla. Me tiré de cabeza en cuanto tuve suficiente profundidad, entre las olas rompientes, tan comunes en esa playa de desnivel angosto y repentino. Ella, en cambio, se mojó hasta las rodillas y dio unos saltitos tratando de evitar las salpicaduras. Aquella escena llena de feminidad fue suficiente para que mi corazón diera otro vuelco. Se zambulló después de nadar unos metros, con cierta torpeza, y buceó hasta mí unos veinticinco metros aguantando la respiración sin ningún problema.

Salió del agua con el pelo hacia atrás, brillantes las gotas en su cara. Yo la esperaba. Entonces la besé. Fue un impulso, una necesidad. Marta me demostró que nadaba bien, aunque no era lo suyo, porque más bien era una mujer de fuerza que afortunadamente no usó contra mí a pesar del inesperado —o quizás esperado— beso. Solo noté una sonrisa en su rostro al separarnos. Ni un reproche, ni un agradecimiento. Neutro. Me desconcertó.

No llevaba lentillas, pero sí mis gafas graduadas de sol en el bolsillo del bañador. Las saqué con cuidado de que no se hubieran roto en el salto y me deleité viéndola salir del agua, como en un anuncio de los noventa. Su pelo, grueso y pesado por la sal, se apelmazaba hacia atrás contra su espalda. Su piel, en quince minutos, ya acusaba los rayos UVA. Si tuviera que ir a una isla desierta, me llevaría a Marta. O mejor, me iría a una isla desierta con ella. Demonios… ¿Estaba enamorado?

Después de un par de baños en la piscina, nos cambiamos y pasamos al restaurante, imponente por sus vistas al mar. Comimos revuelto de atún y otras delicias locales. Reímos y nos embriagamos con cerveza fría hasta que ella, de repente, se puso seria. —Víctor, esto que estamos haciendo… ¿No es complicarnos la vida? Me lo dijo clavándome la mirada. Se me hizo bola en la garganta y mi digestión se torció hacia un pequeño estertor intestinal que afortunadamente pude contener. Bendita "complejidad", pensé, si eso significaba que ella notaba mi interés. Le puse la mano encima de la suya a través de los platos que nos separaban. Me miró con un gesto dulce y, a la vez, amargo. Me encontré cual escualo atrapado en la red de un pesquero. Se me vino a la cabeza el tan manido refrán de la olla y la polla, pero sinceramente, dado mi estado, me importó un bledo.

CAPÍTULO 80

El hijo de la sombra

Pedí ir a Alicante. Me tocaba la moral, pero era un sitio crucial. Marta me echó un cable con la jefatura y, para mi sorpresa, Roldán, aunque refunfuñando, dio el OK. Estaba claro: había sociedades tapaderas, un montón de ramificaciones por ahí sueltas y muchas sospechas en un terreno resbaladizo por la presencia de aquella jueza.

Esa idea me daba vueltas mientras intentaba pinchar el pendrive de Rupérez. No era el original —ese estaba en la sala de pruebas—, sino la copia que me había agenciado antes de entregar el acta. Esperaba que Rupérez no se hubiera puesto fino con la seguridad, pero en cuanto lo conecté, apareció la barra de contraseña parpadeando.

Fui a lo básico. Probé con su fecha de nacimiento, la que venía en el informe de defunción. Pensé que Rupérez sería más listo, pero lo sobrevaloré. El pen se desbloqueó al primer intento. Me entregó lo que tenía dentro sin más preguntas.

Solo entonces me di cuenta de la torpeza: hay archivos que, al abrirse, mandan una señal si estás conectado. Una alerta silenciosa hacia alguien que no quiere que lo miren. Demasiado tarde para arrepentirse.

Eran archivos de texto y un .jpg. Empecé por la imagen. Un documento escaneado de cinco páginas. No me hizo falta leerlo todo; me bastó el encabezado. Cerré el portátil de golpe. Aquel robo en el centro de menores, al que no le había echado ni cuenta, acababa de cambiar de color. Cui prodest, me dije.

Allí estaba, en letras de molde: Centro Educativo ACOGE. Un informe de ingreso de un crío con su foto y sus datos. El nombre no dejaba margen de error: Alexander Rodríguez de Bastidas. Al margen de la ficha, alguien había escrito a mano: «Especial cuidado: historial conflictivo».

Me acordé del post-it amarillento que sacamos de la caja fuerte de Rupérez. «R.B. — Limpieza Centro. Archivo fuera. 1.700 €.»

Qué imbécil había sido. No era el centro de la ciudad. Era el centro ACOGE. Y las iniciales R. B. encajaban demasiado bien con Ramón de Bastidas. ¿Le soltó 1.700 miserables euros a mi excompañero para ir allí a limpiar los papeles de… un hijo bastardo?

2011. La fuente del club. Alicia Cantalapiedra. Siempre rodó el rumor de que había un niño de por medio al que nadie llegó a ponerle cara. Empecé a hilar a ciegas. ¿Y si Ramón quería un heredero que su mujer no le daba? Si Alicia tenía al niño, Alicia sobraba. Visto así, lo de aquel baño dejaba de parecer un arrebato pasional para convertirse en una simple orden de desahucio. Quedarse con el activo y liquidar el pasivo.

Creí que la miseria de Ramón terminaba ahí, en borrar un archivo para tapar sus pecados pasados. Pero me equivocaba. Releí el apunte del forense del Puerta del Mar y sentí el mal sabor del reflujo.

Bajo la ficha del niño asomaba un documento médico grapado, fechado apenas unos meses atrás: «Informe postoperatorio. Paciente pediátrico receptor de trasplante renal. Evolución favorable».

Trasplante renal.

Mi mente voló de inmediato a la mesa de autopsias y al cadáver absurdo del muelle. La cicatriz limpia en el costado de Cris. El riñón extirpado. Empecé a hacerme preguntas y el esquema que apareció me dio arcadas. Cris limpiaba casas en Vista Hermosa, incluida la de los Rodríguez de Bastidas. El sicario ruso la había enamorado, sí, pero… ¿Fue solo para usarla de tonta útil y conseguir las llaves? ¿O buscaban algo más? ¿Necesitaban a una donante joven, sana, vulnerable y, tal vez, compatible?

Miré la foto del niño en la ficha y luego el informe del trasplante. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar Ramón para salvar la vida de un heredero oculto? La simple idea de que hubieran usado a esa desdichada como su banco de órganos los convertía no solo en delincuentes, sino en monstruos. Y si eso era cierto… cuando la

chica ya estaba vacía, asustada y sabía demasiado, ¿qué hicieron con ella? ¿Tirarla como una colilla?

De ser así, el robo en el centro de menores cobraba todo el sentido. El fontanero Rupérez se encargó de sacar el archivo físico, sí, pero Rupérez nunca daba puntada sin hilo. Se guardó esa copia digital en la taquilla como seguro de vida. Sabía que ese escaneo valía mil veces más que los 1.700 euros de la factura original.

Había un detalle más, pura física. Rupérez pesaba ciento veinte kilos y le faltaba el aliento solo con bajar a su propio sótano. No era el tipo de hombre que salta la valla de un centro de menores de madrugada para forzar un archivador. Para eso necesitaba subcontratar músculo.

Recordé la charla con la directora de ACOGE y el testimonio de la niña sobre un «gigante» rondando el perímetro. En su día, aquello me llevó hasta Borja Santisteban, el enorme paseador de perros. Con lo que sabía, «gigante» significaba más. Rupérez era solo el negociador del chantaje y el dinero de Ramón; el ejecutor era otro. Sospechaba de rusos. No tenía pruebas, pero era innegable que se trataba de un encargo profesional.

El resto de los archivos estaban encriptados y Windows no me dejaba pasar. Ya se encargarían los de la científica de pelearse con ellos.

Marta me esperaba puntual frente a su casa. Salía de la ducha, con el pelo todavía húmedo y ese volumen que se le queda al secarse al aire. Llevaba un maletín rojo de American Airlines; yo uno azul bastante más pesado. El taxista, un chaval con demasiada lengua, soltó una broma sobre quién llevaba los pantalones en la relación viendo el peso de las maletas. No le contesté.

Fuimos a Sevilla porque no había vuelos directos desde Jerez. En menos de una hora estábamos en un aeropuerto semidesierto. Compramos prensa y unos chicles. Marta sacó unos sándwiches en papel de plata. Le había pedido a la agencia asientos juntos; odio viajar solo y no le veo la gracia a eso de encontrarse a uno mismo en la fila 14 de un avión.

Aterrizamos en Alicante a las cinco de la tarde del martes 12 de septiembre. Nos esperaba Enrique Mojín, un inspector de Calpe con

pinta de deportista y ese estilo «casual» que se gasta ahora. Tendría unos treinta y cinco años y enseguida se puso a charlar con Marta. Nos metió en su coche camuflado y nos llevó a toda pastilla por la autopista del Mediterráneo. No paraba de hablar de la costa como un guía turístico, pero entre curva y curva nos soltó el hueso: los detalles de la detención de su jefe, el comisario corrupto. Estábamos entrando directamente en la boca del lobo.

CAPÍTULO 81

Detención de Augusto Rodríguez

Augusto Rodríguez. La UDYCO de Madrid llevaba tras él desde 2014. El informe que Enrique nos pasó detallaba la caída en desgracia del que fuera el afamado jefe de la Comisaría de Alicante; un hombre con un currículum impecable, tan respetado entonces como denostado ahora.

Todo saltó por los aires en la "Operación Beautiful". Una prostituta de un club de alterne declaró que un "pez gordo de la policía" era asiduo a sus fiestas privadas. Sin embargo, lo que de verdad hizo saltar las alarmas de Asuntos Internos fue un movimiento de pasta tan descarado que parecía una tomadura de pelo: Augusto le había vendido un viejo Citroën C4, con diez años de antigüedad, a uno de los narcotraficantes de la banda por diez mil euros. Un sobreprecio absurdo que justificó el inicio de las escuchas.

Las grabaciones destaparon la realidad: el inspector actuaba como escudo protector. Su trabajo consistía en librar a sus socios de las redadas, informarles sobre las investigaciones en curso y excluir sus nombres de los informes oficiales. Sus protegidos eran la mafia rusa de Altea Hills. Una organización peculiar, comandada por una bicefalia al estilo de los Reyes Católicos: dos capos que gobernaban de forma colegiada para garantizar la paz entre clanes. Uno de esos reyes era Serguéi Malkov, alias "el Mazo".

Asuntos Internos fue con todo: intentaron procesarlo por encubrimiento, colaboración con banda armada y revelación de secretos. Querían enterrarlo en vida. Sin embargo, la maniobra fue tan burda que el juez tuvo que rechazar las acusaciones de plano. Augusto había ganado la batalla legal al demostrarse el montaje, pero el proceso había dejado su carrera sembrada de minas.

Mientras lo leía en los asientos traseros —Enrique insistió en que Marta fuera delante—, me debatía entre el asco del mareo y el que me producía aquel muchacho. El informe ya lo conocía, pero él se empeñaba en recitárnoslo, descubriendo América. Con voz impostada y un entusiasmo que rozaba lo narcisista, desgranaba detalles que yo tenía delante, palabra por palabra. Lo peor era que todo su discurso iba dirigido a Marta, con condescendencia y coqueteo disfrazado de rigor policial.

Ella no dijo una sola palabra durante el trayecto. Lo observaba con una sonrisa apenas esbozada. Y yo, en silencio, contando los minutos para bajarme del coche. Al llegar, cuando por fin pisamos tierra firme, ella se volvió hacia mí y me soltó en voz baja, con la precisión de un disparo: —Menudo gilipollas.

Entramos en la comisaría: coqueta, moderna, muy europea. Enrique nos pasó a una sala de juntas, muy de multinacional, con un altavoz en el centro para las llamadas. Nos trajo tres carpetas de colores y nos abrió la primera. —Ahí os dejo el papeleo, cuando acabéis me avisáis, estoy en el despacho de la derecha —nos dijo con ese aire chulesco y autosuficiente.

Cerró la puerta y Marta volvió a mencionar lo alto que era Enrique. Yo asentí y disimulé. Marta extendió las fotos de Serguéi Malkov sobre la mesa. Eran brutales: un cuerpo destrozado, sangre en cada esquina. Pero ella no pareció inmutarse. Ni un gesto. Solo una ceja levemente arqueada, reduciendo aquella carnicería a un vulgar catálogo de muebles. —¿Qué pasa? —le pregunté, incómodo ante tanta violencia. Levantó la mirada con una media sonrisa. —Tranquilo, Víctor… este tampoco estaba en tu club. —Pero lo he visto antes —añadió—. En otra parte. Aunque no sabría decirte dónde. Y ahí supe que algo en ella estaba, o bien muy acostumbrado al horror… o peligrosamente cerca de él.

CAPÍTULO 82

Serguéi: de Mazo a Rata

El apodo "El Mazo" no era en absoluto una metáfora. Su origen se remontaba a la afición del hombre en Rusia por reestructurar los cráneos de sus oponentes, empleando un bate de béisbol de arce macizo. La leyenda, que nos contaron, decía que había adquirido el bate a un precio desorbitado en eBay, ya que supuestamente llevaba la firma de un famoso jugador de los Yankees. Es dudoso, sin embargo, que el bateador original imaginara que su autógrafo terminaría manchado de sesos eslavos.

En las fotos que tenía delante, la cabeza de "el Mazo" reposaba ahora ladeada, mansa, buscando el frescor de la almohada. Pero no estaba en su cama, sino en el fondo de la bañera de su mansión. Había caído dentro del jacuzzi y, siguiendo las implacables leyes de Newton, rodó hacia el epicentro del desagüe. Era una imagen grotesca: tras la desagradable separación de su enorme cuerpo a causa de un tajo limpio y quirúrgico —ni Robespierre lo habría hecho mejor—, el movimiento circular del agua se llevaba el flujo vital en un remolino rojo. De fondo, según el informe, el hilo musical de la casa seguía reproduciendo The Early Years de Pink Floyd en un bucle infinito cuando llegó la policía.

Sus verdugos se habían tomado el tiempo suficiente para la puesta en escena. El cuerpo decapitado permanecía de rodillas fuera de la bañera, exageradamente inclinado hacia delante, condenado a contemplar su propia ejecución por toda la eternidad. Era exactamente la misma postura en la que había sido encontrada Cris. Ni siquiera se habían preocupado de borrar las huellas de sus botas militares, cuyas suelas, talla 45, quedaron impresas en el mármol italiano como una firma de autor.

Y por si la carnicería no fuera suficiente mensaje, dejaron un recado en la pared. Usaron un spray de pintura barata, de esos de bazar chino, cuyo trazo vulgar insultaba los azulejos de diseño del

baño. Allí estaba, dibujada con cierta pericia: una espada invertida con una serpiente enroscada que, por lo exagerado de la proporción, parecía una pitón en ayuno intermitente. La misma firma que en el asesinato de Cris. Junto al dibujo, un epíteto en cirílico que los expertos no tardaron en descifrar: «Крыce». Rata.

No era una dedicatoria de las normales, sino más bien un epitafio con mala baba para uno al que conocían como "el Mazo" y que, al final, la palmó y se quedó en un simple "roedor". La ironía máxima del cotarro: los que antes le temían, ahora le recordaban como un chivato de la policía.

El registro de la mansión fue un festín. Se encontraron joyas, relojes que valían más que cualquier vivienda promedio, efectivo en bolsas de basura y los códigos de las billeteras frías de criptomonedas. Pero lo que hizo que a los de la UDEF se les salieran los ojos de las órbitas fueron los extractos bancarios en papel, dejados convenientemente sobre el escritorio: pagos directos, sin testaferros, del Mazo a Augusto Rodríguez. Era tan obvio, tan insultantemente burdo, que costaba creerlo. Parecía un insulto a la inteligencia policial. Alguien había ido dejando migas de pan para que hasta el agente más tonto llegara a la casita de chocolate.

Y luego estaba la suerte, o la tecnología, que a veces son lo mismo. Los forenses volcaron las fotos de la escena en la base de datos y la nueva IA de reconocimiento de patrones hizo el resto. El sistema cruzó la imagen del grafiti con los tatuajes fichados y cantó bingo. Aunque lo que terminó de atar los cabos fue el apellido Rendueles. Que asomara en los documentos de la caja fuerte nos sirvió en bandeja el peor de los vínculos: su lazo de sangre con la chica asesinada en Puerto Sherry. Como dice Escohotado, el que mira todo el día un móvil es más listo que Aristóteles porque lleva la sabiduría del mundo en el bolsillo. La tecnología es imparable, incluso cuando se trata de joder el sueño a los investigadores.

Esa noche nos alojamos en un hotel de la zona. Cumplía mis requisitos mínimos: moderno, limpio y con colchones firmes. Pero ni el mejor viscoelástico pudo con la tensión del viaje. El insomnio de las tres de la mañana me asaltó.

Me acosté solo. Aunque albergaba la esperanza de que el amor llamara a mi puerta, no quise correr el riesgo de un portazo prematuro invitando a Marta o visitando su habitación a deshoras. Usé la almohada de la cama vacía para elevar el torso y evitar el reflujo, consecuencia directa de la cena basura a base de pizza y nachos con la que nos habíamos castigado.

Marta ya se ríe de mi ritual: «Haz tu ronda de TikTok y te duermes», me dice. Y tiene razón. Lo tengo sistematizado: cuando no duermo, deambulo por el despacho digital, pongo una serie de fondo y dejo que el carrusel de la dopamina barata —estoicos de gimnasio, trucos de iPhone y filósofos de taza de café— haga tiempo hasta que el Orfidal me tumba. El sueño es el bálsamo de Fierabrás, la resurrección diaria. El insomnio, en cambio, es la vida sin cortes, el cansancio acumulado, el momento en el que los miedos salen de la cueva: miedo a la enfermedad, al carcinoma que me salió en el brazo, a la vejez solitaria. La angustia, que de día se disfraza de cinismo, de noche se quita la máscara y te come por los pies.

El despertar fue, otra vez, artificial. Resaca de benzodiacepina. Me miré al espejo y vi a un tipo más viejo y más feo que el de ayer. "Víctor, hoy no vas a tener un buen día". Con esa determinación al desastre, inicié el ritual: crema de ceramidas, la atópica del Lidl, minoxidil para no perder lo que queda de pelo y afeitado rápido.

Había quedado con Marta para desayunar. Elegí una mesa junto a la ventana, con vistas a la piscina donde el sol ya picaba. Marta había bajado duchada y fresca. Yo no; yo soy de ducha nocturna. Me atiborré de huevos fritos y beicon mientras ella diseccionaba con precisión quirúrgica dos kiwis y un café solo.

—¿Qué opinas de todo esto? —le solté con la boca medio llena. —No sé, Víctor —respondió, bajando la mirada hacia el kiwi restante —. Todo esto… parece un caos, un amasijo de detalles sueltos. ¿Y si estamos buscando patrones donde no los hay? A veces siento que te pierdes en cosas que no importan: el jacuzzi, el grafiti de marras… ¿Qué más da el spray? Lo importante es quién lo hizo, no cómo.

Ella apartó la mirada hacia la ventana, observando a los bañistas con un gesto de desconcierto que no era propio de ella. Marta no solía eludir discusiones. —Quizás tengas razón —dijo al final, con

una ambigüedad de la que últimamente abusaba—. Deberíamos centrarnos en la siguiente pista y no perder tiempo aquí.

Lo que ninguno de los dos sabía entonces era que al Mazo lo habían visto varias veces en la comisaría de Cádiz semanas atrás. Y no precisamente detenido. Se encerraba en el despacho con Augusto y con Romualdo Vega, no para comprarlo, sino para advertirle a gritos que a ambos les estaban tendiendo una trampa mortal.

CAPÍTULO 83

El retorno del hombre blandengue

Marta frunció el ceño, pero solo con una ceja, con ese gesto tan particular suyo. —Víctor, escúchame un momento y dime si me he vuelto loca —empezó, dejando el kiwi a medio terminar—. He estado uniendo puntos mientras te veía devorar esos huevos fritos.

Se limpió las manos con la servilleta y adoptó un tono extrañamente formal, casi académico, defendiendo una tesis doctoral en lugar de charlar en un bufet de hotel.

—Puestos a ser conspiranoicos —dijo, usando ese tono sabiondo que se gastaba a veces en la oficina—, la estructura piramidal es de manual. Los rusos controlan el sur, pero la pasta nace aquí, en Alicante. Lo del jacuzzi no ha sido un ajuste de cuentas cualquiera; es una circular interna escrita con sangre. «El que se va de la lengua, muere». Y los que han despachado al Mazo son los mismos carniceros del puerto.

Se quedó callado un momento, con la mirada perdida, dándole vueltas a la situación en su cabeza.

—Quizá se cargaron al Mazo porque filtró la nueva operativa: policías que primero aceptan el soborno, hacen la vista gorda y luego maquillan los informes. Ya sabes, la "doctrina Cádiz" desde el caso Romualdo. Pero hay algo que no me cuadra… ¿Por qué dejar una firma tan evidente? ¿Por qué el grafiti?

Marta se levantó y se acercó a la ventana, dándome la espalda. Parecía Hércules Poirot exponiendo las conclusiones antes de tiempo.

—Es un mensaje de poder —siguió, respondiéndose a sí misma—. Quieren que sepamos que son intocables. Pero me cuesta encajar a la chica del puerto en todo esto. El Mazo era un capo; ella, una mindundi. Salvo que ella no fuera tan irrelevante como pensamos, o que su novio ruso la metiera en la boca del lobo sin saberlo.

Se dio la vuelta y me dedicó una media sonrisa, con cara de cansada, dándose cuenta de lo exagerada que era su teoría.

—Lo sé, parezco una guionista mala de Netflix. Pero piénsalo: los tatuajes, la agenda de Rupérez con el número del Mazo… Rupérez no llamó, pero lo tenía ahí. Quizá Rupérez no era el contacto, sino el seguro. Y ahora que los dos están muertos…

—Marta, estás hablando dando por sentado que el sumario está cerrado —la interrumpí, divertido por su verborrea inusual.

—Es que necesito que tenga sentido, Víctor —admitió, bajando el tono—. Porque si no es esto… entonces estamos persiguiendo fantasmas. Y la conexión entre Rupérez, el puerto y los rusos es lo único sólido que tenemos. Quizás liquidaron a Rupérez porque pidió más dinero. O quizás dejó ese testamento en forma de pendrive para que tú…

Sonó mi móvil, salvándola de tener que rematar una teoría que empezaba a hacer aguas por los lados. Hice una señal a Marta para que parara; sinceramente, su discurso sonaba más a deseo de orden que a realidad, pero agradecí el intento.

—Es el fiscal —le susurré, cubriendo el móvil con la mano. Aquel nombre en la pantalla quemaba.

—Víctor —me dijo él con una cercanía inusual—, ¿cómo va tu trabajo?

Tragué saliva; no esperaba su llamada ni la atención que parecía suscitar en él. —Bien, Sr. Fiscal —evité llamarlo Aguilar delante de Marta—, estamos precisamente en Altea, investigando la posible relación de un asesinato con los sucesos acaecidos en el puerto…

—Bien, Víctor, bien. Si necesitas cualquier cosa, me lo comentas a este mismo número.

—Pues ahora que lo dice, Sr. Fiscal… dado que la juez ha decretado el secreto del sumario… encuentro dificultades para solicitar la práctica de determinadas pruebas, no sé si en eso podría ayudarme…

Hubo un silencio. —Sí, Víctor, ya sabe cómo son algunos jueces. No se preocupe, hablaré con la titular para que pueda facilitarle la tarea al margen del secreto del sumario. Gracias por todo.

Y me colgó.

—¿Y bien? —me dijo Marta.

—Ya ves, hasta el fiscal está muy preocupado… —dije con sorna.

Marta me miró de soslayo con una expresión que yo interpreté como un «¿no estuvieron una época liados estos dos?», refiriéndose a la juez del caso y al fiscal. Levanté la mirada del teléfono, donde fingía leer los últimos WhatsApp.

—Ni idea… no sabía nada, no se me dan bien los cotilleos —respondí.

—Sí, hombre, fue hace un par de años. Están los dos casados, y por lo visto los pillaron en una fiesta que organizó el colegio de abogados… Eso dicen en los juzgados… Por lo visto, fueron novios durante la carrera. Los dos están casados y con hijos; en fin, el pan nuestro de cada día…

Era la primera vez que Marta me hablaba de esos asuntos "rosados", frívolos. Ese ramalazo de portera no pegaba nada con lo que ella solía ser, pero me sirvió para bajarla a la tierra; la hacía más humana o menos diosa. Marta no sabía nada porque aún desconocía mi visita a IMIB y mi encuentro con su altivo vicepresidente. De hecho, no sabía si reflejarla aún en mi informe sin hablarlo antes con el comisario.

Ya estaba pagando yo, como era habitual, cuando volvió a sonar el teléfono, esta vez anunciando la entrada de un correo electrónico. Vi en la notificación que era Juan Luis, el forense. Luego lo leeré, me dije.

—¡Vamos a llamar a la juez, la estrella del universo! —le dije a Marta—. A ver si no se retrasa y nos recibe a la hora.

Nuestra cita se estableció por la secretaría a las diez de la mañana, hora en que los jueces suelen desembarcar en sus juzgados. Pasamos los controles con la placa en la mano, ignorando los pitidos de los detectores. Bromeé con el compañero y le dije que no llevaba pistola, sino una prótesis "oculta".

Fuimos, preguntando, al despacho número 2, donde nos indicó una auxiliar. Llamamos a la puerta del despacho de su señoría, suavemente, sin molestar. Oímos un débil «adelante». Marta, decidida, abrió la puerta y asomó la cabeza: —¿Sra. Juez?

—Adelante, adelante…

Nos acercamos a su mesa, bien grande, por cierto. La juez levantó su cabeza de los papeles y archivos que la inundaban. De unos cuarenta y cinco a cincuenta años, muy guapa, de un pelo rizado abundante aún no machacado por los tintes, tez morena, de la luz de los atardeceres rojos veraniegos de finales de septiembre. Nos hizo el gesto de un «adelante, adelante, siéntense», solo con un movimiento de mano, grande, por cierto, como la de un pianista, hacia las dos sillas que estaban en frente suya.

Nos intercambiamos buenos días. Ella, aunque amable, se mostraba algo incómoda, quizás por la inesperada visita. A los jueces no les gusta este tipo de situaciones.

—Ustedes dirán —nos dijo, cruzando sus manos, expectante.

Decidí ir al grano y relatarle las pruebas que habíamos encontrado en el teléfono de Rupérez relativas a llamadas en su móvil. No mencioné las circunstancias del escenario del crimen, ni ninguna otra relativa a Rupérez, tan solo que estábamos en el marco de una investigación relativa al suicidio en sí y que su número había aparecido en la lista de sus llamadas. No quise enseñar mis cartas y ver si podía tirarme al órdago. A estas alturas no sabía de quién me podía fiar.

La jueza se tomó un respiro; creo que disimuló su sorpresa acariciando su pluma Waterman. Lo hacía girándola entre sus dedos, unos dedos cuidados pero castigados por los legajos, manchados de tinta y recubiertos de miles de sentencias.

—Déjeme pensar —dijo—. ¿Rupérez? ¿De Cádiz? —repitió, haciendo como que hacía memoria mientras le daba vueltas a la pluma, usándola de escudo para ganar tiempo—. ¡Pobre hombre! Cada vez hay más suicidios. Hace poco se suicidó una compañera del Juzgado de Valencia… había caído en depresión… por lo visto se echó un novio policía local que la dejó…

La juez se tomó su tiempo… probablemente buscando una respuesta… —¿Rupérez ha dicho?

—Sí, Rupérez —contesté.

—Ah, sí, ya lo recuerdo —dijo con la misma cara de sorpresa—. ¡Pero Rupérez no es policía, es un agente inmobiliario! ¿Se habrán equivocado de persona? —dijo la juez sorprendida—. Recuerdo que

me llamó cuando estaba buscando un apartamento en Altea… hace un par de años, creo… Pero… ¿De Cádiz?

Se hizo un silencio que prolongué, mirándola, esperando de ella una respuesta plausible a aquel vodevil. Una situación inverosímil: un par de estúpidos y pobres policías interrogan a una jueza todopoderosa.

—Sí, sí, ahora recuerdo. Rupérez, un señor alto y trajeado… ¿Policía? Qué extraño… Fue un amigo del club el que me pasó su número, recomendándole como un buen inmobiliario… Me enseñó un par de casas, sí, ahora lo recuerdo, era buen vendedor… ¿Y se ha suicidado? Vaya, lo siento.

Ahora ella nos miró y éramos nosotros los interrogados. Había terminado aquella entrevista. No me di por vencido.

—Señora… ¿Recuerda usted algo que fuera relevante relacionado con su suicidio? —. ¿Llegó a entablar alguna relación comercial o personal con él?

—No —nos dijo—. Bueno, al final compré un apartamento que él me enseñó, pero no a través de él, sino a través del propietario. No fue a iniciativa mía, fue el propietario el que me llamó directamente, saltándose la intermediación. Recuerdo que no suscribí ningún contrato con él, simplemente hablamos un par de veces por teléfono y luego nos vimos un par de veces para enseñarme los apartamentos.

La juez estaba ya visiblemente molesta y estábamos en tiempo de descuento.

—Y ahora, agentes, si no tienen más preguntas —dijo en tono irónico—, tengo otros asuntos que despachar…

—Claro, Señoría, no le molestamos más, gracias por su tiempo.

Nos levantamos. Marta no se despidió, dio por sentado que yo lo hice por ambos. Al irnos, la juez se dirigió a Marta sin levantar la mirada:

—Por cierto, me gusta su peinado, inspectora.

—Gracias —dijo Marta, gélida.

Abandonamos el despacho. Marta y yo nos miramos, comentando la jugada y diciéndonos, sin hablar, que la Sra. Juez ocultaba algo, o

mucho, quizás. Entramos en el coche y Marta desplegó la lista de llamadas de Rupérez.

—Efectivamente —me dijo—, las llamadas son dos y hace un par de años. Vamos a pedir al registro de la propiedad la nota simple para averiguar la fecha de compra y el vendedor, ¿te parece, Víctor?

No me sorprendió su sugerencia; Marta también era licenciada en Derecho, con buenas notas, según pude cotillear en su expediente. Me dijo que lo hizo por la UNED y yo la creí.

Abrí el portátil en el taxi de vuelta al aeropuerto, con el vaivén justo para no marearme y la urgencia, tan mía, de no dejar cabos sueltos. Compartí datos con el móvil, bajé el volumen de "Heroes" de Bowie y empecé a redactar un correo a Justo: que pidiera a la Agencia Tributaria información sobre las propiedades de la señora juez. Mientras lo escribía, le advertí de lo obvio: no era una simple entrevista, estábamos indagando en su patrimonio y eso obligaba a pisar con plomo.

Marta lo miró de reojo cuando terminé de escribir. Noté que mi correo la contrariaba, a pesar de que había sido ella misma quien me sugirió aquella línea de investigación. Entonces, tras leerlo en silencio, recapacitó y añadió: —Espera… lo mejor es que hables con el fiscal.

Así que lo dejé en "Borradores" y no pregunté. No era más tarde de la una y apretaba el calor. El aire del taxi era más lacio que un oso hormiguero y su dueño, más tacaño que un mechero Bic, así que le conminé a parar en la venta más cercana.

—Voy a llamar al fiscal. Pídeme una caña, pero con espuma, por favor —dije.

El primer trago me devolvió a la vida. Dejé el resto ya a Marta, en la barra, sentada en un taburete que parecía demasiado alto, y más aún para ella. Se quedó allí, asintiendo con la cabeza, mientras yo me dispuse a salir de la venta para marcar el número en el que me había dicho que estaría disponible.

Así fue: no tardó más de dos intentos en responder a la mía. —Dígame, Víctor.

—Buenos días, señor…

—Llámeme Aguilar, llámeme Aguilar —interrumpió (quiso decir esta vez como en el colegio). Su trato conmigo era tan cambiante como la luna llena: la cercanía iba y venía, impredecible como las mareas. Y sin embargo, la frecuencia de las llamadas no parecía molestarle.

—Verá… Aguilar… He llegado a un punto de la investigación en el que necesitamos su autorización para practicar una diligencia: solicitar información sobre las propiedades de un juez. Y no de cualquiera… Se trata de la jueza Roque, en Alicante. He pensado que debía informarle y pedirle su autorización antes de dar el paso.

Al otro lado de la línea hubo un silencio largo, pesado: Aguilar estaba calibrando palabra por palabra antes de responder. —¿La jueza Roque? ¿Roque y Cienfuegos? —repitió al fin, con un tono que me sorprendió. —Sí.

—¿Qué tiene que ver con su caso, Víctor?

—Pues no lo sé con certeza, Aguilar. Pero su número apareció en el teléfono de Rupérez. Vinimos a verla porque sabemos que se conocieron e incluso llegaron a comprar un apartamento que él mismo le enseñó. Aprovechando el viaje a Alicante, decidimos pasar por aquí y hablar con ella.

—¿Rupérez… metido a inmobiliario? —su voz sonó incrédula, pero contenida.

—Sí, señor. Ya le informaré personalmente de lo que hemos averiguado, pero consideramos esencial conocer si hubo algún nexo más allá de una simple relación mercantil entre ambos. Si le parece, le pondré al día en cuanto volvamos a Cádiz.

Otro silencio. Esta vez más corto, casi un respiro medido. —Bien. Pida la información, Víctor. Tiene mi permiso. Quedo avisado y le autorizo de palabra. Ya lo formalizaremos por escrito más tarde. Y firme usted, Víctor.

Hizo una pausa y bajó el tono: —Por cierto, el otro día me llamó el delegado del Gobierno. Están nerviosos en Madrid con este caso; no les gusta salir en los telediarios y no tener ni noticias ni avances sobre el esclarecimiento de los hechos. Tengo la sensación de que está todo muy parado.

Era la primera vez que se mostraba tan cercano conmigo. Me sonó a reprimenda, pero me dio igual. Todo el mundo parecía empeñado en resolver el caso, menos la jueza Castaña, que mostraba menos interés que el Real Madrid en la Copa del Rey. Dando por terminada la conversación, me citó para que acudiera a verle de inmediato a mi regreso.

Colgué, volví al bar y con una sonrisa y el pulgar en alto, cual emoticono de WhatsApp, le di a Marta el ok para enviar el correo.

El taxi enfiló la carretera hacia el aeropuerto. El ambiente estaba estancado, con el aire denso. A través del retrovisor, veía la costa desvanecerse: un Mediterráneo inerte, tan liso como una puerta sellada.

Mis pensamientos —caprichosos como las notificaciones de las redes sociales— solían asaltarme en momentos inoportunos: en mitad del sueño, al encuadrar una puesta de sol, o ahora, atrapado en el asiento trasero de un coche ajeno. Casi todos giraban en torno a lo mismo: las relaciones entre hombres y mujeres, ese territorio que yo nunca había logrado descifrar del todo. En público, mi madre me llamaba "el Sócrates", algo que me fastidiaba muchísimo, no por lo feo del personaje, sino por el rechazo que generaban sus comentarios.

Pensaba en Berta, libre y amiga, con un deseo que se mostraba sin tapujos. Marta, en cambio, parecía debatirse en otra marea: un pie en la amistad, otro en algo que tal vez no quería reconocer. Quizá nunca se enamoró, ni siquiera de ese novio al que ahora parecía olvidar. Y yo, en medio, intentando no confundir lo que nunca había sido con lo que podría llegar a ser.

Me observé en el retrovisor y me reí de mí mismo: sonaba igual que un Jordan Peterson de baratillo, con jaculatorias sobre hombres blandengues y la conquista, aferrado a la ridícula idea de que todavía éramos guerreros. Algún día, pensé, terminaremos siendo el sexo débil, y bien merecido lo tendremos.

Otra vez el teléfono. Vibró con esa insistencia monótona que ya me tenía aburrido, exigiendo atención como un niño malcriado.

Recordé un mensaje que había dejado sin abrir, sepultado por la urgencia del último. "Jefe, ha surgido un dato nuevo en el registro. No es para hablarlo por teléfono".

Guardé el móvil con un suspiro propio de las respiraciones de un seal. La imagen de la ermita de mi olvidado Dioni me asaltó, recortada contra el horizonte como una promesa incumplida. Y con ella volvió la chica de las rocas. Su mirada vencida pesaba más que el propio mar; era un secreto que la tierra se negaba a digerir, y que ahora me reclamaba de vuelta.

CAPÍTULO 84

The Wall

Marta me miró impávida hasta que al fin dijo: —Te estás liando. Solo tienes hechos y conjeturas. —Es verdad —le respondí, resignado, aunque una parte de mí se resistía a aceptar la derrota.

Me senté a su lado, con la cabeza entre las manos, el pensador de Rodin hecho un perdedor. Ella apoyó las suyas sobre mi cráneo, primero con ternura, luego con una presión que parecía contener algo más. Me zafé suavemente. Ya está. Nos dejamos llevar. Primero caricias, después besos torpes en el sofá. Le quité la camiseta con dificultad y más tarde sus vaqueros, pegados a la piel como una condena.

Marta me miraba fija, con una mezcla de deseo y frialdad que me contuvo un segundo. Después lo olvidé y me dejé llevar. Pero no funcionó. Aquello fue una escaramuza, no una batalla. No hacía mucho que había estado con Berta. Con ella sí hubo deseo limpio, sin dudas. Con Marta todo era distinto: pasión contenida, negándose el derecho a disfrutar.

Pidió un cigarro. No tenía. Le dije que bajaría al bar a por uno. Se notaba quién empezaba a ceder y quién empezaba a mandar. —No, Víctor, no podemos —dijo, deteniéndome con un gesto. Me resigné, subiéndome los pantalones en silencio. Marta volvió a su frialdad habitual. Para ella, no había pasado absolutamente nada. Se recompuso la ropa y la dignidad en un par de movimientos. Yo empezaba a acostumbrarme a ese vaivén. Los hombres mayores somos muy vulnerables a la belleza. Entramos en los sesenta con la batería al veinte por ciento y sin cargador. Quizá por eso la contemplamos como a un Velázquez: con asombro y miedo a su degradación.

Disimulé mi frustración y le pedí que me pasara una carpeta azul. Había cuatro iguales; señaló la correcta: el expediente de la desaparición de Tania. Le solté lo que sabía. Ella ya no era solo compañera; la sentía como una parte de mí. La miré. Seguía siendo una especie de Wonder Woman sin disfraz, una Gal Gadot con ojos más claros y el pelo rizado, una criatura mitológica hecha de acero y furia.

—Vale —dijo al fin—. Confirmémoslo ya. A ver si vamos de listos y resulta que medio mundo lo sabe. Yo no podía mencionar a Arturo, así que la dejé asumir que la iniciativa era suya. —Tengo un amigo en el CNI —dijo de pronto, casi con desgana—. Fue noviete mío. —Celos de adolescente me pincharon el estómago—. Puedo llamarlo ahora mismo. —Venga.

Sacó un móvil, uñas pintadas de rosa palo, y se apartó hacia el ventanal. —¡Raúl! —dijo—. Cuánto tiempo. Tras unas risas, entró en materia. Marta asentía en silencio. Yo ya me imaginaba el sermón: favor personal, confidencialidad, bla, bla… paparruchas. Colgó. El resumen: Raúl le enviaría el informe a su correo personal.

Cuando llegó el correo, Marta imprimió las páginas. Me las leyó en voz alta. El expediente empezaba fuerte, pero olía a alcantarilla: afirmaba que Tania era nacida en España, hija de rusos instalados en la Costa del Sol en los ochenta, muertos oportunamente años después en un supuesto escape de gas. La coartada clásica para no tener a nadie a quien preguntar. —¿Una rusa nacida aquí, huérfana de manual y educada luego en Moscú? Suena a cuento para que no busquemos sus verdaderos orígenes —ironizó Marta. —O se pasó de bando… o nunca dejó de ser del GRU —dije, garabateando flechas en los márgenes.

Estábamos en ello cuando sonó mi móvil. De inmediato vi la burbuja azul de iMessage. Un mensaje de un número desconocido. «Inspector, soy Lucía, la secretaria de don Ramón. Tengo algo que le interesa. Parque Calderón, 30 min. Venga solo.»

Miré a Marta, dudando si contarle. Al final le pasé el móvil. Lo leyó sin inmutarse y me lo devolvió. —Ve —dijo, seca—, pero ten cuidado. Activa la geolocalización. Si es una trampa, quiero saber dónde ir a recoger los trozos.

Cogí las llaves y salí. Mientras bajaba las escaleras, intenté hacer una búsqueda rápida en el móvil: «Secretaría Ramón Rodríguez de Bastidas». Nada. LinkedIn privado, web de la bodega sin organigrama. Típico de las empresas cutres de la zona. Tendría que confiar en mi olfato.

Sin saber muy bien por qué, quince minutos después estaba en el Parque Calderón. Me senté en un banco frente al río, dejando que la humedad se me pegara a la camisa. El olor a albero y el murmullo del tráfico hacían de aquel parque un escenario tan improvisado como surrealista. Me sentía como Tom Cruise disfrazado en una de sus misiones imposibles. Aunque intenté distraerme, poco después, una mujer se sentó en el otro extremo del banco, interrumpiendo mis pensamientos. La miré de reojo, casi con pudor. Gorra calada, ropa deportiva, gafas de sol aunque ya casi no había luz. Mi cerebro intentó montar el puzle de su cara, pero me faltaban piezas. No sabía quién era.

Pero entonces me llegó el olor.

No olía a río ni a humedad, sino a perfume intenso, de esos que se te meten en la nariz y no salen. Olía a sándalo y a euros y no era una copia del Mercadona. Me detuve un segundo, sorprendido. Mi memoria visual y la nariz no me fallaban nunca. Ese aroma ya lo había respirado antes. Hacía muy poco. En un cementerio.

La miré otra vez. Su postura no era la de una secretaria asustada; tenía la espalda demasiado recta. Era la misma tensión, la misma altivez que había notado frente a aquella tumba abierta.

—Lo que voy a decirle podría costarme la vida —susurró ella. Su voz sonaba impostada, teatral. Y eso terminó de confirmarlo. Era la misma actriz, con otro disfraz. Mi instinto me gritó que esa mujer ya me había mentido antes, aunque no recordara su nombre ni su cara.

—Vaya al grano, Lucía. Si es que se llama así. Ella ignoró mi dardo. Rebuscó en su bolso de diseño —que intentaba ocultar bajo la sudadera— y me pasó un pendrive con el ridículo disimulo de dos críos traficando caramelos en un recreo. —Aquí hay documentos que prueban la conexión entre IMIB y varios oligarcas rusos. Contratos fantasma, lavado de capitales… Y cosas sobre la Orden Constantiniana. No son lo que parecen. —¿Por qué me da esto a mí?

—pregunté, sopesando el dispositivo. —Porque mi conciencia no me deja dormir. Y porque don Ramón… ha cruzado límites. Creo que la desaparición de su esposa tiene que ver con esto.

Se levantó bruscamente. —Espere —dije, haciendo ademán de levantarme—. Tengo que identificarla. Necesito una declaración formal. Ella se giró, ya a dos pasos de distancia. —Ya tiene lo que quería, inspector. No me busques. Se marchó rápido, apresuradamente, furtiva, perdiéndose entre las sombras de los árboles. Me quedé allí, de pie, como un idiota. Podría haberla retenido, pero no había delito flagrante. Presentía que esa mujer no era una secretaria asustada, sino alguien que buscaba utilizarme como arma contra Ramón.

De vuelta en el apartamento, Marta me esperaba con el portátil encendido. Me recibió como un portero de discoteca, escaneándome de arriba abajo. —¿Y bien? Le lancé el pendrive. —Dice que es la secretaria. Lucía. —¿Dice? —Marta arqueó una ceja mientras conectaba el dispositivo. —Sí. Olía a perfume caro y tenía más operaciones estéticas que una folclórica. Si esa mujer es secretaria, yo soy el Papa. Pero veamos qué nos ha vendido.

Revisamos los archivos. Cifras, fotos de Ramón con mafiosos rusos (Dmitri Volkov), audios… Todo parecía demasiado perfecto. Demasiado preparado para incriminar. —Víctor —dijo Marta, señalando la pantalla—, esto es oro puro. Pero si es falso, es una trampa muy elaborada. —Lo sé. Mañana saldremos de dudas sobre nuestra garganta profunda.

A la mañana siguiente, en comisaría, me senté a redactar la citación de Ramón. Cuando terminé, salí un momento a la calle a despejarme y aproveché para llamar a Mercedes Granados. Necesitaba respuestas sobre lo que me había prometido: indagar acerca de aquellos legajos de la Guerra Civil que se buscaban en la notaría.

Mientras marcaba su número, el destino me la puso delante, cruzando el paso de cebra. —Te estaba llamando… qué casualidad —le solté, guardando el móvil. Ella sonrió, con una forma de mirar que me bajaba las defensas sin que me diera cuenta. —Es el destino, Víctor, que nos une otra vez.

Siempre sospeché que yo le gustaba; estuve a punto de soltar alguna broma para romper el hielo, pero ella venía con prisa y con noticias. —Hablé con Estrella, la bibliotecaria —dijo bajando la voz, acercándose para conspirar en plena acera—. Ella había leído también un libro de Fernando Quiñones sobre el penal del Puerto. Allí encontró una referencia turbia: una vieja historia de pescadores que dice que los Rodríguez de Bastidas se quedaron de la nada con una bodega de otra familia portuense. —¿García Palacios? —aventuré. —Exacto. El dueño, tras intentar denunciar la traición, acabó muriendo en el penal… Dicen que no pudo demostrarlo, o sí, pero que nadie lo sacó a la luz. Se supone que lo dejó documentado en una serie de diarios secretos ocultos en algún lugar del penal. Y que las escrituras que prueban el expolio andan por ahí… podrían pesar más de lo que imaginas.

Se encendió un brillo en sus ojos cuando le di las gracias. —Tuve suerte —continuó—. Estrella incluyó parte de esa historia en su tesis de Historia. Le debes una botella de vino. —Te la deberé a ti, no a ella —le contesté, tratando de disimular con una sonrisa lo serio que me acababa de confirmar. Esa historia explicaba de dónde venía tanto veneno; ahora el rencor tenía nombres, apellidos y una bodega robada.

Regresé a la comisaría con la cabeza bullendo. Tenía el pasado (los legajos) y el presente (el pendrive). Ahora tocaba desenmascarar al mensajero. Cumplí con el trámite: registré el pendrive en la cadena de custodia, conforme al artículo 334 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Sabía que, en cuanto lo depositara en el armario de pruebas, se formaría el corrillo habitual de compañeros curiosos.

—Vamos a ver quién es esa tal Lucía —le dije a Marta mientras buscaba el teléfono de la oficina de IMIB. Enseguida obtuve respuesta, una de esas locuciones automáticas que parecen saludar con desgana. Pulsé el uno para Secretaría. —Buenos días, soy el inspector Víctor Ros. Quería hablar con Lucía, la secretaria de don Ramón.

Hubo un silencio al otro lado, denso y prolongado. —¿Lucía? —respondió finalmente una voz femenina, extrañada—. Inspector…

Lucía falleció hace seis meses. Un cáncer fulminante.

Caí en la cuenta. Aquello terminó de cuadrarlo todo; fue como oír el clic de una cerradura. —Entiendo —dije, manteniendo la voz firme —. Soy Carmen, su sustituta —añadió la mujer—. ¿Puedo ayudarle en algo más? —No, Carmen. Ya me ha ayudado más de lo que cree.

Colgué el teléfono despacio. Me giré hacia Marta, que me miraba desde su mesa esperando el veredicto. —Tenía razón —murmuré—. La mujer del parque no era Lucía. —¿Quién era entonces? —preguntó Marta. —Lucía lleva muerta seis meses. Marta abrió los ojos como platos. —¿Entonces quién te dio el pendrive?

—Alguien que huele a mentira —dije, caminando hacia la ventana —. Alguien con mucho odio hacia Ramón. Y te digo más, Marta.

Me volví hacia ella, dudando cómo explicarlo. —No pude verle bien la cara. Ya sabes que a veces… ya sabes que se me mezclan los rasgos. Marta torció el gesto, apartando la mirada con una mezcla de fastidio y dolor.

—Pero el olfato es diferente —interrumpí rápidamente

—¿Qué has notado? —preguntó, seca.

—El perfume. Era muy fuerte, muy característico. El mismo que llevaba en el entierro de Rupérez.

—¿La del abrigo negro? ¿La que dijo ser familia?

—Esa. Su hermana. No recuerdo ni cómo dijo llamarse entonces, pero el olor es idéntico. Y la voz, la postura… Es la misma persona. Primero se hizo pasar por hermana en el cementerio, ahora por secretaria en el parque.

Marta se quedó pensativa. —Si tu olfato no falla, nos ha tocado lidiar con una jodida Meryl Streep. —Y de las buenas —sentencié—. No sé cómo coño se llama de verdad, pero nos está utilizando. Nos ha dado ese pendrive para que le hagamos el trabajo sucio y vayamos a por Ramón.

Marta se cruzó de brazos. —Si el mensajero es falso, ¿qué hacemos con el mensaje? —Analizarlo con lupa —respondí, apretando el pendrive en mi puño—. El odio, aunque venga de algo que no es verdad, es superreal y, cuando está ahí, muchas veces esconde cosas que sí lo son.

CAPÍTULO 85

La Orden del Manto

A las nueve en punto de la mañana del lunes, el Sr. Rodríguez de Bastidas cruzó el umbral de la comisaría. No venía solo; a su lado caminaba con paso firme su abogado, ataviado con un elegante traje gris de corte italiano que gritaba a los cuatro vientos que cobraba por hora lo que yo gano en un trimestre. Ramón no estaba invitado a la comisaría para recibir una condecoración, otra de las muchas que ya había recibido de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Días atrás, yo mismo había redactado la citación oficial que llegó a su domicilio, recibida y firmada por su empleada. Que viniera escudado tras un abogado de los recados caros no me intimidaba. De hecho, decidí que a don Ramón le vendría bien un baño de humildad. Le hice una seña al agente de guardia para que los dejara sentados en la recepción, bajo aquella luz molesta de la que nadie se preocupaba por cambiar, mientras nosotros nos tomábamos nuestro tiempo.

El encuentro previo en su casa nos dejó igual que estábamos: nada esclarecedor y, para colmo, bastante informal. Fue una especie de charla de cortesía más que una declaración seria, y al final salimos de allí con las manos vacías y la sensación de que Ramón no estaba por la labor de colaborar. La noche anterior, repasé con Marta mi pálpito de que el tío estaba hasta el cuello en asuntos tan turbios y personales que ni don Milagrito logró aclarar. Marta parecía hacer oídos sordos, tratándome como a un loco metido en una película de indios que solo existía en mi cabeza. Pero era imposible no sospechar que Ramón estuviera detrás de la desaparición de su esposa, o de lo que fuera.

Mientras los hacíamos esperar en la sala, repasé las notas de Marta sobre la Orden Constantiniana. Según la leyenda, todo arrancaba con Constantino y su visión en el Puente Milvio: la cruz como promesa de victoria. Una hermandad de caballeros con lábaro

en ristre que, con el tiempo, se perdió entre papas, nobles y terciopelos celestes. Casi parecía que estábamos leyendo una novela histórica en lugar de instruir un caso. Para mi sorpresa, Marta trajo una abundante documentación cuyo origen yo desconocía. Me reprochó que no me hubiera fijado en el manto —capitular, como luego aprendería— colgado en una de las paredes de la casa de Ramón. Con esa vista de lince que tiene para lo que le interesa, logró identificarlo y relacionarlo. O al menos, esa fue la excusa.

Tanto esfuerzo investigando, ¿para qué? Observé los documentos con escepticismo. Aquella membresía no solo encajaba con el personaje; lo remataba. Le daba ese rollo de secta antigua que huele a rancio desde lejos: Grecia, Roma, decadencia incluida. Y luego el toque moderno del que hablaba Lucía (o la falsa Lucía). Una estética reciclada para un nuevo orden: un mundo sin cables donde Hall sobraba y al que querían borrar. La vuelta a lo analógico. Abandono de la IA como el fuego de Prometeo.

No era la primera vez que alguien vinculaba a esos caballeros de terciopelo celeste con redes de poder que iban mucho más allá de lo simbólico. Informes hablaban de empresas, lobbies, instituciones, incluso territorios donde riqueza natural e inestabilidad política son la misma moneda. Y ya no eran solo conjeturas. Un fiscal en Oregón había abierto diligencias contra una multinacional —Ordinary People — por trapos sucios administrativos. Y el fondo que la sostenía acababa conectado, cómo no, con IMIB. Una carambola que ni en el billar sale así de limpia.

Un informe lo decía sin rubor: "La Orden, tras su fachada inofensiva, ha servido como tapadera para operaciones que rara vez se quedan dentro de la legalidad."

Y ahí, en medio, Ramón. Su discreción calculada, sus contactos, esa habilidad de nunca quedar en la foto. Perfecto como engranaje, como conector. O eso empecé a pensar: sin pruebas, pero tampoco sin motivos.

Los tatuajes (serpientes, dagas) eran idénticos en desconocidos, revelando un patrón al unirlos: jerarquía, un lenguaje silencioso. Demasiado bien orquestado para ser casualidad. Recordé a Portela y

sus referencias a símbolos, la Orden y Pablo I como Gran Maestre, dudando si era pista o distracción brillante.

Lo único claro era la confusión. No tenía claro si Ramón —con su compostura, su cortesía, su fachada impoluta— era parte de ese mecanismo.

Marta seguía enfrascada en los papeles, seria, metódica. Sabía perfectamente que yo estaba derivando otra vez hacia mis fantasías y esperaba a que lo hiciera para corregirme. Me soltó el tocho de folios sobre la mesa. Yo ni siquiera había mencionado lo de la Orden en las últimas veinticuatro horas. De hecho, me importaba un carajo el folclore de Ramón y sus disfraces de época, pero ella se había tomado la molestia de armar un informe exhaustivo de madrugada solo para decirme que no valía la pena leerlo.

Y fue entonces cuando me soltó:

—Ves demasiadas películas, Víctor —dijo, apilando los documentos con un par de golpes secos contra la mesa para igualarlos—. Me he currado todo esto porque conozco tu manía de buscarle tres pies al gato, y sabía que, de lo contrario, tarde o temprano te meterías en este fango.

La miré en silencio, reclinándome en la silla, dejando que se explicara sola.

—Sí, Ramón es miembro. Incluso Gran Maestre, o como coño se llamen entre ellos —continuó, restándole importancia con un gesto desdeñoso—. ¿Y qué significa eso? Nada. Un club elitista más, cuatro ricachones aburridos jugando a los caballeros con ritos rancios y símbolos vacíos. Nada lo conecta con la investigación.

Se cruzó de brazos. Su tono era plano, buscando zanjar el tema por la vía rápida.

—Lo que nos soltó el Portela en León y la coincidencia de los tatuajes no da para montar una conspiración. Centrémonos en lo que importa: el dinero, las llamadas, las movidas de Ruperez… Pruebas tangibles. No te desvíes con teorías románticas sobre logias secretas, Víctor. Ese manto de terciopelo celeste que vi en su casa es solo eso: una puta capa de ceremonia. Toda esta trama de la Orden, aunque exista, no tiene nada que ver con nuestro caso.

Asentí, fingiendo darle la razón. Demasiado esfuerzo para tapar un agujero por el que yo ni siquiera estaba mirando. Marta no me estaba informando; me estaba poniendo anteojeras. Su empeño en que no mirara hacia la Orden era la prueba más clara de que ahí debajo había algo que le daba mucho miedo que yo encontrara.

Soltó un breve suspiro y, con un golpe de efecto, dio por zanjado su discurso, impidiéndome responder. —O quizás sea una maniobra del propio Ramón para distraernos de lo importante: su relación directa con la desaparición de su mujer. Espero que con esto enterremos ya esas absurdas ideas que te rondan la cabeza, llenas de historias de caballeros y damiselas en peligro.

Otra vez me llamó Quijote, o carajote, que viene a ser lo mismo cuando lo pronuncia una mujer que, a su manera, suplantaba al mismísimo Sancho Panza. Me había devuelto a la lona, como Topuria noquea a su oponente, empeñada en arrancarme a la fuerza cualquier pájaro del coco que pudiera darle sentido a este rompecabezas.

Quizás tuviera razón. Quizás yo prefería equivocarme buscando gigantes que acertar viviendo entre molinos, y la dichosa Orden no era más que una cortina de humo lanzada por Ramón. Pero su actitud, esa mezcla de certeza y desapego casi quirúrgico, me hizo dudar. Por primera vez, la diana de mis sospechas no apuntaba solo al caso, sino también a ella. ¿Era su incredulidad real, o una maniobra para apartarme de un terreno que no quería —o no debía — pisar?

Decidí no enseñarle el archivo que aún no había visto del pendrive falso. Me lo guardé. Seguirle el juego a un lío que ya olía tan mal solo servía para confirmar que esto se nos estaba yendo de las manos.

CAPÍTULO 86

La gran cita

Entendí que ya los habíamos cocido a fuego lento el tiempo suficiente: una auténtica pica en plena Maestranza. Me asomé a la recepción. Hacía calor y el aire apenas llegaba a aquella zona. Los vi sentados en la entrada; el abogado seguía impecable, luciendo su corbata de Hermès y unos zapatos lustrados que desentonaban con nuestra triste comisaría. A su lado, don Ramón, con su camisa de lino abierta y pantalón claro, mantenía esa elegancia natural que le sale sin esfuerzo. Era temprano, pero el bochorno y los minutos de espera ya estaban haciendo su trabajo.

Disfruté viéndolos sentados en esos bancos duros en santa compañía; con la señora del bolso contaba por quinta vez cómo un chaval la tiró al suelo, y el otro, un repartidor, esperaba para denunciar el robo de un móvil que ya estaría en Marruecos. Todo cuadraba perfecto. Yo me sentía como el director, gozando al ver a mis actores en escena, soltando sus frases y manteniendo la tensión justo donde debía estar. Eso sí, sabía que en cuanto yo entrara, la cosa cambiaría de tercio.

Los hicimos pasar a la sala de interrogatorios y entraron con la misma seguridad con la que Morante pisa el albero. Ellos siempre delante, marcando el paso. Los saludos fueron amables y correctos: un apretón de manos firme del abogado, casi marcando territorio; don Ramón, un gesto más blando, casi displicente; me estaba haciendo un inmenso favor. Llevábamos una lista de preguntas anotadas a mano en un bloc, imposible de fotocopiar.

Me senté frente a don Ramón y Marta se colocó delante del abogado. Don Ramón se recostó, relajado. Su rostro, bronceado,

parecía no haber pisado una oficina en semanas. Llevaba un Hublot Big Bang Unico Red Magic, rojo intenso e imposible de ignorar.

El abogado, en cambio, cambió de postura apenas Marta se sentó frente a él. Ya no se inclinaba solo hacia mí. Esta vez se acomodó recto, algo más cercano, como mediado por la belleza de Marta. Le hablaba mirándola a los ojos, bajaba la voz medio tono, marcando pausas innecesarias para estirar cada frase. Su reloj metálico brillaba cuando movía la muñeca para gesticular, más de la cuenta.

Todavía no habíamos empezado el interrogatorio. Solo cruzamos algunas frases de cortesía. El abogado aprovechó para soltar la pulla: —No sé si es habitual tener a un cliente esperando casi una hora en la recepción —dijo, sonriendo, con ese tono que quiere sonar cordial, pero muerde.

Iba a contestar y decirle que Franco hizo esperar a Hitler dos, pero Marta lo cortó sin despeinarse. Se inclinó hacia él, apoyó un codo en la mesa: —Podría haberse reducido si hubiera contestado al primer citatorio. O si su cliente respondiera a tiempo las llamadas.

Era un dato que yo había pasado por alto, nada grave, aunque quizá mereciera comprobarlo después. El abogado se removió, giró su reloj un par de grados dándole importancia. Don Ramón ni parpadeó. Yo arranqué la faena después de las banderillas.

—Buenos días, señores —dije, sin molestarme con el lenguaje inclusivo. Solté una breve introducción, lo justo para dejar claro por qué estaban allí, y me lancé a la primera estocada, vestida de circunloquio.

—Don Ramón, tenemos razones de peso para creer que su mujer no es quien dice ser.

Él arqueó las cejas, sorprendido, aunque no lo bastante como para engañarme. Me sostuvo la mirada, esperando el siguiente pase.

—Quizás le parezca absurdo lo que voy a desvelarle —comencé, haciendo un gesto con la mano para anticiparme a su posible reacción, buscando suavizar el impacto de mis palabras—. Pero… todo apunta a que su mujer no es María del Junco, sino Tania Rostropovich.

Hice una breve pausa, dejando que la primera parte de la revelación se asentara. Aunque contenida, su mirada delataba una

tensión cada vez mayor. Continué con el mismo tono firme: —Es más que posible que su verdadera identidad esté vinculada a un agente que lleva años trabajando para el servicio secreto ruso… incluso desde antes de casarse con usted.

Dejé caer las palabras con cuidado, observando cómo cada una parecía resonar en su mente, derrumbando poco a poco cualquier seguridad que pudiera tener. Su rostro era una mezcla de incredulidad y algo que rozaba el temor, aunque lo disimulaba detrás de una expresión imperturbable. El silencio se hizo superdenso, de esos que casi se pueden tocar.

Carraspeó, rompiendo la quietud: —Y creemos que esa circunstancia pudiera tener relación con su desaparición.

El silencio que siguió fue tan espeso como revelador. Don Ramón parecía procesar lo dicho, pero su rostro, aunque sereno en apariencia, no lograba ocultar del todo una sombra de duda, o tal vez de algo más profundo. Don Ramón hizo una mueca —como las de 'el Patriota' en The Boys—, y después soltó una media carcajada. Esta vez sí se inclinó sobre la mesa, acercándose de tal forma que esparció su saliva en mi rostro:

—¿Pero qué estupideces están diciendo?

Contestó en plural, confirmando que aquella teoría no era solo mía. Su abogado lo miró y luego me miró, atento a mi respuesta. —Efectivamente —dije—, es más que posible que de una forma u otra se dedique al espionaje y muy posiblemente, por su exquisita formación, al industrial. No sabemos en qué bando pudiera estar.

Iba a señalarle que esta sospecha, casi certeza, podría estar relacionada con su desaparición y su conocimiento sería crucial para que avanzáramos en la investigación. Pero de forma casi inmediata, con un movimiento seco, automático, de los que se ensayan mil veces para que parezcan naturales, tapó el micrófono de grabación y me pidió salir un momento para hablar. Marta se enojó, pero le dije que sí, y que empezara ella con el interrogatorio.

—Inspector Ros, ¿puedo invitarle a un café? El aire acondicionado afecta a mis pulmones.

Me sorprendió la audacia de aquel personaje, que, aun entrado en canas, mostraba un aspecto juvenil, urbanita y a la vez

tremendamente elegante, adornado por una buena complexión y un metro noventa de altura. Por inusual, accedí a la invitación, curioso por saber qué le ocultaba a su cliente.

El dueño de la Ponderosa, el bar de enfrente al que nos dirigimos, nos saludó cordialmente, casi reverencialmente: a mí por respeto al cuerpo, y al abogado porque nadie tan elegante había osado pisar el bar en treinta años.

Don Ricardo Somme Acedo de Entre Ríos, rezaba su tarjeta de visita que me entregó en comisaría y, debajo de su nombre, solo "Abogado/Lawyer - Paseo del Pintor Rosales 20", sin necesitar más que su nombre para presentarse, por lo conocido que era. Eso me dijo en una charla introductoria mientras tomaba el café, muy separado de la barra, seguramente para no manchar su traje de sastrería, beige, un beige no demasiado luminoso, de estilo británico-jerezano.

Me recordó al abogado del Padrino 3 encarnado por George Hamilton. Tenía también algo de gomina en el pelo, peinado hacia atrás y dejaba ver, siempre que extendía su brazo en ángulo de noventa grados para coger la taza, sus gemelos, de plata, con sus iniciales, que se alineaban milimétricamente con las mangas de su camisa y las de su chaqueta, como las de su currículum de abogado del Estado, en excedencia, por supuesto número uno de su promoción, un abogado "inusual", decía —mientras le ofrecía unos churros que nos habían puesto por cortesía— dedicado a la defensa y custodia de grandes patrimonios y de sus dueños, un consiglieri de los de verdad, un hombre influyente que fue entre otras cosas presidente de Azucarera Española o abogado de Ruiz Mateos, según continuaba relatando, mientras yo acababa el café que él no probó y me preocupaba que Marta anduviera desesperando a Don Ramón con la ristra de preguntas sobre dónde y cuándo estaba en el momento de la desaparición de su esposa, o de qué conocía a Rupérez, o si no lo conocía porque tenía su número el difunto y llamadas a medianoche el mismo día de la desaparición.

En esas, don Ricardo dio un paso atrás, como para coger impulso entre comentario y comentario, para concentrarse. En el paso dejó

crujir la suela de sus zapatos, seguramente ingleses, y por el sonido de estos, de la marca Harrington.

—¿Es usted católico, Víctor? —Sí —le dije—, de cultura, pero no de convicción.

Don Ricardo no se esperaba la respuesta porque tampoco parecía un hombre desesperado por escucharlas, aunque sí por oírlas. —¿Y usted, lo es? —le dije a renglón seguido.

Don Ricardo pareció agradecido por la repregunta y por encontrar a alguien quizás con cierto nivel de retórica en aquel pueblucho. —Verá, Víctor, los católicos son gente muy práctica. Seguimos la doctrina del arrepentimiento, un mecanismo poderoso. Nos permite hacer atrocidades que desaparecen de tu conciencia, de tu perfil —en términos modernos— sin dejar rastro: simplemente limpias tu historial espiritual. Como las cookies del ordenador. La confesión. En resumen, jugamos con ventaja moral.

Asentí, expectante. —Lo que no comparte la sociedad es la limpieza en los expedientes. Quedan ahí, al albur de cualquier interesado. Me refiero a los administrativos, claro.

Tragué saliva. —Verá, Víctor. Conozco a doña Casilda desde hace decenios. He sido el abogado de esa familia desde entonces. Es una familia peculiar y única. Además de enormemente poderosa, no solo por el imperio que preside Ramón, sino por las influencias que tiene. Que don Ramón, Ramón para mí, viva aquí es simplemente un capricho, un sentimentalismo familiar.

Y si le interesa saberlo —dijo don Ricardo bajando la voz con temor a ser escuchado en ese bar casi vacío—, su querido Ramón no solo es un industrial de éxito. Es el Gran Maestre de una orden milenaria que ha sobrevivido a los imperios. Un círculo que no planea dominar el mundo… sino salvarlo de su peor enemigo: la estupidez digital. Quieren devolver a la humanidad a las cosas verdaderas. Papel. Piedra. Sangre. Mente humana. Destruir las redes, las inteligencias artificiales, la falsa información. Guardar el saber antiguo en forma tangible antes de que la próxima guerra, que ya no será de bombas sino de datos, nos borre como especie.

Ricardo se inclinó un poco más hacia mí, compartiendo un secreto inconfesable. —Un plan antiguo, inspector, que muy pocos entienden

y que menos aún sobreviven para contar.

Me quedé mirándole, con el café enfriándose en el estómago. Hacía menos de veinticuatro horas, Marta me había soltado un discurso perfectamente ensayado para convencerme de que la Orden Constantiniana era solo un club de ricachones aburridos jugando a los disfraces. "Símbolos vacíos", me había dicho. "No te desvíes con teorías románticas".

Y ahora, este zorro de traje inglés me estaba confirmando que la dichosa Orden era una maquinaria de poder global dispuesta a volar la era digital por los aires.

—¿Y eso qué tiene que ver con la pregunta? —solté, con un poco de mosqueo. En realidad, me estaba haciendo el enfadado para disimular lo mucho que me molaba su confesión.

Me di cuenta de lo tonta que fue mi pregunta o lo mal que me salió el papel de tipo duro: solté las palabras demasiado rápido, sin pensarlo. Un fallo poco profesional, lo sé. Me regañé por dentro mientras él seguía con su rollo.

—Verá, Víctor… la familia es lo primero desde siempre. Justo lo tuvo claro cuando mató a Menelao para defender a su cobarde hermano, aun sabiendo de su comportamiento infantil. Mi deber es proteger a mis clientes a toda costa.

"Toda esa perorata para amenazarme", pensé.

—Pero perdone, Víctor, me he extendido en demasía, es mejor que volvamos al interrogatorio, pero antes… quisiera recordarle que si se comporta de manera, digamos, demasiado incisiva con mi cliente, me vería obligado, muy a mi pesar, a recordarle no solo su actuación persecutoria con él por la supuesta implicación en aquel horrible caso de la camarera del club, sino su turbia actuación, mejor dicho, malograda actuación en aquella detención con su fatal desenlace para su compañero.

Acabó con una leve y maléfica sonrisa, don Ricardo. Tragué saliva. Poca gente debía conocer ese desgraciado incidente que casi me cuesta la carrera. Poca gente, nadie, debía conocer lo que en verdad sucedió y el tormento que supuso que mi compañero muriera por una negligencia mía. Poca gente, salvo un testigo al que convencí de que no lo fuera.

Un mensaje de texto. De Marta. "Ven ya".

—Perdone, don Ricardo, nos esperan —le dije, ignorando sus amenazas por completo. —Claro, Víctor, ¡su compañera debe estar desesperada! —afirmó, convencido de su victoria y seguro de que el mensaje había calado.

Volvimos sin cruzarnos palabra alguna. Antes de entrar en la sala, cogí a don Ricardo por su brazo, con una fuerza comedida por la diferencia de edad, unos diez años. Le miré a la cara tan cerca como pude hasta que pudiera molestarle con mi aliento bañado en café. —Métase sus amenazas por el culo. Voy a sacarle la verdad a su cliente, cueste lo que me cueste.

Don Ricardo no hizo el menor aspaviento, miró su brazo y luego me miró, invitándome, sin palabras y solo con esa mirada, a que lo soltara bajo la amenaza de denunciarme allí mismo. Lo solté y entramos.

Marta había terminado con las preguntas. Di por zanjado el interrogatorio y nos despedimos con un ligero apretón de manos. A pesar de mi bravata, no me senté con don Ramón y no me congratulé por ello. Simplemente, las amenazas de don Ricardo dieron su fruto.

Marta se había dedicado a preguntar con detalle dónde, cómo y con quién pasó el tiempo las horas en las que su mujer desapareció. Don Ramón estuvo ese día con unos amigos de "la Gran Bretaña", en Sotogrande, en un campeonato de club. Su mujer no asistió porque tenía precisamente una entrega de premios del torneo de croquet que organizaba el club Vista Hermosa y que patrocinaba la empresa más emblemática del Puerto, Osborne.

Mientras don Ramón relataba estos hechos, Marta aprovechó para introducir algunas preguntas en apariencia casuales: —Don Ramón, hemos oído rumores sobre su pertenencia a cierta organización… la Orden Constantiniana, ¿le suena?

La miré de reojo, atónito. Menuda actriz. La misma mujer que doce horas antes me había exigido a gritos que me olvidara de los caballeros y las capitas de terciopelo, ahora lo soltaba en un interrogatorio oficial. Un movimiento de manual: lo preguntaba de

frente para que Ramón lo negara ante el micrófono, cerrando así la puerta en el acta policial.

Don Ramón se tensó visiblemente antes de responder con voz controlada: —No debo ni puedo hacer ninguna declaración al respecto.

Marta asintió, cambiando de tema con naturalidad: —Entiendo. Por cierto, ¿qué nos puede decir sobre su exsecretaria, Lucía? Tenemos entendido que dejó de trabajar para usted recientemente.

—Ah, Lucía —respondió don Ramón, su expresión suavizándose un poco—. Una trabajadora extraordinaria. Lamentablemente, se dio de baja por cáncer. Asistí a su entierro hace unos meses. Pero sé poco de su vida privada; nuestra relación era estrictamente profesional.

El abogado intervino en este punto, complacido por el tono, frío y distante, utilizado por su cliente: —Creo que estas preguntas se alejan del propósito de esta entrevista, que es la desaparición de la esposa de mi cliente.

El relato de don Ramón quedó plasmado en el informe de Marta, que se transcribió sobre la marcha, ya que estaba grabado. "Cuando volvió a su casa, ya pasadas las diez de la noche, se extrañó de que no lo hubiera llamado por teléfono ni que no estuviera ya en casa… y que ni el ama de llaves, ni su mayordomo, ni su guardaespaldas (quien se había ausentado excepcionalmente por el deceso de su madre) le hubieran transmitido ningún mensaje de parte de ella. Fue cuando estuvo esperando hasta las once de la noche y, tras llamar varias veces a su teléfono, se acercó a la casa grande en la que solo le comentaron los camareros que ella, al acabar la entrega de premios sobre las nueve, fue al hoyo 19 junto a algunos jugadores de croquet y que salió con ellos y se le vio acompañada por Gonzalo, en una mesa de afuera a la que sirvieron un par de gin tonics, que era la bebida que a ella más le gustaba.

»Después de que don Ramón recorriera la casa grande y abandonara la búsqueda de su mujer ya sobre las doce de la noche, llamó a media agenda preguntando por su mujer y finalmente a la policía, denunciando su desaparición, y no fue hasta las nueve de la mañana del día siguiente, tras pasar la noche en vela y llamar de

nuevo a todo cristo viviente en busca del paradero de su mujer, "cuando recibí una llamada de esa comisaría en la que me hicieron las mismas preguntas que ahora; para ustedes parecía que solo se me había perdido el perro. Vergonzoso. y no fue hasta que llamé al Secretario de Estado de Interior cuando ustedes se pusieron a trabajar en serio y establecieron el protocolo de desapariciones y después de todo esto ustedes me siguen molestando y acosando como lo hizo su compañero ya hace unos años y les vuelvo a repetir que no conozco a ese Sr. Rupérez y no sé por qué tiene mi teléfono, ni reconozco ninguna llamada suya, y como dice mi abogado los teléfonos son fáciles de manipular y como dice mi abogado no tengo ninguna razón para hacer daño a mi mujer y llevan ustedes dos semanas y no tienen noticias de ella, no sé qué me ocultan pero si siguen por ese camino voy a denunciarles como dice mi abogado y lo que tienen que hacer es encontrar a mi mujer y no, no he recibido ningún mensaje ni me han pedido rescate, nada, no sé nada, solo que no duermo, que no descanso y que sí, que he contratado a detectives privados para que hagan el trabajo que ustedes no están haciendo. No, yo no he notado ninguna actividad extraña en el comportamiento de mi mujer; ya les dije dónde la conocí y sí, somos muy felices; como cualquier otro matrimonio, hemos tenido nuestros más y menos, pero eso no les incumbe, hagan su trabajo y no me molesten más».

Aquel cabreo de señorito ofendido y esa condescendencia empezaron a tener sentido. Un marido al que le ha desaparecido la mujer se rompe, o te exige a gritos que la encuentres. Ramón, no. Su actitud era la molestia de quien tiene la espalda tan bien cubierta que le fastidia el simple trámite de dar explicaciones. No era la reacción de un inocente; era el guion blindado de un tipo que se sabe intocable y que venía con el papel ensayado desde casa.

Mientras caminaban hacia la salida de la comisaría, Don Ramón ajustó su reloj con gesto pausado, molesto con que el interrogatorio no hubiera sido hecho a su medida.

—¿Y bien, Ricardo? —dijo, con voz contenida pero expectante—. ¿Crees que ha captado el mensaje?

El abogado esbozó una leve sonrisa mientras acomodaba su chaqueta. —Más que captarlo, diría que lo ha sentido. El inspector Ros no es tonto, pero tampoco es invulnerable. He hecho algunas llamadas. Si sigue insistiendo donde no debe, las cosas se moverán rápidamente.

Don Ramón lo miró de reojo, mientras ambos cruzaban el umbral de la puerta. —Espero que te refieras a medidas temporales. No quiero escándalos ni… soluciones definitivas, por ahora.

Ricardo se detuvo un instante y fijó su mirada en la de su cliente, con ese aire calculador que lo caracterizaba. —Por supuesto, Ramón. Sabes que todo se maneja con la máxima discreción. Pero si los otros consideran que es necesario acelerar el proceso, nuestra intervención será irrelevante. Ya han tomado nota de su intromisión.

Ramón sintió el peso de esas palabras, dejando escapar un leve quejido. Al reanudar la marcha, su expresión se volvió más severa. —De acuerdo. No obstante, no deben olvidar el tema de la escritura. ¿Cuánto tiempo falta para terminar ese proceso?

Ricardo ajustó de nuevo su chaqueta antes de responder, su tono tan calculado como su porte. —Días, tal vez una semana. La última escritura ya está preparada. Solo falta tu firma para que todo esté oficialmente transferido y fuera del radar.

—Perfecto —murmuró Ramón, casi para sí mismo—. Cuanto antes esté todo fuera, mejor. Y tú asegúrate de que ese policía no interfiera… en nada.

Ricardo hizo un gesto para calmarlo mientras se dirigían de nuevo al coche. —Déjalo en mis manos. No haré nada sin tu consentimiento, pero créeme, Ramón, Ros estará demasiado ocupado limpiando sus propios errores como para volver a molestarte.

Ramón se quedó mirando el horizonte, con una expresión seria que dejaba claro que estaba decidido. —Más te vale, Ricardo. Más te vale. Supongo además que todo el papeleo está ya pendiente solo de la firma, ¿no? Aún no sabemos nada de esas dichosas cartas y de la maldita escritura prehistórica.

—No —dijo Ricardo—. El policía ya está criando malvas y el otro cretino en Sudamérica con algún bellezón, espero.

Ambos entraron al coche que los esperaba en la entrada, perdiéndose en el maldito tráfico del centro.

CAPÍTULO 87

Desaparece Bea

La desaparición oficial de Bea se notificó 48 horas después de que su madre, una mujer de 80 años, llegara a la comisaría al borde del colapso. Entre sollozos, contó que su hija, con quien vivía, llevaba dos días sin volver a casa. Bea, divorciada y con un hijo muerto de leucemia a los siete años, pasaba casi todos los días limpiando casas en la urbanización Vista Hermosa.

Durante la declaración, la madre repitió que Bea le había mencionado varias veces que había hablado conmigo y que esas conversaciones, según ella, podían tener algo que ver con su desaparición. Mi compañero me comentó lo trágico de la escena: no exageraba ni con el estado de la mujer ni con el drama almodovariano. Entre lágrimas, rímel corrido y pañuelos desechables, describía una tragedia griega, convencida de que su hija aparecería tirada en una cuneta o descuartizada en un congelador.

Justo me llamó apenas unos minutos después, antes de que el comisario asignara el caso. —Víctor, esto podría tener que ver contigo o con el caso que llevas entre manos —me soltó, directo.

Ni siquiera tuve tiempo de procesarlo cuando el teléfono volvió a sonar: Mercedes, la periodista del Diario de Cádiz, ya había olfateado la noticia en redes y buscaba detalles. Le dije que acababa de enterarme y que la llamaría cuando supiera algo más. Sentí que, pese al drama de la madre, había razones de peso. ¿Qué otra explicación cabía? Después de lo que Bea me confesó en aquel bar, alguien podía haberla hecho callar para siempre.

Otra vez me sentía vigilado. Un leve ataque de ansiedad me hizo sudar la frente, a pesar de que el aire acondicionado enfriaba como el norte aquí. Si la desaparición de Bea tenía que ver conmigo —que a estas alturas ya era lo mismo que el caso—, tampoco era nuevo.

Siempre he tenido esa costumbre estúpida de cargar con lo que se tuerce, incluso cuando no es del todo mío.

El atestado decía que Bea había salido de casa sobre las siete de la tarde, por su propio pie, después de despedirse de su madre.

—Iba más arreglada de lo normal —había declarado la anciana—. Se pintó más de la cuenta, se echó perfume… Iba a verse con alguien.

Contó también cómo iba vestida: zapatos de tacón medio, vaqueros azul oscuro, camisa blanca de manga corta. Nada de zapatillas de esparto ni ropa de faena. Aquello no era su uniforme para ir a limpiar a Vista Hermosa.

La madre entregó varias fotos recientes. Al verlas, mi cerebro escaneó los detalles mecánicamente para compensar mi maldita prosopagnosia: la misma cara redonda, la misma complexión regordeta y ese pelo rubio teñido que llevaba el día que nos tomamos el café en el bar de su hermano. Era ella, sin duda. Con eso se activó el protocolo de búsqueda enseguida.

Al día siguiente me planté en el despacho del comisario. Le di suficientes excusas para que no me encasquetara el caso y, a medias, lo conseguí: lo reasignó a Justo, pero con mi supervisión, que pesaba como una losa en mi conciencia.

Salí de la oficina con la cabeza embotada, aturdido por la sensación de haber metido a alguien en un lío que no sabía cómo deshacer. Bea no era solo una testigo suelta: guardaba algo, sabía algo. Había venido a buscarme, y aquel mensaje suyo sobre el "oponiente" —que entonces me pareció un disparate— ahora me sonaba casi como un aviso que no supe leer a tiempo. ¿Había algo que se me había escapado? ¿O había sido precisamente su contacto conmigo lo que la había puesto en peligro? Le tenía tanta tirria a aquel sitio que me resistí a visitarlo.

CAPÍTULO 88

Muerte de Servando en el psiquiátrico

Durante años, Ramón acosó a la familia. Félix, tras volver de los gulags rusos, fue ascendido a general. A pesar de ello, Ramón, a través de su periódico, inventó una patraña que lo situaba a la cabeza de una organización dedicada a la corrupción en la adjudicación de contratos del ejército. El proceso judicial fue largo, pero finalmente fue desestimado en el propio Tribunal Supremo. El desgaste fue inmenso. Félix acabó viviendo un exiguo retiro, sin hijos ni mujer.

Servando, después de su excarcelación, se incorporó a la sociedad gaditana. Se mudó a Madrid, abrió un pequeño bistro en Alcalá que prosperó y se vendió años más tarde a una cadena de comida rápida.

Ramón también lo atosigó durante años. En los años del boom, la prensa de Ramón rememoró el proceso de la matanza de Turón. Ramón presionó para que la fiscalía reabriera y ampliara el juicio contra él. Finalmente, el caso fue exculpado por el Supremo, gracias a la intervención de Julia, quien acudió a Félix para que usara sus influencias. Félix recurrió a viejos contactos, contactando con su amigo de los gulags, Josep Rubens Carreras, quien no dudó en devolver el favor a su "hermano de sangre". La intervención de Sebastián, hijo mayor de Josep Carreras y magistrado del Supremo, resultó crucial. Gracias a su influencia, se incluyó el nombre de Servando en la Ley de Amnistía del 77.

Así fue como los enemigos, reconciliados por el infortunio y convertidos en hermanos de sangre para siempre, saldaron así sus cuentas, en el silencio del reconocimiento de los que han compartido la fraternidad en el dolor.

Servando murió ese mismo año de cáncer de pulmón, después de dos años internado en un psiquiátrico. El último día estuvo rodeado de los suyos: su mujer Julia y su hijo Ricardo. Le habían servido un

caldo, traído de casa, ese que tan bien le preparaba su mujer, que a duras penas pudo tomar a pesar del afán mostrado por la enfermera y la misma Julia.

Siempre de buen humor, y después de terminarlo, pidió que les dejaran a solas. El sol entraba con fuerza y se posaba en sus manos entrelazadas, igual que lo hizo en el inmundo penal. Los dos estaban en paz y satisfechos a pesar de los pesares con sus vidas. La de él, ya casi extinta. Servando guardó fuerzas para revelar su gran secreto, solo desvelado por Javier en las cartas del penal que ocultó en el cuadro. Julia se acercó a su oído para oír sus últimas palabras, llevándose consigo los ecos de una época turbulenta, pero dejando tras de sí el legado de un amor que había sobrevivido a las más duras pruebas.

Después de que Servando dijera «perdóname», Julia esbozó una media sonrisa y, dejando caer una lágrima, contestó: —Yo te perdono, y Dios también, amor mío.

Servando exhaló su último aliento, no sin antes pedir a Julia que encontrara esas cartas y que se vengara. De fondo, sonaba el String Quintet in C Major, D. 956: II. Adagio, de Schubert, y Who Wants to Live Forever, de Queen.

Pero la vida no se detiene, ni siquiera para quienes encuentran la paz en su último aliento. Afuera, el mundo seguía girando, arrastrando consigo las tensiones de un pasado que nunca se apaga del todo. En otros lugares, otros conflictos, otras batallas, se libraban con la misma intensidad, aunque bajo formas y causas muy diferentes.

CAPÍTULO 89

La Falange

Una representación, pensé, como tantas en la historia del hombre: todos en fila, hombro con hombro, creyéndose parte de algo grande. Solidaridad, disciplina, patria, tierra… lo de siempre. Y como todo invento humano, sirvió hasta que dejó de servir. Roma no los venció por valor, sino por economía de escala. La falange era un monopolio rígido, un producto artesanal y pesado que solo funcionaba en un escenario ideal. Roma llegó con la agilidad de una startup agresiva: fragmentó el mercado, diversificó sus activos en manípulos y detectó las ineficiencias del rival. Los desmontaron no con heroísmo, sino con una estrategia de desgaste que convirtió el sacrificio griego en un activo tóxico.

El sintagma funciona igual que el orden militar: mientras hay orden, todo fluye; cuando se rompe, la frase hace aguas. Y para imponer un orden nuevo, lo más rápido es romper el anterior desde dentro. Reventarlo todo para volver a empezar, que es el cuento que cuentan ahora. La idea de la falange me daba vueltas. Repasaba el informe; cada llamada, cada cifra, cada nombre parecía un soldadito esperando su puesto en la formación. Y ahí estábamos Marta y yo, jugando a estrategas romanos. Aunque, la verdad, yo me veía más como un legionario cansado, torpe con los mapas, intentando armar un puzle al que no sabía si le faltaban piezas o le sobraban sospechas.

Cada vez que creía haber encontrado algo, me venía con su propio aviso en letra pequeña: «Igual la estás cagando otra vez, campeón». Así ando: con más dudas que certezas. Me consuela pensar que, si me pierdo, al menos lo haré con media sonrisa torcida y cierta guasa de mi tierra. No es mucho, pero peor sería perderse sin estilo. Sonaba No Time for Caution, de Hans Zimmer, vibrando a través de mis auriculares monoaurales Sony, esos compañeros

impermeables que necesito para combatir el tedio absoluto de la natación.

«Que no cunda el desánimo», me dije luego, mientras avanzaba en la piscina, viendo pasar el flotador que separaba las calles. La natación, mi sustituto triste de la vela. Monótona, obligatoria… pero en el agua las ideas se ordenan solas, ni que el cloro fuera mejor investigador que yo. Cuidar el cuerpo ya no era salud, sino puro narcisismo: distraerme con lo que todavía podía hacer, para no pensar en todo lo demás. Como esa basura de autoayuda que te resume la vida en tres eslóganes: mucha palabrería, pero luego no hay quien lo baje a la tierra.

Al llegar a comisaría, todavía con el olor a cloro pegado a la piel, sentí la habitual sacudida seca contra el muslo.

Era Justo. Un mensaje corto, sin florituras: «Tengo algo que enseñarle, estoy en mi mesa». Le respondí con un pulgar arriba y me acerqué.

Me detuve un instante observándolo desde unos metros. Ahí estaba Justo: la misma postura encorvada de siempre, esa camisa de cuadros planchada con demasiado esmero y el brillo inconfundible de la gomina del Hacendado bajo el fluorescente. Conocía esa silueta de memoria; la veía a diario. Sabía que era él, el chaval eficiente que llevaba el peso de los datos a sus espaldas.

Sin embargo, por un segundo, mi cerebro decidió desconectarse de mis ojos. Al intentar enfocar su rostro, la cara se le deshizo, convirtiéndose en un borrón. No había ojos, ni boca, solo una mancha borrosa sobre un cuello familiar. Otra vez esa maldita ceguera, mi prosopagnosia saludándome en el peor momento, o tal vez era que estaba tan concentrado en otra cosa que la realidad se me desenfocaba. Balbuceé su nombre, tan bajo que no pudo oírlo, aferrándome a la costumbre para no admitir que, por un instante, había olvidado la cara de mi propio compañero.

—Inspector —me dijo con voz melosa al verme llegar. Su pelo, rígido y peinado hacia atrás, brillaba bajo la luz fría con la intensidad del de Al Pacino—. Ha llegado la respuesta de la compañía telefónica. Pero antes, mire esto. He cruzado los datos con la lista de niños desaparecidos de ACOGE.

—Con cautela… —dije, advirtiéndole. —Son datos protegidos de menores y no podemos ir más allá de lo que esté publicado —le comenté con la versión de mi voz más grave, para que le quedara bien claro. —Claro, inspector. Pero lo que he encontrado no está protegido, está enterrado. Justo señaló los papeles con la punta del bolígrafo, dispuesto a diseccionar aquel insecto aburrido con precisión clínica. —De los siete niños del expediente antiguo, cinco eran varones y dos niñas. Tres fueron adoptados legalmente en los ochenta. Otros dos llegaron en 2012. Constan tutores y seguimiento. Todo en orden, todo sellado. Hizo una pausa y pasó la hoja con gesto teatral. —El problema está en el resto. Quedan dos huérfanos sin filiación clara. De esos dos menores, uno murió por enfermedad hace años. Pero el otro… el otro es un fantasma. Desapareció del registro en 2012. Simplemente, dejó de existir para el sistema. —

Sabía perfectamente qué nombre iba a pronunciar a continuación. Lo había leído en la copia del pendrive de Rupérez un par de días atrás, pero los perros viejos tenemos la costumbre de no enseñar nuestras cartas hasta que toca.

—¿Tenemos un nombre? —pregunté, haciéndome el longui.

—Sí. En una nota marginal del libro de ingresos figura como Alexander Rodríguez. Alzó la vista y me miró, dudando si seguir. —Pero hay algo raro en la orden de salida, jefe. No hay auto de juez de familia. Solo una diligencia urgente de la Fiscalía de Menores ordenando su traslado inmediato al extranjero "por motivos de seguridad". Y la firma al pie… —Justo acercó el papel a la luz, entrecerrando los ojos—. Es solo un garabato, pero juraría que he visto esa rúbrica antes. Se parece mucho a la del fiscal jefe. A la de Aguilar. Se detuvo en seco al ver mi expresión. Se echó hacia atrás en la silla, nervioso, dándose cuenta de lo que acababa de insinuar. —Vamos, que igual son imaginaciones mías —se apresuró a rectificar, quitándole hierro—. Con tanta firma que vemos al día, a veces uno ve fantasmas donde no los hay. Seguramente sea una coincidencia o una firma delegada. Olvídelo, jefe. Pero yo no podía olvidarlo. Me recliné en la silla. Una cosa era que Ramón le pagara a un policía corrupto para ocultar la existencia de su hijo bastardo, y

otra muy distinta era que el puto fiscal jefe hubiera utilizado el sello del Estado para hacerle el trabajo sucio.

Miré el garabato borroso en la fotocopia. Rupérez no habría guardado ese papel en su caja fuerte por casualidad. Lo guardaba porque sabía que ese garabato, fuera de quien fuera, valía más que su propio silencio. —Le envío el archivo por correo y le doy copia en papel, jefe —dijo Justo, sacándome del trance. —Gracias, buen trabajo —murmuré, cogiendo los folios. Me llevé el listado en papel a mi escritorio porque cuando quiero leer algo con detenimiento, y a pesar de los ecologistas, lo imprimo. Decidí dejarme de filosofía barata y buscar certezas. Lo único que necesitaba ahora era confirmar de una vez la conexión telefónica entre Ramón y Rupérez, así que volví a acercarme a Justo, que me esperaba con el segundo informe: los registros telefónicos que acababan de llegar gracias a la orden judicial.

—Mire, Inspector, olvídese de los números un momento y fíjese en los tiempos —dijo Justo, poniendo dos hojas una al lado de la otra—. La clave está siempre en la tecnología. Rupérez recibió llamadas de Ramón, pero no aparecen así en su listado. Justo me mostró el análisis, arrojando un dato que hasta ahora desconocía. —Aquí está el tema. Rupérez recibió cinco llamadas muy rápidas el día antes de que desapareciera Tania. El registro de Rupérez solo muestra un número prepago anónimo, de titular "Fidelio Comunicaciones S.L.". Pero el truco es que la factura de Ramón sí revela la llamada desde su número personal hacia ese "Fidelio". —Un puente —deduje. —Exacto. Un proxy de voz. Ramón llama a la centralita, y esta le pasa con Rupérez. Es limpio y casi indetectable. Pero la tecnología no obra milagros con el tiempo. Mire esto: » A las 18:42:10, Ramón llama a Fidelio. » A las 18:42:14, cuatro segundos después, Rupérez recibe la llamada de Fidelio. » Y lo mejor: ambas duran exactamente lo mismo. Tres minutos y doce segundos.

Se reclinó en la silla, cruzándose de brazos con esa satisfacción tranquila del deber cumplido. —Vaya coincidencia, ¿no? —dijo con sorna—. Que dos personas que supuestamente no se conocen de nada decidan hablar con la misma máquina, al mismo tiempo y durante los mismos segundos. Me quedé mirando los números y

luego lo miré a él, negando con la cabeza y sonriendo. —Hay que ver, Justo. Eres un bicho raro. Él arqueó una ceja. —¿Por qué lo dice, jefe? —Porque eres el único tío de esta provincia que pide guardias voluntarias en Carnaval para no aguantar el ruido, y que se encierra en Semana Santa porque dice que le molesta hasta el olor a incienso de Jerez. Eres un hereje —le solté, dándole una palmada en el hombro, quizás con demasiado entusiasmo—. Pero bendita sea tu herejía. Tienes una mente de contable alemán atrapada en el cuerpo de un funcionario del sur.

Me arrepentí nada más soltarlo. Quizás me había pasado de frenada con el compadreo. A fin de cuentas, toda esa información sobre sus manías la había escuchado de refilón en la máquina de café y él llevaba poco tiempo en la brigada como para tomarme esas confianzas. No quería parecer el típico jefe que va de "colega" forzado. Justo hizo una mueca, recolocándose las gafas con un gesto casi robótico que confirmó mis sospechas. —A ver, inspector, no es herejía, es pura higiene mental. El incienso atonta y el ruido despista. Los números son más educados: no gritan, no beben y, sobre todo, no mienten. «Vaya», pensé, retirando la mano. «Un poquito pedante sí que me ha salido el niño». —Pues que no pare la música entonces —dije, recuperando la seriedad—. Ramón se había cubierto las espaldas con tecnología punta, pero tú le acabas de desmontar el chiringuito. Pásalo a informe, Justo.

Volví a mirar los papeles. —Si usaba este nivel de ingeniería para hablar con un policía corrupto… ¿Quién estaba realmente al otro lado de las llamadas al número de Cris? Justo asintió. —Otro puente, casi con seguridad. El mismo modus operandi. Eso explica por qué es técnicamente imposible rastrearlo y por qué Madrid sigue devolviendo la petición marcada como "Confidencial". Huele a CNI, o a algo más serio. Me quedé en silencio unos segundos. —Cada vez que creo entender algo, las piezas no encajan… desaparecen. Parecía que alguien, en lugar de dejar pistas, se dedicara a borrarlas sistemáticamente.

Justo asintió con una media sonrisa resignada, sorprendido por mi sinceridad y cerrando la carpeta de los teléfonos. —Bueno, al menos lo de Altea está más claro —replicó, abriendo otro dossier—.

Nos han llegado del Registro de la Propiedad las notas simples que pedimos con las referencias catastrales. Estaban en el pendrive de Rupérez, en un archivo .txt con un título bastante novelesco: "Pisos de la reina". Me acerqué y lo miramos juntos. Justo desplegó cuatro documentos oficiales sobre la mesa. —Ahí lo tiene: cuatro propiedades de lujo en primera línea. Todas están a nombre de una sociedad limitada llamada "Bajos del Golán". —Típico nombre-tapadera —murmuré—. Rimbombante, bíblico y opaco. —Su administrador único es un tal Juan de Dios Menelao Gutiérrez —añadió Justo—. El nombre no me sonaba de nada, así que he tirado de hemeroteca y redes sociales antes de que llegara usted. Justo giró la pantalla hacia mí. Me mostró una foto de la sección de sociedad de un diario local de Alicante: una gala benéfica, copas de champán y sonrisas de blanqueamiento dental. Un hombre calvo abrazaba por la cintura a una mujer que yo conocía muy bien. —Es el marido de la jueza Nuria Roque y Cienfuegos —sentenció Justo. Aquella revelación me hizo el efecto fulminante de tres pastillas de omega 3. No pude evitar acordarme de la escena con Marta en su despacho de Altea: fuimos a preguntarle por Rupérez y se hizo la loca con una frialdad de un Óscar. «Me enseñó un par de casas, sí, era buen vendedor», nos dijo. —Otro viaje para nada, pensé entonces —dije en voz alta, con rabia—. Pero ahora todo encaja. La jueza estaba hasta el cuello y conocía a Rupérez mucho mejor de lo que admitió. —Fue Rupérez quien gestionó la compra directamente —apuntó Justo—. Actuaba como agente inmobiliario para la sociedad del marido. Usaron una S.L. interpuesta con un objetivo claro: dejar constancia de un vínculo mercantil limpio que mantuviera a la jueza al margen sobre el papel, aunque en realidad llenaba la caja fuerte familiar. Justo señaló el apartado de "Cargas" en las notas simples. —Aquí está lo gordo, jefe. Cuatro propiedades valoradas en un total de un millón seiscientos mil euros. Y todas están "limpias de polvo y paja". Compradas al contado. Sin hipotecas. —Mucho dinero para el sueldo de una jueza y un marido empresario de medio pelo —repliqué—. Salvo que el marido sea un genio de las finanzas o haya heredado una fortuna. En ese mismo momento, decidí no especular. Saqué el móvil y escribí a Pedro, mi

contacto en la Agencia Tributaria. Le pasé el NIF de la sociedad "Bajos del Golán" y el nombre del marido. Pedro me debía una y solía ser rápido, pero esta vez se superó. Otra vez el móvil, dos minutos después. —¿Y? —preguntó Justo, viendo mi cara de póker. —La declaración de IRPF de la jueza está limpia, claro. No refleja ninguna de estas propiedades —contesté—. "Normal", están a nombre de la sociedad. Pero Pedro me acaba de mandar el Impuesto de Sociedades del último ejercicio de "Bajos del Golán". Abrí el PDF en la pantalla del móvil y busqué la casilla de resultados. Se la enseñé a Justo. —Beneficio declarado: 83.345 euros. Justo soltó una risotada. —Qué burdo. —Es insultante —corroboré—. Una empresa que gana ochenta mil euros al año no puede comprar activos inmobiliarios por valor de un millón y medio al contado. Los números no cuadran por ningún lado. Eso no es una inversión; es una lavadora industrial. —Blanqueo de capitales —confirmó Justo, reajustándose las gafas—. Alguien inyectó ese dinero en la sociedad para comprar los pisos. Y Rupérez no tenía ese capital; él era el "fontanero" que abría el grifo y gestionaba la compra para que pareciera legítima. —Rupérez era el intermediario —concluí—. Él facilitaba el soborno. Alguien pagaba a la jueza regalándole pisos a través de la empresa de su marido, y Rupérez se encargaba del papeleo para que todo pareciera una operación inmobiliaria. La pregunta es: ¿quién pagaba? Tenía que probarlo. Si alguien podía darme el nombre del pagador y el contexto de esa ciénaga, ese era sin duda el comisario de Alicante.

Lo llamé alrededor de las doce. Augusto contestó rápido, pero su voz no tenía la relajación de quien se ha librado, sino la tensión del que ha sobrevivido a un fusilamiento y sigue esperando el tiro de gracia. El caso contra él había sido sobreseído, sí, o archivado. Los billetes falsos hallados en su casa por sus propios compañeros no bastaban para imputarle. Sabía quién los había colocado, escondidos en un falso hueco del armario. Las transferencias que recibió de Serguéi Malkov, alias "el Mazo", aparecían en los registros como meros apuntes contables, movimientos de dinero que en realidad nunca llegó a tocar. —¿Cómo estás, Augusto? —le pregunté. —Reincorporado. Sentado en mi silla de siempre —respondió—. Pero

estoy quemado, Víctor. Me han devuelto la placa, pero me miran como a un apestado. Me han ofrecido "compensarme": un traslado, una embajada… Lo que yo quiera con tal de que me calle. No saben cómo pedirme perdón sin admitir que la cagaron. Me lo contó de forma atropellada, cabreado. El registro fue ilegal. Usaron un fax falso de Valencia como excusa, pero alguien desde dentro de la Fiscalía de Alicante llamó para validarlo. Fue una encerrona interna para reventar la operación justo cuando el Mazo iba a cantar. Augusto quería investigar quién le traicionó, pero la policía hacía oídos sordos. "Pasa página, Augusto", le decían. —Aunque ya he abandonado oficialmente la investigación —me dijo, bajando la voz —, te acabo de enviar un correo. Es mi "seguro de vida". El dosier de la operación Beautiful. No el oficial, que está lleno de tachaduras, sino el mío. El que me guardé en casa. Nada más recibirlo, lo abrí. El documento era largo, denso, plagado de cifras, movimientos de capital e informes de patrimonio. Augusto se refería a los investigados como "el grupo caliente de la Beautiful", una banda mafiosa rusa con una estructura que imitaba a la tradicional: discreción, brutalidad y dinero. El dosier era aún más explícito que sus palabras. Hablaba de transferencias sospechosas a un comisario o a su subordinado en Cádiz, posiblemente relacionadas con blanqueo de capitales y tráfico de drogas. No se daban nombres… pero entre los papeles reaparecía un viejo conocido: Romualdo Vega. Siempre saliendo a flote como un corcho. El informe lo vinculaba a la Operación Viga, aquel caso en el que se habían recogido pruebas de sobornos en investigaciones policiales para asegurar la impunidad de ciertos sospechosos. Varios de aquellos procedimientos habían sido sobreseídos por la jueza de Alicante, Nuria Roque y Cienfuegos. Según Augusto, la red de corrupción incluía comunicaciones con la fiscalía de Cádiz, que —de forma tan discreta como paradójica— desistía de la acusación en algunos de esos procesos. Augusto también enlazaba los casos de Doro y la finca de San Pedro. Según su versión, Doro había sido investigado, pero el informe inicial desapareció misteriosamente. Todo apuntaba a una filtración interna. Esa misma red, advertía el dossier, tenía conexiones con la llamada Telaraña de Altea, una estructura de empresas pantalla

ligadas a IMIB. Esto coincidía con otros informes que mencionaban a Andrés Luis, de la AEAT, no como sospechoso, sino como destinatario de ciertas instrucciones. Nada más. Y algo que me detuvo especialmente fue la mención al uso de sacos de cemento —con el anagrama de IMIB— para transportar droga en la Operación Viga. Nadie hasta ese momento había trazado esa línea directa entre el conglomerado industrial y el narcotraficante. El caso se me había vuelto un laberinto donde todo encajaba con demasiada facilidad: IMIB, la mafia rusa, la policía… todo enredado en el mismo hilo. En el centro aparecía Romualdo Vega, espectro constante, imposible de apartar de la escena. Aunque, en el fondo, yo seguía pensando que Romualdo no era más que un monigote, una pieza colocada para desviar la atención. Empezaba a creer que quizá debía acudir a una instancia superior, alguien que me creyera de una vez. O, quién sabe, incluso a la prensa. El dossier terminaba con las fotografías del asesinato de "el Mazo". El mismo que me había traído a Altea. Augusto lo describía como el jefe de un clan local, probablemente ejecutado por sus propios hombres. Ajuste de cuentas. La firma de su muerte lo dejaba claro: traidor. Uno de los billetes falsos enviados por Augusto a la FNMT coincidía, sin margen de duda, con los hallados en la casa de Rupérez, en la Operación Viga, y con los que se contaron en la Notaría de don Estanislao, en El Puerto de Santa María. El dossier era largo, más de ciento cincuenta páginas, pero me detuve en una en particular. Contenía la declaración de una prostituta de lujo que había encendido la investigación contra el Mazo. Lo describía como un déspota, un hombre cruel que extorsionaba a chicas en fiestas de capos rusos. Entre los nombres, la testigo: Auxiliadora María Rendueles. No me pilló de nuevas —Augusto ya había trazado el parentesco—. La hermana estaba en el centro del tablero, pero quizá solo de peón sacrificable. Esa página me conectaba con la sospecha de que el Mazo estaba a punto de cantar. Las dos hermanas debían actuar con un mismo propósito, bajo la sombra de un jefe implacable.

Noté un sudor frío en mi frente, fruto de la ansiedad. Empecé a dudar de si existía de verdad o si yo mismo había inventado toda esta historia para justificar mi incompetencia. Tal vez el enemigo no

estuviera fuera, sino dentro: en el miedo, en la duda, en mí. O en el despacho de al lado. Entonces, ¡zas! Me di cuenta: esto me venía demasiado grande. Y a pesar de todo, ahí estaba yo, quejándome sin parar.

Organizarme para resolver las cosas nunca ha sido mi fuerte; en cambio, lo de darme pena, eso sí que se me da de maravilla. En Cádiz, es casi un arte, ¿sabes? Ojalá alguien me llamara y me dijera: "¡Venga, déjate de líos y vete a tu casa!".

CAPÍTULO 90

Gonzalo Falcón

Rara vez contestaba a la primera llamada. Sus audífonos, caprichosos, se conectaban y desconectaban a su antojo. Mi madre conservaba una pericia impropia de su edad. Hija del baby boom, mater amatísima, alma mater en el sentido más literal, madre de todos. Antes de visitarla, era imprescindible un "¿Estás en casa, mamá?". A veces, pillarla resultaba un desafío hercúleo. En mis días en el Puerto, la visitaba a diario, al igual que a mi padre. Es crucial hablar con ellos; nunca sabemos cuándo nos dejarán, y sus ausencias, irrecuperables, nos recuerdan que nadie regresa del más allá.

Tras varios intentos, por fin me devuelve la llamada. No está en casa, me dice, pero me espera mañana para comer.

A veces, cuando la veía esperarme con esa mezcla de ternura y severidad, sentía el peso de lo que ella esperaba de mí. Su amor era incondicional, sí, pero también llevaba escondida la frustración de verme reducido a un simple funcionario, cuando ella —y solo ella— se empeñaba en creer que yo estaba destinado a algo más grande. Yo nunca tuve claro si esa fe era una bendición o una condena, pero cada mirada suya me recordaba que yo seguía siendo mucho más de lo que me reconocía. Y, sin embargo, lo que más me angustiaba era pensar en el día en que ella faltara.

Me aterraba la idea de quedarme huérfano de sus certezas, de no tener a quién consultar incluso la decisión más nimia. Porque una madre ostenta siempre la prerrogativa de la sabiduría, de la palabra última, sobre todo cuando su carácter es tan recio y fuerte. Ella era el motor de aquella menguada familia, el sostén invisible que lo mantenía todo en pie. Imaginármela ausente era como intuir un derrumbe inevitable: ¿quién me guiaría entonces, con qué brújula me orientaría yo, si mi madre ya no estaba?

No tenía claro si mi traslado por el cuidado de familiares fue un pretexto para encasquetarme el caso, aprovechando que el río pasaba por Pisuerga, o si fue pura coincidencia. No me importaba. Al volver a mi hogar, sentí una enorme nostalgia de hijo pródigo, sintiendo la necesidad de darme la oportunidad de devolver parte de lo que me habían dado tan desinteresadamente.

Allá donde fuera, siempre llevaba una rutina: tras el trabajo venía el deporte y, tras él, las visitas obligadas con sus conversaciones sobre sus lecturas, sobre política u otras cosas tan absurdas que nos abocaban al desencuentro, o bien le arreglaba cualquier cosa que pudiera estropearse, de las que antes arreglaba mi padre. Recordé las palabras de Borges sobre lamentar haber sido un mejor polemista que un buen hijo.

Ese día, con la pericia de un adolescente, y aprovechando la excusa de mi cercano cumpleaños —que ella siempre situaba un día antes del del registro civil, porque nací de madrugada—, me envió un WhatsApp con un enlace de Facebook que incluía un bello poema atribuido a Alejandro Jodorowsky, que leí emocionado. "No es fácil envejecer; te tienes que acostumbrar a caminar más despacio, a despedirte de quien eras y saludar a quien te has convertido…". Nada más leerlo, lo guardé, pensando en pasarlo después por el filtro pragmático de mi inseparable ChatGPT. Por muy hermosas que fueran sus palabras, sospechaba que no eran realmente de Jodorowsky, a pesar de la popularidad que el poema tenía en redes sociales.

Quise comentárselo, como había hecho otras veces, acomodándome en mi papel de discutidor nato, ese rol que ella decía que había heredado de mi abuelo. Pero esta vez desistí. Reconocí lo impropio, lo dañino, la crueldad inherente al acto de desmontar una creencia o deshacer una esperanza, por infundadas que fueran. Decidí no hacerlo. Por primera vez, aposté por creer más y pensar menos. Esa mañana la dejé cocinando, después de leer el Diario de Cádiz, muy por encima.

Llegué al Hoyo 19 con Marta tras recogerla en Puerto Sherry. Aparqué frente al muro de la Casa Grande y entré ejerciendo de policía, no de socio; la única forma de evitar el protocolo de

invitados. Saludé al guardia de seguridad con la familiaridad de quien acumula ya demasiadas visitas oficiales.

Todo era un déjà vu cansino. Este lugar posee un estancamiento elegante: lo repite todo hasta que se vuelve rutina, y uno se pregunta si vive o si solo está pasando otra vez por el mismo escenario. Bajo la bandera de España, que ondeaba majestuosa pero lánguida, la niebla se había disipado.

—Mañanitas de niebla, tardes de paseo —le solté a Marta antes de entrar a por un café.

Eran las once pasadas, esa hora muerta entre los golfistas madrugadores y los del aperitivo. Allí estaba Gonzalo Falcón, solo en la zona de los habituales del croquet. Agitaba una copa de Tío Pepe al trasluz, un ritual ostentoso con el que dejaba clara su incomodidad. No solo le molestaba mi presencia, sino también su propio metro noventa, que le obligaba a encajarse a horcajadas contra la barra.

Al vernos, dejó la copa apuntada y enfiló hacia su despacho atusándose la chaqueta sobre una incipiente barriga —traición a su esbeltez habitual—. Al cruzar el umbral, le salió al paso Rosendo, el portero de toda la vida. Un hombre de voz de lija, fumador impenitente que custodiaba los secretos de intramuros entre volutas de humo. —Don Gonzalo —le saludó con esa reverencia antigua. En el club, la etiqueta es sagrada: todos son «don», salvo que se demuestre lo contrario.

Seguimos a Gonzalo distanciados, ignorando de forma deliberada la presencia del otro. Le indiqué a Marta que entrara primero en la oficina. Al pasar yo, saludé a las empleadas que, correctamente uniformadas, se encontraban en sus respectivos escritorios y, haciendo gala de una gran profesionalidad, disimularon mi condición de policía, tratándome como a un socio más y continuando con sus tareas habituales. Al segundo, oí la voz de Gonzalo. Me llamó por mi nombre y me invitó a pasar.

—Qué tal, Gonzalo —le dije con sorna. —¡Me alegro de verte, Víctor, aunque sea en estas circunstancias!

Gonzalo estaba acostumbrado a ese trato, natural, propio de las personas educadas. La falta de ceremonia era propia de gente

"igual"; allí todo el mundo sabe que los formalismos solo se prestan con empleados o subalternos o simplemente desconocidos. Quería ser percibido como un conocido, más aún cuando el miedo y la angustia por la cita eran palpables.

—¿Goldberg Variations? —le dije, señalando su pequeño altavoz pegado a su PC. —Sí —dijo Gonzalo, quizás sorprendido al atribuirme cierta cultura musical, por lo menos acerca de Bach—. Me relaja.

Sonreí. Qué ingenuo pensé, a quién quiere engañar… Un trabajo así es de todo menos estresante. En fin, corramos un tupido velo, pensé. Miré a Marta como para invitarle a que estuviera atenta porque empezábamos a trabajar y ya era hora de que dejara de estar en esa tensión incómoda y permanente que esbozaba cuando entrábamos en el club. Supongo que se debía a ese absurdo revanchismo trasnochado de la lucha de clases, la que nunca se produce o la que cambian cuando el desposeído, por lo que anhela, se convierte en poseedor.

Gonzalo no llevaba el Rolex Submariner, ni el de oro de Ruperez, "solo" el Rolex Perpetual Oyster blanco. Se encontraba en una categoría menor, de eterno tercero, como el Atleti. Lo agitó varias veces, nervioso, en su muñeca y Marta se dio cuenta.

Marta intervino rápidamente:

—Señor Falcón... —dijo, queriendo tomar las riendas para evitar que mi trato con él perjudicara la investigación.

Gonzalo la miró algo sorprendido, como el Rey en el discurso de Navidad cuando le cambian de cámara.

—¿Tiene usted alguna relación con la desaparecida, la Sra. Rodríguez de Bastidas?

Marta disparó a bocajarro, como un mafioso con una lupara a la cara de Gonzalo. Los perdigones se incrustaron en su cara, en su pecho, y vi cómo la sangre se desparramaba sobre la pequeña mesa de escritorio. Tragué saliva y giré mi pierna derecha, apoyando la rodilla sobre la cacha izquierda de Marta para que advirtiera que se había pasado.

Carraspeó. —Gonzalo… —tomé la palabra—. Lo que la inspectora Sánchez quiere decir es si usted conoce a la Sra. de Rodríguez de

Bastidas fuera de su ámbito profesional —corregí, intentando reconducir la entrevista.

Marta me miró enojada e insatisfecha y, sin prestarle atención, miré a Gonzalo buscando su complicidad.

—Bueno —dijo entre dientes—, tengo amistad con casi todos los socios. Soy un directivo del club, pero me he criado aquí y los conozco a todos; forma parte de mi trabajo.

Gonzalo hizo un ademán para confesar lo inconfesable, pero el miedo se asomaba entre sus ojos vidriosos, reflejo de las copas de Tío Pepe.

—Gonzalo… —Hice una pausa para que se pudiera preparar—. Hemos oído que os unía una buena amistad y que compartíais muchos ratos aquí en el club… Gonzalo, tu colaboración podría ser inestimable para averiguar el paradero de la Sra. de Bastidas…

Pasó un fantasma porque el silencio le pareció a Gonzalo y a mí un siglo.

—Bueno, sí —dijo bajando la mirada—, María era… quiero decir, es —rectificó rápidamente— una buena amiga. Participaba activamente en la organización de los torneos de croquet. Llegó a ser vocal y teníamos que sentarnos muchas veces para prepararlos. Aparte de eso, sí, tenía muy buena relación con ella y no puedo ocultarles mi preocupación y tristeza por su desaparición… Todo esto es muy extraño y ajeno a este club, como sabes, Víctor.

Gonzalo buscaba mi complicidad y buscaba la sombra que yo podía darle a la cegadora de Marta, que justo en ese momento volvió a las suyas.

—Sr. Falcón —dijo en un tono seco. —Falcón Alado —interrumpió Gonzalo con una leve sonrisa.

Marta no se dio por aludida y continuó como si tal cosa. —No sé si sabe que hemos tenido acceso a las cámaras del club.

Marta metió la pata: el gerente nos había dado acceso por orden judicial, pero había secreto de sumario y no debió revelar ese detalle. Gonzalo se quedó lívido y blanco como la pared de una casa recién encalada de cualquier pueblo de la sierra de Cádiz. Sin duda desconocía ese detalle, o al menos no esperaba que lo desveláramos con esa contundencia. Miré a Marta y luego me miró a mí, con un

brusco giro de cuello, buscando ayuda. Su rostro, antes tan controlado, se descompuso. Estaba acorralado.

—Bueno, lo que mi compañera quiere decir es que la noche en que desapareció María, usted pasaba por el túnel hacia el tee de prácticas un minuto después de que la Sra. pasara por allí, de forma apresurada, corriendo para darle alcance…

Ya no había marcha atrás: Vi la cara de satisfacción de Marta: el disparo había hecho mella y, a pesar de mis intentos, estaba satisfecha de sentir que la presa había caído en sus garras y la devoraba sin piedad.

Gonzalo hizo un movimiento brusco y tiró con el codo un vaso de plástico de Starbucks que, afortunadamente, estaba medio vacío y que la limpiadora no había quitado esa mañana. No reparé en el accidente, sino en lo inverosímil de ese café. Tenía una cafetería a diez metros, y el único Starbucks del Puerto estaba en una gasolinera Repsol.

—Lo siento —dijo Gonzalo, tomándose un respiro para pensar la respuesta.

Cogió un par de papeles de la impresora y, con un grito que me sobresaltó, llamó a Cristina para que llamara a la Sra. de la limpieza. Marta elevó una sonrisa tipo Mona Lisa, visiblemente complacida por el accidente y la torpeza provocada por el nerviosismo de Gonzalo. «Algo oculta este pijazo de mierda», pensé que pensaba ella.

Se hizo un pequeño silencio en la intersección con más disculpas de Gonzalo mientras la Sra. de la limpieza, en escrupuloso atuendo azul de trabajo, limpiaba con destreza los restos de café en la mesa de Gonzalo. Él esperó a que la Sra. se fuera y, ya con aspecto de estar más recompuesto, se dirigió a nosotros:

—¡Ah, sí, se refieren a ese día! —Elevó una sonrisa sobre su pálido rostro, salvado del KO por la campana—. Sí, sí. Lo recuerdo perfectamente. La señora de Ramón (esta vez Gonzalo no lo mencionó familiarmente) y yo estuvimos hablando en la cafetería hasta poco antes del cierre sobre la organización del torneo senior de croquet. No nos poníamos de acuerdo: ella quería introducir un patrocinador y yo me opuse.

—¿Se opuso? —inquirió Marta—. ¿Cómo se opuso, Sr. Falcón?

Otra vez Marta lanzó una perdigonada al ojo de Gonzalo… —Bueno, me opuse… Es una forma de decirlo…

Gonzalo parecía poner las cosas fáciles a Marta, así que tuve otra vez que intervenir, ya con cierto complejo de enviado especial de la ONU. —Gonzalo… lo que trata mi compañera de averiguar es si hubo un motivo razonable por el cual usted fuera detrás de la desaparecida a esas horas de la noche…

En ese momento me di cuenta de que había desvelado mi propósito; le había dicho a Gonzalo lo que yo quería que él me dijera, dándolo por hecho. Gonzalo no se dio cuenta y no se dio por aludido… Hizo otro de sus silencios y confesó: —Tuvimos una discusión acalorada, demasiado acalorada… ella estaba empeñada en que la empresa de su marido financiara el campeonato con publicidad y con jugosos premios… pero eso no podía ser, iba en contra de la costumbre en este club…

—¿Qué costumbre? —dije, intentando evitar ir al meollo del asunto, para luego volver a él.

Ya Gonzalo, más sereno, soltó con cierto desdén: —Verán, la empresa de don Ramón… digamos que no nos merece el respeto de otras. Aquí valoramos la raigambre, los apellidos de socios fundadores.

Hablaba intentando disimular lo obvio, lo que en El Puerto era un secreto a voces que todos miraban de reojo. Era patético verle esgrimir la bandera de la "alcurnia" para atacar precisamente a su propia sangre. Gonzalo encarnaba una contradicción viviente: odiaba a su hermano con toda el alma, pero no podía arrancarse el linaje que compartían, por mucho que intentara taparlo con normas de etiqueta.

Como sus traumas genealógicos no me interesaban en absoluto, volví al meollo que dejé hace un segundo: —¿Se enfadaron entonces?

La pregunta iba envuelta en una mirada un poco más inquisitoria, buscando respuestas en sus ojos y no en sus palabras. —Sí —dijo Gonzalo—. Desgraciadamente, sí, porque me une una gran amistad con ella.

«Ella» sonó a Elizabeth Arden, a Bécquer, a amor enternecedor. «Umm», pensé, «aquí hay tomate».

Marta pareció no darse cuenta. Digo "pareció" porque de inmediato dijo: —¿Tenía usted una relación con la Sra. más allá de la amistad?

Entonces Gonzalo se derrumbó exhausto tras el último zurdazo de Marta. Visiblemente azorado, tragó saliva que, de espesa, no pasaba por su nuez, así que decidí darle unos segundos de refugio en el rincón derecho, para que le dieran agua y le limpiaran la sangre.

Aclaré mi garganta con una tos sutil. Tras una breve pausa, traté de templar gaitas y bajar el balón al suelo, así que me dirigí a Gonzalo, con voz firme: —Permítame replantear la pregunta de mi compañera —dije, manteniendo un tono profesional—. Lo que necesitamos saber es si, después de cruzar el umbral del túnel, volvió a ver a la señora. Concretamente… ¿La estaba buscando y no logró encontrarla?

Me entendía menos que a Rajoy en un mitin, pero mantuve mis ojos en los suyos, atento a cualquier reacción reveladora. El silencio que siguió pesaba en el aire, cargado de expectativa.

—No, no la vi —dijo Gonzalo—. La estuve buscando más allá del putting green, incluso en la caseta de clases… Llegué hasta el campo de fútbol y entré en el Chozo.

Marta lo interrumpió y dijo apresuradamente: —¿El Chozo?

La reté otra vez con la mirada, castigándola e invitándola a callar: parecía olvidarse de que yo había pasado media juventud aquí. Gonzalo lo entendió y continuó su microrrelato. —Estaba angustiado, porque pensaba que cuando se levantó de la mesa y salió corriendo como alma que lleva el diablo, no fue porque estuviera enojada conmigo, sino por otra razón que desconozco.

—¿Hizo algún gesto que le indujera a pensar eso, Gonzalo? —pregunté. —Sí —contestó Gonzalo.

A su "sí" le siguió un bip de su teléfono. Lo miró, se quedó mudo y se levantó de un salto y salió literalmente corriendo. —Ya no la volví a ver —dijo Gonzalo cariacontecido.

Gonzalo pareció aliviado. Había construido cuidadosamente una autoinculpación que, en el fondo, sonaba más a un intento de

encubrimiento que a una confesión genuina. Comprendí, sin embargo, que, a pesar de los exabruptos y del poco tacto de Marta con su imprudencia, el tándem de poli malo y poli bueno había dado resultado. No pretendía que Gonzalo nos hiciera una declaración de amor, ni mucho menos, pero me congratulé ante la más que probable conexión entre la desaparición de Tania y aquel furtivo encuentro.

Habíamos conseguido una declaración en toda regla y, con ello, aportado al caso la evidencia de la presencia de Gonzalo en la escena, así como su más que posible implicación en la desaparición. No perdí tiempo en recriminarle, y le espeté en ese mismo momento: —¿Y cómo justificas ahora el hecho de no haber declarado esto, Gonzalo?

Se quedó unos segundos en silencio, visiblemente incómodo, hasta que finalmente respondió, casi atropellándose con sus propias palabras: —No sé… quizás tuve miedo de que se me relacionara con su desaparición. María puede aparecer en cualquier momento. Es una mujer de recursos y, probablemente, haya desaparecido unos días. No es la primera vez que lo hace —dijo con un exceso de sinceridad que no pudo controlar.

El aire en la habitación se tensó aún más que los músculos de Biel, el preparador del gimnasio del club. Sus palabras, aunque reveladoras, no despejaron las sospechas; al contrario, las alimentaron. Le dije a Marta, mentalmente: "Este chico tiene algo con ella. Se le nota en el rostro y en el semblante, mucho más preocupado que el de su marido." Marta asintió. La telepatía es la forma en que nos comunicamos quienes gozamos de ese don, sin que se note que lo hacemos. Como soy un ferviente creyente de los descréditos —y sospecho que otros pueden compartir esta misma habilidad—, decidí dejar de hablar y casi de pensar.

Nos despedimos, agradeciendo a Gonzalo, aunque sin demasiado entusiasmo, su atención. Antes de irnos, le advertí que su declaración se incorporaría al sumario y que, como testigo de una desaparición, no debía abandonar el país. También le recordé que debía estar pendiente del móvil por si necesitábamos contactarlo de nuevo.

Le solicitamos una prenda personal para reactivar el trabajo de los perros de rastreo, los mismos que siguieron el rastro de la señora hasta el chozo donde se perdió toda pista. Hasta entonces no sabíamos que él había acompañado a María hasta ese lugar, un detalle que cambiaba por completo el rumbo del caso.

Gonzalo se mostró desconcertado. No hubiera imaginado que llegaríamos tan lejos con nuestras preguntas. Tras unos instantes de duda, accedió y, casi con desgana, se quitó la gorra que cubría su media calva y me la tendió. La observé un momento, pero la desdeñé con un gesto y le dije con firmeza: —No se preocupe, ya lo solicitarán oficialmente los compañeros.

Gonzalo pareció asumirlo con una mezcla de alivio y recelo, mientras yo intentaba descifrar si su incomodidad era simple nerviosismo o si ocultaba algo más. Mientras estrechábamos su mano, lo miré de frente, pensando: "Espero que no hayas borrado los mensajes, porque voy a pedírselo a la jueza." Menos mal que Gonzalo no parecía compartir nuestro don, reflexioné con alivio.

Al soltar su mano le deseé suerte. Intenté mantener el tipo, pero seguramente la cara me delataba. —Le recomendaría que se busque un abogado —añadí, rematando la faena. Gonzalo asintió, pálido. Me di la vuelta y salí con la sensación de haber abierto una puerta que nos iba a traer problemas. En cuanto cerré el despacho de Falcón, llamé a la comisaría. Sesenta segundos de llamada fueron suficientes; el tono áspero de Roldán me lo dejó muy claro: me estaba esperando.

En cuanto entré, la voz del comisario Roldán me dio un buen susto. Estaba fuera de sí. —¡Ese niñato de mierda! —bramaba mirando a la ventana—. ¡Le enseñé todo! Le di de mamar como a Rómulo y Remo, ¿y así me lo paga? ¡Mandándome a Asuntos Internos!

Rosa, la administrativa, entró en ese instante con un café de «La Ponderosa». Cruzó la tormenta de gritos como el que oye llover, dejó la taza y salió sin inmutarse. Costumbre de trinchera.

Yo callé. Juárez había sido su sombra, su perro fiel convertido en un trepa inteligente. Ahora volvía como verdugo. A sus sesenta y cuatro años, Roldán solo quería jubilarse y pescar en su barco, pero

el caso de las chicas y los cadáveres le estaba amargando la salida. Y lo peor: todos intuíamos que la inspección no era por el retraso, sino porque estaban levantando las alfombras del caso Romualdo.

—¡Hechos, Víctor, quiero hechos! —me espetó, girándose bruscamente—. ¿Qué le digo al fiscal? Tú y esa modelito que te he puesto al lado parecéis dos tortolitos jugando a los detectives. Mucho viaje y cero avances. La jueza pone trabas, vale, pero tú pareces empeñado en buscar tesoros que no existen.

Tenía razón. No tenía nada sólido, ni siquiera para el guion de una mala serie. Solo intuiciones y humo. De pronto, la rabia de Roldán se apagó. Se derrumbó en la silla y su mirada se perdió en el retrato de su mujer y su hijo fallecido. —Perdona, Víctor. He perdido los papeles.

Se frotó el mentón, convertido en un pensador de Rodin viejo y castigado por el tabaco. —Roldán —le dije, rompiendo el silencio—, no te voy a fallar. Dame cuarenta y ocho horas. Te prometo que tendremos algo sólido y ese sabueso se irá con el rabo entre las piernas.

Me acerqué y le puse una mano en el hombro. Él devolvió el gesto, agotado. —Gracias, Víctor. No me falles esta vez. El impulso fue abrazarlo, pero la jerarquía impuso su barrera. Me limité a apretarle el brazo con fuerza, un gesto fraternal y contenido, antes de dejarle a solas con sus fantasmas.

CAPÍTULO 91

Los desayunos

Mis desayunos eran la única liturgia posible contra el caos: proteína, suplementos y una infusión de cúrcuma sin azúcar —el demonio moderno— para fingir que tenía el control. Abrí el portátil y el diagrama de flujos me devolvió la mirada. Aquel enredo de líneas en la pantalla, que ahora sustituía a mi viejo mural, parecía el garabato de un loco más que una herramienta policial. Cargué los vídeos de seguridad. El sistema borraba los archivos antiguos automáticamente; aquello era lo único que teníamos. Lo único relevante ocurría a las 21:47. Una figura femenina cruzaba la plazoleta con paso firme. La seguía un hombre. Rebobiné. El perseguidor se detuvo a mitad del túnel, dudó y dio media vuelta hacia la Casa Grande. Era Gonzalo. Su renuncia a seguirla encajaba con su declaración, pero había algo que no cuadraba: ¿De qué huía ella?

El rastro de las cámaras moría en ese túnel. Más allá se abría el campo de fútbol y el parque infantil. Un poco más lejos quedaba el Chozo —el restaurante social de la hípica— y junto a él la garita de seguridad, conocida burlonamente por los socios como «el cabo de Finisterre», porque allí parecía acabar el asfalto. Justo al cruzar ese límite, frente al tee de prácticas, se levantaba la urbanización de lujo. Y allí, con un ángulo perfecto sobre la zona oscura, vivía mi querido amigo Samuel.

Me dio la risa por no llorar. Demasiadas casualidades: el pantalán, el abogado del narco y ahora su casa como un puesto de vigilancia gratuito. Le llamé y le di la hora exacta. Samuel no tardó ni un segundo en responder. En minutos me envió un fotograma de sus propias cámaras. —Ahí lo tienes, Víctor. Un Mercedes negro sin matrícula visible. No podía ser otro: El mismo modelo que nos siguió hasta León. ¿El mismo coche o una fotocopia? Le di las gracias con

frialdad, cortando sus ofrecimientos de visitar la casa. Ya hablaríamos.

Volví al vídeo del túnel. 21:47. Me di cuenta de un fallo de novato: el sonido estaba desactivado. Al conectarlo, la línea plana del audio pegó un latigazo. —¡Espera! —una voz masculina, grave. —¡No, me voy! ¡Estoy harta de ti! —el hachazo de ella, tajante.

Congelé la imagen y apliqué el zoom. La figura era borrosa, un borrón de luz. La ropa coincidía con la descripción de Tania, sí, pero al aislar el fotograma se me encendió la alarma. La postura, el tono de voz… Esa mujer no era Tania. Era otra actriz en el escenario.

Guardé la captura en un pendrive y, al hacerlo, mi vista cayó sobre la carpeta de Lucía. Esparcí su contenido entre las migas del desayuno: facturas de Ramón, extractos, fotos de reuniones con rusos desenfocados. Todo parecía demasiado perfecto. En la era de la IA generativa, montar una mentira con papeles es más fácil que nunca. ¿Eran esos papeles la causa de la desaparición de Tania o solo un cebo puesto ahí para que mordiera?

Me pasé la mano por la cara, agotado. Me estaban vendiendo la moto y yo estaba comprando todas las papeletas. Necesitaba ojos nuevos, alguien ajeno a las filtraciones de la comisaría y que supiera bajar a las alcantarillas. Pensé en Amir Kedar. Sí, era el momento de llamarle.

CAPÍTULO 92

A Amir Kedar

Lo conocí durante una época de paranoia gubernamental, uno de esos líos de espías que casi se lleva por delante al Ministerio. Todo empezó con las neuras del ministro y acabó con Rajoy movilizando a medio Estado. La Guardia Civil y el CNI daban palos de ciego buscando fantasmas: primero culparon a los marroquíes, luego señalaron a los rusos, y hasta la CIA andaba por allí metiendo las narices. Cuando ya no sabíamos ni por dónde nos daba el aire, el Mossad nos mandó a Amir. Fui a recogerlo a Barajas y apareció un tipo bajito, con caspa en las solapas y zapatos ortopédicos, que en dos semanas, armado solo con un portátil blindado al que llamaba «El Tanque», encontró los micros que todos nuestros grandes expertos se habían comido con patatas. Y, por supuesto, yo me apunté el tanto. Desde aquel día le debía una. Y muy gorda. De esas que no se pagan invitando a comer en Lhardy ni pagando rondas en Pachá.

Le llamé a una hora prudente para él. Tras los saludos y recordar aquella vieja cacería de micros, fui al grano. En vez de pagarle el favor, le pedí otro. Necesitaba que le diera una vuelta a lo que yo no terminaba de ver. Le envié todo el material por un canal encriptado.
—Dame veinticuatro horas, Víctor.

A la mañana siguiente tenía su veredicto. El informe de aquel cocazo confirmaba mis peores sospechas: los vídeos no eran originales. Había cortes, empalmes y un montaje hecho a conciencia. Sorpresa, Amir destacaba que la manipulación se había realizado con software forense de última generación, idéntico al que usa la Policía Científica.

Me detuve en ese párrafo. Eso explicaba por qué en Madrid nadie había notado nada raro: si el archivo se modifica con los mismos algoritmos que usamos para validarlos, el sistema lo reconoce como "amigo". Los desconocidos de Alicante no solo tenían hackers; tenían

nuestras propias herramientas. Respecto a la escena del túnel, Amir fue tajante: «Suplantación». Un fotograma reconstruido por IA mostraba un rostro mirando con ansiedad desde una ventana de la Casa Grande: Gonzalo. Un dato que convenientemente había olvidado mencionar. Pero el sorpresón vino con la chica. La figura que huía no era Tania.

Al abrir el archivo con la reconstrucción facial de la impostora, mi maldita tara me dio la bienvenida habitual: la imagen se me deshizo en un borrón de facciones inconexas. Sorpresa, mi cerebro activó el mecanismo de supervivencia de siempre, escaneando los detalles mecánicamente para compensar mi incapacidad. La línea angulosa de la mandíbula. La anchura de ese cuello esbelto y elegante. La complexión atlética y los hombros fuertes. Era el mismo inventario físico que me había forzado a memorizar días atrás a las puertas del cementerio para que no se me evaporara el recuerdo.

No me hacía falta ver el rostro completo para encajarlo. Mantuve la respiración: la impostora del túnel era Rosa, la hermana de Rupérez.

El informe continuaba con la carpeta de «Lucía». Los audios de Ramón y los rusos eran reales, pero reordenados para cambiar el contexto. Las fotos, montajes sutiles. «Quien hizo esto tenía acceso a documentos auténticos», anotó Amir, «pero los ha manipulado para que digan lo que a ellos les conviene».

El remate final era un enlace de geolocalización. Amir había rastreado la IP desde donde se editó el vídeo de seguridad. Hice clic y el mapa señaló un polígono industrial a las afueras de Alicante. La misma dirección de las empresas fantasma que investigaba Augusto. La conclusión era clara: el mismo grupo que blanqueaba dinero para la mafia rusa tenía acceso a tecnología policial para manipular pruebas. Ya no era solo un caso de asesinato; era confirmar que los que hacían las trampas eran los mismos que tenían que vigilar el juego.

CAPÍTULO 93

La reina del linaje

Encontramos la casa de doña Casilda Irralburu Méndez de Torrelavega con relativa facilidad. Digo relativa porque, aunque soy oriundo, tengo un nulo sentido de la orientación y me pierdo en cuanto me sacan de la «zona de los pintores». Relegado al asiento del copiloto, me limité a vigilar la ruta en la pantalla. Sonaba el *Prelude & Fugue No. 2* de Bach de fondo mientras yo pensaba en cómo el GPS y estos nuevos dioses digitales han domesticado la incertidumbre. Ya no hay que usar el instinto ni mirar por la ventanilla; ya no importa el viaje, solo acatar órdenes de una máquina hasta llegar al destino

Marta pegó un frenazo que me sacó de golpe de mi empanada mental. —¿Es aquí, no? —soltó, girándose hacia mí para confirmar la dirección.

Tan seguros estábamos de haber llegado como anonadados con el casoplón de doña Casilda, madre de don Ramón y marquesa por partida doble. El día anterior, Ricardo Somme Acedo de Entre Ríos, el ínsignísimo abogado, nos había citado en la casa de su cliente porque ella quería hacer «algunas manifestaciones» acerca de la situación familiar. Don Ricardo fue tan escueto como correcto. Recogí a Marta sobre las nueve. El abogado nos dijo que doña Casilda acostumbraba a desayunar a las nueve y media y «tenía el gusto de invitarles a un café y pastas».

Marta, como siempre, no se vistió para la ocasión, sino todo lo contrario. Vino con la misma ropa que usaría para ir directamente a comisaría: camiseta vieja, vaqueros rotos y esas zapatillas de deporte sumamente feas que lucía con su cuarenta de pie. Tenía el pelo aún mojado y solo había tomado un café, dato que me hizo saber al instante, recriminándome que no parásemos a desayunar y

que esperaba «que esa vieja nos ponga un buen desayuno, porque me como las piedras».

Nos recibió un muchachito con pinta de tailandés, bajito, moreno y, cómo no, uniformado de entre camarero y botones. Tenía cara de malas pulgas. —Pasen —dijo secamente tras nuestras presentaciones. Le seguimos por un pasillo corto pero de amplitud inquietante. A ambos lados, puertas cerradas se alineaban como centinelas silenciosos, acentuando la sensación de vacío y secretismo. La luz tenue proyectaba sombras alargadas, y sentí que aquellas puertas nos observaban. Más que una casa, parecía un hotel boutique. Su decoración, entre rústico y moderno, era una mezcolanza de épocas. Parecía una mezquita a la que se le hubieran adosado toneladas de piedras cristianas, produciendo esa fusión arquitectónica: un diálogo intencionado e intangible entre pasado y presente. Como Constantinopla. Qué casualidad.

Entramos en un salón decorado en un exquisito estilo art déco, con colores llamativos. Cada rincón parecía contar una historia de adaptación y reinvención. Uno de esos rincones estaba decorado, sin embargo, con un estilo típicamente inglés imperial. Allí, en un sillón de orejas que miraba hacia una de las ventanas desde las que se divisaba parte del jardín de cuatro mil metros, estaba sentada doña Casilda. El sirviente hizo de maestro de ceremonias, con una escueta presentación: «Los señores policías que esperaba», y se marchó sin más.

Doña Casilda giró despacio. El sillón era una pieza imponente: de orejeras altas, tapizado en cuero y con un mecanismo giratorio que emitió un suave quejido. Era un trono en un reino de misterios, y doña Casilda, su soberana. Ahora sí sabía por qué estábamos allí. Junto a él, una pequeña mesilla de corte colonial inglés sostenía un evangelio de bolsillo, con numerosos post-it de colores entre sus páginas. Al lado del evangelio, un ejemplar de National Geographic y otro de The Times. Su figura delgada contrastaba con la robustez del asiento. Su cabello, recogido en un moño elegante, lucía un tono canoso que desafiaba la autenticidad: no era el plateado natural de la edad, sino un gris meticulosamente elaborado. Su rostro, aunque

marcado por el tiempo, conservaba una vitalidad sorprendente. Y es que cuanto más uno intenta alejarse del inexorable avance del tiempo, más implacable se vuelve su peso. Doña Casilda era la encarnación de esta lucha silenciosa. En su mirada se vislumbraba una agudeza que ningún tinte podría falsificar. Era un estudio en contrastes: frágil pero poderosa, envejecida pero vibrante. Y todo eso pude adivinarlo en un solo minuto.

—Siéntense, por favor —pronunció aquella Katharine Hepburn local, con voz nítida y autoritaria. Con un gesto elegante, doña Casilda elevó su brazo, señalando dos butacas situadas a escasos pasos. Marta, indecisa, me lanzó una mirada furtiva, pero yo me mantuve inmóvil. Como era habitual, Marta no fue más allá de un seco movimiento de cabeza, un gesto mínimo que apenas calificaba como saludo. No pude evitar una sonrisa interior ante tanta tozudez. Era casi cómico ese desprecio arraigado hacia todo lo que oliera a burguesía. Sin embargo, la reacción de doña Casilda fue fascinante en su ausencia. La dama de cabellos plateados ni siquiera pareció registrar la presencia de Marta. Su mirada pasó sobre ella, reduciéndola a un simple elemento del mobiliario, un desaire tan sutil como efectivo.. Este desplante silencioso no pasó desapercibido para Marta. Vi cómo la irritación se manifestaba en su rostro, una sinfonía de microexpresiones imperceptible para un observador menos atento. Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios. Su ojo izquierdo comenzó a parpadear de manera incontrolada, un tic nervioso. Estas reacciones, orquestadas por su hiperactivo sistema parasimpático, eran un libro abierto para mí.

Todo eso ocurrió en dos minutos larguísimos. Doña Casilda nos preguntó si queríamos acompañarla a la merienda. Asentí, por educación, sin saber muy bien lo que nos iba a ofrecer. Acto seguido, dejó caer su brazo y accionó un timbre invisible a la antigua usanza, de esos con una perilla blanca decimonónica, que parecen un detonador. Yo anhelaba tomar una infusión de cúrcuma que me bajara el cortisol, pero no sabía si sería muy atrevido pedir tal exquisitez. Sin embargo, antes de que pudiera decidirme, doña Casilda se adelantó preguntándonos qué queríamos tomar. Lo hizo justo antes de que apareciera el sirviente con aspecto simiesco —y

que me perdonen los simios por la comparación—, como un ave de rapiña. —¿Qué tomarán los señores? —preguntó, despachando a Marta con una mirada que la reducía a un señor más.

Doña Casilda no tenía aspecto de virgen —obviamente—, sino de reina consorte, de instinto palaciego, de intrigas y de control. —Yo tomaré, si no es mucha molestia, una infusión —dije, sin especificar cúrcuma, esperando que el sirviente me diera opciones y sin esperar, descortésmente, a que Marta se pronunciara. Ella no lo dejó hablar y pidió una Coca-Cola. —¿Sin azúcar? —dijo el criado con algo de cachondeo. Marta le devolvió el desprecio mirándolo de abajo arriba. —Sí —respondió seca, sin las gracias. Acto seguido me preguntó de qué y ya me despojé de la vergüenza. —De cúrcuma, si es posible. —Por supuesto —respondió el lacayo, omitiendo esta vez el «señor».

Las pastas que trajeron no las pedimos. Cuando las depositó en la mesa, doña Casilda comentó que acostumbraba tomar las mismas pastas y a la misma hora desde hacía años, desde que las descubrió en un retiro de Emaús y, preguntando y preguntando, consiguió saber de qué convento de monjas provenían, así que dejó de tomar las que le traían de la confitería La Perla «porque ya no es lo que era antes». Esperamos a que doña Casilda sorbiera elegantemente su taza nacarada de té, que lucía un ribete dorado de adornos británicos. Nos deleitamos mirándola hasta que volvió a sorber el contenido de la taza, servido en dos pasos: primero la tetera y, dos minutos más tarde, la leche. —Se preguntarán por qué les he citado —dijo ella, sin reparar en que no podía hacerlo. Yo le seguí el juego. —Sí —respondí, comido por la curiosidad. Me di prisa en hablar porque notaba los ademanes de Marta, preparándose cual felino acechando a su gacela para soltarle a doña Casilda cualquier artículo del reglamento. Una estatua de color marfil nos miraba de reojo: el gran cabrón de Nelson, héroe del imperio británico del que aún se vanaglorian. Por eso doña Casilda combinaba los azules con los rosa palo en su mobiliario, atenuando la potencia de los rayos estivales del sur. Ese era su rincón y allí nos tenía, a su merced.

—Estoy muy preocupada con la desaparición de María —dijo clavándonos la mirada. —En ello estamos —comenté a renglón seguido—. Tenemos algunas pistas y hacemos lo que podemos. —No

sé, inspector, si eso es cierto —replicó la doña con frialdad—. ¿Cómo podemos estar seguros de que están haciendo todo lo posible?

Dejó caer la bomba, con una dulzura demoledora: —Como comprenderá, ya he hablado con su jefe, el comisario Señoránez. Tragué saliva. Don Sixto Señoránez, jefe provincial de Cádiz. Una leyenda viva. Doña Casilda se había saltado la cadena de mando, a mi comisario Roldán y a mí, para ir directa a la cúspide. —Es mi antiguo jefe —aclaré, intentando mantener el tipo y puntualizando que mi jefe actual era Roldán, aunque el mensaje de poder había quedado cristalino: ella jugaba en otra liga. —Tengo muy buenas referencias suyas, Víctor —continuó, ignorando mi matiz y, por supuesto, a Marta—. Estoy segura de que dará con el paradero de mi nuera. Ramón la quiere mucho y no soportaría su pérdida. Es un chico sensato y necesita una mujer fuerte como ella. Desde que la conoció, Ramón es otro hombre y, cuando yo fallezca, asumirá mis responsabilidades y necesita a alguien que le ayude.

Marta ya se había zampado la Coca-Cola. Noté cómo, disimuladamente, se alivió con un eructo insonoro y delicado. Yo ya me había tomado dos pastas y la cúrcuma, así que doña Casilda, después de su sentencia jaculatoria, puso cara de despacharnos. Llamó a su sirviente para que nos acompañara a la puerta. Misión cumplida. Me dio las gracias y me tendió la mano no para que se la diera, sino para que la agarrara o la besara. Hice lo primero, majestuosamente, sintiendo cierta hilaridad ante su poderío.

Cuando solté su mano, doña Casilda habló con ese tono entre resignado y amargo que solo usan las mujeres que han soportado más de lo que cuentan: —Miren, les digo algo de Gonzalo. Es un buen chico, y yo lo adoro… pero mi sangre está por encima de todo. Y en sus venas corre algo que nunca debió mezclarse con la nuestra. Fruto de un error impuesto, que todos aceptaron. Aquella fue la certeza de su filiación. Lo que hasta ahora había creído como cotilleos de jugadas de mesa, se confirmaba: el problema de Gonzalo no era su dinero, sino su linaje. Pero esta vez la mirada de doña Casilda estaba cargada de preocupación: —Ahora está enredado con una tal Julia… y no me fío de ella. Desconfío profundamente de sus intenciones. Quizá convendría que las

investigaciones apuntaran hacia ella. Gonzalo puede ser ingenuo, pero esa mujer no me da buena espina.

No respondí. Marta no dijo adiós. Resignada, ya en el coche, empezó a despotricar de doña Casilda: máximo exponente del matriarcado capitalista postfranquista de ideología judeocristiana, oligarca de las familias que se enriquecieron con favores del Generalísimo. Pensé si esa verborrea era suya o de ese discurso posmoderno de pijo universitario que no ha dado un palo al agua. Tras unos minutos llegaríamos a Comisaría. Sin perder tiempo, me dirigí a Marta: —Marta, ¿podrías llamar a Gonzalo? Creo que sería conveniente que prestara declaración nuevamente. A ver si logramos averiguar algo más sobre él. Quizás no sea tan ingenuo ni tan simple como aparenta.

No habían pasado ni diez minutos cuando Marta irrumpió con una noticia: —He logrado contactar nuevamente con Gonzalo. Lo he citado de manera informal para "hablar" mañana, a las doce del mediodía. —¿Dónde? —pregunté. —En Sotavento, al final de Puerto Sherry. Arqueé una ceja. —¿En Sotavento? ¿A la vista de medio puerto? —Prefería ese lugar antes que la comisaría —dijo ella—. Necesitamos algo más que una simple declaración: una prueba concreta que lo involucre directamente, y allí, entre los tuyos y el paisaje, estará más relajado… o más incómodo, según se mire. Era nuestra mejor oportunidad y mis manías no podían interponerse.

Aunque ya contábamos con su confesión de haberla perseguido, lo habíamos descartado como autor material del crimen. Las pesquisas de los perros identificaron rastros en su ropa, pero las huellas solo situaban a Gonzalo hasta el lugar que él mismo señaló: el túnel. Esto no eliminaba la posibilidad de que estuviera implicado como colaborador en un secuestro por motivos económicos —mi principal sospecha, ya que dudaba de cualquier romance no interesado—, pero tampoco lo vinculaba directamente con la escena del crimen final. El movimiento de Marta buscaba que Gonzalo se sintiera fuera de su elemento, lejos de la protección del Club de Golf, para que se delatara. Aunque la cita era en la parte más castiza y abandonada de la ciudad, y detestaba enfrentarme a mis manías y TOCs en lugares con poca higiene, acepté. Era nuestra mejor

oportunidad y mis rituales no podían interponerse. Me preparé para el día siguiente.

CAPÍTULO 94

El silencio de Tania

Puerto de Santa María. 21:34 horas. Calle Recuerdos, en uno de los bloques de pisos que los lugareños llaman «El Vietnam», algo alejado del enjambre de viviendas que rodea el cementerio y la antigua carretera hacia las bodegas Terry. Bloque 2, piso cuarto.

El acceso es sinuoso, estrecho y lúgubre; un hueco de escalera sin ascensor, húmedo y oscuro que huele a encierro. La puerta del piso, el número dos, es de madera maciza, blindada y nueva, destacando de forma obscena entre tanta podredumbre. Es una frontera infranqueable que separa un mundo de otro. Dentro no se oyen voces. Parece insonorizada.

Al cruzar el umbral, un pasillo estrecho desemboca de bruces en una sala de unos diez metros cuadrados. El mobiliario es espantoso: un sillón avejentado revestido de pana mugrienta y cubierto con una sábana para no tocar la suciedad ajena. La pequeña ventana está cegada, permitiendo solo la entrada filtrada de la luz naranja de las farolas. Del techo cuelga una lámpara pesada, de hierro enmohecido, de la que pende una tulipa de metacrilato opaco con una bombilla de sesenta vatios. La luz tenue y sucia baña el centro del salón como un cuadro de Tàpies, iluminando la tragedia.

Debajo, una mujer está atada a una silla de madera robusta, de respaldo cuadrado. Su cuerpo, de unos sesenta kilos de complexión atlética, se inclina hacia delante, sujeto por las muñecas que rodean los barrotes traseros. El suelo es de gres gris, sucio, salvo justo debajo de la cabeza de la mujer, donde brilla un charco de sangre coagulada que se expande hacia el exterior, difuminándose al igual que la vida de su propietaria.

Justinov, un soldado ruso de un metro noventa, viste un chándal oscuro. Sus ciento veinte kilos de músculo y volumen funcional son evidentes. Su prominente mentón insinúa una violencia contenida y sus ojos delatan que, detrás de sus cuarenta y cinco años, hay un

currículum nada desdeñable: Afganistán, Chechenia, Bielorrusia… No lleva documentación, no la tiene y no la necesita. Pertenece al ala más oscura del GRU. Nadie lo conoce, no consta en ningún registro y solo mantiene un hilo directo con su superior a través de un teléfono GSM encriptado que nunca apaga. A través de él recibió las instrucciones: secuestrar junto a su compañero, Retrovisov, a la señora Rodríguez de Bastidas —Tania, según el dossier—, maniatarla y torturarla indefinidamente hasta obtener la información.

Pero los dos sicarios no habían oído la música que querían oír. La «Señora» estaba demostrando una resistencia extraordinaria. A pesar de que le habían practicado una manicura radical en sus largos dedos, machacando dos de ellos con un martillo, ella no había cantado. Sus verdugos se habían preocupado de vendar las heridas para evitar que se desangrara antes de tiempo, pero ella se mantenía firme en su silencio. Un silencio que era un acto de desafío y que dejaba a sus captores frustrados, desconcertados y, a su pesar, admirados. Lo atribuían a su sangre eslava y a una preparación que no esperaban en una simple esposa de empresario.

Tenía los brazos desnudos. Vestía la típica indumentaria de croquet: un polo blanco bajo un chaleco de punto del mismo color y unas bermudas técnicas. El blanco impoluto de antaño era ahora un lienzo de mugre, sangre y quemaduras de cigarro, marcas infligidas sin orden ni concierto para reblandecer su voluntad. Apestaba a sudor, a orina y a miedo.

Retrovisov era diferente. Rozaba el metro setenta y cinco y calzaba unas Skechers negras, vaqueros de Zara y una cazadora azul impropia para el calor de la época, seguramente para ocultar la pistola. Era delgado, enjuto, y una larga cicatriz le recorría el hemisferio derecho de la cara.

Retrovisov acercó a la mujer un vaso de plástico blanco con dos dedos de agua. Un gesto de piedad calculada, o quizás una táctica para que, al probar el líquido, su desesperación la hiciera hablar. La señora de Bastidas estaba deshidratada; llevaba cuarenta y ocho horas sin beber.

—Danos lo que queremos y tendrás toda el agua que quieras —dijo Justinov en un ruso claro y seco—. ¿Dónde están el pendrive y

las cartas? —repitió por quincuagésima vez ese día.

Ella, que apenas podía sostener el cuello sobre sus anchos hombros, balbuceó algo. La sangre acumulada en su mandíbula machacada dificultaba la vocalización. Sobre los moratones del mentón, sus labios se movieron levemente. El ruso se agachó, esperando la ansiada confesión.

—Idi k chertu (Vete al infierno) —susurró ella. —¿Cómo? —preguntó Retrovisov, que no lo había oído bien. —¡Idi k chertu! —repitió ella lo más alto que pudo, soltando un esputo de sangre coagulada que aterrizó cerca de la bota del gigante.

A Justinov no le gustó ni la respuesta ni la posibilidad de que le manchara sus zapatillas, pero no se inmutó. Retrovisov, en cambio, daba signos de hartazgo; no gustaba de torturar a mujeres, y mucho menos cuando no servía para nada. Llevaban demasiado tiempo con ella, dándole lo justo para que no muriera, pero manteniéndola al borde del abismo.

Esta vez Justinov, que llevaba la voz cantante, le indicó a su compañero con un gesto de cabeza que fueran al dormitorio. No quería que ella los oyera discutir.

—¿Qué hacemos? —susurró Retrovisov—. Esta no va a cantar. Está adiestrada, igual que nosotros. Hemos usado el agua con la toalla, le hemos machacado los dedos, le hemos golpeado la cara… está desfigurada. Si seguimos, la mataremos antes de que hable.

Retrovisov bajó la mirada. No es que se apiadara de su víctima, sino que dudaba de la eficacia del método. —Hay que darle un poco más de agua y algo de comida para que aguante, o se nos va a ir en el próximo asalto.

Justinov se pasó la mano por el pelo corto, calculando. —Vale. Ve al almacén de al lado y compra algo. Pero ya sabes: paga en metálico, perfil bajo y habla con normalidad con la chica del mostrador.

Justinov miró su reloj Casio. —Espera, son las nueve y media, el almacén estará cerrado. Bien, pues coge el coche y ve al Aldi; ese cierra a las diez.

Se acercó a la mesa, cogió un papel de bocadillo manchado de grasa y anotó con un Bic azul cinco o seis cosas, entre ellas agua y

pan. Partió la nota y se la entregó a Retrovisov. —No tardes ni te entretengas.

CAPÍTULO 95

Recapitulación

Estábamos sentados en la terraza, Marta y yo. El aire estaba quietísimo, se sentía espeso, como un trapo mojado que te ahoga. Aún me duraba el cabreo por el plantón de Gonzalo; habíamos esperado más de una hora en Sotavento y el muy cobarde ni siquiera se había dignado a coger el teléfono. Mientras yo buscaba el ventolín, observaba a Marta atacando su tarrina de helado con una técnica que me provocaba una silenciosa envidia. Alternaba un rápido lametón a la bola de chocolate para evitar que se derritiera con una cucharada profunda, rascando el fondo con el ansia despreocupada de una niña. Me encantaba verla así, tan distante del trabajo y los informes llenos de porquerias.

Entre una cucharada y otra, me puse a rumiar el enredo: la señora de Rodríguez de Bastidas no era quien decía ser. Sumemos a eso la pasividad de la jueza «Castaña Pilonga», y su inacción, que ya no me parecía desidia; me parecía una forma muy sutil, casi elegante, de complicidad.

—Su desaparición —murmuré, limpiando una gota de vainilla que amenazaba con mancharme el pantalón— fue una puesta en escena. Querían que pareciera un arrebato doméstico o un lío de alcoba para tapar algo mucho más frío. Si buscaban silenciarla, quizá llegaron tarde. O quizá su silencio ahora grita más que cuando estaba aquí.

Marta chupó la cucharilla de plástico y me miró con esos ojos que a veces parecen saberlo todo antes que yo. —Lo cierto —dijo— es que detrás está la basura de siempre. Los Rodríguez de Bastidas.

Pagamos y echamos a andar por la calle, buscando una sombra que el sol se negaba a darnos. —¿Y quién la ha hecho desaparecer? —pregunté al aire—. ¿Sus socios? ¿Ramón, al descubrir con quién dormía? Marta caminaba a mi lado, harta de que yo le diera vueltas al mismo molino. —Y luego está la Orden Constantiniana —insistí a pesar de ella—. Tanto adorno y tanta formalidad solo sirven para

tapar el problema real. IMIB como escaparate de un montaje lleno de millones que opera en la más absoluta ilegalidad. Dime. ¿Quién nos va a creer?

De repente, noté una blandura sospechosa bajo la suela del zapato derecho. Me detuve y miré abajo. Había pisado una mierda de perro fresca, una plasta enorme en medio de la acera. Y justo en ese instante, una gota de mi helado de vainilla resbaló del cucurucho y cayó justo encima del excremento, mezclándose el blanco cremoso con el marrón sucio. Me quedé mirando aquel cuadro. —Ahí lo tienes —señalé a mi zapato—. El resumen perfecto de este caso. Una mierda pinchada en un palo, pero con sabor a vainilla.

Marta soltó una carcajada seca, sin compasión, mientras yo intentaba limpiarme en el bordillo. —Esto no es un trabajo serio, Víctor, es un disparate.

Tenía razón. Un abogado que se cree un consigliere, un marido que es una sombra y unos jefes que prefieren mirar al techo. No era un caso, era un pozo sin fondo. Me sentía como Matthew McConaughey en Interstellar, cuando atraviesa el horizonte de sucesos y se queda suspendido en ese vacío imposible: flotando a ciegas entre dimensiones, intentando gritar una verdad que nadie escucha mientras el tiempo se le escapa entre los dedos. Yo también iba a tientas, sin saber si al final de este agujero negro habría una salida o solo un muro frío.

Me enderecé, aun con el zapato sucio, y saqué el teléfono casi por inercia, solo para comprobar si el mundo seguía girando. En la pantalla, sin avisar, había aparecido una notificación nueva. Otro mensaje anónimo. Una foto borrosa de un recibo bancario. —Un momento —dije—. Parece que a este baile todavía le queda música.

CAPÍTULO 96

Mi Watergate

El WhatsApp seguía abierto con el recibo sin sentido cuando el teléfono empezó a sonar. Número largo, pero prefijo nacional. Contesté con recelo, mientras Marta me ofrecía un pañuelo de papel para mis zapatos con gesto de asco.

—¿Víctor?

La voz me sacó del puerto y me mandó directo a los años de instituto, a las broncas en el recreo y a los planes para comerse el mundo.

—¿Leandro? —pregunté, sin podérmelo creer.

—El mismo —rio—. Te vi en la tele por lo de María del Junco y reconocí esa cara de cabezón. Pensé: si alguien puede ayudarme a darle sentido a esto, es el tipo más obstinado que conozco.

Leandro era un periodista de los que ya no quedan, de los que se pringan buscando la noticia donde nadie quiere mirar. Hacía años que le perdí la pista; sabía que andaba por Madrid husmeando en los despachos donde la gente importante decide.

—¿Qué tienes? —pregunté. Sabía que no llamaba para saber cómo me iba la vida.

—Una filtración. Digamos que me ha llegado de gente que un día sirve a su país y al otro al mejor postor. Suena a paranoia, pero los nombres encajan. Te mando un resumen. Échale un ojo.

Consulté la pantalla. Párrafos cortados, sin firma. Lo leí en voz alta, bajo la atenta mirada de Marta:

—T–45 habla de la quinta transición hegemónica, inevitable, con China como enemigo. E–7 exige compensaciones del 245 % y cita las reservas rusas. R–B insiste en la Orden Constantiniana: devolver el mundo a lo analógico, cortar el pulso digital antes de que Pekín lo monopolice».

Alcé la vista. Marta me miraba con la cara de quien acaba de ver un accidente.

—No hace falta que te lo aclare —continuaba el texto—: uno es el de los casinos y las torres doradas, el otro el de los coches eléctricos y los cohetes… y el tercero, bueno, ese lo tienes tú ahí cerca. Digamos que no sale en la prensa económica, pero debería».

Anda. Marta no apartaba la vista.

—¿Quién demonios es R–B? —susurró, aunque los dos sabíamos la respuesta.

Rodríguez de Bastidas.

—Vaya trío, ¿eh? —rio Leandro con esa desgana del que ya no se sorprende por nada—. Un tahúr, un marciano… y tu viejo conocido. Parece un chiste malo de bar.

Oí el bullicio de cafeteria de Claudio Coello al otro lado. Leandro estaba en Madrid, en el centro de la bestia, y el ruido le obligó a salir, o fue para fumar. Ya no se lleva fumar, pensé.

—Una cosa más, Víctor. Mira lo de la Antártida. Tienes las coordenadas en el adjunto. Dicen que están levantando el mayor almacén de información del planeta. Un búnker de datos bajo el hielo.

Deslicé el dedo por la pantalla. El texto hablaba de un complejo subglacial, servidores alimentados por reactores modulares y cables de fibra oscura. Nadie lo reconocía, pero el tráfico de datos era brutal.

—Cuando el sistema caiga —la voz de Leandro se volvió seria—, solo ellos tendrán la llave de la memoria. Venderán el acceso a lo que fuimos.

—¿Y la Orden Constantiniana? —pregunté, sintiendo que el mundo se volvía un lugar todavía más extraño—. ¿Qué pintan los disfraces medievales en esto?

—Es el envoltorio, Víctor. El cuento de lo analógico es para los nostálgicos. Lo que buscan es el monopolio. Cuando apaguen la luz, solo ellos sabrán dónde está el interruptor. Me quedé unos segundos en silencio, procesando la magnitud de aquella locura. —¿Y qué coño quieres de mí, Leandro? —le solté, sin poder ocultar mi incredulidad—. ¿Por qué me cuentas esto a mí? —Nada. Solo quería que lo supieras por si me pasaba algo —su voz sonó extrañamente plana, resignada—. Y para que lo filtres tú. Yo no puedo, me

eliminarían *ipso facto*. Solté una risa seca, casi amarga. —Mucho me pides, amigo. Qué poco valoras mi vida. —Tú puedes, Víctor. Lo sé. Y colgó. Marta seguía fija en mí, con el helado derretido goteando en su mano, esperando una explicación que yo no tenía. Guardé el teléfono despacio; perplejo y asqueado.

Esto es para volverse loco, pensé. Búnkeres bajo el hielo de la Antártida. Transiciones hegemónicas. El apagón de la era digital. Por un instante, sentí que me habían metido a patadas en el guion de una puta serie distópica de Netflix, de esas con las que me suelo quedar dormido a los diez minutos en el sofá. Yo era un policía normal y corriente que deseaba jubilarse a toda costa. Mi mundo, por propia decisión, era ya la calle y la vida me había devuelto sangre en un pantalán, billetes falsos, mentiras y un complejo caso que me superaba. Eso lo entiendo. Yo miro los cadáveres, no el destino de la humanidad. Pensar que el estirado de mi sospechoso estaba jugando a ser un villano de película para apagar el mundo me venía tan sumamente grande que rozaba el ridículo.

Pero no me reí. El problema era que, por mucha ciencia ficción barata que destilara el chivatazo de Leandro, los muertos que íbamos dejando atrás eran de carne y hueso. A Rupérez no lo había ahorcado un algoritmo, y a la chica del muelle no la ahogó un plan hegemónico. Los habían liquidado manos reales, quizás los mismos que jugaban al Risk con el planeta.

Leandro no me soltaba esto por amistad; estaba cebando el anzuelo para su próxima exclusiva. Pero ahora, las letras seguían ahí, grabadas en mi cabeza: T–45. E–7. R–B. Era el prólogo de una guerra que no entendíamos, y nosotros estábamos en mitad del campo de batalla sin saber siquiera quién disparaba. A Marta le gustaba el helado.

CAPÍTULO 97

Hallazgo fortuito

Todavía con el eco absurdo de la conspiración de Leandro retumbando en mi cabeza, bajé la vista a la pantalla del móvil. Aquel mensaje que había entrado justo antes de la llamada, y que yo había dejado pasar, no era ningún recibo bancario.

Al fijarme bien, vi que de "anónimo" no tenía nada. La imagen era un JPG mal recortado, con bordes de captura de pantalla y un logo de Google Maps pixelado a conciencia. Abajo, una nota en Arial 10 que me hizo sonreír: «Lo prometido. No me pidas más sin invitarme a desayunar antes».

Era Tadeo Jones. El gurú de informática, un genio que vivía rodeado de cables y latas de refresco, me enviaba lo que parecía una factura para camuflar el rastreo del teléfono de Cris. Me dio un subidón; por fin algo que no era política ficción. Con Tadeo, cualquier dato era un triunfo.

«Te envío la última ubicación recibida y el historial de las últimas tres semanas. Es todo lo que he podido sacar sin piratear su cuenta a lo bestia. Lo de la ubicación en tiempo real es cosecha mía… jeje».

Casi podía oír su risotada. El regalo era ese: un dato que no figuraba en ningún procedimiento oficial, pero que nos ponía de nuevo en la partida.

—Tenemos algo —le solté a Marta. Ella detuvo el que parecía último lametón a su helado; lo que quedaba ya chorreaba por sus nudillos. Me miró como si fuera un loco. —¿Qué? —disparó seca, lamiéndose una gota de chocolate de la muñeca.

No era momento de ponerse tiquismiquis, así que le puse el móvil delante. —La ubicación del teléfono de Cris. Tadeo me ha pasado los movimientos de los últimos días. —¿Cinco días? —me cortó, escéptica, lanzando el resto del barquillo a una papelera. Se limpió las manos en los vaqueros sin darle importancia—. Víctor, está muerta.

Tenía razón. A Cris la habían matado hacía más de dos semanas. ¿Qué íbamos a encontrar? ¿Un fantasma con cobertura? Aun así, pinché el enlace. El móvil abrió Maps. La gota roja apareció nítida en la pantalla, marcando un punto exacto a las afueras. —Vaya… —Fue todo lo que pude articular. Marta se asomó a la pantalla; olía a cacao y al calor de la calle. —Joder… qué raro —susurró. La ubicación marcaba el cementerio municipal.

—Vamos para allá —dije. Si el móvil estaba allí, quien se lo llevó también ha estado.

Entonces, la pantalla parpadeó. —¡Espera! ¡La señal se ha movido! —La gota azul se había desplazado unos milímetros. ¿Un error del GPS o alguien estaba jugando con nosotros? —La señal sigue activa —dije, tratando de que no me temblara la voz—. Está encendido. ¡Vamos!

—¡Un segundo, Víctor! —me frenó Marta, agarrándome del brazo —. Llama antes.

Tenía razón. Marqué el número de Cris. Un tono… dos… La comunicación se cortó de golpe. Línea rechazada. —Lo han colgado —dije, mirando el móvil—. Alguien lo tiene en la mano ahora mismo. —Ahora sí —sentenció ella. El aburrimiento se le quitó de golpe.

Echamos a correr hacia el coche. Mientras corría, llamé a Central: —Necesito refuerzos en el cementerio municipal. Posible sospechoso activo. Rodeen el área, pero sin sirenas.

Marta ya me sacaba ventaja. Se giró antes de llegar a la puerta y me gritó: —¡Vamos, coño!

Nos lanzamos al interior. Arranqué y pisé a fondo; el motor gimió y la ciudad empezó a pasar de largo. Yo iba pegado al volante, atravesando semáforos en ámbar oscuro porque, de hecho, nos iba la vida en ello. Mientras devorábamos la avenida, pensé que si Leandro tenía razón y querían enterrarnos, no había mejor sitio que hacia donde nos dirigíamos.

—No veo movimiento —dijo Marta, aferrando el móvil mientras el coche botaba en los badenes—. Se ha quedado fijo en la zona norte. —La pantalla parpadeaba con una insistencia que me ponía enfermo.

Y entonces apareció. El viejo muro encalado del cementerio. Los cipreses asomaban desde dentro, viejos y torcidos. Aquel lugar

parecía un reducto olvidado, demasiado pequeño para tanto silencio.

Delante, una patrulla ya desplegaba conos. Otros dos agentes se acercaban a pie, con la mano en la funda. Frené en seco. El chirrido de las ruedas se mezcló con mis ganas de salir de allí. Abrí la puerta. El aire olía a tierra seca y flores podridas. Supe que allí dentro se iba a poner la cosa fea.

CAPÍTULO 98

Resistencia

Justinov empapó la toalla en la garrafa de cinco litros que tenía en la cocina y volvió al salón. Le hizo un gesto seco a Retrovisov para que levantara la cabeza de la mujer. El sicario obedeció, aunque el miedo asomaba en sus ojos al sostener aquel cráneo inerte que parecía pesar demasiado. —Está en las últimas —advirtió Retrovisov —. No aguantará otra ronda. —Calla y pincha —ordenó Justinov con impaciencia—. Vuelve a traerla.

Retrovisov soltó la cabeza de Tania, que cayó sobre el pecho con un chasquido húmedo. Se acercó a la mesa, rebuscó entre los viales vacíos hasta encontrar uno con restos de líquido y cargó una jeringuilla usada que descansaba sobre un cenicero de barro con la inscripción «Recuerdo de Toledo». No necesitó levantar la manga del fino chaleco de punto blanco de la señora. Su brazo, amoratado y sujeto al reposabrazos con bridas de electricista, era un mapa de hematomas, testimonio de cuatro o cinco pinchazos previos. —Esta tipa tiene que ser rusa, es de hierro —murmuró Retrovisov buscando una vena que no hubiera colapsado. —Te he dicho que te calles.

El pinchazo fue certero. Un minuto después, el cuerpo de Tania se sacudió con un espasmo eléctrico. La adrenalina, mezclada con el cóctel de escopolamina y pentotal, obligó a su corazón agotado a bombear una vez más, arrastrándola desde el umbral de la muerte de vuelta al infierno de aquella sala sin ventanas.

Justinov se inclinó sobre ella. —Tania, krasavitsa… no seas tan tozuda. Dinos dónde está la llave de la maldita caja y el pendrive. Te dejaré vivir para que te vuelvas a pintar las uñas cuando te crezcan… Le acarició la cara con una falsa ternura, levantándole el mentón con unos dedos gruesos como salchichas. —Vamos, niña, estoy harto de estar encerrado con este gilipollas y su olor a cabra… Tengo ganas de salir y comerme un buen chuletón…

Soltó una carcajada que cortó en seco, golpeando a Tania en la cara con el dorso de la mano. El sonido del impacto fue hueco. La cabeza de la mujer se desplazó con violencia, y Retrovisov tuvo que comprobar que no le habían roto el cuello. Pero Tania estaba entrenada para esto. Su cuerpo era un escudo; su mente, una caja fuerte sellada al vacío.

—Vamos a darnos otro baño —sentenció Justinov, aburrido—. Sujétala. Retrovisov tiró de su pelo hacia atrás, exponiendo la garganta. Justinov dejó caer la toalla húmeda sobre su rostro. La tela blanca se tiñó al instante de un rojo pálido al absorber la sangre de la nariz rota y se hundió en la boca abierta de Tania. Justinov volcó la garrafa. El agua anegó la tela e inundó las vías respiratorias. El cerebro de Tania, privado de oxígeno, entró en pánico primitivo. Su pecho se henchía buscando aire, convulsionando contra las ataduras, mientras sus pulmones ardían.

A ellos no les importaba su dolor. Solo les importaba terminar el trabajo encomendado hacía dieciocho días. No había sido fácil. Un año estudiando sus rutinas y sus puntos ciegos. La entrada final la había facilitado Cris, la limpiadora. La ironía era cruel: Cris era la chica de confianza, la que acompañaba a los señores de Bastidas en sus viajes a Marbella, Alicante y Madrid, cobrando bien y viajando en el Mercedes como una más. Pero era ingenua. Cuando conoció a Retrovisov en Tinder, no podía creer que un tío tan guapo se fijara en ella, tan «normalucha». Él la cazó fácil con regalos y fiestas con la «panda de los rusos». Bea, la amiga de Cris, fue más lista: olió el peligro de la cocaína y la violencia latente y huyó a tiempo. Cris, sin embargo, cegada y manipulada, les entregó las llaves sin saber que firmaba la sentencia de muerte de su jefa.

Aprovecharon las ausencias para sembrar la casa de micros y cámaras de última generación. Tania lo descubrió el mismo día del rapto. Estaba en el sofá con Ramón, fingiendo desearle. Mientras simulaba hacerle el amor lo mejor que sabía, con la mirada perdida en el techo, se percató de algo: el haz de luz de una de las lámparas LED proyectaba una sombra irregular. Al desmontar el foco y ver la microcámara parpadeando, supo que estaba vendida. Su tapadera había saltado. Corrió a la caja fuerte, sacó el teléfono de seguridad y

marcó el Código Rojo. —Me han descubierto. Solicito extracción inmediata.

Esperaba un equipo de rescate. No sabía que la respuesta sería el silencio. La traición era absoluta: no venían a salvarla, venían a borrarla. Sus propios jefes la habían entregado.

De vuelta en el piso franco de El Vietnam, el agua dejó de caer. Justinov retiró la toalla. Tania boqueó, aspirando aire con un sonido ronco, gutural, mezclado con vómito y agua. —Déjala descansar diez minutos —dijo el ruso, mirando su reloj Casio—. Si se muere ahora, no cobramos. Retrovisov asintió, aliviado, y se apartó hacia la ventana cegada para fumar, con las manos temblorosas. Aquella mujer era de metal, pensó, pero hasta el metal acaba por quebrarse.

CAPÍTULO 99

Los últimos días de Tania

Dos coches patrulla nos esperaban junto a la tapia lateral del cementerio, discretos, sin luces ni sirenas. El cielo estaba plomizo y el levante pegaba con esa humedad que te deja la camisa pegada a la espalda. Bajamos del coche convencidos de que íbamos a encontrar algo, pero lo único que había eran lápidas y el silencio de los muertos. Sentí una rabia instantánea. —Falsa alarma —mascullé, pateando una piedra—. Bajad las armas. Revisad esas matrículas de ahí enfrente, por si acaso.

Marta caminó bordeando el aparcamiento de tierra, buscando algún brillo entre la basura. El silencio se rompió con el tono de mi móvil. Tadeo. —Víctor —su voz sonaba metálica—, me ha saltado una alerta. Has intentado llamar al número. —No da señal, Tadeo. Estamos en las coordenadas, pero aquí no hay nadie. Y se ha cortado la llamada. —¡Claro que no da señal! —exclamó el informático—. Tío, ¿has leído el informe o solo has mirado el dibujo? Lo que ves en el cementerio no es tiempo real. Es el historial del dispositivo; la última conexión de la eSIM de Tania antes de que la borraran. La llamada que te acaban de rechazar hace un minuto ha rebotado en una antena totalmente distinta. El móvil activo está en el barrio de 'El Vietnam'. ¡Estáis en el lugar equivocado!

—¿Cómo? —¿Me estás diciendo que he movilizado a tres patrullas por un fantasma? —Te estoy diciendo que estás persiguiendo un eco de hace veinte días.

Colgué sin responder, maldiciendo mi impulsividad. Abrí de nuevo el archivo. Me había lanzado a la piscina sin mirar si había agua, un error de bulto. Pero ahora, con la cabeza más fría, vi lo que se me había pasado. El error escondía una mina de oro. El teléfono tenía dos vidas. El mismo IMEI, dos dueñas. Primero, una cuenta asociada a Tania. Luego, un reseteo de fábrica y una nueva cuenta para Cris.

Y el punto de intercambio, el lugar donde el teléfono cambió de manos, era justo donde estábamos pisando: la tapia del cementerio.

Las ubicaciones contaban la historia: el trayecto partía de Vista Hermosa y moría aquí, en el cementerio. Un silencio de tres horas y, de repente, el teléfono reaparecía encendido y vinculado a la nueva cuenta de Cris, con movimientos hacia su piso y la zona de Aponiente. Pero tras la fecha de su asesinato, el rastro se volvía a mover para quedarse anclado permanentemente en El Vietnam. Aquel aparato había estado con Tania en sus últimos momentos y luego pasó de unos a otros como un móvil robado en un mercadillo. Cris —o su novio— no solo tenían las llaves de la casa; se habían quedado con el teléfono de la víctima.

Le pedí a Marta que entrara en el coche y la puse al día. —¿Navratilova? —murmuró al ver el correo—. ¿Tenis o… lo otro? —Viendo cómo se las gasta doña Casilda con Julia, yo diría que a Tania le gustaban las mujeres —dije—. Pero lo importante es la ruta. Cris o el novio de la cicatriz recibieron el teléfono aquí.

Por primera vez tuve la sensación de avanzar. No era certeza, apenas una corazonada, pero suficiente para empujarme un paso más. Sí, a veces me llamaban «el Metódico», del mismo modo que en el oeste llamaban Trinidad a un pistolero que apenas sabía rezar. El apodo me venía grande; yo vivía enredado en dudas e impulsos que intentaba que parecieran un plan. Me hacía gracia: me trataban como un manual de instrucciones, cuando por dentro me sentía más bien un borrador lleno de tachones.

—Vamos a desayunar algo, ¿quieres? —dije, buscando aire—. Necesito azúcar antes de enfrentarme a la jueza. Marta me miró de reojo. —Otra vez con tus teorías… —murmuró, pero me siguió sin rechistar.

Nos sentamos en una terraza cerca de Comisaría. Café y croissants a la plancha. Le solté todo: el error del GPS, las cuentas de iCloud, el rastro. Marta no me interrumpió; solo escuchó mientras destrozaba su bollo. Yo mojaba el cruasán en la espuma del café sin prestar atención, perdido en mis historias. Cuando terminó, vi cómo le daba un bocado enorme al suyo, manchándose un poco la comisura de los labios. Tenía algo de niña en ese momento, una

vulnerabilidad que no dejaba ver casi nunca y que me desarmó por completo. Me gustaba verla así, sin la máscara de policía de hierro.

Iba a sonreírle cuando un rótulo en la pantalla captó mi atención. Imágenes de archivo de grandes cargueros y contenedores en el puerto de Algeciras. Sobreimpresionado, el logotipo inconfundible de IMIB.

Las piezas chocaron en mi cabeza con la fuerza de un AVE desbocado. El rastro falso del cementerio, la sociedad disuelta en Alicante y la logística del Estrecho. Todo era la misma bestia. El teléfono no había acabado en la tapia por azar; era un desvío que usaba la misma ruta que empleaba IMIB para sus sombras.

Dejé el cruasán a medio comer. El caso ya no parecía sencillo, pero por primera vez, tenía la munición exacta para enfrentarme a la jueza y obligarla a dejarnos entrar en El Vietnam con todo el equipo.

Por un segundo, el caso pareció más sencillo. Pero solo fue un momento. Aún me quedaba el plato fuerte: visitar a la jueza, ponerla al día y rezar para que, por una vez, nos dejara entrar en El Vietnam con todo el equipo.

CAPÍTULO 100

Papá Ángel

La idea de llamar a Ángel no surgió de la nada, sino del lugar donde pisábamos. Estábamos en su territorio. Las casas colindantes al cementerio, esa frontera donde el rastro de Tania se había desvanecido, eran dominio exclusivo de un solo hombre. Ángel, el gran patriarca gitano de El Puerto de Santa María. Nadie como él controlaba lo que ocurría en esas calles. Si una hoja se movía en el Vietnam, Ángel sabía quién la había empujado.

Marqué su número. Descolgó al segundo tono, pero no dijo nada. Solo se oía una respiración pausada al otro lado, esperando. —Papá Ángel —dije, usando su nombre de respeto.

Reconoció mi voz al instante. —Al aparato, amigo Víctor.

Él era «El Tío», el patriarca. Nada entraba ni salía de la barriada sin su beneplácito. No hablaba con él desde mis tiempos en la comisaría del Puerto, hacía años, cuando la balanza de la justicia se inclinó a su favor gracias a mi mano. Me debía la libertad, y él lo sabía. En aquel entonces, le pedían diecisiete años por tráfico. Ángel era insolvente sobre el papel, pero las joyas que le incautaron —kilos de oro en cadenas y anillos— desaparecieron misteriosamente del depósito antes del juicio. Nadie supo nunca qué pasó con ellas, o al menos eso constó en el atestado. Yo me encargué de apaciguar a la turba de treinta familiares que asediaba la comisaría y, tras una negociación discreta con un fiscal más pragmático que el actual jefe de Cádiz, la condena se quedó en cinco años.

Hay dos cosas que un gitano no perdona: que toquen a su familia y que toquen su oro. Yo respeté las dos. La deuda estaba saldada… o al menos eso esperaba.

—Necesito verte, Ángel. Es urgente. Estoy en tu zona. —Tírate pa' la Venta El Cepo, Victoriano. La noche ya amagaba con querer joderme cuando marqué su número. [...] —Tírate pa' la Venta El Cepo, Victoriano. Tienes la copa pagá.

Diez minutos después, estábamos allí. Ángel, envejecido, pero con la misma mirada de águila, nos esperaba en una mesa del fondo. El dueño estaba incómodo, deseando cerrar, y pululaba nervioso cerca de Ángel, presionándolo, sin éxito. No hubo abrazos, solo un saludo sincero con un par de gestos. Marta se mantuvo en un segundo plano, respetuosa. Ángel tardó unos minutos en contarme, con la prosopopeya propia de su rango, lo que sus ojos en la calle habían visto.

—Hay un par de tipos raros, Victoriano. Extranjeros. Están metíos en uno de los pisos del bloque dos. Llevan un año de inquilinos, pagando como un reloj, pero son muy esaboríos.

—¿Cómo son? —pregunté.

—Gente mu rara. Mi sobrino, el que controla los alquileres para el menudeo, dice que tienen pinta de militares. Van en invierno en mangas de camisa; el frío ni lo sienten. Y pagan siempre a toca teja, billetes grandes, por adelantao.

—¿Los has visto?

—Poco. No asoman el hocico. Se llevan días encerraos a cal y canto, salvo uno de ellos, que baja a veces a por los avíos.

La descripción encajaba con el perfil militar que sospechábamos, pero necesitaba confirmación visual.

—¿Cómo puedo reconocerlos, Ángel?

El patriarca se rascó la barbilla.

—Tatuajes. En el antebrazo. Una daga pa'bajo. Un dibujo feo, negro, muy marcao. Y la cara… Uno de ellos, el más seco, el que sale a por comida, tiene una cicatriz que le cruza media cara. Un costurón antiguo. El otro, el grandote, el jefe… ese no sale nunca.

No podían ser otros. La cicatriz del novio de Cris y la marca de la organización. Ángel sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa, garabateó algo en una servilleta de papel y la deslizó sobre la mesa, boca abajo, como una carta de póker ganadora.

—Ahí los tienes. Piso cuatro, puerta dos. Y Victoriano… —añadió, agarrándome la muñeca antes de que pudiera coger el papel—. Si se lían a tiros, que no le den a ninguno de mis nietos.

Asentí. Cogí la servilleta de papel. Por fin teníamos la dirección. Pero a aquellas horas de la madrugada, sin la firma de un juez,

patear esa puerta era un suicidio legal que anularía cualquier prueba. Le dije a Marta que preparara el papeleo para primera hora y me fui a casa a intentar dormir, sabiendo que iba a ser imposible.

CAPÍTULO 101

El desvelo del Quijote

Volví a despertarme de madrugada, sobre las tres, con la misma opresión de siempre. Esa sensación pegajosa que me acompaña desde los sucesos de hace diez años. Pero esta vez había algo más. No era solo el asma. Era la servilleta de papel sobre la mesilla, brillando bajo la luz que se colaba por la persiana. La dirección de Ángel. Saber que Tania estaba a solo unos kilómetros, quizá muriendo, y yo aquí tumbado, atado de manos hasta que abriera el juzgado.

Esa espera me estaba matando más que la falta de aire. La revivo cada dos por tres: el momento en que ella se fue, o mejor dicho, el momento en que yo la dejé ir. No hay lugar que escape a la sombra de lo que uno hace. Y ahora, el miedo a llegar tarde otra vez se mezclaba con los fantasmas de siempre.

A tientas, busqué el Ventolín en el cajón desordenado para calmar lo que fuera que me aplastaba el pecho. Me levanté decidido a cumplir con el sueño bifásico de nuestros ancestros. Fui al baño con la puntería mermada por el sueño y volví a la cama tras tomarme un triptófano.

Encendí el móvil. Luz azul contra el insomnio. Vi algunos vídeos de Instagram sin enterarme de nada. Más calmado, pensé que Marta pudiera estar despierta. Miré su última conexión: «En línea».

Estaba desvelada, como yo. Seguro que le daba vueltas a la misma dirección, a la misma puerta blindada que tendríamos que derribar en unas horas. Aproveché que estaba ahí para escribirle; el WhatsApp es esa forma de colarse en la casa de alguien sin tener que llamar a la puerta.

Le mandé un «hola». Es la forma más impersonal de decir: «Perdona que te moleste, pero necesito saber que estás ahí, en la trinchera conmigo». Los pulgares siempre son más valientes que la lengua.

Ella me contestó con otro «Hola». El suyo pesaba lo mismo que el mío. Miré unos segundos el parpadeo del cursor, esperando que escribiera algo más. Es ese silencio digital en el que se dice todo sin teclear una palabra.

De pronto, apareció una foto. Una sonrisa cómplice, ojos cansados, ojeras de esas que solo les quedan bien a las mujeres que son guapas hasta cuando el mundo se cae a pedazos. No le contesté. No quería parecer un baboso ni romper el encanto de estar despiertos a la vez.

Me debilita la belleza, me desordena. Me irrita porque no es el momento, ya que mañana nos jugamos el cuello en El Vietnam, y porque en el fondo yo deseo seguir instalado en el recuerdo de mi mujer. Ella fue mi amor definitivo, y por eso la perdí. Por eso no puedo volver a por ella, como hizo Matthew en Interstellar. No hay agujeros de gusano para el duelo.

No le envié foto de vuelta; a esas horas la honestidad tiene un límite y yo no tenía buena cara. Me despedí antes de meter la pata con un: «Mañana te veo». Un mañana que significaba que estamos juntos en esto, que la noche pasará y que al amanecer iremos a por la orden judicial.

Apagué la luz y dejé el móvil sobre la servilleta de Ángel. En la oscuridad, intenté reconstruir su cara. Mi prosopagnosia siempre difumina los detalles y me obliga a rellenar los huecos con sensaciones. Marta era una imagen vibrante, pero inacabada en mi cabeza, un magnetismo al que me rendía sabiendo que tenía la batalla perdida. Quizá sea mi forma de sobrevivir a lo que veo cada día.

Aparté el teléfono y dejé que el triptófano hiciera el resto. Cerré los ojos esperando que el sueño llegara antes que el miedo a lo que nos esperaba en aquel cuarto piso.

CAPÍTULO 102

El Ultimátum

A primera hora, me presenté en el juzgado. Llevaba el dosier completo: los informes de Altea, los tatuajes, los movimientos de IMIB, la declaración inconclusa de Tania y la servilleta de Ángel. Me sentía agotado, con la misma opresión en el pecho que me asaltó al despertar: esta visita al despacho era mi última pastilla de Ventolín institucional, y no confiaba en que funcionara.

Era hora de enfrentarse a la jueza «Castaña Pilonga». El despacho era un témpano de emociones: cortinas echadas, aire seco y el zumbido monocorde del disco duro del viejo PC. Ni una planta, ni una foto. Solo expedientes apilados y olor a sudor,

—Inspector Ros —dijo, sin alzar la vista—. Ha solicitado una audiencia urgente. Supongo que esta solicitud contiene el fundamento legal para sus reiteradas irregularidades.

—Contiene el fundamento y el mapa, señoría. Ya no hablamos de indicios, sino de una estructura que se burla de la justicia.

Dejó el bolígrafo sobre el escritorio y se recostó en la silla. —Vaya al grano, inspector. Sé de su estilo. No me haga perder la carrera con sus novelas.

—Bien. El mapa está en el pendrive de Rupérez. Necesito la ratificación del auto de la taquilla 34 para blindar esa prueba. Una vez legalizado, necesitamos las herramientas para desmantelar la impecable fachada que lo encubre.

La jueza levantó la mirada, impaciente. —¿Qué herramientas?

—Necesito la intervención total —voz, datos, correos— sobre él y el círculo de esbirros de IMIB. Si son los arquitectos, debemos ir a por los obreros. Y necesito el mandamiento judicial a los bancos para desvelar el entramado Marfield Trading. El rastro que deja la droga no miente.

Hice una pausa breve y continué. —Necesito una solicitud oficial a Patrimonio Histórico para que un experto desvele la verdad de ese

cuadro y los legajos. Señoría, la venganza de la Guerra Civil está en esos papeles. Y necesito orden de geolocalización y tráfico de los terminales de Cris y María del Junco. Debemos trazar un esquema sólido y bien argumentado.

La miré fijamente antes de soltar la petición más urgente. —Y el cuerpo, señoría. Mi confidente, el patriarca gitano, me ha dado la última pista: María puede estar viva, herida, pero retenida. Necesito un auto de entrada y registro para legitimar nuestra intervención. Roldán está listo para dar la orden operativa por flagrancia, pero si los detenidos alegan allanamiento, las pruebas se anulan. Necesito que Su Señoría ratifique esa intervención para blindar la cadena de custodia. Es nuestra única opción de coger a los sicarios rusos in fraganti y de recuperarla como rehén y como testimonio de todo…

La jueza asintió a medias. Para mi absoluta incredulidad, estaba dispuesta a firmar. Pero yo no había terminado. —Y ahora, con su permiso, las dos órdenes de más enjundia.

Ella detuvo la mano. —Necesito el auto de entrada y registro en el domicilio de don Ramón Rodríguez de Bastidas. No en su empresa. En su casa. Su ordenador, su caja fuerte. Todo. Y la última: el mandamiento de intervención total, telefónica y telemática, del Fiscal Jefe Aguilar. Él es el encubridor oficial. O le cortamos la línea o él nos deja sin respiración.

La jueza se quedó rígida. El bolígrafo cayó sobre el escritorio, seco. —¡Es suficiente, Ros! —Su voz, ya no fría, era metálica, cargada de un pánico contenido—. Sabe perfectamente lo que me está pidiendo. Que ordene una guerra civil en la judicatura. No tengo indicios contra el fiscal Aguilar. No tengo pruebas para el registro del domicilio. Ambas órdenes se deniegan.

Firmó con rapidez los autos restantes, estampando su sello en las intervenciones de IMIB, el registro de la célula rusa, los accesos a datos y el peritaje artístico. —Ahí tiene sus autos. Pero las dos órdenes que apuntan a la cúpula, olvídese. Váyase a por la mafia rusa. Si rescata a María, volvemos a hablar.

—Entendido, señora jueza.

—Y tenga cuidado —añadió, en un suspiro, con la mirada clavada en la pared—. A menudo, las consecuencias de nuestras acciones se

vuelven contra nosotros.

Me levanté. Saludé con un leve gesto y salí. Me había dado el arma. Pero me había quitado el gatillo de la verdad. En el pasillo, el ujier fingía ordenar papeles. Marta esperaba junto a la puerta del ascensor.

—¿Qué tal? —preguntó. —Ha aprobado casi todo. Me he quedado flipao. Pero ha desautorizado las dos órdenes que la comprometían. Lo esperable.

Las puertas del ascensor se cerraron con un golpe metálico. Marta me miró sin decir nada. Yo también guardé silencio. Ella estaba tensa por la aprobación, y yo por las dos negaciones. Ambos intuíamos que la ratonera era más grande de lo que parecía, pero no sabíamos quién había puesto el queso.

CAPÍTULO 103.

La intervención

Roldán escuchó mi informe al otro lado de la línea y se quedó callado un segundo. Teníamos el auto de la jueza, pero el equipo táctico no llegaba.

—No hay tiempo para esperar a los GEOS, Víctor —dijo con voz seca—. Tienes la orden y hay riesgo de muerte. Si esperáis veinte minutos, sacamos un cadáver. Entrad ya. Si hay lío, yo doy la cara.

Llegamos a la dirección de Ángel. Los compañeros ya habían montado el perímetro, pero el Grupo de Intervención Rápida seguía en Cádiz. Tania podía no tener veinte minutos. La presencia de las patrullas ya había despertado al barrio. En «El Vietnam» huelen el uniforme antes de verlo, y el aire ya estaba cargado.

Decidí actuar. No soy un gigante, pero tengo cuerpo para tirar una puerta abajo. Le hice un gesto a Marta para que desenfundara. Yo saqué la pistola de la parte de atrás del vaquero y le quité el seguro. Marta caminaba pegada a la pared. El calor sacaba a los vecinos a los rellanos y los ladridos rebotaban en el hueco de la escalera. Entre el público había más de un "aguaor", y yo, con mi polo, cantaba a madero desde el portal.

Entré primero. El portal era un agujero angosto y oscuro, de esos edificios de los sesenta que se caen a pedazos. El olor a humedad y orina vieja me pegó en la cara. Le indiqué a Marta con dos dedos que subíamos. Ella llevaba el chaleco antibalas; yo iba a pelo. Subimos las escaleras de dos en dos, con el pulso a mil.

Cuarto piso. Puerta dos. La hoja era blindada y nueva, un búnker antiokupas en mitad de un pasillo desconchado. No hubo protocolos. Sabía que la puerta era dura, pero el marco estaba podrido. Me alejé un paso, puse toda la mala leche en la pierna derecha y solté una patada frontal junto a la cerradura. El marco crujió, pero aguantó.

—¡Víctor! —gritó Marta.

Volví a golpear con la furia del que sabe que llega tarde. El marco cedió escupiendo astillas y la puerta se abrió de golpe contra la pared. Entré barriendo la estancia con el cañón.

—¡Policía! —grité.

El salón era minúsculo y olía a basura. Marta entró detrás de mí cubriéndome el flanco. —¡Limpio! —grité al comprobar que no había ni Dios. Solo una lámpara tétrica y un sillón mugriento. Revisé el baño y las habitaciones en segundos. Estábamos solos.

—¡Marta, una ambulancia! ¡Ya!

Enfundé el arma y me lancé hacia la silla donde Tania estaba maniatada. Sentí pena: el charco rojo bajo sus pies, la ropa rota, el olor a podrido. Tenía las muñecas amoratadas por las bridas. No llevaba navaja, pero vi el brillo metálico de un bisturí que se habían dejado en el lavabo. Lo cogí y corté el plástico de un tajo.

Al perder la sujeción, el cuerpo de Tania se desplomó sin nada que lo sujetara. Cayó de bruces en el charco de su propia sangre. El aire era denso, una mezcla asquerosa de sudor rancio, metal y un olor penetrante a cebolla cruda.

—¡Ayúdame, Marta!

La giramos boca arriba. Tenía la piel fría y viscosa. Su rostro era una máscara de dolor que apenas reconocía. Marta buscó el pulso en el cuello mientras yo acercaba el oído a su boca.

—¡Respira, joder! ¡Tania, respira!

A lo lejos empezó a oírse la sirena. Marta me miró, pálida. —Tiene pulso, pero es casi nada. Se me muere en las manos, Víctor.

CAPÍTULO 104

El Plan: protocolo de contingencia

A varios kilómetros de El Vietnam, el ambiente era muy distinto al caos de sirenas que Víctor y Marta habían desatado. Justinov y Retrovisov habían abandonado el edificio siete minutos antes de que la primera bota de Víctor golpeara la puerta. Una voz distorsionada les había dado la orden de abortar: «Quema y sal. Código negro».

Justinov arrancó la Mercedes Vito negra. El motor apenas hacía ruido. Mientras maniobraba por las calles de la periferia, sus ojos azules escanearon los retrovisores. No había luces tras ellos. No había nada que los vinculara al piso, salvo el aire que habían respirado. Justinov aflojó el agarre al volante y puso música clásica. Para el mundo, eran solo una furgoneta más. Para ellos, era el cierre de un trabajo que había empezado hacía un año.

La vigilancia sobre Tania no había sido un arrebato; la tenían controlada al milímetro. Cada llamada y cada rostro nuevo habían sido registrados. La operación respondía al nombre de «Protocolo de Contingencia». Sobre el papel, era protección; en la realidad, era una ejecución programada. Moscú desconfiaba de ella. Estaban convencidos de que la «Matrioshka» jugaba a dos bandas con los americanos.

Justinov y Retrovisov se conocían desde los Spetsnaz. Ambos habían crecido dentro del ejército, ascendiendo a base de hacer el trabajo sucio y manteniendo una obediencia ciega. Oficialmente, estaban en Marbella como seguridad de un magnate del acero, pero su único objetivo real siempre fue Tania.

Todo se precipitó el día que ella encontró la cámara en su salón. Tania, aterrada, pidió ayuda a la CIA, pero el mensaje nunca llegó a Langley. Fue interceptado por los rusos. Le montaron una extracción falsa y ella mordió el anzuelo.

Pero Tania no era tonta. Al recibir la confirmación, notó algo extraño en el mensaje. Supo que no venían a rescatarla, sino a

liquidarla. Intentó desaparecer antes de que lo hicieran ellos, improvisando el encuentro en el club para dejar testigos. Quería utilizar a Gonzalo y Julia como actores de su propio drama; sin embargo, el plan se le fue de las manos.

La pillaron después de que dejara atrás el túnel. Justinov la interceptó cerca del campo de fútbol, poco después de que saliera del túnel. No hubo negociación. Ella solo vio el brillo de la jeringuilla un segundo antes del pinchazo. El grito se le ahogó en la garganta y su cuerpo golpeó la tierra húmeda. La cargaron en la furgoneta y salieron del club sin levantar sospechas, pasando por delante de la casa de Samuel.

A las 22:16, se detuvieron en la rotonda del cementerio. Era un punto ciego necesario. Retrovisov se ocupó de la limpieza digital en la parte trasera mientras Tania seguía inconsciente por los barbitúricos. Sacó el iPhone de la mujer y lo conectó a un portátil militar. Fotos, notas y contactos pasaron al disco duro. Buscaban el paradero de los documentos físicos, su seguro de vida.

El protocolo exigía destruir el teléfono, pero Retrovisov pecó de listo. Miró el aparato: nuevo, caro, impecable. Pensó en Cris, su novia, la limpiadora que les había dado las llaves sin saberlo. Ella siempre se quejaba de su móvil roto. Un reseteo de fábrica, borrar la eSIM —dejando ese rastro que Víctor encontraría después— y un regalo gratis. Lo guardó en el bolsillo y arrancaron hacia el piso franco.

Retrovisov no sabía que acababa de meterse una bomba en el bolsillo. Creyeron que eran invisibles, pero su propio ego les había puesto el punto de mira en la nuca.

CAPÍTULO 105

La impostora y el silencio de la tumba

La encontramos moribunda. Aún no sé cómo seguía respirando cuando la subieron a la ambulancia, directa a la UCI del hospital del Puerto.

Los siguientes minutos fueron un borrón de luces rotativas, gritos de camilleros y el olor a hospital que tanto detestaba. En la espera interminable de la sala de urgencias, con el caso calentito entre las manos, lo único que nos importaba era que no se apagara. Nuestro propósito era claro: si Tania abría los ojos, teníamos el hilo directo hacia Ramón y los matarifes rusos. Si esa mujer cruzaba la línea, se llevaba sus secretos a la tumba y la conexión se esfumaría para siempre.

Me quedé con el nombre de la doctora de guardia y le di mi teléfono personal para que me informara de cualquier novedad. Me dijo que en treinta años no había visto una resistencia igual. Tania se estaba agarrando a la vida con las uñas.

La madrugada transcurrió lenta, revolviendo ante las sábanas desordenadas de la cama sin hacer. A primera hora, Roldán nos ordenó volver a comisaría para formalizar el acta de intervención por allanamiento y no dejar resquicios legales. Nos fuimos a regañadientes, sabiendo que el reloj corría en nuestra contra.

La prensa hizo su parte, alimentada con las migajas que yo le filtré a Mercedes. La versión oficial decía que, gracias a la intervención de un agente, se había rescatado a la señora Rodríguez de Bastidas gravemente herida.

Después de todo este barrullo, no sabía si estábamos empezando o terminando. ¿Debía seguir tirando del hilo hasta que se rompiera? Había demasiados cabos sueltos, y para mí el principal era el olvidado Rupérez.

Necesitaba ordenar la cabeza, así que paré a tomar un café y, por pura inercia, agarré un ejemplar del ABC que alguien había dejado

sobre la barra. Empecé a hojearlo por el final. Suelo revisar las necrológicas porque allí, entre párrafos solemnes, a veces se esconde más verdad que en un sumario judicial. Y hojeando esas páginas, caí en la cuenta: ¿a nadie se le había ocurrido publicar la esquela del difunto Rupérez? Siendo Rupérez natural de Dos Hermanas, lo lógico es que algún pariente hubiera cumplido el trámite.

Rebusqué en el padrón y crucé datos del INE. Figuraba empadronado en El Puerto, pero ni rastro de familiares directos. Tiré de amistades.

—¿José Luis? —dije al teléfono. —¡Víctor, hombre! Qué alegría. Aquí estamos, aguantando.

—Lo noto —respondí, mientras de fondo sonaba el traqueteo de un teclado viejo, de los que meten ruido al teclear. —Necesito saber si consta una tal Rosa vinculada a Julián Rupérez.

Me dio el nombre: Rosaura Rupérez Sorna.

—¿Rosaura…? —pregunté, y entendí que nos la habían vuelto a jugar.

—Segurísimo —afirmó José Luis—. Dada de baja en 2017, sin traslado registrado en España.

Minutos después llegó el correo. Rosaura Rupérez Sorna. Ni rastro de otros parientes. Aparte del dinero falso, quedaban propiedades y joyas por más de un millón y medio de euros. ¿Era Rosaura la heredera o alguien se hacía pasar por ella para controlar el botín?

Volví a los archivos de prensa que coincidan con la muerte de Ruperez. Entre las esquelas de esos días, solo una nota mínima firmada por el Cuerpo Nacional de Policía. Llamé a Paula, de Comunicación.

—Paula, ¿la esquela de Rupérez la pusisteis vosotros? —¿Qué esquela? El comisario también se quedó de piedra. Nosotros no fuimos.

Contacté con el periódico. El registro de pago decía: «Julia, su abogada», junto a un número de móvil. No era el mismo que me dio «Rosa» en el entierro. Llamé varias veces. Nadie contestó.

No fue fácil localizar a la verdadera Rosaura, pero tras varias gestiones con el consulado logré hablar con ella. Estaba en

Dinamarca. Me confirmó que no había pisado España en diez años.

—¿Y la abogada? —lancé el anzuelo. —Sí, lo estoy gestionando todo con Julia García Casas. Llamé a Demetrio, el mejor amigo de mi hermano, y él me dio su número sin dudar. Estaba esperando mi llamada.

Fue como ver el truco detrás de la cortina. Qué imbécil, no haberlo visto antes. La mujer que se me presentó como Rosa en el cementerio, la que me entregó el sobre y fingió ser la hermana doliente, era en realidad Julia García Casas, la abogada. Recordé su pose de mujer de negocios, el teatro que montó con el apellido y cómo esquivaba cualquier detalle. La verdadera Rosaura seguía en Dinamarca.

Fue tan evidente que me frustra no haberlo notado antes. Si Julia había suplantado a Rosaura con tanta naturalidad ante un policía, no era solo una abogada; era una mentirosa profesional manejando a un tipo que ya no está.

Me serví otro café. La cafetera soltó un chorro negro y amargo. Ahora tenía su número directo. Miré el reloj: las 11:30. Si me daba prisa, aún podía encontrar a Julia García Casas en su despacho antes de que saliera a comer.

Esta vez no tendría ninguna máscara detrás de la que esconderse. Pero decidí esperar. Tenía que prepararme.

CAPÍTULO 106

La verdad al descubierto

Sonó de nuevo el teléfono, rompiendo el silencio del coche con el sonido de arranque de Apple. Un número fijo local.

—¿Inspector Ros? —preguntó una voz grave y profesional. —Sí. —Soy el doctor Romeral, intensivista de guardia en el Hospital Santa María del Puerto. Tengo malas noticias. Doña María del Junco ha fallecido hace unos veinte minutos.

El mundo se hundió a mis pies. —¿Cómo? —fue lo único que acerté a decir.

—Sufrió un fallo multiorgánico. No pudimos remontarla. He creído oportuno avisarle antes que a sus familiares por la naturaleza del caso. Su esposo estuvo aquí esta mañana intentando gestionar un traslado urgente al Hospital Ruber de Madrid, pero se marchó a hacer gestiones y… bueno, no tengo su número directo. No me dejó contacto y en admisión solo consta el de la paciente, que está inoperativo. Si pudiera encargarse usted…

—Yo me encargo —dije, con la voz más ronca de lo habitual.

Corté. Me quedé hecho polvo. La oportunidad se me acababa de escapar por un pelo alopécico. Pero no me puse nada dramático; al final, esa mujer era una completa extraña. Aun así, su muerte me dejó frustrado, sintiéndome el responsable directo de su suerte por no haber llegado a tiempo. Un romanticismo muy propio mío de querer salvar al mundo.

También sentí el alivio cobarde de quien ve terminar una carrera, aunque sea perdiendo. Ella descansaba al fin, y yo, quizás, también. Qué poco duró. Enseguida sustituí la frustración por una rabia sorda. Había fallado en encontrarla por culpa de obsesionarme con pillar a los culpables.

Ramón. Victorioso. Estaba seguro de que su mano estaba detrás de todo aquel teatro, y ahora, con Tania muerta, los secretos se

hundían con ella. Él ganaba otra vez. Se quedaba limpio, sin que hasta ahora pudiera incriminarlo. Otra vez.

Pensé en ir al hospital, pero la lógica se me impuso: muerte violenta, autopsia, juzgado. Tardarían días. Una víctima más de este lodazal burocrático.

¿Acudir al fiscal? ¿Fiarme de nuestra jueza? ¿Debía llamar a Ramón? El hospital me había pasado esa patata caliente. Miré el teléfono, tentado y asqueado a la vez. Decidí posponerlo unos minutos antes de hablar con el diablo.

Iba a decirle a Siri que llamara a «Ramón Bastidas» cuando el móvil saltó con una notificación de correo. Era el informe de desencriptado de la «Operación Viga». Tadeo había hecho su magia con los archivos que Juárez, desde Asuntos Internos, nos había facilitado bajo cuerda. Abrí el correo. Tres líneas brillaban en la pantalla del móvil. Me detuve en la segunda. Tuve que leerla dos veces para creerlo: «Pago concepto asesoría jurídica. Beneficiario: Juan de Dios Menelao Gutiérrez. Importe: 623.245 €. Cuenta de origen: IMIB Holdings. Nota interna: Emitir factura por obra 'B'.

Juan de Dios Menelao Gutiérrez. El marido de Nuria Roque y Cienfuegos, la jueza estrella de Alicante. Juárez anotaba al margen que los fondos provenían de la misma partida usada para mover los billetes falsos encontrados en la notaría y en casa de Rupérez. Otra piececita encajada. «Bajos del Golán», la sociedad pantalla del marido, no podía ser otra cosa más que una lavadora para blanquear los pagos a la jueza de Alicante. Pagos por mirar hacia otro lado en los concursos de acreedores, por proteger a la mafia rusa y a IMIB en el Levante. Esa era la conclusión del malogrado informe de Augusto Rodríguez, que había quedado olvidado en un cajón.

Pero Juárez me había dado la pistola con el cargador vacío. Si los presentaba tal cual, cualquier abogado de oficio alegaría nulidad por obtención ilícita y el caso se caería antes de empezar. Peor aún: quemaría a Juárez y me inhabilitarían a mí. Ese era el truco. Asuntos Internos sabía la verdad, pero no tenía los huevos de ir contra una «intocable» como la jueza Roque sin una orden judicial previa que avalara el rastreo. ¿¿Por eso me lo pasaban a mí?? Querían que yo

fuera el kamikaze. ¿Que yo encontrara la forma de blanquear esa información o que la filtrara a la prensa y me comiera la querella?

Miré el móvil muy cabreado. Para legalizar esto, necesitaba que mi jueza, la «Castaña Pilonga», firmara una comisión rogatoria o una orden de investigación contra su compañera de Alicante. Esto era de locos, pura ciencia ficción. La hermandad judicial es como una secta: es impensable que un juez de pueblo ataque a una magistrada estrella si no tiene pruebas sólidas. Me estaba dando otro dolor de cabeza. Todo se me ponía cuesta arriba justo cuando creía tenerlo en la palma de mi mano.

Marta, que había notado mi cambio de humor, interrumpió mis reflexiones.

—Víctor, los rusos se nos han escurrido entre los dedos y no tenemos ni una sola imagen de ellos para alertar a las fronteras —atajó, implacable—. ¿Por qué no llamamos otra vez a tu contacto en El Vietnam? Si alquilaron ese piso, su gente tuvo que verles las caras de cerca, o mejor aún, sacarles alguna foto. En esos barrios nadie entra ni sale sin que quede un registro, aunque no sea oficial.

Tenía razón, joder. Con el cabreo de la huida y el cadáver de Tania enfriándose, había dejado de lado la única ventaja táctica que teníamos en la calle. Una simple descripción de una cicatriz no bastaba para parar un avión; necesitábamos algo tangible. Así que, tragándome el orgullo y negándome a tirar la toalla, pillé el móvil.

Marqué el número y puse el altavoz. El patriarca contestó al segundo tono. Su respiración áspera se coló por el micrófono.

—Dime, Victoriano —saludó con esa voz de lija, seca, pero con el respeto que nos teníamos.

—Ángel, necesito tirar de tu gente otra vez. Los rusos se nos han escapado de la ratonera y me temo que vuelan. Tu sobrino, el que les cobraba el alquiler… ¿No tendrá por casualidad algo más que la descripción de los tatuajes? Necesito ponerles cara real, Ángel. Una foto, una matrícula, algo que me sirva para echarles el guante antes de que crucen la frontera.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—Mañana a las doce pásate por el bar El Pava —sentenció el gitano—. Nos tomamos un coñá y te enseño una cosita que han

pescao mis sobrinos.

Colgó. Marta me sorprendió con tanta iniciativa; hasta ahora había sido un pasajero en mi viaje, pero la muerte de Tania parecía haberla despertado.

—Deberíamos llamar a Ramón en un par de días —sugirió ella—. Deja que pase el shock inicial. Estará de luto… o fingiéndolo.

—Sí —contesté, anotándolo mentalmente.

—Estoy segura de que él tiene algo o mucho que ver con la desaparición y el asesinato de su mujer —insistió Marta—. No me cabe duda. Un tipo así no permite que le pongan los cuernos sin cobrárselo.

La afirmación de Marta tenía ese tono de revanchismo de clase que a veces me irritaba.

—El eterno pecado nacional de la envidia —le espeté, molesto por su simplificación.

No discutíamos demasiado a pesar del tiempo que pasábamos juntos. En esas aguas nadábamos: juntos, pero no revueltos, atraídos, pero sin terminar de declarar abiertamente lo que sentíamos. Solo había estado con ella una vez, en aquel desliz que ninguno mencionaba. Sí, sonaba vetusto, rancio incluso, pero no al estilo de Dr. Jimmy de The Who. Las probabilidades de que ella sintiera por mí lo que yo empezaba a sentir —una adoración absoluta y peligrosa— eran ínfimas. Yo, al menos, no podía percibirlas.

Me limité a existir en la marea, sin control alguno, tan lejos de ella como de mí mismo, mientras el cadáver de Tania se enfriaba en una morgue solitaria. Otra mujer que se me escapó.

CAPÍTULO 107

A few days later…

El día se presentó de nuevo nublado, denso y húmedo. Eran las siete y media, y la miopía me complicaba la tarea de meter la llave en el contacto de la moto. Me quité las gafas, las dejé en el asiento y me puse el casco, buscando que el aire frío me ayudara a despejar la mente.

Llegué temprano a la comisaría con la intención de revisar el correo antes de que la rutina matinal se apoderara de mí. Envié el mensaje por partida doble: a Correlini y a Tadeo. El italiano siempre se tomaba las cosas con calma; Tadeo, en cambio, respondía con una impaciencia propia de un adolescente. Y así fue. Tadeo me había enviado lo que no pude abrir días atrás: las fotos del pendrive de la taquilla 34.

Abrí el archivo. Aparecía Rosa María Rendueles, alias Ivanna, sobre la madera oscura del suelo. Estaba desnuda, salvo por una máscara de carnaval veneciano de picos largos y un arnés de cuero negro que le apretaba el torso con una saña que dolía solo de verla. No era un cuerpo inerte; permanecía a cuatro patas, con la cabeza baja y los músculos en tensión, en una sumisión estática perfecta, humillante, como una escultura viva de obediencia.

Di un respingo al ver la figura que se alzaba sobre ella, dominando el encuadre. Don Ramón. Estaba de pie, con el torso desnudo pero vistiendo aún el pantalón de un esmoquin, con el fajín de seda desabrochado colgando a un lado. En su mano derecha, con los dedos cerrados en un puño tenso que marcaba los tendones, sujetaba la correa de cuero que unía su voluntad al cuello de la chica. Lo más retorcido era el encuadre. Ramón no posaba para un tercero. El ángulo era bajo, un contrapicado forzado. Se veía parte del brazo extendido de Ivanna sujetando el móvil desde el suelo, obligada a retratar su propia sumisión. Ramón, con una sonrisa gélida y posesiva del Joker, miraba directamente a la cámara que

sostenía su víctima, desafiante, ignorando el peligro y la inminente pérdida de su intimidad.

No era el teatro Falla; estaban en el camarote de un gran yate, lujo. Los metadatos hallados por Tadeo lo confirmaban: la foto fue tomada un día antes de que Ivanna apareciera desnucada en el espigón. Geolocalización: Finger M, frente al velero Icarus en Gibraltar. Todos sabíamos que era el barco de Ramón.

Tadeo no era un técnico de laboratorio de la Científica; era un puto genio alimentado a base de Coca-Colas al que le perdía el morbo y el afán por lucirse. Como yo le había calentado la cabeza con mis paranoias sobre la Orden y el maldito tatuaje de las dagas, había metido la foto en uno de sus scripts de reconocimiento de patrones buscando cualquier coincidencia geométrica. Y el algoritmo cantó bingo, enganchándose en el epicentro de la humillación: la mano derecha de Ramón apretando la correa.

Había adjuntado un segundo archivo: una ampliación granulada del meñique de esa mano, procesada con un filtro de alto contraste para rescatar la luz de un objeto metálico. El mismo sello de oro macizo y grabado antiguo en el que yo me había fijado semanas atrás. Debajo, brillaba su nota técnica.

Giré el monitor hacia Marta. En la pantalla, Tadeo había superpuesto dos imágenes: el relieve del anillo de sello de Ramón y el tatuaje de Ivanna.

—Fíjate en los vectores, Marta —dije, señalando los puntos de coincidencia—. No es solo el mismo símbolo de esa Orden. Es el mismo diseño técnico, hasta el último trazo de la empuñadura de las dagas. Otra vez los malditos dibujitos.

Marta leyó la nota de Tadeo: «Víctor, coincidencia morfológica del 100 %. El tatuaje no es un mero garabato, sino la copia del diseño del anillo, plasmada en la piel. La misma persona que creó el sello original es quien ideó esa marca que las chicas llevan. Es exclusivamente mío, cosecha mía… je, je, je.

Marta se quitó las gafas de sol, observando la imagen con asco.

—Es un cerdo —murmuró—. Siempre supe que era él. Lo de la Orden y las sectas eran gilipolleces para despistar. Es solo un sádico con dinero.

—Te equivocas, Marta —repliqué, levantándome y apoyando ambas manos sobre la mesa, sintiendo por fin que el puzle encajaba —. No es solo un puto sádico. Sé que puede parecer el ritual de *Eyes Wide Shut* de Kubrick, pero piénsalo bien. Llevamos meses creyendo que IMIB era una lavadora de la mafia rusa y que Ramón era solo su testaferro, un aristócrata local al que usaban de tonto útil. Pero este anillo cuenta la historia al revés.

Golpeé la pantalla con el dedo índice.

—El puto tatuaje. Lo llevaba Ivanna en la muñeca. Lo llevaba la pobre Cris. Lo llevaba Tania. ¡Hasta el sicario ruso del muelle lo tenía marcado en el antebrazo! ¿Quién coño no lleva esa marca en todo este vodevil? El único que no necesita marcarse como al ganado es el dueño. ¡Ese sello de oro es su puto anillo de poder, Marta! Ramón no trabaja para los rusos; los rusos trabajan para él. Él es quien sostiene la correa. Es el Gran Maestre de toda esta cloaca.

Esperaba que asintiera, que atara los mismos cabos lógicos que yo. Pero Marta me sostuvo la mirada con una frialdad glacial y soltó una carcajada seca, sin una gota de humor.

—Víctor… —dijo al fin, con esa voz condescendiente de quien intenta calmar a un loco que habla solo en el metro—. Escúchate, por favor. ¿Un ejército privado de sicarios rusos comandado por un señorito andaluz que juega al croquet en Vista Hermosa? Estás convirtiendo un vulgar caso de violencia de género en una puta novela de John le Carré.

—¿No ves las pruebas? ¡Es su anillo marcando a los sicarios y a las víctimas! —estallé.

—Veo a un tío rico y depravado que marca a sus putas porque se cree Dios —replicó ella, cortante—. Veo al tipo que le rompió el cuello a Ivanna en un juego sexual que se le fue de las manos, y que hizo desaparecer a Tania porque descubrió sus vicios de millonario enfermo. Ya está. Cero geopolítica financiera. Cero conspiraciones del CNI. Tu teoría del «feudalismo criminal» es muy peliculera, Víctor, pero Ramón es simplemente un sádico de mierda. No le des más inteligencia de la que tiene, ni busques la Guerra Fría donde solo hay un marido asesino.

Me dejó plantado en el sitio. Su actitud era extraña, distraída. Había descubierto algo en esa foto y se lo guardaba para ella, una pieza que invalidaba mi discurso, pero que no quería soltar todavía. —¿De verdad no ves la red? —pregunté, frustrado. —Veo lo que hay —cortó ella, cerrando la libreta de golpe—. Y hablando de lo que hay… he localizado a Julia García Casas, la falsa hermana de Rupérez.

El cambio de tema fue como una bofetada de tu padre con la mano abierta. —¿Dónde? —pregunté, tragándome la frustración. —No figura en el Colegio de Abogados —dijo Marta, recuperando su tono tan profesional—. Se presenta como «consultora patrimonial». Apenas hay rastro digital: un perfil en LinkedIn, un par de seminarios… Pero tiene despacho físico en el Paseo del Pintor Rosales, número 20.

El café de máquina casi se me atraganta. —¿Pintor Rosales 20? Es el mismo edificio donde don Ricardo, el abogado de la familia, tiene su despacho. —Demasiadas coincidencias —sentenció ella, levantándose para ir a por agua, esquivando mi mirada. —¿Qué hacemos? ¿La llamamos? —Aún no —dije, cogiendo mi chaqueta, notando esa barrera invisible que se había levantado entre los dos—. Antes tengo otra cita. Doña Casilda quiere verme de nuevo. Dice que tiene algo que enseñarme.

Doña Casilda estaba sentada en el mismo lugar, a la misma hora y con la misma ropa que la última vez. Su rostro, curtido por el sol de los veranos en el sur, mantenía esa serenidad aristocrática que nada parecía perturbar. —Usted dirá, doña Casilda —le dije tras aceptar el té que me ofrecía la empleada. —Supongo que no le molestará que le invite de nuevo, inspector. Negué con la cabeza mientras ella removía su taza con parsimonia. —Sabe, Víctor… Toda mi vida he intentado ser una buena madre y esposa. También una buena viuda.

Hizo una pausa mientras miraba por el amplio ventanal hacia el jardín. Sonaba Bach de fondo, una melodía precisa y matemática que llenaba el silencio de la mansión. Se levantó despacio y me guio hacia un rincón de la biblioteca, lejos de la luz directa. —¿Le gusta ese? —señaló un lienzo de un metro por un metro apoyado en un

caballete. Lo observé con atención. No parecía una obra completa. Los bordes estaban cortados, la composición abrupta. —Parece más bien un trozo de otra pieza más grande, ¿no? —comenté.

Doña Casilda no pudo disimular un gesto de sorpresa, una leve elevación de cejas. —Vaya, es usted un policía inteligente y sensible. Sí. Se trata de una pieza única. Es un fragmento de Desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María, de José Aparicio. El cuadro original era inmenso, pero fue robado del Penal del Puerto hace décadas y desmenuzado en cuatro partes. —¿Por qué tiene tanto valor para usted? —pregunté, intuyendo que no hablábamos solo de arte o historia. —Se rumorea que, ocultos tras el lienzo, en el bastidor, se escondieron documentos muy reveladores… Que incluyen testimonios de reclusos, listas y nombres que mancharían a muchas familias ahora…

Me miró a los ojos con una intensidad que desmentía su fragilidad física. —Me falta una pieza, inspector. No me la han robado… Se la han llevado los que mataron a María. Ella intentó recuperarla para mí, y por eso la quitaron de en medio. Mi hijo no es un santo, Víctor, lo sé mejor que nadie, pero no la mató. Fueron ellos. Los que buscan completar el cuadro. —¿Quiénes son «ellos»? —pregunté, sintiendo que estaba a punto de darme un nombre. —Indague en el club. Hay muchas víboras allí. María y Gonzalo tenían una relación complicada. Y había una tercera persona. Una amante compartida. Pregúnteles a ellos. Por primera vez vi la grieta: era solo una madre frágil intentando frenar a un hijo que ya caminaba hacia el cadalso.

Se dio la vuelta y agitó una pequeña campanita de bronce para que me acompañaran a la salida. No tuve mucho tiempo para digerir la revelación de la marquesa. Miré el reloj; faltaban apenas veinte minutos para el mediodía y tenía otra cita urgente. Si los rusos tenían la pieza que faltaba o la clave de la desaparición de Tania; necesitaba ponerles cara antes de que se esfumaran del todo.

A las doce, paré la moto frente al bar El Pava. El sitio era un hervidero. Sin los plásticos que lo blindaban en invierno, la terraza estaba abierta a la calle, convertida en un desfile constante de jardineros que venían de recortar setos en Vista Hermosa y albañiles con las botas blancas de polvo, buscando el alivio de una cerveza

fría a media mañana. Me reuní con Ángel el gitano en una mesa del fondo. Marta vino conmigo. Se mantuvo callada, observando al patriarca con la misma desconfianza técnica con la que me había mirado a mí antes.

—Verás, Victoriano, el payo del piso era ruso —dijo Ángel tras el primer brindis con el coñac. Según la Mari del Aldi, le tiraba los tejos.

—Ya me dejaste claro cómo era el menda, Ángel —le corté, yendo directo al grano—. ¿Tienes la foto que me dijiste? ¿Algo que echarme a la mano?

—Templanza, Victoriano —dijo, sacando el móvil. Mi sobrino, que es mu espabilao, le sacó un retrato de estrangis cuando fue a cobrarle los dineros del alquiler. Ahí le va el recao.

El móvil sonó al instante. La imagen era borrosa, pero no había duda: era el tío de la cicatriz, cargando bolsas del súper.

—Gracias, Ángel. Te debo otra.

Justo entonces, entró otro correo. Era Ruperto, de Tráfico. El desencriptado de Tadeo había cruzado automáticamente las matrículas sospechosas con la DGT y el sistema acababa de escupir un positivo: «Informe Citroën - Operación Viga». Abrí el archivo. Me confirmaba la titularidad del vehículo usado por la red para mover los billetes falsos y la droga. El coche no estaba a nombre de un testaferro cualquiera. Pertenecía a Auxiliadora Rendueles.

Rendueles. O más bien, *las* Rendueles. El apellido que me metió en este agujero desde el minuto uno. Auxiliadora e Ivanna tenían que ser hermanas. La revelación cerraba el círculo de golpe y le daba la razón a cada línea del informe de Augusto. ¿El negocio familiar? Ivanna ponía el cuerpo para extorsionar a capos como Ramón. ¿Y Auxiliadora? Auxiliadora montaba la logística

Levanté la vista del móvil, aturdido por la pesadez de la verdad. —Te debo una, Ángel —repetí, haciendo ademán de sacar la cartera. El patriarca me detuvo la mano con seriedad. —No, Victoriano. Tú no debes nada aquí. Nunca me llegará la vida para pagarte lo que hiciste por mi familia y por mi nieto. Vete con Dios.

Salimos a la calle. Marta caminaba a mi lado, en silencio, hasta que no pudo aguantarse más. —Si lo tienes tan claro, ¿por qué no lo

llevas más arriba? —preguntó, con esa calma envenenada que a veces gastaba. —¿Arriba? —dije, guardando el móvil—. ¿A quién? ¿A la jueza de Alicante que cobra de ellos? ¿Al fiscal jefe que sale en los papeles? Nadie va a mover un dedo. Ella no contestó, pero en su mirada había una mezcla de reproche y resignación. —Lo más que podemos hacer es distribuir la foto del ruso que me ha pasado Ángel y rezar para que alguien lo vea antes de que cruce la frontera. —Parece una chapuza. —Una chapuza mal cosida —me corrigió ella, seca.

Me quedé un momento callado. No se lo dije, pero en mi cabeza ya rondaba la idea de dejarlo todo. Madrid me tiraba como un imán. El Puerto, y ahora también la extraña actitud de Marta, me asfixiaban con su aire rancio de secretos mal enterrados. —¿Hasta cuándo vas a seguir con esto, Víctor? —me dijo al fin, con voz baja. No supe responder.

CAPÍTULO 108

Julia y Gonzalo

Julia se sentó junto a Gonzalo en la terraza del hoyo 19. Eligieron una mesa esquinera, alejada de la salida del hoyo uno, desde donde se divisaba el campo. Gonzalo vestía de blanco impoluto; acababa de llegar de jugar al croquet. Se sentó tranquilamente en la silla, con las piernas cruzadas y esa calma de quien no tiene prisa porque nunca tiene nada urgente que hacer. Julia llamó al camarero y pidió dos cervezas.

—Ya conoces mis gustos —sonrió Gonzalo. —Eres un hombre previsible —contestó ella, con una sonrisa maquiavélica. —Bueno, cuéntame —dijo Julia casi a renglón seguido, bajando el tono y clavando los codos en la mesa—. ¿Tienes ya el cuadro?

La pregunta llevaba una ironía directa; ella sabía que no lo tenía, pero quería obligarlo a decirlo. Gonzalo también lo sabía.

Julia entraba en el club como invitada de Gonzalo, pero su relación venía de lejos. De un Madrid de asfalto y oficinas, de un choque fortuito en la calle Goya que terminó en una ducha compartida en el Hotel Vincci. Parecía una historia de película de domingo, pero solo era un reclutamiento. Julia era la que manejaba los tiempos.

El calor de la mañana empezaba a apretar de verdad. Julia se abanicó con la mano, impaciente. —Gonzalo, necesito llevarme el cuadro a Madrid. Todo esto no servirá de nada si no reunimos las cuatro partes —dijo, metiéndose en su espacio—. Los diarios se complementan y la escritura de la bodega está en el bastidor del tercero. Tengo presiones. Si María ya te dijo dónde está, ¿a qué esperas? Tenemos las llaves y las claves.

Gonzalo se echó para atrás, incómodo, jugueteando con el posavasos. —Yo no tengo la culpa de que compráramos la parte que no tenía nada. Rupérez hizo un buen trabajo escondiéndolo, aunque me costara un riñón sobornarlo. Además, ya sabes lo que me costó

sacarle información a María. No fue fácil. —Ahora que la han quitado de en medio, hay que andar con cuidado —le cortó Julia—. Nos falló. Y vete tú a saber dónde escondió esos papeles o si se los llevó con ella.

—Mi hermano… —Gonzalo hizo una pausa, soltando la palabra con el asco que le tenía—. Mi hermano Ramón es un grandísimo hijo de puta. Lo controla todo. Estoy seguro de que sabe lo que planeamos. Y sabe que voy a por lo que es mío.

Julia pasó de su lamento y se terminó la cerveza. —Estoy harta, Gonzalo. Harta de los disfraces y de mentirle a un inspector que ya sabe perfectamente quién soy. —Se detuvo un instante para tomar aire, cabreada de verdad. —¡Haz algo, coño! Quiero mi parte y quiero largarme de aquí ya. —Entonces bajó la voz, con una sonrisa que cortaba—: Contigo… o sin ti.

En ese momento, el móvil de Julia sonó. Número oculto. La rabia se le borró de la cara en un segundo, sustituida por un gesto profesional y gélido.

—Es él —susurró—. Calla.

Descolgó y su voz cambió. Ya no era la mujer implacable del Vincci, sino la hermana afligida a la que le pesa la vida.

—¿Sí? —preguntó, con un tono dubitativo impecable.

—Rosa, soy el inspector Víctor Ros. Lamento molestarla de nuevo.

Julia mantuvo el silencio, fingiendo sorpresa, aunque llevaba días esperando esa maldita llamada para terminar con el teatro de una vez por todas.

—Estoy en un viaje de negocios, inspector. En Madrid. ¿Ha ocurrido algo? —dijo, seca, marcando la distancia.

Ros soltó el cebo, sin piedad.

—Se trata de su hermano. Hemos vuelto a registrar su domicilio y ha aparecido un documento en una caja fuerte oculta. Un testamento ológrafo. Necesitamos que venga a reconocer la letra y abrir la plica. Hay… una cantidad de dinero muy importante en juego.

Julia tuvo que morderse el labio inferior para no soltar una carcajada. Victor estaba jugando la carta de la codicia, el truco más

viejo y predecible del manual policial. Miró a Gonzalo, le guiñó un ojo con descaro y respondió con calculada reticencia:

—Un momento, inspector… Déjeme consultar mi agenda.

No consultó nada. Se quedó observando cómo un jugador de croquet fallaba un golpe en la lejanía, saboreando el silencio, dejando que el policía sudara la gota gorda al otro lado de la línea. Contó hasta cinco.

—Tenía previsto quedarme hasta el viernes… pero supongo que podría hacer un hueco y adelantar el regreso.

—Es estrictamente necesario que se persone en comisaría, Rosa. Cuanto antes.

—Aprovecharé el viaje de este martes. ¿A qué hora le viene bien?

—A las doce en mi despacho.

—De acuerdo. Allí estaré.

Colgó y arrojó el móvil sobre la mesa. Miró a Gonzalo con ojos de triunfo. —Ya está. Ha picado. Cree que me está tendiendo una trampa con el dinero, el muy imbécil. El martes se acaba el juego.

La línea se quedó muda. Dejé el teléfono sobre la mesa con la satisfacción del que ve que un plan funciona. Era ridículo que siguiera fingiendo ser la hermana cuando sabíamos que era la abogada, pero la codicia es un resorte que no falla.

Dejé que el fin de semana pasara sin planes. Echaba de menos Madrid y su anonimato, pero no dejaba de darle vueltas al caso y a Marta. Tenía ganas de verla y, a la vez, ganas de salir corriendo. Al final la llamé. Aceptó venir a mi casa a tomar algo. Desde que dejó a su novio, Marta parecía acercarse más de la cuenta, buscando algo de calma después de tanta mierda.

Cenamos una pizza congelada y un par de cervezas hablando de cualquier cosa menos de muertos. Marta se quedó dormida en el sillón. Estaba dormida sin defensas, algo raro en ella, que siempre parece estar en guardia. La miré un rato, maldiciendo mi propia debilidad. A estas alturas no sabía si me admiraba o si solo buscaba la seguridad que le daba mi edad. Yo, al menos, no lo sabía. Me quedé allí mirando, sin saber muy bien dónde terminaba ella y dónde empezaba yo.

Como Julia, pensé antes de apagar la luz; Marta también se escondía detrás de un papel. Y yo seguía siendo el único idiota que jugaba a cara descubierta.

CAPÍTULO 109

La Notaría, meses atrás

Sucedió meses antes de que las esposas se cerraran sobre las muñecas del notario. En el despacho de don Estanislao se respiraba un aire vetusto, una mezcla de polvo, papel timbrado y dejadez calculada. Llevaba sin reformarse décadas. La entrada era discreta, casi clandestina, pequeña como las que tenían antaño las consultas de los médicos que querían esquivar una inspección de Hacienda. Se accedía por una escalera estrecha que desembocaba en un hall desangelado, más propio de una nave industrial improvisada que de un fedatario público. No había orden ni concierto, salvo en los despachos privados de los dos notarios, que se cruzaban por los pasillos rápidos y silenciosos, como tenistas cambiando de pista en un partido amañado.

Al frente de todo estaba Sebastián, el eterno oficial de don Estanislao. Alto, apuesto y elegante, mantenía un físico de atleta a pesar de la prótesis que ocultaba bajo el pantalón. Una bacteria de quirófano le había costado la pierna hacía años, pero aquello no le frenó: seguía devorando kilómetros en bicicleta y bañándose en la playa de la Puntilla cada mañana a las siete y media, hiciera frío o calor. Él lo sabía todo. Él lo gestionaba todo.

En ese instante, el hombre de confianza de Estanislao se encontraba en el «cuarto de los secretos», una sala interior sin ventanas, acompañado por dos clientes VIP: Justinov e Ivanna. La pareja rusa —él, un armario de un metro noventa; ella, una belleza gélida con un tatuaje de serpiente en el brazo— actuaba como compradora al cincuenta por ciento de un chalet de dos mil quinientos metros en la urbanización Vista Hermosa. Precio declarado: dos millones de euros.

Sobre la mesa de madera maciza, que ocupaba casi toda la habitación, descansaban los pasaportes y, lo más importante, el pago. El vendedor no estaba. No hacía falta. Todo estaba arreglado.

El oficial encendió la máquina de contar billetes. El sonido, un brrrrt rápido y mecánico, llenó el silencio de la sala. Eran fajos de quinientos euros, el color corrupto perseguido por Hacienda. En España, la ley prohibía sin excepción los pagos en efectivo superiores a mil euros para evitar el blanqueo, pero allí, en esa habitación sorda, las leyes se quedaban en la puerta.

Pasó los fajos dos veces por la máquina con la precisión de un crupier, verificando que los dos millones en cash estaban completos. Eran la segunda pareja del Este que cerraba una operación así en el mismo mes. Una vez contado, se dirigió al fondo de la habitación. Apartó un cuadro y descubrió una caja fuerte pequeña, antigua, con una ruedecilla mecánica totalmente analógica. La abrió con tres giros expertos y la alimentó con los fajos morados. —Todo correcto —sentenció, cerrando la caja y, con ella, la prueba del delito.

Acto seguido, pasaron al despacho principal. La firma fue un trámite de dos minutos. Don Estanislao ni siquiera levantó la vista de los papeles; firmó, selló y legitimó lo ilegitimable. Salieron de la notaría con las escrituras bajo el brazo. Justinov esbozaba una sonrisa de satisfacción, agarrando la mano de Ivanna con una posesividad que parecía amor, pero era control.

Bajaron las escaleras juntos, socios en el crimen y amantes en la cama. Ninguno de los dos podía imaginar entonces que el destino les depararía finales tan distintos: ella, desnucada en las rocas de un espigón pocas semanas después; él, huyendo en una furgoneta negra con las manos manchadas de sangre. Pero aquella mañana, en la notaría corrupta, se sentían inmortales.

CAPÍTULO 110

Rupérez y el arte. Tres meses antes

No había mucho tráfico en la calle Serrano. Rupérez llegó cinco minutos antes de la subasta, con el tiempo justo. Bajó del taxi que lo condujo al número 110, frente al suntuoso edificio donde Christie's celebraba su sesión de otoño. Rupérez entró pisando fuerte, aunque el brillo de sus zapatos cantaba a madero de barrio.

El portal era majestuoso, pero discreto, de esos lugares clásicos elegantes que desafían al tiempo y al mal gusto. El ascensor le condujo a la primera planta. La sala principal estaba en penumbra, salvo por los focos que iluminaban el estrado. Se subastaba el lote 42: una de las partes del cuadro Desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823, obra de José Aparicio Inglada. «Pieza segunda», rezaba el catálogo. Un trozo de historia arrancado a tijeretazos.

Rupérez se sentó en la tercera fila. No parecía un policía con treinta años de servicio a sus espaldas, o tal vez sí: su traje, aunque caro, le tiraba de la sisa izquierda, una deformación profesional de quien lleva media vida cargando una pistola en la sobaquera, incluso cuando va desarmado.

La puja comenzó suave, pero pronto se convirtió en un duelo bajo el sol. Rupérez y una mujer de edad indefinida, sentada dos filas más adelante, levantaron la paleta ocho veces seguidas. La cifra no paraba de engordar. A Rupérez le daba igual; al fin y al cabo, la chequera no era suya.

—¿Alguna puja más por la dama? —preguntó Luilette van der Cibo, la "auctioneer" holandesa, con un mazo de madera en la mano.

Rupérez alzó la mano de nuevo. En el silencio de la sala, ocupada por apenas catorce personas, se oyó el leve tintineo de los eslabones de oro de su Rolex Submariner al chocar contra el botón de su

propia chaqueta. Un sonido metálico, pesado, que desentonaba entre tanta moqueta.

La mujer negó con la cabeza, retirándose. —Adjudicado —sentenció Luilette, golpeando el mazo— al caballero de la tercera fila, el señor… —Miró sus notas, atenta a la caligrafía o la fonética española—. El señor Guoperes.

Rupérez no corrigió la pronunciación de su apellido. Asintió despacio, tirándose del nudo de la corbata. Había cumplido el encargo. El cuadro era suyo, o mejor dicho, de quien pagaba sus vicios. Salió de allí con el acta de adjudicación en el bolsillo, sintiéndose un triunfador, sin saber que aquel trozo de lienzo era una de las últimas piedras de su propia tumba.

CAPÍTULO 111

Duelo de titanes

Las luces de la Torre Picasso nunca se apagan. Apuntan al cielo nocturno de Madrid como un dedo de cristal desafiante, huyendo del vulgar asfalto para rozarse con los astros que la moran, creyéndose sus iguales. En la sala del despacho del CEO de IMIB, en la planta cuarenta y tres, dos hombres redefinen la realidad. Ramón y Vladímir, o Vladímir y Ramón, según se observe desde una óptica cuántica o kantiana, desde el norte helado o el sur cálido, pues la verdad de las cosas depende siempre de la perspectiva del que paga.

En ese escenario shakespeariano no estaba claro quién ostentaba el cetro real: si el que blandía un habano cubano como un bastón de mando y una copa de coñac francés en la otra, o el que sostenía un whisky de malta a medio beber, colgándole de la muñeca en un ángulo displicente, convencido de que la gravedad no iba con él y le respetaba lo bastante para permitirle poner el vaso al límite de su paciencia.

Ramón tomó un sorbo de ese su whisky favorito. Hizo una mueca de desagrado. Los últimos tragos eran los más torpes e ineficaces; los cubitos supervivientes, que abrasaban el vidrio florentino con su frío, chocaban con sus labios, amargando el destilado de treinta y cinco años con el sabor plebeyo del cloro. —Joder, Vladímir, ¿qué mierda de agua le has puesto a este whisky? —farfulló Ramón mientras dejaba que una gota ámbar le cayera por la comisura, afeando su cabal impostura de dandy—. Sabe a grifo de gasolinera.

—No me vengas con monsergas de niñato malcriado —respondió Vladímir con un acento ruso perfecto, cortante como el acero que vendían—. Si por tu culpa vienen las putas vacas sagradas con sus turbantes, no vas a tener ni para una vulgar Coca-Cola caliente.

Ramón miró el vaso con desprecio y no quiso apurarlo. Lo depositó en la mesilla de cristal que acompañaba al enorme sillón de

piel, cuyo cuero crujió bajo el peso de su culo aristocrático. Cruzó los pulgares sobre el regazo, dándole un aire de inocencia que no era real. —Vladímir, querido amigo, estás mayor. Y además neurótico. Esas sospechas tuyas son infundadas. Que hayamos coincidido en Nueva Delhi con los directivos de Tata Steel fue una mera casualidad turística. Si cada vez que viaje te vas a imaginar una OPA hostil, vas a gastar una fortuna en abogados y ansiolíticos. Ves fantasmas donde no los hay.

Vladímir soltó una carcajada seca que manchó de saliva su corbata de Hermès, un nudo de seda que, a pesar de lo avanzado de la noche, le apretaba el cuello sin ceder un milímetro. —Ramoncito… tú y Romil sois más que amigos de golf. Os habéis visto en Nueva York dos veces este mes. Y no solo habéis compartido mesa y mantel en el Per Se, sino también otros vicios. Ya sabes, los que a ti te gustan y a tu mujer le horrorizaban.

Ramón le devolvió la sonrisa, gélida. —No dejas respirar a nadie, Vladímir. Seguro que me has puesto cámaras en casa, a pesar de que pago a los mejores barridos electrónicos de Europa para mantener mi intimidad a salvo.

Ambos sabían que mentían. Y ambos sabían la verdad. Ramón estaba negociando a espaldas de los rusos. Había elegido una boutique legal en Manhattan, dirigida por un antiguo senador de Harvard —bohemio y excéntrico como él, pero mucho más letal—, para diseñar la venta del veinte por ciento de su paquete accionarial a un fideicomiso suizo controlado por el gigante indio. Una OPA en dos fases para meter al tigre asiático en el mercado europeo del acero y desplazar a los osos rusos.

Vladímir lo sabía. Y Ramón sabía que él lo sabía. Jugaban al gato y al ratón en las alturas, bailando sobre el filo de una navaja de diamante. Ramón había asumido a la perfección su papel de «tonto dinámico»: el rico heredero desprendido de la gestión, centrado en mejorar su hándicap de golf y en traer músicos caros a sus fiestas. De las finanzas reales fingía no ocuparse; todo el beneficio se desviaba a filiales en paraísos fiscales gestionadas por su abogado, «Richi». A Ramón solo le importaba disponer de su «calderilla» anual: cien millones de euros para gastos, arte, donaciones altruistas

y esa filantropía de escaparate que le había llevado a compartir portada en el Time con Bill Gates.

***

Eran casi las tres de la madrugada y los ojos me escocían. Me froté la cara, restregándome la mierda del teclado como una hidratante del Lidl. Estaba agotado, pero no podía dormir. Llevaba horas atascado frente a la pantalla, fiel a esa tendencia de complicar lo simple, empeñado en encontrar una explicación a todo esto. Tenía el presentimiento de que Ramón no era el último eslabón de la cadena y de que la verdad, como casi siempre, estaba en los números, mucho más allá de las palabras de Raeskulenco y de las auditorías oficiales.

Buscaba algo más tangible y clásico, a la antigua usanza. Por eso le había pedido a Tadeo que tirara del hilo financiero de IMIB tras atar los cabos del anillo de Ramón. Quería llegar donde Ignacio no pudo y saber hasta dónde llegaba realmente la madriguera.

Pasaba páginas del trabajo, llenas de números que se me escapaban, laberintos fiscales y entramados societarios medianamente comprensibles.

El bueno de Tadeo había rastreado fideicomisos suizos, sociedades pantalla y un flujo de doce mil millones de euros tras la entrada de los rusos. Todo, todo opaco. Me fui a la figura que había hecho para mí, a modo de representación gráfica de aquel maremágnum, como una piedra Rosetta. Una pirámide con un vértice. Abrí bien los ojos: doña Casilda, así, sin eufemismos. El poder de veto, la firma final, seguía apuntando a una mujer que no tenía ni correo electrónico. Su difunto marido lo había dejado atado y bien atado, apartando a su hijo de la última decisión: vender.

Empecé a darle vueltas a nuestra última charla, a los tés y a la historia del cuadro robado. ¿Y si la vieja no intentaba apartarme del caso, sino marcarme el camino? Me sentí un imbécil. Me había tirado el cebo de Gonzalo y la amante del club, y yo, como un perro hambriento, había salido corriendo detrás de la pelota. Quizá solo quería que mirara hacia ellos, hacia los rusos, hacia cualquier sitio que no fuera la caja fuerte del holding.

CAPÍTULO 112

Flashbacks

Terminé de beber el vasito que colocaban junto al café. Curiosamente, el último sorbo siempre sabe diferente, como más a plástico. Miré por la ventana y me sorprendí a mí mismo pensando en cómo el agua de lluvia hace florecer a los jardines de la zona más que el agua de riego. Una ocurrencia absurda, porque nunca o casi nunca llueve en esta época del año.

—Quizás porque bebemos una bazofia llena de químicos y envenenamos a las plantas con ella al igual que a nosotros —le dije a Flora a través del altavoz.

Flora, que trabajaba para el diario de Vocento —eterno rival del Diario de Cádiz—, dejó escapar una risita discreta al otro lado de la línea. Era insultantemente joven y tenía esa voz aguda, casi infantil, que, sin embargo, delataba una inteligencia eléctrica. Venía curtida del ABC de Madrid, de aquel retén de investigación fundado para rescatar la veracidad en el oficio. Nos unía el rencor sordo de quienes han sido orillados en su propio trabajo. En el pasado, ella había sido mi brújula en el farragoso mundo de las finanzas; por eso, aunque andaba de vacaciones por Cádiz, no le importó que la asaltara tan temprano. Ya estaba en sobreaviso: la había asediado a audios de WhatsApp desgranando mis sospechas sobre Ramón y el entramado del holding.

Flora me envió al fin el dosier que su compañera de profesión Mercedes Granados me había prometido. La autoría del documento pertenecía a Estrella, la bibliotecaria. A mí, en realidad, me daba igual quién me lo hiciera llegar. Lo importante era que el dosier, al fin, descansaba sobre el escritorio de mi PC.

Lo abrí con cierta ansia y, cómo no, con escepticismo y más que nada para agradecérselo a Flora y, de paso, echárselo en cara a Mercedes. Pero apenas vi el título, me acojoné. Se llamaba «Leyenda de un imperio». Ni tesis, ni informe, ni papel de trabajo.

Leyenda. Y así fue. En la primera página apareció lo que andaba buscando: el binomio maldito. Rodríguez de Bastidas / García Casas.

Estaba ahí, en negrita. La prueba te miraba a la cara. Se habían cagado en el centro de todo para que lo vieras. Se me disiparon muchas dudas. Pensé en aquel cuadro de doña Casilda.

—¿Lo tienes ya? —preguntó Flora al primer tono. —Sí. Y gracias. Aunque… Esto no parece un informe, ¿es una tesis, ¿no? —Sí y no. No esperes notas al pie ni índice temático. Es lo que Estrella escribió hace años para una tesis doctoral. Pero no se la aceptaron en la Universidad de Cádiz. Demasiado literaria, dijeron. Así que lo guardó en un cajón. Nunca se publicó, solo lo compartió con gente de confianza. —¿Y tú crees que esto es real? —Tan real como la vida misma —sentenció ella—. En este mundillo en el que me muevo hay nombres, hay contextos y hay cosas que todos saben, pero nadie escribe. Estrella se apoyó mucho en lo que cuenta la gente de la calle: rencillas, guerra civil, curas, nietos resentidos… La suciedad de una familia hipócrita. —Y ahí está el binomio —le dije—. ¿Rodríguez de Bastidas y García Casas? —Exacto. Y eso es lo que querías encontrar, ¿no?

Callé.

—Pero no te emociones demasiado, Víctor. Eso y nada es lo mismo. Papel mojado, cuentos de una chalá… Nadie le ha prestado atención… salvo tú, claro.

Colgamos. Me quedé mirando la pantalla, con el documento abierto. Allí estaba yo. Como un lector cualquiera, un testigo más incapaz que mudo.

***

Pero más allá de los papeles que Víctor pudiera leer en aquella pantalla, la verdadera historia se había fraguado mucho tiempo atrás, en la intimidad de unos salones a los que ningún expediente policial tendría acceso jamás.

María del Junco raramente cancelaba su merienda con doña Casilda en su casa, siempre a las cinco. Un té y dos o tres pastas y

una conversación en torno a la familia, la política y a las actividades culturales y de beneficencia que ambas desarrollaban.

Desde que contrajo matrimonio con su hijo, María supo ganarse la confianza y la admiración de su suegra, a quien parecía venerar. Según ella, desde que se casó con María, "Ramón había sentado la cabeza y parecía otro". Para doña Casilda, los seis años de matrimonio eran suficientes para creer que su hijo había dejado a un lado al menos "la mayoría" de las locuras que antaño le habían dado más de un dolor de cabeza.

María no encontraba la razón de esa simpatía, quizás porque tenía esa rara habilidad o empatía que hacía que las personas que la rodeaban se sinceraran con ella y le revelaran, poco a poco, en medio de esa paciente escucha, sus más íntimos secretos. Fue en una de esas tardes de invierno, en las que el sol cálido atraviesa el inmenso ventanal de su salón —con ese molesto efecto "lupa" que llega a quemar el parqué—, cuando doña Casilda contó a María la historia de su familia: la verdadera, la que había vivido y la que había oído, la de la guerra civil y la de su insomnio que le acompañaba desde el mismo instante que supo de ella.

Esa situación heredada, que la hacía sentir culpable de su incalculable riqueza y fortuna, aunque no por ello desmerecer el esfuerzo de conservarla. Doña Casilda lo creía saber todo, pero no sabía que María estaba allí para liberarla de esa maldita herencia y, quizás, redimirla de sus pecados que, aunque heredados, eran tan suyos como los de los que los cometieron. No sabía que esos secretos pasarían a otras manos a través de su confidente, traicionando su confianza, sin saber la trascendencia que tendría en su vida y en la de los suyos la revelación de esos secretos.

***

Aguilar y Ramón se conocieron en una cacería en Cáceres, en uno de los cotos privados de Ramón. Ricardo, por indicación de doña Casilda, le había sugerido que lo conociera a toda costa, ya que Aguilar era el fiscal de menores en Cádiz y que si quería hacer lo que él quería hacer, debía ganárselo a toda costa.

Ramón estaba acostumbrado a dar favores y a pedirlos. No había alma que no estuviera en su agenda, y le fue muy fácil organizarla e invitar a este personaje, engolado, pusilánime y con ínfulas de poder, según decía el informe preparado por uno de los forensic de su family office. Ramón preparó el mejor puesto, que compartía con el fiscal y con el ministro de Justicia. Como eran socialistas, según el propio Ricardo, «sería fácil de seducir con las cuatro horteradas propias de los burgueses».

Después de alabar su puntería, Ramón hizo un corrillo en la sobremesa, con fusil en ristre y copa de fino, cerca de la lumbre de la chimenea del imponente salón. El ministro ya había confirmado la invitación de IMIB para ser ponente de las mesas de los encuentros a nivel mundial acerca de la patraña sobre el cambio climático.

Ramón dejó caer a Aguilar que tenía que resolver un asunto turbio relacionado con la filiación de un "hijo natural", como él lo llamaba. Ramón no pidió el favor, sino que lo exigió con la certeza de un dueño: a cambio de la modificación, prometió a Aguilar que recomendaría su candidatura a fiscal jefe de la Audiencia en Cádiz, nombramiento que dependía del criterio del gobierno.

Aguilar pareció disgustado cuando Ramón reveló su propósito: modificar la filiación y la paternidad, alterando los datos en el Registro Civil a través de un proceso fraudulento diseñado por su family office. El plan implicaba que alguien —una madre cuidadosamente elegida para no tener pista ni vinculación con Ramón— reclamaría la paternidad de un niño aparentemente huérfano de madre. Esa madre sería una ciudadana suiza, casada con un médico de la misma nacionalidad, de clase media, quienes serían, en los años venideros, responsables de la educación de su hijo hasta la mayoría de edad.

La estupefacción de Aguilar, a medio camino entre lo distópico y lo surrealista, no se debió a lo descarado del contenido, sino a la solidez de quien lo sustentaba. Al principio se sentía víctima de una encerrona. Sin embargo, tal como esperaba Ramón, Aguilar sucumbió y aceptó la tarjeta de Ricardo, con quien desarrolló los pormenores de los cambios de filiación. Allí se fraguó una amistad que duraría doce años.

***

El martillazo de la subastera de Christie's dio al traste con los deseos de Julia. La pieza, comentaban, tenía "relativo valor artístico". Según la descripción, a falta de valor pictórico, constituía una joya histórica por haber sido dividida en cuatro partes para su traslado desde la penitenciaría del Puerto, años después de la Guerra Civil.

La pieza adjudicada a Rupérez era el cuadrante izquierdo, donde se veían figuras de la corte preparándose para desembarcar con el Rey en el Puerto. La mujer se acercó a Rupérez, como una felina, con sigilo. Quería la pieza y necesitaba saber el precio.

—Enhorabuena —le dijo a Rupérez, quien ya abandonaba la sala y no pudo ocultar su sorpresa ante la felicitación de la atractiva mujer.

***

Ramón no quería dejar cabos sueltos. Era prioritario que nadie supiera de la existencia de un varón heredero, el bastardo nacido de encuentros esporádicos con aquella camarera. Hasta aquel embarazo imprevisto, Ramón había vivido convencido de su propia esterilidad. Cuando ella se negó a abortar, su primera reacción fue el pánico, pero pronto se transformó en una revelación egoísta: aquel niño era la única prueba de que su sangre no moriría con él.

Ante la falta de descendencia con María —quien jamás le dio un hijo, no por el destino, sino porque tomaba anticonceptivos a sus espaldas—, el bastardo dejó de ser un error para convertirse en su único legado real. Así, Ramón transformó el accidente en estrategia. Reconoció al niño en secreto y mantuvo su antigua infertilidad como la coartada perfecta en casa.

Existía, sin embargo, un informe médico reciente de la clínica que desmentía esa esterilidad, una prueba letal. Pero ese papel nunca llegó a su destino: el Fiscal se encargó personalmente de que desapareciera de los archivos, borrando el rastro con la misma eficacia con la que Víctor, años más tarde, se toparía frustrado contra ese muro de silencio.

***

A doña Casilda le gustaba citar. Gozaba —entre otras virtudes— de buena memoria. Y si no recordaba la cita exacta, la evocaba con

tal convicción que resultaba más veraz que la original. Leía mucho y subrayaba con insistencia, sobre todo en los libros de papel; al Kindle tardó dos años en acostumbrarse.

Aquella tarde, sobre su pequeño escritorio, descansaba un ejemplar gastado de Las penas del joven Werther, de Goethe, "obra cumbre" —decía ella— del romanticismo. Encima de él, una pila de diez o doce ejemplares, de volumen siempre moderado y muchos con el lomo desgastado, esperaban ser devueltos a la biblioteca. Era un retorno a una noble sepultura, destinada a garantizarles la vida eterna. Encabezando aquel montículo reposaba Sapiens, de Yuval Noah Harari, autor que veneraba últimamente y al que citaba a sus invitados con la misma naturalidad con la que otros ofrecen un café. Con él discutía sobre el sentido de la existencia, la Deidad y el porvenir del hombre.

A Gonzalo le gustaba hablar con ella de literatura, aunque siempre trataba de desviar la conversación hacia la pintura. La última vez que se sentaron juntos fue el prólogo de un desencuentro ya conocido. Primero, a propósito de lo "mal escrito que estaba Homo Deus" y de cómo Harari se había extraviado en la vanidad de querer convencer a todo el mundo y acabar creyéndose a sí mismo.

El segundo motivo fue más íntimo y menos confesable: una de esas contradicciones que solo entienden los orgullos viejos. Doña Casilda se negaba a reconocer oficialmente la legitimidad de Gonzalo, pero al mismo tiempo se empeñaba en que no le faltara nada. Su padre biológico, don Ramón —marido de doña Casilda—, había rehusado reconocer la filiación, pleiteando en los tribunales hasta que la ley le dio la razón, aunque no la verdad. Gonzalo fue, al fin, un desliz: hijo de una actriz famosa, ya fallecida, que nunca ocultó el origen de su vástago y que trabajó hasta el final para dejarle una pequeña herencia.

Doña Casilda, ya viuda, asumió la existencia de Gonzalo con una mezcla de culpa y curiosidad. Le prometió un dispendio suficiente para no pasar penurias, y él lo aceptó con la ligereza de quien ve en ello una forma digna de vivir. A eso dedicaba su tiempo: a sobrevivir entre subsidios, galerías y ese noble deporte nacional de la búsqueda de la belleza.

Aquella tarde, la marquesa lo hizo acompañarla a su cámara, donde —solo allí— le permitía admirar sus últimas adquisiciones. Era un ritual repetido, sí, pero nunca igual. Y aunque lo llamara "privilegio", había en su forma de mostrar algo íntimo, casi obsceno: un deleite apenas disimulado. Enseñar era, de hecho, su verdadera pasión.

Gonzalo se transformaba al cruzar aquel umbral. La penumbra, las obras, el olor a madera antigua lo transportaban al Prado o al Louvre. Sin embargo, su desprecio por la pintura inglesa permanecía intacto. Detestaba "lo British" sin remilgos, y lo llamaba —con la ironía de un español universal— "el depósito de piratas".

Doña Casilda no lo contradecía. Se sabía el centro de la escena. Con gesto ceremonioso cruzó la estancia y se detuvo ante un armario sin cerradura. Lo abrió lentamente; el clic seco sonó como el de un mueble viejo. Ese sonido la cautivaba: para ella, era la melodía del poder. Había leído en Sapiens —y lo repetía con brillo cómplice en los ojos— que el cotilleo fue el origen de la humanidad, su cemento evolutivo… y quizás su pecado más persistente.

Para Casilda, mostrar era una forma de confesión. O de dominio. Porque, al final, ¿qué es un secreto, sino una historia esperando ser contada? Y así, como quien se decide por fin a revelar lo que llevaba tiempo queriendo contar, se hizo a un lado y dejó a la vista un rincón de la sala.

Allí, junto a lienzos de factura impecable, había una urna encastrada a modo de caja fuerte. Gonzalo la reconoció: ya la había visto antes, pero nunca abierta. Ella tecleó cinco dígitos sin pudor, a la vista de su invitado, que los memorizó disimuladamente. El mecanismo emitió un golpe hueco que resonó como un secreto mal guardado. De su interior extrajo una carpeta transparente, de las que se venden en cualquier papelería. Dentro, un bloque de folios DIN A4 encuadernados. La portada, en mayúsculas Times New Roman, parecía mecanografiada con una Olivetti. Gonzalo alcanzó a leer el título: PENAS DEL PENAL.

Doña Casilda suspiró con alivio, pero no por descuido, sino por una decisión largamente meditada. Sabía que Gonzalo no entendía el alcance legal de aquellos papeles, y precisamente por eso se los

enseñaba. Ramón, su hijo legítimo, se había convertido en un extraño para ella: un titán financiero que jugaba con mafias rusas y fondos de inversión, dispuesto a quemar la historia familiar si eso salvaba un balance trimestral. Ramón borraría el pasado si le estorbaba.

Gonzalo, en cambio, con su sensibilidad de artista fracasado y su posición de 'eterno segundón', era inofensivo para el negocio, pero vital para la memoria. Ella lo miró de reojo. Le tenía un cariño feroz, casi clandestino. Gonzalo era la válvula de escape de su conciencia, el único al que podía mostrarle la suciedad sobre la que se había construido el palacio sin temor a que la usara para demolerlo. Él no quería el trono; solo quería ser reconocido. Pura contradicción.

—Míralos bien, Gonzalo —dijo ella, rozando la carpeta con sus dedos huesudos—. Ramón cree que el poder reside en el futuro, en esos servidores y algoritmos que tanto le obsesionan. Pero se equivoca. El poder real está aquí, en lo que hicimos para llegar hasta hoy. Si algún día su castillo de naipes se derrumba… alguien tiene que saber dónde están los cimientos. Aunque estén podridos. Y confío en ti para que, si yo falto, recuerdes que nuestra grandeza nació de una pena.

Gonzalo disimuló su interés y la siguió hacia la salida. Mientras descendían en el ascensor, murmuró con una sonrisa: —No sé cómo sigues empeñada en venerar un cuadro de tan escaso valor artístico. No me extraña que lo que has pagado por esa parte haya revalorizado desmesuradamente el resto.

La marquesa no respondió de inmediato. Ya en el salón, antes de volver a su sillón, lo miró fijamente a los ojos, con esa severidad que solo usaba para protegerlo, y dijo: —No se trata de valor artístico, hijo. Se trata de supervivencia. Ramón protege el dinero; yo protejo la historia. Y tú… quizás seas el único que puede mirarla sin la tentación de venderla. Algún día, quizás lo comprendas.

Gonzalo no insistió ni tampoco le reprochó ese tono tan condescendiente. Pero aquella noche, al llegar a su apartamento, apuntó los cinco dígitos en una servilleta del Club Náutico y escribió junto a ellos una palabra: "PENAL." No sabía aún qué significaba, pero intuía que, detrás de ese título anodino, se escondía algo más

que un manuscrito. Un mensaje. O un secreto. Quizás las mismas cartas del penal de las que Tania habló una vez, entre susurros, convencida de que podían cambiarlo todo.

***

Julia se levantó sin hacer ruido. Gonzalo solía dar vueltas de izquierda a derecha antes de que ella cayera dormida. Fue al baño. Durante aquella larga micción, recordaba el sabor del Marqués de Riscal Frank Gehry Selection que aún persistía entre sus papilas —y, seguramente, en su orina—. La noche anterior habían cenado en Álbora, escogiendo un pescado a la sal para acompañar aquel vino, dándole el protagonismo que merecía.

Julia toleraba bien el alcohol; mucho mejor que Gonzalo. Él, pese a su conocimiento de sumiller, tenía la desgracia de metabolizarlo mal: al día siguiente le aguardaban la ligera resaca y el humor de perros de siempre.

La cocina del ático, en la calle Velázquez, era luminosa desde los primeros rayos del día. Gracias a su orientación al este, la luz se filtraba a través de los cristales, y Julia nadaba desnuda en la piscina interior sin pudor, sabiendo que a esa altura carecía de vecinos: solo un voyeur obstinado, armado con un buen telescopio, podría deleitarse con su cuerpo monumental. Para hacer el café, se enfundó en una bata azul marino, de las de Carrefour, colgada en la antesala. A pesar del invierno, andaba descalza sobre el suelo radiante. Tomaba cápsulas de Nespresso, mientras Gonzalo prefería la cafetera italiana.

A Julia le gustaba preparar el desayuno; disfrutaba dándole placer a Gonzalo, no solo el sexual —el que más la satisfacía a ella, aunque no tanto a él—, sino cualquier gesto de cariño, ese cariño paternal que ambos añoraban y que, de algún modo, se daban el uno al otro. Cuando Gonzalo se levantó, Julia ya había frito sus dos huevos y tenía preparados los pistachos. A él le gustaban porque, según decía, "aumentan la testosterona y son ricos en triptófano". Julia se burlaba de aquellos cuidados, anulados siempre por la resaca y por su beer belly incipiente.

Cuando terminó su tostada, empapada en aceite de oliva, Julia soltó lo que llevaba rumiando desde la noche anterior: —Doña

Casilda ha adquirido la parte del cuadro que buscábamos. La llamada tercera parte. La consiguió a través de un policía llamado Rupérez. Sin duda trabaja para ella.

—¿Rupérez? —preguntó Gonzalo, levantando la vista del café. —Sí. Un bocazas —dijo Julia con media sonrisa—. No pudo resistirse a mis encantos.

—No me digas que te lo confesó. —Y con orgullo. Me contó que era marchante de una rica muy influyente.

Julia lo dijo con un tono juguetón, casi provocador, buscando en él una reacción. Sabía que Gonzalo no era celoso, que su relación abierta se sostenía sobre la ironía, el interés y cierta complicidad de supervivientes. Gonzalo se recostó en la silla y la miró con mezcla de sorpresa y cansancio.

—No es el primer trabajo que hace para la familia —dijo finalmente—. Casilda lo ha contratado antes para resolver algunos asuntos de Ramón.

Llamaba "mi hermano" a Ramón, aunque este no ocultaba su desprecio hacia Gonzalo ni su incomodidad ante aquella familiaridad ilegal. Gonzalo se sentía atrapado en un limbo: era de la familia sin serlo, conocía secretos sin poder intervenir y cargaba con la humillación silenciosa de saberse necesario pero prescindible.

Julia lo observó un instante, con ese aire ambiguo de quien no distingue entre la empatía y el cálculo. Ambos conocían los planes de doña Casilda. Ambos se utilizaban mutuamente para conseguir sus fines. Y en esa simbiosis —tan imperfecta como perfecta— se encontraban, cada uno creyendo manipular al otro.

***

Los días lluviosos en la bahía son pesados. Por escasos y por anormales causan malestar, aunque sean —para muchos— una bendición. Tania pasaba el invierno entre Marbella y Tenerife, en las casas que Ramón tenía en ambas localidades. De vuelta de Canarias, se lamentaba ante doña Casilda de su precipitado regreso. No soportaba el mal tiempo, pese a haber crecido en Moscú y soportado temperaturas muy por debajo de cero.

A su alrededor, a través del imponente equipo Bang & Olufsen, sonaba Romeo y Julieta de Tchaikovsky. Tania conocía bien la pieza,

sobre todo ese cambio que se producía a partir del minuto cinco: una explosión romántica, como aquella que en otro tiempo la había abrazado… y que, a veces, sentía que la apartaba de su misión.

Vivía en la opulencia sin grandes trastornos, soportando un matrimonio de escaparate —como el de Lady Di—, un papel de esposa de galería, sin más dedicación que la representación, sin olvidar para quién trabajaba y a quién debía obediencia. Por partida doble. Cada miércoles entregaba un dosier con los movimientos de su marido: qué decía, con quién se reunía, a qué actos acudía, qué noticias leía.

Su amistad con Lucía, la secretaria, era la tapadera perfecta: una relación genuina, incluso afectuosa, que se mantuvo hasta la muerte de esta. A través de Lucía, Ramón hacía llegar a Tania su propia agenda sin saberlo. Bastaban un par de preguntas inocentes, un toque de complicidad, para obtener la información que necesitaba.

También reportaba todo a Arturo Reina, el hombre que le había prometido sacarla de esa vida. Llevarla a un lugar donde nadie pudiera encontrarla, con recursos suficientes para vivir en paz. Sola, si lo deseaba. O con quien eligiera. Pero lejos. Muy lejos de todo eso. La extracción, tan ansiada como frustrada.

Al principio, cuando se orquestó aquel encuentro en Marbella, Gregori dudó de que el encanto natural de Tania bastara para que don Ramón se fijara en ella. Pero los acontecimientos —el noviazgo y el matrimonio casi inmediato— confirmaron el éxito absoluto de la operación. En apenas cuatro años, la rusa Severstal logró controlar casi el 49 % de IMIB: un 25 % de forma directa en las bolsas de Nueva York y Londres, y el resto mediante fondos pantalla. El Ministerio de Economía trató de frenarlo, en vano. Ni sus advertencias ni el auxilio solicitado a los socios europeos —más pendientes de sus propios intereses en una Europa virada al nacionalismo— lograron contener la entrada rusa. El gobierno socialista quedó solo, impotente ante una operación que desbordó todos sus resortes de control.

Gonzalo sabía que Tania no era lo que parecía. La intimidad con una mujer tiene eso de particular: la cercanía, aunque no pase por la carne, acaba conduciendo al espíritu. Y con él, al desvelo de

secretos que terminan convirtiéndose en compartidos, casi como un místico enlace. Ambos reconocían la dimensión de su relación. Desembocaban el uno en el otro como dos cauces subterráneos. Se encontraban, sin planearlo, con una naturalidad absoluta y, al mismo tiempo, forzados a disimular. Era un juego extraño, donde los dos ganaban y perdían a la vez. En el fondo, se reconocían: dos desheredados, unidos más por la falta que por la posesión.

Ahora los tres habían dejado al descubierto, al menos en parte, sus cartas. Tania había comprometido su credibilidad en aquella sociedad cerrada y miniburguesa a la que pertenecía su matrimonio: primero con su relación infiel con Julia y casi con Gonzalo. Julia completaba ese triángulo diabólico. Se había acercado a ambos, aprovechando la debilidad de carácter de Gonzalo y la fragilidad emocional de Tania, a la que también conquistó —quizás guiada por su bisexualidad o por simple curiosidad psicológica—.

El caso era que todos sabían que todos estaban atrapados en la misma trama. Y en la misma aventura. Cómplices y víctimas a la vez.

CAPÍTULO 113

Carnaval en Venecia. Un resumen

En el fondo, todos actuaban. Ramón jugaba a ser el patriarca inamovible, atrincherado en El Puerto a pesar de tener pasta para esfumarse en cualquier parte. Tania sonreía por exigencias del guion mientras manejaba a Gonzalo, un galán de provincias que usaba la cultura y la empatía como un disfraz a medida. No eran más que marionetas en una obra que no habían escrito, devorados por El Puerto, que ya no era una ciudad, sino un puto decorado de cartón piedra y lujo rancio que los vaciaba de identidad.

Y detrás de ese decorado, en la sombra de las bambalinas, la verdadera directora seguía moviendo los hilos: doña Casilda. Una anciana empeñada en recomponer el cuadro roto de su familia, esa mezcla de óleo, cartas del penal y una escritura notarial que revelaba la traición fundacional sobre la que se había levantado su fortuna.

Tania lo sabía. Pero Tania no era la directora de la obra. Era, más bien, la actriz trágica que intuye que el telón caerá sobre su cuerpo. Su papel no fue actuar, sino filtrar. La «matrioshka» se había ido dando cuenta poco a poco de la extraña geometría de su lealtad. Su reclutamiento por el GRU en Moscú fue el inicio, la cáscara externa. Pero en el fondo, bajo las capas de disciplina soviética, latía el vacío de la apátrida. Hija de exiliados, de una tierra de nadie, Tania no servía a una bandera, sino a un destino incierto que la empujaba siempre hacia el abismo.

En secreto, se había convertido en un activo pasivo de la CIA. Su misión no fue forzar la venta de IMIB a los Tata, sino simplemente dejar que se supiera. Tania conocía las maniobras de Ramón. Mientras sus jefes del GRU creían que ella estaba allí para sabotear esa venta y asegurar el control de Moscú, ella se limitaba a abrir las ventanas para que los americanos miraran dentro. Filtraba agendas, reuniones, borradores de contratos. No empujaba a Ramón;

simplemente iluminaba el camino para que otros —la CIA, Washington, el propio Gobierno de España— pudieran maniobrar y favorecer la opción india frente a la rusa.

Era una figura romántica en el sentido más decimonónico: una mujer arrastrada por fuerzas históricas que la superaban, buscando en la traición una forma de pertenencia que nunca encontró.

Su vida personal era el reflejo de esa fractura. Su romance con Gonzalo no fue una estrategia fría, sino el refugio de dos náufragos. Él, reivindicando su papel de hijastro, de heredero robado; ella, buscando un anclaje en la tormenta. Pero la ecuación no estaba completa sin Julia. Entre la abogada y la espía hubo algo más que intercambio de información. Hubo romance, hubo flirteos, hubo una atracción ambigua que Julia explotó con maestría. Tania se dejó llevar por ese juego de espejos, encontrando en Julia una fascinación peligrosa.

Formaban así un trío diabólico: Gonzalo, Julia y Tania. Cada uno movido por sus propios intereses, cada uno utilizando a los otros dos. Julia tampoco era ajena al gran juego. La abogada no solo servía a su propia venganza; también jugaba sus cartas con la CIA y con el CNI, vendiendo información a cambio de impunidad y apoyo logístico. Tanto ella como Gonzalo compartían un objetivo visceral: recuperar la empresa. Querían arrebatarle a Ramón el imperio que consideraban suyo por derecho de sangre y de agravio.

Todos los personajes eran turbios, inexactos, dibujados con trazos de humo. Nadie era completamente culpable ni completamente inocente. Eran supervivientes en un baile de máscaras donde la música hacía tiempo que había dejado de sonar, pero ellos, por inercia, por deseo o por miedo a la oscuridad, seguían bailando.

CAPÍTULO 114

Julia y la Coca

Seis meses antes de su secuestro, Tania recibió nuevas instrucciones: debía vigilar más de cerca a Ramón, en especial en relación con la inminente OPA de la compañía india Tata sobre las acciones de IMIB y con los movimientos de la familia en torno a un cuadro —El Desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María— cuya última parte parecía esconder más de lo que mostraba.

Por formación y por instinto, Tania dominaba el mundo empresarial y supo ganarse la confianza de los interlocutores de Ramón. Su relación con Julia no fue fortuita: conocía su conexión con Ricardo, el mánager del Family Office, y sabía que ambos compartían más de un secreto profesional. Julia fue su puerta de entrada, y también su coartada.

Ramón, reservado y pragmático, apenas intervenía en la administración diaria de sus empresas. Tomaba las decisiones clave en persona, casi siempre en Londres, frente a frente con sus socios, y cerraba los acuerdos como un duelo. Tenía fama de negociador implacable, y su círculo de confianza era mínimo. En él solo cabían tres nombres: Ricardo, su madre y Juanito —"Jhony»—, su amigo de la infancia. Hijo del secretario de su padre, “Jhony” había sido educado bajo el amparo de la familia y, aunque vivía de rentas, poseía una mente brillante. Filósofo, enemigo declarado de la inteligencia artificial, pasaba las horas entre sus incunables y los viajes con Ramón.

Tania lo sabía. Y fue por eso que se acercó a él. Su intuición —esa mezcla de frialdad y perspicacia que nunca le fallaba— le indicó que «Jhony» era la clave para comprender los movimientos de Ramón.

Días antes del secuestro, en la terraza del Club Náutico de Puerto Sherry, “Jhony” dejó escapar un comentario trivial: «Tania anda haciendo preguntas raras…»

Lo dijo en voz baja, entre una copa de vino y una sonrisa distraída. Nadie supo si fue el vino o una advertencia calculada. Dio igual. El comentario llegó a oídos equivocados. Alguien estaba atento. En El Puerto siempre hay alguien escuchando. A partir de ese instante, el destino empezó a girar. Unos sostienen que Ramón utilizó esa información como excusa para protegerla. Otros, que fue el primer movimiento para apartarla del tablero. O quizá fue solo una forma más de probar su lealtad.

***

Ramón y Vladímir se encontraron por primera vez en el Boodle's, en el número 28 de St. James's Street. A Vladímir le gustaba presumir de ser una rareza estadística: uno de los tres únicos rusos admitidos en la historia del club. Se pavoneaba por los salones con una displicencia estudiada, exhibiendo trajes de corte italiano y unos andares peculiares, una mezcla imposible entre la rigidez militar soviética y la arrogancia texana.

Ramón, en cambio, jugaba en casa. Le gustaba ese club del que su padre ya había sido socio y al que él pertenecía por derecho de sangre, tal y como exigían los estatutos no escritos de la vieja Europa. Era un refugio íntimo, blindado contra el jolgorio vulgar de la City. Allí se cerraban los pactos que no salían en la prensa, y ese era uno de ellos. Los ejércitos de auditores de KPMG y los estrategas de McKinsey ya habían peinado los detalles económicos y jurídicos. El preacuerdo estaba listo, pendiente solo de la ratificación de los consejos de administración. Faltaba únicamente el ritual: el apretón de manos en aquella salita reservada, con dos magnates sentados frente a frente y una copa de The Macallan en la mano.

Todo iba según el guion hasta que Vladímir soltó el veneno. Una alusión casual, casi doméstica, a la amistad que unía a su propio hijo con Alexander.

El hijo secreto de Ramón.

Un golpe maestro. Al mencionar esa filiación, tan desconocida por el mundo como peligrosa para su reputación, Vladímir dejó claro el mensaje: sabía dónde estaba su alma. En ese instante, el ruso dejó de ser solo un socio comercial para convertirse en el testigo más incómodo de la vida de Ramón.

***

Aguilar se sentó solo después de que lo hiciera el ministro, tras soportar ese apretón de manos de quebrantahuesos que el político repetía con todo el mundo; un protocolo de macho alfa diseñado para dejar claro quién mandaba en la sala. Sin dignarse a mirarlo a los ojos, el ministro recitó de memoria la trayectoria profesional de Aguilar, elogiando su dedicación al Gobierno y, sobre todo, su lealtad al Partido. Fue una introducción sobreactuada, el preámbulo necesario antes de pedir el favor sucio.

De pronto, cambió el registro. Se inclinó sobre la mesa, bajó la voz y adoptó un tono de falsa camaradería: —No sabes lo vital que es que esta operación no salga, Aguilar. Esa venta a los indios no puede ocurrir. Tenemos que aprovechar tu amistad con Ramón para torpedearla desde dentro. Es una estricta cuestión de interés nacional y el Presidente cuenta contigo.

Hizo una pausa teatral. —Tendrás todos los medios disponibles, incluidos los del CNI. Ni que decir tiene que el Estado sabrá cómo recompensarte —concluyó, esbozando una sonrisa casi lujuriosa—. Ah, y olvídate de esas grabaciones. De todas. Eso ya está enterrado. Y las malditas fotos, también.

—Cuente conmigo, ministro —respondió Aguilar con tono marcial, esforzándose por parecer convincente.

No hizo falta mucho esfuerzo. El ministro no captó el lenguaje no verbal de su subordinado porque ya había dejado de prestarle atención; sus ojos ya estaban en la agenda, en la siguiente reunión. Aguilar había dejado de existir para él en el momento en que dijo "sí".

Aguilar salió del despacho con la misma discreción con la que había entrado. Pero al cruzar el umbral y cerrar la puerta tras de sí, soltó el aire y el desprecio contenido: —Menudo gilipollas.

Miró el móvil sobre la mesa, con la pantalla aún iluminada tras colgar la llamada. Acababa de hacerlo. Había movido ficha. Un alfil.

***

Me limpié los restos de crema de avellanas de la comisura de los labios, sintiendo una mezcla de triunfo y vergüenza. La parte del triunfo era evidente: Julia —o Rosa, como habíamos acordado seguir

llamándola en esta farsa —había… ¿Picado? Le solté la mentira del dinero y secretos encontrados en casa de Rupérez y la codicia hizo el resto. A pesar de fingir que estaba en Madrid por negocios y hacerse la interesante con su agenda, accedió a venir. La cita oficial sería el martes en comisaría.

En un alarde de torpeza, le había propuesto vernos antes, esa misma noche, en el Bar Betis. Un bar de tapas, castizo y bullicioso. Al oír su silencio al otro lado de la línea, me di cuenta de mi catetada: no citas a una abogada internacional que se mueve entre Zúrich y la City en un bar de fritanga. Tuve que corregir sobre la marcha y proponer El Faro, en la pecera. Ahí sí suavizó el tono. La cuenta iba a ser un rejón para mi economía, pero si lograba sacarle qué demonios pretendía hacer con el cuadro, habría sido la mejor inversión de mi vida. Necesitaba entender a esa impostora de raza.

Poco después, mientras trataba de limpiar con el Waterpik lo que quedaba de pistacho en mis dientes, recibí una llamada de un número largo. Era Ramírez. Con ese acento marcadamente gaditano, entre la chufla y el cachondeo, me dijo que habían dejado en libertad con cargos al ruso que pillaron con el alijo en el puerto de Cádiz, aquel cuyo camarote registramos.

—Le han pagado la fianza y el juez lo ha dejado salir. En el interrogatorio había hablado más de la cuenta —me dijo—. Justo antes de que llegara un abogado muy encorbatado de un bufete de los gordos de Sevilla, y otro de Cádiz, nos habló de que «no sabía de dónde venían las cajas esas tan raras» y que era imposible abrirlas… Estuvimos viéndolas en el depósito y, la verdad, tuvimos que darle duro a la radial para el decomiso. Mandamos una muestra a Madrid para que averiguaran el material del que estaban hechas las cajas y cómo se empaquetaban. Te mando el informe, Víctor —concluyó.

De inmediato sentí el aviso del correo y lo abrí. No entendí a bote pronto toda esa nomenclatura, pero adiviné que se trataba de un empaquetado muy sofisticado y que solo una maquinaria muy especial podría hacerlo: una maquinaria industrial a gran escala y con una superficie lo suficientemente grande como para poder albergar esas máquinas. Otra vez, mis queridas máquinas. Se acompañaban de unas fotos que me recordaron las de las antiguas

linotipias entre las que solía jugar en mi infancia en las instalaciones del Diario de Cádiz en la calle Ceballos. Estas eran de menor tamaño, pero parecían bloques macizos que escondían un mecanismo de extrusión que convertía una pasta plástica a temperaturas lo suficientemente altas como para moldearla y darle la dureza y consistencia suficiente para, inmediatamente después de enfriarla, servir de contenedor a lo que contuviera. Exactamente iguales a las que vi en la fábrica de IMIB en Tres Cantos.

La particularidad consistía en que eran capaces de tratar previamente la coca y el cemento, que aparecieron mezclados en el cargamento decomisado y que, por el color y la textura, despistaron en un primer momento a mis compañeros de Cádiz cuando abrieron las cajas.

Al llegar al final del informe, algo me llamó la atención. La empresa de ingeniería israelí responsable del diseño de las máquinas utilizadas para embalar sustancias tóxicas —entre ellas, residuos de uranio—. Aquella mezcla imposible de cemento y cocaína no podía hacerse en cualquier parte. Requería maquinaria industrial de alta precisión y una superficie de trabajo enorme. No era el experimento de un narco con recursos, sino una operación planificada con conocimiento técnico y respaldo estatal o corporativo.

Tomé nota del nombre de la empresa y busqué la dirección y contacto en Google. Se trataba de una empresa joven, fundada hacía unos años por un ingeniero israelí. Elian Macintosh. No era nadie antes de fundar su empresa; acababa de terminar sus estudios de ingeniería en Tel Aviv con notas extraordinarias, se fue al MIT para hacer un doctorado y cuando volvió empezó a desarrollar unos trabajos de consultoría para empresas grandes, norteamericanas y rusas.

Me lancé al vacío y abrí el correo electrónico. A puerta fría. Sabía que mi cuenta oficial no serviría de nada. Elian Macintosh tenía esa cara propia del "tonto/listo", esa rara especie de homínido que parece tonto, pero es un genio. Necesitaba atacar su ego. Creé una cuenta con un dominio de apariencia profesional y me presenté como un periodista freelance de una revista tecnológica

internacional. Me interesé por su trabajo y le pedí que me permitiera hacerle una entrevista para un perfil sobre visionarios.

Para mi sorpresa, su asistente contestó a los diez minutos con una eficiencia robótica. Al parecer, Mr. Macintosh acababa de sufrir una cancelación en su agenda y tenía una ventana libre de quince minutos a las doce en punto. Tuve suerte, o quizás mi disfraz de periodista tecnológico era más convincente de lo que pensaba. Miré el reloj: eran las once y treinta y seis. Me daba tiempo justo a prepararme el papel.

Marta me envió un WhatsApp, quería verme. Le dije que nos viéramos en la puerta de la comisaría, pero ella estaba en Cádiz, haciendo no sé qué en la Audiencia. Ella llevaba otros casos aparte del mío, pero desconocía con qué intensidad. Desde luego, a mí no me había aportado mucho más allá que su presencia, que para mí era mucho, diría que casi todo. Allí estaba, esperándome, con esa mezcla de dulzura y misterio que tanto me desconcertaba. No me dio tiempo de bajarme de la moto cuando ella me pidió el casco; más que pedírmelo, me lo ordenó con esa autoridad suya que me resultaba tan irresistible como inquietante.

—Vamos a tu casa —me dijo con un tono al que nadie en su sano juicio se enfrentaría.

Pensé en la inutilidad de haberme citado allí; algo no cuadraba, como tantas cosas en ella. Quizás volvió de Cádiz y no tenía transporte, o quizás… Mejor no pensar demasiado. De cualquier forma, había quedado con el tal Elian a las 12.

Llegamos a casa, abrí el portón y noté algo extraño. Tengo esa rara habilidad para notar ausencias, cambios de temperatura, cambio de peso en las personas, cambios climáticos, cambios de todo. El aire del apartamento me estaba gritando que algo no estaba bien.

—Algo raro ha pasado aquí —le dije a Marta, observando su rostro de reojo. —¿Qué quieres decir? —preguntó, demasiado tranquila. —Alguien ha entrado en el apartamento.

Su expresión permaneció impasible. Demasiado impasible. Ese gesto neutro, calculado, me desconcertó más que una reacción airada o un gesto de sorpresa. No insistí. Caminé directo hacia el

baño, con una bola en la garganta. Levanté la vista y tanteé el lugar donde, con la precisión de un ladrón, había escondido la copia de las fotos anónimas de la fiesta. A escondidas de Marta, tomé aire, aliviado: seguían allí, pegadas con cinta a una de las losas del techo. Ella no pareció prestar atención a mi comentario, quizás porque ya era sabedora de mi lado más neurótico y paranoico.

—Víctor, siéntate. Voy por un café.

Me dejé caer en el sillón, arrastrado por un cansancio extraño. Desde allí, contemplé la habitación con calma fingida. Había un olor en el aire, casi imperceptible, pero lo suficientemente distinto como para resultarme ajeno. Un olor humano. El rastro de alguien que no era Marta.

En ese momento Marta vino y se sentó justo a mi lado, dejando la taza de café Nespresso en la mesa con un gesto calculado. Su proximidad, que antes me reconfortaba, ahora me ponía en alerta.

—Han llamado de la Fiscalía —anunció Marta con voz templada—. Roldán me acaba de confirmar el archivo provisional por falta de pruebas. Nos toca redactar el informe final para que ellos den la rueda de prensa y le den carpetazo al asunto.

—Cierre técnico —le contesté—. No les basta con lo que tenemos. No les convence o no quieren convencerse.

No moví ni un músculo, aunque la jugada no me sorprendía en absoluto. La orden de cerrar el grifo venía de arriba, eso lo tenía asumido. Lo único nuevo en todo este circo era Marta. ¿Por qué nadie abría la boca para hablar de ella? Había desaparecido del mapa sin hacer ruido, borrada del caso con un descaro que me hervía la sangre.

Pero ella no había terminado.

—Víctor, esto se ha enquistado —insistió, clavándome la mirada —. Es una locura. Mafia rusa, drogas, un policía corrupto muerto y jueces bajo sospecha. Eres tú contra el mundo por unos cadáveres que no le importan a nadie. Si los de arriba quieren cerrarlo, lo cerramos. Y es la última vez que te lo digo.

—Lo sé —la interrumpí en seco—. De hecho, Ramírez me acaba de llamar: el ruso del barco ya está en la calle.

Las doce en punto. Antes de que Marta pudiera responder, el aviso de Teams sonó en mi ordenador. Era Elian MacIntosh. Acababa de aceptar la entrevista y me enviaba el enlace para conectarnos en ese mismo instante.

Miré la pantalla y luego a mi compañera. No tenía tiempo para discutir; necesitaba quitármela de encima.

—Dame un segundo —le dije, dándole la espalda hacia el monitor —. Tengo que coger esta llamada.

Piqué el enlace del Teams justamente a las doce. Me levanté con el portátil y me dirigí a mi dormitorio buscando un poco de intimidad y un escenario más formal. Allí estaba él, delante de lo que parecía la cámara de un portátil. Con gafas y cara de empollón y de rico joven tipo Bezos o Musk, con una sonrisa de oreja a oreja.

Solo pude decirle "Good morning" en inglés, y él me respondió de la misma manera. No tenía ni discurso ni entrevista preparada, así que tuve que tirar de mis dotes de interpretación y parecer lo que no era, un periodista especializado. Inmediatamente, para romper el hielo, le dije que era español. Pareció agradarle porque empezó a balbucear palabras en castellano que apenas entendía, salvo las de "tortilla de patatas", "Madrid", "Barcelona", "Sevilla", "flamenco" y "siesta". Los tópicos, esas verdades a medias que nos sirven de tarjeta de presentación entre desconocidos, pensé. Le seguí la corriente.

Cuando pareció que las presentaciones estaban hechas y se había roto el silencio de los desconocidos, le hice la pregunta del millón, cogiéndolo otra vez por sorpresa, o al menos eso pensé yo.

—Seguro que le han hecho esta pregunta mil veces… —¿A qué se debe su éxito, Mr. Macintosh? —le dije.

Se quedó callado, sorprendido, aunque gustoso con el tono que empleé y la pregunta. —Verá, es algo de lo que realmente no puedo hablar —dijo con cierto aire misterioso—. Pero tratándose de usted y atendiendo al respeto de los contratos de confidencialidad que he firmado —dijo con cierta sorna—. Le confesaré que el origen de lo que usted llama éxito empezó precisamente en su país.

»No se ofenda —me dijo mientras hacía gestos con las manos hacia arriba, dibujando un paréntesis—, pero quizás tengamos un

concepto distinto de lo que significa el éxito. Para mí no es más que la contemplación de Dios y su infinita sabiduría. —Creo que se dio cuenta de mi cara de idiota y rio compadeciéndose de mi estupidez.

—¿En España? —insistí. —Sí, en España. Empecé desarrollando mi patente para una empresa en España que me contrató de forma sorpresiva. No sabía que mis ideas pudieran ser tan conocidas en aquella época en su país; quizás por eso le tengo tanto cariño.

—¿Qué empresa? —le dije impulsivamente, en un tono ingenuo, casi infantil, con la esperanza de que pareciera inofensivo.

Carraspeó. —Una empresa española muy importante ahora con capital extranjero de origen ruso fue la que me dio la oportunidad. No puedo desvelar su nombre, como usted comprenderá… —Elian hizo un aspaviento que significaba la posibilidad de ser demandado por revelación de secretos e incumplimiento de las cláusulas de confidencialidad.

—Claro, claro —le dije asintiendo de forma ostentosa.

Se rio otra vez y continuó hablando. Elian parecía muy charlatán y lisonjero y mezclaba anécdotas personales con ribetes de su trayectoria empresarial mientras yo asentía continuamente, moviendo mi cuello de forma indistinta.

—No puede imaginarse cómo me ficharon. Fue completamente surrealista; casi me meten a la fuerza en un avión rumbo a Madrid. —¿A Madrid? —Sí, a un sitio llamado *Three Cantos* —lo soltó con tanto acento extranjero que tardé en procesarlo. —Querrá decir Tres Cantos —le corregí. —¡Exacto! —rio él—. Nunca olvidaré el nombre porque me hizo mucha gracia cómo sonaba en mi idioma.

Elian se dio cuenta de que uno de sus más grandes defectos para alcanzar la perfección que Dios exige a los judíos era su charlatanería. Además de simpático, era lenguaraz, para mi fortuna. Enseguida cambió de tercio y me preguntó qué tiempo hacía en Cádiz. Oculté mi sorpresa y, tras dos o tres preguntas intrascendentes que usé para adornar y justificar mi entrevista y ocultar mi ignorancia sobre sus actividades, le pedí que me enviara un modelo original de su maquinaria para utilizarla en el artículo que iba a redactar sobre él. En ese mismo momento me envió el correo. Nos despedimos y nos dimos las gracias mutuamente.

Volví al salón cerrando el portátil con fuerza. Allí estaba Marta, ojiplática; había escuchado mi voz alzada en inglés a través de la puerta.

—¿Con quién hablabas, Víctor? —me inquirió, tratándome como a un lunático.

—¡Con el ingeniero que diseñó las máquinas! —le solté, con la adrenalina aún disparada—. ¡Con el arquitecto del horno! Sé dónde está la cocina, Marta.

Ella parpadeó, procesando la información, pero su preocupación estaba en otro lado. —Víctor… han cerrado el caso.

—¿Has visto esa orden físicamente? —pregunté, ignorando su tono derrotista—. ¿El papel, me refiero? ¿O ha sido una simple llamada, un "te lo comunico" sin firma ni sello?

—No —respondió, molesta porque mi euforia chocaba con su realidad—. Pero Roldán me lo ha dicho.

—Entonces vamos a continuar.

Me senté y cogí el bloc que tenía en la parte de debajo de la mesa y un bolígrafo azul. Abrí el cuaderno y, mirando al esquema que tenía con fotos entrecruzadas, empecé a dibujar cuadros interconectados con flechas. —Aún hay caso, Marta. —Sonó poco convincente, ni siquiera para mí. Tozudo, pensé—. Aunque ya no sea solo un crimen… Es el sistema entero.

Ella no respondió. Me miraba. Inmóvil. La quijada apretada.

—Tú sabes que todos se protegen… —murmuré, bajando la voz a un susurro —.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Marta seguía ahí, rígida.

Aludí a nombres que ella y yo conocíamos. Los solté uno tras otro: operaciones enterradas, escrituras escondidas, dinero sucio de la droga lavado en grandes empresas… Hasta la leyenda de los cuadros, los legajos y unas cartas de una historia de traición que ahora muchos quieren revivir y otros ahogar. Y, si uno rasca un poco más, aparece la mafia rusa—. No eran errores, Marta —dije mirándola fijamente—. Son realidades. Y tú lo sabes.

Hice una pausa, dejé que el silencio pesara, y añadí con un tono más duro: —Y en medio de todo eso está tu no tan odiado Ramón.

Ese al que antes detestabas y ahora, de repente, pareces comprender. ¿O es que prefieres olvidar a las víctimas?

Ella cruzó los brazos. Un parpadeo lento y seductor.

—Y ahora, lo del hijo. Ese hijo oculto. Sabemos que está, pero ni idea de dónde. ¿Por qué lo esconde, Marta?

Nada. No hizo ni un gesto. Noté, más que nunca, la distancia insalvable que nos separaba. —¿Cuántos delitos más lleva encima ese cabrón? ¿A quién más ha destruido?

Levanté la vista. Ella me devolvió una mirada hermética, vacía de cualquier empatía real. Su advertencia tenía un aire artificial, casi teatral. Fingía preocupación, o eso quise creer, deseando con todas sus fuerzas que yo no siguiera ese camino bajo la falsa excusa de mi propio bien**.** Pero su inmovilidad no encajaba; no parecía una compañera cubriéndome las espaldas, sino un centinela guardando celosamente una puerta. Y yo lo adiviné, aunque me faltaran piezas para entender por qué. Estaba tocando el corazón del nido. Y eso solo podía significar una cosa: estaba a punto de reventarlo todo

Me incorporé despacio. —Y luego está Julia —dije, cerrando el círculo—. No es solo una consultora. Es parte de esto. Una guerra familiar, antigua. El apellido no engaña. Los diarios existen. Los legajos también. Y todos andan detrás de ellos: unos para borrar, otros para vengar.

Marta no respondió. Bajó la vista como un toro delante del estoque. Agarré sin pensar las llaves del coche. —Vamos a ver a Roldán —dije, arrastrándola del brazo.

Avancé dos pasos y me detuve en seco, entre el sofá y la puerta. Acababa de caer en algo crucial, justo antes de cometer una estupidez. Apreté el brazo de Marta con más fuerza. La desesperación me empujaba hacia la única evidencia que me quedaba: las malditas fotos. Se suponía que eran la prueba. Marta ya las había visto. Yo también, aquel día que me pasaron el pen en comisaría. Hice una copia, esa misma que luego buscaron. Las tenía en el móvil, escondidas.

Solté su brazo, desbloqueé el teléfono y se lo puse delante. —Míralas, Marta. Sé que ya las viste en el despacho, pero míralas ahora. Estas fotos no están aquí por casualidad. —La mano me temblaba, no de miedo, sino de pura rabia.

Marta miró la pantalla y negó con la cabeza, extrañada. —Víctor… ¿Dónde están? Aquí no sale lo que vimos el otro día. Aquí no hay nadie. Ni Ramón, ni ninguna chica con máscara. Es solo la cubierta de un barco vacía. Un paisaje.

Le arranqué el móvil de la mano, incrédulo, y miré la pantalla. No podía creerlo. Tenía razón. La información de las fotos conservaba el nombre, la fecha de creación, incluso el peso en megas… pero el contenido había mutado. Donde antes estaba la prueba definitiva —Ramón erguido como un amo, sujetando la correa de cuero, e Ivanna a sus pies con la máscara veneciana—, ahora solo había una estampa turística inofensiva: la madera de teca del Icarus brillando al sol y el mar de fondo. Sin gente. Sin delito. Limpia.

—Han entrado —mascullé, soltando el teléfono sobre el sofá, convertido ya en un objeto contaminado—. No solo han tocado el sumario en la comisaría, Marta. Han accedido a mi terminal. Han reescrito el archivo a distancia.

Me observó con esa frialdad de quien mira a un loco delirar, o quizás con la calma del que intenta racionalizar lo imposible. —Víctor, sé lo que vimos en el monitor, pero igual te equivocaste al hacer la copia o es otro archivo. Estás paranoico. Nadie puede borrar a una persona de una foto en un iPhone, a distancia y sin que te enteres.

Esta vez sí, no era idiopático. Sentí un dolor agudo en el pecho, un pinchazo de ansiedad que me cortó la respiración. Ya no estaba seguro ni en mi propia casa. Miré a mi alrededor, desorientado, escrutando las molduras del techo, los enchufes, las rejillas del aire, buscando el brillo de una lente o la sombra de un micrófono.

Me giré hacia el pasillo para disimular el miedo. Mis ojos viajaron un instante hacia el techo del baño. Allí, pegada con cinta americana bajo una losa suelta, seguía la copia impresa. Muda. Analógica. Intocable para las manipulaciones.

Parecía una tontería, una de esas idas de olla que guardas bajo llave esperando que alguien te confirme que estás para que te encierren. Pero, fiel a mi paranoia de siempre, había comprado un localizador de frecuencias hacía meses. Entonces me pareció de loco de manual; hoy era mi única tabla de salvación. Lo saqué y escaneé el apartamento entero. Nada. Cero señales. Marta me miró cuando terminé de dar vueltas por el salón. En su cara no había incomprensión, solo desprecio.

CAPÍTULO 115

La operación

El reloj marcaba las ocho de la mañana cuando Ramón Rodríguez de Bastidas entró en su despacho. A pesar de que Hong Kong estaba amaneciendo, él ya llevaba horas despierto, ultimando con su abogado, Ricardo Somme, los detalles de un plan meticulosamente elaborado.

IMIB S.A. estaba en quiebra técnica. Lo sabían ellos, y pronto lo sabría todo el mundo. El consejo de administración ignoraba que la liquidez era un espejismo. Que, bajo la superficie, la empresa era un buque condenado al naufragio. Inspirado en los movimientos desesperados de la crisis de 2008, Ramón tenía clara su jugada: una venta relámpago, una donación estratégica y una evacuación legal silenciosa. Un "Margin Call" a la española.

A las 3:17 de esa madrugada, Ramón firmó digitalmente el último documento del fideicomiso. El icono en su tablet parpadeó antes de apagarse. Era la señal: el proceso estaba en marcha. Las acciones más valiosas fueron desagregadas del balance principal y traspasadas sin contraprestación económica a una fundación opaca, con un nombre medieval y una fachada filantrópica: la Fundación Constantiniana para la Custodia del Bien Común.

Sin embargo, la pieza central era el verdadero beneficiario detrás de todo: Alexander Rodríguez de Bastidas, el vástago de Ramón.. No era una paternidad inesperada, como creerían los medios, sino un secreto blindado durante doce años en Suiza. Su integración en la operación fue precisa, casi mecánica.

Su teléfono sonó. Era un mensaje de Alexander: «¿Estás seguro de esto, papá?»

Ramón sonrió frente al auricular, aunque el chico no pudiera verlo. Su hijo, ese extraño con el que solo había compartido visitas a contrarreloj y recibos del internado, resultó ser un tipo cauto. Le enorgullecía verse reflejado en él; al fin y al cabo, esa cautela era lo

único que iba a salvarles el cuello y a multiplicar su fortuna. Pero lo que más le sorprendía era la frialdad del chaval al otro lado de la línea, esa entereza con la que había aceptado su papel en el tablero sin pestañear. Quizá fuera como él, pensó Ramón apretando el auricular. O quizá, incluso, fuera mejor. Le enorgullecía reconocerse en él; al fin y al cabo, ahora mismo la cautela era lo único que les iba a salvar el cuello y hacerlos aún más ricos de lo que eran.

La bolsa aún no entendía lo que se había desatado. En cuestión de horas, los activos industriales de más valor fueron liquidados, desagregados o camuflados. Las acciones se vendieron sin piedad. JP Morgan leyó el movimiento primero y siguió la corriente esta vez como víctima. El resto, arrastrados por la caída, vendieron tarde. Para cuando los analistas reaccionaron, el valor real de IMIB ya estaba a salvo en Ginebra, bajo control de la Fundación Constantiniana.

Los analistas no habían descontado la minusvalía masiva que generaba la operación. ¿Por qué? Porque nadie sabía que la empresa estaba técnicamente quebrada. Solo un puñado de personas tenía acceso al "balance" real: Ramón, su abogado Ricardo Somme, su viejo amigo y confidente Alessandro Conti, y un asesor financiero fichado años atrás desde Goldman Sachs: Luis Mañasco, un matemático brillante que había sido finalista del Premio Nobel de Economía por un trabajo sobre asimetría informativa en mercados secundarios concentrados. Su especialidad: hacer que un agujero pareciera una fortaleza. Su estrategia: aprovechar el desfase entre la valoración contable y la percepción bursátil para orquestar una sobrevaloración que nadie se atreviera a cuestionar.

Los compradores —carentes de información interna, guiados por informes retocados con precisión suiza— llegaron a pagar un 130 % sobre el valor de cotización de la acción en bolsa. Se justificó como «prima por control estratégico». Los bancos de inversión lo vendieron como un takeover defensivo con «sinergias potenciales». Incluso Bloomberg y Financial Times celebraron el movimiento como una lección de resiliencia industrial europea ante la presión asiática. Nadie se dio cuenta de que el núcleo de la empresa ya no existía. Lo que se compró fue un cascarón con estructura, pero sin sustancia.

Ricardo Somme le entregó a Ramón un informe de tres hojas: —Uno: el Estado no puede vetar. Dos: los rusos ya no están. Tres: La Comisión Nacional del Mercado de Valores no tiene cómo seguir el rastro. ¿Notificamos a Malta?

Ramón asintió sin ni siquiera levantar la vista.

La jugada fue limpia, legal y devastadora. Fraudulenta. No se vendió. Se donó. Lo que hizo imposible activar la vieja golden share del Estado español, diseñada para bloquear ventas de activos estratégicos. La Fundación Constantiniana, inspirada por un pensamiento económico retrógrado y casi místico —el de una élite que renegaba de la economía digital y abogaba por volver al capitalismo clásico, de bienes tangibles y poder discrecional— quedaba fuera del alcance estatal. Entre sus miembros silenciosos, nombres como Warren Buffett y herederos de viejas casas industriales europeas que soñaban con enterrar la nube, los datos, los algoritmos. Ramón, que no compartía sus valores, pero sí su cinismo funcional, supo que ahí estaba el escudo perfecto.

El segundo golpe fue contra Vladímir. El oligarca ruso, socio estratégico durante años, había apostado por la deuda convertible y por una sociedad chipriota con poder en el consejo de administración. Pero no anticipó la velocidad de Ramón. Primero, se ejecutó una cláusula blindada de rescate anticipado de bonos preferentes, incluida de forma casi invisible en la última junta anual. Luego, la filial chipriota fue disuelta en menos de veinticuatro horas, y sus operaciones migradas a una subsidiaria fantasma en las Islas Vírgenes Británicas. Cuando los abogados de Vladímir llegaron con amenazas, todo lo que quedaba era una estructura vacía y un correo cortés: «Lo sentimos. Ya no están en posición. Te compensaré, viejo amigo.»

Esa noche, Ramón observó Hong Kong desde la altura de su torre. Las luces de la ciudad palpitaban como un cerebro eléctrico. Sabía que había ganado tiempo. Pero no la guerra. Lo que pocos comprendían era que ya no se trataba de salvar una empresa. Era una disolución programada del viejo orden.

Mientras el mundo financiero dormía o entraba en pánico, en un pico remoto de Cerdeña, una estación de transmisión de la Guerra

Fría volvía a la vida. No había señales digitales, ni GPS, ni direcciones IP. Solo técnicos operando equipos de válvulas y cobre bajo estricto silencio de radio. Desde allí, la Fundación Constantiniana comenzaba a emitir la señal del «Día Uno»: una frecuencia baja, analógica, indetectable para los barridos modernos. Era la orden de inicio para el apagado controlado de los nodos digitales. El primer paso para devolver el mundo al acero, al papel y al oro.

A miles de kilómetros, en la seguridad aséptica de Ginebra, el móvil de Alexander sonó. Un mensaje encriptado de Ricardo iluminó la pantalla: «Todo está hecho. Confía. El mundo es tuyo, pero aún no puedes tocarlo.»

El chico leyó el mensaje sin alterar el gesto. No había dudas en sus ojos, ni rastro de la confusión infantil que su padre creía proteger. Había firmado los documentos semanas atrás, guiado por la mano firme de Ramón y la sonrisa de tiburón del abogado, fingiendo ser solo el heredero dócil de una empresa siderúrgica. Pero sabía perfectamente lo que hacía.

Abrió la terminal segura del portátil, introdujo su clave biométrica y pulsó Enter.

—Transferencia completada —murmuró, viendo cómo el patrimonio se volvía invisible, a salvo en el arca que habían construido para el diluvio.

Cerró el ordenador y miró las aguas tranquilas del lago. No se sentía un niño asustado ante un legado gigante. Se sentía como un tiburón que acaba de oler sangre en el agua y descubre que le gusta. De tal palo, tal astilla.

A la mañana siguiente, Ramón encontró a su equipo legal esperándolo en la sala de juntas. Caras tensas, corbatas aflojadas y carpetas marcadas con etiquetas rojas de «URGENTE». Parecían un consejo de guerra tras una derrota.

—Señor —dijo el jefe del departamento fiscal, un hombre que solía ser imperturbable y ahora sudaba—, tenemos que hablar sobre las implicaciones. Hay… complicaciones graves.

Ramón se limitó a sonreír, sirviéndose un café con una calma insultante. —Siempre las hay, querido amigo. —Las complicaciones

fiscales, querido amigo, se arreglan pagando multas con el mismo dinero que ya hemos puesto a salvo. Usted limítese a presentar los recursos, embarre el papeleo en los tribunales y gane tiempo. La gravedad depende de la altura desde la que se mira.

El abogado no sonrió. Deslizó un informe titulado «Riesgos de simulación y alzamiento de bienes» sobre la mesa de caoba. —Si Hacienda o la Fiscalía interpretan que usted controla de facto la Fundación, considerarán la donación una venta encubierta. Hablamos de fraude de ley. Eso abre inspecciones. Sanciones del doscientos por ciento. Incluso imputación penal por delito fiscal agravado.

Se hizo un silencio espeso. Todos miraron a Somme, sentado a la derecha de Ramón. El abogado no dijo nada. Solo entrelazó los dedos sobre su regazo, con la tranquilidad de quien ha diseñado el laberinto y sabe que el Minotauro está dormido.

Ramón hojeó el informe con desgana. No leyó una sola palabra. Lo cerró con suavidad, como a un libro aburrido. —Que lo intenten —dijo, mirando a sus empleados a los ojos.

—Pero, señor, el sistema… —Empezó a protestar el fiscalista.

—El sistema está diseñado para cazar ratones, no leones —le cortó Ramón, levantándose—. Ustedes, preocúpense del papeleo. De la realidad me encargo yo.

Salió del despacho dejando atrás el miedo de los hombres grises. Sabía que ningún sistema estaba preparado para pensar como él. Porque él ya no jugaba dentro del sistema. Él jugaba encima de él.

CAPÍTULO 116

Highway to Hell

Vislumbré que había un desvío hacia la derecha a quinientos metros y le hice una señal a Marta, que asintió, para torcer en ese sentido y ejecutar el plan que ella supuestamente había aprobado. Aceleré en la misma curva, pero cuando los perseguidores lo percibieron, hicieron lo mismo, acercándose de tal manera que rozaron mi parachoques trasero. Mis pulsaciones pasaron a ciento ochenta, al menos; me sudaban las manos y tenía contraídas mis piernas. En décimas de segundo recordé que mi arma reglamentaria estaba en la bolsa de deporte, en el maletero, y que Marta me había dicho que no llevaba la suya encima.

Marta hizo un gesto de desaprobación de mi maniobra, demostrando que no había previsto lo que ocurrió, y soltó un "coño" a destiempo. Cogió mi brazo con fuerza, clavándome las uñas, gritando: —¿Qué haces?

No me dio tiempo a abrir la boca. La furgoneta se nos echó encima y me embistió por el costado. No fue un choque a lo bestia, sino un golpe seco y calculado; el toque exacto de un cabrón que sabe perfectamente cómo sacarte de la carretera. Solo vi una inmensa mancha negra de chapa y cristales oscuros empujándonos hacia el abismo antes de que perdiéramos por completo el control.

El impacto casi me parte en dos. Mi cuello chocó con violencia contra el reposacabezas mientras el coche salía despedido hacia la cuneta. Los airbags estallaron de golpe, dejándome encajado e inmóvil entre la bolsa y la chapa. Aturdido, solo pude mover los ojos, pero bastó para darme cuenta de algo que no encajaba en absoluto: Marta estaba en perfecto estado. Sus airbags no habían saltado. O quizás ella, sencillamente, ya sabía cómo tenía que colocarse

Un segundo después sentí un dolor salvaje. El pitón al rojo vivo de un toro de lidia me estaba atravesando el costado izquierdo de parte a parte. Inmovilizado, usé lo único que aún podía mover: los

ojos. Miré de reojo cómo la tela blanca del airbag se empapaba de rojo a borbotones. Me habían reventado una botella de vino encima. Grité como una damisela, suplicándole a Marta que me ayudara.

No me dio tiempo a pensar nada más cuando sentí que alguien trataba de abrir mi puerta, que estaba atrancada por el golpe. No podía ser ella porque notaba en los tirones una fuerza descomunal, la acción bruta de una palanca. Con cada sacudida, la barra de seguridad lateral de la puerta, que se había doblado hacia adentro con la embestida, se clavaba un poco más en mi costado, arrancándome un gemido.

Justo cuando el dolor estaba a punto de apagarme las luces, la puerta cedió. No fue un rescate. El hueco de chapa retorcida me dejó a merced de una mole de músculos. Unas manos enormes, curtidas como el cuero, empuñaron una navaja y reventaron el cinturón de un solo tajo. Caí a plomo contra la tierra seca de la cuneta. Al separarme del hierro que me destrozaba el costado, la herida escupió un chorro de sangre caliente que fue a salpicarle las botas al gigante. Me miró con asco, fastidiado, culpándome directamente de que la embestida de su furgón no hubiera sido un trabajo limpio. Un ridículo hilo de sangre le bajaba por la frente, el único rasguño que había sufrido aquella bestia.

El cabrón se limpió el hilo de sangre con el reverso de la mano y, sin pensárselo, me plantó la bota militar en la cara. Su peso me hundió la mejilla contra la grava, inmovilizándome por completo. ¿Dónde estaba Marta? No aparecía. Pensé lo peor: ¿se la habrían cargado? El silencio me aterraba; no había sonado ni un puto tiro, ni un grito. De pronto, escuché los pasos del otro sicario acercándose. Ladró algo en ruso, una orden áspera dirigida al animal que me aplastaba el cráneo. Le estaba diciendo que esperara.

Yo ya me veía muerto. Notaba cómo me desangraba, podía ver por el rabillo del ojo cómo mi sangre se desparramaba en aquel terraplén, cómo la arena cálida y árida de aquella inhóspita tierra extremeña absorbía mis fluidos, fundiendo mi vida con ella.

Por fin suena la voz de Marta. Noto sus pasos y, acompañándolos, oigo cómo se dirige a ellos diciéndoles «stop», no con un tono suplicante, sino más bien imperativo. —Sois unos cretinos, habéis

estado a punto de matarme a mí también —les dijo en perfecto castellano.

Noté cómo el ruso se dirigía al otro pidiéndole algo y, acto seguido, quitó la bota de mi cara, permitiéndome alzar la vista. Lo primero que vi fue cómo el azul que nos acompañaba por aquella maldita ruta se había tornado en un gris, azulado, pero gris. Una inmensa nube se había arrojado sobre nuestras cabezas, una auténtica puesta en escena de una muerte anunciada, una premonición de lo que iba a ocurrir o, por lo menos, eso me pareció a mí en esa especie de ensoñación que provoca la falta de riego sanguíneo. O quizás no fuera más que una réplica aprendida de cuando Jesús, dicen, murió en la cruz. Aprecié, con enorme claridad, cómo el cielo se había abierto, como con un socavón, intentando absorberme, en el preámbulo del final que claramente adivinaba.

Marta se puso en cuclillas apoyando sus brazos en las rodillas. —Tuviste que hacerlo. Te empeñaste. Te advertí que no lo hicieras, pero eres tan terco como idiota.

En ese instante comprendí la jugada. Ella diría que fue una víctima. "Secuestrada por ti". Echó una pierna delante para apoyarse y, metiendo su mano en mi bolsillo, hurgó hasta sacar el pendrive. Mi seguro de vida. Las fotos originales. El audio de los dioses vikingos. Todo.

Mi asombro apenas podía sostenerse, porque no me quedaba mucha vida como para padecer, ni siquiera dolor, ni siquiera frustración, solo sorpresa y un porqué. —¿Por qué? —susurré.

—¿Por qué te mereces morir así? ¿Acaso pensaste cómo murió él, tu amigo, tu mejor amigo? Mereces esto y mucho más —me dijo enrabietada, como poseída por el ángel de la venganza, Amenadiel, creo.

No eran momentos, confieso, para estar muy lúcido ni jugar al pasapalabra, sino para encomendarme a quien nunca había creído, pero que ahora sí que creía en él y en todos sus arcángeles, incluido el que tenía delante, que había sido enviado por Dios para vengarse de mis pecados. No entendí lo que era al principio. Solo veía una sombra borrosa encima de mí. Mi sangre corría cálida, formando un

charco que parecía extenderse hasta el infinito; el suelo se estaba bebiendo mi vida.

Entonces, ella se inclinó sobre mí, con esa frialdad que ahora reconocía como la de alguien que llevaba años planeando esto. Fue entonces cuando la vi. La foto. Una imagen gastada por el tiempo, con los bordes amarillentos y una grieta que cruzaba el rostro de Jorge. Él estaba allí, joven, sonriente, con una niña pequeña en brazos. Marta.

No había duda. Aquellos ojos que me miraban con desprecio ahora habían sido los mismos que alguna vez buscaron refugio en los de su padre. Ella la dejó caer sobre mi pecho, un auténtico sello, una marca final.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo con una voz baja, casi temblorosa. No era una pregunta. Era una sentencia.

Mis fuerzas apenas alcanzaban para balbucear algo. Pero lo intenté. —Tu padre… fue un accidente… No… no quería...

Una risa corta y estridente, casi idéntica a la del Joker, rasgó el silencio de la cuneta. Pero la carcajada no le llegó a los ojos; estos seguían muertos, fijos en mi herida. —¿Accidente? ¿De verdad te lo crees? —Su voz sonó grave, implacable—. Llamar accidente a robarle un padre a su hija es tan miserable como la imagen que das ahora. A la mierda los accidentes, Víctor. Paga tus deudas.

La foto seguía ahí, empapándose de mi sangre. —Él… me habría perdonado —murmuré, sabiendo que era inútil. —Pero yo no soy él —respondió.

Yo solo podía pensar en cómo la sangre de Jorge, la de su hija y la mía ahora parecían fundirse. Qué irónico: todos unidos, al final, por esta maldita tragedia.

Su voz era tan afilada como el cuchillo que aún sostenía el ruso. Su mano tembló ligeramente al quitarle el arma al sicario. O tal vez era mi vista nublada. Pero algo, algo no encajaba. Quizás, solo quizás, sentía algo más por mí que un odio visceral. Qué cerca estaban, entonces, ambos conceptos, pensé con la clarividencia que asiste a los moribundos. Y mientras la oscuridad me cubría, supe que no había nada más que pudiera hacer. Que esta foto, esta imagen, sería lo último que vería. Y quizás, en el fondo, eso era lo

que Marta quería: que me llevara el rostro de Jorge conmigo al infierno.

Marta se levanta. Puedo ver sus deportivas y la línea tan perfecta que marcan sus gemelos en sus vaqueros. La vida se me iba y aún seguía queriéndola. La nube deja pasar un leve destello de luz, concediéndome un último respiro. El ruso hizo ademán de sacar un pistolón de la parte de atrás de su espalda para rematarle.

Suena "Shine On You Crazy Diamond" de Pink Floyd.

—No, yo lo haré con su arma —dijo Marta.

La sangre se me escapaba a chorros, y con ella, la ceguera. De golpe lo entendí todo y me dio asco mi propia estupidez. Su cara magullada no era la obra de un exnovio borracho, sino la resistencia de Rupérez. El veterano peleó por su vida mientras esta mujer de hielo lo drogaba para fingir el suicidio. Todo encajaba por fin, pesado y oscuro. Me había vendido el papel de víctima perfecta cuando, en realidad, siempre fue la puta araña en el centro de la red.

Ella alzó el arma. Se la había quitado al ruso envolviendo la culata con ese pañuelo que siempre le asomaba por el bolsillo derecho; quizás llevaba años esperando este preciso instante para usarlo. Vaya mierda de destino. En ese segundo final me vi a mí mismo sin filtros: un detective atópico, sin gestas épicas a la espalda. No, yo no vi naves arder más allá de Orión. No escuché el canto de Tannhäuser, ni el rugido de galaxias que murieron hace siglos. Mi vida fue otra cosa: un arrastrar los pies huérfano de cualquier intensidad heroica. Y si alguna lágrima se me escapó en aquella cuneta, no fue por el apagón que venía, sino por el eco sordo de lo que nunca llegué a sentir.

Quizá la única victoria consista en aceptar el final sabiendo que la vida fue también el silencio entre los fuegos. Suena "Tears in Rain", de Vangelis. Esa misma música… la de la escena final de Blade Runner, cuando Roy Batty agoniza bajo la lluvia y, en un solo minuto, vive más que muchos en toda una vida. Yo no. A mí la muerte me encontró sin épica ni redención, con una biografía larga y anodina. Me pregunté si Marta se compadecería de mí como Deckard lo hizo de él.

Tuve una rápida respuesta. Me apuntó y antes de disparar dos veces, una sobre mi abdomen y otra cerca de mi corazón, dijo para sus adentros, pero lo suficientemente alto como para que yo me enterara: —La belleza tiene un límite, Víctor. Adiós.

Dos fogonazos.

Marta descuelga su móvil, el encriptado. En la pantalla aparece "AF". No tarda en contestar. —El bacalao está en el horno. Listo para que os lo comáis. No tardéis, la cena se enfría.

Cuelga sin esperar respuesta.

Mientras tanto, lejos de allí, en un despacho bien alfombrado de la Audiencia Provincial, el Fiscal Aguilar se repanchinga en su silla. El mensaje le arranca una sonrisa satisfecha. Con calma, saca su propio móvil, también encriptado. Marca un número guardado bajo el nombre de "Ricardo".

—Ya está hecho —dice el Fiscal.

Del otro lado, la voz de Ricardo es seca, profesional. —Buen trabajo. Queda a la espera.

Cuelgan. La cadena estaba completa. Los cabos, atados. El peón estaba eliminado.

CAPÍTULO 117

Vacaciones merecidas

Un bip seco sonó en la penumbra. No fue en el despacho de Víctor. Su móvil seguía apagado, requisado, precintado en una caja con el sello de Asuntos Internos. El mensaje no le llegó a él, sino al servidor seguro asociado a su cuenta fantasma. Lo abrió un inspector sin nombre y sin cara en Madrid. Leyó despacio.

«Jefe, los datos de la inspectora Sánchez no cuadran. He cruzado los registros: su madre murió de cáncer hace dos años. No existe ninguna denuncia por malos tratos. Su pareja es un operativo del CNI con el que convive en Madrid. El "hermano" que decía tener fuera es en realidad este agente. Toda su coartada emocional ha sido un guion para ganarse su confianza. Tenga mucho cuidado.»

Durante unos segundos, el cursor parpadeó. El inspector volvió a leer la línea final. Luego, sin dudar, pulsó suprimir. El mensaje desapareció. Sin rastro. Sin copia.

Algunos días después, Marta tomó un vuelo a Santo Domingo. Tras abrocharse el cinturón, miró con melancolía por la ventanilla. Pensaba en todo lo que había dejado atrás. Nadie debía saber su destino. Algunos sabían que había cumplido a medias con su misión. La otra parte, la más secreta, apenas comenzaba ahora.

Allí la esperaba su presunto novio maltratador. Él era el autor de la llamada falsa del "agente del CNI", la que provocó los celos infantiles de Víctor y los desvió hacia aquel colaborador en León. Todo un guion, ensayado con precisión de Hollywood. Pero su actuación, aunque técnica, carecía de la verdad visceral de un Marlon Brando. Él era uno de los pocos que, junto al fiscal Aguilar y Ricardo, conocía su pasado… y el verdadero propósito que la había llevado hasta allí.

Días antes, habían departido en un restaurante de Chiclana, en una de esas mesas que el fiscal solía reservar para asuntos

delicados. Aguilar apartaba con paciencia el lomo de la lubina a la sal que habían pedido.

—He cumplido con el trato —dijo sin mirarla—. Fue difícil llevarte allí junto a ese idiota, para que te vengaras de lo de tu padre. Nunca entendí bien la forma de actuar de ese cabrón. Tampoco la de tu madre, al no denunciarlo. Aquello quedó impune. Ahora se ha hecho justicia.

Marta no levantó la cabeza. Seguía escuchando en silencio. El ruido de los cubiertos se interrumpió. —¿Acaso dudaste? —añadió Aguilar, bajando la voz—. Casi la cagas. No sé si fue síndrome de Estocolmo o qué coño fue… pero al final, lo hiciste.

Marta restalló el cuchillo contra el plato. Sentía el inevitable peso de la venganza.

Aguilar prosiguió: —Ahora vuelve a lo tuyo. No he hablado aún con la ministra… pero imagino que seguirás en el CNI. Y colaborando con los americanos. En cuanto a Ramón, parece que al final se avino. Seguimos teniendo la golden share. —Pronunció share como shar, arrastrando el inglés a su madrileño raso.

Marta levantó por fin la vista. Sus ojos, duros como piedras. —Me da igual lo que haga ese cretino —escupió—. Me hubiera gustado también acabar con él.

Aguilar la miró. Sintió miedo. Respeto. O las dos cosas. Pero lo que Aguilar no dijo —porque no podía admitirlo ni siquiera ante sí mismo— era que Ramón se les había escurrido. Había driblado la golden share con la Fundación. Legalmente. Silenciosamente. De forma impecable. Una jugada maestra. No la conocían del todo. No estaba en los papeles. Pero Ramón le debía favores. Y se los iba a cobrar.

CAPÍTULO 118

Solo quedaba uno por liquidar. Como en Los inmortales

Las sirenas de la ambulancia que se alejaba del lugar del siniestro se confundían con las de los dos coches patrulla de la Guardia Civil. Era un sábado de finales de octubre y hacía mucho calor para esas fechas. Tampoco había mucha gente a esa hora de la tarde, solo algunos transeúntes que venían de dar un paseo por la playa de la Calita. La calle que comunicaba la urbanización de Vista Hermosa era usada por los vehículos que pasaban por ella desde la zona de Fuerte Ciudad y Puerto Sherry, que podían entrar en la urbanización a pesar de que un cartel de "solo residentes" tratara, en vano, de impedirlo.

Esta vez era un jeep de la Guardia Civil el que lo hacía, bloqueando la calle, cruzado sobre ella, impidiendo el acceso a la zona del accidente donde, ya una vez retirado el cuerpo destrozado de Gonzalo, los forenses se afanaban en clasificar todos los restos, humanos y materiales, que componían aquella macabra imagen.

De Gonzalo quedó poco. Un enorme Toyota, el más grande de su gama, lo arrolló mientras se dirigía a su casa en la calle Pango. Gonzalo venía en su pequeño vehículo, uno de esos tan chic que utilizan los residentes de Vista Hermosa, a medio camino entre un vehículo de golf y un antiguo Méhari. El golpe le cogió de pleno. El Toyota iba a unos ochenta kilómetros por hora y conocía perfectamente cuándo Gonzalo pasaría, siempre de vuelta, como cada jueves, de la casa de su amigo Juan, de la que venía contento después de tomar el aperitivo en su apartamento del poblado de Puerto Sherry.

El impacto fue tan brutal que la cabeza de Gonzalo estalló como una sandía cuando cayó con violencia al suelo, salvo que, en vez de desparramar su rojo y jugoso líquido, derramó en aquel mugriento asfalto todo el líquido cefalorraquídeo, el mismo que contenía todos

sus anhelos, sus deseos, sus virtudes, sus gustos, sus miedos, sus frustraciones, su vida. Y, con él, se derramaron para siempre en la calzada todas las respuestas que nos debía desde aquel encuentro frustrado en Sotavento."

Sonaba Carmina Burana en la radio del coche siniestrado.

El resto de los miembros fueron recogidos por los enfermeros de la ambulancia como pudieron. Un pie fuera de su pierna, una mano —la que tanto gustaba a Tania y a Julia—, un Rolex, un zapato Sebago de barco… poco más. Gonzalo ingresó cadáver en el Hospital Santa María del Puerto, el mismo en que ingresaron a su amiga Tania. La ambulancia tardó mucho en llegar a pesar de que el hospital estaba muy cerca del lugar del siniestro. El conductor, un chico de Chipiona, inexperto, se equivocó de camino y dio a lo que quedaba de Gonzalo su último paseo turístico por El Puerto de Santa María.

CAPÍTULO 119

Un año después de la muerte de Víctor

Allí estaba yo, cumpliendo sin querer el sueño de cualquier ególatra: ver mi propio entierro. Me recordó a cuando perdía el tiempo leyendo las esquelas del ABC y me preguntaba: «¿Qué pensarán los muertos al verse ahí?». Qué sentirán al ver que los vivos les dedican más atención, y hasta más cariño, que cuando todavía respiraban.

Yo creía que los funerales al año de tu muerte se celebraban solo en misa. Este fue en el cementerio. Un día apropiado. Y todo según el guion. Mi madre había hecho su trabajo, disponiendo que sonara el Adagio for Strings de Samuel Barber. Era uno de mis temas preferidos, igual que lo era para los muertos célebres de verdad, los que siempre despiden con la misma melodía, que dicen es la más triste jamás escrita.

Me separaban unos cincuenta o sesenta metros de la escena, que contemplaba desde una especie de atalaya del cementerio de Chiclana —un lugar con un estilo a medio camino entre la nostalgia de las lápidas y la modernidad del crematorio—. Allí se congregaban quienes, al parecer, querían recordarme: no muchos, apenas una lista exigua y selecta de seis o siete personas. Caramba, qué tirón, pensé, mientras observaba atentamente el rostro de mi madre, que se encontraba en el lugar más cercano a lo que debía ser mi descanso eterno. Allí esperaría convertirme en materia putrefacta, en energía cósmica. «¿Qué pensarán los muertos?», volví a preguntarme. Me entró una claustrofobia de caballo. Me arrepentí de haber pedido en el testamento que me enterraran en lugar de quemarme; me pudo esa esperanza absurda de los faraones de que el cuerpo tiene que estar entero para cuando toque resucitar. El cambiazo. Sí, ahí, bajo la madera y las flores que mi madre había elegido, no había piedras ni sacos de arena. Arturo se había encargado de eso con la eficiencia fría y aterradora de la Agencia.

Un cadáver anónimo, quizás uno de esos nadies sin identificar que devuelve el Estrecho a las costas de Tarifa o que dejan tirados los ajustes de cuentas del narco en La Línea, con la complexión y la edad justas.

Para evitar que nadie me reconociera y forzar a que el funeral fuera a ataúd cerrado, el equipo de Arturo hizo algo brutal pero brillante: le descerrajaron al cadáver falso un tiro de gracia en pleno rostro antes de dejarlo en la cuneta. Les sirvieron al fiscal Aguilar y a los suyos exactamente lo que esperaban ver tras una ejecución mafiosa. Una carnicería. Nadie hizo preguntas. Mi ADN había desaparecido del sistema, sustituido en los registros por el de aquel pobre diablo que ahora recibía, sin saberlo, los honores, las lágrimas y las misas que me correspondían a mí. Un intercambio macabro y perfecto.

«Hell is empty», pensé. Porque están aquí. Aquí es donde viven los demonios.

Uno nunca se quiere morir. Eso decía mi madre. Y allí estaba yo, impotente, amarrando mis pies para no correr hacia ella y hacia la lápida que me impedía salir para decirle cuánto la quería y cuánta razón tenía. Que estaba vivo. Que su sufrimiento era en vano. Ese sufrimiento hondo, propio de la madre que sobrevive a su hijo… y de un hijo que sobrevive a la madre sin que ella pueda saberlo. Quería decirle que me arrepentía. Que le hice pensar, que nunca fui feliz, porque siempre esperaba lo peor.

Estaba acabando el Adagio. Sonaba bien. El cura, don Antonio, el capellán de la iglesia de los jesuitas, seguro que le habría hecho el favor a mi madre desplazándose hasta allí para dar un responso por mi alma. No pude evitar llorar. No quise enjuagarlas. Quise que penetraran en mi boca y me dieran ese sabor salado de vida. Me llevé la mano a mis heridas del costado, que nunca se cerraron del todo, y sentí el dolor de la ausencia de Marta. Me pregunté por qué. Qué habría sido de ella. Y no me importó lo que había perdido, que era todo: la batalla contra los molinos.

Julia notó que no me encontraba bien. Que estaba pálido, como uno de los sepulcros de los panteones que me rodeaban y me ocultaban. —Vámonos, Víctor —me dijo—. Nos espera Arturo.

Caminamos hacia el coche negro aparcado en la linde del camino, lejos de las miradas de los dolientes. Arturo nos esperaba al volante, con el motor en marcha. Al entrar en la parte trasera junto a ella, Julia me miró. Ya no había rastro de Rosa, ni de la hermana afligida, ni de la amante despechada. Solo quedaba la estratega.

—No te equivoques, Víctor —dijo Arturo, metiendo sus ojos en los míos a través del retrovisor. Su voz era un cuter—. Te aprecio, y es verdad que te debía una por lo de mi hijo, pero la amistad no paga facturas de siete cifras. Ni compra silencios en una morgue.

Hizo una pausa para maniobrar en la salida del cementerio. El coche se sentía como la cápsula del Apolo XIII, aislada del mundo de los terráqueos.

—Langley no es una ONG, Víctor. Si te sacamos de aquella cuneta hace un año fue por pura necesidad: un muerto no deja huellas, ni firma confesiones, ni aparece en los informes del Congreso. Aguilar lleva doce meses durmiendo como un bebé, convencido de que te pudres bajo tierra, y así tiene que seguir la cosa. Por eso le servimos a aquel pobre diablo del Estrecho en bandeja de plata. Un ataúd cerrado es la mejor garantía de que nadie haga las preguntas que no debe.

Escuché el motor acelerar. Julia permanecía en silencio a mi lado. Ya había procesado esta información mil veces.

—El troyano que te colamos en aquel pendrive, a modo de baliza de extracción, no era solo para espiarte —continuó Arturo con una sonrisa gélida.

El famoso solve_et_repete.sys, pensé, comprendiendo de golpe.

—Cuando la señal se detuvo y mis micros captaron los disparos de la ejecución, mi equipo estaba a dos minutos. Llegamos antes que la Guardia Civil

Taponarte los agujeros y cambiarte por el otro fue cuestión de coordinación y de que los forenses de turno prefirieran una jubilación anticipada en las Bahamas a hacer su trabajo.

—¿Y Ramón? —logré articular, sintiendo el frío del aire acondicionado en mis heridas.

—Ramón se ha vuelto un problema geopolítico, Víctor. Ha cruzado demasiadas líneas. Su "fundación" y esa manía de querer apagar el

mundo digital para controlarlo desde las sombras… eso no gusta en Washington. Pero lo que de verdad ha encendido las alarmas en Mar-a-Lago son sus contactos. Hay nombres en su agenda que harían que el despacho oval saltara por los aires.

Arturo giró el volante con decisión, alejándonos definitivamente de la silueta del cementerio de Chiclana.

—Ramón se cree intocable porque tiene a los jueces y a los políticos en nómina. La ley no puede tocarlo. Pero tú… tú ya no tienes que leerle los derechos a nadie. Eres un fantasma, Víctor. Y los fantasmas son los únicos que pueden atravesar muros blindados para cortar gargantas sin dejar rastro. Ahora eres el activo más peligroso de Europa porque, oficialmente, ya te hemos enterrado hoy.

Y nos fuimos. Sin saber adónde. Sin querer mirar atrás.

Epílogo

Yo estaba muerto, o al menos eso me parecía a mí y a ellos, que salieron de allí no con mucha prisa. Tuve que pasar mucho tiempo para darme cuenta de que lo que vi no era un sueño o la sombra de mi alma que escapó tras los dos tiros de gracia. Tuve que pellizcar al médico que me atendió durante un mes en un hospital privado en Ámsterdam para darme cuenta de que estaba vivo y que no era el sueño de un muerto. Tuve que vivir mucho tiempo para recordar una y otra vez que morí allí y que los dos tiros de Marta fueron letales, y que mientras me desangraba no dejaba de ver su rostro, olvidándome de mi dolor y gustoso de morir allí recordando la muerte de mi compañero y cómo le fallé, cómo fallé esa bala y le di a él en vez de a aquel inoportuno violador que se echó a un lado.

Sentí una agradable sensación de haber pagado un precio justo, la justicia de los dioses o de los hombres dioses, da igual. A mi lado reconocí aquel rostro: ¿un ángel? No. Era la mujer de las mil caras. Como Paesa. Julia.

ESCENA POSTCRÉDITOS

Otrosí digo

Moscú. Sede central del GRU (Glavnoye Razvedyvatelnoye Upravleniye). El general Viktor Volkov miraba fijamente el informe sobre su escritorio de caoba mientras sostenía el teléfono seguro. La luz plomiza de Moscú se filtraba por los ventanales blindados, iluminando el sello rojo de "TERMINADA" que cruzaba la carpeta.

INFORME CLASIFICADO GRU/INT-2024/T137 ASUNTO: Agente VOLGA – Neutralizada **CLASIFICACIÓN:** MÁXIMO SECRETO – SOLO OJOS ALFA **FECHA DE CIERRE:** 22/10/2025.

DATOS PERSONALES Nombre en clave: VOLGA **Identidad de nacimiento:** Tatiana García (tercera generación, exilio español). **Identidad operativa principal:** Tania Rostropovich. **Identidades de cobertura:** María del Junco (España - Operación "Boda dorada"), Sarah Thompson (EE. UU.), Elena Morales. **Estado actual:** Eliminada (Baja confirmada).

CAUSA DE TERMINACIÓN: Infracción de lealtad nivel 1. Confirmada su actividad como agente doble al servicio de la CIA (Operación "Blue Jay"). Evidencias documentales de transmisión sostenida de inteligencia estratégica a Langley sobre el consorcio IMIB. Contacto regular verificado con enlace norteamericano encubierto ("Blackbird"), identificado por nuestra red como Arturo Reina (designación GRU: CORAX). La agente VOLGA comprometió la seguridad de la "Operación Acero" en el sector metalúrgico europeo, facilitando deliberadamente la entrada de capital indio en detrimento de los intereses de la Federación. Orden de neutralización inmediata y protocolo de contingencia emitidos y firmados por el General Viktor Volkov.

EJECUCIÓN Y EVALUACIÓN DE DAÑOS Método: Intercepción táctica en punto de extracción (túnel). Aplicación de

protocolo de interrogatorio y tortura de grado 3 (suministro de escopolamina/pentotal y daño físico severo). Terminación indirecta por fallo multiorgánico en hospital civil tras rescate policial imprevisto. **Estado de la misión:** Parcialmente fallida. La documentación comprometedora (archivos "Penal") no fue recuperada. **Activos liquidados:** Agente VOLGA. Agentes operativos Justinov y Retrovisov (Protocolo de limpieza: sacrificados tras su detención policial para cortar el vínculo de seguridad con Moscú).

Volkov apartó la mirada del informe y presionó el botón del intercomunicador. —Vladímir

—General —respondió la voz al otro lado, sin el habitual tono de arrogancia.

—El informe de Tania está sobre mi mesa. —Sí, señor. Ya he sido informado.

—Bien. Escucha con atención, Vladímir. La operación en IMIB está oficialmente cerrada. La traición de Tania y la torpeza de tus hombres nos han costado tres años y millones de rublos. Los indios y los americanos han ganado esta mano.

—Señor, yo…

—No he terminado —le cortó Volkov, pasando la página del informe hasta detenerse en una foto de vigilancia de Tania—. El Directorio ha decidido que es momento de un cambio de estrategia. España está quemada para nosotros. Pero los británicos nos ofrecen una alternativa interesante. Tu experiencia con las rutas del sur puede ser útil allí.

—¿Me está pidiendo que dimita, señor?

—Te estoy ofreciendo una jubilación dorada, Vladímir. O eso, o Siberia. El negocio de la droga en la City es más rentable que el acero. Y menos… complicado políticamente. El MI6 mira hacia otro lado mientras el dinero fluye, siempre que no se haga ruido. Es un buen retiro. Mejor que un accidente en una carretera española, ¿no crees?

El silencio al otro lado de la línea fue elocuente. Vladímir entendió la amenaza velada. Sabía lo que le había pasado a Gonzalo. Sabía lo que le había pasado a Tania.

—¿Y Ramón? —preguntó Vladímir con un último rastro de rencor.

Volkov dejó escapar una risa breve y seca mientras cerraba la carpeta. —Ah, Ramón… Digamos que ya no es tu problema. Tiene sus propios demonios, y acabarán por devorarlo. Hay planes para él, Vladímir. Pero no los ejecutas tú. Tu ciclo en el Mediterráneo ha terminado.

—Entendido.

—Tu vuelo a Londres sale mañana a las 11:00. Primera clase. Un coche te recogerá a las 08:00. Los papeles están en regla bajo el nombre de Edward Blackwood. Todo está arreglado.

—¿Y el cartel? —Te contactarán en Londres. No preguntes, solo acepta. Es un buen trato. Mejor que el que recibió Tania. —Da, General.

—Una última cosa. —Volkov tomó el informe y lo acercó a la trituradora de papel industrial que tenía junto al escritorio—. Quema todo lo que tengas sobre la Operación Acero. Todo. Ya no es tu guerra.

—Entendido. Do svidaniya.

Volkov colgó el teléfono. El zumbido de la trituradora llenó el despacho mientras las páginas del informe se convertían en confeti ilegible. Antes de soltar la última hoja, el general leyó una anotación manuscrita al margen, escrita con su propia pluma estilográfica: «Siguiente objetivo: Operación Viuda Negra - Fase 1 iniciada.»

Volkov sonrió mientras la última tira de papel caía en la papelera. Tania había sido buena, pero prescindible. El verdadero juego apenas acababa de comenzar.

FIN (De la primera parte)

AVANCE EXCLUSIVO DE LA PRÓXIMA NOVELA: *Víctor Ros regresará muy pronto. Aquí tienes un adelanto del primer capítulo de su próxima misión:*

CAPÍTULO 1

Capturado por los rusos

El ruso se sentó a mi lado en un taburete de madera bajo, de patas gordas y toscas. Se inclinó tanto que su aliento me dio de lleno en la oreja. Me removí en la silla de los cojones, un armatoste de madera maciza que parecía robado de un astillero antiguo. No se movía ni un pelo; yo, atado de pies y manos a las patas y al respaldo, tampoco.

Lo peor no era estar inmovilizado, lo peor era tenerlo a un palmo. El pavo era la viva imagen de Antonio Gala, pero en versión pesadilla. Tenía esa misma palidez de cera y los rasgos tan afilados que daba miedo que te cortara si te rozaba. Solo le faltaba el bastón y el perro para ser su gemelo chungo. Ver a ese doble del escritor soltándome chapas existenciales en lugar de poemas me estaba subiendo la bilirrubina.

—Suena a tópico —susurró, con una voz grave surgida del fondo de un pozo—. La diferencia entre estar muerto o vivo es la consciencia. Si no eres consciente de que puedes morir al alba, no tendrás conciencia de tu muerte al experimentarla. Y como la certeza es imposible, lo lógico es vivir asumiendo que mañana vas a palmar.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras se quedaran ahí, flotando en el aire viciado. Yo solo pensaba en el olor a tabaco rancio que soltaba y en el trapo asqueroso que me llenaba la boca. El tío hablaba un castellano perfecto, demasiado perfecto, pero arrastraba ese deje soviético de malo de película de espías que te ponía los pelos de punta.

—La impredecibilidad fuerza el arrojo y convierte en valientes a los cobardes —siguió—. Lo que posees no va a cambiar tu final. ¿Para qué perder el tiempo acumulando mierda? Solo el optimismo de sobrevivir justifica el apego a lo que se pudre. Es la cobardía de la incertidumbre. El miedo a estar desprotegido. Dime, ¿en qué momento un montón de arena deja de ser un montón? Si quitas un grano, sigue ahí. Si quitas otro, también. Pero llega un punto, un solo grano de mierda, que lo cambia todo y lo convierte en nada. La vida es ese grano que sobra o que falta.

Se apartó un poco y me clavó los ojos, esperando que me meara encima o le soltara una genialidad. No hice ni una cosa ni la otra. Le pegué un viaje a la cabeza, tensando el cuello y soltando un gruñido a través del trapo, indicándole la mordaza. El Ruso, con una calma que me ponía de los nervios, alargó la mano y me arrancó el pañuelo de un tirón.

—Dime, Víctor… ¿Cómo se ve el instante previo a algo que no quieres que pase? ¿En qué segundo exacto una célula sana se vuelve un cáncer? ¿Cuándo se nota que te vas a morir?

Escupí un par de hilos que se me habían quedado pegados a la lengua y me lamí los labios secos. Le miré a la jeta con una sonrisa de medio lado, la más chula que pude sacar estando atado como un pavo.

—A ver, iluminado —le solté—. ¿Esto te lo grabaron a fuego en la KGB o es que eres el puto presidente del club de fans de Dostoievski? Porque no sé si me estás amenazando o si me estás pidiendo el número de mi camello para que te dé lo mismo que te has metido tú. Menuda turra me estás dando con la filosofía, macho. ¿En qué facultad dices que te dieron el doctorado? Es para ir a quemarla.

El Ruso ni pestañeó. Se quedó ahí, con esa cara de muerto que hacía que mis vaciles rebotaran como canicas contra un muro de hormigón. «Mucha palabrería y mucha solemnidad de escritor de saldo, pero este tío está como una puta cabra», pensé.

Mis ojos, buscando cualquier sitio donde no tener que aguantarle la mirada de psicópata, acabaron en la pared de enfrente. Allí, en un cristo de folios pegados con celo, alguien había pintarrajeado frases

sueltas con un rotulador negro. Entre todo aquel caos, vi la misma frase que acababa de soltarme. El pavo no estaba improvisando; estaba recitando su propio evangelio de locura para ver si yo picaba.

ANEXOS

GUÍA MUSICAL COMPLETA

Accede directamente:

- Apple Music
- Spotify

La música es un personaje más en esta historia.
A continuación, se detalla la banda sonora que acompaña a Víctor Ros y al resto de personajes a lo largo de la novela:

CAPÍTULO 1:
Day One (de la banda sonora de la película Interstellar) - Hans Zimmer.

CAPÍTULO 4:
A Question of Time - Depeche Mode, y Mediterráneo - Joan Manuel Serrat.

CAPÍTULO 6: Nocturnos -
Frédéric Chopin y la música de Erik Satie.

CAPÍTULO 10:
Referencias al estilo de Satie y Chopin para definir la personalidad de Marta.

CAPÍTULO 14:
Marte, el portador de la guerra (de la suite Los planetas) - Gustav Holst. (Nota del autor: Pieza asociada a los momentos marciales y evocadora del cine épico).

CAPÍTULO 17:
What power art thou (del Acto 3 de King Arthur) - Henry Purcell.

CAPÍTULO 18:
The Great Gig in the Sky—Pink Floyd, and Belfast—Boney M.
También se hace referencia al verso "Pain, it is so close to pleasure" de Queen.

CAPÍTULO 19:
Let's Dance —David Bowie.

CAPÍTULO 21:
Tristán e Isolda —Richard Wagner, la banda sonora de Piratas del Caribe (Klaus Badelt) y referencias a Led Zeppelin, Händel y El Fary.

CAPÍTULO 28:
Eyes Without a Face —Billy Idol, y She's Like the Wind —Patrick Swayze.

CAPÍTULO 39:
La luna llena - Muchachito Bombo Infierno.

CAPÍTULO 42:
Réquiem - Wolfgang Amadeus Mozart.

CAPÍTULO 46:
Tannhäuser - Richard Wagner.

CAPÍTULO 56:
Händel y el tema principal de la serie Succession (Nicholas Britell).

CAPÍTULO 68:
Concierto para violín - Piotr Ilich Tchaikovsky, y El Mesías - Georg Friedrich Händel.

CAPÍTULO 69:
Todos los ahorcados mueren… de la misma forma. —Siniestro Total.

CAPÍTULO 70:
The Girl from Ipanema (Bossa Nova).

CAPÍTULO 74:
Nocturno n.º 2 - Chopin, y Gymnopédie - Erik Satie.

CAPÍTULO 76:
Concierto para piano n.º 2 en fa menor, op. 21 - Chopin.

CAPÍTULO 79:

Echoes (mencionada por su título de grabación original, Nothing Part 14)—Pink Floyd.

CAPÍTULO 82:
The Early Years—Pink Floyd.

CAPÍTULO 86/88:
String Quintet in C Major, D. 956: II. Adagio—Franz Schubert y Who Wants to Live Forever - Queen.

CAPÍTULO 89:
No Time for Caution (de la banda sonora de Interstellar) —Hans Zimmer.

CAPÍTULO 90:
Variaciones Goldberg—Johann Sebastian Bach.

CAPÍTULO 93:
Prelude & Fugue No. 2—Johann Sebastian Bach.

CAPÍTULO 106:
Dr. Jimmy—The Who.

CAPÍTULO 111/112:
Romeo y Julieta - Tchaikovsky.

CAPÍTULO 116:
Highway to Hell—AC/DC (mencionada en el título), Shine On You Crazy Diamond—Pink Floyd, and Tears in Rain - Vangelis.

CAPÍTULO 118:
Carmina Burana—Carl Orff.

CAPÍTULO 119:
Adagio for Strings—Samuel Barber.

MINISTERIO DE DEFENSA / CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA (CNI) CLASIFICACIÓN: ALTO SECRETO – SÓLO LECTURA (MINISTRO DE DEFENSA) **ASUNTO:** Cierre de contingencia «Operación Gusano» y escalada de amenaza Objetivo R-B (Ramón Rodríguez de Bastidas). **ORIGEN:** Dirección de Inteligencia Interior (Anexo a la carpeta custodiada en Fiscalía Provincial).

1. NEUTRALIZACIÓN DEL ACTIVO POLICIAL Y CIERRE DE VÍA: Se confirma la finalización exitosa de la fase de contención policial de la «Operación Gusano». El inspector Víctor Ros, utilizado como fachada de legitimidad para controlar la investigación sobre el entorno de R-B, ha sido neutralizado de manera definitiva.

La idoneidad de este activo para la operación se basó en su exhaustivo perfil clínico y psicológico: padecía prosopagnosia (dificultad para reconocer rostros), fatiga crónica derivada de un insomnio y dermatitis severa, y manías de control obsesivo-compulsivo. Su vulnerabilidad principal —el trauma y sentimiento de culpa por la muerte accidental de su compañero en un tiroteo en Somosaguas— fue la herramienta clave para su manipulación.

La agente encubierta Marta Sánchez (hija del compañero fallecido de Ros) aprovechó este resquicio emocional para guiar al sujeto y, llegado el momento, ejecutar el protocolo de eliminación por motivos de venganza personal. El activo Ros ha sido declarado fallecido y sepultado en el cementerio de Chiclana. La agente Sánchez se encuentra actualmente fuera del radar, presumiblemente reubicada. El riesgo de que la investigación policial local destapara la red de nuestro objetivo ha sido eliminado.

2. SOSPECHAS DE INJERENCIA EXTRANJERA (CIA) Pese al éxito en la neutralización de Ros, nuestros analistas de contrainteligencia han detectado anomalías operativas que sugieren una injerencia de la inteligencia estadounidense (CIA).

Sospechamos que el agente doble Arturo Reina (alias operativo "Blackbird"/"Corax"), empleado como enlace, ha estado operando con una agenda oculta. Existen indicios de que la CIA ha estado

monitorizando de cerca los pasos del inspector Ros mediante métodos no detectados por nuestros barridos habituales. Aunque desconocemos el alcance exacto de la información que Washington ha logrado extraer, es evidente que buscan proteger a toda costa la agenda de contactos internacionales de R-B salgan a la luz. Se ha ordenado una vigilancia pasiva sobre los movimientos de Reina.

3. ESCALADA CRÍTICA: TRAICIÓN DEL OBJETIVO R-B El problema prioritario y de seguridad nacional se centra ahora en la traición del empresario Ramón Rodríguez de Bastidas. Rompiendo los pactos de estabilidad acordados con el Estado, R-B ha ejecutado un vaciamiento patrimonial silencioso del consorcio metalúrgico y estratégico IMIB.

Camuflando la operación jurídica como una "donación", R-B ha transferido la práctica totalidad de los activos a la Fundación Constantiniana para la Custodia del Bien Común, radicada en Ginebra. Esta maniobra ha neutralizado por completo la acción de oro (*golden share*) del Estado español, dejándonos sin capacidad de veto sobre la empresa. La inteligencia recabada indica que R-B y la cúpula de la Orden Constantiniana pretenden forzar una regresión global hacia infraestructuras analógicas, creando un monopolio de recursos físicos que escape al control digital gubernamental.

4. LÍNEAS DE ACCIÓN RECOMENDADAS Para revertir la pérdida de control sobre los activos estratégicos de IMIB y someter a R-B, se proponen las siguientes contramedidas urgentes:

- **Asfixia jurídica:** Ordenar a la Fiscalía Anticorrupción el bloqueo de la transferencia a Suiza, abriendo diligencias por fraude de ley, simulación y alzamiento de bienes.
- **Operación Heredero:** R-B ha designado como beneficiario final de la estructura a Alexander Rodríguez de Bastidas, su hijo ilegítimo oculto en un internado suizo. Su localización e intercepción paralizará los planes del fideicomiso y nos otorgará capacidad de negociación directa.
- **Desprestigio institucional:** Autorizar la filtración controlada a la prensa de los legajos de la Guerra Civil provenientes

del antiguo Penal del Puerto. Estos documentos prueban que la fortuna de la familia se construyó sobre la extorsión y la expropiación ilegítima de las bodegas García Palacios, lo que destruirá su red de apoyo político y social de forma fulminante.

CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY (CIA) DIRECTORATE OF OPERATIONS - EUROPEAN DIVISION ASUNTO: Evaluación de Activo y Petición de Neutralización (Marta Sánchez) **ORIGEN:** Arturo Reina (Alias: Blackbird / CORAX) **DESTINO:** Langley (Solo Ojos Nivel 5) **CLASIFICACIÓN:** TOP SECRET / NOFORN

ARCHIVOS CIA - MARTA SÁNCHEZ PERFIL CONFIDENCIAL COLABORATIVO (ARCHIVO CNI-CIA)

1. DATOS DE IDENTIDAD Nombre: Marta Sánchez. **Edad:** 35 años. **Residencia:** Madrid (movilidad frecuente). Actualmente reubicada en Santo Domingo (República Dominicana) bajo protección del CNI.

2. HISTORIAL OPERATIVO Policía Nacional (2012): Unidad de Investigación Criminal (UIC) y Unidad Central Operativa (UCO). **CNI (2022 - Presente):** Colaboración activa. Operaciones de infiltración en grupos delictivos de Europa del Este y América Latina. **Colaboración CNI-CIA:** Coordinación contra el crimen organizado transnacional. Participación destacada en la operación "Sable" (2020). **Nota de Asignación:** Hija del exinspector Jorge Sánchez. Su traslado a la Comisaría de El Puerto de Santa María ha sido aprovechado por el CNI y la CIA para supervisar al inspector Víctor Ros y el caso "Manto Capitular".

3. PERFIL PSICOLÓGICO Y TÁCTICO: El activo Sánchez es altamente funcional, letal y presenta rasgos de psicopatía operativa. Ha demostrado una capacidad excepcional para la manipulación emocional y el engaño sostenido. Para ganarse la confianza del inspector Ros y aislarlo, fabricó una coartada personal impecable: simuló cuidar de una madre enferma de cáncer (fallecida en realidad hace dos años) y fingió ser víctima de violencia de género. Las supuestas lesiones fueron autoinfligidas o pactadas con su pareja real, un operativo del CNI con el que convive en Madrid y que se hacía pasar por su maltratador para forzar la empatía del objetivo. Su frialdad es absoluta; carece de escrúpulos a la hora de ejecutar sus misiones.

4. ESTADO DE LA OPERACIÓN Y EVALUACIÓN DE AMENAZA: El activo cumplió su misión principal para el CNI (Operación Gusano): guio a Víctor Ros hacia una emboscada y lo

ejecutó extrajudicialmente en una cuneta disparándole dos veces a quemarropa. Su motivación fue una venganza personal orquestada por el fiscal Aguilar, culpando a Ros de la muerte de su padre. Acto seguido, reportó el éxito a su controlador con la clave *"El bacalao está en el horno"*.

NIVEL DE AMENAZA: CRÍTICO. Como es de su conocimiento, nuestro equipo táctico interceptó los disparos gracias a la baliza *solve_et_repete.sys* implantada en el equipo de Ros. Extraímos a Ros con vida antes de la llegada de la Guardia Civil y colocamos un cadáver sustituto irreconocible en la escena para fingir su muerte. Ros es ahora un «fantasma» operativo trabajando en exclusiva para nuestros intereses contra el holding IMIB y la Fundación Constantiniana de Ramón Rodríguez de Bastidas.

5. CONCLUSIÓN Y SOLICITUD DE ACCIÓN: Marta Sánchez es una agente descontrolada, movida por el rencor y extremadamente astuta. Si desde su exilio en Santo Domingo llega a sospechar o a descubrir que Víctor Ros sigue vivo y que la CIA saboteó la limpieza del CNI, nuestra operación encubierta en Europa del Sur quedará irremediablemente comprometida. Representa un riesgo inaceptable para la seguridad de los Estados Unidos.

RECOMENDACIÓN: Solicito autorización inmediata para activar protocolo de eliminación. El activo debe ser neutralizado en Santo Domingo antes de que el CNI le asigne una nueva cobertura. Que parezca un accidente local.

Epílogo de Tania

La operación "Boda Dorada" del GRU tenía un objetivo específico: la infiltración y el espionaje de IMIB, la empresa insignia de don Ramón. Esta compañía, líder en el sector metalúrgico español, no solo era una potencia económica, sino que también participaba en contratos sensibles con el Ministerio de Defensa y la OTAN. El general Viktor Volkov identificó a IMIB como objetivo prioritario por su tecnología avanzada en aleaciones, sus contratos militares y la red de contactos de alto nivel de don Ramón. Tania recibió instrucciones precisas: obtener planos, recopilar datos sobre contratos y monitorear las decisiones estratégicas. Para lograrlo, Tania empleó técnicas de espionaje variadas: instaló software espía en los dispositivos de su marido con discreción, utilizó ingeniería social para ganarse al personal de IMIB y fotografió documentos confidenciales durante eventos sociales. Al mismo tiempo, el GRU usaba IMIB como fuente de financiación para sus redes mafiosas. Sin embargo, la situación se complicó cuando el GRU descubrió que la titularidad de la empresa estaba en entredicho por las famosas "del penal", evidencias históricas de la Guerra Civil que Tania debía recuperar para chantajear a don Ramón. De forma paralela, el CNI utilizaba a Tania para ejercer su golden share y evitar el control ruso total. Sin que el GRU lo supiera, ella colaboraba también con la CIA como agente doble. Al final, Tania se dejó seducir por el mundo que debía espiar. Esa fascinación, sumada a la sospecha rusa de que ella poseía parte de la escritura del cuadro, selló su destino. El GRU ordenó su eliminación, cerrando una vida marcada por lealtades divididas.
